

A KIND OF MAGIC II  
LA JOVEN QUE  
APRENDIÓ



S.S.G. DANVERS

**A KIND OF MAGIC**

**LIBRO SEGUNDO**

*La joven que aprendió*

**Autora: S.S.G. Danvers**

## Prólogo

### Vánel de Fanelia

Aquella tarde abandonó la casa armado, como siempre, con su arco, su carcaj lleno de flechas y un puñal escondido en la bota, por lo que pudiera pasar. No tenía intención de cazar ningún animal puesto que con lo que les estaba dando su pequeño huerto había suficiente para que él y sus hijos se alimentaran durante bastante tiempo, pero nunca se sabía si alguna fiera hambrienta pudiera cruzarse en su camino.

Las primeras horas de la tarde eran las mejores para buscar bayas. Por la mañana, éstas se ocultaban en el interior de las flores, convirtiéndolas en invisibles para el ojo humano, pero por la tarde las flores se abrían y dejaban ver el delicioso y dulce fruto de su interior. A Gertie, su hija, le encantaban las bayas. Vánel confiaba en poder traer una buena cantidad para darle una sorpresa a la pequeña antes de la cena.

Se adentró en la espesura del bosque en busca de un arbusto del que los animales no hubieran dado cuenta aún. Conocía la espesura como la palma de su mano; tanto el bosque como la jungla y la llanura que los seguían carecían de misterios para él, así como las cuevas y el río. Sabía bien cómo sacarle partido a la naturaleza que le rodeaba, cómo alimentarse de ella y vivir en armonía con los elementos. Le gustaba la tranquilidad que daba el poder vivir lejos de los pueblos y de lo que llamaban la civilización, aunque no era amigo de la soledad. Por eso tenía a sus dos hijos consigo. Con Beltane y Gertie se sentía feliz y completo. No eran sus hijos naturales; habían llegado a su vida repentinamente, cuando ambos se necesitaban, y Vánel los había ayudado, aceptado y más adelante dado su apellido.

Había perdido a su mujer y a su hijo hacía mucho tiempo y desde entonces decidió vivir retirado, lejos de los hombres. En una de sus escasas salidas al pueblo había conocido a Beltane, un niño vagabundo, al que inicialmente ayudó por lástima y finalmente acabó adoptando y enseñando todo lo que él sabía; y años después acogió a la pequeña Gertie, a quien explotaban y maltrataban los dueños de un mesón. De ello hacía ya muchos años y Vánel daba cada día gracias a los dioses por su pequeña familia.

Cuando consiguió encontrar el tan ansiado arbusto de bayas, llenó su morral y, satisfecho, decidió dar un pequeño paseo y escuchar las voces de la naturaleza, dado que aún quedaban varias horas para el anochecer. El bosque no tenía ninguna noticia nueva para él, todo seguía en armonía. No había ninguna helada en el horizonte, por lo que la llanura que apartaba la naturaleza del pueblo seguiría impidiendo que ningún extraño entrara e invadiera el bosque o la jungla. Era algo que le encantaba a Vánel: nadie los molestaba. Por supuesto, cuando helaba, y eso sucedía unas dos veces al año, de media, llevaba a Gertie y a Beltane al pueblo y allí, mediante el trueque,

conseguía ropa para él y sus hijos, o algún utensilio que pudiera serles útil en el bosque o la jungla. Por lo general, a la gente del pueblo le encantaban los frutos que Vánel conseguía de la naturaleza y la carne proveniente de la caza. Vánel era un excelente arquero y cazador, pero solamente mataba cuando era necesario: cuando la naturaleza no le daba lo suficiente, bien para alimentar a sus hijos o a sí mismo, o bien para hacer un trueque que cubriera las necesidades de Beltane y Gertie. También era un hechicero ya veterano, y su magia era bien recibida y pagada en el pueblo, las pocas veces que iba.

Cuando llegó a la jungla, había algo raro en el ambiente. No sabía exactamente qué era, pero el viento no era el de siempre y le llegaban mensajes confusos al respecto. Nadie podía haber entrado a través de la llanura si no helaba ya que, de intentarlo, moriría bajo el sol abrasador, y entrar por el mar era imposible: no había tierra en miles de distancias. Sin embargo, algo estaba sucediendo.

Sigiloso y alerta, fue acercándose a la costa, de donde la señal enviada por el entorno era más fuerte. No tardó en extrañarse, ya que oyó los graznidos de las aves de rapiña y las carroñeras no muy lejos de allí. ¿Un animal muerto en la costa? Aquello era sumamente inaudito, ya que los animales se iban a la zona más apartada de la llanura cuando notaban que el fin de su vida estaba próximo, y si era la presa de algún otro animal, ¿qué sentido tendría que lo hubiera dejado en la costa? De repente se le ocurrió lo que probablemente fuera más lógico: sin duda sería alguna cría de animal marino a la que el oleaje habría arrastrado a la orilla y se viera incapaz de regresar. Siendo así, Vánel la devolvería a su hábitat antes de que expirara y las aves carroñeras dieran cuenta de ella.

A medida que se acercaba al lugar de donde procedían los graznidos, vio a las aves carroñeras sobrevolando la zona, por lo que apretó el paso: ojalá no fuera demasiado tarde. Sin embargo, en cuanto salió a la orilla y vio lo que las aves rondaban, paró estupefacto: no era un animal marino, sino una persona lo que estaba siendo picoteado por las aves. Tras el estupor inicial, decidió que, fuera quien fuera, no merecía que su cuerpo fuera pasto de aquellas aves carroñeras, por lo que corrió hacia el lugar dando gritos de “¡Eh! ¡Eh!” para espantarlas. Las aves, asustadas, levantaron el vuelo y se posaron en los árboles cercanos, esperando que Vánel dejara su presa en paz para seguir con ella.

Vánel se acercó. La persona que yacía boca abajo en la orilla era una muchacha que tendría la edad de Beltane, más o menos. Lo primero que hizo fue tocarle la arteria del cuello y alegrarse de que aún tuviera pulso; tras eso, acercó su mano a la nariz y la boca de la chica y comprobó que todavía respiraba. La joven llevaba ropas de hombre que solamente dejaban a la vista la cara, el cuello y las manos, y, a juzgar por lo enrojecidas que estaban, debía de llevar bastante tiempo al sol. Su piel estaba muy caliente, por lo que Vánel giró y levantó en brazos a la muchacha, dispuesto a ofrecerle los primeros auxilios: la chica probablemente sufría de insolación. Ignoraba cómo había ido a parar a la orilla, pero a Vánel le preocupaba aquel hecho. No quería que nadie enturbiara la paz de la que llevaba varios años disfrutando, y si había alguna manera de acceder a aquel lugar que él desconociera, esa muchacha se lo diría.

Se puso en camino para llegar a su hogar de la manera más rápida y directa posible. El que la chica aun estuviera viva era asombroso y él iba a hacer que continuara así, ya que necesitaba saber cómo había llegado hasta la orilla y por qué se había desmayado allí. Le echó un vistazo: tenía el pelo de un color negro extraño, estaba bastante regordeta y de su cuello pendía un colgante con forma de libélula. Los pantalones, la camisa, el chaleco y las botas masculinas que vestía le daban una apariencia chocante.

Tras una pequeña caminata a paso ligero, enseguida divisó a Beltane practicando lanzamiento de cuchillos en las inmediaciones de la casa.

—¡Beltane! —gritó—. ¡Pon agua a hervir!

Beltane se dio la vuelta y se extrañó al ver a su padre cargando con una persona en brazos, pero no preguntó: fue hacia el lugar donde solían encender el fuego, que había sido preparado para que no hubiera el más mínimo riesgo de incendio, colocó unas ramitas, acercó la mano, cerró los ojos, se concentró, y en unos segundos una diminuta llama brotó de su mano y prendió en las ramitas. Beltane sonrió: por fin dominaba totalmente el encendido del fuego. Le había costado mucho, pero ya no se le resistía. Destapó uno de los cubos que Gertie había llenado aquella mañana en el río, vertió su contenido en el caldero y lo puso encima del fuego. Mientras se calentaba el agua, se dirigió hacia la parte de atrás de la casa, intrigado. Su padre había dispuesto una manta vieja en el suelo y había colocado en ella a la persona que acababa de traer, que a pesar de llevar ropas masculinas, resultó ser una chica.

—¿Quién es, padre?

—No lo sé. Estaba en la orilla a punto de ser pasto de las de rapiña y las carroñeras.

—¿Y cómo ha llegado ahí?

—Eso es lo que quiero que me explique. Si hay otro modo de acceder aquí, tengo que saberlo. Tráeme agua fría.

—¿Pero no me has dicho que la pusiera a hervir?

—Eso es para hacer un vomitivo. Ha tragado varias medidas de agua de mar. Necesito agua fría porque tiene insolación. Si la mezclo con polvo de avileto, le ayudará además en la cara y las manos. Ha estado demasiado tiempo al sol.

—¿Cómo sabes que ha tragado agua de mar?

—Porque tiene la boca escamosa. Tiene que vomitarla cuanto antes. Cuando hierva el agua, ponle madreluz, saleroso y verde de la pradera. Que hierva todo unos cinco o diez minutos, y me lo traes.

Beltane salió, comprobó el agua del fuego, que aún no hervía, y le trajo un cubo de agua fría a su padre. Este cogió un poco en un cuenco de madera, echó una sustancia de una de las bolsitas provenientes de dentro de la casa y mezcló bien. Le untó el elemento resultante a la chica en la cara y en las manos y a continuación mezcló el sobrante con un par de ingredientes más. La amalgama final desprendía un olor muy fuerte y penetrante que hizo que Beltane diera unos pasos atrás y se tapara la nariz con el brazo.

—¡Qué peste! ¿Qué es eso?

—Ahora lo vas a ver.

Levantó un poco la cabeza de la muchacha y le puso el cuenco bajo la nariz. Al cabo de unos segundos, lentamente y con mucho esfuerzo, la chica volvió la cabeza hacia un lado, pero Vánel insistió en poner aquello de forma que la muchacha lo respirara de la manera más directa posible. Tras mover la cabeza a un lado y a otro varias veces en busca de aire fresco, sin resultado, la chica emitió un pequeño gemido, apretó los ojos y, finalmente, los abrió muy despacio.

## **Cuarta parte**

### **Un padre**

# Capítulo 1

Tierras más allá de las fronteras del reino humano  
Año de gracia 27 de Basileo  
Mes octavo

La cabeza me dolía horriblemente, como si en el interior tuviera un globo terminado en pinchos puntiagudos que alguien se empeñara en inflar más y más desde dentro. En mi estómago estaba el gemelo de Alien bailando zapateados y rebotando contra las paredes. Un olor fortísimo se empeñaba en inundar mis fosas nasales y mi cerebro, y sentía la piel de la cara y las manos tirante y quemada. Exhalé un pequeño quejido de dolor.

Oí que alguien decía algo a mi lado, pero no entendí qué me estaban diciendo. Giré la cabeza despacio y distinguí a un hombre con el pelo largo y castaño oscuro y barba del mismo color. Tanta luz me cegaba y no me fijé en más detalles. Tampoco me importaba mucho, a decir verdad. Quise preguntar dónde me hallaba, porque lo último que recordaba, en un amasijo confuso de recuerdos, era una playa, pero sentía el cerebro como si me advirtiera que mucho ojito, que estaba delicado, de modo que no me salió nada más que un “Aieee”

Aquel hombre volvió a decirme algo que no entendí. Pestañeeé y noté que empezaba a despejarme. Me seguía doliendo mucho la cabeza, pero sabía que no era por eso por lo que no entendía lo que me estaba diciendo. Era el maldito acento del sur. Llevaba ya algunos días oyéndolo y entendiéndolo a medias, pero aquel en concreto era el más cerrado que jamás había oído. Miré al hombre y volvió a decirme una cosa rara. No tenía la cabeza como para ponerme a descifrar galimatías, así que hice un esfuerzo por que mi voz saliera clara y le contesté:

—No entiendo lo que me dice.

El hombre me dijo de nuevo algo que no entendí, y yo volví a decirle lo mismo de nuevo:

—No le entiendo.

Carraspeó, tomo airé y me dijo, despacito y vocalizando:

—¿Cómo te encuentras?

Dioses, ¿qué clase de acento infernal tenía aquel tipo? ¿No se suponía que en este maldito mundo todos hablaban la misma lengua? ¿Por qué rayos me costaba tanto entender este idioma de pesadilla?

—Mal —respondí.

En ese momento llegó un chico con una abundante mata de pelo negro que llevaba un caldero en las manos. El hombre cogió con un cuenco un poco del contenido, que echaba humo, le añadió algo líquido de un recipiente que tenía al lado, me levantó un poco y me arrimó el cuenco a los labios. Volví la cabeza; no iba a tomar nada sin saber antes qué era y menos sabiendo que había cosas que a los nacidos en la Tierra no les sentaban bien. El hombre me volvió a decir algo que no

entendí, para inmediatamente apoyar una rodilla bajo mi cabeza, coger con la mano mi mandíbula, abrirla a la fuerza y echarme el interior del cuenco. ¡Maldita sea! ¿Qué me estaba dando aquel tipo? ¡Yo no quería beber nada! A saber qué rayos era eso. Me sujetó las manos y me tapó la nariz, y así estuvimos unos segundos, yo aguantando con la boca cerrada y apretando fuerte, hasta que necesité respirar y solamente podía hacerlo por la boca, de modo que, sin apenas pensarlo, me tragué lo que fuera aquello. Al pasar por mi garganta noté que me la arañaba. Mierda, mierda, a saber qué clase de pócima me había metido en el cuerpo. Me dolía mucho el estómago y no tenía ganas de echarle nada, ni líquido ni sólido, y mucho menos un brebaje que me causaría efectos que yo no había autorizado.

De repente mi estómago hizo un movimiento brusco, como si se diera la vuelta, y noté que algo me subía por el esófago. Sin poderlo evitar me giré hacia un lado y empecé a vomitar. Eché toda la maldita agua de mar que había bebido y acabé tosiendo y jadeando, intentando respirar. ¿Qué mierda me habían dado? Fuera lo que fuera... mi cuerpo lo había echado. Pero el hombre volvió a acercarme el cuenco a la boca.

—¡No! —exclamé. Pero no me hizo ni caso, volvió a sujetarme y a hacerme beber, pese a que ahora me puse a agitar los brazos y las piernas. El hombre le dijo algo al chaval y éste me sujetó.

En menos de un minuto, estaba vomitando de nuevo. Qué dolor. Cerré los ojos mientras me recuperaba, pero mal hecho, porque volvió a pillarme desprevenida y me hizo beber aquello una vez más, con lo que terminé el contenido del cuenco. ¿Pero no se daba cuenta que mi cuerpo no quería esa cosa? ¿No se cansaba de intentarlo, o qué? Vomité una tercera vez y noté cómo ambos me soltaban, por lo que me pareció que no me harían beber más mejunje. Me tumbé boca arriba y respiré por la boca, tomando mucho aire e intentando que mi aparato digestivo dejara de resentirse. Lo curioso era que el estómago ya no me dolía como antes. Es decir, me dolía, pero por el esfuerzo del vómito, que era un dolor totalmente diferente al que tenía hacía unos minutos. Me sentía mejor, sí. Definitivamente.

—¿Qué me han dado? —musité—. ¿Qué era eso?

El hombre y el chico me miraron.

—Vomitivo —vocalizó el hombre, despacito—. Habías bebido mucha agua de mar y no es buena. No se digiere. Ahora estarás mejor.

Vaya. Así que era eso. Con razón me dolía tanto el estómago antes. Y yo no me había portado muy bien con ellos, había desconfiado cuando estaban intentando ayudarme. Me senté para hablar con ellos mejor.

—Gracias.

—No hay de qué. ¿Cómo te llamas?

—Mel.

—¿Mel qué?

—Mel Bolsón.

—Encantado, Mel Bolsón. Yo soy Vánel de Fanelia, y este es mi hijo Beltane.

—Hola —saludó el chico con una sonrisa.

—¿De dónde vienes? Te encontré en la orilla no hace mucho. ¿Cómo llegaste allí?

Suspiré. Ojalá supiera qué rayos había pasado.

—Vengo de un pueblo en la circunvalación 532.

—¿La circunqué? —preguntó Beltane.

—Calla, Beltane. El sistema de circunvalaciones es lo que se usa normalmente para medir las distancias y hacer localizaciones en el mundo humano.



—¿Ah, sí? Pues yo no sabía nada de eso.

—Mel, dices que vienes de ese pueblo, pero eso debió de ser hace bastante, ¿no?

—No, fue esta mañana.

Los dos se quedaron callados.

—¿Cómo? ¿Esta mañana?

—Sí. Y necesitaría regresar. Si pudiera indicarme algún transporte o algo para volver... se lo agradecería...

—Vamos a ver, ¿cómo has llegado aquí desde tu pueblo?

—No lo sé, no lo sé. Sucedió todo muy deprisa. Pero tengo que volver cuanto antes. Se deben estar preguntando dónde estoy. Y... es que ni siquiera yo sé qué sitio es este...

—Beltane, déjanos solos, por favor. Sigue con lo que estabas haciendo.

El chico se levantó y se fue.

—La circunvalación más cercana es la quinientos y algo, la última según los mapas, pero queda a varios días de distancia de viaje desde el pueblo más cercano respecto de donde estamos ahora. Es imposible que esta mañana estuvieras allí. De modo que te lo vuelvo a preguntar, ¿de dónde vienes y cómo has llegado aquí?

Me asusté. ¿A varios días? Eso era imposible. Aquella mañana me la había tomado libre en la tienda donde trabajaba y estaba paseando por el pueblo. Había sucedido esa misma mañana. No tenía la menor duda.

—Le digo la verdad.

—Mira, chica, te acabo de salvar de la orilla, donde estabas siendo pasto de las aves de rapiña y las carroñeras. Creo que lo mínimo que merezco es la verdad.

Asentí.

—Le estoy diciendo la verdad.

—No niegues la evidencia, por favor. Es imposible, te digo. Bueno, ahora que lo pienso, ¿es posible que te hubieras dado un golpe en la cabeza?

—No. Me duele la cabeza, pero no me he dado ningún golpe.

—Vamos a ver. Llevo muchos años viviendo aquí. Conozco el terreno perfectamente. Y puedo asegurarte que estás muy lejos de la última circunvalación conocida. No quiero mentiras, muchacha. No hagas que me arrepienta de haberte salvado y llevado a mi casa.

—No le estoy mintiendo. Esta mañana estaba en ese pueblo. Le digo la verdad.

Sacó un cuchillo de su bota y apuntó hacia mí. Los ojos se me abrieron como platos y la piel se me erizó.

—¿De dónde vienes?

—¡Vengo de ese pueblo! ¡Se lo juro!

Acercó el cuchillo a mi garganta. Su mirada era feroz y me asustó. Intenté alejarme, pero no estaba como para hacer ese tipo de movimientos rápidos. Al hombre no le gustó y pego la punta del cuchillo en mi cuello.

—¡De verdad! ¡No le miento! —Cerré los ojos, asustadísima— ¡Esta mañana salí a pasear por el pueblo, unos hombres intentaron atacarme y me persiguieron, llegué al río y me metí dentro! Ellos no sabían nadar y... Por favor, no me clave eso... ¡Le estoy diciendo la verdad!

—Pues continúa.

Tragué saliva y noté aún más el cuchillo en mi garganta.

—No sabían nadar y dijeron que iban a esperar a que saliera del agua... Yo creí que vendría alguien del pueblo y acabarían huyendo o algo... pero no sucedió... Algo me rozó las piernas

varias veces y de repente me hundí, no sé qué pasó... Se lo juro, es la verdad, algo se me pegó al cuerpo y me arrastró. Iba arriba y abajo, muy rápido, era como un gusano gigante y peludo, y me tenía sujeta con sus... pelos, nadaba muy rápido, cuando yo creía que me ahogaba salía a la superficie, yo respiraba y se volvía a hundir... No sé por donde me llevó, pero de repente me soltó y estaba en medio del mar, no había tierra por ningún sitio... Me puse a nadar, creí que me ahogaría porque cada vez estaba más cansada y no podía más... Vi tierra y seguí nadando, al menos hasta llegar a tierra, salí del agua y me dejé caer porque no podía más, y luego me encontré aquí, no sé que pasó... Se lo digo en serio, por favor, no me clave esto, no le estoy mintiendo, es la verdad...

Estaba temblando y las lágrimas me corrían por la cara. ¿Dónde rayos estaba? ¿Quién era ese tipo?

—¿Me estás diciendo que un thesenhal te ha traído hasta aquí? ¿Que has viajado a través de él?

—No sé qué es eso... pero no le estoy mintiendo...

Apartó el cuchillo de mi garganta, pero no lo guardó. Me miró a los ojos muy fijamente, y no sé por qué, pero tuve la sensación de que ese hombre estaba entrando en mi conciencia y leyendo dentro de mí.

—De momento voy a darte un voto de confianza y a creer lo que me estás diciendo. De momento.

—Quiero irme de aquí. Tengo que volver al pueblo de donde vine. Si pudiera ayudarme, por favor...

Volvió a mirarme, aunque no tan fijamente como antes.

—Muchacha, de este lugar solo se puede salir de una manera, y es a través de la llanura. La llanura es un desierto donde cualquier persona moriría abrasada por los soles en cuestión de horas, por lo que hay que esperar al relente para poder cruzarla. Y lamento decirte que el relente es muy poco frecuente por aquí.

Me quedé sin palabras, intentando asimilar lo que me estaba diciendo aquel hombre.

—No... oiga... yo necesito volver, deben estar preguntándose dónde estoy...

—Pues mucho me temo que yo no puedo ayudarte.

—Pero debe de haber algún modo de...

—Si quieres, vuelve al mar e intenta que aparezca otro thesenhal que te devuelva a tu pueblo. Suelen dejarse ver cuatro o cinco veces por generación a lo largo y ancho del mundo, de modo que aún te quedan tres o cuatro oportunidades —Se levantó y me dejó sola.

La cabeza me dolía demasiado como para decidir si ese hombre se estaba quedando conmigo o me hablaba en serio. Pero aquello no podía ser cierto; no podía estar atrapada en medio de ninguna parte, más allá de todas las circunvalaciones. Era una pesadilla. No podía estar pasando. José y Sofía me estarían esperando en la tienda para trabajar y se preocuparían al ver que no aparecía. Con la suerte que tuve al encontrar aquel trabajo con ese matrimonio tan simpático que me apreciaba, y me tenía que ocurrir esto. ¿Por qué? ¿Por qué, cuando creía que todo estaba yéndome bien, tenía que suceder algo? Primero en Palacio, cuando descubrieron mi romance con Westley y todo se nos puso en contra, y luego con el trabajo que había encontrado, en el que me trataban tan bien. No pude evitarlo, empecé a sollozar, apoyé la frente en mis rodillas y me cubrí con los brazos. No era justo. ¿Qué había hecho yo para merecer aquello?

Seguí llorando, sin importar que me viera aquel hombre loco del cuchillo o su hijo. Necesitaba desahogarme y llorar era lo único que podía hacer para ello, porque no tenía a nadie a

quien confiarle la verdad: que yo era la princesa del reino humano, pero en ese momento era una fugitiva, declarada traidora al rey y con una recompensa sobre mi cabeza. Ahora, además, estaba atrapada sin poder salir de aquel lugar, y para rematarlo, en casa de un hombre al que le gustaban demasiado los cuchillos. Lloré, lloré y lloré hasta que se me acabaron las lágrimas, y puedo asegurar que fue bastante rato. Aún continuaba sollozando cuando noté una mano que se posaba sobre mi hombro.

—No llores.

Levanté la cabeza. La dueña de aquella vocecita era una niña de unos diez u once años. Tenía el pelo muy largo, rizado y rubio, los ojos grises y una sonrisa cariñosa que le formaba hoyuelos en su cara.

—Yo soy Gertie. Mira, ¿quieres una baya? Me las ha traído mi padre. Están muy buenas. Anda, coge una.

A duras penas entendí lo que me decía, porque tenía un acento rarísimo, el mismo que había oído momentos antes, pero hablaba muy despacito y muy dulce, por lo que más o menos era entendible. Cogí una baya de la pequeña bolsa que tenía la niña, me la llevé a la boca y la mastiqué lentamente.

—¿Estás triste?

Asentí.

—¿Qué te pasa?

—Que no puedo irme de aquí —Me sorbí los mocos—. Deben estar muy preocupados por mí en el lugar del que vengo, pero no hay manera de salir de aquí.

—No te preocupes. Cuando haya relente mi padre te acompañará.

Su padre. El tío loco del cuchillo era su padre.

—¿Qué es eso?

—Es cuando hace frío de repente y hay hielo y escarcha por todas partes.

—¿Una helada?

—Eso mismo. Aquí decimos relente. ¿Cómo te llamas?

—Mel.

—Si quieres, puedo ser tu amiga.

Intenté sonreír y moví la cabeza afirmativamente.

—Vale.

La niña sonrió y me puso una flor en el pelo.

—¿Quieres otra baya, amiga Mel?

Entonces sí que logré sonreír. Aquella niña y su dulzura infantil me recordaban a Narian, el hijo de Ángela.

—Claro.

—Pero hasta que haya relente, te puedes quedar con nosotros.

La sonrisa se me fue. Ni loca me quedaba en casa de ese chiflado. Aunque... pensándolo bien, lo cierto es que no tenía otra opción. No estaba segura de qué era menos malo: el loco del cuchillo o dormir a la intemperie. Suspiré.

—No sé si tu padre va a estar de acuerdo en eso.

—Seguro que sí. Mi padre es muy bueno.

Sí, era buenísimo, una linda persona a la que solamente le gustaba poner cuchillos en gargantas ajenas.

—Creo que no le he caído muy bien.

—No lo sé, pero a mí sí.

En ese momento apareció el susodicho.

—Vamos a cenar. Lávate las manos, Gertie. Mel, hemos puesto un cubierto para ti en la mesa. Aconsejaría que te lavaras un poco también antes de cenar.

La niña se levantó y corrió detrás de su padre. Yo estaba de pasta de boniato. ¿De qué iba aquel tío? ¿Primero me amenazaba y luego me invitaba a cenar?

Apoyé la cabeza en uno de los árboles de detrás de mí y cerré los ojos. Más me valdría acostumbrarme a mi nueva situación, sobre todo porque no tenía más remedio, ya que parecía que iba a durar unas cuantas semanas, por no decir unos cuantos meses.

Un thesenhal. En ese momento caí en la cuenta de por qué ese nombre no me era del todo desconocido. Visualicé un libro ilustrado sobre criaturas de este mundo, bajo la luz de miles de estrellas en un bosquecillo junto a un montículo de piedras, y un médico rubio maravilloso a mi lado indicándome cómo se leía aquello.

Dios mío, Westley, cómo te echaba de menos.

## Capítulo 2

—De modo que vienes de un pueblo en las circunvalaciones —señaló Vánel.

—Sí. Aunque yo nací en los Continentes. Soy inmigrante.

—¡Nunca había visto a nadie de allí! —exclamó entusiasmada Gertie—. Pero no pareces distinta.

—Gertie, los inmigrantes no son diferentes. Son personas iguales que nosotros —aclaró Vánel—. ¿Hace mucho que llegaste de tu mundo a éste, Mel?

Decidí ceñirme a la verdad en algunos detalles. Para mentir necesitaría muy buena memoria, y no se me daba demasiado bien, aparte de que no quería volver a tener el cuchillo de ese tipo en la garganta.

—Hace casi tres años.

—Bien, entonces sabrás que no toda la comida es apta para ti, y que los inmigrantes no cuentan con el apoyo de mucha gente. Pero aquí puedes estar tranquila: No tenemos nada en contra de los de tu mundo, y respecto a la comida, tendré cuidado para no causarte mal en ese sentido.

—Se lo agradezco.

—¿A qué te dedicabas? ¿Cómo te ganabas la vida?

—¿La qué? —Empezaba a maldecir aquel acento profundamente.

—La vida. Que de qué vivías.

—Ah. Trabajaba en una tienda.

—Tu acento no es el propio de las tierras del sur.

Recordé cuando Westley me decía que le encantaba mi acento, y sentí una punzada en el corazón.

—Antes estuve un tiempo en Pueblo Palacio.

—Eso lo explica todo. Aquí, como habrás podido comprobar, tenemos el acento de nuestra tierra. Intentaremos hablar despacio para que nos entiendas, pero tienes que acostumbrarte a nuestra manera de hablar, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Siento las molestias.

—¿Has estado en Pueblo Palacio? ¿Y cómo es? —preguntó Gertie con los ojos brillantes.

—Pues es... eh... grande. Con mucha gente.

—¿Hay muchas tiendas de cosas bonitas, verdad?

—Sí, las hay.

—Yo quiero ir... Padre...

—Cuando seas un poco más mayor, Gertie.

La niña hizo un mohín y llevó un poco de verdura de su plato a la boca.

—Vamos a ver, Mel —dijo Vánel, hablando despacio e intentando vocalizar—. Aquí solamente vivimos nosotros. Y todos los animales y fieras del bosque y de la jungla, por supuesto.

Como te conté antes, es imposible salir de este lugar si no hay relente en la llanura, y eso no sucede muy a menudo. Con lo cual, vas a tener que quedarte aquí durante un tiempo. No tengo ningún inconveniente en ello puesto que no me considero tan canalla como para dejar a una joven indefensa a merced de las fieras. Pero, ya que te vas a quedar aquí, tendrás que contribuir. Somos una familia y nos ayudamos para mantenernos en pie. Tenemos un huerto, nuestra humilde morada que debe permanecer limpia y salubre, de vez en cuando alguna pieza de caza que desollar, ropa que remendar... No son trabajos muy difíciles y podrás echarnos una mano. A cambio, yo te ofrezco un techo, comida y protección. ¿Te parece bien?

Asentí. No tenía inconveniente en ayudar, es más, me parecía muy justo, pero lo de desollar animales me daba algo de cosa. Por no decir que no sabía hacer apenas nada de lo que él decía.

—No sé remendar ropa y nunca he desollado un animal ni atendido un huerto.

—¿No? Bueno... a remendar te podrá enseñar Gertie, y a desollar te puedo enseñar yo mismo, o Beltane. ¿Verdad?

—Claro —contestaron los dos.

—¿Cómo es que no sabes hacer nada de eso si llegaste hace tres años? Has tenido tiempo suficiente para aprender. En Pueblo Palacio se come bastante bien; estuve unas semanas cuando era joven y lo sé de primera mano.

—Bueno, yo me dedicaba a limpiar y a atender al público.

Volvió a mirarme fijamente. ¿Tanto se me notaba que no estaba contándolo todo? ¿Tan mala actriz era? Bajé la vista hacia el plato y comí otro poco de verdura.

—La verdura que estamos comiendo es de nuestro huerto —comentó Gertie.

—Está muy buena. Muchas gracias.

—Mañana se lo enseñaremos para que vaya aprendiendo —anunció Vánel.

La verdad era que había dicho que estaba buena por educación, pero no me gustaba especialmente; además de que no tenía mucha elaboración; estaba simplemente hervida y un poco aliñada con hierbecitas. No era muy especial, pero no estaba en disposición de quejarme.

Hubo unos segundos de silencio en los que los cuatro seguimos comiendo la verdura de los platos.

—¿Cómo va esa cabeza, Mel? ¿Te sigue doliendo?

—Algo menos, pero bien.

—Tenías algo de insolación. Mientras te mojes la cabeza en agua fría y te cuides del sol, te pondrás bien. Antes hice un ungüento para que te lo pongas en las manos y en la cara, que las tienes algo quemadas. Mañana notarás que habrán mejorado.

—Muchas gracias, señor Vánel.

—Llámame solo Vánel. Si vas a vivir con nosotros prefiero que no te andes con formalismos.

—De acuerdo.

De repente Gertie se acercó a mí.

—¡Ooooooh! ¡Qué bonito!

Antes de que me diera cuenta, había llevado su mano a la libélula de mi colgante y estaba tocándolo embelesada.

—¡Gertie! ¡Estate quieta! —la regañó Vánel.

—Es precioso... ¿Te lo compraste en Pueblo Palacio?

—Fue un regalo.

—¿De quién?

—De mi novio —Inmediatamente quise no haber dado ese dato.

—¿Tienes novio?

—Sí —admití.

—¿Y cómo se llama?

—Gertie, no seas tan curiosa —interrumpió Vánel—. Eso a ti no te importa.

—Oh. Perdona —Soltó la libélula y se volvió a acomodar en su sitio en la mesa, con carita triste.

—Disculpa a mi hija —pidió Vánel—. No lo hace con mala intención.

—No pasa nada. No me ha molestado.

Terminé la verdura, y me fijé que Vánel la había terminado también y a Beltane le quedaba poco, mientras que a Gertie todavía tenía más de la mitad de su plato intacto. Vánel se levantó y volvió con una tabla en el que había cuatro frutos que no había visto en mi vida.

—Son Cilecs. Frutos de la jungla —explicó Vánel—. No te harán daño. Vamos, Gertie, deja de jugar con la comida y termina.

—No me gusta —se quejó la niña.

—Pues te lo comes —replicó su hermano.

—No quiero.

—Tú no has probado las mías.

—Sí las he probado, y no me han gustado.

—A callar —interrumpió Vánel—. Gertie, termina de una vez o no volveré a traerte bayas.

La niña bajó la vista hacia lo que le quedaba, comió un poco y revolvió la verdura en su plato mientras masticaba.

—¿Cuántos años tienes, Mel? —preguntó Beltane cuando terminó sus verduras.

—Veinte.

—Eres mayor que yo. No lo pareces.

Lo miré extrañada.

—Yo tengo diecinueve —explicó.

—Ni que fuera tanta la diferencia —objetó Vánel, repartiendo las piezas de fruta entre Beltane, él mismo y yo, y dejando una en el centro para cuando Gertie terminara—. ¿Sabes abrirlo, Mel?

Observé aquella fruta extraña, el cilec, con detenimiento y le di vueltas en la mano.

—No, no sé. Lo siento.

Gertie soltó una risita.

—Gertie, tú tampoco sabías cuando llegaste. Y termina de cenar de una vez.

—No quiero más.

—Pues mañana lo tendrás para desayunar.

—¿Por queeeeé?

—Deja de hacerte la niña tonta, que ya tienes una edad.

De mala gana, la niña siguió comiendo mientras Vánel me abría la fruta metiendo y retorciendo un cuchillo en un punto que tenía algo más hundido y tirando con las manos. Le quitó un enorme hueso y la parte que lo rodeaba, y finalmente me la entregó.

—Es muy simple. Mañana, con la luz del día, te enseñaré a hacerlo.

—Gracias.

Observé que Beltane estaba comiéndose la fruta a bocados, sin cortarla, y yo hice lo mismo. Estaba muy pegajosa y me pringó la cara, pero su sabor era de un dulce muy peculiar. Gertie terminó la verdura, cogió su fruta y me asombró la facilidad con que le encontraba el punto

adecuado y la abría.

Terminamos de cenar los cuatro y, cuando vi que Vánel se levantaba, recogí los platos de todos.

—¿Dónde los llevo?

—No tenemos sistema de agua corriente como en los pueblos. Hay que lavarlos en el río. Dame, yo lo haré.

—No, deje que lo haga yo.

—Como quieras. Te acompañaré.

Me llevó hasta el lugar del río donde solían lavar los platos y, a la luz de un farolillo, froté una tela rugosa contra un pequeño bloque de jabón y los lavé y enjuagué bien. Vánel extendió un trozo de tela en el suelo y colocó los platos recién lavados que le iba dando. Cuando terminé, hice ademán de volver, pero me detuvo.

—Espera, muchacha. ¿Qué prisa tienes? Tengo que hablar contigo. Siéntate.

Me senté en el suelo, como él, pero me guardé de hacerlo a su lado. No quería otro cuchillo en mi garganta.

—Siento haberte asustado antes. No diré que no era mi intención, porque sí que lo era, pero me justificaré diciendo que protegeré a mis hijos ante cualquier amenaza que pueda surgir.

Guardé silencio.

—La única manera de salir o entrar a este lugar es mediante la llanura, y cualquier persona que lo haga a través de un medio que yo desconozca representa para mí una amenaza. Pero, definitivamente, creo tu historia del thesenhal.

—No le he mentado.

—Lo sé. Y espero que nunca lo hagas porque la sinceridad es algo muy importante en mi casa. Si vas a vivir con nosotros, tendrás que aceptar mis reglas.

Asentí.

—De acuerdo.

—Nunca decir una mentira, respetarnos y protegernos los unos a los otros y colaborar en el funcionamiento de la casa día a día. Esas son las reglas. Como ves, no estoy pidiendo nada extraño.

—Me parece bien.

—Y te diré una cosa, Mel. Soy hechicero y conozco a las personas. Sé cuándo dicen la verdad y cuándo mienten. Y por eso sé que no me has mentado, pero también sé que no me has dicho toda la verdad. No tengo nada en contra de los secretos siempre y cuando no afecten o pongan en peligro a mi familia, ¿entendido?

—Entendido.

Hubo unos minutos de silencio. La zona era tranquila y solamente se oía el murmullo del río y, de vez en cuando, el sonido de una suave brisa colándose entre las hojas. Empecé a relajarme y llegué a la conclusión de que, después de todo, quizás llegara a gustarme aquel sitio.

—Levántate. Volvamos. Rápido —Vánel recogió los platos con rapidez.

—¿Qué pasa?

—Hay una fiera nocturna cerca. A casa. Vamos. Sígueme.

Si él lo decía, tendría que creerlo, pero la verdad era que yo no había oído nada raro, y mira que estaba escuchando; además, con lo poco que se veía dudaba que él hubiera visto algo. Enseguida llegamos a la casa, entramos y aseguró la puerta.

—Hay que tener mucho cuidado con las fieras hambrientas. Pueden devorarte en cuestión de



minutos.

—Yo no vi nada.

—Yo tampoco. Me lo dijo el viento.

Me quedé mirándole con cara de panoli. Ese tío estaba chalado.

—No me mires así. De no ser por eso, puede que no siguiéramos con vida en este instante. ¿No te crees que el viento me haya dicho eso, eh?

—Bueno, es que... es un poco... increíble.

—Vosotros, la gente de los pueblos, no sabéis prestar atención. Beltane lleva más de diez años conmigo y hace poco ha aprendido por fin a interpretar el viento.

—¿Diez años?

—Sí, adopté a Beltane cuando tenía ocho y a Gertie cuando tenía seis. Cómo pasa el tiempo. Parece que fue ayer, y Beltane ya domina los hechizos básicos y alguno de más nivel.

—¿Hechizos?

—Sí, Mel. Beltane es, además de mi hijo, mi aprendiz. Será un buen hechicero y un buen guerrero.

Escuchaba casi sin pestañear. Un hechicero. Si conseguía coger confianza, podría quizás preguntarle todas las dudas que tenía sobre la Magia antigua y los pormenores respecto de mi supuesto destino escrito. Después de todo, quizás no fuera tan malo quedarme en ese lugar en medio de ninguna parte. Si tan difícil era acceder, estaba claro que el rey jamás me encontraría.

—¿Te ocurre algo? Te noto muy pensativa.

—No, es que... todo esto de la magia me parece muy interesante. Nunca había visto magos ni hechiceros.

Vánel rió.

—Bueno, pues ya conoces a uno y a su aprendiz.

Se desabrochó el puño de la camisa y se subió un poco la manga. Me enseñó un tatuaje que llevaba en el antebrazo. Era un círculo negro brillante hecho de nudos celtas, con varios dibujos también negros que se enganchaban unos con otros: Espirales, triquetras, cruces, nudos y otros garabatos.

—Invocación, magia básica, comunión, transmisión, sanación, alquimia y hechicería. Algo de todo eso sé.

—¿Les marcan con un tatuaje?

—No nos marcan, muchacha. Este es nuestro orgullo, la prueba de que hemos superado varias pruebas y hecho nuestro juramento como magos. Esto demuestra que pertenecemos al gremio, que somos magos auténticos y no farsantes. Si quieres comprobar si alguien es realmente un mago, pídele que te enseñe el tatuaje. Si no lo tiene o no te lo quiere enseñar, te está mintiendo.

No sabía nada de todo eso. En realidad, sabía poco sobre los magos y hechiceros. Ahora entendía por qué Westley me dijo una vez que consideraba a los magos una panda de charlatanes engañabobos: había mucho intruso que pretendía engañar a la gente fingiendo ser lo que no era.

—Anda, ven, vamos a prepararte un catre para que duermas. Vas a tener que compartir la habitación de Gertie. Como comprenderás, no solemos tener invitados.

—No hay problema.

La planta baja de la casa era diáfana, a un lado tenía unos sofás hechos con troncos y cojines caseros, y al otro lo que hacía las veces de cocina, lleno de armarios con platos, tarros con hierbas y utensilios y la mesa y banquetas que habíamos usado para la cena. Entre medias había unas escaleras de piedra con refuerzos de madera. La casa entera estaba hecha de ese material:

piedra y madera. El techo estaba sujeto con vigas y en la pared, por fuera, había visto varios contrafuertes que daban refuerzo a los muros.

Subimos las escaleras y llegamos a la planta superior, donde había tres habitaciones. Vanel me fue señalando según hablaba:

—Esa es la mía, esa la de Beltane, y esta la que vais a compartir Gertie y tú —Dio unos golpecitos en la puerta, abrió y entró—. Gertie, hermosa. Haz un sitio para Mel.

—¿Va a dormir conmigo? ¡¡¡Bien!!!

—Ve quitando tus cosas de ese rincón, que le vamos a hacer una cama. Venga.

—No, no es necesario que se moleste...

—No pretenderás dormir en el suelo. Que no reciba invitados a menudo no significa que sea tan mal anfitrión, muchacha.

Salió de la habitación y me dejó con Gertie, que estaba despejando la pared de enfrente de su propia cama, quitando cestos con lo que me pareció que era ropa, flores marchitas y telas diversas. Vanel llegó enseguida con unos listones largos, una caja con clavos y un martillo. Entre él y Beltane clavaron los listones a la pared, que, al ser de madera, resultó facilísimo. Antes de que me diera cuenta habían montado una caja de madera contra la pared; volvieron a irse y regresaron con sacos enormes y abultados, que arrojaron en el interior hasta que se llenó. Por último, cubrieron los sacos con una sábana, pusieron otra por encima, y listo. Yo alucinaba; habían construido una cama en tiempo record. De hecho, yo tardaba más en hacer mi cama que lo que ellos habían tardado en fabricar una. Hoy en Bricomanía: cama instantánea, no se lo pierdan.

—Bueno, estrénala, ¿no? —sugirió Beltane.

Me senté en ella y mi culo se hundió. Era muy, muy blandita. No sabía si llegaría a acostumbrarme.

—Es muy cómoda. Gracias a los dos.

—Está hecha de heno. ¿A que huele bien? —preguntó Gertie.

—Sí, huele muy bien.

Vanel trajo un cojín pequeño, que se notaba que acababa de hacerlo, ya que le daba vueltas a la tela una y otra vez sobre sí misma para que no se abriera, y me lo puso a modo de almohada.

—Pues nada, Beltane. Dejemos a las chicas solas. Mel, nos levantamos después del amanecer para desayunar y empezar el trabajo del día, ¿de acuerdo? Te esperamos.

—Bien.

Salieron de la habitación y cerraron la puerta, dejándome sola con Gertie. La niña se quitó el vestidito sin mangas que llevaba y se puso un camisón de tirantes. A continuación se sentó en su cama y me miró.

—Quítate las botas, ¿no? Estarás mejor.

Hice caso y me descalcé. Aún tenía los pies arrugados y húmedos del agua del mar. Estaban blanquecinos y me recordaron a los garbanzos del cocido. De cuando era una chica corriente de la Tierra y comía potaje de garbanzos. Qué lejanos me parecían aquellos días.

—¿Cómo es tu novio? —preguntó Gertie de repente.

—¿Eh?

—¿Tu novio es alto?

—Bueno, es... un poco más que yo. Me saca como media cabeza o algo más.

—¿De qué color tiene los ojos?

—Azules. Azules como el mar.

—¿Y el pelo?

—Rubio, y muy suave.

—¿Rubio como el mío? —Se agarró un mechón.

—No, el tuyo es más bien dorado. El suyo es un poco más clarito.

—¿Cómo se llama?

Pensé un poco antes de contestar y llegué a la conclusión de que no había ningún peligro en que se lo dijera. ¿A quién se lo iba a contar, en ese lugar donde Colón perdió el mechero?

—Westley.

—¿Cuántos años tiene?

—Veinticinco.

—¿Y lo quieres mucho?

—Sí, lo quiero mucho. Muchísimo.

—¿Y dónde está?

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Ojalá lo supiera. Dónde estaba, pero sobre todo cómo estaba. Lo había dejado en la clínica con una pierna rota, las costillas fisuradas, la espalda llena de latigazos y moratones por todo el cuerpo. Empecé a sollozar y me tapé la cara con la mano.

—Oh, Mel... No llores...

Subió a la cama conmigo, se puso a mi lado y me abrazó.

—No quería que lloraras... Perdóname...

Dejé que Gertie me consolara y me reconfortara un poco. No dudaba de las buenas intenciones de la niña, pero me sentía muy sola. Echaba muchísimo de menos a Westley; cuando pensaba en él me dolía todo el pecho, como si me lo estrujaran hasta casi reventarlo, y me angustiaba pensando lo que le estaría pasando. No creía en ningún dios, ni en el de mi mundo ni en los del mundo en el que me encontraba, pero todas las noches le pedía a la naturaleza, al destino o a lo que fuera que pudiera oírme que por favor cuidara de él y que nos permitiera reencontrarnos pronto.

Gertie me estuvo abrazando y acariciando durante un buen rato, hasta que cesó el llanto. Me encontraba agotada y adormilada, por lo que la niña me cubrió con la sábana, apagó el farolillo, se metió en su cama y nos quedamos dormidas.

## Capítulo 3

La claridad de la mañana en mi cara y el canto de los pájaros me despertaron. Mi primer pensamiento del día, como ya era habitual, era para Westley. Me quedé unos minutos deseando con todas mis fuerzas que le fuera bien en el día que comenzaba, y tras eso, volví a la realidad. Al principio no reconocí dónde estaba, pero poco a poco lo fui recordando. El agradable olorcito del heno inundó mis fosas nasales y, para mi sorpresa, descubrí que había dormido increíblemente bien a pesar de lo raro de la cama improvisada la noche anterior.

Me senté. Frente a mí, en su cama, Gertie dormía apaciblemente. Mi ropa estaba seca, pero, como resultado de las horas pasadas en el mar, la sentía acartonada. Necesitaba cambiarme de ropa urgentemente; había comprado una camisa y varias braguitas en la tienda, pero todo se había quedado en la habitación del desván, al igual que la chaqueta. No tenía nada y, evidentemente, la ropa de Gertie no me entraría ni adelgazando veinte kilos. No había lugar en donde comprar, de modo que debería probablemente intentar lavar lo que tenía en las aguas del río. Aún llevaba en el pecho la venda que me puso Ángela; me la había recolocado e improvisado un sujetador que, al menos, cumplía su cometido, y estaba cómoda con ella, por lo que si lavaba mi camisa no me quedaría en top-less, y con el calor que hacía se secaría enseguida. No me sentiría desnuda y expuesta ante estos tres desconocidos.

Me levanté de la cama en silencio, me calcé las botas, que durante la noche se habían secado casi del todo, y bajé a la planta principal. Allí encontré a Vánel, leyendo un viejo y desgastado libro, que cerró en cuanto entré.

—Buenos días, Mel. ¿Has dormido bien?

—Sí, muy bien, gracias.

—Aún es muy temprano. No ha amanecido del todo. Podías haber dormido un poco más.

—Me despertaron los pájaros.

—Te acostumbrarás a ellos. En fin, Beltane y Gertie suelen levantarse cuando ya han salido los soles, solemos desayunar en familia y luego nos ponemos con nuestras tareas. Pero aún queda un rato para eso. ¿Quieres que te enseñe un poco la casa y la zona?

—Sí, me parece bien.

Vánel me llevó al almacén, en la parte de detrás de la casa, donde había herramientas, listones, telas, una enorme pila de heno, cualquier cosa que se pudiera necesitar y donde también guardaban las armas. Al lado tenían una pequeña despensa, donde almacenaban los alimentos para que no se los comieran los animales y secaban la carne que cazaban. Saliendo había un cubículo con un pequeño excusado. Vánel me explicó que usaban el río para coger agua y para lavar lo que fuera: no solamente los platos y utensilios de cocina, sino también la ropa e incluso a ellos mismos. Me llevó al lugar donde había lavado los platos la noche anterior, y me asombré de lo cristalina que era el agua y lo bonito que lucía el río con la luz del día. La luz del amanecer se

reflejaba en él y le arrancaba destellos luminosos; era precioso. Volvimos a la casa y me enseñó el huerto. Era muy grande y tenía todo tipo de verduras y legumbres; Vánel me explicó que había que regar a diario y esparcir una mezcla de hierbas que él tenía picadas para ahuyentar a los animales, pero en su justa medida: si echaba poco era como si no hiciera nada, y si echaba mucho podía echar a perder los cultivos. Me aseguró que me enseñaría a hacerlo. Dimos un pequeño paseo por las inmediaciones, me señaló algunos árboles frutales, y finalmente regresamos a la casa. Al ser en gran parte de madera, se guardaban de no encender nunca fuego en ella, y siempre ponían los calderos y pucheros en el exterior, me explicó mientras ponía agua a hervir y me hacía una demostración de cómo invocaba el fuego con la magia.

—Hoy te vamos a enseñar un poco el funcionamiento del huerto, ¿te parece bien? Cuando nos va mal con él, Beltane y yo solemos ir de caza y traer algún animal, pero nuestra regla de oro es respetar la naturaleza. Si has de matar, que sea por necesidad o por defensa propia; nunca por capricho o porque nos apetezca comer carne. Tenemos nuestro huerto y nos alimentamos de él. La carne, solo para casos extremos. ¿Entiendes?

—Sí.

—Cuando acabamos con el huerto, lo que solemos hacer es ir a lavar la ropa, sábanas o cualquier cosa que tengamos que lavar en el río, y de paso, nos bañamos nosotros también. Vamos a ver, Mel. Ya he visto que has venido con lo puesto. Si necesitas alguna ropa, Gertie se apaña bastante bien con las agujas y te puede hacer alguna camisa, algún vestido, o lo que sea. Le diré que te haga algo para que no tengas que ir siempre con la misma camisa, ¿de acuerdo? Cuando te vayas, te las podrás llevar. No hay problema.

—No se molesten, yo puedo arreglármelas bien con la mía. La lavo, y cuando se seque, me la pongo.

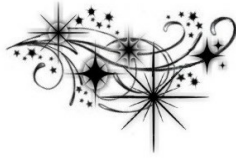
—¿Y entretanto qué vas a hacer? No, muchacha —rió—. Que Beltane está en la edad de fijarse en las mujeres y no quiero que se me desconcentre. Sin ofender. Y deja de tratarme de usted, por favor. Bueno, y si necesitas algún otro tipo de prenda... Tenemos telas de algodón, tanto blanco como de algunos colores, incluso estampados, y a Gertie le encanta hacer cosas que nos puedan servir de utilidad. Pídele cualquier prenda y no te preocupes ni por la tela ni por nada. Si no, tanto ella como yo podemos enseñarte a coser algo. Coge toda la tela que te haga falta para cualquier necesidad que tengas; hay de sobra. Sé que tú y yo no empezamos con muy buen pie, pero no quiero que pienses que tengo algo contra ti. Si necesitas algo, lo que sea, dímelo y quizás lo podamos solucionar, ¿de acuerdo? Respecto a lo de volver a tu casa, en cuanto haya relente, yo mismo te acompañaré al pueblo para que regreses. Pero entretanto, vamos a intentar que tu estancia entre nosotros sea lo más cómoda y agradable posible para los cuatro. Espero que te parezca bien.

—Sí, me parece bien. Gracias, Vánel.

—Y otra cosa. Puedes confiar en mí. Para lo que necesites. A pesar del incidente de ayer, no soy ningún ogro. También puedes confiar en Beltane y Gertie. Son buenos chicos, aunque te habrás fijado en que Beltane es muy reservado y que Gertie es bastante soñadora y a veces puede resultar un poco cargante, pero es una buena niña. Dentro de nada entrará en la adolescencia y no sabré qué hacer. De hecho, no estoy seguro de que no haya entrado ya. Quizás, cuando la conozcas mejor, puedas darme algún consejo como... chica que ha vivido esa etapa.

—Mucha paciencia y mucho amor.

—¿Más paciencia aún? Uff —rió—.



Después de desayunar, Gertie había venido hacia mí con una tira de tela gruesa, larga y estrecha, y empezó a rodearme con ella y a tomarme las medidas del culo y la cintura. Sin dejar que le preguntara nada, desapareció toda la mañana y a la hora de comer me trajo unas braguitas de algodón, que se anudaban a los lados, como las de los bikinis. Las puntadas eran algo toscas y desiguales, pero cumplían su cometido. Me pidió que me las probara, y, cuando lo hice, a solas en la habitación, me asombré de lo bien que me quedaban y de lo cómodas que eran. La niña me las había hecho a medida y había acertado en todo. Le comuniqué que me quedaban perfectas, y ella se alegró mucho y prometió hacerme más. Y cumplió su promesa... Me hizo varias braguitas, una unidad por día, y cuando tuve unas cuantas me tomó las medidas del pecho, los brazos, el cuello y la espalda, y tras varios días me sorprendió con una camisa blanca. Simple, con alguna puntada algo movida de su sitio... pero que me iba a venir de maravilla. Vánel no mintió cuando me dijo que sabía coser. Con lo pequeña que era... Esa niña tenía talento.

—También les he hecho pantalones a mi padre y a mi hermano —declaró, orgullosa—. ¿Quieres que te haga una falda? Así podrás cambiarte. ¿O prefieres un vestido?

—¿Una falda? Pues... ¿Has dicho que sabes hacer pantalones?

—Sí, pero mejor una falda, ¿no?

—No, no. Prefiero unos pantalones —La niña arrugó la nariz y me miró con cara de extrañeza—. Me siento más cómoda que con falda.

—Pero los pantalones son de chicos. Las chicas estamos más guapas con faldas y vestidos. ¿De verdad quieres unos pantalones?

—Si no te importa, Gertie... sí.

Vánel me enseñó todo lo que tenía que saber acerca de los cuidados básicos del huerto. Aprendí a sembrar, a darle a cada tipo de cultivo la cantidad de agua exacta que necesitaba, a cortar cada verdura con la herramienta indicada, a preparar la mezcla de hierbas para evitar que los animales se comieran los cultivos... Aprendí desde cero y debo reconocer que no se me dio del todo mal, aunque eso sí, acababa exhausta.

El cuidado del huerto nos llevaba varias horas y terminábamos cuando el calor apretaba más, momento en el que aprovechaban para bañarse y gastarse bromas en el río. Hasta que yo llegué, lo hacían los tres juntos y con la ropa interior puesta, pero, conmigo en casa, Vánel dispuso que los hombres se lavaran por un lado y las mujeres por otro, lo que no me pareció mal. Al volver a casa, en nuestra habitación, yo peinaba a Gertie y ella me peinaba a mí. La niña era muy charlatana y siempre le gustaba parlotear conmigo en esos momentos a solas, ya que cuando lo hacía delante de su padre éste le decía que me dejara en paz, aunque lo cierto era que no me molestaba.

—¿Por qué tienes el pelo tan corto, Mel?

—Me lo corté porque largo es muy difícil de peinar.

—El mío se peina muy bien.

—Porque tú tienes unos rizos muy bonitos. Lo mío son greñas salvajes. Ojalá yo tuviera algo así como tú. ¿Te hago la raya o prefieres el pelo hacia atrás?

—Hacia atrás, y déjame el flequillo suelto, por favor. Esta tarde voy a coger flores en la pradera y me haré una corona. ¿Quieres que te haga una a ti, Mel?

—Vale. Ya lo tienes listo. ¿Lo he hecho bien?

La niña empezó a observarse en el espejo, contemplándose desde varios ángulos, y finalmente dio su visto bueno:

—¡Sí! Me gusta. Ponte, que te peino yo ahora. Ayer estuve con unos vestidos viejos míos, que ya no me valen, corté un trozo y ¡Mira lo que te he hecho! Con esta cinta te puedes apartar el pelo de la cara. La atas a tu medida y no te molestará. ¿Te gusta?

Era una cinta verde oscura con rayitas de un verde más claro. Discreta, y me serviría para que las greñas no me molestaran ni se me pegaran con el sudor a la frente, lo cual era muy molesto.

—Sí, es muy bonita. Y me servirá de mucho. Gracias, Gertie. Eres muy buena.

La verdad era que la niña se estaba portando muy amablemente conmigo. Las braguitas, la camisa, los pantalones... Vánel estaba orgulloso de tener una niña que cosiera a tan temprana edad, y yo admití que tenía sus motivos para estarlo. Pensé en que me gustaría devolverle el favor de alguna manera. Quizás cuando fuera un poco más mayor pudiera hacer que la admitieran como aprendiz en la sastrería de Pueblo Palacio... Con dieciséis años ya tendría edad suficiente como para que le hicieran alguna prueba de admisión. Se necesitaba mucho talento para entrar ahí, pero la niña lo tenía. Estaba segura de que lo podría conseguir. Y como se necesitaba recomendación para entrar, sin duda ninguna mejor que la de la princesa.

—Las chicas tenemos que ayudarnos entre nosotras —comentó Gertie.

—Bueno, espero algún día poder servirte de ayuda en algo.

—Me gustaría que me llevaras a Pueblo Palacio. Siempre he soñado con viajar allí, pero mi padre dice que no. Si tú vienes conmigo estoy segura de que dirá que sí.

—Claro, Gertie. No pensaba volver de momento, pero cuando vuelva, si aún mantenemos el contacto y te quieres venir...

—¡Sí! ¡Genial! Y así me lo enseñas todo y me llevas a las tiendas bonitas, ¿vale?

—Vale.

—¡Oh! ¿Qué...? ¿Tienes sangre?

—¿Sangre? —Me miré al espejo y empecé a rebuscar en la parte de mi pelo donde ella estaba mirando—. ¿Dónde? ¿Dónde?

—Aquí, mira... y aquí también... ¿Te has dado un golpe? ¿Te duele? Mejor se lo decimos a mi padre.

Me acerqué al espejo y rebusqué bien. Enseguida suspiré aliviada, porque ya sabía de lo que se trataba.

—No hace falta que avises a nadie, Gertie. No es sangre.

—¡Lo he visto! ¡Tienes manchas rojas!

—Pero no es sangre. Es mi pelo.

—¿Tu pelo?

—El negro es teñido.

—¿Teñido? ¿Te refieres a pintado?

—Eso mismo.

Se me quedó mirando unos segundos, alucinada.

—¿Eres pelirroja?

—Eh... sí, podría decirse que sí.

—¿Y por qué te pintaste?

—Porque... Bueno, me apetecía cambiar.

Volvió a pasarme el peine por el pelo y a desenredármelo.

—¡Qué chulo! ¿Es rojo como el fuego? ¿Como los tomates? ¿Como las plumas de los picones?

—Más bien como las cerezas maduras.

—Nunca he visto cerezas. ¿Están buenas?

—Sí, muy ricas. Cuando vayamos a Pueblo Palacio te compraré unas pocas.

Terminó de peinarme, me anudó la cinta en la cabeza y me hizo mirarme al espejo. Le dije que me gustaba mucho y bajamos a almorzar.

—¡Padre! ¿Sabes una cosa? ¡Mel es pelirroja!

—¿Ah, sí?

—¡Sí! La estaba peinando y vi su color natural saliendo un poquito.

Vánel se me quedó mirando al pelo.

—Ya decía yo que tenías un color muy apagado para ser inmigrante.

—Sí, me lo pinté para cambiar un poco.

Volví a sentir aquella sensación como si quisiera leer en mi interior: Vánel no se fiaba de mí. Se había portado bastante bien conmigo, salvo el incidente del primer día, pero al parecer, todavía no me había ganado del todo su confianza.

—El rojo era demasiado llamativo —expliqué.

Cuando terminamos de comer y recogí los platos para lavarlos en el río, Vánel me acompañó.

—El primer día te dije que no quería mentiras.

—No he mentado.

—Tu pelo no está pintado por capricho o por vanidad, sino para ocultar su color por un motivo concreto, ¿verdad?

—Dije que me lo pinté porque era demasiado llamativo, y no es ninguna mentira.

—No quiero que mi familia pueda correr ningún peligro. Si estás huyendo de alguien...

—No —interrumpí—. Tu familia no corre peligro. Después de todo, no se puede entrar o salir de aquí si no hay... relentes, ¿no? Y en el próximo me vas a llevar al pueblo. Tranquilo. No soy ninguna amenaza.

—¿Quién eres, Mel?

—Dijiste que no tenías nada en contra de los secretos.

—Siempre y cuando no sean secretos peligrosos.

—No tengo ningún secreto peligroso.

—Pero tampoco inofensivo, Mel. ¿Es ese tu verdadero nombre?

—Es parte de mi nombre y como siempre me ha llamado todo el mundo cuando vivía en los Continentes. Y como quisiera que se me siguiera llamando.

Terminé de fregar los platos y fui a levantarlos para llevármelos, pero Vánel me detuvo.

—Siéntate.

—No me gusta que desconfíes de mí tanto. No tengo intención de hacerle daño a nadie.

—¿Y crees que a mí me gusta? Ojalá el mensaje del fuego hubiera sido otro. Pero hace un mes cambió el viento; y en el viento de cambios se le pregunta al fuego por las novedades que nos traerá. El fuego me dijo que veía una persona venida de muy lejos y que nuestras vidas no volverían a ser igual. Anoche le volví a preguntar y me aconsejó cautela. ¿Qué ocultas, muchacha?

—Mira, Vánel, agradezco y aprecio mucho todo lo que estás haciendo por mí. Pero no me sometas al tercer grado, por favor. ¿Qué más te da? ¡Yo me voy a ir pronto y podréis recuperar la vida que llevabais antes! ¿Por qué quieres hacerme recordar cosas que son bastante dolorosas



para mí? No represento ningún peligro, te lo vuelvo a repetir. Mírame y verás que digo la verdad.

—Gertie nos dijo que tenías novio. ¿Es cierto?

—¡¡Sí!! —estallé—. ¡Sí, tengo novio! ¡Y tuve que dejarlo postrado en una cama sin poder moverse porque a unos hijos de puta no les gustaba que estuviéramos juntos y nos obligaron a separarnos! ¿Eso es lo que querías saber? ¿Ya estás contento y feliz? ¡Pues felicidades! Tu familia está tan a salvo como antes de que supieras ese dato, pero en cambio yo estoy muy jodida y hecha pedazos. Espero que estés satisfecho.

Me levanté y corrí hacia el bosque, incapaz de contener las lágrimas. No había querido recordar los detalles de lo que nos hicieron cuando se enteraron de lo nuestro; los tenía guardaditos bajo llave y enterrados en mi memoria, donde no pudieran salir y hacerme daño, pero Vánel había abierto ese baúl y los recuerdos habían salido, provocándome un dolor descomunal y un torrente de lágrimas. Corrí a través de los árboles, secándome las lágrimas con la manga, hasta que tropecé con una raíz que sobresalía mucho del suelo y me caí de morros.

No hice esfuerzo alguno por incorporarme sino que seguí tirada boca abajo, sin poder parar de llorar. Hacía varias semanas que había visto a Westley por última vez y su ausencia me producía un enorme agujero en el pecho; sentía mi corazón herido, como si lo hubieran disparado y por aquel agujero se escapara todo lo bonito, lo feliz y lo bueno que alguna vez hubiera habido en mi vida. Era un dolor horrible e inhumano; y lo que me quedaba aún, porque, como bien me dijeron, íbamos a estar bastante tiempo separados hasta que las cosas se calmaran.

—Lo siento. Lo siento, Mel. Perdóname.

Vánel estaba detrás de mí. Noté que me cogía por los brazos e intentaba levantarme.

—¡Déjame! —sollocé—. ¡Vuelve con tus hijos!

—No sabía nada de todo eso y no pretendía que te sintieras así. Perdóname, Mel.

A pesar de que yo quería quedarme en el suelo, me levantó y me sostuvo.

—Lo siento mucho. No era mi intención, de verdad. Te sonará raro, pero puedes desahogarte si quieres. No quiero que te sientas sola pasando por una situación así. Lamento haberte dicho todo aquello. No volverá a ocurrir.

Seguí llorando durante un buen rato y Vánel hizo que me apoyara en él. Cada pocos minutos me susurraba que todo estaba bien y que estuviera tranquila. Y tardé bastante, pero acabé calmándome y poco a poco las lágrimas dejaron de fluir. Estuvimos bastante rato sin movernos y en silencio, hasta que él lo rompió:

—¿Puedo hacer algo para que te sientas mejor?

—No —musité—. Nadie puede hacer nada.

—¿Te hiciste daño cuando te caíste?

—Estoy bien.

—¿Puedes ponerte en pie y caminar?

—Sí.

—Pues acompáñame. Ven conmigo.

—¿Adónde?

—Ya lo verás. Es una sorpresa —Sonrió.

Lo seguí a través del bosque. Caminaba despacio, a un ritmo que yo podía seguir, y de vez en cuando me tendía la mano para pasar por alguna parte complicada. En algún momento el bosque pasó a convertirse en una selva tropical, con una vegetación y unos sonidos completamente diferentes. Tras caminar durante un pequeño rato, me dijo que me subiera a su espalda, a lo que en principio me negué, pero, tras su insistencia, me pidió que confiara en él y que no había otro modo

de llegar a la sorpresa, de modo que me subí a caballito en su ancha espalda, le rodeé la cintura con las piernas y me sujeté bien clavando los antebrazos y los codos en su pecho. En cuanto estuve más o menos fija, Vánel agarró una liana y empezó a trepar por ella cargando conmigo a su espalda como si cargara con una bolsa vacía. Me agarré bien a él y procuré no mirar abajo, por lo que no sé qué distancia subimos, pero llegamos a una especie de valle formado por las ramas a media altura de los árboles, todas ellas muy juntas, de modo que tanto encima como debajo de nosotros había ramas llenísimas de enormes hojas, y ahí me indicó que bajara, poniendo cuidado en dónde pisaba. Lo hice y se me abrieron los ojos exageradamente de la sorpresa, porque me había llevado donde se había reunido una gran bandada de pájaros de vivos colores y picos chatos que empezaron a dar saltitos en mi dirección. Vánel me indicó que no tuviera miedo porque eran inofensivos, y así fue. Se me posaron en los brazos, y cuando me senté, también en las rodillas. Eran muy juguetones; me pasaban sus suaves plumas por la cara, me daban suaves picotazos de broma y creo que hasta se reían. Consiguieron que me lo empezara a pasar bien con ellos e incluso que perdiera la noción del tiempo, porque poco a poco se fueron retirando, y cuando se fue el último, Vánel me indicó que debíamos regresar porque estaría anocheciendo. Bajamos del árbol y emprendimos el camino a la casa.

—¿Te ha gustado?

—Sí. Me ha gustado. Eran muy simpáticos; ha sido muy bonito.

—Son pipetotes. Solo viven en las selvas como ésta. Son muy juguetones y pensé que te animarían un poco, y que tal vez consiguiera que me perdonaras. ¿Me perdonas?

—Sí, Vánel. Estás perdonado.

—No volverá a ocurrir. Pero te reitero lo que te dije cuando llegaste: puedes confiar en mí. Si alguna vez quieres contarme algo, te escucharé e intentaré ayudarte.

—Gracias, pero por ahora estoy bien.

—Estoy observándote, y ahora que me fijo... Antes no tenías esas pecas, ¿verdad?

Suspiré. Me las había descubierto cuando me miré al espejo esa misma mañana. Eran unas suaves manchitas claras, no muy abundantes. Aún no tenía claro si me gustaban o no.

—No, no las tenía. Nunca he tenido pecas. Me habrán salido... de estar al sol, supongo.

Vánel rió.

—Sí, es lo más probable.

Me miró con gesto amable y le contesté con una sonrisa.

Regresamos a la orilla del río, recogimos los platos que lavé, que ya estaban totalmente secos, y volvimos a la casa.

## Capítulo 4

Tierras más allá de las fronteras del reino humano  
Año de gracia 27 de Basileo  
Mes noveno

Había pasado ya algún tiempo desde que llegué a aquel lugar, pero no me sentía a disgusto. No era como cuando estaba en la Bonita, donde José y Sofía me querían y se portaban muy bien conmigo, pero tampoco era el Palacio lleno de intrigas y mentiras. A diario tenía que ocuparme del huerto, con la ayuda de Gertie y bajo la supervisión de Vánel, que estaba cerca de mí y me solucionaba todas las dudas que me surgían que, por cierto, cada vez eran menos. Acababa molida y me gustaba lo que venía después: meterme en el río, refrescarme en sus aguas y quitarme todo el sudor y la tierra. Gertie chapoteaba conmigo y me gastaba bromas salpicándome, bromas que por supuesto yo le devolvía con creces.

No había señales de que la famosa helada, o relente, como decían ellos, fuera a llegar pronto, y había llegado a la conclusión de que no sabía qué haría cuando Vánel me acompañara al pueblo más cercano. No tenía la más puñetera idea de cómo llegar al pueblo de donde había venido, y en el dudoso caso de que lo encontrara, ¿seguirían José y Sofía queriendo contar conmigo? Solamente estuve unas dos semanas con ellos y el tiempo que había pasado desde que desaparecí de allí era más que eso. Probablemente hubieran encontrado otra empleada a esas alturas. Podría ir, y recoger mi chaqueta, la ropita que me compré, y el sueldo por mi trabajo... pero, y luego, ¿qué? ¿A seguir viajando en busca de otro pueblo y otro empleo? No es que no me gustara vivir con Vánel y su familia; es más, me trataban muy bien, pero tenía siempre presente que yo no era una de los suyos, sino que me habían acogido por lástima, para que tuviera alguna parte donde dormir mientras llegaba el famoso relente. No podía pedirles que me permitieran vivir con ellos; sería demasiado caradura por mi parte. Además, aunque Vánel no había vuelto a preguntarme nada sobre mí, de vez en cuando le sorprendía mirándome de esa manera que él tenía como si quisiera leerme la mente. Seguía desconfiando, y no me gustaba. Lo mejor era que les devolviera su plácida existencia y ya me buscaría las habichuelas por ahí de alguna manera.

Era un sitio bonito, tranquilo y lleno de preciosa naturaleza por doquier. Durante el día podía pasearme por donde quisiera, mientras que en cuanto anochecía el bosque dejaba de ser seguro y Vánel nos quería en casa a los tres. Definitivamente, me gustaba, salvo por el calor asqueroso que hacía que no durara limpita ni una hora y me dejaba toda pegajosa.

Cierto día nos levantamos y estaba lloviendo, por lo que Vánel dijo que no saliéramos al huerto ya que la lluvia lo regaría todo y que, tal y como llovía, nos acabaríamos resbalando y haciendo daño. Llovió torrencialmente hasta primera hora de la tarde, momento que aprovecharon Beltane y Vánel para salir y recoger lo que se había salvado del huerto, que no era mucho. Tras

examinar las pocas verduras que habían traído y descartar casi la mitad, Vánel llamó a Beltane.

—Tenemos que cazar algún animal. Con esto no aguantaremos más que un par de días, y las cosechas nuevas que plantemos mañana tardarán en germinar

—De acuerdo, padre.

—¿Puedo hacer algo para ayudar? —pregunté.

—Quédate aquí y cuida de Gertie. No permitas que esté fuera cuando empiece a oscurecer.

—Ya no soy una niña —protestó Gertie.

Pasamos la tarde juntas y le enseñé a jugar a piedra-papel-tijeras, juego que le encantó, supuse que por su simplicidad. Más tarde le planteé algunas adivinanzas que la mantuvieron entretenida hasta bien entrada la noche. Era ya muy tarde cuando Vánel y Beltane regresaron, cargando con un enorme animal que llevaron a la despensa y colocaron sobre una mesa que, a juzgar por las manchas oscuras que tenía, no era la primera vez que tenía un animal muerto encima.

Me acerqué, curiosa. Nunca había visto nada así, pero no quise aproximarme mucho para no estorbar a Vánel y Beltane, que estaban sacando unos cuantos cuchillos y otras herramientas y utensilios que preferí no pensar para qué eran.

—¿Vienes, pelirroja? —sugirió Beltane. Desde que me salieron las raíces, le había dado por llamarme así—. Es una buena oportunidad para que aprendas.

Me acerqué, temerosa. Esa cosa muerta me daba yuyu.

—La piel de este animal —explicó Beltane— no puede usarse para nada, ni como manta siquiera porque, como ves, es muy dura y no tiene pelaje. De modo que vamos a dejarla sobre la carne, porque este tipo de pieles aportan mucha energía al ser humano cuando las come. ¿Me sigues?

Asentí y miré a Vánel, que sonreía orgulloso viendo cómo Beltane me explicaba el proceso.

—El animal debe sangrar del todo. Por eso le vamos a hacer un corte aquí... otro aquí... ¿Ves que la sangre empieza a salir? Ahora, entre mi padre y yo vamos a colgarlo para que la sangre caiga hacia abajo. Tenemos un cubo grande destinado a tal fin. Está ahí, detrás de ti, pelirroja, ¿me lo alcanzas? —Se lo di—. Bien, gracias. Lo colocamos aquí... y ahora, padre, si no te importa... perfecto. ¿Ves, Mel? Lo sujetamos de esta manera, atando dos veces a ambos lados para que no se caiga por su peso.

Estaba muy sorprendida con el proceso. La sangre del animal empezó a gotear en el cubo y era increíble la rapidez con la que lo habían hecho, pero aun sabiendo que el pobre animal estaba muerto, me estaba dando bastante angustia verlo ahí desangrándose.

—Mel —Vánel pareció leerme el pensamiento—, no ha sufrido. Ha sido rápido. Puedes estar tranquila en ese sentido. Hemos dado las gracias a la naturaleza por regalarnos alimento y pedido perdón por tener que segar una vida para ello. Lo hacemos siempre que cazamos cualquier animal.

—¿Cómo... cómo lo habéis... eh... cazado?

Ambos se quitaron los carcajes y me los mostraron, junto con los arcos.

—Y con esto —Beltane sacó un cuchillo pequeño que llevaba en la bota.

Me quedé en silencio unos segundos. La idea me daba vueltas en la cabeza, pero no quería salir y yo no tenía valor como para pedirlo. Pero finalmente lo hice.

—Vánel, mmm... ¿Podría pedirte... eh... algo?

—Puedes confiar en mí, muchacha. Ya te lo dije.

—Enséñame.

Los dos se me quedaron mirando como si fuera un alien.

—¿Cómo? —preguntó Vánel.

—Quiero aprender a usar el arco y las flechas.

Beltane miró a su padre, pero éste tenía la mirada fija solamente en mí.

—¿Para qué quieres aprender eso?

—Pues para... para defenderme.

—Beltane, déjanos solos.

El chico sonrió pícaramente y salió del almacén.

—¿Defenderte de qué, o de quién? —me preguntó Vánel una vez estuvimos él y yo solos.

—De quienes quieran hacerme daño. Y a vosotros también, por supuesto.

—Mel, en este mes y algo que llevamos juntos te he observado y no tienes alma de guerrera o de luchadora. Si hasta se te ha esfumado el color de la cara en cuanto has visto la sangre del animal.

—Por eso quiero que me enseñes. Necesito aprender a defenderme ante quienes me pudieran atacar, sobre todo cuando me haya ido de aquí.

—A ti te ha pasado algo, ¿verdad, muchacha?

—Sí, me pasó algo una vez. Y no me hagas que lo recuerde, por favor, porque fue lo más horrible que me han hecho en toda mi vida. Nadie quiso enseñarme a defenderme para que no volviera a suceder, por eso te lo estoy pidiendo.

Se acercó hacia mí.

—¿Me permites? —Levantó un poco las manos y dije que sí con la cabeza. Palpó un poco mis brazos, mis hombros y mi espalda.

—A ver... podemos intentarlo, Mel, pero va a ser duro para ti, porque estás muy desentrenada. No tienes el cuerpo acostumbrado al ejercicio físico y no vas a pasarlo muy bien. No es solo aprender a lanzar las flechas con el arco: necesitas saber hacerlo en movimiento, ser muy ágil, tener unos brazos y piernas fuertes, y, por supuesto, destreza y puntería. ¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—Al menos, me gustaría intentarlo, si a ti no te importa enseñarme.

—A mí no me importa. Ya tengo un aprendiz y no tengo ningún problema en tener dos. Mira, si te parece bien, vamos a probar durante un tiempo. Los primeros días serán muy duros, pero si los pasas, notarás que tu cuerpo se habitúa y mejorarás. Si no los pasas, entonces lo dejaremos, ¿de acuerdo?

—Me parece bien.

—Pues mañana por la tarde empezaremos fortaleciendo esas extremidades. Que, sin ánimo de ofender, tienen demasiada grasa.

—Como el resto de mi cuerpo.

—No había querido ser tan claro, pero sí. Ahora, vamos a preparar las verduras que se han salvado de la lluvia.

## Capítulo 5

Nunca había creído posible morir de agujetas, hasta que me levanté aquella mañana totalmente machacada.

Vánel me había exprimido como si fuera un limón, aunque también tuvo algo que ver el hecho de que llevaba mucho tiempo sin hacer gimnasia y de que la educación física siempre había sido algo que detesté.

Teníamos en el instituto un profesor, que llamábamos “el cerdo”, al que le encantaba mirarnos sonriendo maliciosamente mientras agonizábamos corriendo en la pista y él nos amenazaba con quitarnos un punto en el examen. Pues bien, el primer día de entrenamiento con Vánel superó todo aquello. En su defensa diré que no me dijo ni una palabra que me faltara al respeto, me hiciera enfadar o desanimarme como hacía “el cerdo”, sino que en todo momento fue muy amable. Pero aun así, me sentía como los militares de las pelis, que acababan reventados tras no parar en todo el día.

Me hizo correr por el bosque durante mucho, mucho rato. Me permitía parar para recuperar el aliento, pero unos segunditos nada más; después, a correr otra vez. Me mandó hacer abdominales y flexiones de brazos y de piernas hasta reventar; de nada sirvió que le dijera que no podía más, porque me replicaba que sí podía... y tenía razón, pude, y cuando consideró que había hecho suficientes flexiones y me dolía la tripa de tanta abdominal, venga, a correr de nuevo. Y así desde después de comer hasta que anocheció. Acabé como si me hubiera pasado un tractor por encima y luego hubiera dado marcha atrás. Ni siquiera cené, lo último que recuerdo fue que me senté en el sofá de madera mientras Vánel y Gertie hacían la cena, y despertarme con la luz del alba en mi cama.

Qué vergüenza. Me había quedado frita y no me di ni cuenta cuando me llevaron a la cama. Y qué dolor. De vientre, de brazos, de piernas, de hombros... Me levanté con agujonazos en casi todos los músculos de mi cuerpo, y, apoyándome en las paredes, las puertas o lo que podía, traté de bajar a la planta principal. Como todas las mañanas, ahí estaba Vánel.

—Buenos días, Mel. ¿Cómo te encuentras?

Resoplé y suspiré antes de contestar.

—Me duele todo.

—Es normal. Te voy a preparar algo que te alivie.

Me ayudó a sentarme en el sofá y salió. Le oí enredar con el caldero y el agua en el exterior, y al cabo de unos minutos volvió con un cuenco de madera en el que había algo que echaba humo.

—Cuando se enfríe, tómatelo. Te atenuará el dolor.

Una infusión. Westley siempre decía que eran muy buenas y naturales, y que nunca hacían daño. Se me humedecieron los ojos.

—Por los dioses, muchacha. ¿Tanto te duele?

—No, no es eso. Perdóname. Es que... bueno, mi novio también me preparaba infusiones a menudo y...

—Entiendo. Pues yo también las preparo, como puedes ver. Y ésta te sentará muy bien.

—Gracias, Vánel.

—Tu novio... Perdona que te lo pregunte; no tienes que contestar si no quieres, pero, ¿está vivo?

—Sí. Y vendrá a buscarme cuando la gente que nos separó ceje en su empeño. Me lo prometió.

—Ah, eso está bien. Pero entretanto, estás aquí y tratemos de que lo sobrelleves lo mejor posible.

Asentí.

—No hay relentes en el horizonte todavía.

—Siento mucho si soy una molestia.

—¿Molestia? En absoluto. Nos ayudas muy bien con el huerto y con la limpieza, y Gertie se ha encariñado mucho contigo. Ella es quien más lo va a sentir cuando te vayas.

—Es muy simpática, y muy amable. Me ha cosido bastantes cosas.

—Que cuando te vayas, espero que te lleves. Son un regalo suyo.

Sonreí un poco y asentí.

—Ayer, en el entrenamiento, lo diste todo. Enhorabuena, muchacha. Sí, claro. Así estás ahora. Pero te diré que Beltane no aguantó tanto en su primer día. Ahora sí, por supuesto. Ahora aguanta eso y más. Pero porque lleva nueve años de entrenamiento y aprendizaje.

—No te ofendas, Vánel, pero lo que más me gustó del entrenamiento de ayer fue cuando se acabó —comenté con los ojos cerrados.

—Me alegro que no hayas perdido el sentido del humor, Mel, porque hoy toca otra vez.

Exhalé un suspiro de dolor.

—Va a ser igual que ayer. Tienes que ganar resistencia y fuerza, muchacha.

—No seas muy duro, por favor, que me duele todo.

—¿Por qué quieres hacer esto, Mel? ¿Tanto miedo tienes de que te ataquen?

Guardé silencio unos segundos y di un sorbo a la infusión mientras pensaba hasta dónde podía contarle para que no atara cabos.

—Hace algo más de un año me secuestraron y casi me matan. Si hubiera sabido defenderme, les hubiera podido hacer frente y escapado antes de que me ataran y me llevaran.

—Entiendo. Debió ser muy duro. Intentaré que hayas aprendido algo de lo que quieres antes de que te vayas.

—Te lo agradeceré.

—La próxima semana pasaré un par de días fuera. Tu cuerpo podrá tomarse un descanso; pero no te recomiendo que estés inactiva. Te aconsejo, aunque sea, que camines por el bosque. Mientras haya luz no tienes de qué temer. Pero ten cuidado, no vayas a perderte. Sé que puedes arreglártelas por ti misma, pero si necesitaras algo, estará Beltane.

Y así fue. Tras unos días en los que no me dejó descansar, y en los que corrí, me moví e hice más flexiones y abdominales que en todas las clases de educación física de toda mi vida escolar, una mañana me levanté, con el cuerpo hecho fosfatina, como venía siendo habitual, y no encontré a Vánel.

Las agujetas no me daban tregua, pero en cierto modo me había acostumbrado a ellas. Como también me había acostumbrado a tener una amigable charla con Vánel cada mañana, y me di

cuenta de que echaba de menos sus amables palabras. Tal y como dijo, no había vuelto a hacerme preguntas que yo no quisiera contestar, y siempre hablábamos de temas concernientes a la casa, de la vida allí, de Beltane y Gertie o, como en los últimos días, de mi entrenamiento para poner mi cuerpo a punto para aprender a defenderme y a lanzar flechas con el arco.

Vánel había llegado a caerme bien, pero no me podía quitar de la cabeza las duras palabras que tuvo conmigo cuando llegué, y aunque me dijo que no volvería a ocurrir, me preguntaba si no sería esa una manera de hacer que me confiara y le contara mi historia. Ya me lo dijo Westley: no tenía que confiar en nadie porque más de uno se aprovecharía de lo inocente que era. Y no iba a contárselo a nadie. Vánel era muy amable y paciente conmigo, y yo le había contado ciertos detalles de mi vida, pero el más importante, que era la princesa y para más inri, traidora, fugitiva y con orden de búsqueda y captura, esa no se la pensaba contar. Además, pronto me iría de allí. No tenía sentido que se lo contara.

Había dicho que llevaba con ellos mes y algo. Más las dos semanas que había pasado trabajando en el otro pueblo, daban un total de dos meses fuera. Cielos, dos meses, nada más y nada menos. El rey debía de estar cabreadísimo y echando espumarajos por la boca. Y los duques se habrían quedado con una cara que hubiese estado bien ver. Que se fastidiaran. Después de todo lo que me habían hecho, alguna vez tenía que salirles mal la jugada, y que la que les hubiera salido mal precisamente fuese la última, la de su triunfo definitivo sobre mí, me llenaba de una secreta satisfacción personal.

Dos meses ya. Madre mía. ¿Qué habría pasado en Palacio durante todo ese tiempo? Ángela había sido la encargada de comunicarle al rey que le había engañado en sus propias narices sin faltar a mi juramento. Vamos, de decirle que yo le había hecho un corte de mangas con peineta incluida en toda regla. Ojalá el rey no lo hubiera pagado con ella, porque ya bastante le había hecho en todos esos años. En cierto modo, el ayudarme a escapar, aparte de un gesto de cariño hacia mí, había sido una pequeña venganza hacia el rey por parte de Ángela, y me parecía fenomenal. Por otra parte, la otra persona sobre la que posiblemente habría caído la ira del rey habría sido Westley. Ángela me aseguró que el rey no rompería el juramento matándolo o haciéndole algo, pero yo tenía mis dudas al respecto. No sabía cuánto tardarían sus costillas y su pierna en recuperarse, pero dos meses me parecía tiempo suficiente. En caso de que el rey le hubiera dejado recuperarse como prometió, quizás ya lo habrían juzgado. Y condenado. Por traidor, por secuestrador, por... vete a saber. Leo me aseguró que encontraría para él al mejor abogado del reino, pero ni cien abogados podrían salvar a Westley de un tipo que representaba la máxima autoridad y poder existentes, y que encima iba a joder, a hacer todo el daño posible.

—*Abuelos, protegedlo, por favor. Proteged a Westley desde arriba, os lo ruego.*

Mis abuelos seguían conmigo. Lo noté: siempre que pensaba en ellos con mucha intensidad, sentía una oleada de cariño que me reconfortaba; la misma que sentía cuando era pequeña y estaba con ellos. Estaban conmigo y no era mi imaginación, lo sabía. Y siendo así, solamente les pedía que le echaran un ojo al gran amor de mi vida y cuidaran de él. Después de todo, habíamos hecho los votos de unión, y eso era como casarse. Ahora él era pariente de mis abuelos también: era su nieto político. Y cuando hablé con ellos aquella vez, cuando me encontraba con un pie en el mundo de los vivos y otro en el de los muertos, ellos mismos me dijeron que debía quedarme con él. Mis abuelos hubieran querido a Westley si lo hubiesen conocido en vida, y estaba segura de que, desde el cielo o desde donde fuera que estuvieran, aprobaban al hombre que había escogido, con quien pasaría el resto de mis días.

—Eh, pelirroja. Buenos días, Mel.



Me giré, con un poco de dificultad debido a las agujetas, y divisé a Beltane cogiendo diversos cacharros de los estantes, para ir preparando el desayuno.

—Mi padre no va a estar ni hoy ni mañana —continuó—, supongo que te lo habrá dicho. Una vez al año tiene asuntos que atender por estas fechas. En principio, vamos a hacer vida normal. Huerto, lavar, comida, descansamos un poco y a entrenar. Si necesitas cualquier cosa, dímelo. ¿Y mi hermana no se ha levantado aún?

—Voy a despertarla —Me levanté con dificultad y me dirigí a las escaleras.

—Guarda tus energías para más tarde, de eso me ocupo yo —Hizo una pausa en la que debió de ver cómo iba hacia arriba—. Vale, como quieras.

Desperté a Gertie y desayunamos los tres juntos. Vánel había dejado a Beltane de encargado de la casa, lo cual a Gertie no le hizo mucha gracia, pero se tuvo que aguantar. Durante el desayuno estuvimos bromeando los tres amigablemente, lo que me hizo pensar en mis hermanos: ojalá mi relación con ellos hubiera sido así en algún momento. Pero ellos hacían piña, como los tres tientes que se creían que eran, y a mí no me hacían mucho caso. Nunca me habían pegado como mi padre, pero sí que me gritaban a menudo y me faltaban al respeto. Si se lo decía a mi madre, sus salidas eran dos frases: “No les hagas caso” o “Algo habrás hecho”. De verdad que en la casa de mis padres yo era la última mona. Estaba segura de que fui fruto de algún preservativo roto.

Terminamos y nos dirigimos al huerto. La lluvia de hacía poco había destruido casi todo lo que había, pero habíamos plantado de nuevo y ya asomaban algunos tallitos. Comprobé que la tierra estuviera en óptimas condiciones (sin manchas de colorines), busqué indicios de mala hierba, comprobé una por una todas las clases de verdura que habíamos plantado, replanté las que no habían salido, y me dirigí a la casa a por la mezcla para disuadir a los animales. Cuando cogí el bote, me di cuenta de que no habría suficiente. Se lo comenté a Beltane, quien se dirigió a la despensa a por más, pero volvió con las manos vacías.

—Pues parece que se nos ha acabado, Mel. Pero no importa; son hierbas bastante fáciles de encontrar en el bosque. Si vienes, te enseño cuales son y dónde encontrarlas.

—Vale. Te acompaño.

Nos metimos en el bosque y Beltane fue guiándome por senderos que parecía conocer muy bien. Caminaba a mi ritmo, consciente de que tenía todo el cuerpo dolorido por el ejercicio, y me iba explicando cosillas de lo que nos íbamos encontrando por el camino:

—Fíjate, esos árboles son frutales, pero solamente en sus ramas más altas; mi padre y yo tenemos que hacer grandes esfuerzos para poder coger sus frutos. Esas setas que ves ahí son venenosas; no las toques. Voy a cogerlas porque si las dejamos secar y las hacemos polvo, viene bien para detener un sangrado fuerte. En cambio, las que están al lado, esas marrones de cabeza chata, están deliciosas. Las vamos a coger también y esta noche verás qué buenas están. Las ponemos en bolsas separadas y no hay riesgo. Observa bien cómo lo hago: así, con cuidado para no tocar las venenosas... eso es. Perfecto. ¡Eh, mira! Si mi hermana viera esto se volvería loca: ¡un arbusto de bayas! Y tiene muchísimas... Pues no voy a desperdiciarlas; dame otra bolsa. Anda, coge tú también, y si quieres, cómete alguna, no pasa nada. Las bayas son uno de los frutos favoritos de los animales del bosque y dan buena cuenta de ellas. Normalmente, por la mañana, están escondidas en sus flores, pero ya es casi mediodía y están saliendo... ¡y nosotros hemos llegado en el momento adecuado! Bueno, bueno, Mel. Qué montón hemos cogido. Gertie va a ponerse a dar saltos de alegría.

—La quieres mucho, ¿verdad?

—Je, je, sí. Aunque es mi hermana: en realidad, no tengo otro remedio. Pero se hace querer

aunque no sepa mantener la boca cerrada más de un minuto.

—Es muy cariñosa, y muy buena niña.

—En eso te doy la razón. Criada por mi padre, no podía ser de otra manera. Yo tenía trece años cuando mi padre la trajo y en un primer momento estuve en desacuerdo en lo de tener una hermana, pero luego me acostumbré a ella y ahora somos una familia. ¿Tú tienes hermanos, Mel?

—Sí, tengo tres, en mi mundo. Álvaro, Enrique y Óscar. Los tres mayores que yo.

—Ah, así que eras la pequeña. La mimada de la casa.

—No te creas. Si estoy aquí es por algo, Beltane. Los inmigrantes venimos para tener una oportunidad de cambiar nuestras vidas a mejor.

—¿Cómo? No sabía nada de eso.

—Venimos porque en los Continentes llevamos una vida no muy buena, y se nos da ocasión para empezar una nueva existencia mejor que la que teníamos. Siempre es así, y en mi caso, te aseguro que se cumplió esa condición.

—Entonces... ¿no estabas bien con tu familia en tu mundo?

—No.

—Yo pensaba que vosotros... veníais porque queríais cambiar, o visitarnos, o algo así, y que cualquiera que quisiera podría hacerlo.

—Pues no. En realidad, nadie sabe que este mundo existe. Supongo que me darán por muerta; hace ya tres años que desaparecí de mi casa.

—Vaya. Bueno, yo... no sé qué decir; no tengo experiencia como consejero. Pero si necesitas cualquier cosa en la que yo te pueda ayudar...

—Gracias, Beltane.

Me miró durante unos segundos a los ojos y juraría que era la primera vez que lo hacía. Me fijé en que los tenía grises, como Vánel y como Gertie. A pesar de no tener lazos biológicos, los tres compartían ese rasgo. Me pareció curioso. Sin embargo, Vánel tenía el pelo castaño, Beltane negro y Gertie rubio; en ese sentido eran bien diferentes.

—Entonces, ¿no tienes familia ni nada aquí?

—No; supongo que soy un poco huérfana y... vagabunda —admití.

—Pero tienes novio.

—Sí, es cierto.

—Perdona la pregunta, pero... ¿no estará... preguntándose dónde estás o algo?

—Sí, seguro que se lo pregunta. Pero hubo gente que nos separó y tenemos que esperar a que las cosas se calmen. Cuando todo haya pasado, vendrá a buscarme.

—Ah, vale. Espero que sea pronto. Es decir... no quiero que pienses que estoy deseando perderte de vista, en realidad vine a decir que... que...

—Tranquilo, Beltane —Sonreí ligeramente—, te he entendido.

—Vale —rió—, mejor así. No tengo nada en contra tuya. Me caes bien.

—Bueno, y tú, ¿tienes novia?

—¿Yo? ¿Viviendo aquí, te parece que podría?

—¿Por qué no?

—¿Para poder verla solamente cuando hubiera relentes? —Negó con la cabeza—. Mejor no, créeme.

—Entonces, ¿tienes intención de pasar el resto de tu vida aquí?

—No, por supuesto que no. Mi padre me está formando como hechicero y como guerrero. Cuando cumpla los veinticuatro, deberé ir a un cónclave de magos para hacer una exhibición de

mi poder, una declaración de intenciones, mi juramento, y entonces seré un hechicero completo; por lo tanto podré dedicarme a recorrer el mundo, ir de un lado a otro ofreciendo mis servicios... y quién sabe, quizás algún día pueda aspirar a ser un Gran Mago.

—¿Es lo que quieres ser en la vida? ¿Un Gran Mago?

—Sí —Sonrió tímidamente—. Es mi sueño. Aunque sé que es difícil, de hecho, mi padre lo intentó y no lo consiguió, pero yo estoy dispuesto a lograrlo.

—¿Tu padre lo intentó y no lo consiguió?

—Sí. Bueno, no es ningún secreto; no creo que pase nada porque te lo haya dicho. El caso es que ser Gran Mago no es tan fácil. Requiere mucha dedicación, mucho esfuerzo, mucha disciplina, poder, experiencia... No sé en qué falló mi padre; espero que algún día me lo diga. Pero yo lo conseguiré tarde o temprano. ¡Eh, cuidado!

Estaba tan concentrada escuchando lo que me decía que no caí en la cuenta de que estábamos pasando por unos zarzales hasta que noté que me estaba arañando el antebrazo.

—¡Au!

—¿Te has hecho daño? A ver... Bueno, diría que solo es un rasguño.

—No te preocupes, Beltane. No es nada. Ni siquiera sangra.

—Mejor. Creí que te habías clavado una hojaespadón. Son parecidas a éstas, y bastante traicioneras. Pero en fin. Mira, aquí. La hierba que nos falta para la mezcla del huerto se recoge por aquí, donde están las piedras de grano, y siempre al pie de los troncos grandes. ¿Ves esos tallos rojizos y marrones? Son esos. Toma la bolsa y las tijeras. Córtalos.

Hice lo que me decía y enseguida llené la bolsita de tela.

—Muy bien, pelirroja. Perfecto. Ahora, volvamos a casa. Picaremos la que acabas de coger, haremos la mezcla, esparciremos en el huerto, y listos para el chapuzón en el río.

—¿Hoy no limpiamos?

—Hoy no está mi padre. Además, lo de la hierba nos ha consumido mucho tiempo. Por un día no pasará nada, te lo garantizo.

—No te gusta limpiar, ¿eh?

—¿Pero hay alguien a quien le guste? —rió.

Volvimos a la casa; allí piqué las hierbas e hice la mezcla, que esparcí por el huerto en las cantidades correspondientes mientras Beltane se bañaba; tras eso, nos llegó el turno a Gertie y a mí. Gertie siempre lo hacía con un camisoncito de tirantes que le llegaba por encima de la rodilla, y yo al principio lo hacía con la camisa, pero finalmente me la quité y me acostumbré a bañarme con únicamente las braguitas y la venda en el pecho, cruzada a modo de sujetador. Gertie me miró una vez y me hizo un comentario al respecto, entonces le expliqué que cuando le crecieran a ella los pechos, lo entendería, lo que le hizo reír mucho. En otra ocasión me hizo ver algo que yo no sabía, y era que tenía unas pequeñas marcas en la espalda. Ángela nunca me había dicho nada, y tampoco Westley, pero al parecer el “regalito” del rey me había dejado constancia en la piel. Gertie me las repasó con el dedo para que me hiciera idea de su tamaño; por fortuna no eran muy grandes, pero me fastidiaba, como me fastidió tener que mentirle a Gertie diciéndole que no sabía por qué las tenía.

A la hora de comer, me sentía desganada y algo mareada. En varias ocasiones sacudí la cabeza para despejarme, sin conseguirlo. Beltane se ofreció a hacerme una infusión si le decía qué me dolía, pero ese era el problema: no sentía dolor en ningún sitio (Con permiso de las agujetas, por supuesto), sino embotamiento general. Le dije que confiaba en que se me pasaría, pero cuando terminó de hacer la comida y nos llamó a la mesa, me levanté y el suelo empezó a ponerse vertical

delante de mí. Perdí el equilibrio y no recordé más que el tortazo contra el suelo.

## Capítulo 6

—Eh, princesita bonita.

—Westley, mi amor...

—Te quiero, preciosa.

—Quédate conmigo.

—No puedo, mi vida. Esto no es real. No estoy a tu lado, aunque los dioses saben cuánto me gustaría estarlo.

—¿Qué está pasando?

—Que has enfermado, corazón. Tienes mucha fiebre. Aguanta, preciosa. Aguanta. Recuerda que llegará el día en el que pueda ir a buscarte.

—No quiero que te vayas.

—Mi vida, esto no está sucediendo. Solo es producto de las ganas que tenemos ambos de volver a encontrarnos y de lo mucho que nos queremos. Tienes que despertar.

—Te necesito, Westley.

—Y yo a ti. Pero debemos ser fuertes y pasar esta prueba. Nos volveremos a encontrar, y entonces nada ni nadie nos separará. Ten siempre presente que vales mucho, y que estoy y siempre estaré orgulloso de ti.

—No te vayas, por favor...

—Debes despertar, corazón. Despierta.

—Westley, vuelve...

—Despierta...

—Westley...

—Despierta, Mel. Vamos, muchacha, despierta. Tienes que salir de ésta.

—Argh...

—Vamos, chica, abre los ojos. Si no despiertas ahora no voy a poder hacer mucho más por ti.

Abrí los ojos lentamente y los volví a cerrar, cegada por la luz que lo inundaba todo. Quise llevarme la mano a los ojos y taparme, pero en cuanto intenté doblar el codo, un relámpago de dolor me atravesó el brazo. Exhalé un grito ahogado y me sujeté el brazo dolorido con la mano contraria mientras giraba y aplastaba el brazo con el peso de mi cuerpo. Me ardía desde la muñeca hasta la mitad del brazo.

—¡Tranquila, tranquila! Respira, muchacha, vamos.

Noté que unas manazas me sujetaban de los hombros y me volvían a colocar boca arriba, sujetándome para que no me volviera a girar. Abrí los ojos de nuevo y distinguí a Vanel.

—Estás despierta. Bien, lo conseguimos. Respira y cálmate, lo primero —Se volvió hacia la puerta—. ¡Beltane! ¡Prepáralo ya!

—¡Voy! —gritó la voz de Beltane desde abajo.

—¿Ya se ha despertado? —oí a Gertie cerca de nosotros.

—Sal, Gertie. Aún está mal —Hubo una pausa—. No, Mel, criatura, no cierres los ojos. No vuelvas a dormirte.

Empezó a darme pequeñas bofetadas en las mejillas, lo cual ayudó a que volviera a la realidad, pero yo quería volver a dormirte y seguir escuchando la voz de Westley, aunque fuera en sueños.

—Escúchame, muchacha. Te has envenenado al pincharte con unos zarzales que parece ser que a los de tu mundo no les sientan bien. No había modo humano de despertarte y creímos que te habíamos perdido. Por lo que más quieras, no vuelvas a dormirte sin haberte tomado lo que te vamos a dar.

Pestañeé, todavía sin asimilar bien lo que me estaba contando. ¿Que me había envenenado? ¿Que no debía dormirte?

—Me duele el brazo —musité.

—Por supuesto que te duele. Te hiciste un buen corte y te entró bien el veneno de la planta. Y tuvo que suceder en mi ausencia, no pudo suceder mientras yo estaba... De ahora en adelante, cualquier cosa que te hagas en el cuerpo, por muy inofensiva que te parezca, me lo comunicas, ¿de acuerdo?

Seguía sin comprender bien lo que me decía. Hablaba muy deprisa y mi cabeza no estaba como para descifrar cosas. Como cuando te pierdes un capítulo de tu serie favorita y tienes que situarte en la acción... pues algo así estaba yo. Me miré el brazo malo y lo encontré tan hinchado y de color un morado-verduzco que al verlo abrí mucho los ojos y me asusté. ¿Ese... eso... era mi brazo?

—Aquí tienes, padre. Eh, pelirroja, nos has dado un buen susto. Recupérate, ¿eh?

—Gracias, Beltane. Sal y sigue con lo tuyo, pero no te alejes mucho, por si volviera a necesitarte.

—De acuerdo, padre.

Vánel sirvió del caldero a un pequeño cuenco un mejunje humeante y con un olor muy penetrante, me levantó un poco y me arrimó el cuenco a la boca.

—Vamos. Bébetelo. Se supone que esto contrarresta los venenos procedentes de las plantas, al menos a nosotros, y espero que a ti también. Vamos, muchacha.

Me ayudé con el brazo bueno, el izquierdo, y me lo bebí. Estaba muy amargo; no me gustó nada y menos cuando Vánel me hizo tomar un segundo y un tercer cuenco, que terminó con una arcada por parte mía y esa fue suficiente señal para que Vánel entendiera que ya bastaba de brebajes. A continuación me puso un puñado de trapos bajo el brazo malo, tiró de la piel hacia los lados y me echó directamente el mejunje en el araño. Estaba muy caliente y el brazo me dolía mucho, por lo que empecé a gritar de dolor.

—Ya, ya, muchacha. Como no te despertabas, tuve que abrirte la herida y echártelo en ella; y parece que funcionó, puesto que sigues viva. Sé que no es agradable, pero tienes que aguantar.

Se me habían saltado las lágrimas del dolor. Vánel las vio y me dio un trozo de tela limpia para que me las secara.

—Venga, que lo más difícil ha pasado ya. Lo único que no debes hacer es dormirte hasta que hayamos conseguido controlar el veneno en tu cuerpo. Vamos, chica, no te sientas culpable; esto son cosas que le pueden pasar a cualquiera. Tú solo has tenido mala suerte. Tranquilízate un poco, ¿eh? que voy a llamar a Gertie para que te mantenga entretenida y despierta.

—Lo siento, siento mucho las molestias...

—Tonterías. Te lo repito: Son cosas que pasan. Por cierto, ¿Westley es tu novio?

—¿Eh?

—No hacías más que llamarlo.

—Sí, es mi novio.

—Lo supuse. Pues, aunque solo sea por él, no te duermas. Mantente despierta hasta que estés fuera de peligro, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré.

—Así me gusta. ¡Gertie! ¡Gertie, sube!

Gertie entró corriendo con un montón de flores, que dejó en su cama mientras me abrazaba.

—¡Mel, menos mal que estás bien!

—Bueno, bien, lo que se dice bien, no está. Pero tu misión es no dejar que se duerma, ¿entendido? Y si hay algún problema o pasa algo, llámame.

—Sí, padre. Mira, Mel. Te he traído flores para que estés contenta. A mí me gustan mucho las flores, y estas huelen muy bien, ¿a que sí? Si quieres, te puedo hacer una corona, o un collar, o lo que prefieras.

Gertie siguió con su interminable parloteo mientras Vánel salía de la habitación y bajaba las escaleras. Con la niña a mi lado, iba a tener muy difícil el dormirme y supe que esa había sido la intención secreta de Vánel al hacer que Gertie estuviera ahí. Suspiré e intenté seguir todo lo que me contaba la niña, y me sorprendí cuando noté que el tiempo pasaba volando y que había conseguido que olvidara lo que me dolía el brazo. Anocheció y Vánel me subió la cena acompañando a un nuevo caldero con el mejunje curativo, que volvió a darme hasta que de nuevo me dieron arcadas, y que me aplicó en el brazo sin abrirme la herida esa vez porque, según sus palabras, la hinchazón había bajado y ya no veía necesaria una manera tan directa que además era dolorosa y desagradable.

Cuando ya estaba bien entrada la noche, Vánel me puso la mano en la frente y me comunicó que la fiebre me había bajado, por lo que podía dormir un poco, pero que volvería a controlármela al cabo de unas horas, y si la temperatura me hubiese vuelto a subir, tendría que despertarme de nuevo y actuaría según como evolucionaba mi brazo.

No dejé que me lo dijera dos veces. En cuanto salió, cerré los ojos y me sumergí en un profundo sueño. Aunque esta vez Westley no apareció para darme ánimos y hacer que me despertara.

Dormí mucho más de lo normal; cuando me desperté ya caía la tarde del día siguiente. Me sorprendió no escuchar a nadie y, tras echar un vistazo a mi brazo y comprobar que había recuperado su tamaño y color normal salvo por la herida, que destacaba mucho en él, me levanté de la cama y bajé para buscar a Vánel y su familia. A pesar de que el brazo aún me dolía, me notaba llena de energía, y sobre todo, hambrienta.

Los encontré en la parte delantera de la casa, sentados tranquilamente y charlando. Vánel fue el primero que me oyó venir y volvió la vista, pero Gertie fue la que primero se levantó y fue corriendo hacia mí para abrazarme.

—¡Mel! ¡Qué alegría que ya estés bien!

—¿A ver ese brazo? —Vánel se acercó, me cogió el brazo con cuidado y le echó un vistazo—. Sí, definitivamente está mejor. ¿Cómo te encuentras?

—Bien. Con algo de hambre.

—Todavía no vamos a cenar, pero una fruta te sentará bien entretanto. Gertie, ¿quieres traer una, por favor?

La niña se separó de mí y al minuto estaba de vuelta con una fruta en un platito de madera. Era pequeña, en algunas zonas verdosa y en otras anaranjada; y según me dijo Gertie, se podía comer a mordiscos sin pelarla, lo cual me vino bien, puesto que, aunque ya podía mover el brazo sin apenas dolor, no quería forzarlo mucho.

Me hicieron un sitio a su lado en el banco de madera que había delante de la casa y nos quedamos tomando el aire de la tarde, que en esa ocasión era un poco menos caluroso que normalmente.

—Mañana te vas a echar el antídoto en la herida cuando te levantes, después del baño, después de comer, a mitad y después del ejercicio, y antes de acostarte, ¿de acuerdo? Y a tomártelo con cada comida. Vamos a improvisar una venda con tela nueva para mantenerlo aislado y limpio. Y si te doliera o te encontraras mal, dímelo de inmediato, ¿entendido?

—Entendido. Gracias por todo, Vánel. Y perdona las molestias.

—No tengo nada que perdonar. Llevas dos meses aquí y diría que te has integrado, así que deja de comportarte como si fueras una extraña.

Beltane se levantó y volvió al cabo de un rato con una flauta. Se sentó apoyado en el tronco de un árbol y empezó a tocar una suave melodía. Ninguno de los tres que escuchábamos dijo nada; simplemente le oímos tocar melodías que parecían danzar con la suave brisa del bosque hasta que cayó la noche. Vánel se levantó, me hizo una señal para que mirara al cielo, y cuando lo hice, lo que vi me pareció precioso. Había más estrellas que nunca, y muchas de ellas se agrupaban debajo de lo que parecía un velo blanquecino en el cielo, lo que hacía que brillaran aún más y que ese velo destacara en la noche como nunca. Me las quedé mirando y me sorprendí al comprobar que el velo se movía como si alguien lo estuviera agitando, atrás y adelante, y con él, a veces se movía alguna estrella. No podía dejar de mirar aquel curioso fenómeno que jamás había visto, ni en mi mundo ni en ese.

—Esto sucede muy de vez en cuando. Una o dos veces al año. ¿No te parece maravilloso?

—Sí que lo es, Vánel —respondí.

—Vamos a preparar la cena. ¿Puedes llamar al flautista de mi hijo? Te encomiendo la desagradable misión de que interrumpas su concierto.

—A mí me parece que toca muy bien.

—Y a mí. Por eso vas a ser tú, y no yo, quien le diga que deje de tocar y nos ayude con la cena.

Sonreí un poco y me dirigí a Beltane, que estaba tocando una melodía muy suave y bonita. Lo hacía tan bien que no me atrevía a interrumpirlo, así que decidí esperar a que acabara para decírselo antes de que empezara otra. Pero apenas llevaba un minuto a su lado cuando se dio cuenta y dejó de tocar.

—Buenas noches, pelirroja.

—Hola, Beltane. Tocas muy bien.

—Gracias. Es todo un halago viniendo de alguien que ha vivido en Pueblo Palacio. Allí debe de haber conciertos a menudo. ¿Alguna vez has estado en uno?

—Una vez.

—De modo que te gusta la música.

—Sí, toco un poco el piano.

—Vaya, justo un instrumento que no tenemos.

Me encogí de hombros en un gesto de “¿Qué se le va a hacer!”

—Tu padre te llama para que ayudes con la cena.



—De acuerdo. Hum... Algún día tú y yo tenemos que tocar juntos, ¿te parece?

—Si encuentras un piano, cuando quieras.

—Ya me encargaré de que no faltes a lo que me acabas de decir, pelirroja. Anda, vamos antes de que mi padre salga a buscarnos.

## Capítulo 7

Tierras más allá de las fronteras del reino humano  
Año de gracia 27 de Basileo  
Mes décimo

Habían pasado unos cuantos días desde el incidente con el zarzal. Me recuperé y Vánel se ocupó de que siguiera con mi rutina y el entrenamiento al que me sometía. Siempre era lo mismo: correr, correr, flexiones, abdominales, y de nuevo a correr. Mi cuerpo se había acostumbrado y ya apenas tenía agujetas, pero me seguía faltando el aire apenas había empezado la carrerita, me seguía dando flato y a veces tenía la sensación de que iba a echar la comida, aunque por fortuna nunca sucedió. Me preguntaba hasta cuándo iba a durar eso, porque yo quería aprender a defenderme, no a correr por los montes como las cabras. Se lo insinué a Vánel y su respuesta fue “Sigue corriendo”. Cierta día me noté que el cinturón me iba un agujero más hacia dentro: había adelgazado. Me dio una pequeña punzadita, porque recordé que a Westley le gustaba tal cual era, con mi sobrepeso, mis michelines y mi culo redondo, y tal y como lo estaba haciendo, parecía que la intención de Vánel era que me librara de todo eso. “Lo siento, Westley”, pensé, triste. “Espero que te guste igual con un poco menos de volumen”.

Una mañana, cuando me levanté, como siempre, un poco antes que lo hicieran Beltane y Gertie, me sorprendió que, mientras me despejaba un poco, sentada en la cama, Gertie daba prácticamente un salto y se bajaba de ella.

—¡Buenos días, Mel!

—Pero bueno, qué energía. ¿Te pasa algo?

—¿Sabes qué día es hoy?

—Eh... pues no, no lo sé.

—¡Es mi cumpleaños!

—¿Ah... sí? Pues... felicidades. ¿Cuántos cumplés?

—¡Once! Mi padre me prometió que me llevaría a un lugar muy especial.

—¿A dónde?

—¡No sé! —Me cogió de la mano y empezó a tirar de mí hacia las escaleras, donde tuve que agarrarme a la barandilla para bajar con los pies y no con la cabeza.

Abajo, Vánel estaba preparando el desayuno, que, aunque fuera un día particular, era lo mismo de siempre. Gertie estaba pletórica y llena de energía, y Vánel se encargó de recordarle que había que ocuparse del huerto y de la casa como todos los días, y que después del baño iríamos todos a ese lugar tan especial. La niña no dejaba de dar saltitos por toda la casa y yo no me explicaba de dónde rayos sacaba ese vigor. Y ya no a esas horas de la mañana, sino en general. A Gertie no se le acababa nunca la cuerda y no se callaba ni bajo el agua.

Tras terminar con el huerto nos fuimos a dar un bañito al río. Gertie no había parado de hablar en toda la mañana; incluso Vánel le había pedido varias veces, entre risas, que dejara que nuestros oídos descansaran un poco, a lo que la niña en principio accedió, pero aquellos ratos de silencio duraban tan solo unos minutos. A mí no me molestaba, era tan vivaracha que me contagiaba su energía, y la inocencia que desprendía me hacía sonreír y me recordaba a mí misma cuando tenía su edad. Entonces yo era una niña feliz de la vida que adoraba a sus abuelos, desconociendo que en menos de dos años iba a perderlos y que su vida iba a dar un giro de ciento ochenta grados. De los doce a los diecisiete, qué años tan horribles fueron para mí. Esperaba que la adolescencia de Gertie fuera mejor, aunque con un padre que se portaba tan bien con ella y un hermano que la adoraba tanto, seguro que lo sería.

—¿Cuándo es tu cumple, Mel? —me preguntó en el agua.

—Pues, eh... bueno, en mi mundo los meses se cuentan de diferente manera. Mi novio fijó la fecha en el mes primero, que fue cuando llegué.

—¡Pues no queda mucho! Espero que aún no te hayas ido.

—Eso ya se verá, ¿eh?

—Cuando te vayas te voy a echar mucho de menos.

—Yo también te echaré de menos a ti, Ricitos de Oro.

—¿No te gustaría quedarte?

—No puedo quedarme, cielo.

—¿Es por tu novio?

—No exactamente. Es complicado. Mi novio vendrá a buscarme, no tendré que buscarlo yo. Pero éste es vuestro sitio, vuestra casa, no la mía. Sois una familia y ya bastante os he molestado.

—A mí no me has molestado. Ni a mi padre ni a mi hermano.

—Es mejor que recuperéis vuestra antigua vida lo antes posible. Anda, vamos fuera del agua, ¿no quieres ir a ese sitio tan genial que tu padre conoce? Tenemos que vestirnos y peinarnos.

Mientras caminábamos de vuelta a la casa, envueltas en sábanas, pensé en lo que me había dicho Gertie: ¿Quedarme? Lo cierto es que no era una mala opción. Jamás me encontraría el rey en ese lugar tan alejado y de tan difícil acceso. Nadie podría darle referencias de haberme visto. Era el lugar ideal, con el inconveniente de que no podría salir cuando quisiera, sino cuando helara. Luego estaba Vánel, que quería saber ciertos detalles sobre mi vida que yo no estaba dispuesta a contar. Y ni que decir tenía que yo no iba a ir con todo mi morro y decirle que si podía quedarme de huésped unos cuantos meses más.

Cuando estuvimos listas, salimos de la casa. En la entrada nos esperaban Vánel y Beltane, con sendas cestas de comida en las manos. Vánel llevaba a la vista, además, un pequeño instrumento de cuerdas, diría que una mandolina. Tanto él como Beltane se habían colocado los carcajes y arcos en la espalda y me sorprendí al ver sendas espadas sujetas a sus cinturones. Debí de quedarme mirándolas muy fijamente, porque Vánel se dio cuenta:

—¿Nunca habías visto una espada, Mel?

—No, nunca.

La desenvainó y me la ofreció por la empuñadura.

—Pues mírala bien y estrénate.

Era una empuñadura preciosa, plateada, con varios nudos grabados y terminada en un círculo con una cruz. La tomé y en cuanto Vánel la soltó, su peso me pilló completamente desprevenida y se me vino abajo, arrastrando mis manos y con ellas el resto de mi cuerpo, haciendo que me cayera y me quedara sostenida por los antebrazos y las rodillas. Beltane y Gertie se rieron.

—No hay duda, es la primera vez que tocas una espada, sí —rió Beltane—. No hace falta que nos lo jures; nos lo creemos.

Vánel me ayudó a levantarme y puso los dedos debajo de la hoja, ayudándome a levantarla.

—La espada es una prolongación de ti. Puede serte muy útil, pero si no sabes manejarla bien, también podría ser tu perdición. En cualquier caso, aprender a levantarla es lo primero. Venga, inténtalo. Separa las piernas. Utiliza las dos manos. Mantén la vista al frente, no en la empuñadura, Mel. No hagas fuerza con la espalda; para eso tienes los brazos. Despacio. Así, muy bien. Con confianza. ¿Ves? Ya la tienes.

Beltane desenvainó la suya y se puso en posición de ataque.

—¿Te animas, pelirroja?

—Beltane, no intentes humillarla, haz el favor —le regañó Vánel.

En ese momento la luz reflejó en la hoja y pude ver un pequeño grabado que me resultó bastante familiar: no eran del todo iguales, pero se parecían mucho a los trazos y garabatos que figuraban en la segunda mitad del Libro. Solté una mano de la empuñadura y toqué con la yema los extraños símbolos.

—Bueno, ya está bien por hoy, Mel. Dámela, que la guarde, y vayámonos ya.

—¿Qué es esto?

—¿El qué? ¿La hoja?

—No, este grabado.

—Runas élficas —Me cogió la espada con cuidado y se la guardó.

—¿Runas élficas?

—La escritura de los elfos.

—Sí, ya, pero... eh...

—La primera forma de escritura que hubo en este mundo fueron las runas, para todas las especies. Con el paso de los siglos, la forma de hablar y escribir fue evolucionando, en el caso de los humanos, hasta nuestro sistema actual, y en el caso de los elfos, al que has visto en la espada.

Claro. Poco a poco iban encajando las piezas. Lo que había en el Libro eran runas, el lenguaje más antiguo que existía, tan antiguo como la magia que me trajo de un mundo a otro y que me eligió como futura reina. El Libro tenía una parte escrita en el lenguaje actual y otra en el que había cuando todo empezó. Sin duda, en esas runas estarían las respuestas a muchas, muchas de mis preguntas, pero el Libro no podía salir de la torre y nadie más que el rey y yo podíamos subir a ella. Iba a preguntarle a Vánel si él sabía leer las runas antiguas, y en el caso de que me dijera que sí, le preguntaría si podría enseñarme... pero lo pensé mejor y decidí no abrir a boca al respecto, porque me preguntaría para qué rayos quería aprender esa lengua muerta. Si mentía se daría cuenta, y de ninguna manera iba a decirle la verdad. De modo que me callé.

Caminamos por el bosque siguiendo a Vánel. El terreno era escarpado y desigual, y en varias ocasiones esquivé por muy poco raíces o piedras que me hubieran hecho tropezar y caerme. Casi siempre íbamos cuesta arriba, y me sorprendió comprobar que no me encontraba sin aliento al rato de salir, sino que iba tan ricamente. Sin duda, se lo debía a Vánel y a las carreritas que me había hecho dar durante las últimas semanas. Gracias a él había adelgazado y aumentado la resistencia. Recordé la excursión al bosque buscando el pasadizo con Westley: al poco rato ya tenía ganas de echar las tripas. Vánel tenía razón; estaba en muy baja forma física y antes de nada había que poner remedio a eso.

El pasadizo. Lo que eran las cosas: estaba convencidísima de que mi traición iba a consistir en enseñárselo a los rebeldes, pero el rey me habría acusado ya de traición no por eso, sino por

haberme largado con viento fresco y haberle demostrado que me importaba una mierda todo lo que pudiera hacer. Lo irónico del asunto es que el rey vio en el Libro que lo iba a traicionar, para evitarlo empezó a putearme lo indecible y al final me acusó de traidora por no haberle permitido culminar su última gran putada. Una paradoja, un círculo vicioso que había creado el rey por intentar ir en contra de un poder más grande que el suyo. Se lo tenía merecido. Pero ojalá ni Ángela ni Westley estuvieran pagando los platos rotos.

—Te veo muy pensativa, pelirroja.

—Oye, ¿por qué me llamas pelirroja?

—Porque lo eres. ¿Te molesta, eh?

—No. Me resulta raro.

—Tienes un color de pelo muy llamativo, sí.

—Por eso me lo pinté.

—Pues, si me permites un consejo, no lo hagas. Es mucho más bonito el rojo que el negro. Te queda... mejor.

—Oh, vaya. Gracias, Beltane. Aunque nunca me has visto con el pelo completamente rojo; apenas se me ven dos o tres dedos.

—Cuando te vayas... ¿volverás al pueblo ese de donde viniste?

—No lo sé, Beltane. Hace tanto tiempo que desaparecí que probablemente mi puesto de trabajo ya se lo hayan dado a otra chica. No sé lo que haré. Si encuentro trabajo en el pueblo que hay más allá de la llanura, podría quedarme allí y así me podríais visitar cada vez que helara.

—¿Visitarte?

—Sí. Bueno, si queréis, claro. A mí me gustaría que nos siguiéramos viendo una vez me haya ido.

—¿Te vas, pero quieres que nos sigamos viendo?

Lo miré con extrañeza.

—¿Qué pasa, Beltane?

—Que no te entiendo —gruñó, alejándose de mí.

Observé cómo se adelantaba y se reunía con su padre mientras me preguntaba qué mosca le habría picado a ese chico. ¿Habría dicho yo algo fuera de lugar? Repasé mentalmente mis palabras y llegué a la conclusión de que la edad del pavo aún le estaría dando los últimos coletazos, porque si no era eso, no había otra explicación para ese arranque tan absurdo.

## Capítulo 8

Tras caminar durante lo que me parecieron un par de horas, Vánel nos comunicó que estábamos ya llegando a nuestro lugar de destino e hizo que Gertie pasara primero por ser la cumpleañera, a lo que la niña reaccionó dando saltitos hacia el lugar que Vánel le indicaba. Esperamos mientras se metía entre unos árboles y al instante la oímos dar un grito de asombro, señal para que Vánel nos indicara que podíamos seguir. Él abrió el camino, yo lo seguí y Beltane iba en la retaguardia. Cuando aparté un poco el follaje y vi la sorpresa que Vánel había reservado para Gertie, estuve a punto de reaccionar casi como ella.

La niña estaba admirando una laguna en la que la luz se reflejaba, arrancando destellos plateados en algunos sitios y un arco iris al fondo. Pero lo que me dejó con la boca abierta fue que en la orilla había una pareja de unicornios. Estaban refrescándose un poco las pezuñas en el agua y de vez en cuando bajaban el morro, supuse que para beber. Uno de ellos era blanco, pero blanco nuclear, que ni en los anuncios de detergente salían blancos como ese, y el otro era también blanco, pero con un ligero tono grisáceo perlado. Evidentemente, tenían un cuerno saliendo de la cabeza, tan largo como mi antebrazo y terminado en punta. Ambos poseían crines y cola grises, de un tono muy claro, y en su piel no había ni una mancha, ni cicatriz, ni un solo signo de suciedad o de violencia. “Y que siga así”, pensé.

Vánel me llevó con sigilo a donde estaba Gertie. Sin duda, para ella también era la primera vez que veía estos seres.

—Podéis acercaros, pero con cuidado y muy despacio. ¿Entiendes, Gertie? Nada de carreras ni de saltos. Y por supuesto, nada de gritos. Son pacíficos y si los asustas se irán y pasarán muchos años hasta que decidan volver, si es que eso ocurre.

Gertie asintió despacito, todavía asombrada.

—No tengas miedo, Mel —continuó Vánel—. No te harán nada. No atacan; si se ven en peligro, simplemente huirán. Puedes tocarlos si quieres, pero hazlo muy suavemente. Son muy perceptores; debes transmitirles que tienes buenas intenciones.

Decidí acercarme un poco y verlos de cerca. Despacio, fui aproximándome a ellos. Una vez tuve uno delante, efectivamente comprobé que eran unas criaturas maravillosas. Eran más grandes que un caballo y no olían en absoluto a establo, sino a algo suave, ligero y agradable. Levanté un poco la mano derecha y le acaricié el cuello con suavidad. Su piel era tersa, fuerte y, al mismo tiempo, delicada y aterciopelada. Con la izquierda, le acaricié el costado. El animal volvió la cabeza y me miró a los ojos. En ese instante escuché una voz en mi cabeza:

“Buenas tardes, princesa. Es todo un honor que nos visite”

Oh, dioses. Aquellas palabras me hicieron estremecer. ¿Pero cómo...?

“La magia, princesa, es quien nos revela su identidad. Es imposible que oculte magia a la magia”

En ese momento sentí la mano de Vánel posándose en mi hombro derecho.

—Tápate ese dedo antes de que Gertie y Beltane lo vean, si no quieres que empiecen a hacer preguntas.

Me miré rápidamente la mano izquierda y me llevé un susto tremendo: mi dedo anular, el que tenía el tatuaje con las filigranas que formaban el anillo con mi símbolo, estaba brillando como un árbol de Navidad. Me llevé la mano al pecho y la tapé con la mano derecha.

—Creo que me merezco una explicación, muchacha.

Lo miré a los ojos. Gris oscuro, como el cielo antes de las tormentas.

—Yo... yo no pretendía... Lo siento...

—Te lo repito, Mel. Puedes confiar en mí. No voy a echarte de mi casa ni a arrojarte a las fieras. Incluso si me dijeras que has matado a alguien, intentaríamos hablar y buscar una solución. Te he estado observando estos dos meses y sé que no has venido con malas intenciones ni a hacer daño, pero me gustaría saber a quién he acogido bajo mi techo. Dioses, veo muchísimo temor en tus ojos. Mel, confía en mí. Soy hechicero y la magia es mi terreno. Puedo ayudarte si tienes algún problema con ella.

Bajé la mirada.

—No he matado a nadie —musité.

—Pues mejor, entonces. La muerte es lo único que no tiene solución.

Pasaron unos momentos en los que seguí con la mirada baja y ninguno de los dos dijo nada.

—Te dejo para que te tranquilices. Pero piensa en lo que te he dicho, por favor. Quiero ayudarte, pero para eso tienes que dejarte ayudar.

Acarició las crines del unicornio y se acercó al otro, donde estaba Gertie. Lo miré mientras se alejaba, sintiéndome indecisa. Confiaba en él, pero mi secreto no era un secreto cualquiera y no sabía cómo reaccionaría al saberlo. Por no decir que, después de todo, mi situación sí que representaba una amenaza: ¿Y si se enteraban de que estaba acogiendo bajo su techo a una traidora fugitiva? Lo acusarían de complicidad y probablemente también de traición. No, no podía hacerle cargar con eso. Cuanto menos supiera, mejor. No quería salpicar a nadie más. Con Westley, Ángela y Leo implicados ya era más que suficiente.

Apoyé la frente en el costado del unicornio, suavemente y sin hacer fuerza. ¿Qué habría sido de Westley? Los ojos se me llenaron de lágrimas mientras, con la mano derecha, volví a acariciar ligeramente al animal.

“El rey la busca sin descanso, princesa”

—Pero tú no debes decirle a nadie que me has visto —susurré.

“¿Está buscando asilo fuera del reino de los humanos?”

—Lo único que deseo es que no me encuentre.

“Estas tierras no pertenecen al rey. Son terrenos neutrales. El rey puede acceder, pero ninguno de quienes vivimos aquí tiene obligación de servirlo. Si desea una completa seguridad, deberá pedir asilo en las tierras pertenecientes a otras especies.”

—Si lo hago, el rey sabría dónde estoy y me podría reclamar. Además, el asilo se me puede denegar, en cuyo caso me entregarán al rey, o se me puede conceder, con lo cual se declararía una guerra.

“En efecto, pero solo si usted lo hace con su verdadero nombre y apariencia”

—Prométeme que no dirás a nadie que me has visto, por favor.

“No lo haré en tanto que no sea preguntado, mas si alguien lo hiciera, no podría mentir”

—Tengo intención de marcharme durante la próxima helada.

“Tenga cuidado, princesa. Esto es terreno neutral, sin embargo, las tierras más allá de la llanura ya son propiedad del mundo de los humanos, y todos los que allí viven le deben obediencia al rey”

Asentí y miré mi mano izquierda. Seguía brillando, y ya que no había podido evitar que Vánel lo viera, al menos que no lo vieran Beltane y Gertie, así que con las manos cruzadas a la espalda me dirigí a donde estaban Vánel y Beltane preparando el que iba a ser el lugar donde comeríamos. Habían puesto un mantel y estaban distribuyendo platos, vasos y cubiertos.

—¿Puedo ayudar?

—No hace falta, ya está todo colocado. Cuando Gertie deje de dar vueltas en torno al unicornio y venga, comeremos —respondió Vánel.

—¿Nunca habías visto unicornios, pelirroja?

—En mi mundo no hay y en Pueblo Palacio tampoco —respondí, dejando ver la estupidez de la pregunta y lo obvio de la respuesta.

—No has visto una espada, no has visto unicornios...

—Y tú no has visto huevos de pascua, ni a Papá Noel, ni sabes lo que es una película, ni has comido chocolate ni bebido coca-cola.

—Yo he visto cosas que tú no verás jamás, pelirroja.

—Y yo he visto cosas que nunca creerías. He visto atacar naves en llamas más allá de Orión. He visto rayos C brillar en la oscuridad cerca de la puerta de Tannhäuser. Todos esos momentos se perderán en el tiempo... como lágrimas en la lluvia.

Beltane se me quedó mirando, estupefacto.

—Contra eso, Beltane, has perdido —rió Vánel.

Gertie volvió corriendo y se tiró a abrazar a su padre.

—¡Gracias, padre! ¡Gracias, gracias, gracias! ¡Es el mejor cumpleaños de mi vida!

—Llevas desde que cumpliste siete años diciendo eso.

—¡Porque cada año es mejor! ¡Eres mi padre favorito!

—Claro, como tienes tantos...

—Les he dicho que son muy hermosos. ¿Crees que me habrán entendido?

—Me temo que no, hija. Solo entienden a los humanos si les hablan a través de la magia.

—¿Podrías decirles de mi parte que me gustan mucho?

—Creo que no hará falta que les diga nada; tu actitud hablaba por sí sola. Y ahora vamos a comer.

La comida fue lo mismo de siempre: legumbres y verduras del huerto con una pieza de fruta de la selva como postre. Tras lavar los platos, Beltane se alejó para ir a practicar magia, Gertie volvió con los unicornios y nos quedamos solos Vánel y yo mientras se secaban los platos y digeríamos la comida.

—¿Nunca habías visto criaturas mágicas?

—No.

—Entonces, ¿cómo es que hay magia en ti?

Levanté la vista hacia el cielo del atardecer.

—Vánel, no quiero mentirte. Pero es que hay cosas que no te puedo contar.

—Los nacidos en tu mundo no tienen predisposición natural para aprender magia y hechicería. No es normal que tengas magia viniendo de donde vienes. Empecé de niño a aprender magia y jamás había visto un inmigrante que supiera de ella.

—Yo no sé magia, Vánel.



- Lo que he visto en tu dedo decía lo contrario.
- Pero no sé por qué salió. No sé controlarlo.
- ¿Me dejas ver tu dedo?
- ¿Me vas a poner un cuchillo en el cuello si no lo hago?
- No. Te dije que no volvería a suceder.
- Vánel, pues entonces, si no te importa, déjalo así, por favor.
- De acuerdo. Ya que no quieres hablar, pues a correr. Vamos. Y por cada árbol que pases, salta e intenta tocar sus ramas.
- ¿Cuándo me vas a enseñar a tirar con el arco?
- Cuando estés preparada.

## Capítulo 9

Tierras más allá de las fronteras del reino humano  
Año de gracia 28 de Basileo  
Mes primero

—Cogeos de las manos... Muy bien... Damos la bienvenida a este nuevo año al que recibimos con felicidad y al que le pedimos salud y prosperidad. Vamos, los cuatro a la vez:

—Damos la bienvenida a este nuevo año al que recibimos con felicidad y al que le pedimos salud y prosperidad —recité, junto con los otros tres.

—Bien. Como Mel no conoce la tradición, se la vamos a enseñar. Esta mañana cada uno cogimos diez ramas; cada una de un árbol diferente. Ramas que, como os dije, encontrasteis en el suelo porque nunca debéis de quitarle nada a la naturaleza sino aprovechar lo que ella os da. Vamos a quemar esas ramas, una a una. Mientras las quemamos, guardamos silencio y pensamos en lo que más queremos, lo que más deseamos que suceda, en aquellas personas, vivas o muertas, que tienen un lugar en nuestro corazón... Pensad en cosas bellas y positivas, ¿de acuerdo? Venga, Mel, Beltane, Gertie.

La semana anterior me recordaron que estaba a punto de empezar el nuevo año. En Palacio jamás se habría celebrado; al menos nunca me habían dicho nada, de modo que desconocía las costumbres de la gente respecto a ese tipo de celebraciones. Vánel me explicó que en cada zona se celebraba de una manera, pero que una muy común en las zonas boscosas y selváticas del norte y del sur era buscar diez ramas, de diez árboles distintos, y durante la noche que separaba un año del otro, quemarlas en la hoguera mientras llenábamos nuestra cabeza y nuestro corazón con los pensamientos y deseos más positivos y felices que pudiéramos encontrar.

Aquella noche las estrellas se movían y bailaban ligeramente. Era un fenómeno visible desde todas partes en aquel mundo que solamente se daba con cada nuevo año, y de ahí que se hubieran contabilizado los días entre aquel acontecimiento: trescientos cincuenta justos. Se aprovechó y se dividió el periodo en diez, sugerido por los venidos de los Continentes, y de ahí salieron los meses. Todo eso sucedió hace muchos, muchos siglos. Sabía que los de mi mundo habían contribuido a la creación de los meses porque me lo habían explicado en Palacio, pero desconocía que en cada noche de fin de año las estrellas bailaban en el cielo. Me pareció precioso y deseé poder contemplarlo algún día junto a Westley.

“Westley”, pensé, “Estés donde estés, mira al cielo, mira las estrellas del nuevo año. Esta noche pienso en ti y te sigo queriendo con locura, y por eso le pido a estas mismas estrellas que nos permitan reencontrarnos pronto”. Suspiré. “Y aunque sé que estamos muy lejos, ambos vamos a dormir hoy bajo estas mismas estrellas que hoy están bailando. Y pronto, pronto podremos volver a encontrarnos, Westley. Entretanto, cuídate mucho, por favor”.

Una a una, fui echando las ramas al fuego. Cuando acabamos, Beltane y Gertie se metieron en la casa y yo me quedé sentada mirando al fuego. Pensaba en Westley, pero también en mis abuelos. “Cuidad de él, por favor”, pedí.

—Mel —Oí a Vánel susurrar a mi lado—, estoy convencido de que él está bien, esté donde esté.

—¿Eh? ¿Qué?

—Eres un libro abierto, muchacha. No dejas de tocar tu colgante, que nos dijiste que te lo regaló tu novio, y entre eso y el gesto de tu cara, era claro como el cristal en quién estabas pensando.

—Sí, supongo que soy muy mala actriz —confesé sonriendo ligeramente—. Pero solamente deseo que él esté bien.

—Lo está, muchacha. El fuego no me ha mandado ninguna señal negativa respecto de todos los deseos que hemos pedido los cuatro esta noche, de modo que confía en él y su palabra. Tu novio está bien.

—Si el fuego te hubiera dicho otra cosa, ¿me lo hubieras dicho?

—Te hubiera preguntado antes si deseabas saberlo, fuera lo que fuera.

—Gracias, Vánel. De verdad. Aunque... yo no sé si lo del fuego es fiable.

—Has pedido por alguien que ya no está con vida, ¿verdad? El fuego me lo ha dicho, y no han podido ser Beltane ni Gertie, de modo que has tenido que ser tú.

—Mis abuelos. Los perdí cuando tenía doce años.

—Y estabas muy unida a ellos, si no he entendido mal el mensaje.

—Sí, así era. Yo los adoraba y ellos me adoraban a mí.

—Estate tranquila. Si hay una palabra que el fuego me ha repetido esta noche respecto de los mensajes de los cuatro, esa palabra es amor. Tanto dado como recibido. Tus abuelos cuidan de ti desde arriba, y tu novio, en alguna parte, te quiere muchísimo.

Asentí.

—Gracias por recordármelo.

—También me ha dicho que había deseos de viaje y de aventura, pero eso debieron de ser estos dos hijos míos. Están deseando irse a ver mundo.

—¿Y no se lo permites?

—Gertie es aún muy chica para viajar. Debería ir al colegio, y llevo ahorrando muchos años para que pueda ir y al menos hacer los últimos años para que le den el certificado. No sabes cuanto me gustaría que hubiera empezado antes, pero, desgraciadamente, con los precios que tiene la escolarización, no he podido hacer mucho más. Le he enseñado a leer y escribir, los números y las operaciones, y cosas que podrán serle útiles cuando crezca, como el cuidado de los cultivos o la costura, que parece gustarle mucho. Me ha superado: ya cose mejor que yo. Te ha hecho algunas camisas y algo de ropa, ¿verdad? Apenas le cuesta. Probablemente sea una buena costurera o quizás modista. Cuando sea un poco más grande me gustaría poderla apuntar a alguna academia de costura para que empiece como aprendiz. Y respecto a Beltane, será un buen hechicero y también un buen guerrero. Cuando cumpla los veinticuatro deberá pasar su examen ante el cónclave. Había pensado que ese sería un buen momento para dejar esto y continuar su aprendizaje en otro lugar. Su deseo es convertirse en un Gran Mago y para ello necesita aún mucha experiencia. Yo no lo conseguí en su momento.

—¿Qué te sucedió?

—Ah, muchacha, me pides que te cuente mis cosas cuando tú no confías en mí para contarme

las tuyas —Rió—. Nada especial. Mi aprendizaje como mago no fue todo lo afortunado que podría haber sido. Tuve problemas de joven, cuando tenía unos pocos años más que tú. Hice la primera prueba con los Grandes Magos y suspendí, supongo que porque los problemas que tuve me habían hecho mella. Después estuve unos años sin dedicarme a la profesión, y cuando intenté continuar, ya era tarde. La magia es algo que no hay que dejar nunca, como bien le he dicho a Beltane. Lo aprendido no se pierde, pero la puerta abierta a las habilidades se cierra. No quise vivir con los humanos, pero tampoco con ninguna otra especie, por eso decidí quedarme en terreno neutral. Estuve mucho tiempo solo; fueron muchos años en los que aprendí a escuchar al fuego, al viento y a la lluvia. Eso no lo enseña ninguna clase de magia; se aprende a base de abrir la mente y el corazón. Pero sobre todo de escuchar. Saber escuchar es muy importante.

—¿Conoces a los Grandes Magos?

—Conozco a algunos, por supuesto. Mira —Señaló unos montes, que a la luz de las estrellas se recortaba bien su silueta—. ¿Ves? Allí viven tres de ellos. Todos esos montes pertenecen a la magia. Los visito de vez en cuando. Son buenas personas. También tienen fe en Beltane. Y esos montes de más allá —Señaló hacia la cadena montañosa de al lado— son territorio élfico. Allí me regalaron la espada que viste el mes pasado.

Elfos. El cuerpo se me estremeció solamente de pensarlo. No quería volver a ver uno de esos en mi vida.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Muy bien. ¿Y en el resto de sitios qué hay?

—Esos montes son de los Grandes Magos, aquellos los de los elfos, por ahí se va a la llanura y el resto de direcciones dan al mar.

—Entonces no solamente se puede acceder aquí a través de la llanura. También se podría a través de los montes.

—No, muchacha. La cadena montañosa ocupa una vasta extensión, pero acaba en un precipicio. No es el fin del terreno, por supuesto; si se mira desde ahí se puede ver que continúa más allá. Pero enfrentarse a esos acantilados es imposible. Solo un loco o un suicida lo harían. Me contaron los Grandes Magos que en una ocasión vieron la silueta de un dragón sobrevolando a lo lejos. Probablemente sea su zona. No lo sé con seguridad. Pero de ninguna manera es zona adecuada para los seres humanos. Aunque al igual que tú llegaste a través del mar por medio de un thesenhal, también se podría llegar a lomos de un dragón o de cualquier animal alado. Sin embargo, no es normal. Te diré que eres la primera visita que recibo en los casi veinte años que llevo viviendo aquí.

—¿Veinte años aquí? ¿Sin tener contacto con nadie?

—Me gusta la tranquilidad, pero eso no significa que sea un viejo hurraño, muchacha. Cada vez que hay relente aprovecho para ir al pueblo, dar un paseo, hacer trueques, algún trabajillo... No me considero un misántropo; simplemente, me gusta este tipo de vida. Si fuera así de hosco no habría adoptado a dos chavales.

—¿Te puedo hacer una pregunta un poquitín incómoda?

Vanel rió.

—A ver, suéltalo.

—¿Cuántos años tienes?

Vanel comenzó a reírse fuertemente.

—¿Cuántos me echas? Vamos, muchacha. Pregunta por pregunta. Yo te voy a contestar, pero contesta tú primero.

—Eh... no sé, ¿cuarenta?

—Dejé los cuarenta atrás hace algunos años, Mel. Tengo cincuenta y dos. Pero se agradece el cumplido. Es lo que tiene la vida sin agobios, sin preocupaciones, sin nervios ni angustias propias de los pueblos y sus gentes. Vivimos de manera sana y en armonía con la naturaleza, como habrás podido comprobar. No tengo nada en contra de los que deciden vivir en los pueblos, pero yo prefiero vivir lejos de las multitudes mientras sea posible. Bueno, y ahora me toca hacerte a mí una pregunta incómoda: ¿prefieres la vida en los pueblos o ésta?

—Ah, pues... hum...

—Estás dudando. Eso es buena señal.

—No puedo elegir. Me gusta que en los pueblos hay gente para hablar, para conocer, ayudar y que te ayuden, que tienes lo que necesitas, que no hay... zarzales venenosos...

Vánel empezó a reírse.

—... pero reconozco que la vida aquí también es muy agradable. Está bien eso de no tener que depender de un puesto de trabajo para vivir, sino del huerto y de la caza. Aunque echo de menos el agua caliente, caminar por calles lisas sin tropezar, poder salir por la noche sin temor a que me aceche una fiera...

—No te acechan las fieras, pero te pueden acechar las personas, que es aún peor.

—Sí, eso es cierto.

—Bueno, ya que estamos hablando en confianza, cuéntame. ¿Tu novio es también venido de tu mundo?

—No, no. Él es de aquí. De un pueblo del norte.

—Ah, el norte. Qué belleza de tierras. Viento, frío, lluvias, nieves... pero son una maravilla. De una magnificencia absoluta. He estado allí, y esas tierras tienen un atractivo que no he visto en ninguna otra. Elegí quedarme en el sur por el clima: no va conmigo talar árboles para poder alimentar un fuego con el que mantener caliente mi casa. Y también porque yo he nacido en el sur, claro, y la tierra de cada uno tira. Pero el norte es incomparable. ¿No opinas lo mismo?

—No lo sé. Nunca he estado.

—¿No te llevó? Qué lástima. Cuando os reunáis, pídele que te lleve. Te encantará.

—Seguro que sí. Me ha hablado muy bien de su pueblo. De hecho... íbamos a irnos; estábamos planeando cómo sería nuestra vida allí y nos faltaba muy poco para que él terminara de reunir el dinero que necesitaba para establecernos. Y de repente, un día... todo se torció.

—Pero está vivo, y bien. Y si te prometió que iría a buscarte, lo hará. No sé en qué quedaríais, pero no desesperes, muchacha. Ten paciencia. Pronto habrá relente, te llevaré al pueblo y podrás seguir con tu vida. Con él.

Negué con la cabeza.

—Con él, no. Probablemente estará en alguna cárcel acusado de secuestro o de yo qué sé lo que se habrán inventado.

—Entiendo. Eso lo explica todo. Y te prometió que iría a buscarte tan pronto como fuera libre. Asentí mientras una lágrima resbalaba por mi mejilla.

—Pero él no hizo nada. No es justo lo que nos hicieron.

—No, muchacha, no lo es —Pasó su brazo por detrás de mis hombros y me dio palmaditas—. Por eso digo que los humanos son las peores fieras de todas. Son los únicos que actúan no por necesidades vitales, sino por el mero hecho de hacer daño o demostrar su supremacía frente a otros humanos. Anda, no llores. Es año nuevo y no es bueno comenzar entre lágrimas.

—Creo que debería irme ya para dentro, ¿no?

—Solo si quieres. Mientras haya fuego, las fieras no se acercarán.

—Ah. Bueno, entonces me quedaré un rato. Se está bien. Si no te importa...

—Pues entonces voy a traer algo. Espera.

Entró en la casa y salió con un par de vasos y una botella.

—Esto es zumo de varias frutas y aderezado con algunas hierbas que impiden que se eche a perder. Lo guardo para ocasiones especiales. No te hará daño.

Sirvió el líquido y me dio un vaso.

—Por un nuevo año lleno de alegrías y felicidad.

Sonreí mientras asentía, y brindamos. El zumo estaba muy bueno; tenía su toque ácido pero se notaba que una de las frutas era muy dulce, lo que contrarrestaba la acidez y daba un contraste muy peculiar.

—Beltane dice que mezclar los zumos de las frutas de la selva y de las frutas del bosque es antinatural y que no se debería hacer. Yo no estoy de acuerdo, ¿y tú?

—Tampoco. Está buenísimo. Nunca había probado nada igual.

Di otro trago. Estaba muy bueno.

—Ese colgante que llevas al cuello es una libélula, ¿verdad?

—Sí —Lo acaricié ligeramente—. Me lo regaló mi novio hace casi dos años.

—Muy adecuado para ti. ¿Sabes lo que simbolizan las libélulas?

—Sí. Me contó que su significado es que todo es posible y que no hay ningún sueño irrealizable.

—¿Solo eso?

—¿Qué más hay?

—Las libélulas simbolizan lo que has dicho, sí. Pero no solamente eso. Existen desde mucho antes de que llegáramos los seres humanos. Han pasado por todo tipo de acontecimientos naturales sin extinguirse y debido a ello simbolizan la capacidad para vencer en los tiempos difíciles. Por eso digo que es un colgante muy adecuado para ti. Los magos, además, decimos que las libélulas nos invitan a ponernos en contacto con nuestra propia fuerza interior, valor y felicidad. Sin duda, es tu colgante.

—Qué curioso. No sabía nada de eso.

—Desde que estás aquí, estás aprendiendo cosas de ti que desconocías, ¿no es cierto?

—Sí, es verdad. ¿Y cuándo voy a aprender a manejar el arco?

—¿Y cuándo voy a aprender a manejar el arco? —imitó mi pregunta con una exagerada voz de pito—. ¡Tal vez cuando aprendas a tener paciencia y a no hacer preguntas estúpidas! —Hizo un gesto con la mano e inmediatamente me cayó un chorro de algo helado, evidentemente lanzado por él con la magia, que me empapó la cabeza, los hombros y la parte delantera.

—¡Aaaah! ¡Eso es trampa!

—Justo castigo a tu impaciencia. Tranquila, solo es agua. No te matará. Y si te sirve de consuelo, Beltane se ha llevado unos cuantos cientos a lo largo de los nueve años que lleva preparándose conmigo, y no tenía una hoguera al lado que lo ayudara a secarse rápidamente.

Tiré un poco de la pechera de la camisa, que se me había pegado al cuerpo, y empecé a sacudirla, a ver si así se secaba antes.

—¡Esto no se me va a olvidar!

—Perfecto. Ese es el propósito.

—Ya te lo devolveré, ya...

—Muy bien. Aquí te espero. Cuando quieras.

## Capítulo 10

Me sentía melancólica aquella mañana, porque había contado los días desde el año nuevo y sabía perfectamente que me encontraba en el tercer aniversario de mi llegada y segundo aniversario de mi amor con Westley. Ya eran cuatro los meses que habían pasado desde que nos separamos y el vacío que sentía dentro de mí era inmenso. Pero lo peor era la angustia de no saber qué había sido de él. Aunque Vanel me había asegurado que estaba bien, yo no las tenía todas conmigo. ¿Habría descargado el rey su ira contra él? ¿Lo habrían juzgado y condenado ya? ¿Qué tipo de condena le habría caído? ¿Cárcel? ¿Trabajos forzados? Fuese lo que fuese, por favor, que no fueran muy duros con él, que no había hecho nada... que él era bueno y amable, no un maleante o un criminal; no se merecía estar cumpliendo condena simplemente por haberse enamorado de quien no debía.

Dioses, es que yo le había arruinado la vida. Si no se hubiera acercado a mí, ahora estaría con su trabajo en el turno de noche, como la joven promesa en el campo de la medicina que era, el mejor estudiante que había dado la Escuela en muchísimos años, y el mejor médico y compañero que jamás había tenido, como me dijo Leo. ¿Por qué? ¿Por qué tuvo que empeñarse en seguir viéndome, sabiendo que era la única chica prohibida para todos los ciudadanos? ¿Por qué yo fui tan idiota que se lo permití? Si me hubiera quedado en mi cama por las noches, nada de aquello estaría pasando. Pero no, yo tenía que hacerme la niña rebelde, tenía que salir a hurtadillas cuando me habían dicho bien clarito que no podía salir. Y por satisfacer mi capricho, había arruinado la vida de un gran hombre y gran profesional. Mientras yo me encontraba apoyada contra un árbol, en un bosque, oyendo cantar a los pajaritos y viviendo con una agradable familia, él probablemente las estuviera pasando canutas, siendo explotado de sol a sol, con comida de rancho y rodeado de criminales que en cualquier momento le darían una paliza o lo matarían. Por mi culpa.

Me puse a llorar contra mis rodillas, rodeándomelas con los brazos. Tenía lo que me merecía, porque cada vez que pensaba en él, el corazón se me encogía y sentía como si me pegaran un tiro que sangraba y dolía como el demonio. Yo tenía lo que merecía, pero él no. Él no merecía un castigo tan grande simplemente por haberse enamorado. No era justo. Y, paradójicamente, yo, que era la causante de todo, estaba tan tranquila y fuera de peligro con gente amable. Tenía que haberme entregado y que lo liberaran y exoneraran, pero no, no lo había hecho, sino que había salido huyendo. No era más que un maldito monstruo. Un monstruo cobarde y egoísta.

Apreté los puños. Dioses, cómo dolía. Como si me estuvieran retorciendo el corazón, pisoteándolo y escarbando en él. Me levanté del suelo y empecé a caminar a paso ligero por el bosque. Ya había terminado mis labores en el huerto y estaba esperando a que los hombres salieran del río para que llegase el turno de las chicas, y aún faltaría un rato hasta que salieran, de modo que no pasaría nada si me dedicaba a caminar. Lo que no podía hacer era quedarme quieta;

necesitaba canalizar este dolor y darle salida por alguna parte. Andar por el bosque me tranquilizaría.

Llevaba unos minutos cuando empecé a correr, así, sin más. Y no eran carreritas tipo footing como cuando iba con Vánel por las tardes, sino que esta fue a saco, con rapidez, dándole con fuerza al suelo con los pies a cada paso. Veía las raíces y las piedras sobresaliendo y las saltaba a tiempo. No me caí. No tropecé. Corrí y corrí sin importarme el flato o quedarme sin aire, lo único que tenía en cuenta era que si corría no sentía el dolor.

No sé cuánto duró mi carrerita, pero finalmente paré y me dejé caer en el suelo, primero boca abajo, pero girando enseguida para quedarme mirando al trocito de cielo que se veía asomando entre las copas de los árboles. Cerré los ojos mientras recuperaba el aire. El dolor seguía ahí, pero ya no era tan lacerante; era un poco más soportable. Seguí concentrada en respirar y en que se me pasara el flato mientras escuchaba los sonidos del bosque. Oía una suave brisa agitar algunas hojas, y diferentes especies de pájaros emitiendo sus sonidos.

Dioses, qué carrerón me había dado. De haber hecho algo así en educación física, de fijo el profe me habría aprobado. Vánel me había hecho ganar fondo físico, que, la verdad, buena falta me hacía. Me dolía la tripa un poco y estaba sin aliento, pero las piernas no me dolían ni daban ninguna señal de cansancio. Tanta carrerita había servido para algo. Ahora solo quedaba, si Vánel quería, que aprendiera a usar un arco y unas flechas...

Abrí los ojos sobresaltada. Algo frío me había caído en la nariz. Me senté y al momento supe lo que había sido: estaba empezando a llover. Y, si era como la anterior vez, iba a ser un buen chaparrón, por lo que me convenía volver a la casa y ponerme a cubierto. No iba a echarme a correr, pero anduve a paso ligero mientras las gotas de lluvia cada vez eran más grandes y seguidas. Al cabo de andar un buen rato, me sorprendió no haber encontrado aún las partes del bosque que ya conocía. Paré y miré con atención a mi alrededor: la vegetación era diferente. Divisé un árbol muy oscuro con todo el tronco lleno de hiedra, que no había visto nunca ya que me acordaría de semejante contraste de colores. Empecé a asustarme y miré un poco más para certificar lo que estaba sospechando: me había perdido.

A ver, tranquilidad, tranquilidad. Las fieras solamente salían de noche. Mientras hubiera luz, estaría a salvo. Así que, me dije, a caminar despacito, con cuidado para no caerse y resbalar con la tierra mojada por la lluvia, y en nada encontraría la casa.

Ilusa yo. Tras caminar durante mucho, mucho rato y acabar totalmente empapada, no había encontrado ni rastro de la casa ni de la zona del bosque que conocía. Peor no podía estar, así que seguí caminando, caminando. Total, perdida ya estaba, y si buscaba, con suerte encontraría el camino de vuelta... lo cual, como no podía ser de otra manera, no sucedió. El suelo empezaba a ser un enorme charco de barro y no tenía ninguna indicación en el cielo o entre los árboles sobre la dirección en la que estaba yendo. Quizás estaba dando vueltas y no lo sabía. Pero no me iba a rendir: encontraría la casa aunque me llevara varias horas. Aún quedaba mucho para que anoheciera; tendría tiempo.

Me asusté mucho cuando oí un gran estruendo en el cielo, pero enseguida me tranquilicé: no era más que un trueno. Seguí caminando con cuidado a través del bosque. Por estadística, en algún momento tendría que encontrar el camino correcto. No podía equivocarme tantas veces, y menos seguidas. Si estaba atenta, la oportunidad de encontrar el camino bueno llegaría pronto.

En eso andaba pensando cuando oí otro trueno, o rayo, o lo que fuera, tan cerca de mí como el primero, pero esta vez ya estaba avisada y no le di importancia, al menos, hasta que oí un ruido rarísimo entre las partes altas de los árboles. Me paré y busqué, extrañada, el origen de aquello, y



no sé qué fue mayor, si la sorpresa o el susto: un árbol gigantesco estaba cayendo hacia abajo, derribado por los elementos, y arrastraba al que tenía más próximo a él. Este, a su vez, caía sobre otro, este sobre otro... y así, uno a uno, iban derribándose como fichas de dominó. Me quedé como hipnotizada con aquel curioso fenómeno, ¿no todos los días se puede ver algo así! Y por quedarme mirando quieta, como una boba, no me di cuenta de que uno de ellos iba directito hacia mí. Tardé un segundo en reaccionar, pero ese segundo probablemente hubiera marcado la diferencia entre lo que ocurrió y lo que pudo haber ocurrido, y es que en lo que me puse a correr, el árbol me alcanzó, me tiró al suelo boca abajo y me atrapó el pie.

Años después lo recordaría como algo surrealista, pero en aquel momento solo pude gritar de dolor. Mi pie y la parte de mi pierna que lo seguía estaban atrapados bajo aquel tronco tan grueso, y el resto de mí, bajo un montón de ramas empapadas. Debajo de mí tenía un charco de barro. ¿Creía hacía un rato que la situación no podía ir a peor? Pues me equivocaba, porque, como había quedado demostrado, había cosas peores que estar perdida en un bosque en medio de una tormenta, y era estar atrapada bajo un árbol y perdida en un bosque en medio de una tormenta.

Intenté tirar, haciendo fuerza para sacar el pie de debajo del tronco, pero solo provocó que me doliera aún más. Aparté las ramas que me cubrían, me puse de rodillas, incliné mi cuerpo hacia atrás e intenté empujar con la espalda el tronco del árbol, pero no se movió ni un milímetro: era un árbol gigantesco. De modo que asumí la realidad: iba a estar ahí hasta que alguien me encontrara. Y por favor, que fuera Vánel o Beltane, y no ninguna fiera hambrienta. Supuse que ya se habrían dado cuenta de que no estaba y posiblemente hubieran salido a por mí. No tenía ni idea de si estaba cerca o lejos, y con lo que estaba cayendo, iban a tenerlo chungo para encontrarme. Poco a poco iba dándome cuenta de la magnitud de la situación: no iba a ser fácil que dieran conmigo. De nuevo se me llenaron los ojos de lágrimas, porque por enésima vez estaba siendo un problema para la gente de mi entorno. Otra vez había hecho lo que me había venido en gana. Si no me hubiera adentrado en la espesura, nada de eso estaría pasando. Y por idiota. Me había quedado mirando cómo caían los árboles sin moverme, como si fuera una peli del cine. Idiota, idiota, idiota.

—¿Hasta cuando? —sollocé—. ¿Hasta cuando voy a seguir siendo una carga y una molestia? ¿Por qué no dejo de dar problemas a todo el mundo?

Me quedé quieta y perdí la noción del tiempo. Me encontraba muy incómoda en esa postura, aparte de que estaba totalmente empapada y con un charco bajo mi cuerpo. Me sentía fría y no muy bien, y eso sin contar el pie, que, después de tanto rato, probablemente se me habría dormido, o muerto, o a saber. No me atrevía a moverlo por si me acababa provocando algo irreversible, pero lo sentía mal. Muy mal.

De vez en cuando abría los ojos, apartaba las ramas y miraba un poco. No dejaba de llover, y la luz empezaba a declinar. Pues nada. Desde el mediodía hasta la tarde, llevaba allí. Pronto sería de noche, me encontraría alguna fiera, y chimpúm. Se acabó. Me estaba intentando hacer a la idea, que mi mente lo aceptara, pero no era sencillo. Tenía miedo. Si ese iba a ser mi final, esperaba que fuera lo más rápido posible y que no me doliera demasiado.

Pensé en Westley. Esperaba que se encontrara bien, estuviera donde estuviera. Que al menos él estuviera a salvo, no como yo, que no dejaba de meterme en líos. ¡Qué irónico! Tras estar a punto de morir cuando me secuestraron, y de todo el embrollo para salvarme de las garras del rey, iba a terminar en medio de ninguna parte, a merced de algún animal salvaje. No sé si me lo perdonarían los demás, pero, por lo pronto, yo no me lo perdonaba. Estúpida, no era más que una estúpida. Solo sabía dar problemas. Lloraba mientras esperaba que sucediera lo inevitable, y cuando me

calmé, me quedé inmóvil, escuchando los sonidos del bosque. Esperaba de un momento a otro el gruñido de alguna fiera, por eso no pude creerlo cuando lo que oí fue una voz que me llamaba.

—¡Mel! ¡Si me oyes, contesta, muchacha!

Levanté la cabeza. ¿Habían venido de verdad? ¿Me habían encontrado?

—¡Aquí! —grité—. ¡Estoy aquí! ¡Aquí!

Empecé a toser. No me encontraba bien y la garganta me fallaba un poco.

—¡Aquí! —intenté gritar de nuevo.

Me había oído. Rápidamente noté cómo se acercaba y cortaba las ramas del árbol que me cubrían el cuerpo, y la voz de Vánel me preguntaba:

—Dioses, ¿qué te ha pasado, muchacha?

—El pie —indicé con voz algo ronca—. Me ha atrapado el pie.

También él estaba completamente empapado; tenía el pelo pegado a la cara y tanto la ropa como la barba chorreando. Apartó las ramas más cercanas al tronco y observó la situación.

—¿Puedes moverte?

Negué con la cabeza.

—Bien. Quédate quieta y no te muevas hasta que yo te lo diga. ¿Entendido?

Asentí mientras vi cómo se dirigía al otro lado del tronco y, con la espada, cortaba las ramas de la zona donde estaba mi pie. Cuando esa parte del tronco quedó más o menos pelada, sujetó bien la espada con las dos manos.

—No muevas ni un músculo si no quieres quedar lisiada de por vida. Si es que no lo estás ya, naturalmente.

Me encontraba apoyada sobre un antebrazo y con el cuerpo ligeramente girado, tanto como la pierna me lo permitía, pero fue suficiente como para ver a Vánel cerrando los ojos, concentrándose y haciendo que su espada empezara a emanar una luz blanca. La luz creció y se hizo cada vez más resplandeciente mientras Vánel sujetaba la espada sin mover ni un solo músculo. Finalmente, despacio, levantó la espada y la bajó con fuerza y una exclamación gutural debido al esfuerzo. Fue un movimiento muy veloz y certero que partió el tronco limpiamente, como si fuera de mantequilla. Abrí un poco la boca, asombrada: Vánel acababa de partir un pedazo de tronco de un tajo con una simple espada.

—Bien, vamos a por el segundo. Quieta. No te muevas.

Volvió a concentrarse, y lo noté un poco cansado, probablemente por el esfuerzo realizado. De nuevo la espada volvió a brillar, el resplandor se tornó más intenso y Vánel la descargó de nuevo en el tronco, haciendo un segundo corte. El resultado era que lo que tenía encima de mi pie ya no era el tronco entero; tras los dos tajos a los lados solo era un trozo. Grueso y pesado, pero solo un trozo, no toda la mole del árbol. Clavó la espada en el suelo y se apoyó en la empuñadura para recuperar el aliento al tiempo que yo miraba alucinada lo que acababa de hacer. No me atrevía a decir nada; aquello me parecía de película.

—Bueno —Envainó la espada—, lo más difícil ya está hecho. Ahora hay que quitarte ese trozo de tronco.

Se puso con un pie a cada lado de mi cuerpo, se agachó dándome la espalda, y desde mi incómoda postura pude ver cómo cogía el tronco con las dos manos, lo agarraba firmemente y poco a poco lo iba levantando. Cuando estuvo unos centímetros por encima de mi pie, lo empujó hacia delante y finalmente lo soltó. Mi pie estaba libre.

—Ya está hecho, muchacha.

Se dio la vuelta y me ayudó a ponerme boca arriba. Nada más hacerlo, nos abrazamos y no

pude evitar ponerme a llorar.

—Gracias, Vánel, gracias. Lo siento, lo siento muchísimo...

—Nos has dado un susto de muerte. Registré varias zonas del bosque y la selva entera. Ya creía que no te encontraría. ¿Qué ha pasado, muchacha? ¿Te perdiste, verdad?

—No sé cómo pasó. Creí que me sabía el camino de vuelta.

—Bueno, ya, no llores más. Te duele mucho el pie, ¿no?

Asentí.

—Voy a quitarte la bota y a revisártelo. Aguanta un poco.

Lo hizo muy despacio, y aun así, me dolió horrores. Al descubrir mi pie, los dos debimos de pensar lo mismo, porque estaba morado y con señales de tener algún hueso fuera de su sitio o roto. En la parte baja de la pierna, justo antes de empezar el tobillo, tenía una herida que sangraba. Cuando Vánel me palpó la zona, ahogué un grito. Me dolía muchísimo.

—Quieta, ¿eh? Quieta. No muevas nada, pero especialmente la pierna.

Puse todos los músculos en tensión, esperando que Vánel me recolocara lo que fuera, sabiendo que me iba a doler.

—No. Relaja. Si estás así, no servirá de nada. Relaja. Tumbate otra vez y cierra los ojos si es necesario. Vamos, Mel, colabora. Es casi de noche, estamos lejos y debemos salir de aquí. No tenemos tiempo que perder. Relaja los músculos y confía en mí.

Respiré hondo y traté de hacerle caso. Me repetía mentalmente “Relajada. Relajada. Relajada” y por el momento, funcionaba. Vánel cerró los ojos, puso las palmas de las manos enfrentadas, como si quisiera dar una palmada, y a los pocos segundos éstas empezaron a desprender un ligero brillo azulado. Las colocó en mi pie, noté un fuerte hormigueo y al cabo de unos minutos las retiró.

—Vamos. Arriba. De pie.

—No puedo andar.

—Lo sé. Yo te llevaré, pero ve levantándote y sostente sobre el pie bueno. No apoyes el otro. Y no te olvides la bota.

Vánel, que ya se había levantado, me ayudó a ponerme en pie, y una vez lo hice, me puso un brazo en la espalda, otro detrás de las rodillas, y me levantó como si fuera una pluma. Mi cuerpo estaba anquilosado a causa de tantas horas en la misma postura, y aunque el pie no me dolía, sino que me hormigueaba, lo notaba mal, fuera de su sitio.

—¿Tienes frío? Estás temblando.

—No sé si me he resfriado.

—Podría ser. ¿Llevabas mucho ahí?

—Desde un rato después de que empezara a llover.

—Demasiado. Siento no haberte encontrado antes. No creí que pudieras haberte ido tan lejos.

—Me perdí buscando el camino de vuelta.

—Lo imagino. Estamos muy lejos de la casa y no llegaríamos a tiempo. Vamos a otro sitio a pasar la noche.

—¿Adónde?

—Con unos amigos. Gente de confianza, no debes preocuparte.

—¿Y Beltane y Gertie?

—Están advertidos. Anda, intenta cerrar los ojos y tranquilizarte.

Le hice caso. El hormigueo del pie me lo mantenía sin dolor, y yo estaba muy, pero muy cansada, de modo que me quedé un poco adormilada. Oí cómo llegábamos a alguna parte, y el

murmulo de voces, pero no quise abrir los ojos. Ya me lo contarían todo al día siguiente.

## Capítulo 11

Fui volviendo a la realidad despacito, muy lentamente, como algo muy, muy ligero que va cayendo hasta posarse y acomodarse en el suelo. Por un momento la comodidad del lugar me chocó y pensé que estaba en mi alcoba, en mi cama de Palacio, lo que hizo que me despejara de pronto y me sentara súbitamente.

Aquella no era mi alcoba, por supuesto. Era una estancia grandecita en la que solamente había una cama, una mesita de noche y un sillón. No había puerta como tal, sino una gran abertura en forma de arco apuntado que daba a lo que me pareció un corredor en el que distinguí plantas.

Me eché un vistazo. Me habían quitado los pantalones, la camisa y las botas, y me habían puesto un camisoncillo de tirantes gruesos que me llegaba hasta la rodilla, blanco y con bordados doraditos y verdosos. Era muy bonito. Noté también que me habían quitado la venda del pecho que hacía las veces de sujetador. Empecé a sentirme extraña e incómoda; no me gustaba que me despelotaran sin permiso mientras descansaba... Por lo menos esperaba que quien fuera que lo hubiera hecho hubiese sido una mujer. Además, el barro seco que tenía en la cara, en el pelo y en las manos ya no estaba: alguien me había aseado. Rápidamente me llevé la mano al cuello y respiré aliviada: el colgante de la libélula seguía en su sitio.

Me miré el pie. Tenía una gruesa venda que me iba desde mitad de la pierna y no me dejaba libre ni un solo dedo. La toqué un poco y la noté rígida y tiesa, pero muy limpia. Despacito, fui desplazándome hasta el borde de la cama. Saqué primero el pie bueno, y con mucho cuidado y ayudándome con las manos, saqué el malo. Busqué algún tipo de calzado, pero no vi nada, así que me puse en pie sin apoyar mi pie maltrecho, manteniendo el equilibrio como buenamente pude y así, a la pata coja y apoyándome en la pared, me dirigí hacia la entrada (que no puerta).

En cuanto salí me asombré al ver el lugar. Era un claustro con un precioso jardín lleno de vegetación en el centro y habitaciones separadas de los pasillos por muchos arcos apuntados, como el que acababa de cruzar. Di un par de saltos a la pata coja hasta llegar a la barandilla y me asomé: estaba a varias alturas y la vegetación que tenía delante eran árboles altísimos, que iban desde el patio en la planta baja hasta un par de plantas más arriba de donde yo estaba. La hiedra se enredaba en las columnas, sobre todo en las de las plantas más bajas. Se respiraba tranquilidad, oía pajaritos y el cielo ya estaba completamente despejado después de la tormenta del día anterior.

Oí un ligero carraspeo detrás de mí, me giré y ahí estaba Vánel.

—Bonito lugar, ¿eh?

Se había cambiado de ropa y llevaba una camisa verde clara con unos pantalones marrones. Estaba aseado y bien peinado.

—¿Has dormido bien? ¿Cómo va ese pie? Tranquila, puedes apoyarlo en el suelo, pero no lo cargues mucho. Vamos dentro. Apóyate en mí.

Volvímos a la habitación de la que había salido y me ayudó a sentarme en la cama para luego él sentarse en el sillón.

—Tu pie está bien. Tenías una buena lesión, pero anoche creo que hice un buen trabajo contigo. Si no haces esfuerzos y vas poco a poco, en unos días podrás estar corriendo de nuevo. Aparte de la lesión, tenías una herida que te debió de hacer el árbol. Tuviste la mala suerte de coincidir con alguna desigualdad afilada que se te clavó y te hizo un corte bastante profundo. Han tenido que coserte y limpiártelo muy bien.

—¿Dónde estamos?

—En casa de unos amigos —rió—. No, ya en serio. Esto es una fortaleza. Ayer te alejaste muchísimo y no nos hubiera dado tiempo a regresar a la casa, pero esto estaba muy cerca. Era más seguro venir aquí. Ah, si te preguntas por tu ropa, te la quitaron para que no cogieras un resfriado. La están lavando y te la devolverán antes de que nos vayamos. Y, tranquila —Sonrió—, fueron un par de mujeres. Dijeron que te quedaras el camisón, si te gustaba. Aquí son todos muy amables. Enseguida vendrán a mirarte la herida del pie y después, si te parece, podríamos ir a desayunar.

—Me parece bien.

—Hablando de eso. Mira, ya están aquí.

Volví la cabeza hacia la entrada y vi un par de figuras a contraluz que me saludaron y a las que devolví el saludo. Pero en cuanto se acercaron a la cama y las vi mejor, un súbito temblor me recorrió la espina dorsal y se extendió al resto de mi cuerpo: los dos que habían entrado tenían las orejas puntiagudas, melenas largas y rubias y vestían con los colores de la naturaleza: eran elfos. La última especie que deseaba ver durante el resto de mi vida. Se acercaron a mí y súbitamente mi cerebro cambió el decorado por el de la oscura y húmeda cueva en donde estuve secuestrada varios días, además de deformar los rasgos de los recién llegados por unos muy similares, solo que mitad elfos y mitad humanos, y envilecer sus gestos. Empecé a retroceder en la cama, aterrorizada, mientras gritaba “¡No! ¡No! ¡Por favor, no!”. Las imágenes de lo ocurrido durante mi secuestro empezaron a sucederse en mi mente a cámara lenta, como si alguien estuviera jugando con un mando a distancia dentro de mi cabeza. No sé en qué momento la realidad se mezcló del todo con mis recuerdos y comencé a revivir aquellos días espantosos, de lejos, los peores de mi vida, como si estuvieran volviendo a suceder en ese preciso instante. Los mestizos de acercaban a mí, intentaban tocarme, pero yo gritaba y pataleaba en mi loca pesadilla, hasta que, de repente, sentí un tortazo fuerte en la mejilla que me hizo dejar de gritar. Al momento sentí otro tortazo en el otro lado de mi cara, y así sucesivamente. Tortazo, unos segundos, tortazo. En mi mente, los mestizos ya no me atacaban, sino que se habían retirado y estaban a unos metros de mí. Mi cabeza fue volviendo a la realidad y lo que oía empezó a registrarse de nuevo en mi cerebro.

—¡Reacciona, muchacha! ¡Vamos, vuelve en ti!

Mis ojos enfocaron bien lo que tenía delante. Era Vánel, mirándome con cara muy seria y la mano levantada, listo para darme otra bofetada.

—Vánel... —gemí.

—¡Dioses, por fin!

Se volvió hacia la entrada, dijo algo en un idioma que no comprendí y los dos que estaban allí apostados salieron.

—Vamos a ver, explícame, por todos los vientos, qué te ha pasado.

Noté cómo me caían las lágrimas por las mejillas. El corazón aún me latía a toda velocidad y sentía el susto en cada poro de mi piel, de modo que fui incapaz de decir una sola palabra, solo unos cuantos gemiditos.

—¿Pero qué tienes, muchacha? Jamás en mi vida había visto algo así. Cálmate y dime qué te ha pasado.

Se sentó a mi lado en la cama y me abrazó.

—Vamos, tranquila. No pasa nada. Respira y cuéntame qué te ocurre.

—Elfos —fue lo único que dije, con un hilo de voz.

—Sí. Elfos. Este lugar es suyo y también estas tierras. Ellos nos han acogido la última noche y te han curado el pie.

Moví la cabeza de un lado a otro.

—Vámonos, por favor.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué te ocurre?

Comencé a llorar y a hipar, sin poderlo evitar.

—Estaba de excursión en una fortaleza de los elfos por el noroeste... Me secuestraron los mestizos y... me torturaron, me pegaron, casi me violaron, me dieron una paliza tras otra... por poco me matan... No quiero tener nada con elfos, por favor, Vánel, te lo ruego, vámonos...

—¿Cómo? ¿Estás segura de que eran mestizos elfos?

—¡Sí! Se ocuparon de dejármelo bien claro.

—Sé que existen colonias de mestizos que no quieren adaptarse a ninguna de las dos razas, pero hasta donde yo sé, no van secuestrando chicas sin más. Y menos inmigrantes. No tiene sentido. ¿Para qué iban a hacerlo? ¿Con qué propósito? ¿Qué era lo que querían?

—Hacer chantaje y usarme como moneda de ca-cambio —hipé.

—¿Usarte como moneda de cambio, a ti? ¿Con quién?

—Con el rey.

—¿El rey de los humanos, dices? No lo entiendo, muchacha. ¿Por qué iban a creer que les serviría de algo una inmigrante de cara al rey?

—Porque... —Me sequé las lágrimas, lo miré a los ojos y finalmente lo dije—. Porque soy la princesa.

Se quedó unos segundos en silencio y me soltó un poco, mirándome sin articular palabra.

—Qué —No fue una pregunta, ni una exclamación, ni una frase a medias. Simplemente fue “Qué”.

Cogí aire y lo solté temblorosamente. Ya estaba. Lo había dicho. Y no me sentía mal, ni culpable, ni con la sensación de que todo estaba perdido, sino liberada de una gran carga.

—Llegué hace tres años a Palacio como princesa y heredera al trono. Llevaba año y medio aquí cuando salí en visita oficial con el rey a una fortaleza élfica por el noroeste. En un descuido, me atraparon y me usaron para conseguir lo que el rey les había negado. Pero no les serví de nada, porque el rey no quiso ceder al chantaje y salvarme. Me pegaron, me pisotearon, intentaron violarme, estrangularme... y salí viva de milagro. Pero cada vez que veo un elfo me vienen a la cabeza esos días y... de verdad, no puedo controlarlo... No es la primera vez que me pasa... Mi novio me dijo muchas veces que no estaba loca, pero no sé qué es entonces...

—No, no estás loca. Estoy de acuerdo con tu novio. No lo estás.

—¿Estás muy enfadado?

—Lo estaba, hasta que me lo has explicado.

—¿De verdad?

—Sí. Ahora lo entiendo todo. Por eso huiste lo más lejos que pudiste, te pintaste el pelo y te vestiste con ropa de hombre. Para que nadie te reconociera.

Asentí.

—Anda, tranquilízate. ¿Quieres... contarme más?

Cogí aire y lo eché despacio. Vánel me apretó el antebrazo y me miró paciente, sin decirme nada. Tras unos segundos, continué.

—En Palacio no me trataban bien. Intentaban lavarme el cerebro y en los últimos meses los duques amigos del rey me acosaban sexualmente por los pasillos. En la espalda tengo marcas de unos latigazos que me proporcionó el rey. Nadie sabía que tenía novio y que íbamos a fugarnos en secreto. Lo teníamos casi todo listo para irnos, solo nos faltaba un poco más de dinero que él estaba consiguiendo con su trabajo. Pero de repente nos descubrieron, lo arrestaron y lo torturaron en los calabozos. Para salvarle la vida tuve que hacer un juramento de obediencia al rey... y el rey lo primero que ordenó fue que lo esperara en su cama para violarme. Al final pude escapar sin que me tocara, pero mi novio... No sé qué fue de él... Ni siquiera sé si sigue vivo...

—En el nombre de todos los fuegos... —murmuró.

—Me fui lejos y encontré trabajo en una tienda. Luego sucedió lo del thesenhal y el resto ya lo sabes.

—Con ese halo de misterio y de secretos que te rodeaba, me imaginé muchas cosas, pero ninguna como ésta.

—Lo siento. Siento lo que ha pasado.

—No ha sido culpa tuya. Entonces... ¿hiciste un juramento para salvar a tu novio, pero luego lo incumpliste huyendo?

—El juramento entraba en vigor un día después y solamente era válido en Palacio. Mi novio estaba en la clínica recuperándose de la paliza tan horrible que le habían dado, apenas podía moverse y por eso no pudo venir conmigo. Una mujer de Palacio vino por la noche y me propuso disfrazarme de chico para huir y que nadie me reconociera. En teoría yo no iba a romper ni a incumplir el juramento, pero me convencieron diciéndome que el rey no lo mataría porque muerto no le serviría de nada.

—Eso es verdad.

—Y aquí estoy, contigo y con tu familia mientras él estará pudriéndose en una cárcel o en un campo de trabajo. Soy lo peor y la persona más egoísta del mundo —Volvieron a brotarme las lágrimas.

—No estoy de acuerdo. Hiciste un juramento de total obediencia y no lo rompiste cuando te enteraste de lo primero que tenías que hacer. Eso no lo haría cualquiera, muchacha.

—Yo solo quería que él estuviera bien.

—Así es. Lo pusiste a él por encima de ti misma. Eso no es de egoístas, Mel.

—¿Y de qué sirve, si luego salí corriendo?

—Primero salvaste su vida y luego salvaste la tuya.

—A saber si el rey no lo habrá matado.

—No lo hizo. Ya te lo dije en año nuevo.

—Perdóname, Vánel; yo respeto tus creencias, pero no las comparto.

—Anda, tranquilízate. Aquí estás a salvo. Y en mi casa, también.

Asentí.

—¿No estás enfadado?

—En absoluto. Y te diré una cosa: En el próximo relente te acompañaré al pueblo si lo deseas. Pero quiero que sepas que las puertas de mi casa siempre estarán abiertas para ti. ¿De acuerdo?

—Gracias, Vánel. De verdad —gemí entre lágrimas.

—Mel... ¿Cuál es tu verdadero nombre?



—Melania.

—Es mucho más bonito. Anda, llora cuanto quieras, Melania. Desahógate. No pasa nada. Estoy aquí, pero si quieres que te deje sola, lo haré.

—No.

—Entonces, me quedaré a tu lado. Ánimo, muchacha. Todo saldrá bien.

Me abrazó y poco a poco me sentía algo más reconfortada. A menudo me daba palabras de ánimo y suaves palmaditas en la espalda. Yo seguía sollozando, hipando y moqueando entre lágrimas, aunque poco a poco me fui calmando. La losa que cargaba a mi espalda ya no la llevaba solamente yo; ahora compartía el peso con Vánel y era mucho más llevadero. Me sentía liberada, y es que mi secreto y, con él, mi dolor, me pesaban más a cada día y necesitaba desesperadamente alguien con quien pudiera desahogarme, alguien en quien confiar. Y aunque no habíamos empezado muy bien, en esos casi cuatro meses Vánel me había demostrado que era una persona amable, dispuesta a todo para proteger a los suyos y que podía confiar en él. Puede que me hubiera equivocado, pero ya estaba hecho y no había vuelta atrás. Solo quedaba esperar el curso de los acontecimientos.

## Capítulo 12

Vánel me depositó con cuidado en una silla. En la mesa había dos desayunos completos con infusiones, panes, frutas y miel. Al sentarme, me recolocó la toquilla y me dio suaves palmaditas en el hombro.

—Vamos, muchacha. Tienes que comer algo. Es un poco tarde y se habrá quedado frío, pero no es sano ir por ahí con el estómago vacío. Vamos, Melania. Lo han preparado los elfos, sí, pero eso no significa que sea malo. Los elfos saben mucho de las artes culinarias.

—Lo sé —respondí casi mecánicamente.

—Pues venga. Come. No te voy a dejar en paz hasta que no vea que has ingerido lo suficiente para aguantar lo que queda de mañana.

Tomé un panecillo, desprendí un trozo con los dedos y me lo llevé a la boca. El sabor, tan familiar, me recordó que el último panecillo que tomé fue justo en la mañana que desaparecí de la tienda en donde trabajaba.

—Ponle un poco de miel. Verás que bueno está. Hazme caso. Si no te gusta, te dejo que me pegues, o que me tires un cubo de agua.

Apreciaba los esfuerzos de Vánel por alegrarme, tras la mañanita que habíamos pasado. Lo miré y esboqué una sonrisa ligera mientras le echaba miel a mi panecillo.

—Así me gusta. Bueno, cuando nos terminemos esto, te voy a retirar la venda del pie, y yo mismo te limpiaré la herida. Pero te advierto que no soy curandero, y mucho menos médico. Tengo algunos conocimientos básicos de sanación. Anoche pude repararte los huesos con magia, pero es lo máximo que puedo hacer. Y de hecho, entre eso y el corte del tronco, me he quedado sin magia por unos cuantos días. Espero no necesitarla.

—Vánel.

Me miró a los ojos mientras sujetaba su cuenco con la infusión.

—Gracias.

—No hay de qué, muchacha. Y... aunque no era lo que pretendía, me alegro de que me lo hayas contado todo. No me has mentido, y ahora sí que veo en tus ojos que no me ocultas nada.

—¿Puedo pedirte un favor?

—¿De qué se trata?

—¿Me llevarías a ver a tus amigos los Grandes Magos?

—¿Para qué quieres verlos?

—Porque tengo demasiadas dudas sobre todo lo que me ha sucedido en estos tres últimos años y creo que ellos son los únicos que podrían conocer las respuestas.

—¿Puedo saber qué dudas son esas?

—La Magia Antigua que me trajo aquí, mi supuesto destino que está escrito en el Libro y que debe cumplirse, si hay alguna manera de que pudiera renunciar al trono sin tener que volverme a

mi mundo, los malditos poderes que salen cuando peor me viene, si es necesaria tanta crueldad y todo por lo que me han hecho pasar... y... por qué precisamente yo y no otro...

—La Magia Antigua. De eso saben mucho los Grandes Magos. La magia del principio de los tiempos, la que rige nuestros destinos.

—Necesito respuestas.

—Vamos a hacer una cosa. Yo te llevaré a visitarlos, pero no ahora. Dame un tiempo para que recupere la totalidad de mi magia, que agoté ayer rescatándote y colocándote los huesos del pie, y tú recupérate de lo que te sucedió ayer. ¿De acuerdo? Una vez estemos los dos bien, te llevaré.

—Gracias, Vánel.

—Beltane y Gertie vendrán también. A Beltane ya lo conocen y les gustará verlo de nuevo, y Gertie siempre se lo pasa bien en ese tipo de excursiones.

—Vánel, si no te importa... quisiera que nadie más se enterara.

—Por supuesto. No pensaba decírselo a ninguno de los dos. Pero a los Grandes Magos tendrás que revelárselo.

—¿No me denunciarán ante el rey?

—No es su secreto, sino el tuyo. No tienen derecho a revelarlo. Es una regla del código de la magia: un mago jamás revelará un secreto que le ha sido confiado y que no le pertenece. Cuando Beltane haga su prueba y se convierta en mago, a los veinticuatro, podrás contárselo y tampoco se lo dirá a nadie si se lo pides. Yo también soy mago y te aseguro que no lo revelaré. Puedes estar tranquila.

—Gracias.

—Cambiando de tema. Melania, entiendo que lo que te pasó con los elfos fue muy serio y, como tú dices, horrible. Pero debes superarlo. No puedes dejar que tus nervios te controlen: tú debes controlar a tus nervios. Es algo básico y primordial si quieres aprender a defenderte y a usar cualquier arma: el control lo tienes tú aquí —Me golpeó la frente con un dedo.

—No sé cómo controlarlo. Es más fuerte que yo.

—Tienes que enfrentarte a tus terrores, muchacha. Es la única manera de que los superes. Negué con la cabeza, asustada.

—No, no. No me pidas que lo enfrente, por favor. No estoy preparada.

—Vamos a intentarlo. Dentro de un rato te van a devolver la ropa, y me ocuparé de que lo hagan dos elfas para que también te ayuden a vestirte. Siendo mujeres, te resultará más sencillo. Les pediré que tengan paciencia contigo y que te traten con cariño, ¿de acuerdo? Repítete a ti misma que no pasa nada, y trata de no perder el control. ¿Qué me dices? ¿Te ves capaz?

—No lo sé —respondí con un hilo de voz.

—¿Lo intentarás, al menos?

Tragué saliva y lo miré. No. No. Ni de coña.

—Venga, chiquilla. Serán dos mujeres. No me digas que también te atacaron mestizas. Negué con la cabeza.

—Entonces, ¿de qué tienes miedo? Vamos, haz un esfuerzo, Melania. Un pequeño paso adelante.

—Bueno —respondí, no muy convencida—. Lo intentaré.

—¿Quieres perder el miedo a los elfos y superar lo que te pasó?

—Quiero.

—No esperaba menos de ti. Pues venga, termina de desayunar.

Acabamos los panecillos y la infusión y, tras tomar una fruta cada uno, me volvió a llevar en

brazos hasta la habitación donde había dormido. A pesar de que insistí en que no hacía falta, Vánel declaró que de ninguna manera iba a permitir que fuera descalza por ahí, además de en ropa de dormir y a la pata coja. Si él me llevaba llamaría menos la atención de los elfos que nos pudiéramos cruzar. Me dejó sentada en el sillón mientras iba a por lo necesario para lavarme. Cuando volvió con una especie de cubo bajo y ancho lleno de líquido, me quitó la venda del pie y, efectivamente, tenía una gran herida que me recorría el tobillo como si de un adorno se tratase. Vi las puntadas que delataban que me habían tenido que coser y lo ligeramente amoratado que tenía el tobillo.

—Yo, dentro de lo poco que sé, diría que está mejor —opinó Vánel—. No lo tienes apenas hinchado; anoche lo vi mientras te lo trataban, y ni punto de comparación. Y no quiero ser pájaro de mal agüero, pero casi te aseguraría que te va a quedar una cicatriz de recuerdo.

Me miré la del brazo, causada por los zarzales venenosos.

—Pues ya van dos. Y con lo de la espalda, tres.

—Intentaremos que se queden en ese número y no tengas más. Cuidado, que te voy a meter el pie aquí. Este agua lleva jabón de los elfos y te limpiará bien la herida. Vamos a ver, cuando acabemos te van a traer ropa limpia y seca. El camisón, si te gusta, quédatelo. He pedido para ti un par de botas más grandes, para que te las puedas poner con la venda. Van a traértelo un par de elfas, y te ayudarán a vestirme para que no te hagas daño en el pie. Voy a estar en la entrada. Si me necesitas, llámame o simplemente da una voz, e inmediatamente entraré y las haré salir, ¿de acuerdo? Bien, te dejo sola. No saques el pie del agua hasta que vengan.

Dicho esto, salió. Me quedé en el sillón con el pie metido en el agua templadita. Se estaba bien en la fortaleza élfica y me preguntaba, ya que Vánel y los elfos parecían llevarse tan bien, por qué viviría en mitad de un bosque y no en un lugar más cómodo, como aquel.

Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos. Menuda mañanita; había sido tan intensa como los entrenamientos de Vánel, solo que, en lugar de sentirme agotada físicamente, mi agotamiento era a nivel mental y hasta diría que emocional. Sin embargo, me sentía mejor tras haberle dicho a Vánel la verdad. Era como una chispita de esperanza en mi interior que me decía que todo iría mejor a partir de entonces.

Llegaron las dos elfas con sendos bultos en sus manos que dejaron sobre la cama tras saludarme. Tragué saliva y me propuse no montar un show. No me iban a hacer nada. Eran mujeres, y además, parte de las amistades de Vánel. Respiré hondo y me dispuse a enfrentarme a lo que tuviera que pasar.

—Buenas tardes. Soy Mel.

—Yo soy Feiren y ella es Lurinalis. ¿A ver ese pie? Levanta un poco.

Saqué el pie del agua y me lo envolvieron suavemente en una toalla. Sus manos, de largos dedos, presionaban con cuidado para secármelo sin frotar o hacerme daño.

—¿Te duele?

—No, no. Está bien. Lo noto un poco raro, nada más.

Intentaba mantener la mirada fija en sus manos y no en sus orejas ni en sus melenas, pero de todos modos estaba bastante tranquila. Me repetía a mi misma una y otra vez que no pasaba nada, como si fuera un mantra, y por el momento, funcionaba. Observé cómo me ponían una pasta pringosa en el tobillo, y tras eso, me ayudaron a ponerme de pie.

—Camina un poco. Despacio. Dinos si te duele.

Di unos cuantos pasos por la habitación y fuera, junto a la entrada, divisé a Vánel, que me saludó con la mano, saludo que le devolví sonriendo. Volví a donde estaba el sillón y les dije a las

elfas que no me dolía. Me indicaron que me sentara y me pusieron de nuevo una venda en el tobillo, mucho más fina y ligera.

—Levántate y apoya el pie. ¿Te aprieta mucho? ¿Te duele?

—No, está bien.

—Fenomenal, pues, ¡fuera camisón!

Y antes de que pusiera darme cuenta, me habían sacado el camisón por encima de la cabeza, dejándome en braguitas. Azorada, me tapé los pechos con los brazos, pero ellas tiraron de las braguitas hacia abajo, dejándome completamente desnuda y más cortada que los flecos de una colcha. Por un motivo u otro, los elfos, ya fueran hombres o mujeres, mestizos o puros, se empeñaban en que tuviera el culo bien a la vista. ¿Así, cómo iba a perderles el miedo?

—¡Huy, qué tímida! ¡Vamos, Mel, que no tienes nada que no tengamos nosotras!

—A ver, ten la ropa interior. Sujétala, Feiren, que pueda meter la pierna mala sin engancharse.

—No, no apoyes todo tu peso en la mala. Sujétate a nosotras, que te ayudamos.

Ponerme las braguitas fue todo un show. Por un lado, yo estaba muerta de la vergüenza, más aún que la noche de mi primera vez con Westley. Las dos elfas me cogían por cualquier lado sin importar si era mi barriga, mi culo o mi delantera, para sujetarme y poder meter bien las piernas en ellas. Incluso me ataron el cordoncillo por delante, puesto que yo tenía mis brazos ocupados tapándome los pechos. ¿Por qué no me dejaban sola? No era una niña pequeña.

—A ver, quita los brazos. Esto es para el pecho. Parecido a lo que llevabas, pero estarás más cómoda.

—Es como un corsé, o un corpiño. Se ata por delante, ¿ves? Te cubre los pechos y así no se mueven. Solo que no te cubre la tripa, por lo que podrás respirar bien.

—Pero... ¿esto no se cae? —me extrañé.

—No, porque el vestido lo mantiene en su sitio. ¿Ves estos cordones? El vestido lleva ojales para que los abroches y no se te mueva.

—¿El vestido? ¿Qué vestido?

—¡Este! A ver, Mel, no tenemos nada en contra de la ropa de chico, pero la tuya estaba en condiciones bastante malas. Ya nos contó Vánel que tuviste un accidente, pero tu ropa no salió muy bien parada.

—Nos dijo que llegaste solo con lo puesto y que era ropa de chico, y la ropa de hombre que tenemos te quedará muy grande, así que pensamos que quizás te gustaría vestirte de chica. Después de todo, es lo que eres, ¿no?

Era un vestido liso, marrón oscuro, de escote cuadrado, largo hasta los pies, con la manga abierta y acampanada del codo para abajo y en el cuerpo una especie de cinturoncito caído en forma de uve que dejaba colgando en vertical un extremo del mismo hasta abajo, donde tenía toda la parte más cercana al suelo bordada con motivos celtas. Me lo quedé mirando fascinada. Hacía varios meses que no me ponía un vestido, y no por falta de ganas, sino por varios motivos: comodidad, que no tenía ninguno... pero el principal era que no quería por nada del mundo volver a sentirme una princesa, ni parecerlo siquiera. Pero las dos elfas interpretaron mi silencio como un sí, y se apresuraron a meterme en el vestido.

—¡Cuidado, saca los brazos!

—¡Por aquí, por aquí!

—¡Cierra los dedos, no te vayas a enganchar las uñas, que eso duele!

—¡Así! ¡Perfecto!

—¡Date la vuelta, que te abrochamos!

—¡Mira qué bien te queda!

—Hum, ¿y este colgante? No te queda bien con...

—¡No! —interrumpí, agarrando mi libélula—. El colgante, no.

—Bueno, como quieras. A ver, los zapatos...

—Lo más corriente entre los elfos son los botines y las botas, pero también tenemos zapatos. Con el pie como lo tienes, te hemos encontrado estos, que son bajos y no te rozarán ni te apretarán.

—Con cuidado. Muy bien. ¿Estás cómoda con ellos?

—Me van bien.

—Bueno, pues ahora vamos a ocuparnos de este pelo.

—¿Cómo lo tienes tan corto? ¿Y de dos colores?

—Es que... quería cambiar.

—¡Dioses, qué enredado lo tienes!

—¡Y qué cantidad de pelo! ¡Deja un poco para las demás!

—¡Cuántos nudos! ¡Y hasta trozos de hojas y ramitas que tienes enredadas!

—¡Y qué raro es! Ni liso, ni rizado...

—Creo que va a llevarnos un poco más tiempo de lo que esperábamos.

—Pero como que me llamo Lurinalis que no se me resiste.

—Esto lo voy a interpretar como un desafío.

—Pero se necesita algo más que una melena rebelde para vencernos, ¿eh?

Y tiraron, desenredaron, toquetearon y enredaron con mi pelo durante un buen rato. Cuando acabaron, me pusieron algo metálico y me dijeron que ya estaba mientras me daban un espejo de mano para que me mirara. El resultado era fascinante: Me habían trenzado varios mechones, de manera muy parecida a como lo hacía Ángela, pero con unos tipos de trenzas más elaborados, de forma que no parecía una maraña; es más, incluso daba la impresión de estar bien domado, y me habían puesto una diadema decorada con motivos celtas, como el vestido, que me sujetaba las trenzas en su sitio y le daba un tercer color a mi pelo. Si no fuera por mi cara de pan tipo hogaza, mis orejas redondas y porque sabía que no lo era, podría haber pasado por una elfa.

—¿Qué te parece?

—¿Te gusta? Menudo cambio, ¿eh?

—Sí, la verdad es que... sí. Me gusta mucho.

—Anda, sal.

—Te esperamos dentro de un rato en el comedor, ¿sí?

—Eh... gracias.

Las dos elfas salieron entre risas y a paso ligero, mientras que yo salí despacito. Fuera me esperaba Vánel, que me miró de arriba abajo.

—Si no fuera porque sé que no lo eres, diría que pareces una elfa.

—Eso mismo pensé yo.

—¿Qué tal ha ido?

—Bueno... Me han meneado de un lado para otro de tal manera que ni me he acordado de lo que eran. Estaba ocupada intentando conservar intacta mi dignidad —Sonreí.

—Eso está muy bien. Un gran primer paso.

—Me siento un poco rara con esto.

—Nos han invitado a comer. Son nuestros anfitriones y si quieren que nos sentemos a la mesa bien vestidos, tendremos que complacerlos. No vamos a hacerles un feo después de lo bien que se han portado, especialmente contigo. A mí también me han obligado a vestirme a lo élfico.

Entonces me fijé, y era cierto. Su camisa tenía filigranas celtas en varios sitios.

—Solo que parece que tú no lo aceptas tan de buen grado. Para ser la princesa, eres un poco chico —observó con una sonrisita burlona.

—En mi mundo, las chicas podemos llevar pantalones sin problema. No son una prenda exclusiva de los hombres.

—Anda, chica de pantalones, vamos al comedor. Voy a presentarte a unos cuantos elfos para que no te sientas incómoda en la mesa. Recuerda: no te harán nada. Lo que te ocurrió forma parte del pasado. No te dejes llevar por el pánico. Tú controlas tus emociones, no te controlan ellas a ti.

—¿Y si no puedo?

—Yo estaré a tu lado. Si la situación fuera, digamos... superior a ti, hazme una señal y te sacaré del comedor. Pero te lo pido por favor: haz un esfuerzo. Las circunstancias que tengo ahora con la raza de los elfos son muy buenas, pero no siempre han sido así, y no quiero que un malentendido pueda desatar viejas rencillas. Nos han dado cobijo en una noche de lluvia torrencial, a ti en particular te han salvado el pie de algo que podría haber resultado peor de lo que ha sido, y lo han hecho sin conocerte de nada, solamente porque venías conmigo y yo se lo pedí. Les debemos una. Los dos, pero especialmente tú. Por favor, Melania. Trata de... Bueno. Creo que me entiendes, ¿verdad?

Asentí, y despacio, nos dirigimos al comedor. Notaba el pie raro, según me explicó Vánel, por la magia que había usado para devolver los huesos a su sitio y soldar los que lo necesitaban, y, aparte, porque me habían cosido y notaba la cicatriz y los puntos, todo muy tirante. No debía dejar que el pie se acostumbrara a no moverse, sino que debía seguir mi actividad normal con él, claro estaba, sin pasarme, por si acaso.

Cuando llegamos al comedor, había dispuestas varias mesas alargadas, en plan Harry Potter, y algunos de los sitios estaban ya ocupados. Saludaron a Vánel en cuanto entramos y nos indicaron dónde debíamos sentarnos. Cuando nos dirigimos hacia nuestros sitios, viendo que enfrente de mí había un elfo ya sentado y notándome tiesa como un palo, Vánel me apretó un poco el brazo mientras me susurraba al oído:

—Tranquila. No pasará nada.

Me apartó un poco la silla para que me sentara, y mientras lo hacía, el elfo frente a mí se levantó con una sonrisa.

—Vánel, cuánto tiempo. Grande es el cielo sobre nosotros. Bienvenido, y bienvenida sea la joven que te acompaña.

—Gracias, Nusinerior. Mira, Mel, te presento a un buen amigo de toda la vida. Uno de los mejores elfos que he tenido la suerte de conocer.

—Qué adorable jovencita. Es un placer. ¿Nueva adquisición para tu familia, Vánel?

Vánel rió.

—Estamos a prueba. Por ambas partes.

—Pero ya no tiene edad para necesitar ser adoptada.

—Bah, no creo que haya un límite legal para eso.

—Pues, Mel, si finalmente ambos decidís ser familia, permíteme decirte que vas a tener al mejor padre del mundo. ¿Te encuentras bien, muchacha?

Vánel me miró.

—Es un poco tímida y aún está dolorida por el accidente de ayer, ¿no es así, Mel?

Asentí mecánicamente con la cabeza. Estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por contenerme y no perder el control sobre mí, aunque los dientes empezaban a castañetearme y

probablemente el gesto de mi cara lo dijera todo.

—Oh, ¿un accidente? ¿Qué sucedió?

—Un árbol derribado por la tormenta le cayó sobre el pie y estuvo varias horas atrapada y empapada hasta que la conseguí encontrar.

—¡Cuánto lo lamento! No es por alardear, pero en esta fortaleza hay excelentes sanadores y estoy seguro de que habrán hecho un buen trabajo.

—Sin duda, pero aún le dura el susto. Y, como te digo, es algo tímida. Discúlpala, Nusinerior.

—Por supuesto.

Vánel se levantó, me sirvió algo en la copa y me la tendió.

—Ten, Mel. Lo llaman sabores sureños. Lo fabrican aquí y te gustará. Bébelo despacio, ¿eh? Si te concentras en su sabor, lo agradecerás.

Miré la copa y capté el doble sentido de lo que Vánel me decía: quería que pensara en el sabor de la bebida antes que en otras cosas menos agradables y así mantener mi cerebro ocupado. Casi temblando, cogí la copa y me concentré en ella. De plata, con delicados grabados celtas, y la bebida hacía que saliera un ligero vaporcillo que, al contacto con los bordes de la copa, se tornaba de colores. Curioso fenómeno. Di un sorbito y lo paladeé despacio, sorprendiéndome porque, a pesar de estar casi consumida por el miedo, mi cerebro todavía no se había rendido del todo y aún tenía un espacio racional que me permitía disfrutar los sabores de las cosas. Bebí a sorbitos, como Vánel me aconsejó, y disfrutando cada uno de ellos, aislada en mi burbuja en la que nadie más podía entrar ni hacerme daño. El tiempo pasaba sin que me diera cuenta, hasta que Vánel me puso delicadamente la mano en el hombro y me sacó de ella.

—Vamos a comer. Tranquila, ¿eh?

Entonces miré hacia delante y casi me caí hacia atrás del susto: estaba total y absolutamente rodeada de tipos de orejas puntiagudas. La angustia me empezó a invadir desde dentro y no pude evitar temblar sin poderlo controlar.

—Tranquila. Respira hondo. No pasa nada. Estoy aquí. Cierra los ojos, coge aire y respira.

Hice lo que me pedía. Cerré los ojos y cogí aire.

—No, no pasa nada, tranquilos. Es que es algo tímida y tiene fobia a las multitudes. No le deis importancia, por favor. Está bien —Oí que explicaba Vánel.

Eché el aire por la boca y me lo propuse muy en serio: No iba a permitir que esto pudiera conmigo ni dejar a Vánel en ridículo o en evidencia. No. No.

Abrí los ojos y encontré una gran sopera delante de mí, de la que todos se iban sirviendo en orden. Vánel me sirvió un poco en un delicado plato de cristal con adornos azules y luego se sirvió él.

—Te gustará. Venga, que lo estás haciendo muy bien. Ánimo.

Me notaba la frente y la espalda sudorosas. Cogí la cuchara, temblando, y empecé a tomarme el caldo, que era espeso, frío y tenía un sabor muy suave. De nuevo me concentré en la degustación, deseando que la comida acabara cuanto antes. Cuando acabamos el caldo, nos trajeron otro líquido, que en aquella ocasión iba en copas y era espumoso como un capuchino. Era ácido, sabía algo a limón y noté un sabor que me chispeaba en la garganta. Vánel me contó que se llamaba relámpagos, aquel en concreto relámpagos de lexian, una fruta del bosque. Me lo tomé y al poco rato empecé a sentirme más relajada. Seguía temblando pero la angustia había pasado a un segundo plano. Cerré un poco los ojos y los abrí cuando Vánel me hizo volver a la realidad.

—¡Despierta! ¡Que te duermes, Mel!

—¿Eh?



—Fallo mío, lo reconozco. Debí advertírtelo. Si bebes relámpagos tu cerebro se adormece las primeras veces, hasta que te acostumbras. Nos pasa a todos; a mí también me sucedió. No te hará daño, no debes preocuparte. En un par de horas se te habrá pasado.

Sacudí la cabeza. Estaba embotada.

—Vánel, propongo que la lleves a la cama y que duerma el efecto de los relámpagos. Ya hemos acabado prácticamente de comer —sugirió uno de los elfos.

—Vamos, Vánel. Te esperamos. Lleva a la muchacha a descansar —propuso otro.

—Bueno. Disculpádnos. Vuelvo enseguida. Vamos, Mel.

Vánel me levantó y me guió hacia la puerta. Estaba algo mareada. Salimos del comedor y me llevó por los pasillos hasta las escaleras, donde me cogió en brazos y me llevó de vuelta hacia la habitación donde había dormido.

—Perdóname, Melania, porque lo he hecho adrede. Sabía que los relámpagos iban a provocarte esa reacción y te he animado a que bebieras porque estabas pasándolo muy mal. Pero lo has hecho muy bien y no esperaba menos de ti. Sabía que lo conseguirías.

Di un pequeño bote. Lo que faltaba: encima tenía hipo. Me tapé la boca con la mano.

—Eso también es normal —me aseguró sonriendo.

Llegamos a la habitación y me depositó en la cama.

—Ahora duérmete un rato. Cuando despiertes, probablemente estaré abajo. No hagas esfuerzos y no bajes las escaleras si notas que te duele. Y no tengas miedo en preguntar si te perdieras o no me encontraras, ¿de acuerdo?

Noté que me quitaba los zapatos. Volví a hipar.

—Anda, duerme los relámpagos. Y despreocúpate: has estado muy correcta en la comida. Descansa; te veré por la tarde.

Salió de la habitación y me dejó aturdida y con la cabeza acorchada. Cerré los ojos y poco a poco fui rindiéndome al sopor.

## Capítulo 13

Me desperté y lentamente me sacudí la modorra. Ya no me sentía tan atontada, por lo que deduje que el efecto de los relámpagos habría pasado ya. Entonces caí en la cuenta: había pasado un buen rato rodeada de elfos y no había dado la nota. Eso sí, lo mío me había costado. Pero sin duda era un buen comienzo. Vánel tenía razón: no podía dejar que lo que me ocurrió me dejara un trauma de por vida. Olvidarlo, eso jamás podría, pero superarlo... después de lo que acababa de suceder, tenía una ligera esperanza de que podría conseguirlo.

Apoyé con cuidado los pies en el suelo y me levanté despacio. La venda me impedía mover el tobillo, pero podía apoyar mi peso sin que me doliera, de modo que me puse los zapatos y, con cautela, salí de la estancia. Vánel me habría dicho que estaría abajo, y recordaba dónde estaban las escaleras, por lo que fui hacia allá. Cuando las encontré, me crucé con un elfo que subía, mi cuerpo se puso tenso y di un par de pasos hacia atrás.

—Vánel está abajo. ¿Cómo va el pie? ¿Necesitas ayuda?

Negué con la cabeza.

—Yo estuve ayudando a los sanadores que te cosieron anoche. Si te doliera o lo notaras mal, no te lo calles, ¿eh? Y baja despacio.

Dicho esto, continuó su camino. Me agarré al pasamanos y empecé a bajar las escaleras, muy despacio, varios tramos que me llevaron bastante rato a ese ritmo, hasta que llegué abajo y fui consciente de en dónde me había metido: Era una sala muy amplia... y llena de elfos por todas partes.

Me quedé tiesa como un palo contemplando el panorama, cerré los ojos muy fuerte y mentalmente le ordené a mi cerebro que no hiciese ninguna estupidez. Respiré hondo y abrí los ojos. Empecé a caminar con la mirada baja, para no llamar la atención, pero mirando de reojo por si avistara a Vánel en algún momento.

Nadie me miraba. Todos los elfos estaban en pequeños grupitos, charlando animadamente, bien sentados o bien de pie. Sin embargo, en ninguno de esos grupos estaba Vánel. Me fijaba y todos tenían melenas que les llegaban hasta la mitad de la espalda, mientras que Vánel probablemente fuera el único que la tuviera como yo, por los hombros. Y probablemente Vánel fuera también el único con barba. ¡Qué curioso! Ninguno de los elfos parecía tener pelo en la cara, mientras que, por lo que recordaba, los mestizos sí que tenían. Cosas que se heredan de los genes humanos, supuse.

Salí al exterior de la fortaleza. El bosque que la rodeaba también pertenecía a los elfos y estaba vigilado por estos, por lo que no tenía nada que temer; de hecho, algunos elfos paseaban tranquilamente, de modo que yo también me di una vueltecita. Aún quedaba un rato para que los soles dieran paso a la noche.

—Si buscas a Vánel, lo vi no hace mucho por ahí —afirmó una voz a mi lado, que me asustó e

hizo que pegara un salto y diera unos cuantos pasos hacia atrás, además de una pequeña exclamación de sobresalto.

Era un elfo rubio vestido con cota de malla quien me había dicho aquello. Debía de ser uno de los centinelas de la fortaleza.

—En esa dirección —Señaló—. No pierdas de vista la fortaleza en ningún momento, ¿de acuerdo? Si no lo encontraras, vuelve.

Asentí y me dirigí hacia donde me había dicho el centinela. Por fortuna, al poco rato encontré a Vánel. Estaba sentado en un tronco horizontal que le servía como de banco. Lo noté pensativo, mirando a un punto indefinido en la inmensidad del bosque.

—Buenas tardes, Melania —saludó sin volver la cabeza.

—Hola.

—Si alguna vez intentas esconderte, procura que el viento no se dirija de ti hacia tu perseguidor, porque le das pistas sobre dónde estás. Como me las has dado a mí ahora.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Cómo está tu pie?

—Mejor. No me duele.

—Nos iremos mañana, tras el desayuno. No conviene abusar de la hospitalidad de los elfos.

—De acuerdo.

—Es lo que querías, ¿no?

Suspiré. Aquella mañana, sin duda, pero en ese instante... lo cierto era que no me encontraba tan angustiada y nerviosa. Me agradaba la idea de volver a la tranquilidad de la casa en el bosque con Beltane y Gertie y a la vida que teníamos, pero el quedarme con los elfos ya no se me antojaba una situación de pesadilla.

—Estás dudando. Por lo que parece, lo hemos conseguido, ¿no? —apuntó Vánel.

—Eh... bueno, no sé. Supongo que ya no me dan tanto miedo.

—El que unos cuantos te hayan hecho daño no significa que todos sean iguales.

—Lo sé, lo sé. Pero... es que... no es que yo los vea así...

—Sí. Entiendo lo que dices. Pero debes superarlo, y hemos dado el primer paso.

Asentí y Vánel se levantó, poniéndose junto a mí.

—Mira allí y dime qué ves.

Dirigí la vista hacia donde me señalaba.

—Bosque.

—Mira mejor. ¿Solo ves el bosque?

—¿Y qué otra cosa hay?

—Cierra los ojos. Ahora, presta atención a lo que te dicen tus otros sentidos. ¿Oyes el viento? ¿Notas el olor de los diferentes tipos de hojas? ¿Sientes esta brisa?

Me quedé callada unos segundos para examinar bien lo que me pedía.

—Noto que el viento me mueve el pelo, y huelo a... a bosque.

—Vamos, estoy convencido de que puedes hacerlo mejor.

—¿A qué se supone que debe oler el bosque si no es a bosque?

—Dímelo tú. Concéntrate. Tómate tu tiempo.

No sabía qué pretendía Vánel con aquello pero, tras el tiempo que llevaba viviendo con él, había aprendido a no extrañarme de nada ni a despreciar ninguna de sus palabras, de modo que intenté concentrarme. Si no le respondía lo que quería, él mismo se daría cuenta de que yo no tenía nada de mística ni de espiritual. Después de todo, ni siquiera había nacido en ese mundo; no

debería extrañarle.

—Huelo a tierra mojada por la lluvia de ayer. Mezclado con olores de diferentes árboles, flores y plantas. Cuando el viento sopla, al estar yo de cara, me trae olores diferentes a los que ya hay aquí, que noto cuando para. Oigo las hojas mecerse con el viento pero no oigo ramas sacudirse. Oigo también algunos pájaros piando. El ambiente está todavía húmedo a pesar de que ha brillado el sol, y eso puede dar lugar a una noche algo fresca.

—Muy bien, muchacha. Sabía que podías. No abras los ojos todavía.

—¿Para qué es esto, Vánel?

—¿Hacia dónde va el viento?

Me tomé unos segundos antes de responder.

—Hacia allí.

—Gírate y ponte en contra. Bien. Cuando salgas a cazar, siempre hazlo así para que no puedan olerte. Los animales suelen ponerse en contra del viento y dejar que sea él quien los peine y les diga si hay intrusos. Por eso debes ir siempre así. Si vas de cara, notarán tu presencia. Y como te dije antes, esto se puede aplicar también a quienes te puedan perseguir. ¿Me sigues?

—Sí.

—El bosque te dará lo que necesites para tu subsistencia. Por eso jamás debes quitar la vida a un animal si no es para preservar la tuya, ya sea alimentándote o bien defendiéndote. Debes tener ese concepto muy claro, Melania. Recuerda que cada ser solo tiene una vida y, puesto que no podemos devolvérsela, no debemos quitársela si no es por un motivo bien justificado. ¿Entiendes bien lo que te estoy diciendo? ¿Tienes alguna pregunta?

—Me queda bien claro.

—Pues no abras los ojos y extiende las manos.

Obedecí y noté que me ponía algo en ellas. Cogí lo que fuera que me estaba dando. Era como un trozo de madera liso y curvo.

—Tócalo bien y familiarízate con él, pero sin mirarlo.

Seguí tocando eso que me había dado. Al final del trozo noté que había como una cuerda, pero no estaba suelta, sino tirante. Estaba enganchada a algo. La seguí con los dedos y noté que los extremos de la cuerda estaban unidos a los extremos de la madera, con lo cual deduje que solo podía ser...

—No, muchacha, no abras los ojos. Deja que sean tus otros sentidos los que te guíen.

Con la mano izquierda lo sujeté más o menos por la mitad, y con la derecha tiré de la cuerda. Estaba muy, muy tensa. Noté que Vánel se colocaba detrás de mí y, suavemente, me levantaba los brazos hasta ponerlos en posición horizontal, con las manos a la altura de la boca. Me puso en la mano derecha un objeto muy largo y fino, que inmediatamente supe lo que era, y me colocó los brazos y las manos en torno a los instrumentos que tenía.

—Ahora mira al frente y abre los ojos.

Los abrí lentamente y descubrí lo que ya sabía: que tenía en mis manos un arco y una flecha y que estaba colocada y en posición de disparar.

—Tira más con esta mano. Ténsalo bien.

—Está ya muy tenso.

—Debes tensarlo más —Tiré un poco hacia atrás—. Más, Melania, más.

—¡Está muy duro!

—Llevas varias semanas haciendo ejercicio y entrenando los músculos. Te he estado observando y sé que puedes. Vamos.

Apreté los dientes y tiré un poco más. Noté que empezaba a sudar.

—Así. Muy bien. Fija la mirada en tu objetivo. Quiero que claves la flecha en ese árbol. Mírala bien e intenta calcular la trayectoria. Vamos, tira un poco más. Estás más tensa tú que el propio arco. ¿Tanto te cuesta tensarlo?

—Sí que cuesta.

—Entonces vamos a tener que aumentar las flexiones y los ejercicios de cada día para que tengas un poco más de fuerza. Eh, así me gusta. Ahora está bien tenso. Las amenazas surten efecto.

—¿Y ahora?

—Apunta al objetivo y suelta la flecha. La mano derecha, no vayas a soltar el arco también. Apunta primero y asegúrate, y cuando lo hayas hecho, dispara.

Solté la flecha, que salió disparada y desapareció en la maleza. Me quedé con la boca abierta, alucinada.

—¡¡Lo he hecho!!

—Ehm...

—¡¡He lanzado la flecha!! ¡He disparado!

—Podría decirse que sí, pero creo que el objetivo no era solamente disparar...

—¡He disparado una flecha! ¡No me lo creo!

—¿La palabra “puntería” tiene algún significado para ti?

—¡Qué fuerte, colega! ¡Qué pasada!

Vánel fue hacia donde había caído la flecha (En mitad de la maleza) y la recogió mientras movía la cabeza de un lado a otro.

—Tendremos que trabajar mucho.

—¡He disparado, he disparado, he disparadoooooo!

—Dioses, el camino va a ser más largo de lo que pensaba.

## Capítulo 14

Tal y como Vánel anunció, a la mañana siguiente nos fuimos de la fortaleza de los elfos. Mi pie estaba bastante mejor; podía caminar y Vánel había sido aprovisionado de una buena cantidad de hierbas y remedios por si se me abriera la herida, se infectara o cualquier otra cosa.

Tuve que devolver el vestido élfico marrón, pero me regalaron el camisoncito, tal y como prometieron. Me devolvieron mi ropa, que habían lavado y remendado, ya que el accidente en el bosque había pasado factura a la camisa y a los pantalones. Aun con los remiendos, lo cierto era que daba un poco de pena ver en lo que había quedado.

—Gertie te coserá otra camisa, no te preocupes. Y para los pantalones, coge un par de los míos. Te vendrán algo grandes, pero con un cinturón podrás apañarte.

—Siento las molestias...

—Deja de pedir disculpas de una vez, por los dioses. A estas alturas ya deberías saber que no eres ninguna molestia.

Lo miré con resignación. Evidentemente, no iba a admitir que lo era.

—Te lo digo en serio. Nos ayudas mucho con la casa y con el huerto, y además Gertie te adora. Tienes mucho aguante con esa cabeza llena de pájaros que tiene.

—Es una niña muy alegre. Ya tendrá tiempo de hacerse mayor.

—Parece mentira. Era una pequeñaja que no me llegaba apenas a la cintura, la primera vez que la vi. Y ahora no podría concebir mi casa sin ella.

Sonreí. Gertie era un torbellino de niña con la cabeza de chorlito, pero se hacía querer.

—La encontré en un mesón, en el pueblo. Los dueños la tenían ahí trabajando, pero ni siquiera era su hija. Su madre la abandonó. La dejó al cuidado del matrimonio y al cabo de los meses dejó de enviarles dinero para su manutención. La tenían vistiendo harapos, desnutrida, casi esclavizada y aterrorizada. La vi en una ocasión y me dejó impactado la manera en que tenían a la pobre criatura. Lo estuve meditando toda la noche y al día siguiente volví al mesón, hablé con los dueños y aunque abusaron muchísimo con el precio que me pidieron por ella, la veo ahora y pienso que mereció la pena a cambio de las alegrías que me ha traído.

—¿Y Beltane?

—Beltane. Lo sorprendí en otra de mis excursiones al pueblo. Era un niño vagabundo que pedía comida. Le compré un par de panes para que comiera, porque nadie le daba nada, y estaba muy delgado y hambriento. En los pueblos hay muchos niños huérfanos y vagabundos. Por la noche me lo volví a encontrar, de nuevo buscando alguien que le diera algo que llevarse a la boca. Le compré un trozo de queso y cuando me alejé, oí como unos críos algo más mayores lo habían acorralado y estaban pegándolo para quitarle la comida, pero él no era nada miedoso; aunque eran muchos y más mayores, se defendía con uñas y dientes. Intervine para espantar a los mayores y le ofrecí dormir en mi casa aquella noche. Se vino conmigo y al día siguiente volvimos juntos al

pueblo. Por la noche, otra vez lo encontré en un callejón y le pregunté si se quería venir conmigo de nuevo. Los relentes suelen durar dos días, por lo que al día siguiente ya no podría regresar al pueblo. Me respondió que sí, y así se vino. En el siguiente relente, que fue varios meses después, pasamos por la oficina de registros del pueblo y le di mi apellido. De esto hace nueve años.

Me parecieron dos historias muy bonitas, y no pude evitar sonreír cuando Vánel terminó de contármelas.

—Bueno, muchacha. Y tú, de los Continentes.

—Sí, allí nací.

—¿Y cómo fue que llegaste a este mundo?

—Pues fue una tarde como cualquier otra. Fui a la biblioteca de mi ciudad a devolver un libro que había tomado prestado y a pedir otro. Estaba cotilleando las estanterías cuando un libro me llamó la atención. Brillaba mucho; era como si estuviera hecho de luz, no sé si me explico. Era un libraco enorme, de tapas duras, que pesaba un montón. Lo miré un poco por dentro y vi que hablaba de hadas, de elfos, sirenas... y a mí siempre me han gustado los libros de ese tipo. En mi mundo no hay esa clase de seres, ni oportunidad para una chica como yo de vivir aventuras épicas. Esos libros son mis favoritos, y como ese libro era tan curioso y tan bonito, pues me lo llevé a casa. Por la noche me puse a leerlo y, bueno, fue muy raro, porque me quedé dormida pero era como si el libro se hubiera leído solo en mi cabeza. Cuando desperté, estaba por la última página y yo sabía lo que había escrito en él. No lo había leído, pero al mismo tiempo lo había leído. Fue una cosa muy rara. Cuando me estaba preguntando qué había pasado, oí una voz en mi cabeza que me preguntaba si aceptaba ser la siguiente princesa. No me preguntes cómo lo sé, pero era el propio libro quien me lo estaba preguntando, no tengo la menor duda. Dije que sí, cogí el libro, me levanté y me absorbió. Estuve cayendo mucho tiempo, despacito, y cuando toqué el suelo estaba con el rey. Hablaba mi idioma, aunque con un acento muy raro, y me explicó lo que se esperaba de mí como princesa. Le pregunté mis dudas, me las contestó y... bueno, desde el principio lo tuve claro. Era el tipo de aventura que yo siempre había deseado vivir. Yo no era feliz con mi familia. Mi padre volvía borracho a casa y la emprendía a golpes con mi madre y conmigo. Me insultaba y no dejaba de decirme que estaba deseando que cumpliera los dieciocho para que me pusiera a trabajar y a traer dinero a casa. Y mi madre nunca hizo nada por impedirlo. Siempre pasó de mí y de todo lo que tuviera que ver conmigo. Hasta los doce años, viví con mis abuelos, y cuando ellos murieron, me mandaba con alguna de mis tías. La verdad... creo que nunca me quiso.

—Siempre he pensado que la naturaleza es sabia en casi todos los casos, y éste es uno de los pocos en los que no lo es. Personas que serían magníficos padres no pueden serlo, y en cambio, otros traen al mundo niños a los que no les dan una vida digna.

—¿Tú hubieras querido tener hijos propios?

—Tuve uno.

—¿Y dónde está?

—Pues salí una mañana a por alimento para mi mujer y para mí, y cuando volví alguien había matado a mi mujer y se había llevado a mi niño.

Me quedé parada en seco.

—¿¿Qué??

—No te pares. Venga, continúa.

—Pero... ¿y me lo dices tan tranquilo? ¿Como si fuera algo común y corriente?

—Hace ya mucho de eso. Si siguiera vivo, tendría un par de años más que tú.

—¿Pero cómo me lo cuentas así, como si no fuera grave?

—Ya te lo he dicho: ha pasado mucho tiempo ya. Hice todo lo que estuvo en mi mano para dar con él, y no lo conseguí. Los elfos me ayudaron muchísimo. No dio resultado, ya lo ves, pero si hay algo claro es que no podía quedarme hundido en la miseria ni recrearme en la autocompasión; es grave, sí, pero la vida continúa.

—¿Qué horror! ¿Pero cómo pudo haber alguien capaz de...?

—Mi mujer era una elfa. Su padre nunca dio el consentimiento para que nos casáramos. Fue una larga historia llena de intrigas y secretos. Acabamos fugándonos juntos e intercambiando los votos en una ceremonia con un par de testigos. Para que un elfo se case, es importante que tenga la aprobación de su pueblo. Ella no la tuvo porque a su padre no le gustaba que yo fuese humano. Y si no la da el padre, el pueblo élfico tampoco lo hace.

—Pero, entonces, la fortaleza donde hemos estado...

—Mis relaciones con los elfos ahora son muy buenas, pero no siempre han sido así. Supongo que cuando nos fugamos, su padre nos buscaría sin descanso. Estábamos muy escondidos para que no nos encontrara, y tuvimos unos años muy felices de matrimonio, pero de repente me vi viudo. Busqué a los responsables, no pienses que me quedé de brazos cruzados. Volví a las tierras de donde venía porque ella hubiera querido que comunicara a su familia lo sucedido, y en parte también para solicitar ayuda de los elfos. Lo cierto es que estaba tan destrozado que no me hubiera importado que su padre me matara en un arranque de ira. Estuve prisionero unos días acusado de asesinato, y de repente me soltaron sin reprocharme nada. Nuestra historia había llegado a oídos del rey de los elfos y parece ser que le dijo al padre de mi mujer que era un justo castigo a su cerrazón. El pueblo élfico le dio la razón a su rey y no solamente me ayudaron a buscarlo, sino que desde entonces me abrieron las puertas de sus tierras y sus colonias. No encontraron a mi hijo, pero me quedé con ellos y los ayudé en algunas contiendas con los enanos. Podría decirse que soy como un hijo predilecto del pueblo elfo.

—¿Y qué pasó con el padre de tu mujer?

—En principio me acusó, e hizo que me encerraran. Cuando intervino el rey, hablamos y... bueno, lo dejamos así. No me lo perdonará, pero no se puede hacer otra cosa. Perdió a una hija y supongo que para él es menos doloroso si tiene alguien a quien culpar.

—¿Y no sabes si tu hijo está vivo?

—Hay cientos de miles de elfos mestizos en este mundo, Melania. Era un bebé cuando me lo arrebataron. Sería imposible encontrarlo, y mucho menos veintitantos años más tarde. Solo espero que, si está vivo, se haya convertido en una persona de bien, que no sea un renegado como los que te atacaron.

—Oye, lo siento mucho, Vánel. De corazón.

—Te lo agradezco, muchacha.

—¿Y no has pensado en rehacer tu vida?

Vánel rió.

—¿En casarme otra vez? No, no. Ni quiero, ni podría.

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—Estoy muy a gusto con la vida que llevo aquí. No necesito más. Además, dudo que encuentre una mujer a la que llegue a querer tanto como quise a la mía.

—Eso nunca se sabe —Salté un pequeño tronco caído.

—¿Tú te plantearías buscar otro hombre y rehacer tu vida con él?

—Ni hablar.

—Pues ahí lo tienes.



—Pero no es lo mismo. Mi novio vendrá a buscarme.

—En mi familia, los hombres solo aman una vez, muchacha, y es para siempre. No hay sitio para otra en mi vida.

Me quedé parada. Westley me había dicho lo mismo.

—¿Qué te pasa? No te pares. Sigue caminando.

—¿Eso es... una leyenda o algo? Lo de tu familia.

—No. Algunas familias somos así. Mi padre me contó que hace unos cuantos cientos de años una bruja hechizó a un grupo de hombres que parece ser que engatusaban a las mujeres con fines no muy honestos. Se fijaron, enamoraron y engañaron a las hermanas de esta bruja, y ella no se lo perdonó jamás: los embrujó para que, en cuanto se acercaran a cualquier mujer con ese tipo de fines, se enamoraran de ella y no pudieran huir ni desengancharse de esa mujer jamás. Para que no pudieran engañar a otras. Supongo que aprenderían la lección y dejarían de ir de flor en flor. Pero sus descendientes masculinos heredaron el embrujo, y siglos después, aquí nos tienes —rió—. En cuanto encontramos a la mujer de nuestra vida y ella nos corresponde, ya no nos podemos fijar en ninguna otra.

—Solo una vez, muy intensamente, y para siempre.

—¡Ah! De modo que te suena. Lo has oído antes. Sé que no solamente se da en mi familia. No es tan poco común como se cree. El grupo aquel tuvo su descendencia y el embrujo ha ido transmitiéndose. Aunque no vayas a pensar cosas raras; ya no es nada de lo que fue en su momento. Pero los que lo tenemos somos muy especiales, modestia aparte.

—Mi novio.

—¿Tu novio también?

Asentí, y Vanel se echó a reír.

—Pues entonces, muchacha, tienes un novio con unos sentimientos muy nobles. Enhorabuena. Te va a querer para el resto de su vida.

“Westley, dónde estás”, pensé. Dioses, las ganas que tenía de verlo de nuevo.

—Eh —Se detuvo y me sujetó por los hombros—. Sé por propia experiencia lo jodido que es y lo mal que lo debes estar pasando. Pero tienes que seguir adelante. Es lo que mi mujer hubiera querido que yo hiciera, y probablemente sea lo que tu novio quiere también.

Pensar en Westley había hecho que el corazón se me encogiera de nuevo y el pecho se me llenara de angustia.

—Lo echo mucho de menos —musité.

—Sé cómo te sientes. Yo también pasé por eso.

—¿Y qué me aconsejas?

Suspiró.

—En tu caso, que nunca pierdas la esperanza. Porque el día llegará. Dada tu situación, tardará, pero te aseguro que llegará.

Me sequé una lagrimita que empezaba a salir.

—Beltane no lo tendrá también, ¿verdad?

—Lo dudo bastante. La bruja que creó esto consiguió su propósito. Los que lo tenemos somos bastante responsables y todo apunta a que el padre de Beltane no lo era. No vamos esparciendo alegremente por ahí nuestra semilla. Beltane probablemente fue un ilegítimo o nació en un prostíbulo. Solo sé que se escapó de un hospicio porque era preferible vivir en la calle. Pobre criatura.

—¿Mejor en la calle que bajo techo?

—Casi mejor que te lo cuente él, como persona que lo ha vivido. Yo solamente sé que los tienen hacinados, muy mal alimentados, viviendo prácticamente en la esclavitud y, en la mayoría de los casos, enfermos. Por eso muchos se escapan: prefieren mendigar en la calle a malvivir en un hospicio.

Nota mental para cuando fuera reina: revisar los hospicios y las condiciones de vida de los niños huérfanos.

## Capítulo 15

Tierras más allá de las fronteras del reino humano  
Año de gracia 28 de Basileo  
Mes segundo

El pie siguió hormigueándome durante lo que diría que fueron unos quince días. Vánel le quitó importancia y dijo que era debido a la magia; que mi pie se había lesionado y recuperado de maneras muy bruscas y que la magia podía dejar residuos de su paso por el cuerpo humano, pero que desaparecerían con el tiempo. Y así fue, aunque la herida del tobillo no fue tan rápida. Aún no había desaparecido el hormigueo del pie cuando Vánel me dijo que me tenía que quitar los puntos, y se notaba a la legua que no tenía mucha idea del tema, porque me hizo ver las estrellas, pero sobre todo por la cara de concentración y de no haberlo hecho jamás, que lo delataba. A cada tirón que daba, me hacía dar un grito y un respingo. Me llamó quejica, y solamente cuando hubo terminado y me aplicó un paño empapado en una infusión de no sé qué hierba, me confesó que los elfos le habían dicho cómo se hacía, pero que él no había hecho una cosa así en su vida. Recordé cuando Westley me quitó los puntos de la brecha en la cabeza: me tuvo que sujetar bien para que no me moviera porque era una zona muy mala, y aun así, protesté porque me dolía cuando me los quitaba. Después de todo, tal vez sí que fuera una quejica. Westley. Oh, Westley.

Los días siguieron pasando mientras mi pie evolucionaba favorablemente. La herida sanó del todo y, como me adelantó Vánel, todo parecía indicar que iba a tener una bonita marca en el tobillo para recordarme el resto de mi vida que no debía andar por los bosques durante las tormentas. Cada vez que me ponía o quitaba las botas y la veía, suspiraba. Tenía marcas de latigazos en la espalda, una rastro de zarzal venenoso en el brazo y ahora una señal del cariñoso achuchón que me había dado un árbol en su caída. Tres cicatrices en menos de un año. Tres cicatrices que me acompañarían el resto de mi vida.

El tiempo pasó y seguí entrenando y practicando con el arco a diario. Vánel no quería que abandonara las carreritas ni los ejercicios, y admití que ya no me sentía tan cansada, que me notaba con más energía, con más ganas de hacer cosas. Cuando me fuera de allí, quería continuar corriendo y moviéndome. No por estética, sino por salud. Desde que mi cuerpo se habituó, lo estaba notando y me hacía bien. Le cogí el truco a eso de lanzar las flechas y poco a poco iba mejorando mi puntería. Estando quieta, me acercaba bastante a los blancos que Vánel me proponía, pero claro, en movimiento las flechas se me iban a tomar vientos. De hecho, Vánel hasta se llevaba un escudo hecho con un tablón de madera porque temía que le sacara un ojo, e incluso se aprovisionó bien de hierbas para el dolor y para curar heridas de flechas... por si acaso. Bromeaba conmigo y decía que esperaba que nunca llegáramos a depender de mis habilidades con el arco, porque me veía muy, muy verde.

—Y de hecho, se me ha ocurrido una idea —me indicó—. Mañana vais a ir Beltane y tú y vais a traer una pieza.

—¿Una pieza?

—No vamos bien con el huerto. Las últimas plantaciones no han salido bien, tú misma lo has visto. Necesitamos carne si queremos aguantar hasta que salgan más. Así que lo voy a dejar en vuestras manos.

—Pero... pero... si yo no sé...

—Pues así aprendes.

Y no bromeaba. Al día siguiente, en cuanto desayunamos, Beltane y yo nos fuimos, armados con arcos y flechas. Aparte, él llevaba una espada y un pequeño puñal en la bota, y Vánel me hizo llevar a mí otro igual “Por si acaso”. Y así armados, nos alejamos de la casa a paso ligero.

—Primera regla, pelirroja: no te separes de mí a no ser que yo te lo ordene. ¿Lo has entendido?

—Sí, Beltane.

—Segunda regla: cuando te diga “silencio”, cállate e intenta no moverte a no ser que sea muy necesario. Los animales tienen un oído mucho más fino que el nuestro y si oyen crujir una hoja, nuestra comida y cena se irá corriendo. Ah, bueno, y la regla más importante de todas: yo estoy al mando. Que te quede clarito. Mi padre ha dicho que te vigile bien para que no te pase nada. Tengo que traerte sana y salva de vuelta, o sea que vas a obedecer lo que te mande.

Las palabras “obedecer lo que te mande” me trajeron recuerdos no muy agradables.

—Para empezar, no soy ninguna niña...

—Hablas igual que mi hermanita.

—...y no necesito que nadie cuide de mí.

—¡Oh, vaya! ¿Entonces hubieras salido tú sola de debajo de aquel árbol? ¿Supiste encontrar el camino de vuelta sola, chica mayor?

Me puse de cara a él, muy seria.

—Eso ha sido un golpe bajo.

—Eso ha sido la verdad.

—Estamos aquí para cazar. Así que ni se te ocurra volver a hablarme así —exigí.

—Yo estoy al mando.

—Vánel me ha dejado a tu cargo, no a tu mando.

—Es lo mismo.

—No, no es lo mismo —aclaré.

—¿Sabes que los hechiceros podemos hacer pociones de obediencia?

—Recuérdame entonces que nunca tome nada que hayas preparado tú. Y mucho menos que confíe en ti.

Me volví y seguí caminando. Él me alcanzó enseguida.

—Mel, pelirroja, vamos, estaba bromeando.

—Vete a buscar pitufos bajo las setas, a ver si ellos te hacen caso, Gárgamel.

—¿Pitufos? —preguntó muy extrañado—. ¿De qué hablas?

—¿Podemos tener la fiesta en paz?

—¿Pero de qué rayos estás hablando? ¡Encima de tener un acento que me cuesta entenderte, es que hablas de cosas que no he oído en mi vida!

—¿Que te cuesta entenderme? —No podía creer aquello—. Estarás de broma.

—¡No, no estoy de broma! ¡Hablas rarísimo! ¡Desde que llegaste! ¿Por qué te crees que no hablo mucho contigo?

—¡Eres tú el que habla como un paleta!

—¿Qué me has llamado?

—¡¡Paleta!! —Recordé otra palabra que usaban para definir a las personas así—. ¡¡Cuellorrojo!

—¿Cuellorrojo yo?

—¡Sí! Y no es solo por cómo hablas. Es por lo que hablas. Por cómo te comportas. Tu padre es mil veces más educado y mejor persona que tú.

—¡¡No menciones a mi padre!!

—¡Por supuesto! Las comparaciones son odiosas, ¿verdad?

—¿Todos los de tu mundo sois así o tú eres un caso aislado?

—Eres un imbécil.

—¡Oh, la pelirroja me ha llamado imbécil! Esta noche no podré dormir de la angustia que siento. ¡Mira qué disgustado estoy!

Me volví y empecé a alejarme de él a paso firme.

—¿A dónde vas?

No contesté y seguí caminando. No tardó en alcanzarme y agarrarme del hombro para que me detuviera.

—¡¡No me toques!!

—Mira, niñata, por mucho que me deleite la idea de que te pierdas para siempre en el bosque y no vuelvas, mi padre te ha dejado a mí... cargo, ya que prefieres esa palabra. Así que me vas a obedecer.

—¡¡Y una mierda!!!

En ese momento se calló, abrió mucho los ojos, levantó una mano haciéndome una señal para que me callara y miró algo detrás de mí. Antes de que me diera cuenta, me agarró del brazo y echó a correr tirando de mí.

—¡Correeee! ¡Corre, por tu vida!

No dudé y le hice caso. Eché un poco la mirada atrás y descubrí que nos estaba persiguiendo un enorme enjambre de alguna clase de bicho negro.

—¡¡No mires atrás!! ¡Son venenosos! ¡Correeeee!

Volví la cabeza hacia delante y me concentré en correr. Saltamos raíces sobresalientes, algunos troncos caídos, nos protegimos la cara con el brazo libre cuando atravesábamos árboles con ramas demasiado bajas, y cuando ya empezaba a oír el zumbido casi en mi oreja, Beltane me gritó:

—¡Al río! ¡Bucea a favor de la corriente y aguanta todo lo que puedas!

Y nos zambullimos. Un segundo antes de tocar el agua, vi a uno de esos bichos muy cerca de mí: eran negros y su aspecto era el de una croqueta con alas. Feos a rabiar, y no quería comprobar los efectos que pudiera traer la picadura de una de esas cosas.

El agua estaba muy fría; normal, ya que los soles aún no habían tenido tiempo de calentarla. Abrí los ojos y busqué a Beltane bajo el agua, pero no lo vi, de modo que empecé a bucear, tal y como me había aconsejado, con la corriente, para alejarnos cuanto más pudiéramos de aquel

enjambre de bolas renegridas. En unos segundos noté cómo pasaba a mi lado, me cogía del brazo y me arrastraba, yendo a más velocidad de la que yo iba. No había pasado ni un minuto cuando mis pulmones me exigieron aire, por lo que hice ademán de subir a la superficie. Beltane entendió y subió también. Apenas sacamos las cabezas, Beltane miró a ambos lados mientras cogía aire a grandes bocanadas.

—Se han ido... Gracias a los dioses, se han ido...

—¿Qué... qué era eso? —pregunté entre jadeos.

—Quisamas.

—¿Qué?

—Que si te picaran, nada te hubiera salvado, te hubieran fulminado en minutos.

—¿En serio?

—Sí. Vamos para fuera, voy a hacer un fuego para secarnos y por si hubiera más; el humo los asusta. Ayúdame a buscar ramas caídas y secas.

Salió del agua y una vez fuera, me dio la mano para ayudarme a salir. Aun tiritando, hice lo que me pidió y no tardamos en reunir un montoncito de ramas. En unos minutos Beltane había encendido un fuego mediante su magia y nos estábamos calentando un poco.

—¿Con este humo bastará para ahuyentarlos?

—Sí, tranquila.

—¿No tenéis miedo de que se os cuelen en la casa en cualquier momento?

—No —musitó—. Mi padre protegió la casa con un hechizo para ahuyentar animales y cualquier forma de vida no deseada. Por eso no tenemos nada para cerrar las ventanas. No entra nada de fuera, no hay peligro. Pero, si no te importa, vamos a intentar no volver a gritar. Eso es lo que los ha atraído.

—¿El qué? ¿Los gritos?

—Cualquier sonido fuera de lo normal del bosque.

—Lo siento.

Encogió un hombro.

—Como si fueras la única que estaba gritando.

Pasaron unos segundos sin que nos dijéramos nada. De vez en cuando miraba a Beltane, pero éste no despegaba su vista del fuego.

—¿Me harías un favor, Mel?

—¿Cuál?

—No se lo digas a mi padre.

—¿Por qué?

—Porque se supone que yo debería saber que en el bosque no se grita. No quiero que se lleve una decepción.

—Vaya, qué buen hijo.

—Eso intento. Y... perdóname por todo lo que te dije antes.

—Perdóname tú también.

—¿En serio hablo como un cuellorrojo?

—A la única a la que entiendo siempre es a Gertie, porque habla muy despacito. Pero a tu padre y a ti me cuesta y no siempre lo consigo.

—Pero no por eso somos paletos o cuellorrosos. Es nuestra manera de hablar. En el sur tenemos este acento. A mí también me parece muy raro el tuyo.

—Claro, porque éste no es mi idioma natural. Llegué aquí con diecisiete años y tuve que

aprender a hablar desde cero. Eh... voy a por más ramitas, que el fuego se está debilitando.

—No te alejes.

Di una pequeña vuelta y encontré lo que buscaba sin necesidad de alejarme mucho. Volví a la hoguera y distinguí una mancha roja en la espalda de Beltane, junto al hombro.

—¡Beltane! ¿Qué te has hecho ahí?

—Nada, no es nada.

—¡Pero si estás sangrando! Déjame verlo.

—Que te digo que no es nada. Choqué contra unas piedras cuando nos tiramos al río, solamente eso.

—Quítate la camisa —ordené.

—Que no hace falta.

—En serio, quiero verlo. Quítate la camisa.

—Que no.

—En serio, venga —insistí.

—¿Por qué no te la quitas tú? —rió él.

—Ya estás volviéndote a comportar como un imbécil.

—¡Si se te transparenta todo! ¿Qué diferencia hay?

Me miré y, muy a mi pesar, comprobé que tenía razón. La venda blanca con la que me improvisaba un sujetador resaltaba debajo de la camisa, empapada como estaba. Tenía la ropa totalmente pegada al cuerpo y no dejaba nada a la imaginación. Me tapé los pechos con los brazos.

—Eres un cerdo.

—¿Pero qué he hecho? ¡Joder, no te entiendo, Mel!

—No te echarías novia ni siendo el único chico del pueblo.

—El mirlo al cuervo le dijo culo negro.

—¿Qué?

—Mira, la que se cree una experta en cómo hablar. ¿Quién es la cuellorrojo ahora?

—No hay quien te aguante.

—Pues entonces ya tenemos algo en común. ¿Qué se siente cuando te das cuenta de que vas a morir sola?

—No sé. Dímelo tú. Yo no voy a morir sola porque tengo gente que me quiere.

—Oh, sí, tu famoso novio. Cinco meses llevas aquí. Ya veo cuánto le importas y la prisa que se ha dado en venir a buscarte.

Aquello me dolió como si me hubieran clavado un puñal en el pecho. Me levanté y le di un puñetazo en la cara, que, a juzgar por cómo lo encajó y la cara que puso, no se esperaba.

—Gilipollas —Noté cómo me subían las lágrimas a los ojos—. Te odio, Beltane. Eres despreciable.

Me alejé unos cuantos metros y me senté al pie de un árbol, de espaldas a Beltane. Ahí me abracé las rodillas y dejé que las lágrimas me corrieran libremente por la cara. No podía evitar sollozar, pero intentaba que no sonara demasiado, porque no iba a darle el gusto a Beltane. Aunque de poco sirvió, porque en pocos minutos lo tuve al lado.

—Lo siento, Mel. Ha sido un golpe bajo, lo reconozco. No debí haberlo dicho. Te pido disculpas.

—Vete. Déjame sola —sollocé con la cara enterrada entre mis brazos.

—No, Mel. Eso no puedo hacerlo; mi padre me hizo prometer expresamente que no te dejaría

sola. De verdad, siento lo que te dije.

Mi respuesta fue moverme hacia el otro extremo del árbol respecto de donde se encontraba él.

—Eh, pelirroja. Lo cierto es que lo de la espalda sí me duele. Si no te importa, ¿podrías echarle un vistazo? Me da un poco de corte, pero creo que tenías razón.

—¡Por mí como si te mueres!

—No... en serio, me está doliendo de verdad... ¿Podrías... por favor...?

No tenía la más mínima gana de ayudar a un capullo integral como él, pero recordé que una de las reglas de Vánel era respetarnos y protegernos los unos a los otros, y aunque Beltane no estaba precisamente cumpliendo lo primero, no por ello iba yo a incumplir lo segundo.

—Que conste que esto lo hago por agradecimiento hacia tu padre, no porque te lo merezcas.

—Estamos de acuerdo.

Se sacó la camisa hacia arriba, con la mano derecha, ya que el hombro izquierdo era el que tenía lleno de sangre y por tanto su brazo permanecía rígido. En cuanto la camisa hubo salido del todo, pude comprobar que tenía una herida bastante grande y que no dejaba de sangrar. Poco, pero constante.

—Tienes una buena herida. Deberíamos taponarla para que dejara de sangrar.

—¿Taponarla? He tenido muchas heridas en mi vida y ninguna ha tenido necesidad de ser taponada.

—¿Alguna tan grande como tu mano?

—No. De ese tamaño, no. ¿Tan grande es?

—Sí, y no deja de sangrar. Beltane, yo te aconsejaría que hiciéramos un tapón con tu camisa para detener la sangre.

—¿Y cómo sabes tú que eso es lo que hay que hacer? Porque me suena muy raro.

“No tienes idea de la cantidad de series de hospitales que ponen en la tele”, quise responderle, pero evidentemente, le iba a sonar a chino.

—Mi novio es médico.

—¿Ah, sí? Pero... ¿médico de verdad, o curandero?

—Médico. Ha estudiado, no es un curanderillo cualquiera.

—¿De los que han ido a la Escuela de Medicina?

—Sí, y muy bueno. Sacó la mejor nota que había dado un estudiante en años. A mí me atendió varias veces y... —fui bajando paulatinamente la voz— nunca he conocido en toda mi vida a un doctor mejor que él...

Westley, Westley. Qué habría sido de ti.

—De acuerdo —Beltane me estaba mirando y me sacó de mis pensamientos—. Muy bien. Toma, ponme la camisa y tapóname la herida.

Le coloqué la camisa de forma que cubriera y tapara bien la herida y le anudé las mangas por delante. Me sorprendió que estuviera bastante cortado y que se tapara el pecho como podía.

—No eres el primer hombre al que veo de cintura para arriba. En mi mundo no les da corte enseñar el torso. Y a tu padre lo he visto alguna vez trabajando sin la camisa.

—Mi padre es mi padre y yo soy yo.

—Solo lo decía para que no te sintieras tan apurado.

—¿Te quitarías tú la camisa delante de mí ahora?

—Ni lo sueñes.

—Pues por eso mismo.

—Pero es diferente. Yo soy una chica.



—¿Y eso te da derecho a exigir a los hombres que se quiten la camisa y a dejártela puesta tú?

—¿Te he dicho ya que eres un imbécil a tiempo completo? Pásame el cinturón para que te lo sujete mejor.

—¿Primero me dices que me quite la camisa y ahora que me quite el cinturón? ¿Me vas a decir también que me quite los pantalones? —rió.

—¡Dioses, dadme paciencia! ¡Porque como me deis fuerza, juro que me lo cargo!

—No hacía falta que fueras tan clara. Toma el cinturón.

—Beltane, en serio. Tienes que decirle a tu padre que te lleve con los elfos o con quien sea. Pero necesitas socializar y hablar con la gente... —Me aparté de él bruscamente hacia atrás y me cubrí con los brazos—. ¿Quieres dejar de mirarme las tetas, joder?

—¡Perdona! Perdona. Pero es que... ¡Joder, que me las has puesto delante!

—¡Porque te estaba ajustando el cinturón para que no se te cayera!

—¿Y qué hago? ¿Me saco los ojos para no vértelas? ¡Si estás toda empapada!

—Regla número uno, Beltane. Nunca, nunca, jamás mires a una mujer fijamente al pecho como me estabas mirando a mí. Aunque te lo pongan delante. Mira al suelo. Al cielo. Cierra los ojos. Lo que sea, pero no te quedes mirando así o te puedes llevar un buen mamporro de su parte. Y eso incluye a Gertie. Aunque sea tu hermana, no se te ocurra mirarle el pecho.

—Mi hermana no tiene nada que mirar.

—Pero lo tendrá pronto y bastante llevará con todos los cambios que le traerá la adolescencia como para que tú te la quedes mirando.

Asintió.

—Está bien. Te agradezco el consejo.

Volví a sentarme apoyándome en el tronco del árbol. Nos quedamos unos minutos callados mientras escuchábamos a los pájaros y el sonido del viento colándose entre las hojas.

—Tenemos que ir a cazar, pelirroja —me recordó al cabo de un rato.

—Tú no estás como para disparar flechas con el hombro así.

Sonrió.

—Por eso ahora dependemos únicamente de ti.

—Me temo que vamos a pasar mucha hambre, entonces —reí.

—No, en serio, Mel. Yo no puedo tirar flechas, pero puedo guiarte. Me sigues despacio y en silencio, y cuando encontremos una presa, disparas tú la flecha.

—Ya sabes que no tengo muy buena puntería, Beltane.

—Tendrá que servirnos.

—¿Y no sería mejor volver a casa y que descansaras? Tu padre lo entenderá.

—Mi padre ha confiado en mí para que te enseñe; y en nosotros como grupo para que traigamos el sustento. No puedo fallarlo en ambas cosas.

—Pero lo que ha sucedido ha sido un accidente. Tu padre es muy comprensivo.

—Un accidente que se podría haber evitado si te hubiera dicho que no gritaras. No, Mel. Tenemos que hacerlo. Por favor. Somos dos. Si unimos nuestros esfuerzos, podremos traer una pieza a casa. No podemos volver a estas horas con las manos vacías.

Era un idiota y un cretino, pero tenía muy claro el sentido del deber y del honor, lo que me conmovió. Suspiré.

—Con una condición: yo iré detrás de ti, y si veo que te chorrea sangre por la espalda hacia abajo, nos volvemos.

—Me parece bien.

Apagamos del todo el fuego, se ajustó el carcaj a la espalda para que le diera una sujeción extra y nos pusimos en camino. Caminábamos despacio, sin hacer apenas ruido, y por supuesto, sin decir una sola palabra. De vez en cuando echaba una miradita a su espalda y confirmaba que la herida había dejado de sangrar, o eso parecía. Westley estaría orgulloso de mí cuando se lo contara. Porque se lo iba a contar, por supuesto que sí. Nos volveríamos a ver muy pronto. Ya llevaba más de cinco meses fuera; ¿habría sido tiempo suficiente para que el rey se cansara de buscarme? Ojalá que sí, porque no veía el momento de volver y sacar a Westley de ahí. Tenía tantas ganas de abrazarlo, de besarlo, de que me dijera cosas bonitas al oído... pero sobre todo, de empezar junto a él esa vida que tanta ilusión nos hacía a los dos, en su pueblo.

Beltane me sacó de mis ensoñaciones haciéndome parar, sin quitarse el dedo de los labios para indicarme que no dijera ni una palabra. Despacio, me señaló un punto en la lejanía donde había una figura que parecía un animal comiendo. Estaba tan lejos que ni siquiera podía distinguir qué animal era. Moví los labios formando las palabras “Muy lejos”, pero él me miró casi suplicante y me pareció que sus labios decían “Por favor”. De modo que saqué el arco y una flecha, tensé cuanto pude, apunté y, tras estar unos segundos mirando la punta de la flecha e imaginando la trayectoria, finalmente la solté y salió disparada. Al momento se oyó un quejido.

—Le has dado, Mel. Muy bien, pelirroja. Sabía que lo conseguirías. Vamos.

Beltane se adelantó y yo lo seguí despacio. Mi cabeza empezó a asimilarlo: había matado a un animal inocente que estaba comiendo tan tranquilo. Era como el cazador aquel que mató a la madre de Bambi y traumatizó a todos los niños. Yo, que lo máximo que había matado eran algunos insectos en verano.

—¡Mel, acércate, vamos!

Tragué saliva y seguí caminando a paso de tortuga. Según me iba acercando, veía mejor al bicho, y era bien grande. Dioses, me había cargado a un animal casi de mi tamaño. Tenía en el vientre un agujero que había causado la flecha, por donde manaba sangre.

Beltane acudió a mi lado y me cogió del brazo.

—Ven, tenemos que hacer una cosa antes de matarlo.

—¿Matarlo? ¿No está muerto?

—No. Ven.

Tiró de mí y me llevó hasta el bicho. Parecía un ciervo o un venado; no estaba del todo segura y no quise preguntar. Prefería saber lo menos posible acerca del animal al que acababa de disparar.

—Agáchate y pon las manos sobre él.

—¿Qué? No, Beltane, no...

—No te va a hacer nada. Le has dado en el vientre; apenas puede moverse.

—Preferiría que no me dieras detalles, por favor.

—Tenemos que pedir perdón a la naturaleza por quitar una vida y al tiempo dar las gracias por permitirnos encontrar alimento. Los dos. Tú por disparar, y yo porque lo voy a rematar.

—¿Que vas a qué?

—Mel, tengo que hacerlo. Tenemos que comer. Y siempre pedimos perdón y damos las gracias a la naturaleza; es una manera de tener contentos a los dioses que la crearon. Vamos, agáchate. Venga, no pasa nada. Muy bien. Ahora, pon las manos en el animal.

—¡Me está mirando!

—Bueno, te digo lo mismo que te dije antes: a alguna parte tendrá que mirar, y si estás en su campo de visión, pues no puedes evitarlo. Venga, pon las manos ahí. Las dos.

Coloqué las manos sobre el costado del bicho. Estaba caliente y palpitaba. Las retiré rápidamente.

—¡Aaaah! No puedo, Beltane, no puedo.

Se puso al otro lado del animal y extendió sus manos hacia mí.

—Dame las manos.

Se las di.

—Cierra los ojos y repite conmigo.

En cuanto cerré los ojos, noté que Beltane me ponía las manos de nuevo sobre el animal y me las sujetaba.

—Pedimos perdón al bosque por llevarnos una de sus vidas, y agradecemos que nos haya dado alimento para seguir viviendo.

—Pedimos perdón... al bosque por... ¡Beltane, se está moviendo!

—Repite las palabras y antes acabará todo.

—...por llevarnos una de... sus vidas... —El animal empezó a temblar—. ¡Ay!

—Vamos, ya casi lo has hecho. Y agradecemos que nos haya dado alimento para seguir viviendo.

—Yagradecemosquenoshayadadoalimentoparaseguirviviendo —recité de corrido, e inmediatamente retiré las manos y me las llevé al pecho. Empecé a frotármelas, una con la otra, en un gesto reflejo por si me hubiera quedado algo del animal en ellas.

—Ya está. ¿Ves que no ha sido tan difícil?

—No me vuelvas a pedir esto, por favor.

—Vas a tener que hacerlo todas las veces que caces algo si quieres estar a bien con la naturaleza y los dioses. Ahora, creo que lo mejor será que te levantes y te alejes un poco. Y no mires.

Asentí.

—¡Pero no te vayas demasiado lejos! En unos minutos te llamo.

Caminé un poco, lo suficiente como para que Beltane no me perdiera de vista, y me puse de espaldas a él. Había sido muy desagradable; a pesar de que no me disgustaba comer carne, el ver al animal muerto o agonizando no era algo que me agradara. Y tocarlo me gustaba todavía menos. Aunque me chiflaran los filetes y las chuletas (Y Vánel sabía cocinar muy bien la carne), si tenía que hacer esto muchas veces, me iba a plantear pasarme al lado de los vegetarianos.

Tal y como me dijo, Beltane me llamó al cabo de unos minutos. Había encontrado un palo largo y estaba atando las patas del animal a él

—Para transportarlo mejor —me explicó, aunque yo había visto eso en alguna peli y asentí—. ¿Ya se te ha pasado el susto?

—Algo.

—Pues coge de ahí y levanta. Que nos volvemos para casa.

Por fin.

El camino fue algo más largo que a la ida, porque nos habíamos alejado mucho con la tontería de las croquetas con alas y la discusión, y además, el cargar con un muerto (nunca mejor dicho) nos ralentizaba. Cuando llegamos había pasado ya la hora de comer y mi estómago rugía exigente. Gertie nos vio venir y llamó a Vánel.

—¿Qué os ha pasado? Si parece que venís de la guerra. Estáis empapados y... ¿Llevar así la camisa y el cinturón es la nueva moda, Beltane?

Beltane respondió con un gruñido.

—Revisale la espalda. Tiene una herida muy grande —aclaré yo.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado?

—No podías mantener la boca cerrada, no —protestó Beltane mientras Vánel le revisaba la espalda.

—¿Pero cómo te has hecho esto? Mel, has hecho bien en decírmelo. Este mendrugo se lo hubiera callado incluso si se estuviera desangrando. Ve al río a lavártelo para que te ponga un remedio. Pero antes ayúdame a meter esto en casa. Una buena pieza. Esta noche haremos una buena cena para despedirnos.

—¿Despedirnos? —se extrañó Beltane.

Vánel me miró.

—He visto la bandada de aves escapando hacia las montañas. Mañana habrá relente en la llanura.

## Capítulo 16

Vánel había extraído algunos trozos de carne de la pieza que habíamos cazado aquella tarde, los había aderezado con especias y los estaba asando al fuego. Aquella noche, al ser la última que pasaba con ellos, Gertie se me había pegado como una lapa, con la excusa de que no iba a poder hacerlo más. Me había cosido un adorno para el pelo algo más grueso que el primero que me hizo, que me tapaba las raíces rojas, las cuales ya asomaban casi cuatro dedos.

—Te voy a echar mucho de menos.

—Y yo a ti, cielo —respondí.

—¿Por qué no te quedas? Padre, ¿por qué no dejas que se quede?

—A callar, Gertie. Eso es decisión suya —contestó Vánel—, y ya ha dejado claro que debe irse y continuar con su vida.

La niña hizo un mohín y arrancó un mordisco a su trozo de carne.

—Mañana —continuó Vánel— iremos los tres al pueblo para despedirla, si os parece bien.

Tanto Beltane como Gertie asintieron.

—¿Qué vas a hacer cuando te dejemos allí, Mel? —preguntó Beltane.

—Pues... haré algunas compras y luego supongo que cogeré la carreta para que me lleve a otro pueblo —respondí.

—¿Vas a volver con tu novio? —quiso saber Gertie.

—Me gustaría, pero no creo que sea posible por ahora.

—¿Entonces qué vas a hacer?

—Buscar trabajo.

—¿Pero si es por eso te puedes quedar aquí! Si no es por volver con tu novio, ¿por qué quieres irte?

—¿Gertie! ¿Qué te he dicho de ese tipo de preguntas? —la regañó Vánel.

—¿Pero es que es verdad, padre! Mel, ¿es que no nos quieres?

—Sí, Ricitos de Oro —respondí, acariciando sus bulecillos—. Y a ti en particular te quiero mucho. Pero debo irme y dejaros continuar con vuestra vida.

Hubo unos minutos de silencio que me resultaron algo incómodos, y que decidí romper en un intento de desviar la atención de mi inminente marcha.

—¿Cómo está tu herida, Beltane?

—Está bien. Ya te dije que no era nada.

—No ha sido nada porque ella te la cubrió para que no sangraras más, alelado —aclaró Vánel—. Mel, ya que mi hijo no lo ha hecho, yo te doy las gracias en su nombre.

Beltane hizo un gesto de desagrado.

—No ha sido nada —respondí—. Cualquiera hubiera hecho lo mismo.

—¿Dónde aprendiste a tratar heridas?

—En realidad no he aprendido. Mi novio es médico.

—Ah, eso explica muchas cosas. Vaya, vaya. Así que un novio médico. Una chica afortunada.

—Sí, lo soy. Tuve mucha suerte de conocerlo. Es el mejor médico que existe. Cuando he estado enferma o me ha pasado algo me ha cuidado muy bien. Me quiere mucho y siempre es muy cariñoso conmigo. Es gentil y bueno, y todo un caballero.

—Oh, venga ya —protestó Beltane.

—No es mentira.

—No puede existir alguien tan perfecto. Algún fallo tendrá.

—Pues probablemente sí, Beltane. Pero si los tiene, hace que nadie se de cuenta, lo que no se puede decir de ti.

—Porque yo soy natural y no tengo necesidad de esconder nada. Me muestro tal y como soy.

—Exacto. Te muestras como lo que eres.

“Un cretino”, pensé.

—Chicos, no os peleéis, por favor —interrumpió Vánel—. Que es la última noche. Vamos a intentar tener un recuerdo grato.

—Por mí no os preocupéis —contestó Beltane, levantándose—. Yo ya he terminado. Que disfrutéis la cena.

Entró en la casa, con evidentes señales de enfado. Vánel y Gertie se quedaron mirando extrañados como desaparecía dentro.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Vánel, volviendo la vista hacia mí.

—¿A qué te refieres?

—Lleva toda la tarde de un humor pésimo y no creo que sea por la herida. ¿Os ha pasado algo en el bosque?

Suspiré.

—De todo, Vánel. No nos llevamos bien.

—¿Por qué? —se interesó Gertie—. Beltane no es malo.

—Lo sé, Gertie. Pero tenemos caracteres demasiado diferentes y eso hace que choquemos constantemente.

—Quizá me equivoqué cuando quise que fuerais los dos solos a cazar —comentó Vánel, con la mirada fija en la hoguera—. Pensé que a él le serviría de algo tenerte como responsabilidad, y a ti como experiencia con el arco.

No quería ser indiscreta ni meterme en asuntos que no eran de mi incumbencia, pero Vánel tenía que saber de alguna manera que Beltane necesitaba conocer gente, y sobre todo tener contacto con chicas. Normal que cuando estaba empapada y con la ropa pegada al cuerpo me mirara los pechos de esa manera: probablemente no habría visto nunca un torso de mujer. Beltane necesitaba socializar y en ese bosque aislado de todo no lo iba a conseguir. Tenía que decírselo a Vánel, pero a ver cómo sacaba ese tema tan incómodo. Desde luego, delante de Gertie, no. Por eso me vino al pelo que en ese momento la niña bostezara.

—Vete a la cama, Gertie —sugirió Vánel.

—Quiero quedarme con ella —Me abrazó, mimosa.

—Enseguida subirá a la habitación contigo. Anda, adelántate.

—Vale —Volvió a bostezar, se levantó y, soñolienta, se metió en la casa.

En cuanto la vimos subir las escaleras, Vánel me miró.

—Ya puedes hablar con tranquilidad.

Suspiré.

—Beltane me pidió que no te lo contara para no decepcionarte.

—Ese es el problema de Beltane. Es demasiado buen hijo; se toma muy en serio su deber. Y no es orgulloso, no lo hace por buscar reconocimiento. Me gustaría que se permitiera a sí mismo fallar un poco más a menudo. Si no te importa, Melania, como padre de Beltane que soy, te pido que me cuentes qué os pasó. Si Beltane dijera algo, yo le diré que te obligué a contármelo.

—Tuvimos una pelea y se nos fue de las manos. Acabamos gritándonos y llamamos la atención de unos bichos negros que nos persiguieron, y nos tiramos al río para que no nos picaran. Beltane se chocó con unas piedras y así se hizo la herida, aunque yo no me di cuenta hasta bastante rato después. No quiso que le mirara la herida, tuvimos otra bronca... —Suspiré de nuevo.

—Entiendo.

—Vánel, yo... —Junté las manos—. Puff, no sé cómo decirte esto...

—Con tranquilidad. No me como a nadie.

—Beltane tiene que conocer gente. Chicas.

—¿Por qué lo dices? ¿Qué ha pasado?

—Que cuando salimos del agua y nos estábamos secando, teníamos toda la ropa pegada al cuerpo, y me miraba, pues como... como...

—Ya, ya. No sigas. Capto el mensaje —Suspiró—. Sabía que este día llegaría.

Lo miré, sin saber qué decir. No había lugar para pedir disculpas puesto que no era culpa mía, y tampoco sabía darle ningún consejo. Bajé la vista hacia el fuego y me sorprendió lo siguiente que Vánel me dijo:

—Supongo que le echarías una buena bronca, ¿no?

Volví a levantar la mirada y descubrí que Vánel me sonreía, divertido.

—Bueno, lo cierto es que... sí. Sí, le dije que era un cerdo y un idiota.

Vánel rompió a reír a carcajadas.

—¿Qué cruel! Ah, muchacha, lo que hubiera pagado por verlo. Lo cierto es que no esperaba que una chica de tu edad acabara conviviendo cinco meses con nosotros y que lo alterara en ese sentido. Como bien dices, ahora tendré que hacer que conozca más gente para que se adapte a lo que es la sociedad. Si al final se van a salir con la suya estos dos: nos iremos de aquí antes de lo previsto.

—¿Vais a dejar esto?

—Sí, pero no mañana. Demasiado precipitado; probablemente lo hagamos en el próxima relente, dentro de otros cuatro o seis meses. O en el siguiente... Veremos cómo se presentan las cosas. Pero sí, tendremos que recoger y hacer que estos dos vean mundo. Podrás cumplir la promesa que le hiciste a Gertie de llevarla a Pueblo Palacio.

Volví a suspirar.

—No creo que vuelva. Al menos de momento.

—Ahora, en serio. Ya no nos oyen. ¿Qué vas a hacer mañana cuando llegues al pueblo?

—Tengo que comprar algún periódico y enterarme de lo que ha pasado en Palacio durante todos estos meses. Necesito saberlo.

—Cinco meses es muy poco tiempo, muchacha. No creo que el rey haya dejado de buscarte. Deja pasar, como mínimo, un año.

Cielos, cinco meses más. Si medio año sin Westley se me había hecho durísimo, otro medio año más iba a ser todavía peor. Sentí que todo se me revolvía por dentro.

—Necesito saber qué ha sido de mi novio.

—No le ha pasado nada malo. El fuego me lo hubiera dicho. Sí, Melania, le he preguntado esta

noche, antes de asar la carne. Tu novio está bien. Y además, el fuego me ha dicho que no debes ir a buscarlo, que has de tener paciencia.

Asentí.

—¿Qué más harás mañana, aparte de comprar un periódico?

—Supongo que... buscaré trabajo en el pueblo, y si no, pues cogeré alguna carreta que me lleve a otro pueblo más lejos, para seguir buscando trabajo. Tengo que aguantar hasta que todo esto pase y Westley pueda venir a buscarme.

—¿Recuerdas lo que te dije en la fortaleza de los elfos el mes pasado?

—¿El qué exactamente?

—Que las puertas de esta casa siempre estarán abiertas para ti.

Moví la cabeza afirmativamente, muy despacio.

—Sigue en pie.

—Te lo agradezco de veras, Vánel, pero ya os he molestado demasiado.

—¿Otra vez? ¡Serás cenutria! Para molestar demasiado primero tendrías que haber molestado un poco. Y no lo has hecho.

—Le he alterado las hormonas a Beltane —reí.

—Nada que no se solucione con un buen baño frío en el río —rió también Vánel—. A ver si te vas a creer que es el primer hombre al que le pasa eso. ¡Qué narices! ¡Tú tienes novio y seguro que sabes cómo se hacen los niños!

—¡Oye! Que no me fijé en cómo estaba. Solamente que no dejaba de mirarme la delantera.

—Bueno, bueno. Que yo soy hombre y también he tenido su edad. Y mejor lo dejamos así, ¿eh?

—Sí, mejor. En la ignorancia está la felicidad.

—Y vete a la cama tú también. Mañana iremos al pueblo cuando hayamos acabado con el huerto. Te espera un día intenso y conviene que estés descansada.

Me levanté.

—Gracias por todo, Vánel. Por todo lo que has hecho por mí estos cinco meses... y sin conocerme de nada.

Sonrió.

—Ha sido un placer tenerte en mi pequeña familia todo este tiempo y haberte podido ayudar. Para cualquier cosa que necesites, ya sabes dónde estoy.

Asentí.

—Pero no te despidas de mí todavía —añadió—. Mañana ya lo haremos como debe ser. Vete a tu cama y descansa.

No dejé que me lo dijera dos veces. Entre en la casa, subí hasta la habitación, y en silencio y con cuidado para no despertar a Gertie, me puse el camisón que me regalaron los elfos y me acosté.



## Capítulo 17

Habíamos terminado ya con el huerto y dado un baño rápido. Gertie estaba tristona y me pidió una vez más que me quedara, a lo que tuve que negarme tristemente. Se me partía el corazón al ver a la niña tan alicaída; me daba mucha pena. Era tan alegre, vital y cariñosa que cuando estaba así de mustia el contraste era muy evidente y me contagiaba un poco la tristeza.

Y es que, en el fondo, no quería irme. Le había dado muchas vueltas al asunto y había llegado a esa conclusión. Aunque Beltane era un idiota, Gertie y Vánel me habían tratado siempre con respeto y con cariño. El recibimiento que Vánel me dio con el cuchillo había quedado ya muy atrás en mi memoria, y había llegado a entender por qué lo hizo y, por supuesto, perdonado de corazón. Se había portado muy bien conmigo a lo largo de aquellos cinco meses y me había demostrado ser una persona íntegra y de total confianza. Pero no podía hacer otra cosa. Aunque Vánel se empeñara en negarlo, había alterado sus tranquilas vidas, y había llegado el momento de marcharme. Buscaría trabajo en cualquier pueblo y me ganaría la vida, tal y como me había dicho Ángela que hiciera.

Extendí un trozo grande de tela sobre la cama y empecé a meter las pocas pertenencias que tenía: cuatro camisas, el camisón de los elfos, unas cuantas braguitas y el primer adorno para el pelo que me hizo Gertie. En cuanto lo tuve todo, até los extremos y ya tenía hecho mi hatillo. Pequeño y prácticamente vacío, al igual que mi vida. Porque yo apenas tenía nada. Ni en mi hatillo, ni en mi vida.

“No llores, no llores”, me repetía a mí misma. “Sabías que este día llegaría, y lo estabas esperando. Sé valiente”.

Cogí el hatillo y bajé las escaleras por última vez. Salí de la casa, donde me estaban esperando Vánel, Beltane y Gertie. Los tres llevaban bultos en las manos, y Vánel, además, una cesta de mimbre, que supuse llena de cosas, colgada de los hombros, a la espalda

—Mel —Vánel se acercó a mí—, esto es un regalo para ti. De parte nuestra, para que no nos olvides nunca.

Me tendió un arco y un carcaj lleno de flechas. El arco estaba recién tallado y tenía unas pequeñas filigranas a modo de dibujos. El carcaj también estaba nuevo y se notaba fuerte y resistente, al igual que el arco.

—Mu-muchas gracias —respondí, emocionada—. El arco es muy bonito y me servirá de mucho. Y también el carcaj y las flechas.

—Practica con el arco a diario para no perder la destreza. Y sigue haciendo ejercicio.

—Lo haré, Vánel.

—Pues entonces, si te parece, podemos irnos.

Nadie se movió, por lo que yo di el primer paso hacia delante y eso sirvió para que Vánel empezara también a caminar y Beltane y Gertie nos siguieran. Enseguida Vánel se puso en cabeza,

guiando la comitiva, seguido por mí, detrás iba la pequeña Gertie y por último iba Beltane. Vánel nos guió a través del bosque durante un trayecto que duró más o menos una hora, al cabo de la cual el bosque empezó a ser cada vez menos frondoso, hasta que los árboles desaparecieron y ante nosotros había un descampado desértico con bastantes hierbajos creciendo por doquier. El aire era frío y en el suelo se apreciaba algo de escarcha. Me encogí un poco y me abracé.

—La llanura —anunció Vánel—. Como ves, hay relente. En condiciones normales, el sol abrasaría a cualquier persona que se atreviera a aventurarse por aquí. Pero hoy y mañana son ocasiones para atravesarla sin riesgos.

Mientras la atravesábamos, me explicó que las bestias solían dirigirse a la llanura los últimos días de sus vidas para acabar ahí. Me señaló un lugar, alejado en el horizonte, donde, según él, estaban todos los cadáveres y esqueletos, así como las aves carroñeras. Las mismas aves que me estaban picoteando cuando él me encontró en la playa aquella tarde que se me hacía ya tan lejana. Ah, si no me hubiera encontrado. Qué distinto hubiera sido todo. Estaría muerta, sin duda. Si no por las aves, por alguna fiera, y si no, probablemente hubiera muerto de hambre o sed, perdida en mitad de la selva. Las malditas tretas de los dioses y del destino: primero usaron a Westley para que yo siguiera viviendo, y después a Vánel. Pero ya había sido suficiente; había llegado el momento en que tocaba que me valiese por mí misma.

El camino a través de la llanura no fue todo recto. Bordeamos pequeñas colinas y elevaciones hasta que, tras una de ellas, aparecieron las primeras casas del pueblo.

—Hemos llegado —anunció Vánel.

Entramos en el pueblo y enseguida empezamos a ver gente yendo y viniendo, gente con la que nos mezclamos. Llegamos a una plaza y nos detuvimos.

—Bueno, pues como no tenemos mucho tiempo, nos separamos aquí —anunció Vánel—. Gertie irá a las tiendas de las cosas que tanto os gustan a las chicas y Beltane a las suyas, ¿verdad?

Beltane y Gertie entregaron a Vánel los bultos que llevaban en las manos, y me miraron.

—Bueno, Mel, ha sido un placer conocerte —se despidió Beltane—. ¿Vas a intentar mejorar ese acento tuyo, pelirroja?

Negué con la cabeza, sonriendo.

—Perfecto. Porque no debes hacerlo. Hasta siempre.

Me dio un abrazo y se alejó de nosotros, perdiéndose entre la gente. Antes de desaparecer del todo, se volvió y se despidió definitivamente con la mano, gesto que le devolví.

—Mel... —sollozó Gertie, con los ojos llorosos.

—No, Ricitos de Oro. No llores.

—No quiero que te vayas.

—Nos volveremos a ver. Antes de lo que piensas. Ya lo verás.

Me abrazó cariñosamente.

—Te quiero mucho y nunca te voy a olvidar.

—Dentro de nada nos estaremos abrazando de nuevo.

—Y te traerás a tu novio para que lo conozcamos. Yo tengo ganas de ver cómo es.

—Y lo verás. Te lo garantizo.

—Anda, Gertie —interrumpió Vánel—, vete a comprar las telas y las cosas que querías o te cerrarán las tiendas. Recuerda: cuando se enciendan las luces, aquí.

La niña asintió con la cabeza, me apretó fuerte entre sus brazos y me dio un último beso en la mejilla.

—No quiero decirte adiós.

—Pues no me lo digas. Porque no es un adiós, sino un hasta luego. Gracias por todos tus regalos, Ricitos de Oro. Sigue cosiendo así de bien como lo haces, y cuando seas mayor, te prometo que sabré encontrarte un buen trabajo en la sastrería de Pueblo Palacio. Este tipo de costuras y de cositas son las que le gustan a la princesa.

La niña movió afirmativamente la cabeza, se apartó de mí y, despacito, se fue alejando de nosotros. Finalmente, se dio la vuelta y echó a correr por una calle.

—Pobrecilla... —murmuré.

—Esta noche la miraré un poco para que se le pase. Bueno, Mel, pues tú dirás: ¿a dónde vas a ir?

—A comprar un periódico.

—Pues acompáñame. La prensa se vende en la imprenta. Si no te importa, de camino voy a parar en algunas tiendas a vender esto, ¿de acuerdo?

Callejamos durante unos cuantos minutos, Vánel entró en algunos locales, donde vendió lo que llevaba en la cesta de mimbre y en los bultos: hierbas, algunas cosas que le había visto hacer al fuego y que no pregunté qué eran, algo de carne sazónada para la conservación, unos cuantos frutos de la selva... Toda la mercancía fue recibida con agrado y muy bien pagada, por lo que pude ver. Cuando Vánel se hubo quitado todo lo que llevaba encima, seguimos caminando y llegamos a la calle de la imprenta. Todos los pueblos tenían una imprenta, que le daba nombre a la calle. En Pueblo Palacio había una, en el otro pueblo donde estuve también la había, al igual que en el que me encontraba. Las calles de los pueblos solían ser llamadas así: calle de la imprenta, calle de la panadería, calle del horno, calle de la zapatería, calle de la librería... me parecía muy curioso aquello.

—Póngame el periódico de hoy, por favor —pidió Vánel, tendiéndole una moneda al impresor.

—Yo tengo dinero, puedo pagarlo... —aclaré.

—Pues te lo guardas. Nunca se sabe si lo puedes necesitar más adelante.

Con el periódico en la mano, Vánel me indicó un pequeño banco de piedra en la calle, sobre el que nos sentamos. Me dio el diario y me dijo que lo abriera.

—Es... bastante fino.

—Es lo normal. Este es un pueblo muy alejado de todo, está en el límite del reino humano. Pasan pocas cosas y las noticias de otros lados llegan de manera muy escasa. Pero léelo, puede que encuentres algo de lo que buscas.

En efecto, comprobé con mis propios ojos que tenía una pequeña parte dedicada a las noticias de las hadas, cuyos dominios empezaban no muy lejos, y en la parte de noticias venidas de otros lugares del reino humano mi corazón se disparó. Ahí estaba lo que buscaba.

#### CONTINÚA LA BÚSQUEDA DE LA PRINCESA DESAPARECIDA

El rey Basileo ordena a todos y cada uno de los ciudadanos mantener los ojos bien abiertos ante la repentina desaparición de la princesa Melania, declarada traidora y posteriormente huída. Se estima que pudiera estar en cualquier lugar del reino, y nuestro monarca ofrece la generosa cantidad de 50.000 monedas a quien proporcione indicaciones verídicas que sirvan para localizarla. Asimismo se advierte desde la Casa

Real que cualquier persona que ocultara pista de la princesa o de su posible paradero será juzgada por alta traición.

Se trata de una muchacha de unos 20-21 años, venida de los Continentes, con el pelo rojo oscuro, ojos verdes, un poco rolliza y de estatura media. En el dedo anular izquierdo lleva el distintivo con su símbolo, la estrella, que se activa ante la magia. Responde al nombre de Melania Martínez Muñoz. Ha sido declarada traidora al rey y se estima que pudiera llegar a ser peligrosa debido a sus continuos arranques psicóticos.

—Dios mío.

—Eh, eh. Tranquilízate. Eso ya lo sabías.

—Pero... pero... ¿Peligrosa yo? ¿Arranques psicóticos?

—Tiene que meter miedo a la población para que te entreguen.

—Si en mi vida he hecho daño a nadie...

—Al rey daño puede que no, pero lo has fastidiado sobremanera.

—Cinco meses y sigue buscándome.

—Muchacha, eso te lo dije yo anoche.

—Tenía la esperanza de que te equivocarás.

—Por lo que me has contado, es un hombre bastante obstinado. Dale tiempo.

—50.000 monedas. Qué burrada. Pero si el reino está fatal de dinero. ¿De dónde va a sacarlo?

No, claro, de dónde va a ser. De los impuestos. Pobre gente.

—Cálmate, muchacha.

—50.000 monedas. Por darse el lujo de meterme en su cama. Una prostituta le saldría más barata.

—Pero él no se conforma con una prostituta cualquiera, como ves.

—No, claro. Me quiere a mí. Al menos ya sé lo que valgo para él.

—Te equivocas. Si ofrece esto, es porque vales más. Mucho más. Y cualquier ciudadano con un poco de cabeza sabría verlo y se negaría a entregarte. Escúchame bien. Dinero hay mucho en el reino. Y también en los reinos vecinos. Pero Melania Martínez Muñoz solo hay una. El rey lo sabe y por eso intenta tenerla a costa de lo que sea, y pagarla con dinero, porque de eso a él le sobra y sabe que a los ciudadanos les falta.

—No sé si lo mejor será que me entregue.

—Ni se te ocurra. ¿Es que no has entendido nada de lo que te he dicho? Eres lo único que el rey quiere y no puede tener. Si te entregas, su triunfo será completo. ¿Es eso lo que quieres?

—No. Pero no quiero que la gente esté atenta buscándome y me engañe para cobrar la recompensa. Westley me dijo que no me fiara de nadie.

—¿Y Westley estaría de acuerdo si le dijeras de entregarte?

—No.

—Entonces, ya somos dos los que te estamos diciendo que aguantes. Aguanta, muchacha. Debes hacerlo.

¿Pero entonces... qué? Oía la voz de Westley en mi cabeza diciendo que no se me ocurriera entregarme. También la de Ángela diciendo que no quería que yo me convirtiera en una esclava como ella. Y lo cierto era que, si me entregaba, todos los esfuerzos que habían hecho no habrían servido para nada. Por muy egoísta que me pareciera, Vánel tenía razón. No podía rendirme.

—¿Quieres que te acompañe al sitio de donde salen las carretas, o prefieres buscar trabajo

por aquí?

—Creo que me iré. Necesito alejarme lo más posible.

—Estás casi en las fronteras, Melania. Más allá te vas a encontrar con territorio neutral, y después de eso, faérico. Las hadas no dejan a los humanos vivir entre ellas —explicó Vanel, despacio.

—Me puedo quedar en los neutrales. Allí el rey no tiene poder.

—No, pero los pueblos que hay allí se autogestionan y tienen sus propios jefes y personas que se encargan de que sean lugar seguro. Son conscientes de que todos los maleantes que escapan de ir a la cárcel huyen para allá porque se creen a salvo, y si encuentran a alguien con una recompensa sobre su cabeza... probablemente no duden en entregarlo.

—Me volveré a teñir el pelo. A pintarlo, quiero decir.

—Eso no basta —Negó con la cabeza—, para entrar en un pueblo de territorio neutral necesitas una carta de identidad. Lo hacen así para controlar que no se les cuele ningún buscado. ¿Cómo vas a conseguirla? Dudo que te la den.

—Seguiré siendo Mel Bolsón.

—No creo que resulte, muchacha. Los inmigrantes no sois bienvenidos en casi ninguna parte. A una chica sola dudo que la crean en las oficinas de registro para pedir la carta de identidad, Y sin carta no puedes pasar a los pueblos neutrales.

Suspiré. No tenía ni idea de lo que iba a hacer.

—Pues... no sé. Seguiré buscando trabajo entonces. Me alejaré lo más posible.

—Bueno. Te acompañaré para que cojas una carreta y después iré a comprar algunas cosas y encargar otras para recoger mañana.

—¿Mañana?

—Los relentes duran dos días. A veces, incluso tres. Mañana volveré para recoger lo que encargue hoy, herramientas y telas, en su mayoría, y ya hasta el siguiente relente. Anda, vamos.

Nos levantamos y me llevó por unas cuantas calles hasta que llegamos a un edificio de piedra y madera en muy malas condiciones, en donde había algunas personas esperando.

—Has tenido suerte. Esta tarde habrá carreta, o eso parece.

Se acercó a una de las personas que llevaban aquel lugar, con la que estuvo hablando unos minutos, y luego volvió para informarme.

—Pues sí. Esta mañana salió una carreta de otro pueblo que está algo lejos, y la están esperando. Pasará por aquí y parará unos minutos para que se bajen unos y se suban otros. Ahí debes subirte tú. Te llevará uno o quizás dos pueblos más allá y terminará el viaje ya de noche. ¿Estás decidida?

No. No lo estaba en absoluto. Pero tenía que estarlo, así que asentí.

—En ese caso, muchacha, aquí nos despedimos.

Nos dimos un abrazo.

—Gracias, Vanel. Por tantas cosas. Por todo.

—Siempre serás bienvenida en mi casa. Cuando quieras y por el tiempo que quieras. Ya lo sabes.

—Si alguna vez lees en el periódico que la princesa Melania ya es reina... ve a visitarla, por favor.

Rió levemente.

—Lo haré. Te lo aseguro.

Nos separamos.

—Cuídate.

Volví a asentir.

—Hasta siempre, Vánel.

Y dicho esto, se alejó de mí y salió del edificio, dejándome con el resto de la gente. Casi toda, gente que parecía no tener muchos recursos económicos, a juzgar por sus pobres vestiduras. Mi pantalón, lleno de remiendos, no desentonaba tanto entre las ropas de esas gentes, pero aun así, estaba dispuesta a comprarme unos pantalones en condiciones tan pronto como pudiera. Al día siguiente sería una buena opción.

Me senté en un banco de madera, muy viejo y gastado, y algo apartado de donde estaba la gente esperando. Mientras llegaba la carreta me puse a darle vueltas a la cabeza: ahora que había llegado el momento en el que por fin era libre de nuevo, resultaba que no sabía qué hacer. Si el aviso del rey había llegado hasta ese pueblo tan alejadísimo, sin duda habría llegado hasta los demás pueblos. Probablemente no hubiera uno en el que los ciudadanos no estuvieran ya al loro de la princesa desaparecida y la jugosa cantidad que se ofrecía por ella. Con esa cantidad se podía comprar una casa de las grandes, y aún quedaría una buena parte. Era una pasada.

Vánel tenía razón. Si el rey ofrecía esa cantidad era porque le urgía encontrarme y tenerme bien controlada, a ser posible a cuatro patas en su cama para humillarme bien y hundirme psicológicamente. Y no. No podía darle ese gustazo. Tenía que aguantar.

—Me llamo Mel Bolsón —susurré—. Mel Bolsón. Tengo el pelo negro y ya no estoy tan gorda. Sé tirar con el arco.

¿Sería suficiente eso para que la gente no pudiera confundirme con la princesa desaparecida? Me llevé la mano al adorno del pelo que me hizo Gertie y comprobé que seguía en su sitio. No se había movido, por lo que mis raíces rojas seguían tapadas.

Ay, Gertie, pequeñaja cabeza de chorlito. Tan alegre y jovial. Llena de energía y que no se callaba ni bajo el agua. Pero tan buena, tan cariñosa, amable y risueña...

Beltane, ese cretino idiota. Pero, a pesar de todo, lleno de buena voluntad y con un arraigado sentido del deber, de la responsabilidad y del honor. No había maldad alguna en él. Y cuando su padre le enseñara algunas cosillas sobre el género femenino, probablemente hasta fuera un buen chaval. Y no era feo; ese pelo ondulado y desordenado le daba bastante atractivo. Seguro que no tendría problemas para encontrar novia.

Y Vánel. Qué gran persona. No me conocía de nada y me había acogido bajo su techo; incluso me dejó compartir la habitación con su niña sin saber si yo era buena o mala. Cuánto me había enseñado y cuánto había aprendido en esos cinco meses. Me había cuidado como a una más de su familia, es más, me había cuidado mejor de lo que lo hacía mi propio padre. Incluso me había ofrecido seguir siendo parte de sus vidas durante más tiempo. Porque no los molestaba.

Gertie.

Beltane.

Vánel.

“No te vayas, por favor”

“Nunca cambies tu acento, pelirroja”

“Mi casa siempre estará abierta para ti”

Llegó la carreta. Levanté un poco la vista y observé cómo se bajaban algunas personas.

Gertie.

Beltane.

Vánel.

“Te quiero mucho, Mel”

“Me caes bien”

“Estaré aquí para lo que necesites”

La gente que estaba a mi alrededor se estaba subiendo a la carreta.

Gertie. Beltane. Vánel.

La carreta se fue.

Yo seguía en el viejo banco de madera.

## Capítulo 18

Oí como el reloj de alguna torre cercana daba la hora.

Al cabo del tiempo, oí como la volvía a dar.

Mi cabeza estaba totalmente en blanco. No sabía qué hacer. Ya no tenía claro lo que era correcto y lo que no. Lo único a lo que me ceñía, sin estar del todo segura de si era lo correcto, era a que no debía entregarme.

Apreté los brazos sobre mi hatillo, en el regazo. Lo que en él había era la única cosa que demostraba que los últimos meses no habían sido una ilusión mía. Había estado con gente que me había llegado a apreciar. Y a querer. Vánel había sido lo más parecido que había tenido a un padre. Me había tratado como a una igual. Como a uno de sus hijos. Del mismo modo que trataba a Beltane y a Gertie. Y ellos dos eran como unos hermanos para mí. Gertie me adoraba como a una hermana mayor; era el único ejemplo femenino que tenía en la casa. Y Beltane era un idiota, pero las peleas que había tenido con él no habían sido serias. Eran las típicas de la convivencia.

—Perdona, chica —Oí que decía una voz a mi lado—, pero vamos a cerrar ya. No van a venir más carretas. Debes irte.

—Claro. Disculpe.

Salí al exterior y me sorprendió comprobar que ya era noche cerrada. ¿Cuánto tiempo había pasado en ese maldito edificio? Mi tripa rugió, pidiendo algo de comer. Miré a mi alrededor y vi al hombrecillo que me dijo que saliera, que estaba cerrando con llave.

—Oiga, por favor. ¿Sabe de algún sitio para alojarse por aquí?

—Claro. Mira, en ese edificio, a la vuelta tienes un hostalillo. Y justo enfrente, tienes otro.

—Muchas gracias.

Me encaminé a paso ligero hacia donde me había dicho el hombre y no me costó nada dar con el lugar. Era un edificio pequeñito, pero en buenas condiciones. Tiré de la cuerda de la entrada, que hizo sonar una campana dentro.

Como en la clínica de Pueblo Palacio.

Todo me recordaba a él. Westley, cielos, cómo te echaba de menos.

Una mujer abrió la puerta, aunque mantenía echada una cadena que impedía que se abriera mucho.

—Buenas noches. Busco alojamiento.

—Aquí no queremos inmigrantes —espetó, y cerró la puerta bruscamente.

¿Qué? O sea, ¿qué? A mi cabeza le costó unos pocos segundos asimilar lo que acababa de suceder.

¿Que no admitían inmigrantes? ¿Pero qué mierda de lugar era ese?

Recordé que Vánel me había dicho que los inmigrantes no eran bienvenidos en casi ninguna parte. Hasta el momento no había tenido problemas, pero al parecer, era cuestión de tiempo que



me topara con alguien así.

—*Ojalá se te derrumbe el negocio, racista de mierda* —mascullé en español.

Crucé la calle y me dirigí al hostel de enfrente. Tiré de la cuerda para que sonara la campanilla y me aseguré de que tenía la cinta del pelo bien colocada, cubriéndome las raíces rojas. Carraspeé cuando me abrió una mujer. Al igual que la anterior, tenía la cadena de la puerta echada.

—Hola, buenas noches. Busco habitación para dormir esta noche.

La mujer me miró de arriba abajo.

—Se paga por adelantado.

—Por supuesto.

Cerró un poco, quitó la cadena y me abrió del todo.

—Pasa.

Entré y la señora cerró detrás de mí. Se acercó a un mostrador y sacó un libro en el que empezó a apuntar.

—¿Habitación individual?

—Sí, por favor.

—¿Cuántas noches?

—De momento, ésta.

Me miró, extrañada.

—Mañana me iré en la primera carreta.

—¿Nombre?

—Mel Bolsón.

—Son veintitrés monedas, por favor.

Pagué y la señora me dio una llave. Subí al primer piso por unas escaleras que crujían a cada uno de mis pasos. Encontré mi habitación, abrí y me metí en ella. Encendí el pequeño farolillo que había en la entrada y observé. Era pequeña y solamente contaba con una pequeña y vieja cama, una mesita de noche y un mueble con un par de cajones sobre el que había un aguamanil, una toalla y un espejo. Una habitación muy similar a las que había en los pueblos donde me estuve alojando cuando huí de Pueblo Palacio, antes de conocer a Vánel.

Mis tripas rugieron otra vez, pero yo no podía hacer nada. En noche cerrada no era bueno que una chica paseara sola, como me habían dicho Westley y Ángela muchas veces. Además, con ese horroroso anuncio en el periódico, sentía como si hubiera miles de personas ojo avizor, a ver si me encontraban, y yo llevara un cartel con luces de neón en la cabeza diciendo quién era. Gracias a los dioses que a ningún humano de los que había venido se le había ocurrido “importar” las cámaras de fotos, y eso era mi salvación: que nadie sabía exactamente cómo era; solamente contaban con una descripción física, la cual en esos momentos no se ajustaba demasiado a la realidad. Dioses, qué bien hizo Vánel en hacerme adelgazar un poco. Cuánto le debía.

Plan del día siguiente: comprar. Eso lo primero, indiscutible e impepinable. Necesitaba repasarme de nuevo las raíces del pelo de cara a cuando fuera al próximo pueblo. Además de otro pantalón sin tanto remiendo y unos zapatos algo más frescos, que permitieran que mis pies respiraran un poco y no me sudaran tanto.

Abrí mi hatillo. Cuatro camisas, más la que llevaba puesta, y ocho braguitas. ¿Sería suficiente? En cuanto encontrara trabajo, necesitaría una mañana para lavar mi ropa en el río o en alguna pileta con agua corriente. Quizás no fuera mala idea comprar un par más de cada. Y si encontrara alguna cosa que actuara a modo de sujetador, sería ideal.

Me quité la ropa y me puse el camisón. Dejé preparada la ropa que me pondría al día siguiente y me senté en la cama, apoyando mi espalda contra la pared.

Finalmente no me había ido. No había cogido la carreta. No había sido capaz. Pero, ¿por qué? Era lo que tenía que hacer. Aunque me costara. Tenía que hacerlo. Seguir aprendiendo, vivir como una ciudadana más. Estaba decidida a ello, y lo más costoso, que era despedirme, ya lo había hecho. Coger la carreta era lo más simple. ¿Qué era lo que había fallado? Bueno, fuera lo que fuera, había sido por un momento de debilidad. Al día siguiente no se repetiría.

Abrí el periódico y ojeé en busca de alguna noticia relevante. Casi todo eran cosas del pueblo y de algunos pueblos vecinos: apertura de algunos comercios nuevos, advertencias acerca de asaltantes de caminos, acuerdos entre dos pueblos para mejorar el camino de uno a otro... todo muy típico y normal. Sin embargo, cuando llegué a las noticias más “generales” volví a ver el maldito anuncio de la orden del rey para que todo el mundo me buscara, y me sentí mal. Pero no. No podía comerme de nuevo el tarro pensando en entregarme. Ya había decidido que no lo iba a hacer. Era la decisión más firme de todas, y si la incumplía, Westley se encargaría de romper mi juramento, o en caso contrario no me lo perdonaría jamás. Así que no, nada de entregarse. Ni hablar. Pasé la página y encontré más noticias generales: Desde Pueblo Palacio se pedían hombres que se alistaran para formar parte de los diferentes ejércitos del rey. Ofrecían alojamiento en el destino elegido, o lo más cerca posible si no hubiera espacio disponible, y se indicaba que era debido a la “gran demanda”. ¿Gran demanda? ¿De ejércitos? Eché cuentas: Sikes me dijo que no atacarían hasta dentro de unos dos o tres años. Había pasado solamente medio. El rey no podía necesitar tantas huestes para proteger Palacio a no ser que se le hubieran echado encima todos los pueblos. ¿Qué estaba pasando? Volví la página y me encontré con lo que podía ser una respuesta: en varios pueblos de zonas al azar, de los cuatro puntos cardinales, los ejércitos habían entrado casa por casa, sin ningún cuidado, registrándolo todo, buscando a... la princesa. Cielo santo. Un escalofrío me recorrió la espalda. El hijo de su puta madre estaba mandando ejércitos por todos los pueblos del reino para buscarme. La noticia hablaba de que se habían quemado varias casas de familias que no quisieron dejar entrar a las huestes del rey, y se habían llevado a gente sospechosa acusada de complicidad con una traidora.

Claro. Por eso el rey quería más ejércitos, más gente para registrarlo todo y ayudar a encontrarme. En la noticia se volvía a recordar que cualquier intento de ocultar a la princesa sería considerado alta traición, y que animaban a la gente del pueblo a estar alertas ante cualquier pista o indicio que pudiera conducir hacia donde estaba.

Ya no era solamente que el rey se estaba gastando un dinero (que hacía mucha falta) en buscarme por un maldito capricho suyo, es que estaba poniendo a los pueblos en mi contra y coaccionando a la gente para que me delataran y así acabar con esa cruzada. La inquisición, versión mundo de fantasía. Qué horror.

Seguí pasando páginas, pero el resto eran anuncios de comercios y cosas del pueblo. Menos mal, porque si me hubieran dado otra noticia como aquella, me hubiera deprimido del todo y para siempre. De hecho, no sabía cómo iba a vivir con ello a partir de ese momento. Por mi culpa, montones de inocentes estaban pagando los platos rotos. Eché el periódico al suelo, apagué el farolillo, me cubrí con la sábana e intenté dormir.

Sin resultado.

## Capítulo 19

La luz empezó a filtrarse por la ventana y yo seguía con los ojos abiertos. No había conseguido pegar ojo en toda la noche. A medida que la luz se hacía más fuerte, yo me sentía más triste. Lo que estaba pasando me había quitado el sueño, literalmente.

Saqué los pies de la cama, me dirigí hacia el aguamanil y me lavé un poco la cara, el escote y los brazos. Me sequé y me vestí. Hice de nuevo mi hatillo, comprobando que no me dejaba nada, y salí de la habitación. Bajé a recepción, le entregué la llave a la señora y me fui de allí.

Al salir a la calle, mi vista se dirigió hacia el hostel de enfrente. No se me había olvidado que se habían negado a dar cobijo a una chica sino que preferían dejarla que pasara la noche sola y en la calle porque era inmigrante. Panda de racistas. Cuando me hiciera reina, se iban a enterar.

Callejeé un poco y encontré una panadería, donde compré varios panes y bollitos, puesto que tenía mucha hambre. En una tienda que decía vender productos de granja compré leche, y con ello, me senté en un parquecito por el que apenas pasaba gente, y desayuné. Con el estómago lleno me encontraba más contenta y pensaba mejor.

Tenía que irme de ese pueblo, sí o sí. Buscaría asilo en la zona neutral, y lo haría como Mel Bolsón. Si tenía que pedir una carta de identidad, lo haría. Tendrían que dármela. Si con el pelo negro me hacía pasar por ciudadana nacida aquí... puede que colara. Pero tenía que salir de los dominios del rey. No sabía si eso era lo mejor, pero sería lo más sensato y seguro.

O también podría regresar con Vánel y su familia.

Vánel regresaría al pueblo aquel día para recoger cosillas que encargó. Solamente tenía que buscarlo. Tan sencillo como eso. Y entonces volvería a estar aislada en el bosque, sin posibilidad de salir, entrenando sin descanso, trabajando en el huerto... con tres personas que entraban en el grupo de las mejores que había conocido jamás. O, bueno, dos de ellas.

Westley me dijo que tuviera cuidado, porque había mucha gente que se querría aprovechar de mi bondad y de mi inocencia. Había dado con una familia que era todo lo contrario a eso, que me ofrecía seguridad, protección y cariño. ¿Por qué narices me lo estaba pensando? ¿Qué me pasaba?

Me levanté y me dirigí a alguna tienda que vendiera ropa. Me costó, porque casi todas lo que vendían eran telas, de muchos tipos, colores y materiales, pero telas. Nada de ropa ya hecha. Sin embargo, tras mucho andar y patearme casi todo el pueblo, encontré en la Calle del Almacén algo que hacía honor a su nombre y que tenía lo que buscaba. Me compré un par de zapatillas que eran como de lona, y sin duda más frescas y más cómodas que las botas. Compré dos pares de pantalones, ya que iba a tirar el que tenía, todo roto y remendado, y no quería quedarme con solamente uno. Y con eso mi hatillo ya iba bastante abultado, de modo que decidí prescindir de más camisas y braguitas. Lavaría las que tenía y podría salir adelante con ellas. Estuve preguntando por alguna prenda para el pecho, pero lo único que se ponían las mujeres era el corsé o quizás un corpiño. Había uno que cubría toda la tripa y sujetaba desde abajo, pero no quise.

Esas cosas eran muy incómodas. En ese momento se me ocurrió una idea, y es que vi en un estante de restos un camisón muy fino y de una tela malilla, así costaba de barato. El camisón era de tirantes y se me ocurrió que, cortando la parte desde abajo, hasta debajo del pecho, y cruzándolo, podría apañarme como sujetador. Y si no, no era demasiado caro, de modo que lo compré también. Pregunté si tenían pintura para el pelo y, para mi desgracia, eso solamente lo traían por encargo y tardaba varios días, por lo que tuve que declinar el ofrecimiento de traérmelo que tuvo la dependienta.

Salí del almacén y me dirigí a la zona concurrida del pueblo. Aún tenía todos los panecillos y dos bollos, pero quería comer algo en condiciones. Pero eso sería cuando fuera un poco más tarde, puesto que todavía faltaba un poco para la hora de comer, propiamente dicha. A esas horas, estarían terminando con el huerto y a punto de meterse en el río a lavar la ropa y lavarse ellos. Y probablemente Gertie se estaría bañando con los hombres; no iban a dejar solita a la pobrecilla.

Caminando, caminando, llegué a la Calle de la Imprenta y compré el periódico del día. Lo guardé, puesto que no quería amargarme la mañana con vete tú a saber qué noticias; ya lo leería durante el viaje en carreta.

Tras el desayuno, el paseo y las compras, con la cabeza un poco más fría, había corroborado que lo correcto, lo que tenía que hacer, era lo que no había hecho el día anterior: largarme a terreno neutral. Y lo haría después de comer. Cuanto antes, para no tener que dudar más. Una vez lo hubiera hecho, ya no habría vuelta atrás y dejaría de comerme el tarro. Pero aún así, no estaba del todo satisfecha y segura. Intenté convencerme por enésima vez: eso era lo que tenía que hacer. Tenía que pensar más con la cabeza y menos con el corazón.

Me senté en el mismo banco de piedra en el que me había sentado con Vánel la tarde anterior. Estaba a la sombra y corría una brisita muy agradable. Cerré los ojos: era una brisa que traía olores del rocío de la mañana, sonidos de hojas cayendo a mi alrededor, de pájaros piando. El viento susurraba cerca de mí y me acariciaba de vez en cuando, incluso me traía algún oloroso pétalo que me relajaba. A Vánel le gustaba que hiciera ese ejercicio a diario, y lo cierto era que a mí también me gustaba. Apreté fuerte mi hatillo, para que no se me escapara, y seguí con los ojos cerrados, sintiendo, oliendo y escuchando la brisita matinal, hasta que me golpeó con fuerza y me hizo abrir los ojos. Sacudí la cabeza y miré un poco a mi alrededor. Gente que iba, gente que venía. Y, al otro lado de la plaza, Vánel entraba en una tienda.

Vánel.

Ni siquiera lo pensé. Actué tal vez por impulso, tal vez obedeciendo a algún tipo de señal como la que me acababa de dar el viento, pero antes de que me diera cuenta, me había levantado y echado una carrera hacia la tienda, que resultó ser de comestibles. Me quedé en la puerta, esperando, mientras lo veía a través del escaparate sacar cosas de la misma cesta de mimbre del día anterior, y vender en la tienda. Según pasaban los minutos, mi corazón latía con fuerza y algo en mi interior me decía que ahora sí estaba haciendo lo correcto. Una pequeña, pequeñísima parte de mí me decía que dejara de molestar a la gente y me valiera por mí misma, pero esa parte era rápidamente aplastada y acallada por el resto, que era como si me aplaudiera por haber dado aquel paso. Observé cómo Vánel guardaba el dinero de lo que había vendido, se dirigía hacia la puerta y salía de la tienda. Allí estaba yo. Por supuesto, me vio y se quedó parado, muy sorprendido, mirándome como si fuera un fantasma.

Sonreí.

—¿Sigue en pie tu propuesta? —pregunté.

Vánel cerró la boca, hasta ahora entreabierta, y sonrió, diciéndome que sí con la cabeza. En

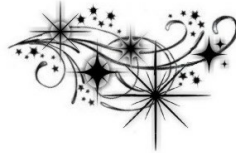
cuanto di el primer paso hacia él, abrió los brazos y nos fundimos en un fuerte abrazo.

—¿Por qué? —preguntó, con emoción en su voz.

—Por mil razones, Vánel. Por mil cosas que me arrastran junto a vosotros.

—Dime al menos una de ellas.

—Que sois lo más parecido que he tenido nunca a una familia.



Estábamos sentados en un pequeño restaurante, donde habíamos pedido un refresco cada uno.

—Entonces, ¿estás segura?

—Sí.

—A partir de mañana, volveremos a estar aislados hasta el próximo relente.

—Lo sé.

—Y aun así, ¿quieres?

—Siempre y cuando a ti no te importe cargar con una atolondrada otra vez.

—Creo que en eso mi hija te gana.

Ambos reímos.

—¿Cómo está?

—Muy triste. Pero parece que tú estás dispuesta a arreglar eso.

Asentí, feliz.

—¿Todavía conservas el periódico de ayer? —preguntó.

—Sí, y también he comprado el de hoy, aunque no lo he leído.

—Déjame el de ayer.

Lo saqué del hatillo y se lo di. Buscó la página donde se anunciaba mi búsqueda y el precio que se pagaba por mí, y lo leyó detenidamente. Cuando acabó, me miró fijamente a los ojos.

—Voy a proponerte una locura.

—Me gustan las locuras —contesté, divertida.

—Antes has dicho que somos lo más parecido que has tenido a una familia.

—Sí.

—¿Qué te parece si nos convertimos en familia de verdad?

—¿Cómo?

—Te ofrezco mi apellido. Sé mi hija.

—¿Tu... hija?

—Adoptada. Como Beltane y Gertie.

—Pero... ¿eso se puede? Soy inmigrante, y apenas tenemos derechos. Ni siquiera nos podemos casar.

—Los inmigrantes venís ya con edad suficiente para vivir por vuestra cuenta. No necesitáis ser adoptados y por eso no creo que haya alguna ley que lo prohíba.

Me quedé sin palabras. No esperaba esa propuesta por parte de Vánel, y ciertamente, no sabía qué contestarle.

—Vamos a ver, Melania. Te ofrezco mi apellido y el seno de una familia. Pasarías a ser una De Fanelia, no una invitada ni una extraña ajena a nosotros. Cuando nos vayamos definitivamente

del bosque a vivir a algún pueblo, podré presentarte como hija mía. Nadie sospechará de ti ni se imaginará quién eres porque a todos los efectos serás mi hija y tendrás mi apellido. El rey busca a una chica sola, no a una integrada en una familia y que forma parte de esta.

—Mira la siguiente página, Vánel. Están invadiendo y quemando casas, y arrojando familias acusadas de complicidad. No quiero meterte en un lío.

Vánel pasó la página del periódico y leyó el artículo con atención. Cuando terminó, dobló el diario y lo dejó sobre la mesa.

—Mi oferta sigue en pie.

—¿Seguro?

—Completamente.

—Bueno, yo... Eh, no sé si será un problema... Cuando me despedí de mi novio intercambié los votos con él. No sé si eso y la adopción son compatibles.

—Lo de los votos solo cuenta ante los dioses. Es una ceremonia que tiene más de unión espiritual porque, como sabrás, no tiene valor legal. Lo que te ofrezco tiene únicamente valor legal. Y el sentimental que tú quieras darle, por supuesto. Por nuestra parte, sabes que te queremos y te apreciamos. Los tres.

Me quedé callada.

—Muchacha, sea lo que sea, decídette ya. Que donde se registran ese tipo de inscripciones cierra dentro de poco, y tenemos que hacerlo hoy. Pero no te sientas obligada. Entiendo que te ha pillado por sorpresa y que necesitas tiempo. Si dices que no, no habrá ningún problema. También piensa que eres mayor de edad y si te arrepientes, bastará con seguir usando tu antiguo apellido. No estás obligada a nada.

—Ay, Vánel... es que es tan repentino...

—Venga, muchacha. ¿Qué temes? ¿Qué puede pasarte? ¿No dices que somos lo más parecido que has tenido a una familia? Conviértelo en realidad. En mi casa las obligaciones serán las mismas que ya conoces, solamente que ahora tendrás un padre, un hermano y una hermana. Te diría para que cuides y para que te cuiden, pero eso ya era así antes. ¡Ánimo! ¡Atrévete a dar ese paso en tu vida! ¿Qué puedes perder?

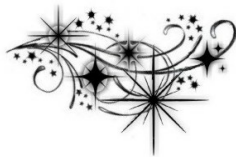
—Vale. Bien. Me has convencido. Acepto.

—¿Estás segura?

—Si me arrepiento, no estoy obligada a nada, ¿no?

—Absolutamente a nada.

—Pues venga, vamos a ello. ¿Qué hay que hacer?



—Mel de Fanelia —repetí, por enésima vez.

—Ya te dije que suena bonito.

—Suena a producto con denominación de origen —reí.

—Ahora es tu nombre.

—Sí, lo es.

—Y ahora será un poco más difícil que te encuentren porque nadie habrá visto a una chica de esas características vagando sola. Tienes una familia, y se puede demostrar.

—Gracias, Vánel.

—Vamos a darnos prisa. Quiero estar en casa pronto. Estos dos... tus hermanos —Sonrió, y sonreí yo también—, estarán esperándome y preguntándose por qué me retraso.

—¿Crees que a Beltane le gustará tener una nueva hermana?

—Cuando traje a Gertie no le gustó, y mira ahora cómo la quiere. No te preocupes. Se acostumbrará. No te lo tomes a mal si se pone a soltar improperios y a oponerse. Es su manera de hacerse a la idea.

—Es que no nos llevamos muy bien.

—Tendréis que aprender a soportaros, entonces. Ceder por ambas partes. No puede ser siempre el mismo quien se salga con la suya. Ahora sois hermanos y debéis hacerlo.

La llanura terminaba. Comencé a ver cada vez más árboles que daban comienzo al bosque que ya conocía. Nos habíamos retrasado un poco más de la cuenta porque, en cuanto firmamos el acta de adopción, fuimos a comprar algunas cosillas para celebrarlo con Beltane y Gertie esa tarde y noche. Vánel me prohibió gastar una sola de las monedas que tenía, diciendo que eso era mío y que él ahora era mi padre y mi manutención era su responsabilidad. Se le notaba feliz y contento con lo que habíamos hecho, y, para qué negarlo, yo también lo estaba. La idea me emocionaba. Mi padre siempre sería mi padre; yo llevaba sus genes y era el que me había engendrado, pero el poder tener a un hombre bueno e íntegro a quien poder llamar “padre” me gustaba mucho.

—Estamos ya muy cerca de la casa —me susurró, tras un buen rato de caminata por el bosque—. Quédate aquí y no hagas ruido. Vamos a darles una sorpresa, ¿eh?

Asentí, divertida. Me moría por ver la cara de Gertie. Porque la de Beltane no iba a ser tan agradable. Bah, peor para él. Quien se pica, ajos come.

—¡Gertie! ¿Cómo está hoy mi niña?

Me asomé un poco. Estaba sentada en el suelo delante de la casa y parecía algo mustia.

—Oh, venga, vamos, alegre esa cara. Todo tiene solución.

—Esto, no.

—¿Y tu hermano?

—Por ahí —Señaló hacia la parte trasera de la casa, donde Beltane solía entrenar.

—Voy a buscarlo, que tengo algo importante que deciros. No te muevas.

Me quedé mirando a la pequeña. Se la veía melancólica y tristonza. Tenía unos ramilletes de flores en las manos, pero no los engarzaba para hacer collares y adornitos, como era normal en ella, sino que los movía lentamente, como si no supiera qué hacer con ellos.

En un minuto volvió Vánel con Beltane. Le dijo a Gertie que se levantara y se aproximaron a la zona donde yo estaba escondida.

—Bueno, como sé que Gertie está muy solita ahora que se ha quedado sin compañía femenina, os comunico que desde hoy somos uno más en la familia.

Se quedaron unos segundos callados, mirándolo expectantes.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Beltane.

—Que he adoptado a una chica. Tenéis una nueva hermana.

Gertie abrió mucho la boca, de puro asombro, mientras Beltane protestaba:

—¿Qué? ¿Sin consultarnos antes?

—Lo he decidido hoy en el pueblo. No había tiempo de consultar.

—¿¿Has adoptado a una extraña?? ¿¿A una que no conoces de nada??

—Beltane, a mí no me mires así, y cuidado con ese gesto, que soy tu padre.  
—¿Y la vas a meter esta noche en la habitación con Gertie? ¿Y si pasa algo?  
—¿Va a dormir en la cama de Mel? —preguntó tímidamente Gertie.  
—Sí, hija.

La niña bajó la mirada, triste.

—¿Queréis que os presente a vuestra nueva hermana?  
—¡¡No!! —protestó Beltane—. Por mí puede irse por donde ha venido.  
—Beltane, te prohíbo que seas tan grosero.  
—¿Soy el único que tiene sentido común aquí o qué?  
—Tú sí quieres conocerla, ¿verdad, hija? —preguntó Vánel, mirando a Gertie.  
—Vale —respondió ésta, encogiéndose de hombros.

Vánel miró hacia donde yo estaba, y me hizo una seña para que saliera. Despacito, avancé hacia donde ellos estaban.

—¡¡Oh, Mel!! —gritó Gertie, cuya carita se había iluminado con una sonrisa, corriendo hacia mí. Me dio un abrazo tan fuerte que me tiró al suelo. La abracé yo también y noté que la niña estaba llorando.

—Cierra la boca, Beltane —sugirió Vánel— o te entrará un insecto.



**Quinta parte**

**Una familia**

## Capítulo 20

Tierras más allá de las fronteras del reino humano  
Año de gracia 28 de Basileo  
Mes tercero

Beltane evitaba a toda costa estar cerca de mí, y cada vez que yo le dirigía la palabra, aunque fuera con un simple “Buenos días, Beltane”, me respondía con un gruñido. Por un lado, me importaba poco o nada, porque lo consideraba un idiota, pero por otro lado, si, como parecía, éramos ya familia y no nos quedaba otra que tragar con lo que había, me dolía un poco (muy poco) que pasaran las semanas y no se bajara del burro.

—No te preocupes. Dale un poco más de tiempo —sugirió Vánel—. Se acostumbrará. No le queda más remedio. Si veo que pasa el tiempo y no cambia su actitud, hablaré con él. Pero no tienes que preocuparte. Aunque seáis diferentes, te aprecia. Lo conozco bien; no te odia. Su enfado es sobre todo porque no le pedimos opinión, y tampoco con Gertie lo hice; simplemente me presenté un día con ella.

—Cuando vivía en Palacio también me imponían cosas sin importar que yo estuviera o no de acuerdo. Tampoco me pedían opinión, y por desgracia puedo decirte que no siento muy bien.

—El día que te encontré en la playa tampoco se mostró muy de acuerdo en que metiera a una total desconocida en la habitación de Gertie. Ahí llevaba un poco más de razón que ahora, y sin embargo no protestó tanto. Es muy obstinado; cuando se le mete algo en la cabeza cuesta mucho sacárselo; ya lo verás. Pero no es mal chico.

—¿Pudiste hablar con él del tema ese que te comenté?

Me miró con una mezcla de sorpresa y diversión.

—¿Eso es cosa de hombres! ¿Qué te importa?

—¿Es mi hermano! —contesté riéndome.

—¿A que os mando otra vez de expedición al bosque? Para que aprendáis a soportaros o para que os matéis entre vosotros; a ver qué sucede antes.

—Oye, que yo tengo muy buena voluntad. El que está de morros es él.

Si Beltane hacía todo lo posible por hacerme ver que no estaba en absoluto de acuerdo con el nuevo cambio que había supuesto mi presencia en sus vidas, Gertie estaba encantada. La niña parecía flotar en una nube y aprovechaba cualquier oportunidad para abrazarme y demostrarme lo contenta que estaba.

—Siempre quise tener una hermana. Y cuando viniste, quería una hermana como tú. Ahora eres mi hermana de verdad y no nos vamos a separar nunca, nunca. Les he dado las gracias a los dioses muchas veces porque era lo que yo quería, que te quedaras para siempre conmigo. Y me lo han concedido.

—Porque eres una niña muy buena —le respondía yo—. ¿Y ahora qué les pides?

—Ir a Pueblo Palacio. Y cuando sea mayor, tener un novio bueno como el tuyo.

Gertie me había dejado caer varias veces que le gustaría conocer a mi novio, y eso hacía que echara mucho más de menos a Westley. Necesitaba saber si estaba bien, dónde estaba, cómo estaba. Vánel me repetía que el fuego le decía a menudo que no debía preocuparme por él, porque no le llegaban respuestas malas ni vagas cuando le preguntaba, sino que le llegaban señales de mucho amor. Deseaba que fuera cierto, pero mi razón se resistía a creer en esas cosas.

—Y, por cierto —observaba Vánel—. Deberías dejar de hablar de él como tu novio. Si hicisteis la ceremonia del intercambio de votos, es tu marido. A los ojos de los dioses, es un matrimonio, aunque a los ojos de los hombres no tenga valor legal.

Recordé que, poco antes de que me fuera, Westley ya se refería a mí como “su mujercita”. Dios mío, qué triste. Estaba casada y el tiempo con mi marido había sido de unos pocos minutos. Ni noche de bodas, ni luna de miel, ni nada de nada. Por no tener, ni siquiera tenía al lado al hombre con el que me había casado. Maldito fuera el rey, que había truncado todos mis sueños e ilusiones. Maldito, maldito.

—Eh, eh, eh, no te me vengas abajo. El tiempo pasa rápido y antes de que te des cuenta estaréis juntos de nuevo. Vamos, hija mía, no te me pongas a llorar. Sé lo que duele, lo sé por propia experiencia. Pero tienes que sobreponerte y continuar. No puedes dejarte consumir. ¡Mírame a mí! Yo perdí a mi mujer y a mi hijo el mismo día, me veía incapaz de seguir viviendo, y sin embargo, aquí estoy.

Me sequé una lágrima que había empezado a salir.

—Tengo ganas de conocer a tu Westley —continuó Vánel, con una sonrisa—. Ahora que tienes un padre, deberá presentarme sus respetos si se considera hombre de bien.

—Lo hará —musité—. Me dijo que quería conocer a mis padres biológicos para eso mismo que has dicho. En cuanto le hable de ti, querrá conocerte.

—¿En serio? Yo lo estaba diciendo por animarte, muchacha. Si estáis casados, no es necesario que me pida permiso. Pero si aun así quiere presentarme sus respetos, enhorabuena: tienes un marido de la vieja escuela. Un hombre de honor. Te diría que no lo dejes escapar, pero por lo que me has contado, solo va a tener ojos para ti. Esa costumbre de pedir permiso a los padres de ella está bastante arraigada, aunque por lo general, no se espera a tener consentimiento paterno para continuar con la relación.

—En nuestro caso, era algo difícil. Estaba preparando una carta para que yo se la entregara a mis padres cuando volviera de visita a mi mundo.

“Y, de hecho, nos metimos en la cama sin esperar consentimiento de nadie”, pensé. “Y bastante a menudo. Lo raro fue que no saliera embarazada”.

—Bueno, y cambiando de tema... hija mayor —Me miró con una sonrisa al pronunciar las dos últimas palabras—, te prometí que te llevaría a ver a los Grandes Magos; supongo que lo recordarás.

—Sí. ¿Cuándo iremos?

Al instante noté como hacía un gesto con la mano y me caía un montón de agua helada que me mojó toda la cabeza y los hombros.

—¿Qué te he dicho de esa impaciencia tuya?

—¡Pero... pero... si tú has sacado el tema!

—Contención y temple, muchacha. Eres demasiado confiada, no sabes ocultar nada.

—¿Y qué se supone que tengo que ocultar?

—Ahora no mucho porque estamos en familia. Pero en el próximo relente nos iremos y quieran los dioses que sepas ocultar bien quién eres.

—Entonces, definitivamente, ¿vamos a dejar esto?

—Sí. Estuve meditándolo mucho. Quiero que Gertie vaya al colegio y estudie lo básico. En este último viaje al pueblo he podido vender bastantes cosillas y hacer algunos encargos, y con eso he sacado un dinero con el que podrá hacer algunos ciclos escolares; con suerte, todos los que le quedan hasta la mayoría de edad. Se le da muy bien la costura y creo que podría dedicarse a ello en serio, pero para eso debería aprender algo más. Y también quiero que Beltane vea mundo... Ah, sí, y te voy a dar un consejo: tápate un poco cuando te bañes. Ponte algo más de ropa porque ya he sorprendido a Beltane mirándoos un par de veces desde la maleza.

—¿¿¿Qué??? Lo mato.

Vánel se echó a reír.

—No hagas que me arrepienta de habértelo dicho. Dile a Gertie que te haga un camisón como el suyo para bañarte.

—¿Pero qué se ha creído ese imbécil salido?

—Cuidado con tus palabras, que es mi hijo y tu hermano.

—¿Pero se cree que tiene derecho a espiarnos cuando nos bañamos? ¿La palabra “intimidad” tiene algún significado para él?

—No le digas ni una sola palabra. Si lo encontraras mirándoos, tienes todo el derecho, pero no se te ocurra decirle nada si no.

Me crucé de brazos y apoyé la espalda contra un árbol. Estaba claro: Beltane no había visto una mujer de cerca desde que Vánel lo adoptó con ocho años. Y de repente se había encontrado conviviendo con una de su edad y se le había abierto todo un mundo nuevo. Pues yo no estaba dispuesta a ejercer de maestra de ceremonias. Ni hablar. Ni a ser la musa responsable de sus primeras... eh, cositas que le sucedieran en la intimidad. Qué asco. Bastante tenía ya con mis propios problemas, como para añadir uno más.

En ese momento llegó el susodicho desde otra parte del bosque.

—Ya está la leñera llena.

Se sentó junto a nosotros sin decir nada. Quise decirle que se fuera a otra parte, pero Vánel fue más rápido que yo:

—Perfecto. ¿Y Gertie?

—Cosiendo no sé qué —contestó Beltane.

Desvié la vista hacia el bosque e intenté controlarme, porque quería soltarle mil improperios para que se fuera a espiar en el baño a su tatarabuela, pero no quería traicionar la confianza de Vánel.

—Beltane —anunció Vánel—, en el próximo relente nos iremos de aquí definitivamente.

—¿Y eso?

—Quiero que Gertie y tú veáis mundo.

—Toda la vida has dicho que no, ¿viene ésta y de repente nos vamos?

—Oye, tú, destronado niño de papá... —protesté.

—¿Qué tal si aprendes a hablar la lengua local en lugar de inventarte palabras?

—¿Qué tal si aprendes a no dejar tan en evidencia lo subnormal que eres?

—¡¡A callar los dos!! —bramó Vánel—. Ya está bien, por todos los fuegos. Os guste o no, a los dos os he adoptado. Tan hijo mío es Beltane —Me miró— como Mel —Miró a Beltane—. Ninguno es mejor que el otro. Así que dejad ya de comportaros como si tuvierais diez años.

Nos quedamos los tres callados. De vez en cuando notaba que Vánel o bien me miraba, o bien miraba a Beltane. En alguna ocasión miré a Beltane y lo sorprendí mirándome y retirando la mirada de inmediato. La tensión se podía cortar con un cuchillo.

—Está bien —se rindió Vánel—. ¿Qué os pasa? Y me refiero a los dos. Antes os llevabais de maravilla, pero ha sido adoptarla y que inmediatamente os queráis matar.

—Yo no tengo ningún problema —me apresuré a aclarar.

Beltane guardó silencio, hasta que Vánel le hizo intervenir:

—¿Beltane?

—¿Vas a adoptar a todas las personas que te vayas encontrando? Porque si es así, la casa se te va a quedar pequeña muy pronto.

—Beltane, preferiría que no hablaras tan despreocupadamente. No sabes nada de las circunstancias por las que la he adoptado.

—Pues explícamelas, porque no lo entiendo. Entiendo que actuaste de manera humanitaria cuando ella llegó porque no tenía otro lugar a donde ir. Y si he aguantado todos estos meses ha sido porque se iba a ir en el siguiente relente. Y me encuentro con que no solo no se va, sino que se ha convertido en mi hermana y voy a tener que aguantarla para siempre. Explícame por qué, padre. Ya la habíamos dejado en el pueblo para que siguiera con su vida. Además, no es una niña y no necesita ser adoptada.

—Él me lo propuso y yo acepté —entré yo.

—Toda esa historia del novio médico que te está buscando es mentira, ¿verdad? Vamos, confiesa que nos has estado engañando.

—Yo no he dicho que me estuviera buscando. Solo que vendrá a por mí.

—Ya veo como ha venido. La prisa que se ha dado.

—¿Te diste un golpe en la cabeza de pequeño o ya naciste gilipollas?

—¡Silencio! ¡Mel, no toleraré más insultos! —gritó Vánel—. Y tampoco por tu parte —Miró a Beltane.

—¿Yo? ¿Yo cuando he insultado? —se extrañó (diría que exageradamente) Beltane.

Vánel suspiró.

—Quiero que os llevéis bien. Beltane, no es bueno que una chica ande sola de pueblo en pueblo. Ya la intentaron atacar antes de que viniera aquí, y por eso le ofrecí mi ayuda y mi apellido. Ella aceptó y ahora es parte de la familia. Y no digas que he adoptado a una desconocida, porque hemos tenido varios meses para conocernos. Y agradéceselo, ya que si vamos a salir de aquí es porque ella me ha convencido. ¿No es eso lo que Gertie y tú queráis? Pues gracias a Mel va a ser posible.

Volvimos a guardar silencio unos minutos en los que clavé mi mirada en algún punto intermedio en el bosque y traté de relajarme. En un rato tocaría practicar con el arco y las flechas otra vez, y quería disfrutar de ese ratito de después de comer en el que podía estar tranquila. Por su parte, Beltane, aunque no decía nada, por su gesto no estaba nada conforme con la explicación de Vánel.

—Vais a ir los dos y a traerme hojaseles —pidió Vánel de repente.

—¿Hojaqué? —me extrañé.

—Será una broma —protestó Beltane.

—No es una broma. Vais a ir juntos, no os vais a separar en ningún momento, y vais a volver juntos.

—¿Otra vez me pones de niñera?

—Yo no necesito niñera —aclaré.

—Ni yo compañía —aclaró Beltane.

—A callar. Vais a ir a por hojaseles —Me miró—. Unas plantas que solamente crecen en la playa.

—¿Tengo que ir a la playa... con él? —me quejé.

—Vaya, por fin lo has entendido. Te ha costado —se burló Beltane.

—Cállate, subnormal.

—¿Vas a ponerte a llorar si no me callo?

—Tu madre te debió parir a pedos.

—¡Perra deslenguada! —Avanzó rápidamente hacia mí y me cogió de la parte delantera de la camisa —¡Te voy a...!

En ese momento ambos recibimos una buena ducha fría. Beltane me soltó y yo di un grito del susto. La que me había dado un rato antes solamente me mojó la cabeza y los hombros, pero la que acabábamos de recibir nos había empapado a ambos de pies a cabeza.

—Os debería dar vergüenza —se indignó Vánel, poniéndose en pie—. Vais a ir a la playa y me vais a traer hojaseles. Y mañana iréis de nuevo. Y así va a ser cada día, hasta que aprendáis a llevaros bien. Sois hermanos y no puede ser que estéis a cada momento peleándoos.

Me levanté y me acerqué a Vánel, enfadada.

—Ya bastante malo es que me hagas atravesar el bosque y la selva con él, pero que encima me hagas hacerlo en plan Miss Camiseta Mojada, después de todo lo que te he contado...

—Así aprenderás a contener la lengua. No suelo posicionarme, pero esta vez Beltane tenía razón: lo que has dicho no ha estado bien.

—¿Y lo que él ha dicho sí? ¿Y toda la mierda que salió de su boca cuando fuimos al bosque la otra vez? ¿Y el desprecio con el que me habla cuando menciona a mi novio? ¿Y que sabe que me hace daño y por eso insiste?

—Por eso precisamente os mando al bosque. Para que aprendáis de una vez a guardaros respeto.

Beltane se acercó a nosotros.

—¿Ya le estás llorando?

Me di la vuelta y lo miré furibunda. Detestaba a ese cretino idiota.

Vánel silbó.

—Si las miradas mataran, habrías fulminado a Beltane en menos de un segundo. Vamos. Coged cuchillos y bolsas, y os quiero de vuelta antes del anochecer.

## Capítulo 21

Íbamos por el bosque sin decirnos una palabra. Me intentaba mantener a una prudente distancia de él, pero ni detrás ni delante; siempre a un lado. De vez en cuando él volvía la cabeza, supongo que para asegurarse de que seguía ahí, pero el cabreo se nos notaba a los dos y pasábamos de dirigirnos una sola palabra, hasta que se cansó de tener que girar la cabeza para vigilarme.

—Ponte delante, no sea que te pierdas.

—Para que no me pierda. Ya. Tú lo que quieres es poder verme bien el culo.

—¿El culo? Más quisieras tú tener un culo que mereciera la pena mirar.

—Pues como, según tú, no lo tengo, no te daré el disgusto de tenérmelo que vigilar poniéndome delante de ti.

—Si no te abandono en mitad del bosque es por mi padre. Que lo sepas. No por ti.

—Si tanto te preocupa tu padre, que por cierto, ahora también es mi padre, deberías respetar su decisión de haberme adoptado.

—Te le pusiste a llorar y le diste lástima. Porque eso es lo único que sabes hacer: dar lástima.

—Prefiero dar lástima a dar asco como tú. Y te diré que estás muy equivocado: me adoptó porque me aprecia. Y Gertie también.

—Mira qué bien. Pues yo no puedo esperar para perderte de vista así que aligera. Mueve ese cuerpo gordo que tienes.

—Oye, tú. Sin faltar.

—Después de todo lo que me dijiste antes, me exiges que no te falte al respeto. Tiene pelotas el asunto. Joder con la niña.

—La niña es mayor que tú. Y, además, tu hermana.

—Adoptiva.

Seguimos caminando en silencio. Me gustaba tener a Gertie de hermanita, pero con Beltane el asunto cambiaba. No entendía qué rayos le había hecho para que me odiara tanto. El chaval era un cretino, en ese sentido no se podía pedir mucho más de él, pero parecía dispuesto a mantener una guerra constante. Era muy diferente de mis tres hermanos, los que estaban en mi mundo con mis padres. Esos tres hacían una piña para meterse conmigo y dejarme a la altura del betún. Habían heredado la mala leche de mi padre y el pasotismo de mi madre. Lo cierto era que no me importaba lo más mínimo si no los volvía a ver nunca. Y en eso andaba pensando cuando tropecé con una raíz sobresaliente en el suelo y me caí de morros. La tierra se me pegó a la ropa, todavía mojada, y también a la cara y las palmas de las manos. Me puse de rodillas y me empecé a sacudir.

—¿Necesita la niña que la lleven en carrito como a los bebés? ¡Ah, no! Que se me había olvidado que es mayor que yo. ¿Un bastón, mejor?

Me había raspado las palmas de las manos; me salía sangre y con toda la tierra, se me infectaría pronto. Necesitaba llegar al mar para lavarme. Me puse de pie con dificultad: me había golpeado ambas rodillas y me dolían. Di un paso y las piernas me temblaron, sosteniéndome con dificultad.

—Solo nos faltaba que te retrasaras más. A este paso no llegaremos antes de que anochezca —escupió Beltane.

—¡Ya vale, Beltane! —grité—. Me he hecho daño, ¿sabes? Lo mínimo era que me hubieras preguntado si estaba bien, pero ya veo que eso es mucho pedir para ti. Al menos, podrías tener el detalle de no seguir soltando mierda por ese agujero que tienes en la cara.

Me apoyé en el árbol y comencé a sacudirme la ropa.

—Perdona —murmuró Beltane—. ¿Estás bien?

Las palmas me escocían. Me las miré; tenían tierrecilla incrustada en las heridas.

—Tienes que lavarte eso —ordenó Beltane—. Anda, vamos. Aún nos queda un rato de camino. ¿Puedes andar?

Dije que sí con la cabeza.

—Pero despacio —contesté.

—Bien.

Al principio caminaba con dificultad y cojeaba. Pero, según fueron pasando los minutos, el dolor remitió y recuperé la manera normal de andar. Aunque, eso sí, tenía tierra por todas partes; hasta en el pelo. Beltane ahora iba junto a mí, sin decir una sola palabra, pero mirándome de vez en cuando. Seguimos caminando bastante rato a través del bosque y finalmente llegamos a la selva.

—¿Te sigue doliendo? —preguntó de repente.

—Casi nada.

—Cuando llegemos a la casa se lo diremos a padre y que te mire él, por si te hubieras hecho algo serio.

No se me pasó por alto que dijo “padre” y no “mi padre”.

—Vale.

—Tú le dijiste lo de mi herida, pues yo le diré esto.

—Beltane, era lo correcto. Te estaba saliendo mucha sangre.

—A ti también te está saliendo sangre de las manos.

Me las miré. Seguían llenas de tierra, se me habían hinchado, y la piel de alrededor de las heridas se había puesto colorada.

—No creo que me vaya a morir por esto.

—Me da igual. Se lo diremos.

Me encogí de hombros. Si se creía que con eso iba a fastidiarme, lo llevaba claro.

Cuando llegamos a la playa, los dos soles estaban ya liberando los que serían los últimos rayos. No nos quedaba mucho tiempo y posiblemente no llegáramos a la casa antes de que anoheciera.

—Lávate un poco mientras yo voy por las hojasoles. Y no te muevas de aquí, ¿lo has entendido?

Asentí y me metí en el agua. Me froté las palmas una contra la otra hasta que ya no noté que me raspaba la arenilla, y, tras eso, me lavé bien la cara y me mojé un poco las greñas, a ver si se iba toda la tierra que habían cogido en la caída. La ropa no tenía remedio: La lavaría en el río al día siguiente. Estaba sacudiéndola por enésima vez cuando regresó Beltane. Llevaba la bolsa de las



hierbas atada a la cintura, y bastante abultada, por lo que juzgué que tenía lo que Vánel nos había pedido.

—¿Estás ya? —preguntó.

—Sí. Más o menos.

—Si te hago una pregunta, ¿me dirás la verdad?

—A ver qué me vas a preguntar.

—No dejabas de decir que te querías ir. Te dejamos en el pueblo y estabas para irte.

Asentí.

—Tu padre... es decir, nuestro padre, me dijo que su casa siempre estaría abierta para mí todo el tiempo que yo lo necesitara. Me lo dijo muchas veces en el tiempo que estuve de invitada. Me lo volvió a repetir cuando nos despedimos. Simplemente acepté su propuesta. Lo que dijo antes no es mentira, Beltane. En el pueblo donde trabajaba estaba sola, y una panda de matones me atacó. Tuve la suerte de que un thesenhal me trajera hasta aquí. Pero tu padre... argh, nuestro padre, tiene razón. Lo mejor era que me quedara con vosotros.

—¿Y el novio ese don perfecto que tenías? ¿Era verdad todo eso?

—No lo llames así. Sí que tengo novio, Beltane, y vendrá a buscarme, pero no ahora. Tardará un tiempo y por eso tu... nuestro padre me ofreció quedarme con vosotros entretanto.

—Pero para eso no hacía falta que te adoptara.

—Tampoco hacía falta que te adoptara a ti, y lo hizo.

—Yo era un crío. No es lo mismo.

—¿Tan malo es que lo haya hecho, Beltane? ¿Tanta rabia te da?

—¿A mí? No. Bueno, si has terminado de lavarte, vámonos, hermana —puso énfasis en esa última palabra.

—¡Vaya! ¿Ya lo has aceptado, entonces?

—Qué remedio me queda. Pero recuerda, pelirroja, que aunque tú tengas un año más que yo, yo fui el primero en ser adoptado, por lo tanto, a todos los efectos, yo soy el mayor de los tres.

—Creo que las cosas no funcionan así, majete.

## Capítulo 22

Tierras más allá de las fronteras del reino humano  
Año de gracia 28 de Basileo  
Mes sexto

Habían pasado algunas semanas. Celebramos el cumpleaños de Beltane y de nuevo me preguntaron cuándo era el mío, a lo que yo respondí que rondaría alrededor del mes quinto o sexto, si nos poníamos puntillosos, pero que Westley lo había fijado en el mes primero. De cualquier manera, era una fecha que me ponía más melancólica que otra cosa, ya que, aunque no había día que Gertie no me demostrara lo mucho que me quería, con quien yo quería estar era con mi chico. Si en algún momento, en los últimos meses, había pensado que el tiempo me ayudaría a calmarme y a sobrellevar la situación, me había equivocado, y de largo. Me acostaba pensando en él, mi primer pensamiento de la mañana también era para él, y a lo largo del día siempre encontraba algo que me lo recordara. Necesitaba saber algo de él, pero me repetía a mí misma que no había manera. Tanta incertidumbre me carcomía por dentro.

Vánel lo notaba. Era muy perceptivo y sabía bien lo que me pasaba. Se ocupaba de llenar mi tiempo con diversas actividades para que no pensara tanto en Westley: aparte del huerto y de las labores de la casa, toda la tarde me tenía haciendo ejercicio y sudando como una gorrina. Unos días era en plan machaque, corriendo, saltando y sin apenas parar, y otros eran íntegramente dedicados al tiro con arco. Había mejorado un poco: el tensar el arco y apuntar lo hacía de manera casi mecánica, pero mi puntería era desastrosa. Jamás daba en el blanco que Vánel me proponía, jamás. Cuando más me acercaba, era cuando la flecha “solamente” quedaba a una mano abierta de distancia del objetivo. Vánel suspiraba y me ordenaba que siguiera porque en la práctica estaba el secreto y estaba seguro de que alguna vez lo tenía que conseguir.

En una ocasión me dio un palo de madera e intentó enseñarme algo de esgrima. Los resultados, ciertamente, no fueron mejores. Si hubiera sido una pelea de espadas, me habría matado docenas de veces... Perdí la cuenta de la cantidad de ocasiones que me daba en la mano o me hacía soltar mi “arma” de alguna manera, por no contar la de veces que la punta de su palo acababa en mi pecho. Ángela me dijo una vez que la esgrima se empieza a aprender en la infancia, y buena razón que tenía. Yo era torpe y mi estilo era el de un pato mareado.

Una tarde intentó que aprendiera a desplazarme de árbol en árbol usando las lianas, como Tarzán. Mientras la distancia fuera poca, todo marchó fenomenal, pero en cuanto tuve que usar una liana larga para llegar a un árbol a varios metros, la cosa se truncó. No cogí el suficiente impulso y no llegué, por lo que empecé a balancearme de un lado a otro como si fuera el péndulo de un reloj, hasta que me quedé colgando en vertical entre los dos árboles y abrazando la liana como si me fuera la vida en ello. Vánel a duras penas podía contener la risa. Por fortuna para mí, quedó

entre nosotros y de ese modo Beltane no pudo mofarse. Ya no nos llevábamos a matar, pero de vez en cuando nuestros caracteres chocaban, y discutíamos. Se las daba de hermano mayor y, a su parecer, eso le daba derecho a mandar y ordenar, y yo por ahí no pasaba: nadie volvería a decirme, insinuarme o imponerme el más mínimo detalle en mi vida. Si Vánel, que era mi nuevo padre, no lo hacía, Beltane desde luego que tampoco iba a hacerlo.

Cuando íbamos al bosque, lugar al que Vánel nos mandaba cada pocos días para evitar que desenterráramos el hacha de guerra, se portaba excesivamente sobreprotector conmigo. Vánel le había exigido que cuidara de que yo volviera de una pieza, y él no conocía otro modo de hacerlo que estar encima de mí todo el rato.

Y de ese modo, el tiempo fue pasando. Adelgacé, eso lo notamos Gertie y yo, pero ella fue la primera que me lo hizo ver y me arregló los pantalones para que no se cayeran. Me sorprendía muchísimo: tan pequeñaja y manejaba la aguja con una soltura que no había visto jamás. Me contó que fue Vánel quien la enseñó lo básico, pero que ella fue más allá, experimentó y practicó porque quería llevar cosas bonitas, y así empezó a superar lo que Vánel sabía.

—Cuando te cases te podré hacer un vestido de novia bien bonito —planeaba ilusionada—. Si quieres, claro.

Cuando me casara.

Estaba ya casada; aunque no tuviera valor legal, la ceremonia estaba hecha y, según tenía entendido, era un matrimonio. Pero yo no podía acostumbrarme a decir “mi marido”. Ni lo tenía conmigo, ni tenía un documento que lo acreditara, ni nada de nada. No me sentía una mujer casada. Intentaba mentalizarme, pero no lo conseguía. Miraba las estrellas por la ventana cada noche y rogaba a mis abuelos que cuidaran de Westley. Seguía notando su cariño cada vez que pensaba intensamente en ellos, y me gustaba. No quería que eso desapareciera. En una ocasión deseé poder percibir también algo así de Westley, y, como bien decía mi abuela... cuidado con lo que deseas. Porque una vez más, se cumplió.

Era noche cerrada. Todos nos habíamos acostado ya y la casa era silencio y tranquilidad, como todas las noches.

Dicen que todos soñamos, cada noche, sin excepción, pero que por lo general no nos acordamos de los sueños. Algo así me pasaba a mí: rara vez recordaba algo. De vez en cuando sí, pero cosas muy señaladas y puntuales. Como la que me sucedió aquella noche.

Desperté y me senté en la cama con el corazón a mil, sudando y temblando sin poderlo controlar. Notaba el corazón encogido y tenía la total seguridad de que algo malo le había pasado a Westley. Porque hacía unos segundos lo había sentido. Algo le había sucedido, y tenía el susto como si ese algo malo me estuviera pasando a mí también. Y había oído su voz en mi cabeza. Me llamaba. No, no era una pesadilla; era real. Westley estaba mal, en alguna parte, y me necesitaba.

Me quedé con la mano en el pecho intentando recuperar la normalidad, pero no podía. El eco de su llamada resonaba una y otra vez en mi cabeza, taladrándome el cerebro y llenando de angustia todo mi ser.

Westley. Mi Westley. Donde sea que estuviera, le había pasado algo muy malo. Tan malo que me había llamado. Y yo estaba... pues ahí, durmiendo plácidamente en la cama, mientras él...

—¿Mel? Mel, ¿estás bien?

Con la respiración entrecortada, volví la cabeza y aunque estaba oscuro, distinguí a Gertie a mi lado. Puso la mano sobre la mía.

—Estás temblando. ¿Has tenido una pesadilla? ¡Huy, qué fría estás!

Intenté poner en orden mis pensamientos. Si Westley me necesitaba, yo tenía que ir a

socorrerlo. Él no me abandonó ni un segundo cuando estuve enferma de neumonía, y se arriesgó mucho por mí cuando me atendió la espalda destrozada. Yo no podía dejarlo si me necesitaba. No. Tenía que irme. Tenía que estar junto a él.

—¿Mel? ¿Qué pasa, hija?

Era la voz de Vánel. Estaba de pie junto a Gertie.

—Está muy fría, padre, y no responde... Está muy rara...

Pasaron unos segundos y noté una torta en la mejilla. Después, otra más en la mejilla contraria. Luego, de nuevo en la primera. A la quinta o sexta torta, por unos instantes, saqué a Westley de mi cabeza.

—¡Ya! ¡Vale ya! —exigí.

—Bueno, ya has vuelto. ¿Todo bien?

Lo miré a los ojos, o a lo donde supuse que estaban, porque apenas se veía nada.

—Me tengo que ir, Vánel —repuse.

—¿Que te tienes que ir?

—¿A dónde? —añadió Gertie.

—Westley me necesita.

Hubo unos segundos de silencio.

—Bueno... vamos abajo y me lo cuentas —decidió Vánel—. Gertie, vuelve a la cama y sigue durmiendo.

—No irás a irte y a dejarnos, ¿verdad, Mel? —susurró Gertie con temor.

—Tranquila, hija —la tranquilizó Vánel—. Si no hay relente ya sabes que no podemos ir muy lejos. Vuelve a dormirte.

—¿Me prometes que no se irá?

Noté que Vánel se ponía frente a ella y le decía algo en voz baja, que no pude captar. Tras eso, la niña se metió en la cama, y Vánel me indicó que lo acompañara al comedor, en la planta de abajo. Una vez allí, nos sentamos y fue él quien empezó:

—Cuéntame. ¿Qué ha pasado? ¿Una pesadilla?

Aún estaba algo temblorosa y notaba la misma angustia. Me miré las manos y me agarré los dedos.

—No sé, Vánel, es... es que Westley me ha llamado.

—¿Qué te ha llamado? ¿Cómo?

—No lo sé. Pero algo le ha pasado; lo sé.

—¿Cómo estás tan segura?

Me llevé la mano al corazón.

—Simplemente lo sé.

Se me quedó mirando durante unos momentos, sin decir nada. Bajé de nuevo la vista hacia mis dedos. Finalmente fui yo la que habló.

—Tengo que ir con él.

—Hija, sabes que eso es imposible.

Levanté la vista y lo miré a los ojos.

—Tengo que hacerlo. Si me ha llamado es porque me necesita.

—No se puede salir de aquí si no hay relente. Ya lo sabes.

—¿Y qué pasaría si lo intentase?

Me miró sorprendido.

—No me digas que quieres hacer esa locura. Te tenía por una persona más cabal.

—Tengo que ir con él.

—Hija, entiendo tus sentimientos, créeme que sé bien lo que es estar enamorado. Pero no puedo permitirte que vayas a la llanura y te suicides.

—Tengo que...

—No —interrumpió—. Déjate de “tengo que hacerlo” y similares. Vamos a salir de aquí para ir a vivir a los pueblos. Pero será en el próximo relente. No antes.

—Él me necesita ahora.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Ir a morir a la llanura, como las fieras? ¿Crees que así vas a ayudarlo? Y en el totalmente improbable caso de que lo consiguieras, ¿cómo lo vas a hacer? ¿Si ni siquiera sabes dónde está!

Tenía razón. Toda la razón. Y yo lo sabía bien. Pero no podía ignorar la llamada de Westley. No podía quedarme quieta mientras él estaba a saber cómo. Y ahora sabía que él estaba mal.

—¿Y si lo intento ahora, por la noche? No pega tanto el calor.

—En la llanura pega el calor de día y de noche. Y te recuerdo que por la noche hay fieras buscando comida y no llegarías muy lejos.

—Vánel, de verdad que entiendo tu postura, pero entiende tú también la mía. Me ha llamado. Algo muy malo le ha pasado.

—Si has sentido esa llamada es porque tenéis un vínculo muy fuerte. Y sé cómo es, sé que es posible, porque yo también la sentí... una mañana.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Y no volviste a ver a tu mujer con vida.

—Ah, por todos los fuegos, qué fatalista eres.

—¿Es verdad o no?

—¿Siempre te tienes que poner en lo peor? Te lo he dicho mil veces: Energía positiva. Pensamientos alegres.

—Como si eso fuera a servirle de algo.

—Te servirá a ti. Ahora acompáñame.

—¿A la llanura?

—No. A la parte de atrás.

—¿No puedes usar la magia para provocar una helada?

—Si fuera un Gran Mago, sí, pero solamente soy un hechicero.

—¿Y para teletransportarnos al otro lado?

Me miró con una mezcla de extrañeza y diversión.

—¿Tele qué? No sé que es eso, pero diría que aquí esa palabra no existe. No hagas que opine como Beltane y diga que te inventas el lenguaje.

—Lo digo en serio. Desaparecer de aquí y aparecer allí. Eso es teletransportarse. ¿No puedes hacerlo con magia?

Negó con la cabeza, como resignado.

—Haré como si no hubiera oído esa estupidez.

Abrió la puerta de la entrada, con la magia encendió una antorcha y me indicó que lo siguiera hasta la parte de atrás de la casa. Allí invocó al fuego y encendió una hoguera. Iba descalza y las piedrecitas del suelo se me clavaban en las plantas de los pies, haciéndome daño. Cuando me senté en el suelo, me las sacudí.

—Vamos a ver, hija —comenzó—. Entiendo bien tus sentimientos. Sé que quieres estar con él, que necesitas estar con él, y que esa llamada que has sentido te ha enajenado. Lo entiendo mejor

de lo que crees porque pasé por eso mismo y lo recuerdo perfectamente. En mi juventud hice muchas tonterías y si hubiera tenido al lado a alguien que me indicara y me aconsejara, en lugar de seguir lo que me dictaba éste —Señaló su corazón—, quizá todo hubiera acabado de manera diferente. Pero tú no estás sola, y vas a tener más suerte de la que yo tuve. Porque lo digo yo. ¿Me sigues?

Asentí.

—Vamos a preguntarle al fuego —anunció.

Resoplé.

—Yo no creo en esas cosas, Vánel.

—Vamos a preguntarle por tu Westley y que nos diga cómo está.

—Preferiría ir a donde está y comprobarlo por mí misma.

—Deja de insistir en eso. Sabes bien que no es posible.

Era cierto. Lo sabía muy bien. Pero no me resignaba. No me reconocía a mí misma; la llamada de Westley me había trastocado entera. Me froté la cara con las manos.

—Lo siento, Vánel. Es que esto... es muy duro...

—Ya lo creo que lo es. Y por eso te estoy ayudando.

—Siento todo este show. Ni siquiera sé por qué me está pasando esto.

—Ya te lo dije: porque tenéis un vínculo muy fuerte.

Me notaba que comenzaba a entrar en razón. Seguía intranquila por la llamada de Westley y eso hacía que sintiera unas ganas irrefrenables de ir a su lado, pasara lo que pasara, pero poco a poco mi parte racional iba tomando posesión y me hacía sosegar un poco. Me sentía Gollum: dos partes de mí discutían y se enfrentaban entre ellas. Cerré los ojos y respiré hondo.

—Perdóname por todo esto, Vánel...

—No tengo nada que perdonar. Pasé por eso y te entiendo muy bien. Bueno, ¿lista para preguntarle al fuego?

Me encogí de hombros.

—Cierra los ojos, con la cara hacia las llamas, y relájate. ¿Notas que el calor te envuelve?

—Es lo que suele pasar cuando se está frente a una hoguera.

—Haz un esfuerzo para no tener tu mente tan cerrada, Melania. Intenta creer en lo que te estoy diciendo, aunque solo sea por unos minutos.

Asentí con la cabeza. No creía en nada de eso, pero si a él le hacía feliz, pues al menos, lo respetaría. Noté que se acercaba a mí, y cuando estuvo a mi lado, lo miré y vi esa bola de luz iluminando su mano. La misma bola que vi cuando me curó el pie en el bosque.

—Pon la mano aquí.

Vacilé.

—No te pasará nada. Es para abrir un canal de comunicación entre el fuego y tú.

No estaba muy segura, pero confiaba en Vánel. Si él decía que no me pasaría nada, pues creería en su palabra. Lo miré a los ojos y, despacio, puse mi mano sobre la suya. En cuando mi mano tocó la luz que emanaba de su mano, sentí un cosquilleo y algo raro dentro de mí. Parecido a la sensación de cuando se te taponan los oídos por la presión, pero en el cerebro entero. No era doloroso, simplemente era... raro.

—Cierra los ojos. Dirígete hacia el fuego y piensa en tu Westley.

Aquello no me resultó difícil en absoluto; de hecho, lo que me costaba era no pensar en él. Noté que el fuego me envolvía, pero no con calor, sino con poder, y me sentí transportada lejos, muy lejos. Mi mente volaba como si la hubieran metido en un cohete y la quisieran llevar a mucha,

muchísima distancia de donde estaba. No era para nada molesto ni desagradable: en todo momento sentí como si me mecieran.

Y en ese instante me di cuenta. Era Westley. Lo sentía muy cerca de mí, como cuando nos veíamos junto al montículo de piedras en el bosquecillo. No podía verlo, ni olerlo, pero notaba su presencia a mi lado. No quise abrir los ojos porque si era un sueño, no quería despertarme jamás.

—¿Westley?

—¿Melania? Melania, ¿eres tú?

Dioses. El corazón empezó a desbocárseme. La voz de Westley. Cuánto, cuantísimo tiempo sin escucharla...

—Westley, cariño...

—La fiebre me hace soñar contigo. Dioses, cómo quisiera tener más sueños como éste.

—No es un sueño.

—Mi princesita, lo estás haciendo muy bien. Tienes al rey completamente fuera de sí buscándote. Sigue escondiéndote como hasta ahora.

—¿Cómo estás, mi amor?

Hubo unos momentos de silencio.

—He estado mejor.

—Dime dónde estás. Intentaré sacarte de ahí.

—Princesita, te quiero tanto...

—Westley, dime dónde estás para poder ir a buscarte...

—Sí, preciosa. Iré a buscarte. Ten un poco de paciencia.

—Westley, escúchame...

—Nunca olvides que te amo con todo mi corazón, Melania. Ah, cómo quisiera acordarme de este sueño cuando despierte...

—Westley, ¿por qué tienes fiebre?

Me pareció sentir una suave risa. La risa de Westley, que, tras tantos meses sin oírla, me hizo estremecer.

—La vida en la cárcel no es fácil, corazón. Pero me conformo con soñar contigo de vez en cuando. Como ahora.

—¿En la cárcel? ¿Estás en la cárcel?

—Da igual en el rincón del mundo en el que me encuentre; nunca dejaré de amarte.

—Algún día el rey pagará por todo lo que nos ha hecho —Noté que los ojos se me llenaban de lágrimas.

—No quiero hablar del rey, mi amor. Quiero escuchar tu voz, ¡hace tanto que no la oigo! Ya que solo puedo hacerlo en sueños, que no sea hablando de él.

—Westley, esto no es un sueño. Te estoy hablando de verdad a través de la magia.

—Princesita, solamente tú podrías atreverte a decirle a un sueño que no es un sueño. Te amo, preciosa.

—Te echo mucho de menos. Dime dónde estás para que pueda ir a por ti.

—Mi princesita valiente. No, tú sigue escondida. Yo iré a por ti. Te prometí que te encontraría, y lo haré.

—No quiero que estés en una cárcel —sollocé—. No has hecho nada. No es sitio para ti.

—No estoy solo, corazón.

—Ya me imagino que estarás rodeado de maleantes.

—Vamos, princesita bonita. No te preocupes. Solo serán algunos moratones y quizás algún

hueso malparado. Nada grave. Tú estabas muchísimo peor aquella noche.

—¿¿¿Qué??? ¿Que tienes qué? ¿Qué te ha pasado?

—Y no adivinarías quién está aquí.

—Westley, por favor, dime dónde estás para que te saque de ahí...

—Te quiero, preciosa.

—Y yo a ti.

—Prométeme que te cuidarás mucho. Cuando vaya a buscarte, quiero encontrar a mi princesita como la dejé: entera y sana.

En ese momento noté que volvía a la realidad. Las lágrimas me corrían por la cara y noté que ya no tenía cogida la mano de Vánel, sino que me estaba abrazando y ofreciéndome su hombro. Rompí a llorar a lágrima viva.

—Shhh. Vamos, vamos, hija mía, ya está —me consoló Vánel.

—¡Está en la cárcel! —grité, entre sollozos, con la cara pegada al hombro de Vánel.

—Ya, ya. Era de esperar. Anda, llora un poquito, que salga todo, y luego me cuentas. Venga, hija. Mientras él viva, tenéis una posibilidad.

Dejé que las lágrimas me corrieran desatadas, sin pudor. Vánel no me soltó ni dejó de acariciarme el pelo mientras me susurraba cosas que mi cabeza no procesaba debido a mi llorera, pero que me reconfortaban. Noté una vez más que Vánel me apreciaba y que me quería. Como un padre. Como mi padre adoptivo en el que se había convertido. Me sentía protegida, a salvo y sin nada que temer. Él estaba ahí. Mi padre. Más padre en unos pocos meses que mi auténtico padre en diecisiete años. No solo no había dejado que cometiera una locura, sino que me había proporcionado un medio para que me tranquilizara. Lloré y lloré hasta dejarle el hombro y parte del pecho empapados. Vánel lo había conseguido. Había hecho que supiera de verdad qué había sido de Westley. Porque lo que acababa de vivir no había sido un sueño ni una ilusión: estaba total y absolutamente convencida de que era real. Y Westley estaba en una cárcel, por lo que parecía, rodeado de gentuza que le había proporcionado una buena paliza.

Finalmente dejé de llorar: se me acabaron las lágrimas, me fui calmando y en el bosque poco a poco el único sonido que se oía era el de los insectos nocturnos.

—Está vivo, hija mía. Ya te dije que no tenías que temer.

—Le han dado una paliza.

Me miró con perplejidad.

—¿Qué dices? Deja de atormentarte imaginándote cosas raras, hija.

—Me dijo que tenía fiebre, y moratones... y algo de unos huesos mal...

—¿Que te lo dijo? ¿Cómo?

—He hablado con él.

Me levantó la cabeza y me miró a los ojos.

—¿Pero qué dices, hija?

—Pero él creía que era un sueño.

Se quedó mirándome unos segundos, asombrado.

—¿No te has concentrado en el fuego como te dije? ¿Qué has hecho?

—Lo que me dijiste. Noté como que mi mente volaba, y luego, su presencia.

—En el nombre de todos los fuegos...

—¿Qué... qué pasa?

—Que es la primera vez en toda mi vida que veo algo así, Melania. Jamás había usado el fuego para algo que no fueran consejos o preguntas simples. Ni siquiera sabía que se podía hacer



algo como lo que me estás contando. ¿Estás segura, hija?

Asentí.

—He hablado con él. Y está mal, Vánel. Le han debido de dar una paliza. Me dijo lo que tenía, que estaba en la cárcel...

Nos quedamos callados.

—¿Y qué más te dijo? —preguntó finalmente.

—Que me quiere —cogí aire y lo solté despacio—. Muchísimo.

—En la vida había visto algo así... —murmuró.

—Vánel, tengo que ir a por él. Está en la cárcel y cualquier día pueden matarlo.

—Sabes perfectamente que no es posible, hija. No volvamos a empezar otra vez con lo mismo. No dejes que el amor te nuble la razón.

—Cuando salgamos de aquí, ¿me ayudarás a buscarlo y a rescatarlo?

—¿De la cárcel?

Moví la cabeza afirmativamente.

—¿En qué cárcel está?

—No lo sé.

—Melania, hay cientos de cárceles en este mundo. Puede que incluso miles. Y en el caso de que vayamos una por una, cada cárcel está llena de centinelas; lo que convierte cada una en una oportunidad para que te capturen. Y probablemente donde esté él tenga el doble o el triple de vigilancia. Pasarías a disposición del rey en cuestión de días. ¿Es eso lo que quieres?

—Tengo que hacerlo. No puedo dejar a Westley ahí.

—¿Y él querría que arriesgaras todo así? ¿Querría que tiraras por la borda todo el esfuerzo de estos últimos meses y fueras directa a las garras del rey?

Bajé la vista. Conocía la respuesta, y él lo sabía.

—Por no hablar de que el riesgo al que me conduces. A mí y a Beltane. No me malinterpretes, hija. Si supiéramos en qué cárcel exactamente está, yo mismo iría sin pensarlo a sacar a tu marido de ahí, sin vacilar. Si hay que arriesgar la vida, se arriesga, todo sea por ver a mi hija por fin feliz con su amor. Pero arriesgar la vida en cada cárcel que encontremos, sin saber si está o no, si merece la pena o no... es muy diferente, hija mía. No solo es mi vida: también es la de Beltane, porque no dudes que me querrá acompañar. Y si tengo que arriesgar mi vida y la de mi hijo, es por algo seguro, no por un "tal vez". Si muero, prefiero que sea devolviéndote a tu amor y no colándome en una cárcel para ver quién hay dentro. ¿Lo entiendes?

Me puse de rodillas y lo abracé.

—Sí. Lo entiendo, Vánel. Y perdóname por ser tan egoísta, tan caprichosa... lo siento muchísimo.

—Te perdono porque yo también he pasado por eso y sé lo que se siente.

—Gracias.

—Y porque si tu padre no te perdona, ¿quién lo hará?

Apreté mis brazos en torno a él.

—Creo que jamás podré agradecerte lo suficiente el gesto que tuviste conmigo al acogerme en tu familia.

—Ah, no digas tonterías.

Permanecimos un rato abrazados hasta que finalmente me soltó. Estaba amaneciendo; la luz empezaba a clarear el ambiente y la brisa de la mañana jugueteaba entre las hojas de los árboles, despertándolos de su letargo nocturno.

—Lávate un poco la cara y vete a la cama —ordenó mientras apagaba la hoguera.

—No merece la pena. En nada me tendré que levantar.

—Hoy estás exenta de tus obligaciones en el huerto y la casa. Descansa, que buena falta te hace. Por la tarde lava la ropa que tengas que lavar y prepárala, porque vamos a estar unos días fuera.

—¿Por qué? ¿A dónde vamos?

—A ver a los Grandes Magos —Me miró y sonrió—. Te lo debo desde hace un tiempo, y después de lo de antes, ya no tengo excusa para retrasarlo más. Quiero que me expliquen qué ha pasado y cómo es posible que hayas podido hablar con tu marido.

## Capítulo 23

Tuve un sueño intranquilo en donde escuchaba puñetazos, golpes propinados con instrumentos de madera y/o de acero, patadas, latigazos, y gritos, sobre todo gritos de dolor. En ningún momento apareció Westley en mis sueños, ni alguna palabra que hiciera referencia a él. Veía imágenes dispersas de celdas oscuras, sombrías, frías y húmedas, en donde los prisioneros estaban tirados en rincones, con restos de paja mugrienta, cadenas en manos y pies, y acompañados por ratas y todo tipo de insectos. No negaré que jamás en mi vida había visto una cárcel y que no sabía cómo era la vida en ellas, pero entre la cantidad de libros que habían pasado por mis manos y la experiencia en los calabozos de Palacio, mi imaginación iba más allá y me atormentaba con el posible aspecto que tendría el lugar donde estaría mi pobre Westley. De ahí que mi sueño fuera desasosegado e inquieto y que, cuando desperté, notaba que no había descansado en absoluto.

Fue un besito de Gertie lo que me despertó. La niña había subido, enviada por Vánel, para despertarme y que comiera con ellos, ya que me había pasado durmiendo toda la mañana.

—Vamos a comer dentro de poco. Padre me ha dicho que te despierte.

Sonreí.

—Gracias, Ricitos de Oro.

Me senté en la cama y al momento ella me dio un abrazo.

—Mel, yo no quiero que te vayas. ¿Es que ya no nos quieres?

—Claro que sí, Gertie. A ti te quiero mucho, pequeñita. Pero comprende que tengo en alguna parte un novio al que quiero más que a nadie y que lo echo mucho de menos.

—Padre ha dicho que pronto nos iremos todos de aquí. Los cuatro.

Asentí.

—Sí, y tú vas a ir al colegio. Vas a aprender mucho y convertirte en una mujercita a la que no le faltará el trabajo. Todas las chicas de Pueblo Palacio querrán trajes tuyos. Y yo estaré muy orgullosa de mi hermanita.

Gertie sonrió.

—Tienes que seguir contándome esa historia. Quiero saber cómo Luke rescata a la princesa Leia.

—Ah, ¿tan segura estás de que la va a rescatar?

—Claro. Y le ayudará Ben Kenobi, y luego se enamorarán y se casarán.

—¿Ben y Luke?

—¡No! Luke y Leia. Y Luke se convierte en príncipe.

Reí.

—No sé si te vas a llevar una decepción.

—¿Por qué? ¿No se casan?

—Digamos que tus predicciones no son del todo acertadas. Pero acaba todo bien. Eso te lo aseguro. Luego te cuento otro poco, ¿vale?

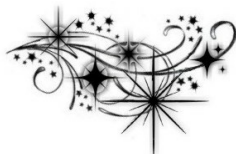
—Vale. ¿Vienes abajo a comer?

Me levanté de la cama y busqué mi camisa y mi pantalón.

—Me cambio y bajo.

—Te esperamos.

Gertie salió del cuarto y oí cómo bajaba las escaleras. Me levanté y cerré la puerta, por si acaso a Beltane le diera por espiarme, y me dispuse a ponerme un poco más presentable.



Íbamos caminando los cuatro por el bosque. Vánel guiaba y Beltane, Gertie y yo, cada uno con un pequeño hatillo, lo seguíamos.

Beltane y yo estábamos de morros otra vez. Y no era para menos: la tarde anterior, después de comer, salí a lavar mi ropa en el río, para que diera tiempo a que se secara y así poder echarla al pequeño equipaje. Pues bien, como me encontraba algo cansada, sudorosa y algo sucia, al terminar de lavar me quité la ropa, dejándome nada más que el sujetador improvisado y las braguitas, y me metí en el agua para relajarme un poco. Y estaba tan tranquilita cuando oí un ruido raro. Miré hacia el lugar del que provenía y algo se movió. Rápido salí del agua, me cubrí con una sábana gruesa y fui hacia allá. Y cuando estaba ya muy cerca, noté otro pequeño movimiento. Y ahí estaba: Beltane.

—¡Serás cerdo! —acusé.

—¿Qué? ¿Qué pasa? Solo estaba dando un paseo.

—Me estabas mirando.

—¿A ti? Más quisieras.

—¿Y ahora tratas de negarlo? Te he visto y te he oído desde el río, Beltane.

—Sería algún animal del bosque.

—Sabes perfectamente que me estabas mirando. Eres un perverso.

—No sé qué es un perverso.

—Tú eres un perverso. Me estabas espiando mientras me bañaba.

—Te estoy diciendo que solamente paseaba. ¡Por favor! ¿Te crees que todo el mundo suspira por verte desnuda?

—Al parecer, tú sí.

—El día que te encuentre con poca ropa, querré arrancarme los ojos. ¡Si estás blanca como un papel y no tienes más que grasa!

—Qué bien lo sabes, para no hacerme mirado nunca.

Se quedó callado y boquiabierto. Rápido aproveché la ocasión y di un paso hacia delante, hacia él.

—Lo sabía. ¡Lo sabía! ¿Vas a seguir negándolo?

—¿Te crees que el río es propiedad tuya o qué? El bosque es de todos y yo paseo por donde me da la gana. Si tú estás bañándote no es culpa mía.

—¿Sabes lo que significa la palabra “respeto”? Si ves a una chica bañándose en el río, lo mínimo es que te alejes, por consideración hacia ella. Y si es tu hermana, razón de más.

—Vuelvo a decirte que el río es tan tuyo como mío. ¿Por qué debo dejar el lugar donde estaba tan tranquilo? ¿Solo porque a ti te ha dado por despelotarte y meterte en el agua?

—¡Eres un baboso y un salido!

—Si no quieres que te vean desnuda, no te quites la ropa.

—¿Pero tú te oyes? ¡Primero niegas que me estuvieras espiando, y cuando ya no puedes negarlo más, haces como si la culpa fuera mía!

—¡Mía desde luego que no es!

En ese momento llegó Vánel.

—¿Pero qué pasa aquí? Se os oye gritar hasta en la casa. ¿Qué os pasa a vosotros dos?

—Éste —Señalé a Beltane— me estaba espiando mientras me bañaba.

—Mentira. Yo solo pasaba por ahí.

Vánel bajó la cabeza y empezó a frotarse los ojos con los dedos.

—Beltane, mira que te lo he dicho veces... —suspiró.

—¿Qué pasa? —protestó Beltane— ¡Ni que el río y el bosque fueran suyos!

—No entiende el significado de la palabra “respeto” —añadí—. Ni de la palabra “intimidad”.

—Si no quieres que nadie vea ese cuerpo seboso, blanquecino y enfermizo que tienes, lávate en tu cuarto con un cubo de agua.

Eso me superó y, enfurecida, estiré el brazo para darle un buen bofetón, pero él tenía buenos reflejos y atrapó mi mano al vuelo, apretándome la muñeca con fuerza.

—Cuidado, pelirroja, que yo también sé pegar, y te puedo hacer mucho daño.

Vánel intervino rápido y le hizo soltar mi mano.

—¿Te has vuelto loco? Beltane, a tus hermanas no las toques. ¿Me has entendido bien? Ni un pelo. A ninguna de las dos.

—¡Joder, ¿ella sí puede pegarme, pero yo a ella no?!

—No vayas a comparar una bofetada suya con lo que estabas amenazando con hacerle.

—Entiendo —Hizo un movimiento despectivo con los brazos—. La niña mimada, la favorita de la familia, ya sabemos quién es.

—Mel, ve a tu habitación y arréglate —ordenó Vánel, muy severo—. Beltane, tú y yo vamos a tener una charla muy seria.

Y así fue como sucedió. No sé de qué hablaron, solamente comprobé que en la cena Beltane no nos dirigió la palabra a ninguno de los tres. A la mañana siguiente, tras desayunar, y que Vánel hiciera solo algunas cosas en el huerto (No mucho, ya que íbamos a estar fuera varios días), partimos los cuatro hacia las montañas, a visitar a los Grandes Magos. Gertie iba alegre: a la niña le encantaban este tipo de salidas en familia, pero Beltane aún conservaba el cabreo de la tarde anterior. Yo, por mi parte, esperaba una disculpa si quería que le volviera a hablar, aunque sabía que esa disculpa nunca se iba a producir. Y tampoco iba a tomar la iniciativa para hacerle ver que era lo que tenía que hacer. ¿Para qué? El chaval carecía de sentido común. No lo culpaba: si llevaba doce años viviendo apartado de todo y de todos, no había tenido oportunidad de conocer gente ni de socializar. Vánel no lo retuvo con mala intención, simplemente se equivocó, pero pensaba poner solución al asunto. De cualquier modo, aunque Beltane no tuviera la culpa de ser tan inadaptado socialmente, eso no le daba carta blanca para que hiciera lo que le diera la gana. Y yo esperaba que se diera cuenta de que había metido la pata conmigo.

Me gustaba caminar por el bosque. Me gustaba hacerlo a solas, porque me relajaba mucho y

hacía que me olvidara de mis problemas, pero la parte mala era que no podía alejarme mucho, ya que corría el riesgo de perderme. En cambio, si iba acompañada, disfrutaba de cada rincón, de cada árbol, especialmente de aquellos que no crecían en mi mundo: los había con troncos negros en los que la hiedra se enredaba y como resultado daba un contraste de colores fascinante. También otros verduzcos en los que crecía un musgo de color azul brillante, que Vánel me explicó que era muy bueno para las quemaduras. De algunos brotaba una savia dorada, según Vánel, muy útil para el dolor de muelas, y otros tenían hojas rosas, de un tono rosa pantera, solamente en sus ramas más altas. Vánel me contó una vez que, si encuentras una hoja rosa en el suelo, puedes pedir un deseo a la diosa y te lo concederá, pero que era muy raro, porque por lo general, caían ya marchitas y en tonos violáceos. Conocía también unas plantas que me había mostrado Vánel, con forma de lo que me pareció el fruto del amor entre una seta del Super Mario y la boca de la verdad, que eran precisamente eso, una boca, a la cual no debía acercarme porque si la tocaba me quedaría pegada y poco a poco me engulliría. Y para demostrármelo, puso una pequeña ramita en una de las bocas, con lo que comprobé que era cierto: en cuestión de minutos la planta la había devorado.

Caminamos mucho rato y el calor pegaba ya fuerte cuando llegamos a nuestro destino. Era mediodía, la hora de comer, y al menos yo estaba algo cansada de la caminata. Vánel nos señaló un pequeño valle en el que había tres casitas de piedra gris-negrucza, bastante separadas unas de otras. Cada casita contaba con dos plantas, como la de Vánel, y de las tres salía humo de sus respectivas chimeneas.

—Parece que están todos en casa —observó Vánel—. Mejor, así será un encuentro aún más feliz. Vamos, acompañadme.

Gertie me miró con ilusión e impaciencia, y con una gran sonrisa en su cara. Le devolví la sonrisa y seguimos a Vánel hacia la primera de las casitas.

## Capítulo 24

Solamente pasaron unos segundos desde que Vánel llamó a la puerta de una de las casitas hasta que se abrió. Quien lo hizo era un hombre que debía de rondar los cincuenta años, con el pelo gris y una pequeña barba, similar a la de Vánel, también gris. Vestía una camisa por fuera de los pantalones, de las camisas que solamente se abren por arriba y se atan con un pequeño cordel, y la llevaba sin abrochar, por lo que se le veía parte del pecho. A juzgar por su ropa y su cara de sorpresa, no esperaba visita.

—¡Vánel! Viejo diablo, ¡qué sorpresa! ¡Pero avísame! ¡Mándame algo en el viento, en el fuego, en lo que sea! ¡Mira qué fachas traigo, por favor!

—Ah, venga, en el nombre de todos los fuegos. Qué fachas ni qué fachas; este es tu estado natural y lo sabes tan bien como yo —rió Vánel.

—No sabes cómo me alegro de verte... —En ese momento sus ojos se fijaron en nosotros, que nos habíamos quedado a una prudente distancia de la puerta—. ¡Pero si te has traído a tu tropa! ¡Chavales, no os quedéis ahí, por favor! ¡Pasad! Perdonad el desorden. Para otra vez, decidle a vuestro padre que avise y tendré la casa un poco más decente.

En unos rápidos movimientos despejó la mesa de libros, cuencos y demás cosas que había.

—¡Sentaos! Sentaos, por favor. Beltane, chaval, cuánto tiempo. ¡Por todos los vientos! ¡Si eres más alto que yo!

—Y a este paso, pronto será más alto que yo también —rió Vánel.

—¿Pero quién te ha dado permiso para crecer tanto?

Beltane se encogió de hombros, divertido, y avanzó hacia la mesa, dejándonos a la vista a Gertie y a mí.

—¿Pero tú eres la pequeñaja? ¡La última vez me llegabas a la cintura! ¿Qué les das a estos de desayunar, Vánel?

—Pues lo de siempre, ya sabes que yo no me ando con cosas demasiado raras ni complicadas. En ese momento me miró.

—Ésta es Mel —me presentó Vánel—. La adopté hace muy poco. Mel, te presento a mi buen amigo Ferpesán.

—E-encantada de conocerlo —saludé tímidamente.

Me escrutó atentamente con la mirada, como hizo Vánel el día que me conoció. Había tenido el detalle de esconder mi mano izquierda, por si acaso mi símbolo de estrellas se pusiera a brillar en presencia de un Gran Mago. Aunque, de todas maneras, tendría que decirle quién era, prefería no dar un espectáculo de lucecitas justo cuando acabábamos de conocernos.

—Vaya —susurró finalmente—. Qué sorpresa. Una inmigrante.

Agité la cabeza afirmativamente. El tipo no me quitaba la vista de encima, y me provocaba esa sensación tan desagradable como si quisiera leer en mi interior. Esboqué una sonrisa para ver si así

reaccionaba y dejaba de estudiarme.

—Ferpesán, loco de locos, ¿no nos ofreces algo de beber? Llevamos toda la mañana caminando por el bosque y por estos malditos páramos —sugirió Vánel. Eso hizo que Ferpesán dejara de mirarme para prestarle atención a él.

—Claro, claro. Perdonadme. Sentaos.

Se fue hacia otra estancia que supuse sería la cocina. Vánel se acercó a mi oído.

—No pasa nada. Ve y siéntate con tus hermanos. Ahora vuelvo.

Me había pillado. Era un Gran Mago y, de alguna manera, seguro que sabía que había algo turbio en mí. Pero no. No había que preocuparse; en cierto modo, era de esperar. Y Vánel estaba para ayudarme. No iba a pasar nada. Me lo repetí una y otra vez mientras me sentaba con Beltane y Gertie.

El comedor al que nos habían hecho pasar era muy amplio y resguardado. Las piedras actuaban a modo de barrera y no dejaban pasar el calorazo de fuera; es más, se estaba bastante fresquito dentro, lo que era de agradecer. Imaginé que en esa sala Ferpesán practicaría hechizos o alguna cosa por el estilo, si la tenía tan llena de cosas.

—¿Te acuerdas de algo de cuando estuviste aquí la otra vez? —preguntó Beltane a Gertie.

—De poco. De que me lo pasé muy bien —respondió la niña.

—¿Te gustaría estudiar magia?

—No, yo quiero coser ropa bonita.

Beltane emitió una leve y seca risa.

—¡No te rías! —protestó Gertie—. Padre y Mel dicen que lo hago muy bien y que tengo futuro. ¿A que sí, Mel?

—Claro que sí, pequeñita —respondí—. Si sigues así de bien y te preparas, cuando seas mayor podrías incluso trabajar para la princesa. A ella le gustan las cosas así de bonitas, como las que tú haces.

—Me encantaría poder ver por dentro el palacio.

—Lo harás, ya verás como sí. Yo te ayudaré —Le guiñé un ojo.

—Lo que faltaba, que le metas más pájaros en la cabeza —se quejó Beltane.

—Anda, Beltane, haznos un favor y cállate —repliqué.

—¿Para que sigas haciéndole promesas que no podrás cumplir?

—¿Y tú qué sabes?

—Acabas de decir que la ayudarás para que pueda ver Palacio. Como si eso pudiera hacerlo cualquiera. ¿También vas a conseguir una audiencia con el rey?

No sé qué me puso de peor humor, si que mencionara al rey o que se dirigiera a mí de esa manera tan despectiva. Pero ciertamente, no podía seguir por ese camino. La conversación tenía que desviarse, así que respiré hondo.

—No le hagas caso, Gertie. Es un cascarrabias.

Gertie arrugó la nariz.

—¿Un qué?

Otra vez había vuelto a usar palabras de mi lengua. Había traducido las palabras *casca* y *rabias* y como resultado tenía una cosa sin el más mínimo sentido en ese idioma.

—¡Ja! ¿Te das cuenta? No soy yo el único que dice que te inventas palabras —se chuleó Beltane.

—Un cascarrabias, querida Gertie —expliqué, haciendo que constara cómo ignoraba a Beltane—, es un gruñón, más o menos. Es una palabra que usamos en mi mundo para definir a los



tipos como nuestro hermano.

En ese momento entraron Vánel y Ferpesán.

—Bien, bien, bien. Perdonad la espera. Aquí tenéis un pequeño refrigerio para que os repongáis de la caminata.

Colocó cinco vasos en la mesa y sirvió de una jarra un líquido anaranjado con pequeñas burbujas. Aquello me recordó a la fanta. Observé que detrás de Ferpesán estaba Vánel, que me miraba y me hacía un gesto afirmativo con la cabeza, gesto que interpreté como que podía beber eso que nos estaba sirviendo. Apenas me lo llevé a los labios, me sorprendí: estaba frío. Hacía años que no tomaba una bebida fría. La sorpresa se me debió de notar en la cara porque Beltane aprovechó para burlarse un poco.

—¿A que nunca habías bebido nada frío, pelirroja?

Suspiré.

—Beltane, en mi mundo hay unas cosas llamadas neveras, que son como armarios para la comida y la bebida. Todo lo que se mete en ellos se enfría. De modo que, sí, Beltane, he tomado bebida fría, y muchas veces, además.

—Presumida.

—No haber preguntado.

—Mel uno, Beltane cero —rió Ferpesán.

—Al principio tiene su gracia —comentó Vánel—, pero cuando este tipo de conversaciones se producen a cada rato, créeme, Ferpesán, que empiezas a desear un hechizo para que mantengan la boca cerrada.

—Mándalos un día al bosque a por algo y ya verás como aprenden a soportarse.

Vánel lo miró divertido.

—¿Crees que no lo he probado? Ojalá funcionara. Ya lo han hecho varias veces.

—¡Nueces cornudas! —exclamó Ferpesán, sorprendidísimo—. ¡Menuda te ha caído entonces, Vánel! ¡Chavales, que entre los hermanos debe haber paz y armonía!

Beltane se encogió de hombros; por mi parte, puse los ojos en blanco. No tenía ganas de hablar de por qué Beltane y yo no nos tragábamos. Cualquier cosa que dijera desencadenaría una discusión que no acabaría muy bien.

—Arriba tengo sitio para dos —avanzó Ferpesán—. Si es que me teníais que haber avisado y os habría podido meter a todos. Quizá los otros tengan espacio para los cuatro, sino, con que tengan para dos más ya estaréis apañados.

—Ahora iremos a visitar al resto —anunció Vánel—. Están todos, ¿verdad?

—Así es. Esta tarde hacemos una fogata y nos ponemos para celebrar. Lo que me recuerda... Beltane, tú aún no te has examinado, ¿no?

—No, aún no —respondió Beltane—. Me quedan cuatro años todavía para la edad.

—Pues prepárate bien, que la primera oportunidad no se recupera. ¿Tienes ya ganas de coger un grimorio?

Beltane sonrió.

—Lo cierto es que sí. Muchísimas ganas. Y de contribuir con mis conjuros.

—Todo a su tiempo, chaval. Si te parece, ésta noche, o mañana, puedes hacerme una demostración de lo que sabes hacer, y te daré mi sincera opinión.

—Si no le importa, me sería muy útil.

—Bueno, acabaos la bebida e id a visitar a los otros. Podéis dejar vuestras cosas aquí, y luego me decís dónde dormís.

Hicimos lo que Ferpesán los dijo, y salimos de la casa para ir a la siguiente. Vánel salió el último, se puso a mi lado y me susurró:

—No te preocupes. No le he dicho nada. Solo que necesitas de su ayuda por un asunto importante, y me ha dicho que hará todo lo que esté en su mano. Pero tienes un aura de misterios y de secretos que cualquier mago o hechicero puede ver, hija. Ferpesán la ha visto y le ha preocupado. Beltane aún no la ve porque es un aprendiz, pero tarde o temprano la verá, y tendrás que contárselo.

—Ahora no puedo contárselo. Cuanta menos gente lo sepa, mejor.

—Pero recuerda que siempre será mejor que se entere por ti y no porque vea un anuncio en el periódico y llegue a esa conclusión.

Asentí. Vánel tenía razón, pero por ahora no podía contárselo a nadie más. Cuando el asunto de mi búsqueda y la recompensa por mí ya empezara a enfriarse, entonces lo haría.

Tras unos diez minutos de caminata cuesta arriba por la ladera de la montaña, llegamos a la segunda casita, en donde nos esperaba otro hombre de barba gris, este alto y delgado, apoyado en el quicio de la puerta.

—Vánel, zorro astuto. A mí no me pillas con la casa desordenada como a Ferpesán; me ha dado tiempo a quitarlo todo de en medio. Anda, pasad. Eh, Beltane, chaval, cómo has crecido desde la última vez. Y tú, rubiales... ¿cuál era tu nombre...?

—¡Gertie! —respondió la niña.

—Eso, Gertie. Tengo muy mala memoria para los nombres. Además, será que me estoy haciendo ya viejo, pero yo a las chicas jóvenes de hoy las veo todas iguales. Sin ofender.

—¡Pues no lo somos! —protestó Gertie.

En ese momento reparó en mi presencia.

—No, ya lo creo que no lo sois —respondió el hombre.

Empezó a mirarme fijamente, como ya hiciera Ferpesán. Diablos, ¿tanto cantaba el aura esa?

—Yo soy Mel. De Fanelia, también. Mucho gusto en conocerlo.

—Mi nueva hija, adoptada hace poco —aclaró Vánel—. Mel, te presento a Batoler. Eh, Batoler, no la mires así, que entre Ferpesán y tú me la vais a asustar.

Batoler dirigió a Vánel una mirada acusadora.

—Luego te cuento, amigo —prometió Vánel—. ¿Eh, Mel? ¿Te parece? Luego le contamos tu historia. Vino en un thesenhal.

—¿Ah, sí? —Volvió a taladrarme el cerebro con la mirada.

—Sí, señor Batoler, así llegué.

Me miró con todavía más intensidad. Empezó a dolerme la cabeza.

—Batoler, por favor, basta ya —imploró Vánel.

Sus ojos fueron moviéndose de Vánel a mí. Estiró un brazo y nos invitó a reunirnos con Beltane y Gertie, en el interior de la casa.

—Me debes un par de explicaciones al respecto, Vánel.

—Las tendrás. Te lo prometo.

La casita era muy similar a la de Ferpesán; solo cambiaba la distribución de los muebles. Pero la estructura de piedra no cambiaba, así como tampoco la vieja mesa rectangular de madera en el centro de la sala. Las sillas eran diferentes, un poco más altas que las de Ferpesán, pero cómodas, pese a todo.

Al igual que en la anterior visita, Vánel se retiró a la cocina con su amigo, pero en esa ocasión nos llegaron algunos murmullos. Parece ser que a Batoler no le gustaba la inmigrante que guardaba

más secretos que un confesor de pueblo. Incluso Beltane se dio cuenta.

—Parece que pasa algo, y creo que ese algo tiene que ver contigo, pelirroja. Ha sido cuando te ha visto que se ha puesto serio.

—Pues yo no lo conozco de nada. Es la primera vez que lo veo.

—Será quizá porque eres inmigrante. Padre dice que no a toda la gente le gustáis.

Me encogí de hombros. No era por eso. Pero no podía decírselo a Beltane.

—Será por eso.

—Pero ya verás como enseguida que te conozca, le vas a caer bien —vaticinó Gertie.

Y en la tercera casa se repitió la situación. En ésta vivía un matrimonio, Kéliyan y Saan, Gran Mago él y bruja ella. Yo ya no sabía qué se suponía que tenía que hacer cuando alguien intenta acceder a tus más íntimos secretos de aquella manera tan descarada y desagradable, así que opté por desviar la vista. Si ya me reventaba que me lo hiciera uno, que me lo hicieran dos a la vez me reventaba el doble. Me sentía incómoda y nada bien recibida. Apreté los dientes, respiré hondo y aguanté. Eran amigos de Vánel y lo iba a hacer por él. Por mi padre. Porque de no ser por él, me hubiera dado media vuelta y que les dieran. ¿Era ese el recibimiento que los magos y hechiceros en general daban a sus invitados? Porque el gremio ya me estaba empezando a caer mal.

Kéliyan y Saan tenían un par de habitaciones de sobra, las de sus hijos, los cuales no se esperaba que volvieran mientras nosotros estuviéramos, de modo que se estipuló que los hombres dormirían en una y las mujeres en la otra. Preveía que esa noche no iba a dormir en absoluto, porque los dueños de la casa no confiaban en mí, y por ende, yo no confiaba en que fueran a intentar sorprenderme con algo por la noche para sonsacarme. Vánel me tranquilizó y me dijo que hablaría con ellos.

—Y perdona, hija. Siento lo que está ocurriendo. No te voy a mentir: los magos y hechiceros en general somos bastante desconfiados. Defendemos lo que es nuestro sin importar nada. Bueno, eso tú ya lo sabes, hija. Ahora bien, tú te ganaste que yo confiara en ti y vamos a hacer que los demás también lo hagan. No tienes nada que temer porque no has hecho nada malo, ¿eh? Estate tranquila.

Se puso en pie, dispuesto a salir de la habitación. Yo lo imité.

—No, vosotras quedados aquí. Tú también, Gertie. Voy a hablar con ellos y a decirle que Mel no representa ningún peligro ni ninguna amenaza. Ya os llamaré para ayudar con la comida, pero no salgáis de la habitación.

—¿Y si queremos ir al excusado? —preguntó Gertie.

Vánel suspiró.

—Pues si podéis aguantar, mejor hacedlo, y si no, pues qué remedio.

Vánel salió del cuarto y cerró la puerta tras de sí.

—Eh, Mel, no te preocupes. Todo se va a solucionar. Ya lo verás.

Me tumbé en la cama, muy despacito. También estaba hecha de heno. Cerré los ojos y dejé escapar el aire de los pulmones.

—Eso espero —mascullé.

## Capítulo 25

Gertie y yo estuvimos hablando de lo que ella llamaba “cosas de chicas” durante bastante tiempo. Mi hermanita adoptiva era muy charlatana y dicharachera, aunque debo reconocer que de vez en cuando me parecía algo cargante. De cualquier manera, había aprendido a quererla, porque era una niña muy cariñosa y se portaba fabulosamente bien conmigo. A veces me daba por pensar qué hubiera pasado si hubiera nacido en mi mundo, o viajara allí como yo viajé a éste. Ciertamente, su forma de ser no pegaría con la de los niños de su edad de en donde yo me había criado. Aún conservaba bastante inocencia infantil, y por favor, que no la perdiera nunca, y menos de golpe, como me pasó a mí. Todos deberíamos dejar vivir en nuestro interior al niño que una vez fuimos, y dejarlo salir de vez en cuando. El convertirse al cien por cien en adulto y olvidar tu etapa infantil algunos lo llaman madurar; yo lo llamo fracasar. El conservar al niño que todos hemos sido no está reñido con ser adulto o maduro. Es simplemente aprovechar y aprender de cada etapa de tu vida. Y Vánel probablemente opinaba igual que yo, porque, ante el interminable parloteo de la niña, terminaba siempre riéndose, y no insultando y gritando para que dejara de hablar tanto, como hacía mi padre conmigo. Mi padre me quería siempre calladita, sumisa y obediente. Al igual que a mi madre. Habían pasado ya más de tres años, ¿cómo irían las cosas por mi casa?

—Oye, Mel —interrumpió mis pensamientos Gertie, sentada en la cama que había junto a la mía.

—Dime.

—¿Si te pregunto algo no te reirás?

—Bueno —Sonreí—, eso depende de lo que me preguntes.

—Oh —Parecía desilusionada.

—A ver, Ricitos de Oro, ¿qué pasa?

—No, no era nada...

—Venga, cuéntamelo. Soy tu hermana. No me reiré.

—Pues... eh... —Mantenía la vista fija en su regazo—. ¿Es bonito que te bese un chico?

La pregunta, lejos de hacerme reír, me dejó atónita. Rápido puse en orden mis ideas y decidí no preguntarle por qué quería saber eso. Ya me lo diría ella, si quería.

—Bueno... si es un chico que te gusta o al que quieres, sí, es muy bonito.

—¿Y cómo sabes si te gusta?

—Lo sabrás, pequeñita. Cuando conozcas a ese chico, si te toca tu patatita, lo sabrás. Créeme.

—¿Y cómo sabré si yo a él le gusto?

—Huy, Gertie, has hecho la pregunta que a todas nos ha dado algún quebradero de cabeza. Puede intentar demostrártelo, mandarte alguna señal, pero es muy típico que todo el mundo se dé cuenta menos tú.

—¿Y cómo supiste que Westley y tú... ya sabes?

Sonreí al recordar aquella noche.

—Me dio un beso. Y luego me lo dijo.

Gertie ladeo la cabeza soñadoramente.

—¡Ooooh! ¿Y qué sentiste?

—Al principio estaba muerta de miedo —reconocí con una sonrisa—, pero luego me relajé y me sentí la chica más feliz del mundo.

—Oye, no le cuentes a padre nada de esto...

—Claro que no. Las chicas tenemos que ayudarnos entre nosotras, ¿recuerdas? —Le guiñé un ojo.

—Sí —Sonrió ella también, confiada—. Me dijiste que Westley es rubio, alto y de ojos azules, ¿verdad?

—Sí, así es.

—¿Es guapo? Venga, dime la verdad.

—Bueno —reí—, no está bien que yo lo diga, pero sí que es guapo. Muy, muy guapo. Y muy cariñoso. Siempre tiene las palabras adecuadas para decirme en todo momento, y cuando me abraza hace que me olvide de todo lo malo.

Gertie suspiró.

—Me gustaría conocerlo.

—Espero que pueda presentártelo pronto —suspiré yo también.

—Oye, ¿tú crees que encontraré a algún novio bueno como el tuyo?

—Aún eres muy jovencita. Pero cuando seas un poco más mayor, pues sí, ¿por qué no? Si lo encontré yo, tú lo tienes aún más fácil, con lo buena chica que eres.

—Me gustaría que fuera muy guapo. Como el tuyo.

—No te fijes solamente en eso.

—Si voy a verlo todos los días, prefiero que sea guapo.

—Si vas a verlo todos los días, preferirás una sonrisa que te anime y te haga olvidar lo malo. Preferirás que te eche una miradita y que sin decirte nada te lo diga todo, esa miradita que te hace muy, muy feliz y que no quieras cambiarlo ni por el más guapo del reino. Que en los malos momentos te abraze y haga que te sientas segura y, sobre todo, que no estás sola porque siempre estará ahí para ti.

Me vinieron algunos recuerdos de mi estancia en la clínica tras el secuestro. Westley no se separó de mí ni un minuto, no hasta que Leo le obligó a ello. Me abrazó y me reconfortó con su presencia y sus palabras, y no le importó lo más mínimo todo lo que me habían hecho. Westley era el amor de mi vida y nada jamás podría romper ese lazo que nos unía. Nuestro vínculo era más fuerte que cualquier cosa que pudiera hacer el rey. Ahora solo quedaba que yo fuera paciente, y tuviera la fortaleza necesaria para aguantar hasta que él pudiera venir a por mí.

—¡Oh, Mel! No quería que lloraras. Lo siento mucho.

Se sentó a mi lado en la cama y me abrazó. Me sequé las lágrimas como pude.

—No, Ricitos de Oro, no es culpa tuya. Perdóname tú —Me sorbí los mocos—. Ya me ves, aquí dándote consejos cuando a la mínima me pongo a llorar por un chico.

—Porque lo quieres mucho.

—Sí. Sí, Gertie, eso es muy cierto.

—¿Preferirías no haberlo conocido y ahora estar bien?

—No. Eso jamás, Gertie. Cuando te enamores lo entenderás. Es lo más bonito que me ha

pasado en la vida y no renunciaría a ello por nada. Puede parecerle una tontería, porque me ves aquí hecha un mar de lágrimas —Me froté los ojos, para que no salieran más—, pero el estar enamorada no te hace más débil, sino más fuerte. Te da valor y coraje para hacer cosas que de otra manera jamás te hubieras ni imaginado que harías.

Justo entonces oímos un carraspeo. Nos dimos la vuelta y vimos a Vánel.

—Guárdate bien esas palabras, Gertie, porque son tan ciertas como el cielo y los mares.

—Eh... ¿Llevas mucho ahí, padre? —preguntó temerosa. No pude evitar sonreír porque la niña no quería que su padre supiera de lo que hablábamos.

—¿Crees que me gusta espiar vuestros secretitos femeninos? —rió Vánel—. Acabo de entrar. Solo he oído lo último que dijo Mel. Que, como te he dicho, es una gran verdad. Bueno. Gertie, vete para el comedor. Enseguida Mel y yo estaremos ahí.

La niña salió y nos dejó solos.

—¿Pasa algo, hija? Sécate bien esa cara. No me gusta que llores; creía que entre nosotros eras feliz como una más de la familia.

—No, nada. Es... bueno, tu pequeñaja, que se te hace mayor.

Se quedó mirándome unos segundos, quieto y con la boca entreabierta.

—¿En... serio? No estoy seguro de si quiero saber la respuesta a esto, pero... ¿ya le ha...? Por los dioses, si es una niña...

—No, no, tranquilo, Vánel, todavía no. Aunque me da que no va a tardar mucho porque ya empieza a hacer preguntas de adolescente —Sonreí—. Y no me hagas hablar, no quieras saber qué preguntas eran.

—No. No quiero saberlo. ¡Ay! Mi pequeña... Confío en que tú le habrás resuelto bien esas preguntas, ¿verdad?

—Lo mejor que he sabido. Oye... ¿por casualidad sabe de dónde vienen los niños? ¿Se lo has contado?

—Jajajaja. Los niños. Qué bueno. Pueeees no.

—¿Y no crees que deberías?

—Creo que su hermana mayor lo hará mucho mejor que su padre.

Abrí la boca de asombro.

—¿Yo? El que ha tenido descendencia de manera natural has sido tú.

—No es que me importe lo más mínimo, pero estoy seguro de que Westley y tú no os limitabais solo a daros besitos y cogeros de la mano.

Me quedé sin palabras y noté cómo me subía el rubor a las mejillas.

—¿Ves? Lo sabía. Tu cara te ha delatado.

—Eso... ¡eso es privado!

—Totalmente de acuerdo. Pero hazme ese favor. Explícale a tu hermanita pequeña lo que pasa cuando se juntan un chico y una chica. ¿Lo harás? Venga, hija mayor. No te lo pediría si no fuera importante.

—Bueno. Vale. Lo intentaré. Pero lo haré cuando ella saque el tema. No antes.

—Gracias, hija mayor. Sabía que podía confiar en ti —declaró con una gran sonrisa en su cara.

Suspiré. ¿En qué lío me acababa de meter?

—Bueno, te cuento lo que vamos a hacer. He estado hablando con Kéliyan y Saan. Nos invitan a comer, a todos, también a Ferpesán y a Batoler. Cuando hayamos acabado, Ferpesán se va a ir con Beltane a que le enseñe sus hechizos y sus cosas, y probablemente Gertie vaya con ellos. Nos

quedaremos los demás, y les contaremos tu historia. A Ferpesán se la contaremos por la noche, ¿de acuerdo?

Me sobrevino un ataque de pánico. Una cosa era contárselo a Vánel, que cuando lo hice ya tenía mucha confianza con él, y otra soltárselo a un puñado de desconocidos así, sin más, a pelo.

—Confía en mí, Melania. No se lo dirán a nadie. Es una regla del código de honor de los magos. Si la incumplen, el castigo que les pondrá el consejo de magia no es agradable, y no tiene vuelta atrás. Sé cual es, y créeme que nadie en su sano juicio quiere eso. Y tampoco te van a juzgar. Lo que hiciste fue un acto muy valiente y eso te honra. En cuanto sepan tu historia, dejarán de mirarte así. Y yo estaré sentado junto a ti en todo momento. Anda, no te me vengas atrás ahora. Si estamos aquí es porque tú me pediste que te llevara.

Asentí mecánicamente y me levanté.

—De acuerdo. Vamos con los demás.

—Antes vamos a pasar por el aguadero para que te laves esa cara. Que nadie tiene por qué enterarse de que mi hija es una llorona.

Eso me hizo sonreír, y juntos salimos de la habitación.

## Capítulo 26

Beltane y Gertie se habían ido con Ferpesán al bosque, y los demás estábamos sentados en el suelo haciendo un círculo. Saan había colocado en el centro unas piedras pequeñas y había echado sobre ellas unas hierbas molidas mientras pronunciaba unas palabras muy raras. Las piedras empezaron a echar humo como si les hubiera tirado agua hirviendo, y tras eso, Saan se sentó.

—Bueno, Vánel. Creo que nos ibas a contar algo —empezó Kéliyan.

—Así es. Bueno, ya os he presentado a mi nueva hija. Viene de los Continentes, aunque eso ya lo habréis notado.

Todas las miradas estaban puestas en nosotros. Yo estaba muy nerviosa; no sabía cómo empezar, ni cómo enfocar el asunto.

—Lo que os vamos a contar es un secreto y en cuanto lo sepáis comprenderéis por qué no ha de ser revelado a ningún ser de ninguna raza. Ella misma me lo confió hace unos meses, y en el momento de la adopción yo era partícipe de todo lo que a ella le concernía. De hecho, ni siquiera mis otros dos hijos lo saben. Bueno, hija. Tranquilízate, porque aquí nadie te va a juzgar ni a hacer daño, y, si te parece, puedes comenzar por algo sencillo, como tu nombre.

Respiré hondo, y, con la mirada puesta en las piedras del centro, empecé.

—Me llamo Melania y... llegué a este mundo con diecisiete años, hace algo más de tres. Llegué a Palacio y la primera persona con la que hablé fue el rey Basileo. Él me... explicó por qué estaba ahí y lo que se esperaba de mí. Acepté la nueva vida que me proponía y así... así fue como me convertí en princesa.

Bien. Lo más difícil ya estaba hecho. El resto debería salirme sin mayores dificultades. Noté cómo todos me miraban fijamente durante unos segundos en los que aguanté estoica sin protestar. No mentía y ellos tenían que verlo bien claro. Me noté animada, y tras unos segundos, solté la segunda bomba:

—Estoy declarada traidora al rey y hay una recompensa bastante grande sobre mí. Sé que el rey está removiendo cada punto del reino para encontrarme.

—Pero aquí está a salvo —interrumpió Vánel—, por dos motivos: porque ahora tiene una familia que la protege, y porque en terreno neutral el rey no tiene autoridad para registrar o detener.

—No la tiene, efectivamente —añadió Kéliyan—, pero sabes bien cómo funciona la ley en los terrenos neutrales. No quieren fugitivos ni criminales, y si alguien la reconoce, está perdida. La entregarán al rey sin demora, y están perfectamente autorizados a ello. Lo sabes bien, Vánel.

—Por eso ahora lleva mi apellido. A todos los efectos, es mi hija y se puede demostrar. Estamos inscritos en el registro. Si alguien la reconoce, bastará con negarlo y demostrar que es hija mía. Legalmente no pueden hacerle nada.

—No, no pueden —corroboró Batoler—. Bien jugado, Vánel.



—Pero sois conscientes los dos de que si está llamada para ser reina, algún día tendrá que subir al trono, ¿no? —inquirió Kéliyan—. No puedes esconderla para siempre, Vánel.

—El rey la busca para llevársela a su habitación y violarla hasta que se le destrocen las entrañas. La quiere humillar, someterla a su voluntad y convertirla en su marioneta. Y yo eso no lo voy a permitir.

Se quedaron callados, mirádonos atónitos.

—¿Cómo? ¿Qué? —balbuceó Saan.

—Cuéntaselo, hija —me animó Vánel.

—Estando en Palacio encontré un pasadizo secreto que me permitía salir. Así conocí a un chico... y... nos enamoramos. Lo mantuvimos en secreto, y tiempo después salí con el rey en visita oficial, me secuestraron y... me hicieron cosas horribles...

El recuerdo de aquellos días me puso aún más nerviosa y empecé a temblar.

—Venga, hija, no pasa nada. Pues que por poco la matan a base de golpes y vejaciones, y el rey se desentendió completamente de ella. Eso le sirvió para que se diera cuenta de la clase de persona que es él, y de lo que está pasando en los terrenos del reino humano.

—Por lo que nosotros no vivimos ahí —señaló Batoler.

—Entre otras muchas cosas —aclaró Kéliyan.

—Empecé a preocuparme más por el pueblo y a hacer lo que yo pensaba que era lo correcto, en lugar de lo que el rey me mandaba —continuó—. Él quiso echarme, porque no le gustaba lo que yo hacía y por otros motivos... que no vienen al caso. Yo aguanté todo lo que pude, pero al final descubrieron mi... eh, descubrieron que tenía novio. Lo llevaron al calabozo y lo torturaron. Tuve que hacer un juramento de obediencia total y absoluta al rey para salvarle la vida a mi novio.

Empecé a respirar agitadamente. Vánel me pasó el brazo por encima de los hombros.

—Tranquila, hija, respira. Bueno, pues el rey decretó que lo primero que tenía que hacer es lo que os comenté antes. Esperarlo en su habitación para que aprendiera a obedecerle a su manera.

“No llores, no llores”, me repetía. No. No tenía que llorar. Me dolía, me escocía, me ardían las entrañas como si tuviera el fuego del infierno en ellas, pero no debía llorar. Tenía que dejar de ser tan llorona y ser más fuerte.

—Soles del amanecer... —murmuró Saan.

—Tuvo suerte y consiguió escapar sin faltar a su juramento. Se pintó el pelo —Noté que pasaba la mano por mis greñas—, se vistió de hombre, y huyó lo más lejos que pudo. Un thesenhal la trajo hasta mí. Le di cobijo hasta que hubiera relente y pudiera irse, y pasaron varios meses, pero cuando sucedió, ella misma decidió que no se iba sino que se quedaba con nosotros. Ya me había dicho quién era, y decidí darle mi apellido.

Saan se levantó, se agachó delante de mí y tomó mi mano entre las suyas.

—Chiquilla, siento haberte mirado así cuando llegaste. Perdóname. Y perdónanos a todos. Vánel, nos dijiste que confiáramos un poco. Llevabas razón. La llevabas, ya lo creo. Tranquilízate, ¿eh, niña? Aquí estás entre amigos.

—El rey es un maldito corrupto que solamente mira por sí mismo y por sus amiguitos —afirmó Kéliyan—. Pero eso no es nuevo de ahora. Mucho antes de que tú llegaras ya era así. Estamos en el año veintiocho de este ladrón, ¿no? Pues lleva despilfarrando el dinero de los impuestos prácticamente desde que llegó. Hará unos veinte años que empezó a notarse. ¿Por qué te crees que los pueblos en terrenos neutrales han experimentado ese crecimiento tan brutal en estos últimos diez o veinte años? La gente está harta de pagar una barbaridad solamente por el derecho a vivir. La mayoría tiene ya su vida hecha y su forma de vivir arreglada pese a todo, pero cada vez hay

más que se atreven a dar el paso y dejar de pagar los caprichos de ese cabrón y su gente. Y lo que cuentas encaja perfectamente con su manera de ser: no va a bajarse de su trono y a dejar su vida de lujos tan fácilmente. Si te controla puede seguir haciendo lo que le venga en gana. ¿Verdad que lo primero que hizo fue intentar lavarte el cerebro para que creyeras que todo iba bien? —Asentí—. Y cuando vio que no eras tonta y no te dejabas, te quiso fuera para que viniera otro más fácil de dominar. Como tampoco lo consiguió, te buscó el punto débil hasta que te lo encontró. Muy típico de él.

—Kéliyan y yo vivimos bastantes años en Pueblo Palacio y en pueblos de las circunvalaciones cercanas —explicó Saan—. Conocimos al rey en persona.

La miré, intrigada.

—Yo soy bruja y por aquel entonces él era hechicero. Hace muchos años que sucedió, fue mucho antes de que llegaras tú. Nos ofreció un puesto en la corte a cambio de nuestros servicios.

—Quería primero que idiotizáramos al pueblo para hacerlo dócil, y tiempo después, que lanzáramos hechizos y maldiciones para que la gente comprara antídotos, llevándonos una parte de las ganancias. Ni que decir tiene que lo rechazamos y huimos de allí.

—Cuanto más lejos estés de ese miserable, mejor, muchacha —aconsejó Batoler.

—No me la asustéis —advirtió Vánel—, que sabéis tan bien como yo que algún día tendrá que volver.

—Pues si me permites un consejo, chiquilla, vuelve para reinar. Vuelve cuando tengas posibilidades reales de subir al trono. Si has de buscar un ejército para derrocarlo, hazlo. No creo que te cueste mucho encontrar gente dispuesta a darle su merecido a ese sinvergüenza. Búscame cuando estés preparada y sea el momento adecuado.

Recordé a Sikes y al resto de rebeldes. Contaba con ellos para eso que Batoler me recomendaba, pero no podía volver todavía. Su revolución seguiría en marcha, o eso supuse, aunque yo no estuviera. Me preguntaba cómo habrían reaccionado cuando el rey me declaró traidora.

—La primera vez que subí a la torre —comencé—, el rey me enseñó el Libro que me trajo aquí. En él está escrito todo sobre los reyes y reinas. De mí decía que iba a traicionar a la Casa Real, cosa que finalmente sucedió. También decía que iba a durar menos de un año en el trono... y no sé si eso se puede cambiar o sucederá, lo quiera yo o no...

—La Magia Antigua es la que te trajo aquí —señaló Kéliyan—. Y esa magia lo controla todo. Los dioses la crearon y juegan con ella a cada momento. Si los dioses han dispuesto que estés solamente unos meses en el trono, me temo que no hay escapatoria, muchacha.

—¿Y no hay alguna manera de que deje de ser princesa y pase a ser una ciudadana normal?

Los tres se miraron entre ellos.

—Yo diría que no —contestó Saan—. Cuando se te acabe el reinado y venga el siguiente, entonces sí serías libre.

—Si los dioses han dispuesto que subas al trono, vas a subir, muchacha —añadió Kéliyan—. Por eso juegan con la magia, con todo lo que te rodea, para que los acontecimientos tomen un rumbo determinado.

—¿Quiere decir que todo lo que me ha pasado estos últimos años... toda esta crueldad, todo el sufrimiento... me lo han ocasionado los dioses? ¿Po... por qué? ¿Yo qué les he hecho para que me hagan todo esto?

—No, chiquilla. No confundas los términos. Los dioses no son omnipresentes. No están vigilándote en todo momento. Hay miles de millones de gentes en este reino, contando humanos,

hadas, elfos, gnomos, trolls, duendes, mestizos... y otras muchas. Son muchos dioses, pero no hay uno asignado para cada especie. Cada dios tiene un papel. Cuando alguien, de la raza que sea, solicita algo a los dioses, dependiendo de lo que se esté pidiendo, se ocupa un dios u otro. Si el dios tiene mucho trabajo atendiendo peticiones, probablemente la gran mayoría sean desoídas, como también sucederá si el dios está descansando o simplemente se niegue a satisfacer deseos durante un tiempo. Puede suceder cualquiera de esas cosas, créeme. Y otras muchas que hacen que no se cumpla todo lo que la gente pide.

—Pero... ¿entonces?

—Cuando los dioses trazan un destino para alguien, sea humano, hada, sirena... lo que sea, lo estipulan y cada cierto tiempo observan a esa persona para asegurarse de que todo va según ellos tienen previsto.

—Tu caso, además, es especial —interrumpió Kéliyan— porque Palacio tiene una carga mágica impresionante. He estado allí y sé de lo que hablo. Es el corazón de la magia y desde donde los dioses lanzan todo lo bueno y todo lo malo para el reino humano. Mientras estuviste en Palacio, tenías magia constantemente a tu alrededor para guiarte. ¿No lo notaste?

Me quedé pensativa.

—Solamente noté brillar el símbolo de mi dedo alguna vez, en la torre. Nada más.

—Claro, en la torre. Donde más magia hay —puntualizó Saan.

—Entonces, todo lo que me ha sucedido... el secuestro, lo que me hicieron, los maltratos del rey... ¿Todo lo hicieron los dioses?

—Vuelvo a repetirte que no. Piénsalo, algo de magia tuviste que notar alguna vez, aparte de en la torre. ¿Nunca te sucedió nada a lo que no encontraras explicación lógica y que tuvo mucho que ver en algo que te sucedería después?

Se me encendió la bombilla en ese momento.

—El pasadizo. Los dos pasadizos.

—Ahí lo tienes. Se te abrieron dos pasadizos, ¿verdad?

Asentí.

—El primero. ¿Cómo sucedió?

—Apareció como una burbuja de luz que me hizo sentir como... como colocada, y me hizo seguirla. Me llevó por el pasadizo hasta el exterior. Fue algo muy raro, sí, pero nunca me pregunté cómo o por qué había sucedido.

—Y ese pasadizo te sirvió para algo en el futuro, para algo importante, ¿no?

—Gracias a él conocí a mi novio... —solté, despacito.

Westley. Mi novio, mi destino. Sin él en estos momentos ya estaría muerta y enterrada. Lo había pensado con anterioridad, pero nunca se me ocurrió que fuera cosa de los dioses desde el primer momento.

—Entonces... ¿el secuestro también fue cosa de los dioses?

—Escúchame, princesa —Kéliyan estaba muy serio—. Los dioses disponen pero la última palabra la tenemos cada uno. Puede que los dioses dispusieran que fueras secuestrada, eso nunca lo sabremos, aunque yo personalmente no creo que dispusieran que fueras maltratada. Pero fue el propio rey quien decidió no ayudarte y no hacer nada por ti. Los dioses no mandan en nuestras cabezas ni en nuestros corazones. Creo firmemente que si te secuestraron fue para que te dieras cuenta de que el rey no es el bondadoso monarca que te querían hacer creer. Vóy a aventurarme a suponer algo... ¿cuándo empezaron a torturarte? ¿Antes o después de que el rey se negara a salvarte?

—Kéliyan —interrumpió Vánel—, basta. No la hagas recordar esas cosas. Le dejó un trauma que me está costando mucho que supere.

—Tiene razón —Me tapé la cara con las manos y fui bajándola, hasta que mis manos llegaron al pelo y lo agarraron con fuerza entre los puños—. Me pegaron al principio, pero lo peor vino cuando me dijeron que el rey no había querido ceder.

Ahí ya no pude evitarlo. Empecé a hipar y a sollozar. Bajé la cabeza y escondí mi cara para que no me vieran llorar.

—Vamos, hija mía. Ya pasó. Estás entre amigos. Vamos, Melania —me consoló Vánel, abrazándome.

—Tengo milenaria machacada que aún está tierna —dejó caer Saan—. ¿Quieres una infusión para calmarto?

—Si no te importa, Saan, te lo agradecería —contestó Vánel.

—Voy por ella.

Vánel me habló muy despacito, sin dejar de abrazarme.

—La milenaria es una planta muy difícil de conseguir. No es fácil de plantar y su germinación es complicada. Y cuando la consigues, solo tiene efectos mientras está tierna. La raíz es usada para algunos hechizos y pociones, y el tallo tiene propiedades curativas y calmantes que te van a ayudar mucho a que te sosiegues, hija. Bueno, y con las hojas, al ponerlas en la bebida, provocan efectos bastante divertidos, parecidos a los de la borrachera —explicó Vánel.

Enseguida volvió Saan con un pequeño vaso de madera lleno de una bebida a temperatura ambiente. Esperaba algo muy caliente y me sorprendió cuando lo cogí.

—Soy bruja —Sonrió—. Puedo calentar y enfriar líquidos en segundos, no hay por qué esperar. Tómatela, te sentará bien.

En cuatro traguitos me la terminé y le di las gracias a Saan, que me sonrió y me apretó la mano. Un rato antes, tenía miles de preguntas para los Grandes Magos, pero después de la charla sentía como si me hubieran dado una paliza al cerebro y no me acordaba de qué más quería saber.

—En resumen —prosiguió Kéliyan—, sintiéndolo mucho, muchacha, no hay salida. Vas a ser reina, lo quieras o no. Y menos de un año. Así lo han estipulado los dioses y así será.

—¿Y si renunciara? Puedo deshacer mi juramento y volverme a mi mundo.

—Pero no lo vas a hacer, ¿verdad?

Tragué saliva. Si lo hacía, el rey habría vencido, y no solo eso, sino que no volvería a ver a Westley jamás. Westley no solamente había sido el motivo que tuve para seguir viviendo tras el secuestro, sino que además era la garantía que tenían los dioses para que no me fuera. Me tenían bien cogida.

—No, no voy a hacerlo.

—No tengo la más remota idea de en qué estarían pensando los dioses cuando pusieron a ese ladrón en el trono. Pero se dieron cuenta de su error y por eso te escogieron a ti para sucederlo. A una chica que no se iba a dejar engañar y que lo desafiaría. Y si vas a convertirte en reina, solo puede significar que vencerás.

—Pero eso no significa que puedes relajarte y confiar en tu destino —explicó Batoler—. Si el rey te encuentra te hará presa. Tú decides cómo quieres llegar al trono: entera o hecha pedazos.

Asentí y en ese momento me vino a la cabeza otra pregunta.

—Los poderes. En tres ocasiones ha salido de mí como una onda expansiva que se lo ha llevado todo por delante. No sé controlarlo, sale cuando le parece, no puedo convocarlo ni detenerlo.

—Claro, niña —respondió Saan—. Porque vas a ser reina. Todos los miembros de la Casa Real tienen poderes de ese tipo.

—Pero el rey sabe controlar los suyos.

—Y a ti no te ha enseñado, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Pues tienes que aprender.

—¿Cómo?

Saan rió.

—Bueno, no es por soplar nuestra propia trompeta, pero si los llaman Grandes Magos es por algo, ¿no crees?

Batoler y Kéliyan rieron.

—A ver —comenzó Batoler—, ¿cómo lo has llamado? ¿Onda... expansiva? Tendrás que explicarte mejor.

—Es... bueno, es como si yo fuera el centro de esa fuerza, y saliera de mí. Todo a mi alrededor era empujado por ella, varios metros. Varias distancias, quiero decir.

—¿Paredes también?

—No, no, paredes no, por suerte. Muebles, objetos y personas.

—¿Podrías hacerlo ahora? Para que lo veamos.

—No sé cómo se hace.

—Entiendo. Cuéntanos en qué circunstancias te sucedió. Las tres veces. Empieza por la primera.

—La primera... estaba en reunión de consejeros. Me estaban insultando y dejándome ver que yo no valía nada y que era una nulidad humana. Cada vez iba a más, hasta que ya no pude más y estallé. Di un puñetazo a la mesa y salió todo volando.

—¿Volaron los consejeros? —preguntó Saan.

—Sí... —respondí—. Hasta chocarse con las paredes.

—¡Dioses, eres mi ídolo! ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! ¡Por fin alguien lo hizo!

Kéliyan reía también.

—Dioses, los consejeros reales. Vaya hatajo de impresentables. Ya me había olvidado de ellos. ¿Todavía siguen ahí?

—Y ahora son cuarenta. El rey ha añadido a sus amigos los duques.

—Lo que faltaba. Por si había poca basura entre los muros de Palacio, el rey añade más —lamentó Kéliyan—. No quiero presionarte, pero cuando subas al trono vas a tener que hacer una limpieza muy exhaustiva.

—Lo sé.

—¿Y la segunda vez que sacaste tus poderes cómo fue? —preguntó Batoler.

Cogí aire y me dispuse a contarles la historia.

—Estaba en la clínica, acababa de despertarme allí tras el secuestro. Me recomendaron que durmiera y descansara, y tuve una pesadilla con todo lo que me ocurrió. Se me repetían todas las caras, todo lo que sucedió, y era tan real que yo tenía mucho miedo. El médico lo vio, me despertó y en cuanto abrí los ojos lo mandé todo contra la pared. No sé cómo lo hice.

—Ya veo. ¿Y la tercera?

—Fue en los calabozos, cuando el rey quiso emprenderla a latigazos con mi novio, yo me puse en medio para protegerlo... y volvió a salir.

—Lo que sospechaba —comentó Batoler—. ¿Sabes lo que pienso? Que las tres ocasiones

tienen un factor común que fue lo que te hizo sacar el poder. Te movía un sentimiento muy fuerte que no controlabas: En el primer caso la ira, en el segundo el terror y en el tercero el amor.

—Yo también lo pienso —corroboró Kéliyan.

—Pero, si es así, ¿por qué no salió cuando me tenían secuestrada?

—Pues solo se me ocurre un motivo. Déjame ver el símbolo de tu mano.

Le di mi mano izquierda, que miró atentamente. Movi6 un poco sus dedos por encima y el símbolo empezó a titilar levemente.

—Lo que imaginaba. Tienes magia, pero está inactiva. Entonces... la primera en Palacio, la segunda en la clínica y la tercera de nuevo en Palacio, ¿verdad?

—Sí.

—Pues va a ser que tu magia solamente está activa en Palacio y alrededores. Por eso cuando te secuestraron no pudo salir, por mucho miedo que sintieras.

—No, no puede ser... Cuando me dio los latigazos estaba en la explanada y no salió.

—¿Que se atrevió a pegarte? —se asombró Saan, a lo que asentí—. Dioses, a ese hombre hay que deponerlo ya. Se ha vuelto loco.

—Loco es como está ahora —aclaró Vánel—, poniendo una recompensa desorbitada por ella y registrando cada pueblo buscándola, arrasando, quemando, y haciendo prisioneros que probablemente no sepan ni quién es.

Los tres se quedaron callados unos segundos hasta que Saan volvió a apretarme la mano.

—Con nosotros estás a salvo.

—¿Qué sucedió exactamente en la explanada? —preguntó Batoler.

—Que le desobedecí... y me castigó dándome latigazos delante de todos. Para lanzar un mensaje de advertencia, supongo.

—¿En qué pensabas mientras lo hacía? ¿Te acuerdas de qué era lo que pasaba por tu cabeza?

—Supongo que el daño que me estaba haciendo. No sé cuánto me dio. Me estaba doliendo mucho, pero me dijeron que apenas aguanté y me desmayé enseguida.

—Pues ahí lo tienes. No te dio tiempo. Si hubieras aguantado más, habrías hecho que ese bastardo probara el sabor del suelo. Lo dicho. Tu magia sale cuando sientes alguna emoción muy fuerte que hace que pierdas el control sobre ti, y siempre y cuando estés en Palacio o cerca.

Tenía sentido. Por raro que pareciera, tenía sentido.

—¿Cuánto tiempo tenéis pensado quedaros, Vánel? —preguntó Batoler.

—El necesario, mientras vosotros nos aguantéis.

—Mañana voy a enseñarle a esta hija tuya a controlar sus poderes. Vamos a necesitar varios días. ¿Tienes algún problema?

—Ninguno.

—Pero... si estoy muy lejos de Palacio... —me extrañé.

—No subestimes mi magia, jovencita. Puedo generar una fuente similar a la de Palacio durante un poco de tiempo y que vaya dirigida solamente a ti, para que aprendas a dominarlo. Tienes que aprender y está claro que el rey no va a enseñarte.

—¿Se... se puede hacer eso? —pregunté asombrada.

—¿Con quién crees que estás, Melania? —rió Vánel—. ¡Claro que se puede! Ellos pueden. Yo no, pero ellos sí.

Oh. Por fin. Iba a aprender a controlar y dominar los poderes que tenía como futura reina. Por fin, por fin. La visita a los Grandes Magos había merecido la pena.

—Yo también quiero consultaros algo, ahora que creo que mi hija ha terminado —Vánel me

apretó contra sí y me dio un par de palmaditas. Hice ademán de levantarme para dejarlos solos, pero Vánel me detuvo—. No, no te vayas. Esto tiene que ver contigo.

—¿Conmigo?

—¿Recuerdas el incidente del fuego, no?

Ah, era eso. Sí, yo también quería saber qué había pasado y si significaba algo.

—Tú dirás, Vánel —ofreció Kéliyan.

—La otra noche le pregunté al fuego por el marido de mi hija, con ella presente, por supuesto. Y no adivinaréis lo que sucedió.

—Si le prestaste un poco de tu magia podrías abrir un canal de comunicación para que ella pudiera escuchar al fuego, ¿no? No tiene muchas complicaciones —observó Batoler.

—Complicación, ninguna. Lo curioso fue lo que ocurrió. Melania no habló con el fuego, sino directamente con su marido.

Aquello dejó mudos a los tres durante unos segundos. Kéliyan fue el primero en decir algo.

—Cuarenta años estudiando magia y jamás había oído algo así. ¿Estás segura de que fue real y no un sueño o tu imaginación? No es que no te crea, pero...

—No era un sueño, estoy segura —respondí.

—¿Tu marido es mago o entiende algo de magia, alquimia...?

—No, es médico.

—¿Médico o sanador?

—Médico. Fue a la Escuela de Medicina.

—Cuando os casasteis, ¿lo hicisteis mediante algún rito o hechizo?

—Hicimos la ceremonia del intercambio de votos. Me dijeron que era lo más común entre parejas como nosotros.

—Y no había ningún mago en la sala, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Solamente otro médico y la jefa de doncellas de Palacio.

—Y... ¿qué te dijo cuando hablaste con él?

—Que... que estaba en una cárcel, que la vida allí no era fácil... Creo que le habían dado una paliza —Cogí aire y lo eché—. Que siguiera escondida y que iría a buscarme.

—Jamás en mi vida había visto ni oído nada parecido.

—Déjame, Kéliyan —pidió Saan—. ¿Cuánto tiempo lleváis como pareja?

—Ahora mismo llevaríamos algo más de dos años.

—¿Y alguna vez te habías comunicado con él estando separados?

—No, nunca. Bueno... esa noche noté algo... como si me llamara, como si me necesitara a su lado. Antes de lo del fuego.

Se levantó y se sacudió la falda.

—Ven conmigo.

—¿Adónde? —pregunté mientras me levantaba.

—Voy a hacer un ritual para obtener la respuesta. Eh, quieto ahí, Vánel. Solo mujeres. No me mires así, ni que me la fuera a comer.

Empecé a mosquearme un poco. Si a Vánel no le parecía bien, a mí tampoco.

—A ver qué haces con ella. La quiero de vuelta entera —exigió Vánel.

—Tranquilo, estoy bien surtida de hígados de inmigrante para mis pociones.

Me cogió del brazo y tiró de mí, por lo que comencé a andar tras ella. No estaba nada segura de lo que me disponía a hacer y se me notaba. ¿Había dicho hígados de inmigrante o me lo

pareció? ¿En serio esta mujer hacia esas cosas o solamente se estaba quedando conmigo?

—Tranquila, niña. Deja que hablen de cosas de hombres un rato. Tú y yo vamos a hablar de cosas de mujeres.

Lo que me faltaba. Por la mañana interrogatorio con preguntas de preadolescente con Gertie, y por la tarde ritual femenino con, la bruja amante de la casquería. ¿Quién me mandaría meterme en esos embolados?

—Venga, Melania, que no me como a nadie. Es cierto que las brujas usamos partes de seres vivos en pociones y otras cosas, y eso incluye partes de humanos, pero no tengo intención de arrancarte nada —rió.

Me llevó rodeando la casita, hasta la parte de detrás, donde había una habitación adosada a la que se entraba desde fuera. Abrió la puerta, cogió una vela de la entrada, que encendió con unos pases mágicos, cogió otra, me la dio y la encendió también, ayudándose con la llama de la suya, y extendió el brazo hacia la habitación.

—Pasa. Bienvenida a mi pequeña guarida.

Miré a mi alrededor. Las paredes estaban cubiertas con varios pliegos de telas rojas, de varios tamaños, tipos y grosores, pero solo estaban sujetos por arriba, de modo que caían de una manera muy vaporosa. No había ni un solo mueble en la estancia; solamente algunos cojines, varias capas de algo que me pareció alfombra, piedras dispuestas en una posición estratégica, muchas velas, y algunos botes y saquitos al fondo. Saan cerró la puerta y la aseguró desde dentro.

—Quítate el calzado. La madre tierra gusta de que le agradezcamos sus dones no impidiendo el contacto cubriéndonos la piel. Te preguntarás el porqué de este tejido que hay en el suelo, y te responderé: Es tejido faérico. Me lo regalaron las hadas en pago por unos hechizos que hice para ayudarlas. De este modo estamos en contacto la magia, el mundo humano, el mundo de las hadas y la madre tierra. Lo correcto es quitarse toda la ropa, pero como es la primera vez que haces esto, lo dejaremos solo en los pies, ¿de acuerdo?

—Sí. Mejor así. Me sentiría bastante incómoda si no. Gracias.

—No tienes que avergonzarte de tu cuerpo. La madre naturaleza te ha hecho así y debes sentirte orgullosa.

Mientras me quitaba las zapatillas de lona, escuchaba lo que me iba diciendo Saan y no sabía si pensar que aquello era apasionante o preocuparme por la clase de loca con la que me había encerrado. Decidí tener la mente un poco más abierta, porque la magia existía, como me habían dejado claro y como yo misma había comprobado.

—Siéntate ahí, muy bien, y no sueltes tu vela. Sujétala bien, con cuidado para no quemarte. Esa vela es la tuya en esta ceremonia, ahora voy a encender las velas de los elementos.

Encendió a mi derecha una vela marrón, una azul y una blanca, y a mi izquierda una azul, una blanca y una naranja. Eran velas gruesas y pequeñas, no alargadas y finas como la que me dio al entrar.

—La marrón es la de la tierra —me explicó—, las azules son las del cielo y el agua. La naranja es la del fuego, y las blancas son la de la vida y la de la magia. Ningún elemento debe ser excluido.

Se sentó frente a mí y dejó su vela delante de ella.

—Deja tu vela delante de ti, como yo. Ten cuidado y ponla de manera que no se caiga. No tengas prisa, tómate el tiempo que necesites.

La vela era muy fina, pero conseguí que se sostuviera sin caerse. Cuando lo hice, miré a Saan para que me dijera qué venía ahora.



—Bueno, vamos a consultar a los elementos y vamos a preguntar por ti, por tu marido y cómo fue que conseguiste hablar con él, ¿te parece?

—Vale.

—¿Es el único hombre en tu corazón? ¿Alguna vez hubo otro, aunque fuera antes?

—No, él ha sido el primero. Y el único.

—¿Habéis yacido juntos? Si estáis casados supongo que sí, pero necesito que me lo confirmes.

Joder, qué vergüenza. Ya era la segunda vez que me lo preguntaban en ese día.

—Melania, no pasa nada. Estamos entre mujeres. Mi marido me quita la ropa, me succiona los pechos y entra en mi interior todas las noches, y luego se vacía en mí. Es lo más normal entre un hombre y una mujer.

¿Era necesario que me diera tantos detalles? Qué tía más bestia. Madre mía. Yo no quería saber nada de todo eso y ahora me daba vergüenza mirarla a la cara. Y no iba a ser capaz de mirar a Kéliyan sin pensar en lo que me había dicho. Ahora me sentía muchísimo más incómoda que antes. Con la mirada baja, contesté.

—Sí, sí, hemos yacido juntos.

—Mejor, si solo ha habido un hombre en tu vida, estáis casados y habéis yacido juntos, la unión es total. Creo que será sencillo. A ver, dame las manos. No, así no. La izquierda a la izquierda y la derecha a la derecha. Esto te resulta familiar, ¿verdad?

El símbolo del infinito, de la eternidad. Así nos habíamos casado Westley y yo.

—La ceremonia de los votos —respondí.

—Correcto. Bueno, ahora cierra los ojos, y piensa en él con cada parte de tu ser. Los elementos me van a contar bastantes cosas y te las iré diciendo, mas luego te las explicaré con detalle. No abras los ojos, no sueltes las manos y no digas nada a no ser que yo te lo indique, ¿de acuerdo?

Asentí y Saan empezó a recitar.

—A la madre Tierra, gracias. Al agua de la vida, gracias. Al precioso aire, gracias. Al fuego sagrado, gracias. A la vida que impregna nuestro porvenir, gracias. A la magia que creó nuestro pensamiento y nuestra sensibilidad, gracias.

Noté que un calorcito me invadía desde dentro. No era nada desagradable; nada que ver con el bochorno del verano o de cuando se abre el horno, sino más comparable a encender una pequeña llamita cuando se está aterida de frío. Me hacía sentir bien y la dejé estar.

Seguí pensando en Westley, aunque en algún momento Saan me sacó de mis pensamientos con palabras en un idioma arcaico que sonaba muy raro, muy bárbaro. Me hacía una pequeña presión en las manos y yo seguía concentrada en lo mío.

—Tu árbol es el arce, Melania. Es el que ha reclamado tu fecha de nacimiento como época que le pertenece. Te acogerá tanto entre sus ramas como en su pie, y te proporcionará cobijo y protección siempre que lo necesites. Por tu nacimiento perteneces también a los dioses de la vida, la luz y el día.

Siguió pronunciando palabrejas raras en ese idioma desconocido. Quería saber cómo había sabido todo aquello si en ningún momento le había dicho mi fecha de nacimiento (Es más, ni siquiera yo misma sabía a qué día se podía corresponder), pero la voz de Saan, con un tono profundo y casi místico, hizo que en ningún momento desconfiara y siguiera escuchándola y pensando en Westley, como me había pedido.

—Repite conmigo, Melania: a todos los elementos, damos las gracias por permitirnos una

convivencia en armonía. Gracias.

Repetí la frase y noté cómo Saan me soltaba.

—Ya puedes abrir los ojos.

Lo hice y observé como iba apagando, una a una, todas las velas, excepto la suya y la mía, las dos alargadas. Cuando las hubo apagado, cogió la suya y me indicó que hiciera lo mismo con la mía. Al haber apagado las otras seis velas, la estancia se había vuelto mucho más oscura y diría que hasta un poco tétrica. Pero me dije a mí misma que no tenía razón para tener miedo, y miré a Saan, que sonreía detrás de su vela. A la luz de la vela, sonriendo y con la melena negra suelta, sí que tenía pinta de bruja siniestra de cuento.

—Me han dicho mucho sobre ti, Melania. Como te conté, tu árbol es el arce. Cada persona tiene, por su nacimiento, un árbol asignado. Por lo general, los nacidos en tu mundo tenéis un árbol que también existe allá de donde vinisteis. ¿Es así?

—Sí, en mi mundo hay arces.

—Los nacidos bajo la protección del arce son personas con mucha imaginación y originalidad. Eres tímida y reservada, pero a la vez muy segura de ti misma. Tienes una gran capacidad de aprendizaje. ¿He acertado?

—Eh... sí, diría que sí.

—Y los dioses que te corresponden son los de la vida, la luz y el día. Cuidado: esto no significa que tienes a esos dioses cuidándote. Significa que esos tres factores son los que van a marcar tu existencia más que ningún otro. De igual manera que hay personas cuyo elemento es la noche, porque se sienten más activos, más vitales y rinden más, hay otras que han nacido para el día. Además de que llevas la vida. Escúchame bien: he visto un alumbramiento problemático. No tiene por qué ser tuyo, pero sí que va a tener un papel muy grande en ti. He visto problemas, pero también he visto que era a la vez el fin y el principio. Para ti, no para el niño que nacía. No sé lo que puede significar. Si perteneces a los dioses de la vida es muy improbable que decidan llevárete en labor de dar a luz. Diría que prácticamente imposible. De todas maneras, niña, presta atención cuando haya un embarazo cerca de ti.

—No... no lo entiendo, Saan, no entiendo nada.

—El tiempo dirá. Yo te digo lo que he visto, para que tú actúes en consecuencia. También he visto que has encarado la muerte un par de veces, y que aún te quedan tres más.

—Espera... ¿qué?

—Es lo que tienen las personas que pertenecen a los dioses de la vida. Las veces que se han enfrentado a la muerte se ven muy claras. ¿Has estado a punto de morir alguna vez, verdad?

—Cuando me secuestraron casi me matan. Los médicos ya esperaban lo peor.

—Ahí tienes la primera.

—Luego, lo de los latigazos... me dijo el médico que se me había infectado y que lo más seguro era que hubiera muerto si no se hubiera tratado, pero como me atendió, no pasó nada.

—Esa no cuenta.

—Ah... cuando me envenené con los zarzales... —Giré mi antebrazo y alumbré la cicatriz—. Si no es por Vánel, no lo cuento...

—Pues esa es la segunda. Te quedan todavía tres más.

Qué alegría, qué felicidad. Iba a estar al borde de la muerte tres veces más. Maldita la gracia que me hacía.

—¿No hay manera de evitarlo? —protesté.

—Ahora que lo sabes, ten cuidado y se quedará solo en un susto y no en una tragedia. Bueno,

Melania, creo que es hora de que regresemos con los hombres.

—¿Qué te han dicho de lo que sucedió con el fuego?

Sonrió.

—Que os une un vínculo muy fuerte y poderoso. Por eso cuando él está en peligro y te llama con desesperación, tú puedes oírlo. Y él también te oirá si te ocurre algo y lo llamas con la suficiente energía desde dentro. Cuando tu padre te ofreció el fuego para que le preguntaras, se abrió un conducto de comunicación. Probablemente él estuviera pensando en ti, y al estar tan unidos, eso fue lo que pasó: pudiste comunicarte con él en lugar de usar el fuego como intermediario. Niña, los dioses quieran que no lo pierdas nunca, porque un vínculo así no se disuelve ni con la muerte. Lo único que puedo decirte es que su vida no peligrará en este momento, y que te ama con locura. Bueno, ahora volvamos antes de que tu padre piense que he hecho caldo con tus tripas.

## Capítulo 27

Por la tarde los hombres se fueron de caza y nos quedamos Saan, Gertie y yo solas en la casa. Tras echarle una miradita a Gertie, quiso llevarla a la cabaña roja para hacer el mismo ritual que había hecho conmigo, pero antes preguntó si le había venido ya la primera regla. La niña se quedó callada: no tenía ni idea de lo que le estaba hablando. Aquello me hizo pensar que Gertie tenía el padre más cariñoso y amoroso del mundo, pero que para esos temas era un desastre. Y sin embargo yo, que desde que murieron mis abuelos fui de casa en casa con unos y con otros, no tuve una madre que me lo explicara, pero tuve a una de mis tías que me lo contó con todo lujo de detalles, además de la típica charla que dan en el colegio a las niñas en sexto. Aparte, de vez en cuando me compraba alguna revistilla de adolescente que tenía consejos y cosillas de esas que nos conciernen a las chicas a esas edades. Información tuve toda la que quise y más. Cariño y afecto, desde que murieron mis abuelos, más bien poco. Y el caso de Gertie era el contrario: su familia la adoraba, pero no sabía nada de nada. Saan pilló al vuelo lo que ocurría y se dispuso a darle la charlita. En principio respiré aliviada porque así no tendría que hacerlo yo (¿cómo le explicas a una niña de once años algo tan asqueroso y molesto como es el tener la regla?), pero en cuanto Saan empezó a tratar el tema como un “maravilloso regalo de la naturaleza”, no pude evitar poner los ojos en blanco. Por favor, que de maravilloso no tenía nada. Pero decidí no meter baza porque casi mejor que Gertie lo viera así, ahora que aún no lo había experimentado, antes que describírselo como lo que era: una auténtica pesadilla que iba a tener hasta los cincuenta años. Si le decía eso, la niña probablemente se asustaría y cuando le viniera se deprimiría. Ya tendría tiempo para eso y para juzgarlo por sí misma.

Gertie escuchaba embelesada y con la boca abierta todo lo que Saan le contaba. Y llegó el momento en el que Saan le explicó cómo nacen los niños... y cómo se hacen. La cara de asombro de Gertie era un poema (posiblemente cuando a mí me lo explicaron pusiera una cara parecida) y el “Ay, qué asco” que soltó cuando Saan se lo dijo hizo que ésta rompiera a reír y le explicara que no era asqueroso sino todo lo contrario. La niña no se lo creía y Saan me miró, pidiéndome que corroborara sus palabras.

—Muchacha, díselo tú. Que vea que no le estoy mintiendo.

Gertie y Saan me miraron y noté cómo me iba poniendo colorada por momentos.

—Eh... —balbuceé—. Bueno, pues... esto...

—¿Verdad que no te dio asco cuando lo hiciste? —me animó Saan.

—¿Tú lo has hecho, Mel? ¿Has hecho... esa cosa? —se asombró Gertie.

—Eh... bueno, sí...

—¿Y de veras te gustó? ¡Si tiene que ser horrible!

—No, es... es muy bonito...

—¡Cómo va a ser bonito que te hagan pis dentro!

Aquello hizo que Saan se partiera de risa y yo no pude evitar sonreír también. Gertie no entendía nada y Saan le explicó con más detalle cómo se hacían los niños. La pobre Gertie ponía cara como si le dijeran que tenía que comer insectos. Saan intentaba transmitirle la idea de que era algo natural y que si había tanta gente en el mundo era porque mucha gente hacía eso. Yo intenté meter baza diciéndole que era un acto de amor y de entrega hacia esa persona a la que se quiere, pero solo hizo que me mirara como si estuviera loca. Intenté recordar cuando me lo explicaron a mí cuando tenía más o menos su edad, y no recordaba haber reaccionado de esa manera y mucho menos haber dudado de lo que me contaban. Claro que yo tenía tele, iba al cine... y el ver a una pareja en la pantalla haciéndose arrumacos y quitándose la ropa para mí era de lo más normal. Además de que yo tenía mis revistitas donde hablaban mucho del tema. Quizás por eso a Westley le pareció algo raro cuando le dije que quería que lo hiciéramos y se aseguro de que yo supiera en que consistía. Y cómo se preocupó por mí y me cuidó. Entonces me vinieron a la cabeza las palabras adecuadas:

—Gertie, no tienes que preocuparte. Aún eres muy jovencita, pero cuando te venga la regla verás que también te salen los pechos, te crece el trasero... y eso a los chicos les gusta. Les gusta tocar a las chicas y acariciarlas. Algún día tú conocerás a alguien y querrás tenerlo cerca, querrás tocarlo y acariciarlo. Y querrás que él también te toque, porque estarás enamorada. Pero cuando lo conozcas, debes estar segura de que es un buen chico. De que te va a cuidar, a proteger y a preocuparse de que estés bien y de no hacerte daño. Debes estar muy segura de lo que hacer porque no tiene vuelta atrás y al menos la primera vez la vas a recordar el resto de tu vida. Ahora no te lo parece, pero verás que llegará un momento en el que desearás que esa persona esté contigo en todos los sentidos de la palabra. También en tu interior. Querrás sentirlo dentro de ti y notarás que no es para nada desagradable, sino que te gusta. Y querrás repetir, ya lo verás.

Las dos me miraron y transcurrieron unos segundos sin que ninguna dijera nada. Mi abuela hubiera dicho “Ha pasado un ángel”. Saan sonrió y asintió.

—Bueno, pues ya que has mencionado la primera vez, explícaselo también —me animó Saan.

—Ni hablar. Yo ya he hablado mucho del tema por hoy. Eso te lo dejo a ti —contesté.

—A tu hermana le da una vergüenza tremenda hablar de estas cosas —rió Saan, mirando a Gertie—, no quiero imaginarme cómo fue su primera vez. ¿Por qué no nos lo cuentas, eh? Tú tienes la primera vez más reciente que yo.

—No voy a contarle un relato porno a una niña de once años —aclaré amablemente—. Mi primera vez fue muy bonita. Y sí, me dolió. No voy a decir más. Hasta aquí puedo leer.

—¿Leer? —se extrañó Gertie.

—¡Diosas, qué muchacha tan recatada! —se exasperó Saan—. ¡Gertie, cuando crezcas, no seas como ella! ¡Que no te dé vergüenza hablar con otras mujeres de lo que haces en la intimidad! ¡Ni tampoco te avergüences de mostrar tu cuerpo! ¡Debes sentirte orgullosa de tu cuerpo, para que la madre naturaleza se sienta orgullosa de su creación y te recompense!

—Yo no me avergüenzo —aclaró Gertie.

—¿Te vienes a mi rincón? Tu hermana estuvo hace un rato y conoce cómo es. Podemos hacer un ritual las tres.

—¡Sí! —contestó Gertie—. ¡Sí, sí, sí!

—Pero nos tendremos que quitar toda la ropa.

—Conmigo no contéis —me apresuré a aclarar.

—¡Oh, venga, Mel! ¡Será divertido! —suplicó Gertie.

—No.

—Mel, yo te he visto sin ropa y tú me has visto a mí, cuando nos bañamos y cuando nos cambiamos. ¿Por qué no?

—Porque... porque es diferente.

—Déjalo, Gertie —interrumpió Saan—. Vamos tú y yo. Tu hermana se lo pierde.

Gertie me miró con desilusión, y salió de la cabaña junto a Saan. Al cabo de un ratito, salí yo también y me senté en la hierba de fuera: el interior de esa cabaña, estando yo sola en ella, me daba muy mal rollo.

## Capítulo 28

Los hombres volvieron al anochecer. Traían un animal que habían cazado, y señales de haberse reído mucho y habérselo pasado muy bien. Estuvieron un buen rato los cinco (Batoler, Kéliyan, Ferpesán, Vánel y Beltane) preparando la carne; sus risas y exclamaciones se oían desde lejos. Cuando ya era noche cerrada, empecé a oler a quemado: habían encendido una buena hoguera y estaban asando la que iba a ser nuestra cena. Me aproximé y pregunté si podía ayudar en algo, a lo que respondieron que no. Al poco rato llegaron Saan y Gertie, muy animadas, y Gertie se sentó a mi lado mientras Saan traía bebida y platos. No quise preguntarle nada a Gertie sobre lo que había estado haciendo con Saan en la cabaña, y ella tampoco sacó el tema. Se la veía feliz y contenta de modo que no quise darle mayor importancia y decidí olvidar el tema. Saan sería una mujer muy liberal, pero yo no era así, y punto.

La cena estuvo muy entretenida. No faltaron las bromas entre los comensales, y me sorprendió ver que Beltane hablaba y conversaba con los magos. Con lo reservado que era el chico, el verlo hablar tanto me pareció muy raro en él. Los magos estuvieron comentando lo mucho que el chico había progresado, y de lo buen mago y guerrero que sería en el futuro. En unos cuatro años haría su examen definitivo y se convertiría en un auténtico hechicero. Podría ir de pueblo en pueblo y ganarse la vida ayudando a la gente con la magia.

—¿Y la sanación, Beltane? ¿No te gusta? —preguntó Kéliyan.

—No mucho. Prefiero las pociones y los hechizos normales.

—Pero con la sanación podrías ayudar mucho más a la gente. A todos los pueblos que no tengan médico, o que no se lo puedan permitir. Todo el mundo sabe que si al médico no lo pagas, no trabaja.

Ese comentario no me gustó nada. Lo que decían no era cierto. Los médicos estaban para salvar vidas. Para eso habían estudiado. Westley me atendió siempre sin pedirme ni una sola moneda a cambio, incluso cuando apenas nos conocíamos.

—Perdona, pero eso no es verdad —interrumpí.

—¿El qué?

—Lo que has dicho de los médicos. Ellos han estudiado para ayudar a los enfermos. Y siempre lo hacen.

—Si los pagas.

—Un médico nunca dejaría morir a una persona solamente porque no tiene dinero para pagarle.

—Su novio —se metió Beltane— es un sierrahuesos de esos.

—¿Un... un qué?

Beltane me miró con arrogancia. Estaba segura de que había usado esa palabreja para hacerme quedar mal. Como no me contestó, busqué a Vánel con la mirada. Él lo entendió y carraspeo.

—“Sierrahuesos” es la forma despectiva de llamar a los médicos, Mel —me explicó en un tono algo más bajo.

Vamos, que acababa de llamarle algo parecido a matasanos. Entre el desprecio que había notado por la profesión de los médicos en general, y por mi novio en particular, mi mosqueo se convirtió en enfado. Cogí uno de los huesos que había apurado de mi plato y se lo lancé a la cara. El chico no lo vio venir y profirió una exclamación de sorpresa.

—¿Pero a ti qué te pasa, loca? —protestó.

—¡Basta! —gritó Vánel — ¡Los dos! ¿Es que no puede haber ni un solo día en el que estéis tranquilos?

—¡Ha empezado él! —me apresuré a contestar.

—¡Me da igual quién ha empezado! Los dos sois ya lo suficiente mayores como para tener este tipo de peleas. ¡Mirad a Gertie! Solo once años y se comporta de manera más educada que vosotros. Beltane, si sabes que no le sienta bien que se metan con su novio, ¿por qué insistes tanto? Y tú, Mel, ¿no te das cuenta que solo busca provocarte para fastidiarte? —Se levantó y su mirada fue alternándose entre el cielo, el bosque y el páramo— ¡Dioses, decidme qué tengo que hacer para que estos dos por fin aprendan a llevarse bien!

Nos quedamos todos callados por unos instantes. Vánel seguía de pie, con la cabeza hacia el cielo y los ojos cerrados.

Mi enfado se disolvió rápido y noté cómo se estaba sintiendo Vánel. Culpa mía, en parte. Tenía que haber dejado que Beltane dijera lo que quisiera y no haber respondido a su provocación. Y menos de esa manera tan infantil y absurda. Normal que Vánel estuviese desesperado.

—Lo siento, Vánel —Le miré a la cara y añadí, por primera vez—. Padre. Lo siento mucho. Intentaré que no vuelva a suceder.

Vánel abrió los ojos y me miró. No vi enfado en sus ojos, sino otra cosa. No le había pasado desapercibido que me había dirigido a él no por su nombre de pila, como siempre, sino como lo hacían Beltane y Gertie. No había sido premeditado, ni lo había hecho para conmoverle. Simplemente me había salido solo, de manera natural.

—Yo también lo siento —escupió Beltane.

Me sonrió complacido, movió la cabeza afirmativamente, y se volvió a sentar. Pero a mi lado.

—Bueno, rubiales —dijo Batoler—, esto, ¿tu nombre era...?

—¡Gertie! ¡Si te lo dije antes! —exclamó la niña.

—Ah, es que soy muy malo con los nombres. Bueno, Gertie, cuéntanos. Tu padre dice que vas a ser una diseñadora de ropa famosísima y que vendrán de todos los lugares a comprar la ropa que tú harás.

—¡Ay! —Se le iluminaron los ojos— ¡Eso me gustaría mucho, mucho!

Vánel me puso una mano en el hombro. Eso distrajo mi atención de la charla y me hizo mirarle. Tenía una sonrisa sincera y se le veía contento. Le devolví la sonrisa, porque sabía que eso venía a que le había llamado padre, por primera vez desde que me adoptó.

Gertie estaba explicando a los demás cómo hacía la ropa y lo fácil que le resultaba, y su sueño de ir a Pueblo Palacio y dedicarse allí a diseñar y a coser. Pero para Vánel y para mí la charla nos era casi como ruido de fondo. Me sentía muy unida a mi nueva familia, mucho más que a la que había dejado en mi mundo. Vánel lo sabía y se sentía orgulloso y feliz.

Si era cierto que mi destino estaba escrito y predefinido por los dioses desde hacía mucho, agradecía profundamente que hubieran puesto un thesenhal en mi vida aquella mañana, porque



gracias a eso me encontraba allí.  
Gracias a eso tenía una familia.

## Capítulo 29

—Buenas noches, Westley —susurré al meterme en la cama y taparme con la sábana. Todas las noches lo hacía. Allá donde estuviera, le deseaba que durmiera bien y que estuviera a salvo.

Todo lo a salvo que se pudiera estar en una cárcel, claro.

Solo me faltaba él para ser completamente feliz. Cerré los ojos y empecé a soñar con nuestro idílico futuro mientras me iba quedando dormida. Una casita, él con su puesto de médico local, con sus pacientes, sus medicinas, dedicándose a lo que más le gustaba y tan bien se le daba. Y yo a su lado, le ayudaría en lo que pudiera, pero por supuesto que buscaría trabajo en alguna parte. Quizás de dependienta en alguna tienda. Si pudiera ser en una librería... ¡Con lo que me gustaría trabajar en algo que tuviera que ver con los libros! Y cerca habría una escuela, donde Gertie estaría estudiando hasta que cumpliera los dieciséis, mientras Vánel y Beltane se ganaban la vida como hechiceros. Por la noche podríamos cenar todos juntos, y luego ellos se retirarían a su casa, que estaría muy cerca de la nuestra... Sí, qué bonito sueño. Algo así quería yo. Todos juntos y felices. Las casitas de piedra y madera tan bonitas que había visto en algunos pueblos; me imaginaba perfectamente a Westley y a mí viviendo en una casita de esas tan cucas. La visualizaba, con varias habitaciones, todas muy luminosas. Eh... ¿Luminosas? Noté que mi sueño estaba perdiendo rápidamente la luz y se volvía gris y oscuro. Empecé a vislumbrar humo, que tapaba toda la casita de mi sueño. ¿Pero esto era un sueño o... qué era? El humo negro empezó a volverse cada vez más espeso. Yo estaba intranquila; si era un sueño, no me estaba gustando nada. El humo empezó a arremolinarse y a tomar forma, la forma de una cara, con pelo, orejas, cejas, nariz... barba... corona... y unos ojos que se abrieron y me miraron con la mayor carga de furia que había visto en mi vida.

—Estabas ahí, traidora. Sabía que te encontraría. Ya no te me escapas. ¿Creías que podrías engañarme a mí? ¿A mí, que ostento el mayor poder de todo el reino? No hay persona que pueda esconderse de mi poder. Ni tú, ni nadie. Creías que habías ganado, zorra colorada. Prepárate porque tu vida aquí ha sido un juego de niños comparado con lo que te espera ahora. ¡Ven aquí que te voy a enseñar a obedecer!

De debajo de la cara salió una mano gigantesca que se dirigió hacia mí, bien abierta y me pareció que iba directa hacia mi cerebro. Yo no tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero lo único que sabía en aquel momento a ciencia cierta era que no quería que esa alimaña me encontrara. No. Jamás. Todo lo que había hecho para esconderme, toda la protección de Vánel... no podía ser en vano. Y yo no quería estar en poder del maldito rey. No, ni hablar, había saboreado mi libertad y comprendí que no soportaría perderla de nuevo. Y menos para convertirme en su esclava por el resto de mis días. El objetivo del rey era destrozarme, destrozarme tanto mi cuerpo como mi alma. Y no. No. Durante un segundo tuve una pequeña visión del maldito rey inmovilizándose en su cama para “enseñarme a obedecer” y grité, grité con todas mis fuerzas,

llena del más absoluto terror.

Abrí los ojos y me senté bruscamente. Estaba sudorosa, me costaba respirar, tenía el corazón a mil y no dejaba de temblar. En pocos segundos noté que alguien me tocaba a mi lado y di un respingo y un pequeño grito. Me volví rápido, pero era Gertie.

—¡Mel! Mel, ¿qué ha pasado? ¿Te encuentras bien?

Toqué a Gertie en el brazo e hice un poco de presión. Notar a la pequeña junto a mí me hizo volver un poco a la realidad. Estaba en la cama, con ella. No había pasado nada. Abracé a Gertie y la apreté contra mí; necesitaba sentir que seguía ahí, a salvo, con la gente que me quería. Ese sueño me había dejado muy mal cuerpo y necesitaba quitarme el mal sabor. Con la mano libre, Gertie me acarició el pelo.

—¿Era otra pesadilla? No pasa nada, Mel, estoy aquí...

La puerta de la habitación se abrió de repente y entró Vánel.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién ha gritado?

Rápidamente se puso a mi lado. Gertie se apartó. Vánel me cogió la cara con ambas manos y me miró a los ojos.

—Dioses, Mel, hija. ¿Qué ha pasado?

Meforcé por eliminar la cara del rey y su manaza de mi cerebro y mirar a Vánel a los ojos.

—Ah... que... eh... era... era... —balbuceé.

—Tranquila, tranquila. Respira hondo. Cálmate y cuéntamelo.

Cerré los ojos, inspiré y espiré. Tragué saliva e intenté obligarme a mí misma a tranquilizarme. Volví a mirar a Vánel.

—El rey —dije con un hilo de voz—, apa-apareció y me... me dijo... —Tragué saliva y respiré hondo de nuevo— que me había encon... encon-trado, que ya no me esca-paba...

—Oh, dioses —se lamentó Vánel—. No era más que una pesadilla, hija. Respira hondo.

—Había como... humo, mucho humo y... —Respiré hondo— se formó su cara, y una mano que tiraba de mí...

—No. Eso no me gusta. Ven. Levántate.

Me cogió de las manos para ayudarme a salir de la cama, pero en cuanto puse los pies en el suelo, me vine abajo. Aún estaba temblando y no tenía estabilidad. Vánel me levantó.

—Gertie, vuelve a la cama y trata de dormir, ¿de acuerdo, hija?

No vi ni oí si la niña respondía. Vánel me sacó de la habitación y cerró la puerta. En el pasillo estaban Kéliyan y Saan.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Kéliyan.

—El rey. La está intentando localizar a través de los sueños. No estoy seguro de si no lo ha conseguido —explicó Vánel.

—Dioses. Vamos fuera.

Fuimos hasta la parte de atrás de la casa. La noche era muy oscura, y Kéliyan nos iluminó con una bola de luz que salía de su mano. Saan llegó con una manta y la extendió sobre el suelo.

—Para que estés más cómoda. Siéntate, niña.

Volvió a irse y en menos de un minuto me trajo un cuenco con algo humeante.

—Bebe. Para tranquilizarte.

Bebí, y noté un sabor dulzón y suave. Aún temblaba y me notaba sudorosa y muy intranquila. No me quitaba de la cabeza al rey y su manaza.

—Creo que era un hechizo de búsqueda por los sueños —contó Vánel—. Tal y como me lo ha contado, humo que formaba la cara del rey, luego una mano que intentaba cogerla...

—¿Notaste que intentaba cogerte y llevarte? —inquirió Kéliyan.

—Noté como... como si tirara de mí...

—¿Y te resististe?

—Me desperté justo ahí.

Vánel y Kéliyan se miraron.

—No sé si le habrá dado tiempo —comentó Kéliyan.

—Dale gracias a los dioses por haberte despertado. Si hubiera tirado de ti un poco más, ahora mismo estarías a su lado.

El corazón se me encogió y noté como si se me abriera un agujero en el estómago. Miré a los dos, angustiada.

—Tranquila, hija. El rey ha intentado encontrarte usando la magia como canal. De alguna manera, habrá averiguado que te pondrías en contacto con hechiceros. Si estás durmiendo en un lugar donde haya una cantidad grande de magia en el ambiente, puede usar esa magia como canal para meterse en tu sueño y atraparte. Pero te has despertado a tiempo.

—¿Me... me ha encontrado? —gemí.

—Vamos a ver —repuso Kéliyan—. Cierra los ojos, no pienses en nada. Quieta.

Hice lo que me decía y noté como un calorcito agradable a ambos lados de mi cabeza.

—Yo diría que no hay nada —La voz de Kéliyan sonaba muy cerca. Posiblemente estuviera examinándome de cerca con magia y de ahí que notara el calorcito.

—¿Estás seguro, Kéliyan? —Era la voz de Vánel.

—No noto ningún rastro. Ya puedes abrir los ojos.

Los abrí y vi que Kéliyan se separaba de mí.

—Error de novato en este tipo de hechizos —comentó—. Lo primero es dejar el rastro en la persona que se busca y luego se intenta atrapar. Si se falla en el intento, el rastro queda para localizar a la persona.

Miré a uno y a otro.

—¿Qué? ¿Que me ha puesto un rastro? ¿Ahora va a por mí?

—No —declararon los tres a la vez.

—Para hacer esto —aclaró Kéliyan— necesita, como mínimo, un buen hechicero. Como mínimo, uno, pero lo normal es que necesite más. Para invocar y crear un canal que abra la puerta a través del sueño se necesita mucha magia y un objeto tuyo. Una vez creado el conjuro, solo había que esperar a que te durmieras en un lugar en el que hubiera magia latente. Aquí la hay, vivimos un mago y una bruja. Quedan siempre residuos en el ambiente de la casa. En cuanto ha encontrado tu sueño ha tirado de ti. Ese ha sido su error: lo primero es dejar el rastro por si algo fallara. No lo ha hecho, directamente ha pasado a tirar, tú te has despertado a tiempo y le has fastidiado el conjuro.

—¿Y ahora sabe dónde estoy?

—La puerta se abre a una persona, no a un lugar. Ni sabe dónde estás ni puede saberlo.

Eso no me tranquilizaba. No entendía ni la mitad de lo que me estaban diciendo. Solo podía pensar en que el rey había conseguido que le crearan un conjuro muy fuerte para atraerme. Y si no me hubiera llegado a despertar... Pero lo peor no era eso. Era que, mientras siguiera ahí, rodeada de magia, no estaba segura. Noté que se me estaban humedeciendo los ojos. Los cerré e hice un esfuerzo por no llorar.

—¿Y ahora qué voy a hacer? —sollocé— ¿Cómo voy a dormir?

Los tres se miraron.

—No te preocupes —contestó Saan, poniendo mi mano entre las suyas—. Vamos a hacer tú y yo algo para que puedas volverte a dormir sin peligro.

La miré y no supe qué decir. Aún estaba muy nerviosa por todo lo que acababa de suceder. Ya no sabía qué creer y qué no.

—Tranquila —rió—, no es nada por lo que te tengas que quitar la ropa.

Aquello me hizo reír ligeramente, y también a Kéliyan y Vánel. Saan se levantó y me dijo que la esperara unos minutos. Vi cómo se dirigía hacia la casa.

—No te preocupes, muchacha —intentó tranquilizarme Kéliyan—. Es imposible que sepa dónde estás. Te ha localizado por un momento, pero te ha vuelto a perder. Intentará seguir localizándote de esta manera, pero no lo va a conseguir. Ahora Saan te dirá cómo.

Miré a Vánel a los ojos. Abrí varias veces la boca para decir algo coherente, pero no me salía nada.

—Tengo miedo —conseguí decir al fin—. No quiero que me encuentre.

—No lo hará —aseguró Kéliyan.

—¿De verdad que no puede saber dónde estoy?

—No —dijeron los dos a la vez.

—Melania —añadió Vánel—, tranquilízate. Sabe que te has puesto en contacto con magos, pero eso es algo que él ya suponía y era lógico que pensara que buscarías protección por ese lado. Ahora buscará entre los magos, brujas y hechiceros. Intentará que alguno hable y le dé alguna pista de tu paradero. Pero tanto nuestra casa como estas están en terreno neutral. Aquí nadie le debe obediencia al rey. Sabe bien que no es seguro para él hacer una visita a terrenos neutrales porque mucha gente ha tenido que exiliarse al no poder pagar sus exigencias. Corre el riesgo de que no lo reciban muy bien.

—¿Y cuando nos vayamos?

—En principio tenía pensado quedarnos en el pueblo más allá de la llanura. Eso ya son territorios del mundo humano, pero tenemos que pasar algunos días allí para que me informe de los pueblos que hay más allá. Quiero un pueblo en el que Gertie pueda ir al colegio y Beltane y yo podamos ofrecer nuestros servicios. El pueblo que ya conoces me da esas posibilidades. Te prometo que buscaré lo más rápidamente posible uno en la zona neutral para que estés tranquila. Pero confía en mí. No te pasará nada mientras esté yo ahí.

—Hazle caso, muchacha. Confía en él. Si dice que te protegerá, lo hará. Chiquilla —Movié la cabeza de un lado a otro con lentitud—, no tienes ni idea del enorme favor que te hizo al adoptarte. Vas a poder entrar en un pueblo de terreno neutral porque tienes un padre y dos hermanos. Tenéis cada uno un papel que os identifica como familia. No sabes lo que vale eso, muchacha. Una inmigrante sola jamás podría haber conseguido carta de identidad y mucho menos meterse en un pueblo de terreno neutral.

Miré a Vánel.

—Lo sé bien y nunca me alcanzará la vida para agradecerse lo suficiente.

Saan llegó con una cesta llena de materiales de lo más variopinto: conchas, plumas, piedrecitas de colores, ramas, hilos...

—Vamos a ver, niña. Vas a hacer un atrapasueños.

—¿Un atrapasueños? En mi mundo los he visto, son circulares y llevan como plumas colgando.

—Ah, pues mira, entonces sabes cómo son. Tienes que hacerlo tú porque es a ti a quien tiene que proteger. Debes tenerlo siempre cerca de ti cuando duermas, para que impida que otros

puedan acceder a tus sueños. Y para que tus sueños se queden en ti y no se vayan por ahí a ninguna parte.

Me retiré los pelos de la cara. Siempre pensé que los atrapasueños eran objetos decorativos, pero resultaba que no. Decidí no cuestionarme la fiabilidad de lo que me estaban proponiendo; si ellos me decían que eso era lo que me hacía falta, pues vale.

Saan me dio una ramita fina y larga y cogió otra para ella. Empezó a curvarla hasta que hizo un círculo y me dijo que hiciera lo mismo. La ramita era muy flexible y no se rompió. Tras eso, me puso delante un cuenco con una pasta muy espesa de color parduzco. Metió los dedos en ella y empezó a embadurnar su circulito. Miré atentamente el contenido del cuenco según Saan se pringaba los dedos y me pareció como si fueran mocos. Entre el color y el aspecto que tenía aquello, debí de poner una cara que reflejaba lo que estaba pensando, porque Saan se dio cuenta:

—Es savia y resina, no pongas esa cara —Paró un segundo y me miró fijamente—. ¡De los árboles! ¿No te han enseñado nada? Vamos, quita esa cara de asco y empieza, no te comerá.

Hundí las yemas de los dedos y unté un poquito en mi ramita circular. Estaba dispuesta a pringarme lo menos posible, pero a la cuarta o quinta vez que llevé mi mano al cuenco, Saan me la cogió y me hundió bien los dedos en ella. Puaj. Asqueroso, viscoso y pegajoso.

—Así no vas a acabar nunca, niña. Venga. Coge más y úntalo bien.

Hice de tripas corazón y, cogiendo una buena cantidad, terminé de rebozar mi ramita en esa pringue. Lo siguiente fue más sencillo: Me daba más ramitas y las tenía que enroscar y retorcer a lo largo del círculo. Así estuvimos añadiendo material hasta que el círculo finito se hizo muy grueso y tuvo muchas ramas de diversos tonos de marrón. Me recordaba un poco a las guirnaldas de Navidad. Saan me dio un trapo para que me limpiara las manos, pero ni aún así conseguí quitarme el asco. Sacó unas agujas gruesas y un ovillo de hilo blanco. Me lo tendió para que enhebrara la aguja que iba a usar, y a continuación ella hizo lo mismo. Y así, me fue indicando por donde tenía que ir metiendo la aguja y hacia dónde dirigirla para hacer un pequeño patrón. De vez en cuando me daba alguna piedrecita con un agujero en el centro, para que la introdujera en el dibujo y quedará más colorido. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero, bajo la supervisión de Saan, y bajo la luz que Kéliyan nos daba con su magia, poco a poco aquello fue tomando forma, y cuando Saan me dijo que rematara con un nudo y cortara, miré mi obra de arte y me sorprendí. No era en absoluto simétrico y mucho menos perfecto, pero había hecho un bonito dibujo de algo que parecían estrellas. Lo siguiente eran las cosas que colgaban; yo pensaba que serían plumas, pero Saan me sorprendió una vez más diciendo que las plumas representaban el aire, y que si quería tener más elementos para estar más protegida, tenía que incluir las conchas que representaban el mar y las hojas que representaban la tierra. Las plumas fueron sencillas porque solamente tenía que atarlas, pero con las conchas tuve que hacer unos agujeritos con mucho cuidado para pasar los hilos, y las hojas debían ser tratadas con mucho cuidado para no romperse. Una vez unidas, las unté con otra pringue transparente que me dio Saan para que se mantuvieran intactas, le puse un cordel encima al atrapasueños para poder colgarlo, y ya estaba. Terminado. Ni me había dado cuenta, pero se había hecho ya de día. Hacer el atrapasueños me había hecho olvidarme temporalmente del intento del rey, y cuando lo acabé, volví a acordarme, pero ya no estaba tan asustada. Notaba el cansancio porque no había dormido nada.

—Para ser el primero —comentó Saan— te ha quedado muy bien.

Contemplé mi obra de arte. No era lo mejor del mundo, pero no era tan feo; se dejaba ver. Los soles del amanecer proyectaban una luz que pasaba a través de las hojas de los árboles, se reflejaban en las piedrecitas y las hojas de mi creación y le arrancaban unos brillos y destellos

que me hicieron pensar que la naturaleza estaba conmigo, y que todo iría bien.

—¿Vamos a dormir, niña?

Miré a ambos lados. Saan y yo estábamos solas.

—¿Y Kéliyan? ¿Y mi padre?

—Se fueron hace rato. En cuanto tuvimos luz del día para seguir. Anda, vamos a la cama — Señaló el atrapasueños—. Tenlo cerca de ti, a la vista, nunca lo guardes en un cajón, mejor cuélgalo en la pared. Verás como funciona.

—¿Y el rey no podrá...?

—No. Te lo garantizo. Ni el rey ni nadie. Ni siquiera el más poderoso de los magos.

La miré. Tenía unos ojos verdes que refulgían a la luz de las primeras horas del día. Asentí lentamente y esboqué una ligera sonrisa.

—Cuando por fin te decidas a reclamar tu trono, llámanos. Vas a necesitar toda clase de ayuda, pero en lo que a la magia se refiere, puedes contar con todos nosotros.

—Gracias. De verdad.

—Agradécenoslo siendo una buena reina. Haciendo leyes justas y siempre pensando en el bien común.

Volví a asentir.

—Eso es lo que quiero.

—Tienes mucho que aprender todavía, niña. Pero no te desanimes. Lo conseguirás. Anda, vamos a dormir —Se levantó, yo hice lo mismo, y le ayudé a recoger la manta del suelo.

—¿Y lo de los poderes que me iban a enseñar hoy?

—¿Estás loca? ¡Si te estás cayendo de sueño! Déjalo para mañana.

Me dio una palmadita en la espalda y nos pusimos en camino de vuelta a la casa.

## Capítulo 30

Gertie me despertó cuando se aproximaba la hora de comer. En cuanto me senté en la cama me enseñó su atrapasueños. Había visto el mío, se le había antojado uno, y Saan le enseñó a hacerlo, igual que a mí. Miré el suyo y miré el mío. Las comparaciones eran odiosas: el dibujo del de Gertie era mucho más elaborado e intrincado. Había teñido los hilos de colores y parecía un mandala. Abajo no tenía tres colgantes sino algunos más, con plumas, hojas, piedras y conchas de colorines.

—Jo, al lado del tuyo, el mío es chusma.

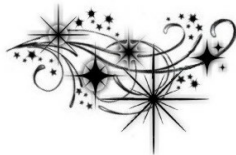
La sonrisa se le fue de la cara.

—¿No te gusta?

—Eh... no es eso —Sonreí—, es que ahora el que no me gusta es el mío.

—¡Pero si te quedó muy bonito! ¡Le hiciste estrellas!

“Y tú un portal interdimensional”, pensé. Once años y las cosas que hacía. Yo con once años en clase de trabajos manuales me ponía hasta las cejas de pegamento y papelitos. Gertie tenía que entrar de aprendiz en la sastrería de Pueblo Palacio. Con ese talento, y las ganas que tenía de dedicarse a ello, sería un crimen desperdiciarlo.



—Quieta. No muevas ni un músculo. Ojos cerrados. Aguanta. Aguanta la energía y siéntela como algo tuyo.

Kéliyan me había “recargado” con una magia muy parecida a la fuente que representaba Palacio. Notaba la marca del dedo hormigueándome, y la energía que me había dado era como un globo que quería estallar. Me estaba costando contenerlo.

—Ahora piensa en el rey. Piensa en lo que le hizo a tu novio. En lo que quería hacer contigo. Bien. ¿Notas que la magia en ti aumenta? ¡Aguántala! No la dejes escapar. Y no abras los ojos hasta que creas que la tienes dominada.

—¿Cómo voy a pensar en ese cabrón y controlar esto al mismo tiempo? —resoplé, apretando los dientes por el esfuerzo.

—Debes hacerlo. Lo tienes ahí. Sigue como hasta ahora y no lo sueltes.

Llevábamos ya varias horas con ese ejercicio, que requería de mí un autocontrol que no creía tener, pero por lo visto tenía. Kéliyan me hacía pensar en el rey para que el odio que sentía aflorara en mí, y una vez había aflorado, mi misión era mantenerlo y aguantar con ese odio latente el máximo tiempo posible, sin dejar escapar la magia de su “recarga”. Practicábamos unos



minutos y luego me dejaba descansar, pero eso sí, sin permitirme que dejara salir el poder mágico de mí. Cuando los soles empezaron a debilitarse y más tarde a titilar, señal de que la noche llegaba, por fin lo dejamos, y yo estaba agotada a nivel físico y mental. Me dolía mucho la cabeza y tuvieron que hacerme una infusión que me calmara un poco, porque además, aquel asunto me había puesto muy nerviosa y, como resultado, toda la angustia se me había bajado al estómago.

Pero los días que siguieron no fueron muy diferentes. A veces entrenaba con Kéliyan, otras veces con Batoler. Daba lo mismo, porque siempre me hacían pensar en el maldito rey para que el odio hiciera querer estallar la magia. Probaron una vez a hacerme pensar en Westley, pero no sirvió: cuando pensaba en él me quedaba tontita y acarameladita; es más, hasta me tranquilizaba. De modo que pasaron del plan “amor verdadero” al plan “odio extremo”, tarde sí, tarde también. Llevábamos cinco o seis días con lo mismo cuando pusieron unas ramas de diferente tamaño delante de mí, y me dijeron que, ya que parecía que lo controlaba para que no saliera de mí sin permiso, que era el momento de aprender a canalizarlo y manejarlo. Pensé que eso sería más difícil, pero, por suerte, me equivoqué. Notaba la magia dentro de mí y no la dejaba salir, así que, cuando coloqué las manos cerca de una rama pequeña y corta, solo tuve que imaginar que la magia salía por mis manos y empujaba la rama, y ¡voilà!, salió un pequeño resplandor de mi mano que hizo que la rama se moviera muy fácilmente.

—¡Ya está! ¡Ya lo controlo!

—No te hagas tantas ilusiones. Has aprendido a canalizarlo. Que está muy bien, pero aún tienes que dominarlo totalmente. A ver si eres capaz de mantener la rama en el aire.

¿Solo eso? A los pocos días de mi llegada a este mundo lo había hecho en la bañera con un poco de agua. Sencillo. Solamente tenía que pensar en levantarla ayudándome de la magia como su fuera una extensión de mi cuerpo.

Recordé cómo el rey, en los calabozos, había levantado a Westley y lo había estrellado contra la pared, sin esfuerzo.

Posiblemente eso fue lo que le rompió la pierna y las costillas.

Y por esas lesiones no pudo moverse de la clínica.

Por eso habíamos tenido que separarnos.

Por culpa del rey, Westley no estaba a mi lado.

Apreté tanto los dientes que noté que me dolían. Respiré, aflojé un poco los músculos de la mandíbula y concentré mi rabia en mis manos y en la rama. Si lo tuviera delante. Si tuviera a ese hijo de la gran puta, le levantaría, como él hizo con mi novio, y le lanzaría por los aires, y dejaría que se estrellara contra el suelo, bien lejos.

Como acababa de hacer yo con la rama.

—¡Muy bien, chiquilla! ¡Muy bien! —me felicitó Batoler.

—Dame algo más grande —pedí, animada por lo que acababa de hacer.

El mago miró a su alrededor y me hizo un gesto para que lo siguiera. Me llevó junto a una piedra tan grande como una cabeza, que estaba medio enterrada.

—A ver si puedes sacarla y lanzarla lejos. Pero cuidado, no me vayas a dar.

Dejé que mi imaginación actuase, y pensé que lo que había ahí no era una piedra, sino el rey. Y yo quería sacarlo de ahí y devolverle unas cuantas de las perradas que me había hecho. Al principio me costó, porque la piedra estaba muy enterrada, pero en cuanto empezó a moverse hacia arriba, apenas si noté que pesaba muchísimo: la levanté, la mantuve unos segundos en el aire, y la lancé lejos.

Casi no me había costado hacerlo. Estaba regocijándome en ello, cuando oí una vozcita

chillona que venía de abajo. Miré hacia el agujero que había dejado la piedra y vi una figurita pequeñaja vestida con ropita y un gorrito con punta doblada hacia atrás, todo en tonos tierra, que daba saltos y emitía chilliditos. Agitaba sus bracitos y se estiraba. Me estaba diciendo algo, sin duda, pero yo solo oía “ñi-ñi-ñi”

—¡Oh! —exclamó Batoler—. Usted perdone. La chica está aprendiendo. No lo ha hecho con mala intención. Le ruego que nos disculpe. Mel, parece que la piedra era una parte importante de su casa.

—¡Ah! Eh... ¡Lo siento mucho! ¿Quiere que... que la devuelva a su sitio?

El personajillo dio un saltito que lo mantuvo unos segundos en el aire, mientras echaba lo que parecía un gran gruñido. Después caminó hacia mí, me dio una patada en el zapato (que ni sentí), le dio otro puntapié a Batoler en el suyo, y se fue por donde había venido, mascullando algo. Excavó un agujero en la tierra, con sus manitas, y en menos de dos minutos se había metido en él.

—¿Qué era eso?

—Un duende de la tierra. Tendría su casa bajo la roca. Suelen hacerlo así porque, en las tormentas, el tener una roca encima hace que su casa esté protegida de convertirse en barro.

Recordaba haber estudiado las distintas especies de duendes. Cuando Batoler lo dijo, me acordé, claro que sí. Solo que, como los duendes de la tierra no producen nada de interés para el mundo humano, apenas los estudié en profundidad; el profe no los consideró muy importantes.

—Podría colocarle de nuevo la roca y dejarla como estaba.

—No te molestes. Sabríamos dónde está su casa, motivo suficiente como para que se mude.

—Vaya. Le he fastidiado.

—No le des importancia. Son rápidos construyendo; no le pasará nada.

—Se le veía bastante... molesto.

—Esos bichos han nacido cabreados. Déjalo que se largue. Roban las plantas de los huertos. Cuanto más lejos, mejor.

## Capítulo 31

Cada tarde practicaba el uso de la magia. Una vez aprendí a controlarla, todo vino rodado; ya no tenía problemas. Kéliyan y Batoler me explicaron bien que lo de la “onda expansiva”, como yo lo llamaba, me serviría para repeler los ataques que otro me pudiera mandar, pero me recomendaron no utilizarlo mucho, ya que, al ser yo el centro del ataque, no controlaría lo que sucediera fuera de mi campo de visión. Mientras mantuviera mi autocontrol y nervios de acero, los poderes no se me dispararían solos por las emociones fuertes. Pero en el caso de que finalmente soltara aquello, me aclararon que saldría volando todo lo que hubiera a mi alrededor, salvo lo que estuviera en contacto conmigo. Eso explicaba por qué la primera vez, en la sala del consejo, salió volando todo excepto la mesa (yo acababa de pegarle un puñetazo), la segunda vez en la clínica no se movió la cama (yo estaba acostada en ella), y la tercera vez, en el calabozo, Westley no sufrió más daño (lo estaba protegiendo con mi cuerpo de las patadas del rey).

Habíamos pasado varios días con los Grandes Magos, y finalmente llegó el momento de partir. Saan nos había hecho a Gertie y a mí unos mitones con telas faéricas y hojas del bosque. Las telas llevaban impregnados unos “ingredientes secretos” que impedían que las hojas se rompieran o se deshicieran y, la verdad, eran muy bonitos: nos cubrían casi hasta el codo, tenían varios tonos de verde y marrón rojizo, y le colgaban un par de bellotas, huecas, de adorno. Llevaban un cordoncillo para ajustarlos, de forma muy parecida a la de los corsés, y Saan me dijo, apartándose del resto un momento, que me serviría para guardar, además, un pequeño cuchillo.

—Quisiera que no tuvieras necesidad de llevarlo —me comentó, melancólica—, pero la vas a tener. No puedo decirte nada más. Sé muy valiente, niña. Y recuerda que aquí estamos los cuatro. Para lo que necesitéis. Cuando vayas a reclamar tu trono, avísanos. Aunque nos veremos antes de eso. Pero mientras, cúdate. Todo lo que aprendas ahora te servirá cuando decidas volver a Palacio para cumplir con tu destino.

—Tú sabes cosas que yo no sé, ¿verdad?

—No puedo decirte nada, niña. Volveremos a vernos antes de lo que piensas.

La miré a los ojos. No había esperanza en ellos, sino bastante tristeza y resignación.

—Voy a pensar que has visto mi muerte —bromeé.

—He visto muchas cosas, la mayoría, confusas. Todas te las conté en mi guarida. No he visto tu muerte. Pero no me preguntes nada más.

Suspiré. El Libro decía que no iba a durar ni un año en el trono. Y probablemente tuviera razón, como la tuvo en lo de que iba a traicionar a la Casa Real. Cuando lo leí me pareció una cosa imposible, pero finalmente había terminado sucediendo.

Como también sucedería lo otro. Y las lecciones de historia eran claras: si un rey o reina dejaba el trono de forma prematura, era debido a su fallecimiento.

—No lo pienses tanto. Deja que todo siga su curso, porque lo va a seguir, quieras o no.

Fruncí los labios, moví la cabeza afirmativamente y volví con los demás, que me estaban esperando. Terminamos de despedirnos, y así, emprendimos el camino de vuelta a la casa.

—Padre —empezó Gertie, al poco rato de caminata—, las cosas del huerto se habrán echado a perder, porque llevamos muchos días sin atenderlo.

—Tranquila, hija, contaba ya con eso. En la cesta llevo carne para tres o cuatro días. No vamos a plantar nada más en el huerto. Hay que prepararlo todo para irnos.

—¿Para irnos? ¿Habrá un relente pronto?

—Sí. Van a provocar uno. Se lo he pedido y aunque me ha costado un poco convencerlos, lo van a hacer.

—Pero, padre —intervino Beltane—, ¿qué prisa hay ahora?

—El último relente tardó más de lo que suelen hacerlo. No quiero esperar otros tantos meses. Nos vamos en unos días. Así que id preparando todas vuestras cosas.

Nos quedamos callados los cuatro mientras seguíamos por el bosque. No quise meter baza, pero yo estaba igual de extrañada que Beltane. No entendía la prisa que le había entrado de repente a Vánel. ¿Qué bicho le había picado ahora para que quisiera largarse como si fuera a venir la peste? Pensé en lo que me había dicho Saan en los últimos días. No había visto mi muerte, pero había visto algo que no me podía contar. ¿Tan serio era, que Vánel les había pedido ayuda para poder salir atravesando la llanura provocando una helada de manera no natural?

Me acerqué a Beltane y llamé su atención tocándole en el brazo.

—¿Tú entiendes algo de todo esto?

Se encogió de hombros y puso una cara de no tener ni idea.

—Creí que se lo habías pedido tú y que nos íbamos por ti, pero, al parecer, estás igual que yo.

—Yo no tengo ningún interés especial en irme.

El chico puso una cara muy seria y miró a su padre, que iba en cabeza.

—No lo sé, Mel. Y la explicación que nos ha dado no me convence mucho. No es... normal.

Dejé pasar como un par de minutos hasta que seguí la conversación.

—Yo... confío en él, Beltane. Si dice que lo mejor es que nos vayamos, será por algún motivo importante. No creo que sea por nada malo. Y sea por el motivo que sea... Bueno, nos acabaremos enterando, ¿no? Y si no nos enteramos, es que no era algo tan grave.

Me miró unos instantes y finalmente esbozó una ligera sonrisa.

—Espero que tengas razón, pelirroja.

## Capítulo 32

Tierras más allá de las fronteras del reino humano

Año de gracia 28 de Basileo

Mes séptimo

Todo se me hizo muy extraño. Apenas tenía cosas que empaquetar, así que lo dejé para el último momento mientras me dedicaba a lavar mi ropa junto a Gertie, por la mañana, y a seguir con las carreritas, ejercicios y prácticas de tiro con arco junto a Vánel por la tarde. Intenté que me explicara a qué había venido ese cambio de planes tan repentino, pero solamente me dijo que no quería quedarse seis meses más allí. A mí me seguía oliendo a chamusquina; de alguna manera sabía que Vánel tenía algo que no nos estaba contando. O, como decía Beltane, “ese río está turbio”. El tema nos había mantenido las cabezas ocupadas y los últimos días no habíamos tenido ocasión de pelearnos, pero volveríamos a chocar tarde o temprano; yo lo sabía y estaba segura de que él también.

Y así, una semana después, en la que nos alimentamos de la carne que nos habíamos traído y después, de algunas frutas que recogimos, Vánel anunció que al día siguiente helaría en la llanura y que nos iríamos. Para la ocasión había llenado su cesto de todas las frutas raras que había podido conseguir, porque en el pueblo pagaban muy bien por ellas. Beltane y él habían cogido sus armas: espadas, puñales y sus arcos con las flechas. Gertie se había llevado su pequeño costurero, y todo lo demás que llevábamos eran ropa y zapatos, aunque tampoco era que tuviéramos tantos.

Beltane y Gertie estaban emocionados cuando salimos de la casa. Yo me sentía algo melancólica, y me sorprendí echándole una última mirada. Cuando llegué, quería irme a toda costa. Cuando tuve la oportunidad, decidí quedarme. Y ahora que nos íbamos, se me hacía todo muy raro. Allí había encontrado una paz y una tranquilidad que nunca había tenido. No tenía que preocuparme por los estudios, ni por broncas de casa, ni me estresaban exigiéndome imposibles. Vivía sin horarios fijos, sin agendas, haciendo simplemente una rutina diaria que perfectamente podía alterarse y no pasaba nada. Todo lo conseguíamos de la naturaleza y no teníamos que rendirle cuentas a nadie. Por no decir que era un lugar bellissimo: la luz se reflejaba en el río y le arrancaba destellos luminosos; pasaba a través de los huecos de entre las hojas de los árboles y llenaba mi piel de tonalidades que nunca me había imaginado, pero sobre todo era que en el ambiente se respiraba paz. Una paz que nunca en mi vida había tenido la ocasión de experimentar.

Noté la mano de Vánel en mi hombro.

—Yo también lo echaré de menos —recalcó.

Me giré hacia él.

—Dime la verdad. ¿Por qué nos vamos? Y no me vengas con lo de que no quieres esperar

hasta una helada auténtica.

—Hay que hacerlo, hija. El tiempo es lo único que no se recupera.

—No me estás respondiendo.

—¿No eras tú la que decía que en la ignorancia estaba la felicidad?

—Sigues sin responderme.

—Y no esperes que lo haga —contestó con una sonrisa bromista.

Sonreí yo también. No habría manera de convencerlo; si no quería decírmelo, no lo haría por mucho que insistiera. Me hizo una señal para que nos pusiéramos en camino, y tras mirar, ahora sí, por última vez la casa, me giré y emprendimos la marcha. Beltane y Gertie nos seguían a poca distancia y hablaban entre ellos.

—Cuando seas reina, puedes tomarte unas vacaciones y volver, si quieres. Así le haces una visita a Beltane —me sugirió Vánel.

—¿A Beltane?

—Claro. Esta será su casa. No creo que la Excelentísima Señora quiera una casa en mitad de ninguna parte teniendo un Palacio con todos los lujos y servicios. ¿O me equivoco?

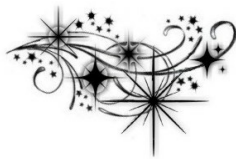
—No, claro, pero, ¿por qué a Beltane? ¿Qué pasa con Gertie?

—En cuanto pise Pueblo Palacio, la señorita aprendiz de costurera no querrá salir de ahí jamás. La conozco bien y eso es lo que va a suceder.

—Entonces, ¿vas a dejárselo todo a Beltane? ¿A Gertie, nada?

—A Gertie le voy a buscar un buen colegio en cuanto llegemos y nos establezcamos. Sin unos estudios básicos, no la admitirán en ninguna sastrería. Es lo mejor que le puedo dar para que cumpla su sueño. Porque quiero que lo haga. Tiene potencial y, si se le da la oportunidad, conseguirá eso que tanto quiere. Llevo ahorrando para conseguir lo suficiente como para cubrirla hasta los dieciséis. Le costará, porque normalmente los niños empiezan a los ocho, pero es muy despierta e inteligente. Le he estado enseñando yo, y estoy seguro de que pasará el examen si se esfuerza un poco. Ella también está dispuesta.

—Y lo conseguirá —afirmé mientras asentía —. Estoy segurísima.



Las cartas de identidad no eran algo obligatorio en el reino. Era un papelito que afirmaba que esa persona era quien decía ser. Para moverse dentro del reino no hacían falta, pero si querías entrar en un pueblo fuera de los dominios del rey, es decir, en la zona neutral, la necesitabas. Conseguirla era fácil si podías demostrar tu identidad de alguna manera: con el acta de nacimiento que expidió el médico que atendió a tu madre cuando naciste, con el acta de escolarización que daban al terminar el colegio o los estudios de alguna Escuela, o también, si habías vivido toda tu vida en el mismo pueblo y no tenías ninguno de esos papeles pero te conocían los vecinos desde hace muchos años, también te la daban. No te la daban, en cambio, si llevabas poco tiempo viviendo en un sitio y nadie o casi nadie te conocía, si tenías antecedentes penales, o... si eras inmigrante.

Por eso, cuando aquella mañana entramos los cuatro en la oficina de administración del pueblo, y Vánel pidió las cartas de identidad, nos miraron con cara rara. Me miraron con cara

rara.

Insistieron en que a mí no podían darme carta de identidad porque no era nacida en ese mundo. Vánel sacó el papelito que habíamos firmado meses atrás, cuando me adoptó, y papeles similares, ya amarillentos, de cuando adoptó a Beltane y a Gertie, y pidió el certificado de familia. La tensión entre él y los trabajadores se podía cortar con un cuchillo. Miraron y requetearon los papeles, los estudiaron como si les fuera la vida en ello, pero no encontraron ningún error ni ningún motivo para no expedir el certificado familiar. Una vez lo hubieron hecho y estando ya lacrado, Vánel lo giró hacia ellos y atacó de nuevo.

—Bien, pues, con este certificado de familia expedido correctamente en el día de hoy, donde se demuestra que somos una familia como todas las demás, deseo que se me expidan las cartas de identidad de mis tres hijos, y la mía.

Callejón sin salida para los de detrás del mostrador. Vánel había encontrado un vacío legal por el cual estaban obligados a darle carta de identidad a una inmigrante. Al ser yo su hija, contaba con su apellido y protección, y no podían negarse.

—Señor De Fanelia, comprenda usted que este es un caso excepcional. No puedo expedir una carta de identidad para una inmigrante.

—Es mi hija.

—Señor, sabe usted perfectamente que los inmigrantes no tienen derecho a algunos privilegios que solo tenemos los nacidos aquí. Es la ley.

—La ley no me prohibió adoptarla. Y, como padre, puedo exigir la carta de identidad de cualquiera de mis hijos, tanto naturales como adoptados.

—Señor, verá, es que...

—No hay diferencias entre hijos naturales y adoptados. Ambos tienen los mismos derechos, así que, dígame, ¿me va a expedir las cartas de identidad que he solicitado, o voy a verme obligado a presentar una queja formal para que pongan a otra persona más competente en ese puesto del que usted goza?

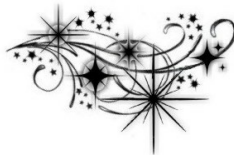
—Señor De Fanelia, debe entender que...

—No, entiéndalo usted. Todos somos iguales. Lo que cuenta en una persona no es el lugar donde haya nacido, sino sus valores humanos. Así que expídame esas cartas de una vez o llame a su superior para que mantengamos una agradable conversación sobre leyes y sobre personas eficientes.

La chica se quedó mirándole con temor. Estaba entre la espada y la pared.

—¡¡Ahora!! —gritó Vánel.

La chica sacó un molde de impresión de uno de los armarios, después sacó cuatro hojas de papel, cargó el molde de tinta y, apretando los labios y con los ojos humedecidos, empezó a imprimir las cartas.



Nos rechazaron en dos albergues.

Por mí.

En uno de ellos dijeron claramente que no admitían inmigrantes. En el otro, en cuanto me

vieron, cambiaron el gesto de la cara y aseguraron que estaban llenos. Cuando nos cerraron la puerta en el segundo, Gertie me abrazó diciéndome que no me preocupara porque ella me quería mucho y que encontraríamos un sitio. Entonces me acordé, y le comenté a Vánel que conocía uno en donde no habría problemas: el mismo donde dormí la noche previa a que Vánel me adoptara. Él me sonrió y me pidió que les guiara. Se me caía la cara de vergüenza; a pesar de saber que yo no tenía la culpa, no podía evitar sentirme mal por todo ese asunto.

Por fortuna, en el albergue que conocía seguían dando alojamiento a los inmigrantes, siempre y cuando pagaran por adelantado. Vánel pagó dos habitaciones dobles contiguas y, mientras subíamos las escaleras del albergue, intentó animarme.

—Mel, hija. No le des importancia. Yo ya suponía que pasaría algo así. Lo tenía más que asumido y, si te soy sincero, contaba con pasar unas cuantas horas de sitio en sitio buscando algún lugar para dormir. Incluso no había descartado que tuviéramos que pasar la noche en algún granero. Gracias a ti hemos ahorrado mucho tiempo y dormiremos en camas. Venga, hija. De personas así está este reino lleno. No dejes que eso te afecte. Cuando lleguemos a terreno neutral será diferente. Ahí la gente es menos... menos conservadora, tienen ideas más modernas y más mentalidad de cambio.

El suelo crujía como si las maderas de las que estaba hecho fueran a resquebrajarse de un momento a otro. Cuando llegamos a nuestras habitaciones, las puertas chirriaron fuertemente al abrirlas. Vánel había pagado un poco más para tener derecho a usar los excusados y los baños, que no eran privados, sino comunes para todos los huéspedes del albergue. Cuando yo dormí en ese albergue, meses antes, ni me preocupé por ese asunto. Pero en aquel momento me parecía un poco abusivo tener que pagar un extra por tener un poco de intimidad para hacer tus necesidades o para lavarte sin que te molestaran.

La habitación que compartíamos Gertie y yo tenía un estrecho armario, que parecía más bien un escobero pero que, para lo poco que teníamos, nos apañó. Además de, por supuesto, las dos camitas con una mesita de noche en medio, y pegada a la pared había una mesa con un aguamanil, dos toallas y una botella de agua. Gertie se miró al espejo que había junto a la mesa, hizo un mohín y abrió la ventana todo lo que pudo para que entrara bien la luz. Volvió a mirarse y me pareció que quedó algo más satisfecha. Se había recogido el pelo en dos trenzas, que le daban un aspecto muy de niña estudiosa y aplicada.

Cuando terminamos de colocar nuestras cosas, llamamos a la puerta de al lado, y Beltane nos dijo que Vánel había salido para vender las frutas que habíamos traído en la cesta grande, pero que, en cuanto volviera, comeríamos los cuatro en algún restaurante y nos contaría sus planes para los próximos días.

Así fue. Nos llevó a comer a un sitio barato pero decente, donde nos sirvieron verduras con crema agria y un pequeño filete. La receta era casera y me sorprendió que estuviera así de buena; en Palacio nunca me habían dado a probar aderezos para los platos, y Vánel solamente usaba hierbecitas para dar sabor y aromatizar un poco. No había tomado salsas y cremas desde... ni me acordaba cuándo. Varios años.

—Bueno, chicos. Os voy a contar lo que vamos a hacer. Voy a investigar sobre los pueblos de la zona neutral más próximos a este. Espero poder hacerlo en unas pocas horas, pero quizás me lleve algo más de tiempo. Necesitamos un pueblo que tenga un colegio donde Gertie pueda estudiar, donde además haya suficiente gente para que Beltane y yo podamos ofrecer nuestros servicios, y donde Mel pueda tener un trabajillo también. Estaremos allí un tiempo, y después quizás nos mudemos a otro pueblo con características similares para que Beltane siga formándose.



—¿Entonces no voy a ir al mismo colegio siempre?— preguntó Gertie.

—No lo sé aún, hija. Todo depende de cómo se nos dé. Pero sabes que un mago en formación no puede estar estancado en un mismo sitio años y años. Gertie... —Vánel hizo un pequeño gesto para indicar a la niña que no había terminado de hablar—. Yo soy el primero que quisiera que estuvieras en el mismo centro escolar hasta que cumplas los dieciséis, y que no tuvieras que cambiar de métodos, de profesores y de compañeros, pero entiende que no puede ser de otra manera. Tu hermano no tuvo la oportunidad de estudiar en un colegio; y ya que tú vas a tener esa suerte, te pido un pequeño sacrificio por tu parte. A ninguno de nosotros nos será fácil estar cambiando de sitio una o dos veces al año, pero somos una familia y nos vamos a apoyar entre nosotros. ¿De acuerdo?

—No voy a poder tener amigas si me tengo que estar yendo siempre —se quejó Gertie.

—De cualquier manera tendrías que despedirte de ellas cuando entres en una sastrería a los dieciséis. No podrías elegir en cuál entras; vas a tener que conformarte en la que te admitan, esté donde esté. Y si haces amigas y son de verdad, ya os ocuparéis de no perder el contacto. Si no se preocupan por saber de ti, es que no merecían la pena.

—Y me tienes a mí, Ricitos de Oro —añadí pasándole el brazo por los hombros.

Esa tarde y durante todo el día siguiente, Vánel nos dejó solos mientras averiguaba los datos que necesitaba en los pueblos próximos, dentro del territorio neutral. Beltane no nos quiso dejar solas, y así estuvimos dando paseos por el pueblo y parándonos en varias tiendas. En el mismo almacén en el que me compré algunas cosas hacía unos meses paramos, y Gertie se quedó prendada de un vestidito ancho con estampado de flores y mangas azul claro. Beltane tenía algo de dinero que le había confiado Vánel para comprar alguna que otra cosa, de modo que la niña estaba alegre como unas castañuelas. Yo divisé una especie de camiseta color tostado que combinaba bastante bien con un chaleco marrón oscuro. Estaba un poco cansada de llevar camisas blancas, así que decidí dar un aire nuevo y algo de color a mi vestuario y me lo probé, junto con un cinturón. Me miré al espejo y parecía salida de la Tierra Media. Me gustaba, sí.

—¿Sabes que esa ropa es de hombre, pelirroja?

Me giré y descubrí a Beltane mirándome con una mueca guasona.

—¿Quieres dejar de espiarme mientras me cambio, pedazo de salido imbécil?

—Eh, eh, cuidado con tus palabras, que acabo de llegar. Gertie te lo puede confirmar.

—¡Huy, Mel! —intervino de repente Gertie, que llegó detrás—. Beltane tiene razón, eso es de chico.

Volví a mirarme al espejo. Sería de chico, pero lo cierto era que no me importaba demasiado.

—Me da igual. Me gusta cómo me queda, es práctico y cómodo. Me lo voy a llevar.

—Mel, oye, ¿me harías un favor? —Se acercó a mí y me cogió las manos.

—Claro, peque. ¿Quieres algo y Beltane no te lo compra? No te preocupes, aquí está tu hermana mayor.

—¿Eh? Nooo —Empezó a reírse.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Que te pongas una falda.

Al fondo, Beltane empezó a reírse a carcajada limpia. Las dos le miramos.

—¿Y a ti qué te pasa, pedazo de bobo? —increpé—. ¿De qué te ríes? ¿Te has mirado al espejo?

—Cuando te mires tú, entonces sí que me voy a reír —se burló él.

—Pobrecito Beltane, qué poco mundo tiene. No sabe que las chicas suelen usar falda. ¿Sabes,

Gertie? Creo que nunca vamos a ir de boda. Nuestro hermano es un inadaptable social y jamás encontrará pareja.

—Habla la que se viste de hombre. Seguro que ni sabes cómo ponerte una falda. Parece que quisieras atraer a las mujeres. Aunque no creo que haya alguna con tan mal gusto.

—¡¡¡Ya vale!!! —gritó Gertie—. A padre no le gusta que peleéis. Y a mí tampoco.

Nos quedamos callados los dos y nos miramos, desafiándonos. Finalmente, Beltane se dio la vuelta y se alejó del rincón que hacía las veces de probador, dejándonos solas.

—Venga, Mel. Vamos a demostrarle que te sabes vestir de chica. Cómprate una falda, ¿eh? Una bonita. Venga, por favor. Quiero que vayamos las dos vestidas de chica en los pueblos nuevos. No te digo que te la pongas todos los días, pero unos pocos solo.

Por un momento se me encendió una bombilla en la cabeza y pensé que quizás me convendría tener una falda si estaba pensando en ponerme a trabajar. Antes de conocer a Vánel, en el trabajo que tenía, iba en pantalones, pero porque los dueños eran inmigrantes, españoles además, como yo, y por eso no les importaba. Pero esa suerte no era probable que se repitiera. Probablemente me vendría bien tener una falda para parecer una más del pueblo. Lo último que quería era llamar más la atención de lo que ya lo hacía con mi pelo, cuyas raíces rojas medían casi dos palmos y no había pañoleta que las tapara del todo.

Gertie me fue acercando faldas. Todas eran bastante sosas: lisas y a la altura de un poco más arriba del tobillo. Tras probarme unas cuantas, me decidí y me llevé todo el conjunto puesto: una blusa blanca de manga corta que dejaba los hombros y las clavículas al descubierto, un corpiño marrón oscuro hecho para llevar por encima, y la falda, que me la llevé en añil. Gertie aprobó mi decisión y me llevó fuera de la zona del rincón-probador. La dependienta sonrió al verme y movió la cabeza afirmativamente. Busqué a Beltane con la mirada y lo encontré enseguida: me estaba mirando con los ojos muy abiertos y cara de alhelado.

—¿Qué? —le espeté, triunfante—. ¿No me veías capaz, eh?

—Ya ves, pelirroja —me contestó, muy tranquilo—. Acabas de demostrarme lo que ya sabía: que solo hay que provocarte, diciendo que no eres te atreves a hacer algo, para que lo hagas. Eres tan previsible, hermanita —Se volvió hacia la dependienta y le dio unos billetes—. Cobre toda la ropa, por favor.

Me quedé sin palabras. ¿Esa había sido su intención desde el principio? ¿Me había puesto una encerrona?

—Mel, no le hagas caso —me aconsejó Gertie—. Estás muy guapa.

## Capítulo 33

Seguimos paseando por el pueblo. Gertie se paraba en casi todos los escaparates de “cosas bonitas”, como decía ella. Abalorios, telas, zapatos, bolsos... incluso adornos para el hogar. Al cabo de un rato, hubo una tienda en la que quiso entrar.

Era una tienda de telas, tenía dos pisos, y a la niña le faltaban ojos para mirarlo todo. No dejaba de dar vueltas como si estuviera en el paraíso. Gertie se paraba a cada paso y admiraba, tocaba, olía, acariciaba casi todo lo que iba encontrando tanto que llegué a temer que le llamaran la atención por sobona, pero no ocurrió. Cuando llegó a la zona de las puntillas y los encajes, la pobrecita casi chillaba de la emoción. Realmente esa era su vocación, era lo que más le gustaba, y estaba totalmente en su salsa. No como yo, que todo me parecía normal y no encontraba motivo para emocionarme como ella. Al cabo de un rato, estaba tan aburrida y acalorada, que me cansé de abanicarme con la mano y les dije a Beltane y Gertie que me iba a tomar un poco el aire fuera. Beltane me respondió que enseguida iría él también.

Cuando salí de la tienda, sentí bastante alivio. No es que fuera hiciese mejor tiempo, porque hacía bastante bochorno, pero al menos corría una ligera brisa. Empecé a pasear tranquilamente por los alrededores, mirando de vez en cuando a la puerta de la tienda, por si Beltane salía y me hacía compañía.

No se veía a nadie en la calle. Normal, con el calor que hacía, todo el mundo querría estar en su casa y salir cuando ya pegara menos. Doblé la esquina, hacia un callejón a la sombra. Estaba pensando lo bien que se estaba ahí, cuando algo muy duro chocó contra mi cabeza, haciéndome daño. Solté un gritito, me giré y vi caer una piedra. Me llevé la mano y apreté fuerte en el lugar donde había dado la piedra, que me dolía mucho. Levanté la vista y vi un grupo de tres que me tiraban otra piedra mientras se dirigían hacia mí. Todavía sorprendida, me dio tiempo a apartarme y esquivarla. Quise escaparme por un lado, pero me cortaron el paso.

—¿Qué? ¿Estás bien aquí, piojosa? —me increpó uno de ellos.

—¿Por qué no vuelves a la cloaca de donde viniste? —me desafió otro.

—Los de tu mundo sois peor que una puta plaga —continuó el tercero.

Me quedé callada unos instantes y traté de salir del callejón por un lado.

—¿A dónde vas? —preguntó uno, cortándome el paso.

—¡Dejadme en paz! —grité.

—¡Vuélvete a tu mundo y púdrete ahí!

—¿La enseñamos el camino?

—No hace falta —contesté, yéndome hacia el otro lado para salir de ahí.

—Eh, eh, no tan deprisa —noté que me agarraban por la ropa para detenerme. En ese momento tuve un pequeño *deja vu* y mi primer pensamiento fue claro: jamás, jamás en la vida dejaría que nadie, ni en este mundo ni en el mío, me volviera a poner la mano encima sin mi consentimiento.

Ya había tragado bastantes abusos y no iba a consentir ni uno más.

Rápidamente me giré y le estampé un codazo que le acertó en toda la cara. Eso hizo que me soltara y aproveché para dedicarle un buen rechazazo directo a su mandíbula. Pero eran tres, yo solo una, y, evidentemente, la inferioridad numérica jugaba en mi contra. Los otros dos me sujetaron mientras el primero se recuperaba. Me miró con los ojos inyectados en sangre, sacó un cuchillo y dejó que lo viera bien.

—Te crees muy valiente, ¿eh? Pues ya que eres tan feliz aquí, vamos a hacerte una sonrisa bien grande. Sujetadla.

Uno de ellos se puso a mi espalda y me sujetó bien por los brazos y los hombros; el otro me sujetó la cara, pero conseguí girarla en un descuido suyo y le clavé los dientes en la mano, bien fuerte. Oí como gritaba y eso me dio adrenalina para apretar aún más. Me soltó la cara y tiró de su mano, mientras que el que me sujetaba por detrás dio un tirón de mí, que hizo que soltara al que estaba mordiéndole la mano. Cuando se la vi me sentí orgullosa: tenía una marca en forma de media luna por la que estaba manando sangre a base de bien. Sacudí la cabeza hacia atrás, con brusquedad, para darle al que quedaba, a mi espalda, y sí que le di, pero no con suficiente fuerza, porque no me soltó. Intenté zafarme, sin resultado. El primero de mis atacantes, todavía con el cuchillo en la mano, se dirigió hacia mí con el brazo estirado para clavármelo, y por medio segundo pensé que no salía de esa, cuando el callejón se inundó de una tremenda ola de calor, causado por una bola de fuego había llegado desde el otro extremo, y se llevó por delante al del cuchillo, que empezó a emitir terribles alaridos. Inmediatamente noté que el que me tenía sujeto me había soltado, y oí un golpe. Me giré, y ahí estaba Beltane. Había apartado de mí al que me tenía agarrada, y le estaba dando una soberana tunda. Por el rabillo del ojo vi que se movía algo, miré bien, y divisé al de la mano mordida saliendo por patas de allí.

Detrás de mí, seguía oyendo gritar de dolor al primero. Empezaba a oler a carne quemada, y creía saber por qué, pero yo no podía mirar, no quería que se confirmara lo que estaba pensando.

Los alaridos se me estaban metiendo demasiado en la cabeza. Era insoportable. Me tapé los oídos... Fue lo único que conseguí hacer, porque el resto de mi cuerpo no me respondía. Estaba como petrificada.

Conseguí girarme hacia donde estaba Beltane. El tipo que me había atacado tenía toda la cara llena de sangre y estaba en notable inferioridad. Beltane le cogió por el cuello de la camisa y le habló a escasos centímetros de su cara.

—Vuelve a tocarle un solo pelo a mi hermana, y te juro que te mato —Le zarandé, provocando que el otro gimiera—. ¿¿Me has entendido, hijo de mil putas??

El tipo estaba demasiado magullado como para contestar. Beltane le arrojó con violencia a un rincón. A pesar de estar tapándome los oídos, oí cómo su cuerpo golpeaba las paredes, y ese sonido me provocó un estremecimiento. Me quité las manos de los oídos y me froté los brazos. Notaba que estaba empezando a temblar.

Ya no se oía nada. El callejón era todo silencio.

Beltane se volvió y se dirigió hacia mí. Instintivamente, retrocedí, y él se detuvo.

—Mel...

Di un paso más hacia atrás.

Desconocía a ese Beltane que tenía ante mí.

Me daba miedo.

Tragué saliva e intenté poner en orden el torbellino de emociones que bullía dentro de mí.

Acababa de verle dando rienda suelta a toda su rabia. Pero él... era mi hermano. Jamás me haría

daño. De hecho, aquel ataque de furia había sido por defenderme. No tenía que tenerle miedo.

Di un paso hacia él, todavía temerosa.

—¿Estás bien?

Asentí mientras me llevaba la mano a donde me había dado la piedra. Beltane se acercó y, despacio, retiró un poco mi mano para ver el daño.

—¿Te han pegado?

—Una pedrada.

—¿Te han... hecho algo más?

Me miraba con ojos muy serios y preocupados. Jamás lo había visto así, y la escena que acababa de ver me había dejado patidifusa. Sabía que Vánel estaba entrenando a Beltane para que fuera un guerrero, pero desconocía de lo que era capaz. La paliza que le había dado a aquel tipo me dejaba claro que no era un simple aprendiz, sino que sabía pelear, defenderse y defender a los suyos. Vánel había hecho un buen trabajo.

—No.

—¿De verdad?

—Llegaste a tiempo.

En ese momento advertí el fuerte olor a carne chamuscada. Me acordé de la bola de fuego que arrolló al del cuchillo y esa vez sí que me atreví a buscarlo con la mirada. Al fondo del callejón había... un bulto negro ardiendo. Lo esperaba, pero no pude evitar llevarme las dos manos a la boca.

—No mires —ordenó Beltane, girándome y apoyándome contra él—. No es muy agradable de ver.

—Beltane...

—Iba a clavarte el cuchillo en la cara.

Seguía temblando. En principio, mi propio instinto de supervivencia me mantuvo alerta para defenderme, pero, ahora que todo había pasado, la adrenalina se había disipado y solo me quedaba todo lo asustada que estaba.

Dios mío, Beltane había matado a un hombre. Lo había quemado vivo. Y a otro le había dado una paliza de muerte.

Claro que... eran o ellos, o yo. Y Beltane había tenido bien claro quién debía salvarse y quién iba a recibir.

Los gritos del tipo mientras era devorado por las llamas se repetían una y otra vez en mi cabeza. Estaba temblando cada vez más, sin poderlo controlar.

—Y... —continuó Beltane—. No creo que se hubieran conformado solo con rajarte la cara. Eran tres, Mel.

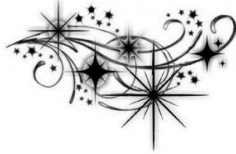
Cerré los ojos, todavía con la cara medio escondida en el hombro de Beltane. Noté que una lágrima me bajaba por la mejilla.

—Venga, ya pasó. Tranquila.

—Vámonos de aquí, Beltane.

—¿Quieres volver al albergue?

—Sí, por favor.



Beltane me había llevado a la habitación. Allí, con un conjuro, había congelado un poco de agua en el aguamanil. Gertie había envuelto el hielo resultante en una tela que tenía, y me lo apretaba contra el golpe, a un lado de la frente. No había llegado a hacérseme una herida, pero se me estaba hinchando y todo parecía indicar que me esperaba un buen chichón.

No le habíamos dicho a Gertie toda la verdad. Le dijimos que me atacaron y que Beltane los espantó. Omitimos todos los detalles del cuchillo, la paliza y la bola de fuego. Y, la verdad, mejor así. Que conservara su inocencia mientras pudiera.

Vánel llegó por la noche para buscarnos para cenar, y se encontró con el percal. No quisimos decir mucho mientras estuviera Gertie delante, pero Vánel no se cortó en demostrar lo indignado que estaba con todo el asunto del ataque. Luego se fue con Beltane a la habitación contigua, la que compartían, y Gertie y yo oímos a ambos discutir. No entendimos nada, y no nos pareció bien escuchar. Pero hubo gritos por ambas partes prácticamente cada pocos segundos.

Gertie me preguntaba de vez en cuando si me dolía mucho o si se me iba pasando. Yo no tenía ganas de hablar ni de nada; acababa de salvarme por los pelos de que me hicieran una cara nueva, y estaba intentando asimilar que mi hermano, tan introvertido que parecía, atacaba como si tuviera un berserker en su interior. Y si tenía que matar, no le daba ningún apuro. No tenía claro si me alegraba de tener semejante guardaespaldas, o me asustaba esa brutalidad desmedida.

Al cabo de lo que me pareció aproximadamente una hora, Beltane y Vánel llamaron a la puerta. Gertie los abrió, y cuando pasaron, nos comunicaron que iban a salir a buscar la cena, para que no tuviera que salir del cuarto y así pudiera descansar. Nos prohibieron salir, bajo cualquier circunstancia, y nos dejaron de nuevo solas. Volvieron al cabo de un rato con la cena: lonchas de carne crujiente, acompañadas de unas tiras de algo verdoso que sabían parecido a las patatas, y pan. A pesar de todo lo que había sucedido, al olor de la cena se me abrió el apetito, y me supo bien, lo cual alegró a Vánel. Terminamos de cenar y los hombres se pusieron en pie.

—Chicas —anunció Vánel—. Preparad vuestras cosas. Nos iremos mañana temprano.

—¿Tan pronto, padre? —preguntó Gertie—. Creí que nos quedaríamos unos pocos días.

—No quiero quedarme en este pueblo ni un día más. Estoy muy harto de la gente intolerante. Mañana nos vamos a un pueblo en terrenos neutrales.

Hubo unos instantes de silencio. Cogí el hielo y me lo volví a poner en el chichón. Me dolía al simple roce; no me iba a dar buena noche.

— Debéis intentar descansar. Las dos. Mañana saldremos muy temprano y estaremos todo el día en la carreta. Mel, si te doliera mucho y necesitaras que te hagamos más hielo, solo pídenoslo. A cualquier hora. No te preocupes si nos despertaras. ¿De acuerdo? —continuó Vánel.

Lo miré y dije que sí con la cabeza.

—Buenas noches, hijas.

Vánel y Beltane salieron del cuarto. Dejé el hielo en el aguamanil y me quité la ropa nueva para ponerme el camisón. Gertie me ofreció su ayuda, pero no la necesité. En tan solo unos minutos, nos habíamos acostado las dos. Estaba incómoda; no podía ponerme nada más que de un lado y boca arriba, porque boca abajo y sobre el otro lado el chichón me rozaba con la almohada y me hacía ver las estrellas. Pero no era por eso por lo que no pude apenas dormir. El verdadero

motivo es que los alaridos del hombre ardiendo se me repetían una y otra vez, como si se me hubieran incrustado en el cerebro.

## Capítulo 34

Partimos.

Vánel pagó una carreta que nos llevaría hasta las puertas del pueblo que había elegido. Al ser un viaje que iba más allá de las fronteras del reino, no era un servicio regular, como las carretas que iban entre los pueblos, sino particular. Varias familias vivían de eso: era como un servicio de taxis y cobraban un plus por llevarte fuera de las fronteras. Vánel se juntó con dos familias que también iban a ese pueblo, y así el gasto se compartió entre varios. Fuimos un poco apretados, pero no incómodos.

Salimos muy temprano, cuando aún no había amanecido, y así, pude ver amanecer desde la carreta. No hicimos ninguna parada; lo habíamos acordado así para llegar cuanto antes. Comimos un poco de pan y queso mientras nos acompañaba el traqueteo producido por los innumerables baches y piedras del camino. A mediodía, el calor apretaba tanto que estiraron la cubierta de lona de la carreta para que pudiéramos estar a la sombra, con lo cual, se me acabó el contemplar el paisaje. Cuando los soles empezaron a emitir una luz algo más tenue y habíamos dejado de sudar como pollos, volvieron a replegar la cubierta y el aire, un poco más fresco, nos alivió un poco a todos.

Estaba ya anocheciendo cuando los conductores pararon y nos anunciaron que habíamos llegado. Me asomé, impaciente por saber cómo eran esos pueblos neutrales, si serían diferentes, o cómo. Pero lo que vi fue una enorme muralla de piedras gruesas y macizas cuyos límites se perdían a ambos lados. Cada pocos metros había una pareja de hombres cuadrados, armados y uniformados, que vigilaban. Pero lo que más me llamó la atención fue la fila que salía de la entrada. Había mucha gente acampada en el suelo haciendo cola. Vánel nos hizo una señal para que le siguiéramos, y nos pusimos al final de la cola, junto con las dos familias que habían compartido el viaje en carreta con nosotros.

—Bueno, chicos, poneos cómodos, que vamos a pasar aquí la noche.

A Gertie se le abrió la boca de par en par. Yo estaba igual de sorprendida.

—¿Aquí? ¿A la intemperie?

—Sí, Mel. No os lo dije, lo sé. Pero la cola es para entrar. Van por orden de llegada, y grupo que entra, grupo al que se le interroga y se le examina durante varias horas. No quieren que se les cuele ningún delincuente, ni nadie que crean que vaya a alterar su tranquilidad. No quieren que estos pueblos se conviertan en unos similares a los del reino. Controlan mucho a todo el que entra. Ya veis la vigilancia que hay para que no se cuele nadie por el muro —Señaló a los tiotes uniformados—. Son los guardianes de la puerta.

—¿Y los maestros de las llaves? —murmuré, divertida. No me oyeron.

—¿Entonces dormimos ahora aquí, y mañana entraremos? —quiso saber Gertie.

—No lo sé con seguridad, hija. Mañana, o pasado mañana, tal vez. Pero no te preocupes; he



previsto esto y traigo comida y agua. Y con la vigilancia que hay, no va a pasar nada. Estaremos un poco incómodos, pero es algo por lo que debemos pasar.

—¡Pero yo no quiero dormir en el suelo!

—¿Y te crees que todos los que estamos aquí sí, pequeñaja? —protestó Beltane.

—¡No me llames pequeñaja!

—Pues compórtate como una persona mayor.

La niña puso tal gesto de tristeza en su carita que parecía que se iba a echar a llorar de un momento a otro. Me acerqué a ella y la abracé. Efectivamente, le cayó alguna lagrimita, pero no hubo llantos o alguna palabra más por su parte. Buscó en su hatillo una pañoleta, se recogió las trenzas y se las tapó con ella. Me recomendó que hiciera lo mismo si no quería que el pelo se me llenara de tierra. Vánel, mientras, extendió una tela gruesa en el suelo para que nos tumbáramos en ella. Gertie lo hizo y abrazó su hatillo con gesto desolado. Se lo cogí con suavidad y se lo puse a modo de almohada. La niña me miró y se sorbió los mocos.

—Gracias, Mel. Te quiero mucho.

—Y yo a ti, Ricitos de Oro. Venga, que esto no durará mucho. Y vamos a estar los cuatro juntos. Además, esta noche podemos contar estrellas. ¿Nunca has pensado en lo bonito que es dormir bajo un cielo estrellado?

La niña esbozó una ligera sonrisa y cerró los ojos. Yo me dirigí a Vánel; me preocupaba lo que había dicho.

—Vánel...

—¿Qué tal tu cabeza? ¿Te duele el chichón?

Me encogí de hombros.

—Lo normal, supongo. Tendré que aguantar hasta que me baje. Pero yo quería preguntarte otra cosa.

—Podrás entrar.

Qué tío. Me había leído el pensamiento. Cómo me conocía.

—¿Estás seguro?

—Eres mi hija, llegaste de tu mundo hace año y medio y estuviste trabajando en la zona de Pueblo Palacio. Después te fuiste de ahí, por cambiar de aires, y hace un año un thesenhal te llevó hasta mí y te adopté. Tenemos papeles que lo demuestran. Tu nombre está limpio. No habrá problemas.

Qué sencillo parecía todo. Había cambiado mis tres años en Palacio por medio año como dependienta, para que la fecha de mi llegada no coincidiera con la de la princesa. Habíamos ensayado bien la historia los cuatro para que nuestras declaraciones fueran las mismas. Y teniendo un papel oficial según el cual mi nombre era Mel de Fanelia... ¿Qué podía salir mal?

Pues todo. Porque, efectivamente, los controles para entrar en ese pueblo eran tan estrictos que ríete tú de las aduanas.

Estaba tan cansada por la falta de sueño y todo el largo viaje, que no me costó dormirme a pesar de no tener cama. Esa noche y también la siguiente las pasamos en la cola. El día entero allí fue espantoso, porque hacía un sol de justicia que nos provocó a Gertie y a mí dolor de cabeza. El chichón empezó a palpitarme dolorosamente, lo que, sumado al calor, hizo que me mareara. Vánel tuvo que quitar la tela sobre la que estábamos para ponerla extendida sobre nosotros de modo que nos diera sombra, porque hacía tal temperatura que, al menos yo, creía que me iba a morir ahí mismo. Me sudaba todo el cuerpo, y me molestaban hasta las braguitas. Gertie tampoco lo estaba pasando mejor. Por fortuna, los guardias de la muralla nos informaron que podíamos pedir a los

de la entrada que nos rellenaran las cantimploras y los odres con agua de manera gratuita; el que tuvieran un control tan riguroso no significaba que dejaran que los que estaban en la cola se muriesen de sed. Gracias a eso no nos deshidratamos, y pudimos mojarnos y así refrescarnos un poco, porque no miento cuando digo que hacía mucho, mucho calor. Además, Beltane volvió a congelarme un poco de agua para que me pusiera hielo en el chichón. Según se derretía, el reguero de agua fresquita me iba cayendo por la cara y me sentaba fenomenal.

Las dos noches que pasamos en la cola, Gertie y yo dormíamos la una junto a la otra. No abrazadas, porque teníamos tanto calor que era como si nos abrazáramos a una estufa, pero de vez en cuando nos cogíamos de las manos. A ambos lados estaban Beltane y Vánel, con sendos cuchillos preparados por si sucediera algo, pero nunca sucedió nada.

Tras la segunda noche, entró la familia que iba justo delante de nosotros, y a media mañana llegó nuestro turno. La puerta de entrada del muro daba a un edificio hecho del mismo material. No vi ninguna ventana ni nada que me dejara echar un vistazo a cómo era el pueblo, y los guardias que nos escoltaron nos conducían como si estuviésemos arrestados por algo. No me gustaba nada todo aquello y tenía todos los nervios en el estómago.

Nos hicieron pasar a una sala grande donde había una mesa y varias sillas. Nos invitaron a sentarnos, y a los pocos minutos se presentó un tribunal formado por tres mujeres y dos hombres. Se presentaron y nos dijeron que iban a evaluar nuestra petición. Lo primero que hicieron fue preguntar si éramos amigos o familia. Vánel contestó y nos presentó. En ningún momento omitió que los tres éramos adoptados. En cuanto a los motivos por los que queríamos vivir en ese pueblo, Vánel comentó que era fundamentalmente por mí, porque al ser inmigrante, cada día sufría el rechazo de la gente, y por las leyes que me hacían quedar en inferioridad de condiciones. Vánel manifestó que quería que sus hijos vivieran en paz y tranquilidad, sin tener que preocuparse de que alguien pudiera atacarlos. También les contó lo del ataque en el pueblo, y me pidió que me apartara un poco la pañoleta y el pelo para que pudieran ver el chichón. El tribunal le escuchaba, muy atentos todos sus miembros, y de vez en cuando alguno tomaba notas. Les resultó muy interesante que Beltane y Vánel fueran magos y que quisieran continuar allí. Tras esa primera entrevista, nos separaron y nos hicieron entrar a cada uno en una habitación.

La habitación en la que me dijeron que esperara no tenía muchas diferencias con respecto a donde acabábamos de estar. Una mesa algo más pequeña, una silla para mí y dos más para la pareja que vino al cabo de un buen rato. Traían las anotaciones que habían hecho, y mi carta de identidad. Los nervios me hacían temblar, y el corazón se me salía por la boca. Ni una sonrisa, ni nada para relajar el ambiente.

—Bien. Mel de Fanelia, nacida en los Continentes, llegada aquí hace año y medio. Anteriormente, Mel Bolsón. Veintiún años. ¿Correcto?

—Sí, es correcto.

—Vamos a hacerte una serie de preguntas y nos debes responder con la verdad. Si nos mientes, ten por seguro que lo sabremos, y ni tú ni tu familia podréis pasar ni a este pueblo ni a ningún otro de la zona neutral, porque vuestros nombres estarán en una lista negra. ¿Entendido?

—Sí.

—Abre el hatillo con tu equipaje, por favor.

Los miré con reticencia, pero puse mi hatillo sobre la mesa y obedecí. La mujer se acercó y examinó mi ropa. No me dijo nada respecto a la ropa de chico, pero sí inspeccionó los dobladillos de cada una de las prendas, hasta de las braguitas.

—Esto es de confección élfica, ¿verdad? —preguntó cuando cogió el camisón.

—Sí, fue un re-regalo de unos elfos amigos de mi padre.

—¿Sientes algún tipo de inclinación hacia o en contra del pueblo élfico?

—No, ninguna en especial. Son buena gente, pero no siento nada especial por ellos.

Gracias a Vánel, que me había hecho perderles ese terror que me ocasionaban. Cuánto le debía a Vánel. Por favor, que no la pifiásemos por mi culpa.

—Esto es un atrapasueños. ¿Tienes problemas por las noches?

—Al-alguna pesadilla de vez en cuando. El atrapasueños me ayuda a dormir.

—Estos mitones son de tela faérica. ¿Tienes amistades entre las hadas?

—No. Fueron un regalo de una amiga que sí conoce... a algunas hadas. Creo... no estoy muy segura de eso.

—Este arco y estas flechas, ¿son tuyos?

—Sí, me los regaló mi padre.

—¿Sabes usarlos?

—Estoy aprendiendo.

—Haznos una demostración, por favor —Señaló un recoveco entre dos piedras de la pared—. Clava aquí la flecha.

Ay mi madre, que yo no tenía puntería. Me alejé todo lo que pude, abrí las piernas, me coloqué, tensé todo lo que mis nervios me permitieron, apunté y disparé. La flecha se clavó un poco más arriba de donde me habían señalado. El hombre la desincrustó y la devolvió al carcaj. Se sentó y anotó algo. ¿Bueno? ¿Malo? ¿Que tenía el pulso como para robar panderetas? ¿Que con el arco tenía más peligro que Gollum en una joyería? Acabábamos de empezar y yo ya estaba consumida por los nervios. No sabía cómo iba a aguantar lo que sea que me siguieran preguntando.

—¿Qué intenciones tienes para con tu arco y tus flechas?

—Mi padre me está enseñando a usarlos —respondí muy despacito, tratando de vocalizar—. No tengo intención de atacar a nadie, quizás los use para cazar si nos vemos en la necesidad. Solamente eso. Y... quizás en defensa propia, mía o de mi familia, aunque espero que eso nunca tenga que suceder.

La mujer se acercó a mí.

—Voy a inspeccionarte. Ponte derecha y estira los brazos.

La mujer me palpó enterita: brazos, piernas, espalda, culo, barriga... registró bien el bajo de la falda, los bordes de la blusa, y, por último, me pidió que me quitara el corpiño para examinar la parte de la blusa que quedaba debajo. Inspeccionó bien la tela del corpiño, que era muy rígida. Me pregunté si la gente pasaría algún tipo de cosa prohibida, escondida entre los pliegues de la ropa.

—Bien, puedes recoger tus cosas.

La mujer se sentó junto al hombre y anotó algo mientras yo empacaba de nuevo todo en el hatillo.

—¿Por qué quieres vivir aquí?

—Porque en el reino no me siento... no me siento... —¿Por qué narices cuando me ponía tan nerviosa se me olvidaba el lenguaje?— bien con... la gente que... no quiere inmi...inmigrantes.

—¿Y eso por qué?

Tragué saliva. ¿Qué por qué? ¿Era necesario explicar por qué no me siento bien entre gente que me despreciaba por mi lugar de nacimiento?

—Pues... porque creo que a nadie le gusta que... que... le gusta ser menos solo por haber

nacido... lejos. Nadie elige dónde quiere nacer, pero creo que todos deberíamos poder... decidir... cómo vivir... sin nadie que lo impida —Me sentí ridícula citando a Aladdín. Por fortuna, no lo pillaron.

—¿Sin nadie que lo impida? Entonces, según dices, la gente debería poder hacer siempre lo que quisiera, sin restricciones, y sin pensar en las consecuencias, y nosotros no deberíamos impedir que la gente entre y salga de aquí, ¿verdad? Nosotros sobramos.

—¡Oh, no, no! ¡No quería decir eso! Quería decir que... la gente pueda decidir cómo quiere vivir... dentro de unas reglas de convivencia que... sean justas para todos. Y ustedes hacen una labor incomible... ¡Digo, encomiable!

—No manejas bien el idioma, y eso que llevas ya más de un año.

—Di-disculpen, es que estoy... un poco nerviosa. Normalmente hablo mejor.

—¿Has tenido algún problema para adaptarte a alguna cosa?

—¡No, no! Me he adaptado muy bien, a todo, me gusta mucho este mundo.

—Y, sin embargo, lo quieres dejar para venirte a un pueblo que, como tú misma dijiste, tiene gente que piensa diferente.

—Creo que será un gran paso para mí, que la gente tiene mucho que... enseñarme y creo que yo también pueda tener algo que ofrecer para... hacer de este pueblo un lugar mejor.

—¿Insinúas que actualmente no es un buen lugar?

¿Pero qué cojones hacía esa gente sacando de contexto todo lo que yo decía?

—No sé cómo es. Creo que será un buen sitio para mí y para mi familia. Pero yo espero contribuir a hacerlo todavía mejor, si se me permite.

—¿Por qué crees que es mejor que los pueblos pertenecientes al reino humano?

—Porque si tanta gente del reino se muda a este pueblo y... luego no regresa nunca... es porque no puede ser igual, ni peor, por tanto... solo puede ser mejor —“Ahí, chupaos esa”, me dije.

Parece que la respuesta no les disgustó, porque volvieron la vista a los papeles y cambiaron de tema.

—¿A qué te dedicabas? ¿Cuál ha sido tu último empleo?

—Estuve de dependienta en una tienda. Atendía al público, reponía, limpiaba, ayudaba con el inventario...

—¿Es a eso a lo que te dedicarías, en caso de que te concediéramos el paso al pueblo?

—Lo intentaría. Me gusta atender a la gente.

—¿Y si no encontraras nada?

—Buscaría trabajo en otro negocio. Seguro que hay alguno donde necesiten... a una chica como yo.

—¿Y si no encontraras trabajo de ninguna clase? ¿Y si no se necesitara mano de obra en ninguna parte?

—Pues... —Cogí aire, lo solté y les miré con decisión. Despacito, para no aturullarme, continué—. Formo parte de una familia unida. En caso de que no encontrara trabajo, en mi familia soy necesaria. Mi hermana me adora, soy su ejemplo y su mejor apoyo. Mi padre y mi hermano me quieren. Solamente con mi presencia entre ellos, ya estoy contribuyendo a su felicidad. La felicidad y el amor nos hacen mejores personas. Pero estoy convencida de que encontraré algo. Siempre tendré algo que aportar en cualquier lugar a donde vaya. Y mi intención es que todo lo que aporte sea bueno.

Se miraron durante un fugaz instante y pasaron a otra pregunta.

—¿Por qué Vánel de Fanelia te adoptó? Con veinte años ya eres mayorcita para valerte por ti misma sola.

—Vánel vivía más allá de la llanura. De allí solo se podía salir en las heladas. En los relentes, dicen ustedes. A mí me llevó un thesenhal, y tuve que esperar varios meses hasta que heló y pude salir. Durante esos meses, nos cogimos cariño mutuamente, todos. Cuando heló, Vánel me preguntó si quería ser parte de su familia, y yo acepté y me quedé con ellos. Son mi familia.

—¿Te has acostado con él alguna vez?

—¿¿¿Qué???

—Que si os habéis acostado juntos, antes o después de la adopción.

No sabía qué era mayor: mi asombro o mi indignación porque me hicieran esa pregunta. Ni siquiera sabía si tenía que responder o hacerles ver que me estaban faltando al respeto solamente con preguntarme eso.

—Jamás ha ocurrido ni ocurrirá tal cosa. Y nuestras vidas privadas son eso: privadas. A nadie le interesa ese dato.

—Mira, chica, tú pensarás eso, pero en las tierras del reino humano los inmigrantes no tienen derecho a nada. No es la primera vez que el vacío legal de la adopción se usa para dar a un inmigrante un apellido de aquí e intentar colar un matrimonio. Una adopción es lo que su nombre indica, ni más ni menos. No es un método para hacer legal un matrimonio con una inmigrante. Adoptar a un inmigrante para darle unos derechos y así camuflar una relación solo tiene un nombre: delito. Por engaño y por incesto. Y respecto a tu vida privada, te diré que estás intentando pedir asilo y que nosotros, para decidir si te lo damos o no, podemos querer saber cualquier cosa de ti que nos parezca relevante para tomar la decisión final. Incluyendo la clase de relación que tengas con el hombre que te ha dado su apellido.

—Bueno, pues no, jamás me ha tocado en ese sentido. Es mi padre. Nada más.

—¿Y con Beltane de Fanelia tienes alguna relación más allá de lo fraternal?

—¡Dioses, qué asco! ¡No!

La mujer esbozó media sonrisa ante mis palabras, pero se le borró enseguida.

—Ya que has mencionado a los dioses... ¿estás al tanto de su existencia?

—Sí.

—¿Y crees en ellos?

—Creo en la Magia Antigua porque fue la que me trajo aquí. En cuanto a los dioses de los que todo el mundo habla en las tierras del reino, no me han demostrado su existencia, pero tampoco me han dado pruebas de que no existan.

Los dos me miraban entornando los ojos.

—¿De manera que no crees en los dioses?

Mierda. Ya había hablado de más. Y no encontraba forma posible de salir de donde me había metido. Lo había echado todo a perder. Los ojos se me llenaron de lágrimas, por mi culpa nos iban a denegar el acceso a los cuatro. Cerré los ojos, respiré hondo y traté de hablar tranquila y sin llorar.

—No he dicho eso... Yo creo en lo que veo. Si los dioses me demuestran que existen, creeré en ellos. Si se me demuestra que no existen, entonces, diré claramente que no creo en ellos y daré mis razones. Pero como no puedo aportar ningún tipo de prueba, ni de su existencia ni de su no-existencia, pues no puedo decir que creo, pero tampoco que no creo en ellos.

—¿Y qué opinas de la gente que cree en ellos? ¿Los consideras ingenuos, tontos o crédulos por creer sin ningún tipo de prueba?

—No. Verá... si esas personas son felices creyendo, y el pensar que hay unos dioses le da sentido a sus vidas, yo no voy a ser quien les diga en qué deben o en qué no deben creer. A mí tampoco me gustaría que se me impusiera algo así. Opino que cada uno de nosotros tenemos unos pensamientos y unas opiniones que nos pertenecen solamente a nosotros, y que nadie debería creerse en el derecho de poder interferir en ellas de ninguna manera, y mucho menos manejarlas. Cada cual, que crea en lo que estime más oportuno, y si esas creencias no hacen daño a nadie, que sigan siendo felices con ellas. Mientras no me las intenten imponer, yo no tengo ni tendré nada en contra de ellos.

—Bien, no hay más preguntas. Hemos terminado.

Juntaron sus papeles y se levantaron. Yo me levanté también, más despacio. Abrí la boca queriendo decir algo, pero solo me salieron balbuceos.

—Eh... que... yo no... eh... pero...

—Espera aquí y ya te llamaremos.

Salieron y cerraron la puerta. Evidentemente, se habían llevado todos los papeles. Fui hacia la pared, apoyé la espalda y me escurrí hasta quedar sentada. Dios mío, seguro que había metido la pata hasta el fondo. Con lo creyentes que sabía que eran... ¿cómo se me ocurría decir que yo no creía en sus dioses? Además, había hablado fatal, como una castroja garrula. Mi puntería con las flechas daba auténtica pena. Casi todo lo que había dicho estaba fuera de lugar y les daba pie a que entendieran todo lo contrario de lo que yo quería expresar.

Había vuelto a fallar.

Otra vez.

Me pasé mucho tiempo en esa postura y reconcomiéndome con todo lo que había dicho. Me clavaba inconscientemente las uñas en las palmas de las manos hasta dejarme unas buenas marcas. Después me empecé a morder las uñas, cuando jamás en mi vida había tenido esa manía.

El tiempo pasaba. Me comí las diez uñas, que no me alimentaron porque el estómago me empezó a rugir, señal de que ya era hora de comer. Como era lógico, nadie vino a traerme nada.

—*Ay, abuelos, soy un desastre* —susurré, en español. Quise sentir la caricia amorosa que siempre notaba cuando pensaba en ellos, pero estaba tan nerviosa y me dolía tanto el estómago y el chichón que no sentí nada de nada.

¿Por qué tardaban tanto? A mí me habían despachado rápido, ¿por qué no se lo decían a los otros y terminaban ya con esa pantomima? ¿Aún estarían interrogándolos? ¿Con qué objetivo, si gracias a mí nos iban a denegar la entrada?

Me abracé las rodillas y empecé a mecarme.

—*Un elefante se balanceaba sobre la tela de una araña...*

Aquello no hacía que me sintiera mejor, pero al menos me ayudaba a matar el tiempo y hacía que pensara en algo más que en el maldito interrogatorio.

Pensé en quedarme con el número de elefantes que podía contar y así más adelante podría calcular el tiempo total que me hicieron esperar en esa maldita sala. Pero cuando iba por 172, me cansé. La tripa me dolía demasiado; tenía ganas de vomitar. Respiré hondo para intentar calmar los retortijones y pensé en Westley. ¿Cómo estaría? Lo echaba tanto de menos... Si estuviera a mi lado, me abrazaría y me diría que no pensara tanto en el interrogatorio porque ya no se podía cambiar. Empezaría a besarme y seguro que hacía que me olvidara de todas mis preocupaciones. Me miraría con esos ojos azules suyos, y me regalaría su preciosa sonrisa mientras me llamaba princesita. Ay, cómo me gustaba que me llamara así. ¿Cómo una sola palabra podía contener y transmitir tantas dosis de amor, de ternura, de confianza, de complicidad, de devoción infinita?

Westley, Westley, Westley...

## Capítulo 35

Unos golpes en la puerta me sacaron del sopor. Me había quedado adormilada en el suelo, en un rincón de la sala. Me apoyé para levantarme, pero esa postura había hecho que me dolieran todos los músculos.

En la sala estaba la mujer que me había interrogado. Tenía un papel, un tintero y una pluma que estaba depositando sobre la mesa.

—Firma aquí y luego sigue por el pasillo a la izquierda, hasta el fondo.

Me acerqué y le eché un vistazo al documento.

Yo, Mel de Fanelia, declaro que todas y cada una de las palabras pronunciadas por mi persona durante la entrevista son ciertas, y, de acuerdo a las reglas y leyes de convivencia existentes en SSE 120845, asumiré las consecuencias en caso de que no fuera así, y en adelante acataré todas las normas vigentes; será mi deber respetar, guardar y hacer guardar las normas y velar por la paz, armonía y buena convivencia con todas las especies que se encontraran dentro del perímetro delimitado.

Para que así conste a todos los efectos firmo este documento, válido hasta el fin de mi estancia en SSE 120845.

¿Qué rayos era eso? Parecía que estaba vendiendo mi alma.

—Perdone... ¿qué es esto?

—Esa es la declaración por la cual te comprometes a seguir las normas y leyes del pueblo. Fírmalo y reúnete con tu familia.

—Pero, entonces... ¿nos conceden el acceso?

—En cuanto los cuatro hayáis firmado el documento.

Abrí mucho los ojos y me tapé la boca con las dos manos. Lo habíamos conseguido. ¡Lo habíamos conseguido! ¡Madre mía, que no me lo podía creer!

Emocionada, me dejé caer en la silla. Me dolían todos los músculos de la postura, pero ¡qué más daba! Volví a mirar la hoja y a leer con atención.

—¿Hemos pasado la entrevista... los cuatro?

—Claro, si sois una familia, o pasáis todos o no pasa ninguno.

Abrí la boca para decir algo y me trabé de nuevo.

—Yo... eh... yo creí que... que no... que yo no... es que... hablé muy mal...

La mujer rió.

—Tu dicción fue un poco desastrosa, pero no eres la primera persona que llega con los nervios jugando en su contra. Es muy común. Y tu acento es de los más raros que he oído, pero ninguna ley dice que debemos negar la entrada a alguien por algo así. Aquí, no. Eso se lo dejamos



a los pueblos del rey.

Mojé la pluma en la tinta, sacudí el sobrante y garabateé mi firma en la hoja. En cuanto terminé, la mujer la recogió con cuidado.

—Eres muy honesta, Mel. Y tienes unas opiniones y unas ideas muy buenas y claras. Eso nos gustó mucho a los dos. Sigue así y te irá bien.

Sonreí y asentí.

— Recuerda, a la izquierda y al fondo. Y cuídate bien ese chichón.

Salí de la sala y me dirigí por donde me había dicho. Allí estaba Beltane. Solté el hatillo y me lancé hacia él con los brazos abiertos.

—¡Beltane! ¡Hemos pasado la pruebaaaaa!

Beltane me recibió con un abrazo y me levantó un poco en el aire.

—Sí, pelirroja. Ya podemos estar tranquilos.

Me dejó en el suelo y nos miramos, sonriendo.

—Oye... una cosa, Beltane.

—¿Sí?

—El otro día no te di las gracias. Por salvarme.

—¡Ah! No tiene importancia.

—No sabía que... que fueras capaz de pelear así.

Se rió.

—Pues ya lo sabes, pelirroja.

—Y la bola de fuego que lanzaste...

Beltane se me quedó mirando, esperando que continuara. Como no lo hice, alzó las cejas un poco.

—Es un conjuro. Cuando aprendes a convocar el fuego, el resto de cosas que puedes hacer con él llegan solas.

—¿Y no te dio... apuro lanzarlo contra una persona así, sin más?

En ese momento comprendió por donde iba mi pregunta.

—Mel. Ese cabrón estaba a punto de rajarte la cara. O de clavarte el cuchillo en las tripas para que te desangraras. ¿Hubieras preferido que lo dejara hacer?

—¿Pero no bastaba con... no sé, darle una buena paliza, como la que le diste al otro?

—En primer lugar, Mel, yo estaba todavía un poco lejos y en esos segundos que hubiera tardado en llegar, te hubiera clavado el cuchillo. Además de que me podían haber visto y con ello hubiera perdido el elemento sorpresa. Lanzar el fuego era lo único que realmente podía hacer. Y en segundo lugar: si hubiera dejado a los tres vivos, hubieran vuelto tarde o temprano buscando venganza. Matando a uno nos aseguramos que los otros dos se lo piensen un poco en caso de querer volver a por ti.

Sus palabras tenían sentido. Entendía su punto de vista. Pero aun así... no podía creer que mi hermano se tomara ese asunto tan a la ligera, como si fuera lo más normal del mundo. Que había hecho una barbacoa con un ser humano, joder. No era un simple juego.

—Padre siempre dice que quitar una vida debe ser la última opción.

—Exacto. La última opción para sobrevivir. Y si no lo hubiera hecho, ese cabrón te habría matado. ¿No lo entiendes? Matamos un animal para comernos su carne, porque si no, no nos alimentamos y morimos. Con esto es lo mismo.

No, no conseguía asimilarlo. Lo entendía, pero... no lo apoyaba.

—Beltane, no quiero que pienses que soy una desagradecida, porque, de verdad, te agradezco

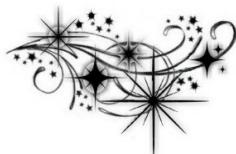
muchísimo lo que hiciste por mí. Pero... es que...

No sabía cómo seguir expresando con palabras cómo me sentía.

—Mel, de donde vienes las cosas se hacen de manera... diferente, supongo. Pero aquí son así. Y tanto padre como yo haremos cualquier cosa, ¿entiendes? Cualquier cosa para que nuestra familia esté a salvo de cualquier amenaza.

Las mismas palabras que me dijo Vánel cuando nos conocimos. Me había amenazado con un cuchillo porque creyó que podía representar una amenaza para sus hijos.

En el fondo, sabía que Vánel hubiera actuado igual.



Vánel llegó un poco más tarde porque, al ser Gertie menor de edad, él, como padre, tenía que firmar un papel especial conjuntamente con la niña. En dicho papel ambos se comprometían básicamente a lo mismo que nos habíamos comprometido los demás, pero, al tener una menor a su cuidado, el procedimiento había sido otro. El caso es que no había habido ningún problema y pronto se reunieron con Beltane y conmigo. El personal de control de entradas nos llevó por unos pasillos, hasta que salimos a un pequeño patio. Allí nos abrió una verja y... ya estábamos en el pueblo.

Quizás me esperaba algo sublime y mágico, pero resultó ser un pueblo parecido a los otros que ya había visto. Mismo tipo de casas, mismo tipo de calles. Gertie debió estar pensando lo mismo que yo.

—Es... es igual que el otro pueblo, padre.

—¿Y qué esperabas? —rió Vánel—. Los pueblos del sur son así, Gertie. Tanto si están en zona del rey, como si están fuera.

—Creí que sería diferente.

—La gente es lo que lo hace diferente. Vamos a estar muy bien aquí, ya lo verás.

—Oye, Mel, ¿Pueblo Palacio también es así?

Sonreí a mi hermanita.

—Pueblo Palacio es muy grande. Mucho más que este o cualquiera de los otros. Las casas no son tan blancas y claras porque las temperaturas no son tan altas como aquí. Los suelos están empedrados y no se te llenan los zapatos de arena cuando caminas.

—¿Empedrados? ¿Y no es peligroso eso? ¿No te caes?

—No, claro que no. Es un suelo liso. Todas las piedras son cuadradas, iguales, para que se pueda caminar sin dificultad.

Gertie se quedó callada, imaginando cómo sería un suelo así. En realidad, Pueblo Palacio era el único sitio en donde las calles estaban adoquinadas; en el resto de pueblos del sur donde yo había estado, era todo arena.

—No olvidéis que me prometisteis que me llevaríais allí.

—Cuando termines los estudios —matizó Vánel—. No antes.

Paseamos un poco por las calles. Estaba anocheciendo, no hacía tanto calor y, como resultado, la gente se había animado a salir. Entre la muchedumbre, divisé a un chico con el pelo azul oscuro brillante, que delataba que había nacido en el mismo planeta que yo, riendo en armonía con un

grupo de amigos. Vi también a un elfo cogido de la mano de una chica humana, y nos cruzamos con un par de enanos. No se quedaba la gente mirándome fijamente. Todo resultaba muy normal, muy natural... como debería ser en todas partes. Nadie debería avergonzarse ni ser perseguido por su lugar de nacimiento o por su raza.

Había algo más entre ellos, algo diferente, que en principio capté y que me costó definir. Pero los miraba y me iba dando cuenta. Era que la gente estaba feliz. No andaban con prisas o como si hubieran hecho algo malo, como las gentes de Pueblo Palacio o del resto de pueblos en los que había estado. Además, sus ropas eran de colores más vivos y alegres, no como las de los otros pueblos, entre las que abundaban los grises, los marrones y los colores oscuros y apagados. Se los veía tranquilos, sonrientes... libres.

Noté la mano de Vánel en mi hombro.

—Ya lo has notado, ¿verdad?

Asentí.

—Son totalmente diferentes.

—No le deben pleitesía al rey. Estas tierras están fuera de sus dominios. No le pagan esos impuestos abusivos, ni le tienen que pedir que haga cosas por ellos. Cada pueblo se autogestiona solo, con la colaboración de todos los que viven en él. Empiezas a entender por qué la gente quiere salir y establecerse aquí, ¿no?

—Yo también lo haría.

—Tú acabas de hacerlo también —Vánel se echó a reír.

Claro, era cierto. Éramos una de tantas familias que habían huido de la opresión del rey y buscado asilo fuera de sus fronteras.

Reí yo también.

—Aún no me puedo creer que lo hayamos conseguido.

—Pues créetelo. Ahora vamos a buscar alojamiento, y mañana —le revolvió el pelo a Gertie, que se quejó y se retiró para que no la despeinara—, nuestra pequeña costurera va a ir al colegio.

—¿Tan pronto? —pregunté, extrañada. Eso sí que era llegar y besar el santo.

—Vamos a apuntarla y nos dirán cuándo puede empezar. Probablemente pueda hacerlo de inmediato.

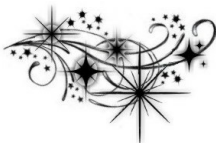
Paramos junto a un pequeño edificio blanco de cuatro pisos. Encima de la puerta ponía “La viuda feliz. Hostal para todas las especies”

—Este parece un buen sitio. ¿Os gusta? —preguntó Vánel.

—¿”La viuda feliz”? —me extrañé. Menudo nombre para un hostal.

—Bueno, mejor “La viuda feliz” que “La viuda desgraciada”, ¿no? —rió Vánel—. Es un nombre acogedor. Si la viuda es feliz, sus huéspedes probablemente lo sean también.

“Curioso razonamiento”, pensé.



Dos habitaciones contiguas, muy parecidas a las que teníamos en el anterior pueblo. Cuartos de baño comunes para toda la planta. Un cuarto especial para lavar la ropa, común para todo el

edificio. Eso era lo que teníamos en el hostel “La viuda feliz”.

Gertie se había acostado y dormido hacía ya bastante rato y yo no dejaba de dar vueltas en la cama, presa de una inexplicable emoción. Finalmente me levanté y salí de la habitación. Al final del pasillo, junto a un gran ventanal, se encontraba Vánel mirando hacia fuera. Me dirigí hacia él.

—¿No puedes dormir? —pregunté cuando ya estaba muy cerca de él. Volvió la cabeza y me sonrió.

—Me preguntaba si el viento también me traería mensajes aquí.

—Ah... —Me acerqué más y me coloqué a su lado, junto al ventanal abierto. La brisa nocturna, tan agradable, me refrescó la cara—. ¿Y te los trae?

—Ninguno que no supiera ya.

Apoyé los antebrazos en la ventana e incliné un poco mi cuerpo hacia fuera, exigiendo un poquito más de brisa. Las tierras del sur eran horriblemente calurosas.

—Bueno, Melania. Ahora sí que puedes proclamarte a salvo. Aquí no va a venir ninguna patrulla a buscarte.

Miré hacia las estrellas. El cielo estaba limpio y despejado, por lo que las veía brillar con total claridad.

—Eso... me tranquiliza. Pero en los pueblos del reino se siguen haciendo registros, y... Bueno, es... tan injusto...

—Precisamente por eso debes mantenerte a salvo. Eres la única esperanza para el reino.

—No sé yo...

—Aunque aquí estés segura, no vayas a revelar quién eres. Recuerda que sigues siendo una fugitiva y que aquí se persiguen y se entregan a las autoridades de la raza que corresponda.

—No, claro que no.

Miré hacia delante. La ventana daba a un callejón que cruzaba con una calle ancha, donde estaba el frontal del edificio. Había alumbrado, pero esas farolas no tenían una luz amarillenta como en Pueblo Palacio, sino que era azulada y despedía destellos que caían suavemente, como motas de polvo, y desaparecían antes de tocar el suelo. Nadie paseaba por las calles; era ya muy de noche y todos estarían durmiendo.

A salvo, por fin. También lo estaba en la casa de Vánel, cuando vivíamos más allá de la llanura, pero aquí era algo más especial. Podría seguir adelante con mi vida, buscar trabajo, aprender cómo se vivía en los pueblos, conocer a sus gentes y a diferentes especies.

Y tenía una familia.

Por fin, una familia.

Vánel había sido más padre en unos pocos meses que mi verdadero padre en diecisiete años. Con Beltane, aunque a veces lo considerara un cretino y nos pasáramos la mitad del tiempo peleándonos, tenía una complicidad que jamás tuve con ninguno de mis tres hermanos biológicos. Y con Gertie... Uff, esa niña me adoraba, y yo la quería muchísimo.

Lo único que me faltaba para ser completamente feliz era Westley.

Su recuerdo hizo que se me encogiera el corazón en el pecho otra vez. Hacía ya un año, ¡un año! que no lo veía. No había día en el que no pensara en él y me preguntara cómo estaría. En una cárcel... a saber qué le estaría pasando, cómo le iría... Yo, a salvo en los terrenos neutrales, y él, en una maldita cárcel llena de maleantes. Sin duda, él se había llevado la peor parte.

¿Tenía yo derecho a ser feliz? ¿Lo tenía, cuando él estaba condenado a trabajos forzados sin haber cometido delito alguno? ¿No era yo tan culpable como él de nuestra situación? Si la relación que mantuvimos fue cosa de los dos, ¿por qué él estaba pagando las consecuencias y yo

estaba tan tranquila?

Quizás Westley pensara que su romance con la princesa le había costado muy caro. Puede que a estas alturas ya hubiese perdido toda esperanza de salir de la cárcel. Yo seguía queriéndole, pero, claro... igualito, mi año sin él que el suyo sin mí.

No, no, no. No podía pensar ni por un momento que él podría haberme dejado de querer. No. Cuando hablé con él a través del fuego, me dijo que me amaba. Lo dijo. Un amor como el nuestro no podía morir así. Habíamos luchado demasiado, los dos, para que nuestra historia tuviera un buen final.

—Vánel... ¿Crees que lo de Westley y yo... tiene futuro?

Me miró resignado y movió la cabeza a un lado y a otro.

—A ver, ¿qué está pasando por esa cabecita tuya?

—Es que hace ya un año y... no sé cuánto más voy a ser capaz de aguantar.

—Pues lo que haga falta, Melania. Si vuestro amor es verdadero, que lo es, no se detendrá ante nada. El amor verdadero no entiende de distancias ni de tiempo. Yo me acuerdo de mi mujer cada día. Supe desde que la conocí que no habría nunca ninguna otra, y así ha sido. Cuando te reencuentres con Westley, tú misma te preguntarás cómo pudiste pensar alguna vez que os podríais dejar de querer.

Vánel sonaba tan convincente... Eran las palabras de un hombre que había pasado por mucho, un hombre de todas partes y de ninguna, cuyo lugar estaba junto a una mujer a la que jamás volvería a ver. Sin duda, sus hijos le llenaban, hacían que su vida tuviese un poco más de sentido, pero el vacío que dejaba en el interior la ausencia de la persona amada no podía llenarse con nada. Lo comprendía porque a mí me ocurría algo parecido.

Vánel y yo vivíamos con medio corazón. El otro medio se lo había llevado la persona a la que habíamos decidido entregárselo. Pero las personas necesitan un corazón entero para vivir, un corazón lleno de vida. Esa vida me la daba mi nueva familia, pero en alguna parte estaba mi otra mitad, la mitad que, llegado el momento, necesitaría para vivir, porque mi medio corazón no daría más de sí. El momento en el que vivíamos no se trataba de sobrevivir, sino de aprender a vivir con el corazón partido por la mitad, y, al menos en mi caso, de mantener la fe de que en algún momento Westley volvería y llenaría ese vacío, pegaría los cachitos de mi corazón maltrecho, yo pegaría los del suyo, y jamás volveríamos a separarnos.

## Capítulo 36

Al día siguiente, Gertie y Vánel se fueron muy temprano para el colegio del pueblo. Yo decidí aprovechar la mañana lavando mi ropa y la de Gertie: el día y medio que pasamos durmiendo en la cola a la entrada del pueblo nos la había llenado de polvo y tierra, además de que estaban sudadísimas por el calor. En el cuarto de lavado había varias tablas para frotar la ropa y un par de calderos para calentar el agua, por si fuera necesario. En mi caso no lo fue; lavé toda la ropa sin problemas con agua fría y el jabón que trajimos en nuestro equipaje. Había sistema de agua corriente, pero había que estar accionando un manubrio para que saliera a pequeños chorros. Era bastante engorroso, y más en mi caso, porque tuve que enjuagar la ropa varias veces para quitarle toda la tierra, hasta que por fin el agua salió clara. Subí la ropa a nuestra habitación y me dispuse a tenderla. Para ello había una cuerda enrollada colgada de la pared; yo tenía que desenrollarla y estirla a lo largo de la habitación para poder colgar la ropa. Una vez dejé la ropa secándose, decidí salir a dar una vuelta.

El pueblo parecía totalmente diferente a lo que vi la tarde anterior. Había mucha más gente por las calles. Llevaba puesta la ropa nueva que me había comprado, la de chico, y me sentía doblemente cómoda con ella, porque nadie se me quedaba mirando. Podía pasearme y mezclarme con la gente. Como cuando salía por las calles de Pueblo Palacio en mi abrigo-saco.

Solo que esta vez mi mano estaba vacía, no tenía la de Westley envolviéndola.

Me hubiera gustado tanto que estuviese conmigo en aquel momento, en ese pueblo tan pintoresco y alegre... Él siempre quiso llevarme a su lado y presumir de novia. Quería haberme presentado a todos sus compañeros del trabajo, a toda su gente. Pero la situación que vivimos no se lo permitió.

Eliminé de mi cabeza todos los pensamientos sobre la cárcel y lo que hipotéticamente le podría estar pasando. No tenía que pensar en ello, mejor si no lo hacía. Decidí concentrarme en los escaparates, en todo lo que se vendía. Había muchas tiendas de comida; sobre todo de frutas y verduras. La carne escaseaba, ya que no era frecuente que hubiera cazadores, y si los había, por lo general preferían quedarse y comerse sus presas antes que venderlas. En varios comercios encontré carteles con los precios que pagaban por la carne recién cazada.

En una calle me crucé con un chico que tenía el pelo naranja fosforito, como si se hubiera teñido con rotuladores de subrayar. Vio parte de mi pelo rojo sobresaliendo por mi pañoleta y abrió mucho los ojos, me dijo "*Hello, girl!*" y me dejó tan anonadada que no supe qué responderle. Mi inglés estaba bastante oxidado, pero no cabía duda de que ese chaval me había reconocido como alguien nacida en su mismo planeta. Según se alejaba, me le quedé mirando, y de repente se volvió, me sonrió y me saludó con la mano mientras seguía su camino. Yo lo saludé también y continué mi paseo. "Madre mía", pensé, "Y me quejaba yo de que el pelo se me hubiera vuelto rojo cereza. Visto este chico y el de ayer del pelo azul, podría considerarme afortunada".

A menudo pasaban carretas por la calle, y tenía que hacerme a un lado para que no me atropellaran. Las carretas levantaban una gran nube de polvo, y caí en la cuenta de que iba a necesitar comprarme más ropa, porque todo se iba a ensuciar a una velocidad mayor que en los pueblos del reino.

Pasé por una imprenta y me fijé en que tenían varios periódicos a la venta. Algunos los había visto ya en el pueblo donde habíamos estado antes de salir del reino, pero otros eran nuevos para mí: el pueblo en el que estaba tenía un periódico propio, y también llegaban los de los dos o tres pueblos más próximos. Decidí comprar el diario local, y cuando fui a pagar vi un cartelito de que se necesitaba personal. Pregunté al respecto.

—Sí —me contestó el hombre mientras guardaba la moneda que le di por el periódico—, necesitamos a una persona, pero únicamente para limpiar y colocar, no para imprimir. Desde que empiezan a alumbrar los soles hasta que salen los de la noche. Tendrías un rato para comer y un día libre a la semana. Pagamos cuatrocientos.

Cuatrocientos. Era lo que me pagaban en la tienda de José y Sofía, hacía un año, solo que ahí tenía incluido el alojamiento y la comida con ellos. Me pareció un poco rácano en comparación. Casi mejor le pedía consejo a Vánel.

—Bueno, voy a pensármelo —contesté, y seguí mi camino por el pueblo.

Estaba atenta por si veía alguna tienda donde vendieran ropa, pero no vi nada. Divisé un par de zapaterías y varias donde vendían telas de todo tipo, tiendas que hubieran hecho a Gertie saltar de alegría, pero yo necesitaba ropa ya hecha. Aunque mi hermanita cosía muy bien, sus conocimientos eran limitados, aparte de que coserme una camisa le llevaba varios días, y en cuanto empezara a estudiar tendría menos tiempo disponible para la costura. Cuando ya me hube recorrido gran parte del pueblo sin encontrar tiendas de ropa, empecé a lamentar no haber comprado más faldas, blusas y corpiños en la tienda aquella cuando tuve la oportunidad.

Eran las horas donde más apretaban los soles, así que decidí volverme al hostal.

—¿Dónde te habías metido? —me increpó Beltane en cuanto llegué a la planta donde estaban nuestras habitaciones.

—Dando una vuelta.

—¿Y no me pudiste avisar? —me recriminó, furioso—. ¡Ya pensaba que te había pasado algo!

—Eh, relájate. Salí a conocer el pueblo. Tampoco es para que te pongas así.

—¿Es que no has aprendido nada de lo que te pasó el otro día? ¡No puedes salir sola!

—¡Beltane, cálmate! ¡Aquí no me van a atacar por ser inmigrante!

—¡Por inmigrante no, pero si te quisieran robar, sí!

¿Me estaba hablando en serio? ¿Eso podía pasar allí, con el control que llevaban?

—Dudo que lo hagan a plena luz del día.

—Da igual. No quiero que salgas sola. Ni de día ni de noche.

—Ni tú eres mi padre, ni soy ninguna niña. Sé cuidarme sola.

Dejó escapar una risa seca.

—Llevamos un año conviviendo y nos has dejado bien claro que no sabes. Mientras padre no esté, yo soy el responsable de cuidar de Gertie y de ti.

—¡Oh, vaya con el caballero de la triste figura! ¿Ahora eres mi guardaespaldas?

—Para tu información, padre me lo pidió mientras tú estabas tumbada en la cama con el hielo en la cabeza.

¿Sería verdad? Vánel aquella noche estaba muy enfadado, y capaz era de haberle dicho a Beltane eso.

—¡Te lo dijo en mitad de un cabreo monumental! ¡No controlaba sus palabras!

—Y, según tú, eso es motivo para que no le haga caso, ¿no?

—¡Eso... es motivo para que no te lo tomes todo al pie de la letra! ¡Beltane, por favor! ¡Que soy mayor que tú! ¡No necesito que me cuides!

Salió un hombre de una habitación cercana.

—¿Os queréis callar ya, pareja de pajarracos? ¡Dejad de graznar de una vez, que algunos queremos tranquilidad!

Beltane me miró con ojos furiosos, me cogió con fuerza del brazo y tiró de mí hacia nuestras habitaciones.

—¡Suéltame, idiota! ¡Me estás haciendo daño!

Ni caso. Abrió la puerta de su habitación y me metió dentro. Solamente ahí me soltó. Me froté el lugar por donde me había agarrado de esa manera. Tenía toda la marca de su manaza; esperaba que no se me pusiera morado.

—¡Beltane! ¡¡En tu puñetera vida vuelvas a montarme una escena ni a tratarme como si fuera de tu propiedad!! ¿Me has oído, enano mental?

—¡Soy tu hermano!

—¡Sí! ¡Mi hermano, no mi padre! ¡Y eso no te da derecho a tratarme como lo has hecho! ¡Padre jamás me hubiera montado este show!

—Si tan segura estás, se lo decimos y a ver qué le parece que su hija se ponga en peligro haciendo lo que le viene en gana.

Y tanto que se lo iba a decir. No pensaba permitirle a Beltane que se creyera con derechos sobre mí; se empezaba otorgándole ciertas libertades y se terminaba permitiéndole cualquier cosa. Y yo no iba a pasar por ese aro. Ya me amenazó con pegarme una vez y Vánel lo puso en su sitio. Pues tampoco pensaba quedarme callada con ese asunto.

Me dirigí hacia la puerta, pero Beltane me volvió a agarrar del brazo.

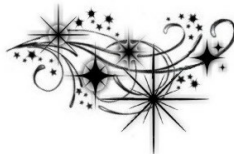
—¿A dónde vas ahora?

Le eché una mirada cargada de furia contenida. De esas que lanzan cuchillos invisibles.

—A mi habitación. Quisiera leer con tranquilidad el periódico que he comprado. ¿O también necesito tu escolta y tu permiso?

Sacudí el brazo para librarme de su agarre. Salí de su habitación, y mientras sacaba la llave de la mía y la abría, por el rabillo del ojo vi cómo se apoyaba en el marco de su puerta y me vigilaba. Abrí, le eché una última mirada con aire de suficiencia y me introduje en mi habitación, cerrando la puerta tras de mí.

Un hermano que iba de controlador. Lo que me faltaba.



Vánel y Gertie volvieron más tarde de lo que pensaba. Yo estaba en la habitación y, de puro aburrimiento, me había dado tiempo a leerme entero el periódico, incluso la sección de anuncios por palabras. El calor pegaba demasiado como para volver a salir, y estaba ya cansada de no hacer nada en la habitación cuando Gertie entró con cara de fatiga.

—¡Gertie! Cuéntame, ¿cómo ha ido?



La niña se dejó caer boca arriba en la cama y se tapó los ojos con el antebrazo. Esperé unos segundos a que me dijera algo, pero como lo no hizo, contraataqué.

—Hey, dime como te fue. ¿Qué tal las pruebas?

Gertie empezó a girar la muñeca. Se quitó el brazo de la cara, se sujetó la muñeca y siguió moviéndola más despacio.

—¿Te has hecho daño?

Se encogió de hombros.

—¿No vas a contarme nada?

Se sentó y, sin dejar de girar la muñeca, por fin me respondió.

—Padre estuvo hablando bastante rato. Creo que querían ponerme en algún curso de niños pequeños. Padre insistió mucho en que me pusieran con los de mi edad, y les dijo que yo sabía leer, escribir, hacer cuentas, cosas sobre plantas y animales... Que sabía mucho. Al final decidieron hacerme las pruebas. Yo... yo creí que me iban a preguntar cosas. Pero todo fue con una pizarra grande, y con papel y pluma. Me duele mucho la mano, yo no esperaba que... que tuviera que estar toda la mañana escribiendo.

—Ay, Gertie... —Le cogí la muñeca y se la masajé suavemente—. Bueno, pero en un rato se te habrá pasado. No te preocupes.

—Mañana tengo que volver y seguir.

—¿Cómo? ¿No has hecho las pruebas y mañana empezarías?

—No todas. Han estado haciéndome copiar cosas que ellos decían para ver cómo escribía. Luego parábamos para que leyera en alto unas páginas de un libro, luego a escribir más, luego otro libro que era muy difícil porque tenía palabras raras, y después de leer ese tuve que explicarles lo que había leído... Era todo muy raro, Mel. Después me preguntaron palabras, tenía que decirles el significado... y algunas las sabía, pero otras no, y no sé qué va a pasar... luego me pusieron cuentas en la pizarra para que las hiciera, y me ponían problemas para resolver. Yo sabía hacerlos porque padre me había venido enseñando, pero no sé qué tal lo he hecho. Mañana tengo que volver para hacer pruebas sobre conocimientos de naturaleza y no sé qué más.

—Gertie, pequeñita —Intenté tranquilizarla sacando mi mejor sonrisa—. Si han dicho que volváis mañana es porque hoy lo has hecho muy bien.

Gertie abrió mucho los ojos.

—¿Tú crees?

—¡Claro que sí! Si le pusieron tantas pegas a padre fue porque no te veían capaz de superar las pruebas. Si lo hubieses hecho mal, te lo habrían dicho y no te harían volver mañana —Gertie se quedó mirándome y analizando mis palabras—. Ricitos de Oro... ¡Sabía que lo conseguirías! ¡Tengo la hermanita más inteligente de todas!

Gertie se levantó bruscamente de la cama y salió de la habitación. Yo la seguí. Como era de suponer, iba a la habitación de al lado. Beltane abrió la puerta y las dos entramos.

—¡Padre, Mel dice que si tengo que volver mañana, es porque he pasado!

Vánel estaba sentado en la cama y se sujetaba la frente, apoyándose los codos en las rodillas. Parecía cansado.

—Gertie... —Vánel suspiró—. Intenta calmarte un poco. Ya sé que quieres saber. Pero hasta mañana no lo sabremos con seguridad. Por favor. Me duele la cabeza y lo último que necesito es que sigas preguntándome lo mismo toda la tarde. Tú has estado escribiendo y leyendo toda la mañana, pero yo he tenido que convencer a la directora para que no te pusiera en los cursos infantiles —Levantó la cabeza y nos miró muy serio, de manera que era imposible dudar de sus

palabras—. Y os aseguro a los tres que esa mujer es insufrible. Han sido varias horas en las que no paraba de protestar y de poner trabas a todo lo que le decía. ¿Y sabéis qué es lo que la hacía callar? No era yo. Eran los examinadores que entraban con los resultados, resultados que demostraban que Gertie tiene más preparación que la que ella aseguraba porque tenía experiencia con niños durante no sé cuántos años. Me he tenido que aguantar las ganas de hacerle tragar sus palabras una y mil veces. Por supuesto, si Gertie empieza desde el primer curso, es más dinero a ingresar y más comisión la que se lleva esa vieja comeceuvros. No le convenía una alumna nueva que llegara ya sabiendo. Pondría a Gertie en otro centro, si no fuera porque este es el único que hay. En el nombre de todos los fuegos, qué mujer más insoportable. No me extraña que esté soltera y que lleve tantos años en ese colegio, porque ni un enano minero querría compartir su vida con una persona así. Quieran los dioses que no dé más problemas. Gertie —Levantó la cabeza y miró a la niña—, ve y arréglate. Vamos a ir a comer en breve. Espero que aún haya comedores abiertos.

Gertie asintió y salió del cuarto. Vánel espero a que cerrara la puerta tras de sí para continuar hablando.

—Escuchadme los dos —pidió Vánel—. Gertie va a entrar en ese colegio. Como que soy un De Fanelia que entrará, ya se ponga esa vieja a patalear. Si ha pasado las pruebas de hoy, pasará las de mañana. Y tenemos un pequeño problema, porque las tasas del colegio son más altas de lo que pensé. Quiero asegurarle cuatro años, hasta los dieciséis, y creía tener suficiente dinero ahorrado para que además pudiéramos vivir holgadamente, pero vamos a quedarnos bastante ajustados tras este desembolso. Mañana le dejaré pagado hasta los dieciséis, y eso le cubre hasta la mayoría de edad, cuando acabaría los ciclos de enseñanza básica. Me he estado informando al respecto y en su ficha constará que ha sido pagado, por lo que no tendrá ningún problema. Esa ficha servirá en cualquier colegio, tanto de terreno neutral como de las tierras del rey. Con mi trabajo podremos pagarnos comida y alojamiento, y nos quedará algo para ir tirando y ahorrar para alguna emergencia, si la hubiera. Beltane, tú irás conmigo. Ya sabes que hasta que no seas un mago titulado no te pagarán como deben, pero algo te pagarán. Y tú, Mel, tienes que trabajar en algo también. Hay que intentar ahorrar todo lo que se pueda.

—Padre —interrumpió Beltane—, estoy de acuerdo en que hay que ahorrar, pero, ¿no sería mejor que reservaras el dinero en lugar de dejar pagado el colegio? Nunca se sabe si lo podemos necesitar.

—No, hijo. Quiero dejarle a Gertie ese legado. Si no estudia, nunca podrá encontrar un buen trabajo. Si yo tuviera una granja o un negocio que ella pudiera heredar, no me preocuparía tanto, pero no lo tengo. Mi profesión es la magia, y es la que te estoy legando a ti, Beltane. A Gertie quiero legarle unos estudios para que sea lo que ella quiera, no lo que la obliguen a ser. No quiero que llegue a estar mendigando en las calles o malviviendo por una miseria. Serán solamente cuatro años. Estoy seguro de que podréis hacer un esfuerzo por vuestra hermana.

Beltane y yo nos quedamos mirándolo unos segundos. Mientras hablaba, nos habíamos sentado en la otra cama. La habitación se quedó en silencio mientras la mirada de Vánel iba de Beltane a mí, de mí a Beltane.

—Yo estoy dispuesta a trabajar. Y si hay que apretarse el cinturón, pues no hay problema.

Vánel levantó una ceja y me miró con curiosidad.

—¿Apretarse el cinturón?

Me di cuenta de que lo había vuelto a hacer. Otra vez. ¿Nunca se me quitaría la costumbre de traducir literalmente las palabras y expresiones del español?

—Perdón, quería decir que si hay que hacer un esfuerzo económico, pues que por mi parte se

hace. Lo de apretarse el cinturón es como lo decimos en mi mundo.

Beltane me miró con condescendencia.

—¿Alguna vez terminarás de integrarte?

—¿Alguna vez dejarás de ser un idiota a tiempo completo?

—Claro, ya se me olvidaba. Padre, explícale a la pelirroja por qué no puede salir sola, ni de día ni de noche. Y que convenía que no desapareciera del cuarto sin más.

—No, mejor le explicas a este que soy mayor que él, que no necesito niñera, y que de día no me va a pasar nada con todas las calles llenas de gente.

—Por favor —pidió Vánel—. No empecéis. Me duele la cabeza. Ha sido una mañana difícil y lo último que necesito es más guerra en mi propia familia. Beltane: tu hermana puede salir a dar un paseo sola, siempre y cuando sea de día y por calles transitadas, y Mel: estaría bien que, si vas a salir, nos lo dijeras para no preocuparnos, y que no vayas nunca por calles solitarias ni salgas sola de noche.

—Creía que estos pueblos neutrales eran a prueba de maleantes —repliqué.

—Estos pueblos neutrales —respondió lentamente Vánel tras un profundo suspiro— vigilan a todos los nuevos que entran. Pero llevan funcionando muchos más años que todos nosotros juntos. Contra los que llevan muchos años aquí o los naturales nacidos no pueden hacer nada, a no ser que los atrapen cometiendo un delito o haya evidencias que demuestren que lo han hecho. Mel, por todos los vientos, no me pongas esa cara. ¿Creías que existía un lugar seguro al cien por cien? No lo hay. Pero esto es lo que más se le acerca. Al menos aquí no te van a atacar ni a negarse a atenderte por haber nacido lejos. Y podrás trabajar, no te van a negar un puesto ni a tratarte peor que al resto.

—En la imprenta buscan personal. Pagan cuatrocientos.

—No está mal, tendrías algo la mitad del día y la otra mitad para seguir entrenando, o ayudar a Gertie, o...

—No, es por el día completo.

Vánel levantó la cabeza y me miró como si estuviera viendo un fantasma.

—¿Cuatrocientos al mes trabajando el día completo? ¿En la imprenta, dices? En cuanto termine con el colegio de Gertie, voy a ir y les voy a decir unas cuantas cosas. Explotadores aprovechados. Bueno, vayámonos a comer antes de que cierren todas las cocinas.

## Capítulo 37

Como ya habíamos supuesto, Gertie pasó el siguiente día de pruebas y, muy a pesar de la directora del colegio, fue admitida en los cursos con otros niños de su edad. Vánel nos dejó bien claro que íbamos a pasar unos tiempos un poco duros, pero que solo serían unos pocos años. Después de comunicárselo a Beltane, habló conmigo a solas.

—Iremos cambiando de pueblo cada pocos meses, según Gertie vaya acabando sus ciclos. Cada ciclo son cuatro meses, nos iremos moviendo y así podremos prestar servicios de magia y hechicería. Me pagarán por ello y a Beltane le servirá también. Cuando Gertie haya terminado sus estudios, será el momento en que puedas cumplir tu promesa de llevarla a Pueblo Palacio y colocarla en la sastrería. A los veinticuatro Beltane hará su juramento y será un mago titulado. Entonces creo que deberás decirle la verdad acerca de ti, porque te será muy necesario para recuperar tu trono. Y en cuanto seas reina, podrás liberar a tu Westley.

—Espera, espera. ¿Cuatro años? ¿Tengo que esperar cuatro años para rescatarlo?

No me lo podía creer. Vale, bien, no podíamos ir asaltando cárceles sin más, y entendía que Gertie tenía que sacar sus estudios, pero cuatro años me parecía una barbaridad. Si a duras penas había aguantado uno, cuatro más iba a ser una tortura.

—Melania, por favor, trata de pensar con la cabeza. La única manera de sacar a tu marido de la cárcel es accediendo a los archivos que dicen claramente dónde está. El rey sabe lo desesperada que estás y que tu marido es tu punto débil, y también sabe que tarde o temprano intentarás meterte en esos archivos. Te está esperando con los brazos abiertos. El paradero de tu Westley en estos momentos es alto secreto y cualquiera que intente indagar al respecto será porque tiene conexión contigo, Melania, no hay que ser muy listo para saber eso. Tienen la trampa tendida para ti o para cualquiera que intente ayudarte. Tendrá guardias por duplicado o por triplicado. Igual que en la cárcel donde le tengan metido, estarán todos puestos sobre aviso y esperándote para cazarte.

La angustia me subió a la garganta. No podía dejarle ahí cuatro años más. Ya no solamente por mí, por lo duro que se me hacía cada día sin él, sino por él mismo. A saber qué clase de torturas le estarían infligiendo. Por mucho que mi juramento conllevara que no podía causársele daño irreparable, una cárcel no era un hotel ni mucho menos. El rey, como buen hijo de puta que era, se habría ocupado de que le hicieran la vida imposible.

—Padre, ¿tú sabes lo que me estás pidiendo?

Vánel me cogió la cara con ambas manos y me miró muy seriamente a los ojos.

—Lo sé. Y sé lo duro que es para ti. Pero no hay más remedio —Intenté negar con la cabeza, pero me la tenía bien sujeta—. Melania. No te me vengas abajo ahora. Somos una familia y estamos para apoyarnos. Y créeme cuando te digo que esto me duele tanto como a ti. Si vamos ahora a intentar averiguar dónde está él, o a sacarlo de la prisión, vamos directos a una trampa.

Necesitas cortar el problema desde el escalón más alto. Necesitas derrocar al rey y reclamar tu trono. Y no estás preparada. Beltane tiene mucho más poder y más magia que yo. Con él a tu lado, tienes mucho ganado. Pero para poder ayudarte debes esperar a que su formación como hechicero se complete, la magia entre en él y lo acepte del todo. Y eso ocurrirá cuando haga su juramento frente al cónclave.

—Padre, cuatro años es mucho tiempo —Una lágrima me resbaló por la mejilla—. No podré aguantar tanto. Y Westley tampoco.

—Estamos aquí para ayudarte a que aguantes. Lo conseguirás. Y él también. Créeme, si fuéramos ahora nos ensartarían como a simples piezas de caza. Tienes a Kéliyan y a los otros magos de tu lado. Pero necesitas más gente. Necesitas un ejército y gente preparada. Y tú también debes prepararte si quieres que la gente te siga. Si realmente lo amas, no actuarás de manera temeraria desperdiciando tu única oportunidad, sino que te prepararás para ir sobre seguro.

Sí. Quería a Westley, sentía el agujero en el pecho cada vez que pensaba en él, y sabía que Vánel tenía razón. El ansia es mala consejera. Recordé a Sikes: me dijo que su revolución tardaría unos años, el tiempo para terminar de prepararse, porque no podían desperdiciar la única oportunidad.

Yo estaba en la misma tesitura.

—No sé cómo voy a saber llevar un reino, si no sé ni controlarme a mí misma. Es que... No puedo, padre. En serio.

—Podrás —movió un poco las manos hacia atrás y adelante, agitándose levemente la cabeza—, porque aquí está tu familia para no permitirte desfallecer. Te apoyaremos siempre, Melania. No solo yo; también Gertie y Beltane. Aunque a veces os queráis matar, ya sabes que él te defiende de lo que haga falta. No lo culpes por querer saber dónde estás en todo momento y por no dejarte salir sola. No lo hace por que quiera tenerte controlada, sino por mantenerte a salvo. Es su carácter y no sabe hacerlo mejor. Pero aprenderá. Y encontrarás en él a tu mejor aliado para recuperar tu trono.

—Creí que mi mejor aliado serías tú.

—Yo te daré todo mi apoyo. Pero Beltane tiene una magia mucho más poderosa que la mía, y tiene a su favor una juventud que yo ya no tengo. Confía en él.

Deslizó sus manos lentamente hacia abajo, desde mi cabeza hasta mis brazos. Sentí sus ganas de reconfortarme, pero parecía que mi cuerpo había generado una especie de barrera que no dejaba pasar esa sensación, y dejaba sitio solo para la intranquilidad.

—Venga, hija. Sé que lo parece, pero no es el fin del mundo. Yo llevo mucho más tiempo esperando poder reunirme con mi mujer.

—No es la misma situación.

—Melania, yo también creí morir de dolor. Los primeros años fueron terribles y si conseguí sobrevivir fue porque tuve a mi lado buenos amigos que me ayudaron a seguir en pie. Yo podría haber terminado con todo el sufrimiento y haber comido setas venenosas para caer fulminado y reunirme con mi mujer. Pero no lo hice porque sé que ella no habría querido eso. Si lo hubiera hecho, Beltane y Gertie nunca habrían tenido un padre y estarían viviendo una vida miserable, y tú probablemente no seguirías viva. Por duro que resulte, tenemos que aguantar. Al final del camino tendremos nuestra recompensa, porque los dioses nos vigilan y si consideran que hemos cubierto sus expectativas, nos premian. A ti, aunque los dioses te tienen el destino preparado, probablemente te tengan reservada alguna sorpresa si cumples bien con la misión que te encomendaron al traerte.

Me pasé el dorso de las manos por la cara, secándome las lágrimas. Sentía las mejillas coloradas y calientes y la garganta seca y arenosa como el desierto. Tragué saliva; mi garganta tenía textura de papel de lija.

—¿Y por qué me hacen pasar por esto? ¿Por qué me han hecho pasar por todo lo que he pasado? El secuestro, los latigazos...

—No lo sé, hija.

—¿Por qué hicieron que me enamorara tanto de Westley si planeaban separarnos?

—Si pudieras, ¿preferirías no sentir dolor a cambio de no haberlo conocido nunca?

Esa pregunta ya me la había hecho yo misma varias veces. Y la respuesta la tenía clara: no. Conocer a Westley era lo más bonito que me había pasado en la vida; ser amada era algo que jamás quería dejar de sentir, porque, de hecho, lo seguía sintiendo: a pesar de la distancia, Westley me seguía amando, me lo decía el corazón.

—Lo que hacen los dioses es por motivos que normalmente no alcanzamos a comprender. Pero todo tiene un motivo. Tú no apareciste en mi vida por casualidad.

Cogí aire y lo eché lentamente mientras miraba al vacío.

—No, supongo que no.

—La verdad siempre acaba saliendo. Y los dioses no están ciegos ni sordos; tienen sus planes para todos, y saben lo que queremos. Si hemos actuado según lo que ellos planearon y no les hemos dado problemas, sabrán recompensarnos. Y tú no serás una excepción. Bueno, ¿vamos a la imprenta? A ver si son capaces de decirme a mí que pagan cuatrocientos por un día completo.

## Capítulo 38

Tierras más allá de las fronteras del reino humano  
Año de gracia 28 de Basileo  
Mes octavo

Trescientos por medio día. Eso fue lo que Vánel consiguió arañarles a los de la imprenta.

En las tierras neutrales se pagaban menos impuestos (Supuse que no tenían una mano larga que se llevara lo que quisiera, ni amiguitos con los que repartir el dinero de las arcas), pero los sueldos también eran más bajos. La vida allí, por lo general, costaba menos que en los dominios del rey. Había ciertas cosas que tenían un precio similar, como el colegio de Gertie, ya que el tema de la educación parecía que seguía siendo un lujo para los más pudientes en cualquier sitio, o los dos médicos que se habían montado su consulta en sus propias casas. Estos últimos tenían un sistema de pagos mensuales que no salía muy caro, igual que en el reino, pero los suministros médicos se fabricaban en laboratorios que los vendían al mismo precio a todos los médicos y clínicas, tanto fuera como dentro de los terrenos del rey, lo que obligaba a tener precios prácticamente iguales.

En general, según pude averiguar, la vida era muy similar, ya estuvieras en terreno del rey o no. En los pueblos neutrales había más seguridad, eso era cierto, porque controlaban mucho a los que entraban. Respecto a la comida, había para todos... para todos los que tuvieran dinero, claro. Cada pueblo contaba con una gran extensión dedicada a la agricultura y ganadería. Se almacenaba mucho grano en innumerables silos, y ese grano se exportaba a los terrenos del rey, donde siempre venía bien y se vendía por un buen precio, o se usaba en caso de malas cosechas.

Aunque lo importante para mí en esos pueblos era que el rey no tenía poder, por lo que yo me encontraba segura.

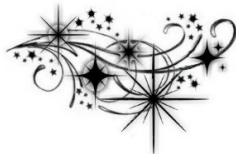
Los pueblos neutrales se autogestionaban ellos mismos. Todo lo que hubiera dentro de la muralla era propiedad del pueblo y sus habitantes. El dinero de los impuestos se usaba para mejorar las condiciones del pueblo (Iluminación nocturna, agua corriente, festividades y otros servicios públicos), para pagar los sueldos de los guardianes de la puerta y de lo que ellos llamaban pacificadores. Era una especie de tribunal formado por cinco personas que, en caso de conflicto entre vecinos, intentaban que el asunto se arreglara de la mejor manera para ambas partes. No eran jueces, ya que si alguien cometía un delito, se le apresaba y se le enviaba a las tierras del rey para que fuera juzgado allí. Los cinco pacificadores eran propuestos por los vecinos, cambiaban cada año y raramente se repetían. Cuando supe cómo funcionaban me pareció lo más raro que había oído jamás, y pensé que eso estaría manipulado para favorecer a unos u otros, pero me equivoqué. Se controlaba mucho para que todo fuera lo más justo posible y nadie se creyera poderoso en ese puesto. Tuve la ocasión de ser testigo de cómo un vecino acusaba a

otro de hacer ruidos de madrugada, la manera en la que se estudiaba el caso minuciosamente, preguntando a conocidos de ambos, y cómo finalmente se llegó a la conclusión de que el acusador tenía un oído especialmente sensible, ya que también se quejaba de que en el tejado de la casa de al lado había un nido de pájaros que no le dejaban dormir. Los casos eran pocos y en general de poca importancia.

Lo que sí que era cierto era que los que vivían en esos pueblos o bien era porque habían nacido allí o bien porque huían del rey y sus abusivas normas, tasas e imposiciones. Pero que no esperaran amasar una fortuna, ya que en tema de impuestos, se pagaba menos, pero también los ingresos por persona eran menores. Había que tener claro que, si querías vivir en un pueblo neutral, tenías que aprender a conformarte y a vivir con poco.

La mentalidad en general era que cada ciudadano, independientemente de su edad, sexo o proveniencia, podía ser capaz de ganarse la vida con su propio esfuerzo. No veían bien que unos trabajaran para poder comer y tener ropa y casa y otros que no trabajaran (por el motivo que fuese) tuvieran eso mismo sin haber hecho nada, por eso, la mendicidad estaba absolutamente prohibida y no había ningún tipo de ayudas para los más desfavorecidos. Y, como consecuencia, había gente que pasaba hambre. Familias numerosas no podían mantenerse con el sueldo de los mayores. No estaba prohibido que los niños trabajaran (Ya que pocos podían permitirse mandarlos al colegio), y por si eso no fuera lo suficientemente malo, les pagaban muy, muy poco. Aquello me pareció una atrocidad. Niños trabajando por una miseria. En los terrenos del reino, para trabajar había que tener un mínimo de dieciséis años cumplidos. Hasta entonces, los niños podían ir al colegio o ayudar en casa, pero nunca trabajar para otros. Me sorprendí admitiendo que, por una vez, el rey había hecho algo medio bien. Pero aun así, que el derecho al colegio fuera solo para los más pudientes me parecía una enorme injusticia. De niña nunca me gustó ir al cole, lo consideraba más una pena que tenía que cumplir, y siempre afirmé que me enseñaban cosas que jamás necesitaría (¿raíces cuadradas? ¿Quién las usa?), pero de ahí a no tener derecho a saber nada en absoluto... Todo el mundo debería tener unos mínimos conocimientos de lectura, escritura, aritmética y otras materias.

Cuando fuera reina, instauraría la enseñanza obligatoria. Ya vería cómo me las apañaría, pero no habría ni un solo niño que no supiera leer, escribir, sumar y restar. El resto de estudios superiores iba a ser algo más complicado, pero convertiría la enseñanza básica en un derecho, y no en un privilegio.



En la imprenta el trabajo era duro. Solamente se trataba de limpiar las máquinas, las piezas que me iban dando, y el suelo que se llenaba de tinta y de polvo negro constantemente... pero con todo y con eso, acababa exhausta.

Lo que más limpiaba eran los moldes de las letras. Había varios tamaños y unas pocas tipografías, pero la tinta líquida o en polvo se quedaban hechos un pegote después de unos cuantos usos, especialmente en los recovecos, y mi labor era dejar los moldecitos limpios y siempre a punto para imprimir. Usaba varios cepillos, parecidos a los de las uñas, y unos palillos para los lugares especialmente poco accesibles. Era un trabajo que hacía que se me pasara la mañana



volando; casi no notaba el paso del tiempo. Libros, periódicos, carteles, papelitos de propaganda... todo se hacía allí. Era la única imprenta del pueblo y había mucho trabajo. Me dieron una especie de poncho-mono para protegerme la ropa y guantes largos para las manos, y aún así volvía al hostel llena de tinta. No sabía cómo era posible, pero se me colaba, sobre todo el polvillo.

Me sentía algo temerosa al estar rodeada de tanto hombre. Aunque ya había pasado bastante tiempo, a esas alturas me había quedado claro que ciertas heridas nunca cerrarían, y que, aunque Vánel me había ayudado a superar mi miedo a los elfos, el estar rodeada de hombres desconocidos no me era fácil. Lo controlaba, no me daban ataques de pánico, y ayudaba que los trabajadores de la imprenta pasaran de mí en ese sentido. Me enseñaban a montar y a desmontar las máquinas, cómo debía tratarse cada pieza, y me solucionaban cualquier duda. Pero nunca se dirigieron a mí para preguntarme qué tal estaba, ni nada que no tuviera que ver con el trabajo. Me acostumbé a eso y, en el fondo, lo agradecí. El trabajo era muy rutinario, monótono incluso, y me hubiera gustado que me hicieran hacer algo nuevo en equipo, pero comprendí que si no hablaba con nadie, mejor, así eliminaría la posibilidad de meterme en algún lío.

Con el paso del tiempo me enseñaron a manejar el polvo de tinta. En cuanto empecé, me dio un ataque de tos tremendo, y con ello me advirtieron que no debía respirar la tinta en polvo porque era tóxica. Tuve que confeccionarme una mascarilla, porque de otro modo no podría trabajar. No me explicaba cómo los otros lo hacían tan mecánicamente y pareciera lo más fácil del mundo, si yo antes de acercarme a la caja ya sentía la sensación de ahogo y de taponamiento de las vidas respiratorias. Se me ocurrió preguntar, y me dijeron que la tinta se hacía con carbón en polvo. Se mezclaba con el polvo de un mineral brillante, la forineta, y eso hacía que se quedara adherido al papel. Para la tinta líquida también se usaba carbón el polvo con forineta, pero mezclado con sal y mixtura de aguas a medio proceso de evaporación. No quise preguntar qué rayos era (el agua puede estar evaporada o sin evaporar, pero a mitad del proceso... ¿Cómo se comía eso?) y seguí con mi mascarilla improvisada. No era infalible, ya que me seguía notando el polvo en la nariz y en la boca, pero al menos, algo hacía, y no me ahogaba.

Con el sueldo que ganaba me ocupaba de pagar nuestro alojamiento de vez en cuando, ya que trescientas monedas era muy poco dinero y no daba para más. Vánel me aconsejó que me guardara algo de vez en cuando, pero yo aún tenía mi pequeña reserva de lo que me dio Ángela, y aparte de eso, me sentía en la obligación de ayudar. No quería ser una mantenida y que Vánel me pagara comida y alojamiento. Yo también tenía que contribuir al bien familiar, como le dije a Vánel. Lo que sí hacía era comprarme alguna cosilla de vez en cuando. Con Gertie estudiando, la niña apenas cosía, así que, tras mucho buscar, finalmente encontré una tienda de ropa y me compré más blusas frescas para llevar debajo del corpiño, además de una falda extra y unas calzas de chico, junto con una sobrevesta ligera marrón que me tapaba hasta el culo, una camiseta de manga corta y un cinturón. Consideré la idea de volver a teñirme (O pintarme, como decían ellos) el pelo de negro, pero finalmente deseché la idea. Ya no corría peligro, porque tenía el apellido De Fanelia resguardándome. Se lo dije a Vánel y él me apoyó, diciéndome que, por favor, luciera mi melena roja con orgullo, porque era la melena de una chica valiente, que no tenía nada que esconder ni nada de lo que esconderse. Beltane oyó eso último, nos miró con disimulo y asintió con la cabeza, sonriendo ligeramente.

Después de comer, mientras Gertie se quedaba estudiando en la habitación, los demás nos íbamos al otro lado del pueblo, más allá de las granjas, donde había una salida en la muralla hacia un bosque. Esa pequeña puerta también estaba custodiada y era únicamente para vecinos del

pueblo. Tomaban las cartas de identidad de los que salían y se las devolvían a su regreso. La condición era que al anochecer había que estar de vuelta. Pues bien, en ese bosque continuaba practicando el tiro con arco y el entrenamiento para estar en forma. Beltane estaba junto a mí, ya que Vánel no quería que nos dispersáramos ni nos alejáramos de él, porque no conocía ese bosque y no sabía lo que podría haber en él, así que entrenábamos juntos.

Si había creído que mi entrenamiento era duro, era porque no había visto el de Beltane. El chaval se sometía a un entrenamiento mil veces peor que el mío. Flexiones y abdominales a una velocidad que parecía que le iba la vida en ello, peleas de esgrima, defensa personal, manejo del fuego y de la magia en general, levantamiento de peso, meditación... Mi entrenamiento era de niños pequeños comparado con el suyo. Ni Goku aguantaría ese ritmo. Qué barbaridad.

A pesar de que yo estaba en evidente inferioridad con respecto a él, Beltane nunca se rió de mí cuando mi cuerpo hacía “plof” contra el suelo tras unas cuantas flexiones, ni cuando me faltaba el aliento tras dar unas pocas vueltas al recorrido que Vánel me había puesto, ni cuando fallaba nueve de cada diez disparos con las flechas. Incluso de vez en cuando, al tumbarme a descansar unos minutos, se sentaba junto a mí y me daba ánimos.

—Venga, pelirroja. Que no se diga que eres una debilucha. Tú puedes con esto.

—Oh, sí —respondí, sarcástica—. Seguro que sí. Mírame, estoy fresca como una lechuga.

—Ánimo, que el dolor purifica.

—Pues me siento de un purificado que lo flipas.

—Es tu imaginación —se burló.

—¡No siento las piernas!

—Pues has mejorado bastante en estos meses. No digo que vayas a ganarme, claro, nunca podrías, pero te lo digo en serio: se notan tus progresos.

—Ay, Beltane —Ni siquiera tenía cabeza como para pensar una respuesta ingeniosa a ese “Nunca podrías ganarme”—, no tengo fuerzas ni para mandaros a la porra a ti y a tu estúpido ego.

—¿Me puedo meter contigo un rato, entonces? —preguntó, socarrón.

—Muérete.

Se levantó riendo y siguió haciendo abdominales.

## Capítulo 39

Tierras más allá de las fronteras del reino humano  
Año de gracia 28 de Basileo  
Mes noveno

En las horas más oscuras de la noche de vez en cuando me despertaba. A veces sin motivo, a veces por el calor, y a veces por las pesadillas, aunque eran cada vez menos frecuentes. De hecho, venían tan pocas veces que ni siquiera podía decirse que representaran realmente un problema. No más de una vez al mes los elfos mestizos, los duques o el rey me amenazaban en sueños con hacerme mil cosas si me atrapaban, pero de alguna manera yo misma sabía que se trataba de un sueño, que no era real, y era entonces cuando me despertaba súbitamente, empapada en sudor y casi sin aliento, aunque sin gritar ni despertar a nadie, y me relajaba contemplando la tenue luz de las estrellas que entraba por la ventana. Sabía que el atrapasueños me estaba ayudando a dormir mejor y que, en cierta manera, no solamente me protegía de terceras personas que quisieran invadir mis sueños, sino que me protegía también de las creaciones que mi mente se dedicaba a hacer por las noches. Ya no estaba aterrorizada con las posibles pesadillas porque el atrapasueños me cuidaba de ellas.

Dirigí la mirada a la pared en la que se apoyaba la cabecera de mi cama y contemplé el tosco atrapasueños que había hecho unos meses antes, aconsejada por Saan. No me fiaba mucho de las creencias de esa bruja, pero una vez más, el tiempo me había demostrado que estaba equivocada. El invento funcionaba a la perfección.

A mi lado, en la otra camita, estaba Gertie, quieta, tranquila, con su respiración sosegada y su gesto relajado. Mirarla dormir me daba paz y me ayudaba a calmarme. Tras sonreír ligeramente mientras la contemplaba, me levantaba y salía de la habitación. Descalza y con el camisoncito de los elfos, me dirigía hasta el pequeño balcón que había al final del pasillo. Casi siempre me encontraba allí con Vánel, que no tenía que girarse para saber que era yo quien estaba ahí. Me saludaba sin volverse y me invitaba a sentarme junto a él. Yo lo hacía y sacaba las piernas por los barrotes del balcón, dejando colgar de la rodilla para abajo. El aire de la noche, aunque era algo calentón, me acariciaba las espinillas, las pantorrillas y los pies, y me gustaba ese cosquilleo.

—Somos un par de insomnes, ¿eh? —se me ocurrió comentar una vez.

—El bosque rodeando nuestra casa hacía que entrara fresco por las ventanas. Aquí no hay bosque... y así hace este calor.

—¿Alguna vez, en todos los años que llevas viviendo en las tierras del sur, ha habido temperaturas frescas?

—Nunca. El sur y el este son las tierras cálidas y secas. Lluve de cuando en cuando, eso ya lo sabes, de forma muy fuerte. Pero lo normal son meses y más meses de sequía. Y los dioses

quieran que sea así, porque recuerdo, hace ya muchos años, una lluvia que duró casi dos meses. No te puedes figurar el hambre que hubo. Todas las cosechas se echaron a perder, y todas las familias que dependían de ellas se encontraron sin nada. Se inundaron varios pueblos; fue todo un desastre.

—¿Fue aquí, en terreno neutral, o en el reino? —Me sentía curiosa esa noche. Había muchas cosas que nunca me quisieron explicar, muchas cosas que yo debería saber.

—En ambos sitios. La lluvia no diferencia unos terrenos de otros. Los dioses la mandan sin hacer distinciones. En aquella época yo acababa de perder a mi mujer y a mi hijo. El poder ayudar a la gente me mantuvo ocupado y me hizo ver más allá de todo lo que me había pasado. El desastre fue tanto en las tierras del reino como en estas. El rey, como supondrás, no ayudó mucho a la gente. Quizás ahí empezara el éxodo. Fueron primero unos pocos empezando de cero, y se les fueron uniendo más.

Suspiré.

—El rey.

—Está muy lejos. No debes preocuparte. Hasta aquí no va a venir.

A miles de kilómetros, o a miles de distancias, como decían ellos. A miles de distancias se encontraba el rey. A miles de distancias se encontraban las paredes de esa alcoba con su saloncito y su pequeño balcón, esas paredes que habían sido testigos de mis progresos con los estudios, de mi amistad con Ángela, de mis ilusiones, pero también de mis frustraciones, de mis lágrimas y de los sentimientos tan bonitos que poco a poco fueron naciendo en mí. Como también fue testigo aquel montículo de piedras en ese bosquecillo. Y las estrellas. Los cielos y las estrellas habían sido testigos de todo, de cada uno de mis pasos. Las mismas estrellas que tenía ahora sobre mi cabeza; a pesar de estar a miles de distancias, las estrellas seguían siendo testigos de todo.

Levanté la mirada y rogué a los cielos, a las estrellas, a los dioses, a mis abuelos, que cuidaran de Westley. Por enésima vez. Y lo pediría otro enésimo número de veces, hasta que por fin pudiera abrazarlo de nuevo.

—Mira —Vánel levantó la mano derecha y tapó un poco mi campo de visión—. ¿Quieres que te enseñe un truco?

—Vale —respondí, curiosa e intrigada a partes iguales.

—Fíjate en esa estrella que brilla tanto. ¿La ves? —Asentí—. Bien. A sus dos lados hay otras estrellas que tienen una forma simétrica, como reflejada en un espejo.

Achiné los ojos. Veía muchas estrellas, y unas brillaban más que otras, pero no llegaba a ver lo que me pedía. Negué con la cabeza.

—No veo nada.

—Mira como voy a colocar mis manos.

Con las palmas hacia arriba, puso una mano sobre la otra, solo juntas por la base, y enganchó los pulgares uno con otro, como cuando hacemos una paloma en las sombras chinescas.

—Engancha los pulgares y haz que la estrella brillante quede justo encima de ellos. Ahora busca la forma en la que encima de cada uno de tus dedos haya una estrella. Gira las manos, acércalas a tu cara, o aléjalas. Si es necesario gírate tú. Pero desde esta posición no hará falta que gires mucho.

—Pero tus manos son más grandes que las mías —observé mientras ponía mis manos, enganchadas como me había dicho, frente a mi cara, las movía un poco, buscando lo que me decía, y hacía lo que Vánel me sugería—. No será lo mismo.

—No te muevas tanto. La brillante siempre encima de los pulgares. Deja esa estrella siempre

ahí. Solo tienes que girar un poco y acercar las manos hacia tu cara.

Despacito, fui haciendo lo que me decía. Al principio no veía nada, pero llegó un momento en que fue como Vánel decía: sobre la punta de cada uno de mis dados tenía una estrella brillante.

—Lo tengo —anuncié ilusionada— Es como un ave.

—Bien. Pues la dirección en la que apunta la cabeza es el norte. No tiene fallo. Y se puede ver desde cualquier punto, tanto del reino como de los neutrales.

Bajé la mano y me quedé mirando el pequeño dibujo de estrellas en el cielo.

—Es fascinante —me asombré—. En mi mundo también tenemos trucos para guiarnos por las estrellas. Siempre lo he encontrado maravilloso.

—Lo llamamos el ave nocturna de guía. Siempre volando, siempre indicando. Es un ave que le teme a las tormentas, y con los soles morados se muestra algo tímida. En esas noches es mejor no intentar buscarla, o nos perderemos aún más.

—¿Cómo lo aprendiste? ¿Hay más señales y trucos para guiar?

Vánel rió suavemente y me miró con cariño.

—Me lo enseñaron los elfos.

Abrí mucho los ojos y levanté las cejas mientras sonreía. ¡Claro! Si alguien podía descubrir una cosa así, evidentemente tenía que ser el pueblo élfico.

—Por supuesto —reí—. Quién sino ellos.

—No hay más trucos con las estrellas, que yo sepa. Pero por el día, si te pierdes, busca un árbol. La parte más frondosa siempre será la que apunte al norte. Y si son árboles pelados, la que tenga más ramificaciones. Si encuentras setas al pie de un árbol, el lado donde estén apuntará al norte. Si estás en una zona rocosa, verás que las rocas siempre tienen un lado más liso y otro más escarpado. El liso da al sur, el escarpado al norte. Si un día nublado ves aves volando bajo, siempre volarán hacia el sur.

Me quedé embelesada escuchándole mientras hablaba. Vánel me recitaba todo aquello como quien cuenta una cosa muy sencilla y cotidiana, pero todos esos trucos, para mí, que me había criado en una ciudad, eran todo un descubrimiento apasionante.

—¡Uau! ¡Eres un pozo de sabiduría!

—Apréndelos bien, porque vas a necesitarlos. Te serán útiles.

Asentí. Me parecía muy buena idea aprender a orientarme por la naturaleza, aunque, por un momento, pensé que tampoco tenía necesidad, ya que, a las malas, llevaría un mapa conmigo, y si no, Vánel y Beltane se movían infinitamente mejor que yo al aire libre. Y tampoco tenía por qué preocuparme mucho si iba a estar todavía cuatro años más con ellos. ¿Qué podía salir mal?

Ni se me ocurrió pensar por un momento que a veces la vida hace planes sin tener en cuenta los nuestros.

## Capítulo 40

Tierras más allá de las fronteras del reino humano  
Año de gracia 28 de Basileo  
Mes décimo

Algunas semanas después, el pueblo empezó a adornarse con farolillos de colores y coronas y centros hechos con hojas, flores y frutos secos de la naturaleza. En algunos sitios vi que habían colgado piedras de prisma, de diferentes tamaños y colores. Al principio no caí en la cuenta y pensé que sería la fiesta típica de aquel pueblo, pero luego vi algunos adornos que hacían alusión al nuevo año, el año 29 de Basileo. ¡Claro! La festividad que nunca se celebró entre los muros de Palacio y que viví por primera vez hacía un año, ahora iba a vivirla en el pueblo y tenía la sensación de que iba a ser una de esas cosas tan fantásticas que se te quedan en la memoria para siempre.

Beltane se apuntó a uno de los números de danza, concretamente el del fuego. Por lo visto pagaban una buena cantidad a los que se atrevieran a tomar parte en ella, y el chico dominaba el fuego como si fuera parte de sí mismo.

Vánel pasaba bastante tiempo fuera, y es que sus conocimientos de mago titulado eran muy útiles en esas fechas porque todos querían que hiciera mágicas las piedras de prisma. Había insuflado en ellas un encantamiento de protección y prosperidad para el pueblo.

—¿Y funciona de verdad? —le pregunté una tarde, mientras estábamos sentados en un banco en la calle—. ¿El pueblo ahora está protegido y será próspero?

—Solo los dioses saben lo que tienen pensado para el pueblo y para cada uno de sus habitantes. La magia en las piedras, si hay algo malo en el año que entra, ayudará a que sea lo menos malo posible. Si aguantas despierta toda la noche —Me miró divertido—, en cuanto empiece a amanecer, coge una de las piedras y guárdatela.

—¿Y eso? ¿Por qué?

—Las piedras prisma con magia son necesarias en la noche del transcurso de un año a otro. Una vez se hace de día ya han hecho su función, pero los que han velado entre un año y otro junto con esas piedras pueden hacerse con una y llevarla de amuleto. Te garantizo que funciona. Cuélgala en tu ropa y llévala siempre a la vista.

—Me estás tomando el pelo —Negué con la cabeza, escéptica.

—No, tu pelo sigue en su sitio y seguirá ahí mientras no decidas cortártelo. En eso la piedra no tiene nada que ver. Lleva contigo siempre la piedra para que te proteja. Siempre y cuando hayas aguantado despierta toda la noche. Se lo he dicho también a Beltane y está dispuesto a hacerlo. Venga, ámate. ¿Cuántas veces en tu vida tendrás la oportunidad de tener una piedra de prisma hechizada por tu padre?

—¿Y por qué no lo hicimos el año pasado?

—Porque debe ser un encargo hecho por alguien ajeno al mago. El año pasado estábamos nada más que nosotros cuatro. Tú podías habérmelo pedido puesto que aún no eras mi hija, sino mi invitada.

Tenía sentido. Había demasiadas cosas que me gustaría conocer del que se suponía que iba a ser mi reino. Suspiré.

—Si ni sabía que se celebraba el año nuevo, iba a saber las tradiciones que tenéis en estas fechas.

—Lo de las piedras de prisma se celebra en todos los pueblos. También las danzas típicas, y verás que cada zona tiene las suyas. Los bailes con fuego solo los verás en el sur, en el este y en el oeste. En el norte tienen tanto bosque que lo hace imposible. Pero allí también encienden fuegos para calentarse, solo que no se arriesgan a lanzarlo y terminar calcinados. En el sur somos más alegres, nos abrimos más a la gente y nos gusta mucho movernos y reír. En el norte, será por el frío que los tiene ateridos, son algo más tranquilos. Pero en año nuevo en el norte se come y se bebe como nunca. Hazme caso, hija: ve al norte aunque sea una vez en tu vida. Tienes que ver esas tierras. Y, si puedes, pasa un año nuevo allí. No te vas a arrepentir, te lo prometo. Pero, eso sí: abrigate bien —Y soltó una carcajada—. Fíjate, otro ejemplo de los planes de los dioses: por mucho que me hubiera gustado quedarme en el norte, si lo hubiera hecho, Beltane y Gertie no creo que hubieran podido sobrevivir. Los dioses me hicieron nacer en el sur y acostumbrarme a temperaturas cálidas. Hubiera podido soportar el clima norteño si me hubiera abrigado bien, pero entre eso y que no me gusta talar árboles para hacer leña, decidí quedarme en el sur. Y así salvé a Beltane, salvé a Gertie, y te salvé a ti. Los dioses os querían a los tres vivos y me usaron para ese fin. Y yo se lo agradezco desde el fondo de mi alma. No podría estar más orgulloso de mis tres hijos.

—Cuando salgamos de este pueblo, podemos intentar ir hacia el norte.

Me miró como si hubiera dicho una cosa tonta no, tontísima.

—Sí, el camino más rápido es en línea recta, pasando por Pueblo Palacio, donde ya sabes que hay un rey muy hospitalario y comprensivo.

—¿Y dando un rodeo?

—Vamos a ver, Melania. No sé si es que de verdad no sabes las cosas o que no te quieres acordar. El modo más rápido de viajar. ¿Cuál es?

—Eh... el caballo entrenado para la velocidad.

—Correcto —Me señaló con el dedo y levantó las cejas un momento—. Esos caballos pueden recorrer fácilmente de sesenta a noventa circunvalaciones al día en línea recta. La última es la quinientos y mucho. Haz cuentas y obtendrás lo que tardaríamos en llegar al norte si tuviéramos esos caballos. Que no los tenemos. Dependemos del transporte por carreta, que tarda cuatro o cinco veces más, dependiendo del peso que cargue. Por tanto, ¿cuánto tardaríamos en carreta?

—Mucho. Más de dos meses.

Asintió con la cabeza. Yo empezaba a sentirme estúpida y lerda.

—Siempre y cuando solo nos detuviéramos para hacer noche. Y no podemos. Gertie tiene que estudiar y los demás tenemos que trabajar para vivir. Por no decir que ese cálculo es si fuéramos en línea recta, que, como bien sabes, es inviable.

Suspiré, asentí y estiré la mano para hacer un gesto que le indicara que ya estaba bien.

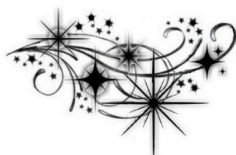
—De acuerdo, Vánel. Lo he entendido. Tenemos que quedarnos por estas tierras.

—Cuando seas reina, haz una excursión al norte. Solo tienes que hacerlo como si fuera oficial

y ya tienes la excusa.

—Sí, claro. Con un rey que usaba el dinero de las arcas para sus caprichos ya ha habido bastante. Yo no pienso hacer nada de eso.

Me sonrió, me puso la mano en la cabeza y me revolvió el pelo con la pañoleta. Odiaba que me hiciera eso, y él lo sabía, por eso me lo hacía a menudo. Lo vi alejarse mientras me miraba divertido hasta que volvió la vista hacia delante y se perdió entre la multitud mientras yo me desataba la pañoleta y me volvía a colocar las greñas.



Gertie terminó su ciclo en el colegio con muy buenas calificaciones. Entonces tenía un mes por delante antes de empezar el siguiente, y Vánel nos anunció que, pasadas las celebraciones del nuevo año, nos iríamos a otro pueblo próximo. El trabajo para él y para Beltane empezaba ya a escasear, y probablemente en los pueblos cercanos se necesitara un mago que hiciera desaparecer las plagas de los cultivos, consiguiera que los animales volvieran a dar leche o lograra que se volvieran a sacar buenos minerales de las minas. Yo estaba ya aburrida de rascar tinta reseca y de pringarme hasta las cejas de pegotes y manchurrónes negros, por lo que casi respiré aliviada cuando Vánel nos anunció la noticia.

Echaba mucho de menos mis largos ratos con Gertie y mis conversaciones con ella. Como por el momento había terminado de estudiar, volveríamos a tener nuestras charlitas de hermanas. Había cumplido ya los doce años y estaba entrando en la edad del pavo por la puerta grande.

—Mina es una chica de mi clase, muy tonta, ¡me cae fatal! No deja de inventarse rumores absurdos de todas y propagarlos. Pues un día me contó que a Lari, que es otra chica, le gustaba Miho, un chico que es así alto, con el pelo castaño, y ricitos, y que hubo unos días que faltaron los dos a clase y Mina decía que era porque se habían besado y estaban juntos, ¿puedes creerlo? Yo sabía que no era verdad, porque Lari me contó que su madre se había quemado las manos en la cocina y que esos días ella tuvo que cuidar de sus hermanitos, que son dos gemelos, bebés, y por eso faltó a clase, y fíjate si Mina es mala, que cuando se lo dije me miró mal y entonces empezó a decirle a todos que Miho había dejado a Lari porque ella nos había descubierto a él y a mí besándonos y que yo me había metido en medio de una pareja y que era una envidiosa, Mel, ¿pero cómo puede haber tan malas personas? ¡No lo entiendo! Mel, ¡te juro que yo nunca había hablado con Miho, mucho menos besarme con él! Y otro día que era el cumple de Nusina, que es otra chica que es muy simpática, pues Nusina había hecho unas galletas para compartir con unos pocos, no con todos los de la clase porque somos muchos, pero las iba a compartir con sus amigos de siempre, yo estaba en su grupo y el día de antes me preguntó si me gustaban las galletas dulces por lo que creo que también las iba a compartir conmigo... pues Mina le dijo al profesor que había visto cómo se le caían las galletas a Nusina al barro y que luego las había limpiado con un pañuelo mojado en saliva, ¡y lo hizo porque le daba envidia porque sabía que a ella no la iban a invitar! El profesor le dijo a Nusina que no podía repartir las galletas entre sus amigas... ¡Nusina se había pasado muchas horas haciéndolas para nada! ¡Qué injusto, Mel, qué injusto! Luego Nusina a la salida nos dijo a todas que lo del barro era mentira, y todas le dijimos que queríamos galletas y nos las comimos delante de ella, por supuesto que no sabían a barro, ¡es que Mina es



mala, pero mala, mala! Por personas como ella no voy a sentir demasiado el cambiarme de colegio para el próximo ciclo. Nusina es muy buena, y hemos quedado para merendar juntas antes de que nos vayamos porque nos hemos hecho muy amigas, ¡me ha dado su dirección para que nos escribamos cartas! Si quieres puedes venirte, Mel, así te la presento, ¡te va a caer fenomenal! Eh... ¿Qué andas diciendo, Beltane? ¡No está bien que te pongas a contarle otra cosa a padre mientras yo estoy hablando!

—Nada, le decía a padre que creo que has superado tu propia marca de monólogo interminable.

—¡Eres... eres...! —Empezó a ponerse roja como la grana —¡Tú... estúpido cuadrado inflado!

—¿Cuadrado inflado? —rió Vánel—. Eso es nuevo. ¿Por qué lo llamas así?

Gertie no contestó. Se le quedó mirando a Beltane con los ojos echándole chispas de furia.

—Bueno, Gertie —intenté calmar un poco a la niña—, ahora ya eres de las mías. Ya sabes por qué Beltane y yo estamos siempre igual.

—De eso nada —interrumpió Beltane—. Meterse con la pelirroja es asombrosamente adictivo. Uno empieza y no puede parar. Pero aquí la renacuaja solo sabe ponerse colorada e hinchar la cara como una ardillita. ¿Quieres una bellota, ardillita? —Empezó a tocarle los mofletes con el dedo—. ¿Las almacenas en tus carrillos para cuando no haya frutos? ¿Qué pasa, pequeña ardilla? ¿Te molesta que te toquen la ca...? —En ese momento Gertie fue más rápida y le mordió el dedo a Beltane, sin que le diera tiempo a retirarse—. ¡Joder!

Vánel y yo rompimos a reír mientras Beltane se metía la mano bajo la axila y apretaba. Gertie sonrió orgullosa, se inclinó hacia mí, y me susurró:

—Le he llamado cuadrado inflado porque cuando se quita la camisa parece un montón de cosas cuadradas infladas. Está inflado por todas partes.

Vánel se había inclinado también para oírlo y se quedó atónito. Ni se rió, ni pareció sorprendido, ni enfadado, ni nada, su gesto era imperturbable. No como el mío, que sabía a lo que podía estar refiriéndose mi hermanita. Miré a Beltane con los ojos muy abiertos y... sí, sin duda, bajo esa camisa había muchos “cuadrados inflados”. El chico se miraba el dedo mordido, del cual salía algo de sangre.

—¿Te duele mucho, Beltane? ¡Pobrecito! —me burlé—. ¿Te vas a morir?

—¿Por el bocado de una niña? Se necesitaría algo más... venenoso. ¿Quieres probar tú a darme un bocado, pelirroja?

Se me abrió la boca de puro asombro, pero no fue más que un momento.

—Muy desesperado te veo por probar carne femenina, chavalote.

Por el rabillo del ojo avisté a Vánel que miraba a Beltane mientras movía la cabeza suavemente en gesto negativo y con los labios articulaba la palabra “no”. Me pareció que esos dos tendrían sus cosas de las que hablar sin compañía femenina, así que decidí llevarme a Gertie. En ese instante se me ocurrió algo: Gertie nunca había salido hacia el bosque de la parte de atrás del pueblo, donde solíamos entrenar. Pues me pareció una buena ocasión para que conociera esa zona antes de que nos fuéramos definitivamente.

—Anda, Gertie, vámonos a hablar sin un pesado que nos interrumpa. Padre, me la voy a llevar al bosque a dar un paseo, ¿vale?

—No adentréis demasiado. Mel, no pierdas de vista las murallas del pueblo. En cuanto salga el primer sol de la noche os quiero de vuelta —exigió Vánel —Y llévate el arco y las flechas, que nunca se sabe lo que puedas encontrarte.

## Capítulo 41

—¿Crees que vas a necesitar el arco y las flechas? —me preguntó Gertie, algo preocupada.

—No. Padre lo ha dicho más por precaución que por otra cosa. En el bosque de detrás nunca nos hemos encontrado a nadie.

Nos dirigimos hacia la parte de atrás del pueblo. Allí, en una de las cabinas, declaramos que íbamos solamente a pasear, dejamos las cartas de identidad, y ya estábamos fuera. Vánel nos había dicho que volviéramos en cuanto empezara el anochecer, pero en muchos pueblos neutrales, entre los que estaba el que nos encontrábamos, tenían algo así como un toque de queda: el que saliera por allí debía estar de vuelta al anochecer si no quería ser declarado prófugo. Si querías abandonar el pueblo, tenías que salir por la puerta principal, por donde entramos el primer día; si querías simplemente salir a pasear, tenías que entregar la carta de identidad en la cabina. Esto se hacía por simple precaución, ya que cuando se abandonaba definitivamente el pueblo, a la carta de identidad se le añadía un lacre con el blasón del pueblo, y un pequeño comentario sobre cómo había sido la estancia de la persona, así como la fecha del día en el que se abandonaba el pueblo. Ese sellito con el comentario servía para que en el siguiente pueblo al que fuéramos no nos hicieran el maldito interrogatorio al que nos sometieron en el primero. Si la persona en cuestión hubiera cometido algún tipo de infracción, se le señalaba en la carta y quedaba como “marcado”. Por eso, quien quisiera simplemente dar un paseo fuera del pueblo, debía entregar su carta de identidad en la cabina. Si era una carta con marca de infracción y, pasado el toque de queda, la persona no volvía, al día siguiente se mandaba una advertencia a los pueblos vecinos, para que no intentara “colarse” como si nada, e incluso se advertía a algunos pueblos del reino si hubiera sido una falta grave y se temiera que la persona se hubiera fugado. En nuestro caso, como nuestras cartas de identidad estaban inmaculadas e impolutas y al anochecer íbamos a regresar, no teníamos nada que temer.

—¿Sabes...? Ander es un chico de mi clase, muy guapo... Pero creo que no le interesamos las chicas... Siempre está con los demás chicos y no hace caso a ninguna.

Sonreí y la miré. Oh, la inocencia de los doce años. A esa edad yo solo estaba interesada en saber si Goku se cargaría a Freezer. Y en leer a Tolkien por enésima vez, cuando las chicas de mi clase ya andaban comentando lo bueno que estaba tal o cual chico de la otra clase. Mientras las demás leían revistas para chicas, con consejos para maquillarse, para ser la más explosiva del barrio o para cuando estuvieran en la cama con el chaval, yo leía manga. En mis planes a los doce años no estaba pintarme como una puerta ni aprender a poner un preservativo.

—Gertie, déjame que te de un consejo, no de hermana sino de persona adulta, y es que no te preocupes por los chicos todavía. Eres muy joven, y la madurez te llegará sola en unos pocos años, pero la niñez nunca vuelve. Cuando seas mayor echarás de menos ser como eres ahora.

—Es que Ander... Ay, si lo vieras. Tiene el pelo rizado, y pelirrojo, pero no como tú, es algo

más como el fuego, y unos ojos muy bonitos...

—Pero prefiere estar con su grupete de amigos. Gertie, ¿de verdad te gustaría estar con un chico al que no le interesaras lo más mínimo? ¿No preferirías que el chico con el que salieras fuera uno al que le interesaras de verdad?

—Pero si no hago algo, nunca se fijará en mí... —Gertie hizo un gesto enfurruñado.

—Y si haces algo te pondrás en evidencia delante de todos. ¿Eso es lo que quieres? Gertie, hazme caso, déjalo estar. Nos vamos en unos días. Nuevo colegio, nuevos amigos.

Transcurrieron unos minutos de silencio. Seguimos caminando; el bosque estaba precioso. La luz del atardecer recortaba sombras a través de las hojas de los árboles que le daban al bosque un aspecto casi mágico. Me pregunté si llegaría a ver hadas por esa zona.

—¿Cuántos años tenías cuando... cuando... tu primer beso?

Me sorprendió la pregunta tan inesperada y de manera tan directa. Me quedé sin palabras unos instantes, hasta que por fin respondí.

—Eh... Dieciocho.

—¿¿Qué?? ¿Tantos?

—¿Cómo que tantos? ¡Oye!

—Yosita quedó con Beanés en el árbol de los besos y estuvieron charlando, y al final se dieron un beso... Dijo que chocaron las narices y que había muchas babas al final...

Miré hacia el otro lado y me tapé la boca con la mano, pero no pude contener la risa. De verdad que intenté ocultarlo, pero el movimiento de los hombros me delató.

—¡Meeeeel! ¡No te rías! ¡Te lo estaba diciendo en serio!

Paramos. Habíamos llegado al río que surtía agua al pueblo. Era ancho y caudaloso, y el desgaste de los años había provocado que no tuviera orilla propiamente dicha, sino que estuviera al fondo de un pequeño precipicio a unos cuantos metros, no demasiados, de nosotras. Miré hacia atrás y no vi las murallas del pueblo, pero no me preocupé porque lo tenía todo controlado: el sol anaranjado estaba a nuestra izquierda, por lo que a la vuelta tenía que estar a nuestra derecha.

—Este río no es como el que teníamos en nuestra casa.

—Claro, Ricitos. No todos los ríos son iguales.

—¿En este nos podemos bañar?

—Mejor no. La corriente va muy rápida. Nos puede arrastrar.

Gertie se sentó al borde del precipicio, inclinada, apoyándose en las manos, y dejó las piernas colgando. Las movió un poco, golpeando la tierra con los talones. Yo me senté también a su lado.

—Hazme caso, Gertie. No lo fuerces. Si al chico no le gustas, peor para él, no sabe lo que se pierde. Pero llegará tu momento y encontrarás a un chavalito que beberá los vientos por ti. Si yo lo hice, tú con más motivo. Pero no intentes forzar la situación ni te pongas en evidencia, porque entonces la gente te recordará por eso. Imagina que te equivocas y una chica mala como Mina lo ve. ¿Qué crees que ocurriría?

Nunca supe lo que me contestaría, porque se inclinó hacia delante, apoyó los antebrazos en los muslos mientras seguía golpeando con los talones, cuando el suelo que estaba bajo ella se desprendió y Gertie cayó al río.

Un segundo interminable. Un segundo en el que yo debía decidir qué hacer. Un segundo que podía cambiarlo todo. Solamente un segundo, ya que Gertie cayó al agua, y yo... no pude idear nada mejor. Salté tras ella.

Hice bien, ¿verdad? Hice lo correcto. Intentar un descenso no era una opción, me hubiera llevado demasiado tiempo. Tampoco era opción intentar seguir a Gertie desde fuera, por el curso

del río, ya que la corriente iba demasiado rápido y a saber si no llegaría a algún lugar en el que me fuera imposible continuar a pie. Ni ponerme a gritar a Gertie que nadara y se agarrara a alguna piedra o rama. Todo eso fue lo que pasó por mi cabeza durante ese segundo, tan largo y a la vez tan corto. Realmente no se me ocurrió otra cosa mejor que tirarme tras ella.

En cuanto me zambullí, bucéé hacia arriba y, una vez en la superficie, noté cómo la fuerza de la corriente me arrastraba con más fuerza de la que yo había imaginado desde arriba. Nadé a favor de la misma, girando la cabeza hacia los lados y llamando a Gertie a voz en grito. Por favor, que no se hubiera golpeado la cabeza. Que supiera salir a la superficie y respirar.

—¡¡¡Gertie!!! ¡Gertie, contesta! ¿Dónde estás? ¡¡Gertie!! ¿Puedes oírme? ¡Dime algo! ¡Grita si me oyes! ¡¡Gertie!!!

Seguí nadando. Con esa corriente, el cuerpecito de Gertie, que pesaba como la mitad que el mío, sin duda estaría muy hacia delante. Pasé un pequeño desnivel en el que vi una cabeza rubia empapada y me dirigí hacia allí, nadando con todas mis fuerzas.

—¡Gertie! ¡Gertie, estoy aquí! ¡Dame la mano! ¡La mano, Gertie!

Gertie intentó nadar en contra de la corriente para acercarse a mí. Yo daba grandes brazadas; tenía que alcanzarla. Finalmente nuestros dedos se tocaron, conseguimos engancharlos a duras penas, después vino la otra mano, y así, no sin esfuerzo, conseguimos abrazarnos. La corriente seguía arrastrándonos río abajo, pero estábamos juntas. Gertie se abrazaba a mí con mucha fuerza, y es que realmente le iba la vida en ello: necesitábamos mantenernos juntas, ahora que ambas habíamos hecho un esfuerzo para alcanzar a la otra, nuestros cuerpos empezaban a estar agotados y, si nos volvíamos a separar, ya no podríamos volver a reunirnos.

Yo no sabía qué hacer. No hacíamos pie, y en esas circunstancias, era imposible intentar trepar hacia arriba. El acantilado no tenía mucha altura, pero de ninguna manera podríamos treparlo solas. Intentar luchar contra la corriente era inútil; era demasiado fuerte y solo serviría para que acabáramos aún más cansadas. De vez en cuando veía algún que otro tronco caído desde fuera, en diagonal, formando un ángulo con el río y el acantilado, y, cuando ya habíamos pasado unos cuantos, me mentalicé de que era nuestra única salida: agarrarnos a uno e intentar subir a él. De modo que nadé, sin soltar a Gertie, hacia un lado, y a los pocos minutos apareció un tronco. Le hice una seña a mi hermana, que la entendió, y, cuando la parte del tronco que se sumergía en el agua estaba delante de nosotras, extendimos cada una un brazo y nos sujetamos a él.

Surtió efecto. Nos agarramos bien al tronco, e impulsándonos un poco con los brazos, sacamos medio cuerpo del agua. Ahora había que llegar fuera, usando el tronco como sujeción.

—Tú primero, Gertie. Si te caes, estaré justo debajo y te cogeré. Ve despacio, no hay prisa, y agárrate bien. Si tienes que parar, hazlo, no te preocupes. Cuando llegues, subiré yo. Venga, no tengas miedo. Lo conseguiremos.

La niña asintió y empezó a arrastrarse por el tronco hacia arriba. Se había abrazado bien al tronco, y se arrastraba despacito por él. Sin prisa, pero sin pausa. El tronco estaba bastante pelado, pero quedaban aún algunas ramas secas que iban cayendo al agua a medida que Gertie pasaba sobre ellas. Cuando paraba, yo le gritaba palabras de ánimo, porque lo que menos nos convenía era que se rindiera. Poquito a poquito, llegó al final del tronco, a las raíces, y se bajó de él, ya segura en tierra. Era mi momento. Me abracé al tronco y me impulsé con los pies, en tramos muy cortos. No me atrevía a hacer un movimiento sin comprobar antes que tenía el resto del cuerpo bien asegurado. El cansancio me podía, me dolían muchos los bíceps y las rodillas, pero no podía quedarme en medio del tronco a descansar. Tenía que llegar junto a mi hermanita; si ella lo había conseguido, yo también podría.

Es curioso cómo un segundo puede parecer un momento tan corto y a la vez tan largo. Mi ascenso por el tronco estaba formado por miles de segundos cortísimos, en donde cada uno de ellos podía significar la diferencia entre seguir o caer, entre vivir o morir. Miles de instantes cortos y a la vez largos. Mi mirada estaba fija hacia delante; en esos miles de segundos que aún me quedaban para estar a salvo en tierra firme. El pulso me temblaba, mi cuerpo me mandaba señales de que ya era suficiente, pero yo no podía permitirme parar. No hasta que llegara al final. No hasta que me hubiera reunido con mi hermana. No hasta que estuviéramos las dos a salvo. Un esfuerzo que me pareció inhumano. A cada momento pensaba que en el siguiente instante mi cuerpo me diría que ya estaba bien y me caería. Pero no fue así. Solo me solté del tronco cuando mis pies tocaron, por fin, tierra firme. Me dejé caer sobre ella, más agradecida que nunca de tenerla bajo mi cuerpo.

Seguía temblando cuando Gertie se unió a mí. Me senté, ella me abrazó fuertemente y, juntas, nos rompimos en mil pedazos, nos hicimos añicos sin poder parar.

Pero juntas. Estábamos al borde de la extenuación y empapadas, sin embargo, seguíamos juntas.

Y vivas.

## Capítulo 42

Cuando me perdí en el bosque en aquella tormenta, Vánel me salvó. Me despreocupé cuando llegó, porque ya me sentía segura con su presencia; él sabría qué hacer. Cuando estaba con Beltane tenía esa misma sensación, la de que podía descuidarme porque otra persona con más conocimientos que yo llevaba las riendas.

Pero en el momento y lugar en el que me encontraba las tornas se habían cambiado. Yo era la responsable de Gertie. Yo era la adulta del equipo, la que debía cuidar de ella. Por tanto, no podía caer en histerismos, ni dejarme llevar por la desesperación. Tenía que conseguir que ambas volviéramos a casa sanas y salvas, porque ¿quién si no lo iba a hacer? ¿Mi hermanita? No, evidentemente, ella era una niña de doce años, no se le podía pedir que supiera encontrar una solución. Por eliminación, esa labor recaía en mi persona... y no tenía ni la más remota idea de qué hacer.

Analizando la situación: una niña de doce años con la cabeza llena de pájaros, y una chica de veintiuno cuyas nociones de supervivencia se limitaban a unas cuantas películas catalogadas como ficción. Las dos llorando como magdalenas. ¿Con qué herramientas contábamos? Con un arco y un carcaj lleno de flechas, todo ello empapado. Ni cuerda, ni cerillas, ni un triste cuchillo. Nada de comer, nada de beber.

Madre mía, la situación era deprimente. Pero... en fin, lo último que tenía que hacer era quejarme y cabrearme con el mundo; eso no iba a mejorar las cosas. La realidad era la que era y, bueno, podría ser peor.

—Mel, me... me duele mucho la mano... —balbuceó entre sollozos.

Ay mi madre, lo que nos faltaba.

Me separé un poco de ella y cogí suavemente la mano que me extendía. Tenía la muñeca hinchada y algo amoratada. Apreté un poco y dio un respingo, acompañado de un grito.

—Te has hecho algo. Quizás un esguince... No sé. Pero no tienes sangre, lo cual supongo que... es bueno. Hay que inmovilizarte la muñeca.

Me pasé el dorso de la mano para secarme las lágrimas, pero estaba empapada y lo que conseguí fue extendérmelas por toda la cara. Me sorbí un poco los mocos y me levanté.

—No te muevas, cielo. Voy por ramas para entablillar tu mano.

Miré a mi alrededor y por el suelo no vi nada que pudiera servirme, así que me dirigí hacia un árbol con las ramas bajas y partí un par que tenían lo que me pareció el grosor suficiente. Volví junto a Gertie, que seguía sollozando, y le quité a mis ramas todas las hojas y ramitas que sobresalían. Cuando estuvieron más o menos listas, las partí en dos.

—Tu falda tiene enagua, ¿verdad? —Asintió mientras sorbía por la nariz—. Tendré que cortar una tira para hacer una venda —Volvió a asentir y estiró un poco las piernas para facilitarme el trabajo.

Toda nuestra ropa estaba chorreando y eso lo hacía todo más difícil, porque la enagua se quedaba pegada a las piernas o a la falda de Gertie. Además, no sé cómo en las películas, cuando hacen eso, parece todo tan fácil: la enagua no se rompía con facilidad y tuve que sacar una flecha para hacer un agujero que me permitiera dar un tirón. Costó, pero le saqué una tira larga con la que le vendé a mi hermana desde la mano hasta la mitad del brazo. No tenía ni idea de si lo estaba haciendo bien o mal; solo sabía que no podía apretar mucho ya que corría el riesgo de cortarle la circulación, pero tampoco podía dejárselo flojo, porque entonces no hacíamos nada. Encima de la venda le puse los cuatro trozos de la rama, uno a cada lado, y luego los volví a sujetar con más tira de la enagua.

—Espero que sirva de algo... de todas maneras, cuando volvamos padre te mirará y sabrá qué hacer.

—¿Qué nos va a pasar, Mel?

Levanté la cabeza, la miré a los ojos y le acaricié la carita empapada de lágrimas.

—Pues... no lo sé, Gertie. La verdad, no lo sé. El río nos ha llevado muy lejos, se ha bifurcado varias veces y nos ha llevado siempre por el lado contrario al pueblo. No sé a cuántas distancias estamos. Pero está empezando a anochecer y padre se dará cuenta de que no hemos vuelto. No nos darán por fugadas. Saldrán a buscarnos. Padre les convencerá de que si no hemos vuelto es porque nos ha pasado algo.

—Pero si estamos tan lejos... no nos van a encontrar... no saben que el río nos ha llevado hasta aquí...

—Padre no es tonto —Gertie bajó la cabeza y empezó a sollozar de nuevo, pero no iba a permitir que desfalleciera, así que la levanté por la barbilla e hice que me siguiera mirando—. Gertie. Escúchame. Padre verá que no estamos por los alrededores y sabrá que algo nos ha pasado. Seguro que acaba deduciendo que nos caímos al río. Si me encontró a mí en el bosque en una noche de lluvia torrencial, nos encontrará a nosotras. No tengo ninguna duda.

—¿Y si nos ataca una fiera?

Mierda. Joder, la cría tenía razón. Pero si yo me dejaba llevar también por el miedo, entonces sí que estábamos perdidas de verdad.

—Tengo mi arco y mis flechas. Algo podré hacer. Mientras tú duermes, yo estaré alerta. Y cuando despiertes tú y sea de día, dormiré yo. ¿De acuerdo? Es la única manera, Gertie. Y... bueno, para intentar acercarnos al pueblo, vamos a seguir por el río, en dirección contraria. Estaremos más visibles que en medio de los árboles. Hum... Por casualidad, ¿tú no sabrías encender un fuego, verdad?

Gertie negó con la cabeza.

—Es Beltane el que sabe. Y padre.

¿Cómo lo hacían en las películas? Chocaban dos piedras varias veces entre ellas hasta que saltaba una chispa... Pero no dos piedras cualesquiera, tenían que ser de cierto tipo, y para mí todos los pedruscos eran iguales. Eso no me valía. Me sonaba también algo de hacer girar un palito afilado sobre una madera grande... Sí, claro, como todo el mundo sabe, en los bosques los árboles ya dan palitos afilados y maderos aptos para el fuego. Nada, no iba a conseguir encender fuego ni de chiripa. Quién tuviera un mechero.

—Venga, Gertie, en pie. Tenemos que aprovechar lo que queda de luz de día para intentar acortar distancia. Cuando esté ya oscuro, pararemos a pasar la noche.

Seguimos por el río, sin acercarnos mucho a él (habíamos aprendido la lección) en silencio. No tenía suficientes argumentos para tratar de animar a Gertie, y es que yo misma me estaba

desanimando también. Me preocupaba el tema del agua: como bien me dijo un sabio médico, un ser humano puede estar sin comer varios días, pero no sin beber agua. Acercarnos al río no era una opción, porque me negaba a que la tierra volviera a ceder y la corriente nos arrastrara todavía más lejos, además de que era agua no potable; el abastecimiento de agua del pueblo requería que antes el agua pasara por varios filtros. Lo único que realmente estaba en nuestra mano era acercarnos lo máximo posible a nuestro punto de partida y que alguien nos encontrara a tiempo. A ser posible, alguien que nos ayudara y no una fiera hambrienta. Era un plan patético y tristísimo, pero no teníamos otro mejor. Si es que dábamos pena. Vaya dos piezas. Gertie todavía tenía la excusa de que era una niña, pero yo...

Los soles del día terminaron de alumbrar y se fueron apagando hasta convertirse en más estrellas. Para entonces ya habían salido los soles de la noche, que eran de un azul bastante luminoso: por lo menos tendríamos una noche clara y mi guardia no sería demasiado complicada. Lo peor que nos podría pasar serían unos soles morados que nos dejaran casi a oscuras.

Nos sentamos en el suelo, al pie de un árbol que me pareció que tenía el tronco suficientemente grueso como para cubrirme la espalda, así, si venía alguna fiera, vendría por los lados o por delante, no por detrás.

El no tener una pequeña hoguera me desesperaba. Tenía la impresión de que, sin ella, era como si lleváramos un cartelito que pusiera “Aquí, carne fresca, sírvanse”. Dioses. Estaba cagada de miedo y no podía dejar que Gertie me lo notara.

—Duerme, cielo. Ya sé que no te va a resultar fácil, pero tienes que estar descansada para que yo pueda descansar también y podamos seguir. Si sucediera algo, te despertaría. Pero, por favor, trata de tranquilizarte. Esto tampoco es fácil para mí. Y si queremos salir vivas de esta y volver a casa, tenemos que permanecer unidas y no perder la calma.

—Tengo miedo, Mel.

—Y yo también, Ricitos de Oro. Pero no podemos dejar que nos domine. Venga, pequeña. Somos las hijas de Vánel de Fanelia. Lo conseguiremos. ¿Cómo está tu mano?

—Me sigue doliendo.

Le acaricé el pelo. Ya no estábamos empapadas, sino que simplemente teníamos las ropas algo húmedas, así como el pelo. El calor que hacía propiciaba que nos secáramos rápido.

—¿Te duele más o menos que antes?

—Igual.

—Bueno, tú no la fuerces. A ver si, con suerte, mañana a estas horas estamos ya en casa y te la ha mirado alguien que sepa más.

Gertie asintió, se acurrucó y a los pocos minutos escuché su respiración sosegada: ya se había dormido.

La noche fue tranquila y larga. Sobre todo, larga. Yo estaba también muy cansada y los ojos se me cerraban, pero me forzaba a mí misma a no quedarme frita. Cuando veía que no podía más, me levantaba y daba unas cuantas vueltas alrededor de mi hermanita, o me quedaba de pie un rato. No solté el arco en ningún momento, y permanecí atenta a los sonidos del bosque, por si hubiera alguno sospechoso, pero, por fortuna, la noche transcurrió suavemente. Cuando una de las estrellas comenzó a titilar y se convirtió en un sol de día, yo tenía un dolor de cabeza bestial. Había llegado un momento en que, si me ponía de pie, me parecía que me estallaba, y la única manera de calmarlo era ponerme en posición horizontal. Pero si lo hacía, me quedaría frita en cuestión de segundos. Por eso me quedé sentada con los codos apoyados en los muslos, y la frente sobre los nudillos, aguantando la jaqueca ocasionada por el cansancio y la falta de sueño. En esa postura me



encontraba cuando Gertie se levantó.

—Duérmete tú ahora, Mel.

—¿Has descansado? —pregunté casi mecánicamente—. ¿Tu mano?

—Me siento con energías —La vi asomar una sonrisa y eso me alegró—, y la mano no me duele tanto. Anda, duerme tú, que no traes buena cara.

—No te alejes. Y si vieras algún animal o escucharas algo raro, despiértame.

Gertie me dijo que sí con la cabeza, y yo por fin me tumbé y cerré los ojos. Mi último pensamiento fue que la niña estaba animada, y que eso era bueno, porque nos daría fuerza para seguir adelante, y que cuando me despertara seguro que encontraríamos el pueblo en un ratito porque iríamos a paso ligero, y... no recuerdo nada más. Estaba demasiado cansada y debí quedarme dormida casi de inmediato.

## Capítulo 43

No dormí bien. Estaba muy cansada y mi cuerpo me lo pedía a gritos, pero tuve sueños agitados que me impidieron descansar como debiera, además de que el lugar no era precisamente la suite de un hotel. El no tener nada blandito donde apoyar la cabeza hizo que me levantara con dolor de cuello, y eso, sumado a que sin el atrapasueños mi cerebro me impedía descansar bien, hizo que me levantara hecha un trapo. Miré a mi alrededor y maldije que todo lo que nos había ocurrido no fuera una pesadilla.

—¿Gertie?

Nadie contestó. Me despejé rápidamente y me levanté. Me dolían todos los huesos. Di un pequeño grito por el dolor inesperado y volví a llamarla, dando vueltas sobre mí misma y mirando hacia todos los lados.

—¡¡Gertie!! ¡¡Gertie, ¿dónde estás?!!

El corazón empezó a latirme fuertemente de angustia. Mira que le dije que no se alejara. Dioses, que no le hubiera pasado nada, no, a esa cabecita de chorlito no, por favor...

—¡Estoy aquí, Mel!

Asomé entre los árboles y se dirigió hacia mí muy tranquilita. Me llevé la mano al corazón y respiré aliviada. Las piernas me flojearon y me dejé caer. Gertie se sentó junto a mí.

—Tranquila, Mel. Mientras dormías di unas cuantas vueltas por el bosque a ver si encontraba un arbusto de bayas o algún árbol de frutas. Pero no me alejé. Ya ves que sigo aquí, no me he perdido.

Asentí con la cabeza. Quizás estuviera actuando de manera demasiado sobreprotectora, Beltane lo era conmigo y me fastidiaba mucho. Quizás debiera confiar un poco más en Gertie.

—¿Y encontraste algo?

Movió la cabeza suavemente hacia los lados.

—Nada. Aquí no hay nada. Mejor nos vamos, ¿no? A ver si para esta noche ya nos encontramos con alguien que nos ayudara.

—Sí, tienes razón.

Nos levantamos y me sacudí las calzas. En aquel momento me alegraba de haber comprado ropa de chico. Pues anda que no iría incómoda con faldas en esa situación.

—Tendrías que verte los pelos, Mel —rió la niña.

—¿Humm? —Me llevé las manos a la melena y, por lo que toqué, debía parecer el rey león. La pañoleta se me había descolocado completamente y lo raro era que no se me hubiera caído en el río. Cuando tiré de ella para recolocármela, descubrí por qué: el pelo de mi nuca había decidido hacer un nidito de amor con la tira que servía para anudar la pañoleta y eso había asegurado que no se me cayera por muchas sacudidas que nos diera el agua. Empecé a dar tironcitos del pelo para sacármela, arrancándome varios pelos en el proceso. Cuando por fin

liberé la pañoleta, en toda la tira había enredados varios mechones. Desaté el nudo y sacudí todos los pelos ante la mirada asombrada de Gertie.

—Malditas greñas asquerosas —mascullé.

—¿En tu mundo todos tienen el pelo así?

—No. Yo soy única en mi especie; tengo un puto estropajo en la cabeza, herencia de mi abuela. Por eso ella siempre lo llevaba corto.

Comenzamos a caminar tomando el río como guía. Gertie parecía contenta, como si realmente fuéramos a encontrar el pueblo antes del anochecer. Yo tenía mis dudas, porque la tarde anterior no habíamos caminado mucho y, aunque mi plan era no parar hasta que fuera noche cerrada, dudaba que en una tarde y media recorriéramos todo lo que nos había alejado el río. Pero no se lo dije; lo importante era mantenerla esperanzada. Aunque, si me preguntaba, se lo diría. No quería mentirle al respecto.

Al cabo de un rato me dijo que tenía sed, y una colmena de preocupación se asentó en mi estómago. Yo también tenía sed, no demasiada, pero sabía que eso solo era el principio. Iría a más. Y temía el momento en que la sed llegara, porque entonces ya empezaba la cuenta atrás para que el cuerpo dejara de aguantar sin líquido. Pues bien, la sed había llegado. El tiempo empezaba a contar. Ahora nos urgía más que nunca volver al punto de partida.

Además, la niña necesitaba un cabestrillo para su mano. Le aconsejé que la llevara pegada al pecho y que intentara no moverla, pero pedirle eso a una niña era como pedirle a un par de piedras que me encendieran un fuego. Imposible.

Cuando los soles del día empezaban ya a atenuarse, las tripas me rugieron. Fantástico. Ahora, además de sed, tenía también hambre. “Tranquilidad, Mel”, me dije, “Podéis aguantar sin comida varios días. Lo importante es el agua. Ignora a tu estómago”. Qué fácil era decirlo. Si al menos tuviera agua, podía llenarme la tripa de líquido y así tenerla engañada un rato, pero es que ni agua teníamos. Dioses, nos urgía llegar al pueblo cuanto antes.

Cada poco rato una de las dos miraba el bosque y buscaba algún tipo de fruta. Nos vendría muy bien, porque las frutas llevan una cantidad bastante decente de agua. Pero no tuvimos suerte. Luego pensé que claro, que por eso Vánel llevaba las frutas de la selva a venderlas en los pueblos. Allí no se conseguían fácilmente y por eso pagaban tan bien por ellas. Las frutas eran un bien escaso y, por tanto, muy valioso.

Gertie me seguía contando sus cosas, las amiguitas que tenía, los chicos guapos que no le hacían ni caso, anécdotas de clase... yo la escuchaba y me reía con sus historias. No eran tan diferentes a las mías de cuando tenía su edad, solo que, en mi caso, eran menos inocentes. Las niñas de mi mundo, a los doce años, pensaban en los chicos no platónicamente sino sexualmente. Se arreglaban mucho y se pintaban para parecer más mayores. Al menos, en esos pueblos, las niñas no habían llegado a ese extremo, seguían pareciendo niñas. En lo máximo que pensaban era en su primer beso. De hecho, Gertie me preguntaba una y otra vez cómo era, qué se sentía, cómo hacer para que un chico te besara... y yo le contestaba siempre lo mismo, pero aún así, ella no se conformaba, y al rato, vuelta otra vez al tema de los besos. ¡Y a mí que los chicos no empezaron a llamarme la atención hasta que conocí a Westley...!

Ay, Westley. Si me viera ahora. Vestida de chico, con el pelo de dos colores y hecho un nido de pájaros, armada con un arco y unas flechas, y atravesando el bosque sin comida ni agua. Impensable para una princesa que se suponía que era dulce y finolis.

Cómo lo echaba de menos. No había día en que no pensara en él y en lo que le pudiera estar pasando en la cárcel. Por supuesto que no quería ni pensar en la posibilidad de que el rey o quien

fuera lo hubiera matado, eso nunca. Yo sentía que estaba vivo. Y que me seguía amando. Me llevé la mano al colgante de la libélula y lo agarré con fuerza.

—¿Estás pensando en Westley? —me preguntó Gertie. Llevábamos un rato caminando en silencio. La miré y sonreí, sin soltar el colgante. Ella entendió aquel lenguaje y me abrazó. La abracé yo también y le di un beso muy fuerte en la cabeza.

—Ya verás como os podréis reunir de nuevo pronto.

—Claro que sí, Ricitos de Oro. Pero, para eso, antes tenemos que llegar al pueblo. Venga, que aún queda luz para caminar un buen rato antes de que se haga de noche.

Cuando anocheció, Gertie pareció que se apagaba. Yo la entendía; la niña realmente pensaba que íbamos a llegar al pueblo y que iba a dormir en su cama esa noche, y no sería así. Yo no sabía si la caminata iba a durar un día más, o dos, o tres... No lo sabía. El paisaje a nuestros lados no era diferente al que habíamos dejado la noche anterior. Yo tenía ya mucha sed y el estómago no dejaba de rugirme. Gertie estaría igual, y a ella además había que sumarle el esguince en la muñeca.

La miré. Estaba hecha un ovillito y ya se había dormido.

Cogí unas cuantas hojas y ramas secas, hice un montón con ellas, busqué dos piedras de lo que me pareció un tamaño decente y comencé a chocarlas para que saltara alguna chispa que prendiera en las hojas secas.

—Por favor —susurré, desesperada—. Enciéndete. Necesitamos fuego para que nos vean desde lejos. Por favor.

Cuando amaneció, había probado varios tipos y tamaños diferentes de piedras. Tenía ganas de llorar, pero hice un esfuerzo para no hacerlo. De hecho, creo que no tenía ni lágrimas. Me sentía una nulidad, un fracaso. No era capaz ni de encender un maldito fuego. Lo más básico que había hecho la humanidad desde hacía millones de años, y yo no era capaz.

Tenía la garganta totalmente seca y rasposa, la boca pegajosa, sentía calambres en el cuerpo y me notaba la piel fría y seca. Cuando me levanté, noté que me mareaba y volví a sentarme. Necesitaba beber, y lo necesitaba con urgencia. Mi única esperanza era hacer una hoguera que llamara la atención desde el pueblo, si no, podíamos darnos por muertas. No aguantaríamos otra noche más.

## Capítulo 44

—No me encuentro bien, Mel —me informó Gertie cuando me desperté a mediodía.

—Yo tampoco, Ricitos —le contesté con un hilo de voz.

Despacio y tambaleándome, me dirigí al río. Miré la distancia del precipicio y me pareció que era mucha más de la que había cuando nos caímos o cuando salimos.

—Mel, no. Si te caes, ya no podrás salir —imploró la niña.

—Necesitamos agua —sollocé.

—Pero no rompiéndonos la cabeza en el intento. Además, esa agua está sucia. No la podemos beber.

Me giré hacia ella. Cuando di un paso hacia mi hermana, perdí el equilibrio y caí al suelo, mareada. Gertie fue a por mí y me abrazó. Quedamos de rodillas, fundidas y sollozando.

—No lo hagas, Mel, por favor —suplicó—. Si la primera vez nos costó salir, ahora no lo conseguiríamos, estamos demasiado cansadas. Mel, por favor. No lo hagas por mí. Si te caes, yo sola no lo conseguiré. Dijiste que teníamos que permanecer juntas.

Sí, era cierto. Gertie tenía razón. Debíamos estar siempre juntas; si nos separábamos entonces sí que sería el fin.

Pero tener el agua tan cerca y no poder hacer uso de ella...

—Vamos, Mel —Se levantó y me tendió la mano buena—. Tenemos que seguir. Vamos.

Una vez me levanté, ella me pasó el brazo por la espalda y se apoyó en mí. Yo hice lo mismo y así seguimos caminando, despacito, sujetándonos la una en la otra. Sin hablar. Sin decirnos nada. Para hablar se necesitaba saliva, y con la boca tan seca y pegajosa no era fácil hacerlo. Teníamos que reservar la saliva para decirnos cosas que realmente fueran importantes.

Seguimos caminando durante bastante tiempo, probablemente unas horas. Pero cuando Gertie se detuvo, yo, que caminaba casi mecánicamente, me tambaleé. Miré a mi hermana y vi el terror en su cara. Con el brazo bueno me señaló a un punto delante de nosotras. Miré y vi a un animal que recordé de las ilustraciones de los libros de cuando estudiaba en Pueblo Palacio. Era un jabalí dragón.

El jabalí dragón reunía lo peor de los animales a los que debía su nombre: era del tamaño de un cerdo grande, negro, tenía unos colmillos y unas garras con los que despedazaba lo que se encontrara, patas cortas, y su cuerpo era una coraza en el noventa por ciento. Tenía alas pero, por fortuna, no volaba. Era carnívoro y muy glotón. Ah... y escupía fuego.

Sacudí un poco la cabeza para poner en orden mis pensamientos. Estaba mareada y confusa; las ideas me iban lentas en la cabeza. Tiré de Gertie y nos ocultamos tras un árbol.

—Gertie, escúchame bien porque en esto va a estar la diferencia entre que vivamos o no —La voz me iba lenta y pastosa—. Voy a intentar llamar su atención. Ponte a cubierto, que no te ataque.

—No, Mel. Te matará.

—Tengo el arco y las flechas.

—Mel, estás mal. Estamos mal. No podemos enfrentarnos a eso.

—Está en nuestro camino. No creo que podamos pasar sin que nos vea. Ya que vamos a cruzarnos con él, mejor hacerlo con un plan.

Gertie negó con la cabeza.

—No me gusta ese plan.

—Gertie, te voy a ser muy sincera. No creo que pasemos de la próxima noche. Si no nos mata él, nos matará la deshidratación. Solas y en este estado no lo conseguiremos. Necesitamos un fuego para que nos vean desde el pueblo y nos rescaten. Yo soy una inútil que no sabe encenderlo. Provocar a ese bicho para que nos lo encienda es nuestra única salida.

—¿Y si te pasa algo? Tengo miedo.

La abracé fuertemente.

—¿Y crees que yo no? Yo voy a ser el cebo... Venga, Ricitos. Trabajo en equipo. Cuando encienda el fuego, despeja el entorno para...

—Para que no se extienda —me interrumpió—. Y poniendo piedras alrededor. Me lo enseñó padre.

—Pero sin quemarte. Ten mucho cuidado. Si ves que no puedes contenerlo, aléjate. No quiero que ardas.

Esbozó una sonrisa ligera.

—Ten tú más cuidado. Por favor.

Me dio un beso en la mejilla. Solté el abrazo, la sonreí y la besé también.

—Mel, eres la hermana que siempre deseé. Te quiero mucho —sollozó.

—Y yo también te quiero mucho —respondí, también sollozando—. Por eso vamos a salir de esta. Lo conseguiremos.

Saqué una flecha, la examiné bien para asegurarme de que estaba en perfectas condiciones, y la coloqué en el arco. Me alejé de Gertie y me acerqué al animal. Caminaba tambaleándome, despacio, y a eso había que añadir que estaba temblando de miedo. Lo que iba a hacer era literalmente un suicidio. Pero respiré hondo y traté de calmarme. “No tiene por qué salir mal”, pensé. “Mucha gente los ha cazado. Y si consigo que prenda fuego, habrá merecido la pena”.

Comprobé que Gertie se había escondido tras un árbol y me coloqué con el río a mi espalda para que, cuando echara fuego, prendiera en los matorros y no en los árboles. Realmente teníamos muy poco margen de tiempo; si Gertie no actuaba rápido y conseguía contener las llamas dejando solo una hoguera, si el fuego se descontrolaba, podría arder el bosque entero. “Confiemos en que saldrá bien”, me dije.

Con el corazón saliéndoseme por la boca, di una patada a un pedrusco hacia donde estaba el animal. Le dio en un costado, levantó la cabeza y me vio. Entonces empezó el minuto más largo de mi vida.

El animal se dirigió hacia mí en postura de embestir, con sus enormes colmillos apuntándome. Yo no contaba con eso, contaba con una llamarada y su ataque me cogió desprevenida. Me fui hacia un lado y salté hacia un árbol de ramas bajas. Me encaramé rápido y de inmediato noté que el árbol se estremecía: el bicho le acababa de dar un buen golpe para derribarlo, y, aunque por su tamaño no lo parecía, por las sacudidas del árbol realmente pensé que lo iba a conseguir. Apunté con el arco y la flecha. Apuntar... ¿a dónde? Porque el maldito tenía una coraza que le protegía casi todo el cuerpo. Pero se me iluminó la bombilla y caí en un punto débil para todos los animales. Con el pulso tembloroso, el corazón a mil, la respiración agitada y apretando los dientes

para calmarme, disparé.

E hice diana. No era muy difícil porque lo tenía a escasa distancia, debo decirlo. Pero el jabalí dragón empezó a chillar como un cerdo y a retorcerse, momento en que aproveché para saltar del árbol y volver a mi puesto inicial, donde había menos riesgo de incendio.

Mi error fue pensar que el haberle acertado al animal en un ojo le iba a dejar fuera de combate. En cuanto me vio en el suelo echó a correr tras de mí y esa vez sí que me lanzó una llamarada. Me impulsé todo lo que pude con los pies y salté hacia un lado, extendiendo los brazos hacia delante para caer dando una pequeña voltereta, como Vánel me había enseñado. Sí. Lo hice. Aterricé en el suelo sin hacerme daño, pero en un segundo tuve al jabalí dragón encima de mí. Noté un dolor espantoso en el hombro y el brazo que me hizo pegar un buen grito, e intenté quitarme al animal de encima o levantarme como fuera. Pero no había manera: pesaba muchísimo, probablemente más que yo. De modo que lo único que tuve lucidez para hacer fue, con el brazo que no me dolía, sacarle la flecha del ojo, lo que le hizo chillar de nuevo, y clavársela en el otro ojo. Noté que dejaba de hacer presión y que ya no estaba concentrado en mí. Le di un empujón y me lo quité de encima. Cogí otra flecha más y se la clavé al lado de la anterior, retorciéndola, la saqué y se la volví a hundir. El bicho estaba ciego, pero por si acaso aún le funcionara el olfato, cogí una tercera flecha y se la clavé en todo el morro. Nuevo chillido. Pero ya no ponía resistencia. Ya estaba. Le había vencido.

Me llevé la mano al hombro. Ahogué un grito. Qué dolor. Retiré la mano y la miré. Llena de sangre, claro. Ese bicho me había mordido, y tenía una buena dentadura. Me había hecho mucho daño, me dolía horrores. Me dejé caer de lado, sobre el costado bueno, y cerré los ojos. No podía más. Seguí respirando, intentando calmarme.

—Mel, Mel...

Noté una suave caricia en la cara que me retiraba los pelos. Era Gertie, claro. Abrí los ojos, la busqué con la mirada e intenté sonreír.

—¿Conseguiste... la hoguera?

—Sí, Mel. Disparó hacia el río, pero prendió unas cuantas ramas en la orilla. Las junté, añadí más, y ya tenemos fuego.

—Vigila que no se apague, por favor.

—No se apagará. Está haciendo mucho humo. Lo verán desde lejos, ¿verdad?

Respiré más aliviada y volví a cerrar los ojos. La herida me dolía muchísimo.

—Sí, Ricitos. Lo conseguimos. Ahora vendrán a rescatarnos.

“Aunque no sé si será demasiado tarde”, pensé.

—Mel, tienes mucha sangre... —Me tocó el brazo y pegué un respingo ahogando un grito—. ¿Te duele mucho?

—No me lo toques, por favor. Me duele mucho; creo que me ha mordido.

Oí que se movía y que hacía algo a mi lado. A los pocos minutos noté una presión sobre la herida acompañada de un estallido de dolor.

—¡Ahhh! ¡Gertie, no me lo toques, por favor!

—¿Te acuerdas cuando Beltane se hizo una herida en la espalda y le pusiste la camisa para hacer un tapón y que no sangrara más? Pues yo te he puesto lo que queda de mi enagua. Estás sangrando mucho, Mel.

Me mordí el labio. Si hubiera tenido lágrimas, probablemente me hubiera puesto a llorar. El gesto de Gertie me había conmovido mucho, y también estaba el hecho de que yo ya no tenía fuerzas para moverme. El combate contra el jabalí dragón se había llevado la energía que me

quedaba, y la poca que podía quedar quedaba anulada por el dolor de la herida.

Agua. Necesitaba agua.

Cerré los ojos.

Pero no dormí. Estaba agotada, sedienta y dolorida. Notaba a Gertie a mi lado apretándome el tapón en la herida y, de vez en cuando, levantándose lentamente para alimentar la hoguera. La oía sollozar junto a mí, rogándome que no me muriera y apretándome la mano. Yo le devolvía el apretón y de vez en cuando abría los ojos y la miraba, pero no tenía fuerzas para más.

“Gertie, no te preocupes”, pensaba. “No me voy a morir, porque tengo un maldito destino escrito, y a los dioses se les antojó que subiera al trono en algún momento de mi vida, pero como se aburrían, decidieron putearme lo que no está escrito. Como ahora, que probablemente tengan que cortarme el brazo”. Tenía ganas de llorar. Por favor, no. No quería perder un brazo. Estaba segura de que el mordisco era muy profundo, a juzgar por lo que me dolía, y necesitaba atención médica urgente. Pero sabía bien que era imposible; para cuando nos encontraran, ya sería demasiado tarde y probablemente tuvieran que cortarme el brazo. El derecho. Tendría que aprender a escribir, a comer, a hacerlo todo con la mano izquierda. Westley me salvó la mano derecha cuando me la destrozaron los malditos elfos mestizos, y total, para nada, porque ahora iba a perder el brazo entero. No podría volver a tocar el piano nunca más. Ni a abrazar a Westley. Ni a seguir practicando con el arco y las flechas. Ni a... a tantas cosas. La princesa Melania I, la torpe, la loca, la torturada, la payasa, la traidora, la fugitiva, y desde ese momento también la lisiada. ¿Es que no había perdido ya suficientes cosas en mi vida, que ahora tenía que quedarme mutilada?

Cayó la noche. Gertie estaba tumbada junto a mí y me acariciaba la cara. De vez en cuando me daba un besito. Me sentía febril y tiritaba, no sabía si por la deshidratación o por la herida.

En mi cabeza tenía una imagen que se repetía constantemente, y era Julie Andrews con los siete niños de Sonrisas y lágrimas cantando la canción “My favourite things”. La voz de Maria Von Trapp con los acompañamientos de los siete hijos del capitán sonaba una y otra vez. En bucle. Como si fuera una espiral, un remolino que me hubiera arrastrado y que no me soltaba. A veces los veía girar y bailar a mi alrededor, pero no reparaban en mi presencia. Al mismo tiempo, me notaba temblar, me notaba pequeños espasmos, sobre todo en las manos, también en la mala, lo que me ocasionaba mucho dolor en la herida. A veces iba más lenta. A veces más acelerada. Pero la canción no me soltaba. Abrí los ojos. Gertie no estaba junto a mí, pero olía la leña quemada y el crepitar de la hoguera, que no debía estar lejos. Mi hermanita también estaba mal y dudaba que pudiera aguantar toda la noche despierta echando ramas al fuego. Al menos, mientras estuvieran ahí las llamas, no se nos acercaría ninguna fiera. No teníamos que temer en ese sentido.

Mi cuerpo se sacudía en pequeños espasmos. Quería gritar de dolor, pero no podía. Necesitaba agua.

La siguiente vez que cerré los ojos, vi a Westley.

—Ánimo, preciosa. Aguanta un poco más.

—Westley... cariño...

—Lo has hecho muy bien, valiente. Has vencido a ese monstruo tú sola.

—Te echo tanto de menos, Westley...

—Y yo a ti, mi vida. Pero debes resistir para que pueda ir a buscarte.

—Ojalá estuvieras aquí. No sabes la falta que me haces. Seguro que tú me salvarías el brazo con los ojos cerrados.

—Claro que me gustaría ayudarte, bonita. Pero ambos sabemos que por ahora no es posible.



—Westley, quédate conmigo.

—Esto no es real, Melania. Es un delirio fruto de la deshidratación y de la fiebre ocasionada por la infección que tienes en la herida. Por eso tienes que aguantar hasta que llegue la ayuda. No te rindas.

—Quiero estar contigo. Te quiero.

—Y yo también a ti. Pero ya falta menos, corazón.

—Westley, no te vayas...

Noté de nuevo una presión en el cuerpo, esta vez más fuerte. Me estaban moviendo, incorporándome un poco. Abrí un poco los ojos y los volví a cerrar porque me cegaba una luz muy fuerte. Noté que me estaban pasando algo húmedo por la cara.

—Está ardiendo. Hay que enfriarla como sea —dijo una voz desconocida.

—Mel, hija. Abre los ojos. Despierta, por favor.

Esa última era la voz de Vánel. Abrí un poquito los ojos y volví a cerrarlos por la luz, apretando muy fuerte.

—Retire el farolillo, doctor. Mel, hija mía, vamos, soy yo. Bebe.

Noté que me apoyaban algo que me humedeció los labios y mi cuerpo se inclinó instintivamente para pedir más. Me sujetaron la cabeza para que bebiera mejor; lo que tenía en los labios probablemente fuera una botella o un odre. Pero me estaban dando agua. Agua, qué rica, cuánta falta me hacía. Subí el brazo sano y levanté más el recipiente para beber mejor. Tenía tanta ansia que al agua me chorreaba por las comisuras de la boca, pero me daba igual. Agua, por fin. Me acabé el contenido del bote y enseguida me pusieron otro en la boca. Yo tenía tanta sed que me la bebía sin control. Me notaba ya la tripa hinchada y seguía queriendo más. Me atraganté y me puse a toser. Cuando paré abrí los ojos del todo y vi la cara de Vánel frente a mí. Estiré la mano; necesitaba tocarlo para comprobar que no fuera otra alucinación. Él cogió la mano que estiraba y la apretó.

—Ya pasó todo, hija.

De nuevo oí la voz extraña de un hombre:

—Hay que bajar esa fiebre. Tómate esto.

Vánel cogió un vaso que le tendían y me lo arrimó a los labios, ayudándome a beber.

—Hemos traído un médico. Te vas a poner bien —me animó mientras me tomaba aquel mejunje asqueroso que me hizo toser.

—¿Y Gertie...? —conseguí decir tras la tos.

—Está bien. Beltane y unos guardias del pueblo están con ella.

—Muchacha —dijo la voz desconocida—, vamos a limpiarte y coserte esa herida. No tengas miedo, que te vamos a dormir y no te dolerá —Me pusieron un paño en la cara con un olor que reconocí de inmediato y que me trajo recuerdos nada agradables. Quise gritar que no me pusieran dormidera, pero cuando mi cerebro arrancó, ya me habían dormido.

## Capítulo 45

Desperté. Abrí los ojos y me encontré en una estrecha cama. Estaba tumbada de costado sobre el lado bueno; el hombro y el brazo heridos los sentía palpitantes. Me apoyé sobre el codo y me observé: de cintura para arriba me habían puesto una de esas camisetas anchas de convaleciente, solo que a esta le habían cortado todo lo que cubría el hombro derecho, el que tenía herido. Me habían vendado el mordisco e inmovilizado la zona a conciencia: habían sujetado el brazo malo al cuerpo con una venda, firme y segura. Dioses, gracias. Seguía teniendo los dos brazos. El alivio que me recorrió el cuerpo hizo que me dejara caer boca arriba. Cerré los ojos, respiré y agradecí infinitamente que no me hubieran cortado el brazo, volví a ponerme de lado y miré a mi alrededor: la habitación en la que estaba me era desconocida. Un pequeño biombo de madera clara me separaba y me tapaba la mayoría, pero pude ver un escritorio con un hombre sentado a él, ocupado, con una pluma en la mano anotando algo. En la pared de detrás de él había una librería repleta hasta los topes. El biombo me impedía ver más, así que miré la zona en donde estaba. Solo había una mesita de noche junto a la cama, en la que habían dejado un vaso de estaño y una jarra con agua. Tras haber pasado tres días sin haber podido beber una gota, veía el agua como un bien preciado y quise tomar un poco. Despacio, fui cambiando la postura para tratar de sentarme e intentar servirme con la mano izquierda. La cama crujió y eso llamó la atención del hombre del escritorio.

—Bien, te has despertado —dijo mientras se acercaba a mí—. Mel, ¿verdad? ¿Cómo te encuentras?

Abrí la boca para decir algo, pero no me salieron las palabras. Tampoco es que supiera qué decir. Mis ojos se fueron a la jarra de agua; el hombre lo vio y me sirvió un vaso.

—Bebe, bebe. Cuanto quieras. Tu padre debe estar a punto de venir. ¿Te duele el brazo?

Le devolví el vaso, ya vacío, y asentí. Me tocó un poco la frente.

—Vamos a darte más medicamento para bajar esa fiebre.

Salió y en unos instantes volvió conmigo, tendiéndome un vaso con un líquido turbio. Lo cogí y me lo bebí. Estaba malísimo.

—Yo soy el doctor Sanhen. Estás en mi consulta. Hace un par de días nos llegó una alerta de que habían desaparecido dos chicas en el bosque y se organizó una expedición de rescate. Y menos mal que me uní, porque con esa herida y esa infección no hubieras aguantado el camino de vuelta. Tenías una mordedura importante, te había sangrado mucho y se te había infectado, de ahí la fiebre, pero hemos conseguido salvarte el brazo y salvarte la vida. Gracias a que encendisteis una fogata os pudimos localizar a tiempo, si no, esto habría terminado bastante mal.

—¿Mi hermana está bien?

—Tu hermana solamente tenía un esguince en la muñeca. Muy bien lo que le pusiste, por cierto. Y muy bien también lo que te puso ella a ti. Está en vuestro hostel. Tu padre y yo quedamos

en que te quedaras aquí hasta que te despertaras y comprobáramos que estabas mejor.

—¿Esto es... una clínica?

—No, ja, ja, ja. Aquí no hay clínicas. Somos dos médicos con una consulta local. Ya nos gustaría poner una clínica, pero no nos llega para tanto —rió—. Vamos a ver. Siéntate. Te ayudo. —Me sujetó por el costado bueno y me colocó sentada en la cama, con los pies hacia fuera—. ¿Te mareas?

Negué con la cabeza. Me sentía bastante bien, nada que ver con el tercer día en el bosque.

—Intenta ponerte en pie —Me levanté, tambaleándome un poco, pero sin llegar a perder el equilibrio—. Camina un poco.

Obedecí. En ese momento me di cuenta de que estaba prácticamente desnuda. Lo único que noté bajo la camiseta fueron las braguitas. Me sentí bastante expuesta y cortada.

—Tu padre te traerá ropa limpia cuando llegue. La que llevabas estaba destrozada y dijo que la quemáramos.

Lo supuse. Aparte de que estaría más que sucia de haberla llevado tres días seguidos por la zona boscosa, es que el maldito jabalí dragón me la debió de dejar inservible. Pero quemarla... caramba con Vánel, qué radical.

—¿Caminas bien? Si te mareas, dímelo ahora.

El médico plegó el biombo para que me moviera con más libertad. Vi el resto de la habitación: cuadros con diplomas en las paredes, un mueble con botes de medicamentos, suministros y mejunjes, otro con instrumental, y libros, muchos libros.

—¿Nunca habías estado en una consulta?

—En clínicas.

—Bueno, esto es algo diferente, más modesto, pero sirve para lo mismo. Más pequeño, solamente somos dos, pero te hemos atendido igual de bien, ¿no?

Asentí. Así que esto era lo que quería montar Westley. Primero fue un proyecto más ambicioso, una clínica, aunque tuviera que tirarse veinte años ahorrando. Pero cuando me conocí cambió de opinión y prefirió una consulta en su casa, un puesto de médico local.

“Así tendré en mi casa las dos cosas que más amo: la medicina y a mi princesita”, me había dicho. No me hacía a la idea de cómo era hasta ahora que lo estaba viendo con mis propios ojos. Y me gustaba. Me imaginé nuestra vida juntos, él y yo en su casa. Tendría a sus pacientes, sus medicinas y sus cosas, y el resto del día Westley sería mío en exclusiva. No habría que esperar a que acabara su turno, solo a que atendiera a sus pacientes. No se alejaría de mí porque tendría el trabajo en casa.

—No me estás escuchando —Oí que me decía el doctor mientras me giraba con cuidado y me conducía de nuevo a la cama.

—¿Eh? ¿Qué? ¡Lo siento! Estaba distraída...

—Anda, acuéstate y descansa, que falta te hace. Si te volviera a doler, llámame. Y si necesitaras algo, lo que sea, también. Voy a estar en la consulta hasta que venga tu padre, que no creo que tarde mucho más.

—¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

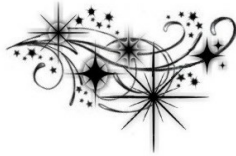
—Unas pocas horas —me contó mientras me colocaba de costado sobre la cama y me cubría con la sábana—. Te encontramos anoche, te cosí la herida en el bosque y estaba amaneciendo cuando llegamos de nuevo al pueblo. En un rato será la hora de comer.

Primero fueron las marcas de cicatrices en la espalda, por los latigazos. Luego fue una herida en el antebrazo causada por una zarza venenosa. Después, la de alrededor del tobillo, cortesía de

un árbol que se encontró con mi pie. La última había sido un mordisco de jabalí dragón en el hombro y en el brazo. A ese paso, iba a llegar al trono con más cicatrices y cosidos que Frankenstein.

Me acurruqué en la cama, haciendo chirriar los muelles del somier. “Oh, Westley. La chica regordeta que tanto te gustaba se está convirtiendo en una piltrafa de parches. Espero que, a pesar de todo, este cuerpo te siga gustando aunque sea solo un poquito”.

“Con marcas o sin ellas, seguirás siendo mi princesita bonita y yo te seguiré queriendo más a cada día que pase”, dijo cuando me atendió tras los latigazos. Westley me querría de cualquier manera. Pero yo no quería darle un cuerpo lleno de cicatrices. Él se merecía algo mejor. Tenía que cuidarme más, pero, ¿acaso yo tenía la culpa de lo que me había pasado? Ni que hubiera buscado el veneno del zarzal, o me hubiera puesto adrede bajo el árbol cuando cayó, o me lanzara contra el monstruo para que me diera aquel mordisco. No había sido culpa mía, pero aun así, no podía quitarme de encima esa sensación de remordimiento y de culpabilidad.



Vánel llegó al poco rato, tal y como predijo el doctor. Yo estaba despierta y me alegré mucho cuando entró, llegó junto a mi cama y me abrazó con cuidado. Yo lo abracé como buenamente pude, teniendo en cuenta que tenía el brazo derecho inmovilizado y pegado al cuerpo.

—Hija mía. Por todos los fuegos, qué susto.

—Lo siento, lo siento mucho.

—Y qué culpa tendrás tú. Gertie me lo ha contado todo. Estoy muy, pero muy orgulloso de las dos. De ti en especial.

—Yo no he hecho nada.

Se separó de mí, acarició con suavidad las zonas vendadas y me miró, preguntándome con los ojos algo que él sabía de sobra.

—¿Valentía o inconsciencia? —me preguntó al fin.

Sonreí un poco, bajando la vista.

—Más bien necesidad. Teníamos que encender fuego a toda costa.

—Y no se te ocurrió otra manera que no incluyera peligro de muerte.

Me acordé de la noche que me pasé tratando de encender un fuego sin resultado.

—Lo intenté, pero soy demasiado inútil.

—¿Has matado a un jabalí dragón y dices que eres inútil? ¡Melania! ¡Esas criaturas matan a gente entrenada para cazar! ¿Cómo lo hiciste? Tienen una coraza que les protege casi todo el cuerpo... Sus puntos débiles son los pliegues que les unen las patas con el resto. Suelen atraparlos con redes, levantarlos y, si hay suerte, una vez atrapados en la red, los giran y buscan el punto. Y aun así es arriesgado, porque son rápidos y pegan buenos bocados. Bueno —Volvió a pasarme suavemente los dedos por las vendas—, eso tú ya lo has podido comprobar.

—Le di en los ojos.

Vánel me miró con un gesto de extrañeza.

—¿Cómo?

—Le disparé a los ojos. No sabía lo del punto débil, y pensé que si lo dejaba ciego, dejaría de perseguirme.

—Tienen también el olfato —observó haciéndome ver con su tono que era obvio lo que me decía—. Son depredadores.

—Me di cuenta y por eso le clavé después una flecha en el morro.

—En el nombre de los vientos, qué valor —Movié la cabeza hacia los lados—. Bueno, lo importante es que estáis bien las dos. Esto se te curará. Ahora debes cuidártelo y no hacer esfuerzos. Hable con los de la imprenta y les pedí tu sueldo de los últimos días. Ya no vas a volver; en cuanto pase la celebración del nuevo año nos iremos. El médico ha dicho que mientras mantengas la herida limpia y no muevas el brazo, no hay peligro. El pueblo al que vamos también tiene consulta de médico y te quitarán los puntos allí. Y... —Levantó el hatillo que llevaba— esto es para ti.

Sonreí mientras miraba el bulto que dejó a mi lado en la cama.

—Vas a tener que abrirlo tú, yo con una mano no puedo —observé.

—Por supuesto —Deshizo el nudo y me mostró el contenido: una blusita blanca de manga corta, con cuello barco y botones en la parte delantera, y cómo no, una falda. Esa era color crema con un par de rayas gruesas negras en los bajos. También había unos zapatos marrones con suela de esparto y tiras que se anudaban en la pierna. Los conocía y eran muy cómodos.

—Gracias, padre.

—Espero haber acertado. La criatura que te atacó suele llevar veneno en las uñas; lo más sensato era quemar tu ropa. De todos modos, hija, estaba inservible. Esa blusa fue lo que me pareció mejor para poner y quitar con la venda y que no tuvieras que moverte mucho. ¿Te gusta?

—Sí, está bien. Pero yo hubiera cogido un pantalón o unas calzas en vez de la falda —reí.

—Melania, hija —Su gesto se tonó algo serio—. Sabes que soy mago y que me gano la vida con mis servicios. Eso no es muy común, por lo general los magos prefieren vivir aislados y por eso hay tanto farsante, porque los servicios de un mago siempre son necesarios y bien recibidos. La gente del pueblo siente curiosidad por el mago y por cómo vive, con quién vive. El ver a la hija del mago paseándose con pantalones de hombre levanta murmuraciones. Nos vamos a ir de este pueblo en breve, hija, pero en el siguiente me gustaría que la gente no pensara que somos una familia de pobres que debe compartir la misma ropa. No quisiera que la gente dejara de contratar mis servicios por eso.

No podía creer lo que me estaba diciendo. Así que el qué dirán era importante en los terrenos neutrales. No, si no podían ser tan buenos y tan paradisíacos, estaba claro que algo malo tenían que tener.

—Está bien, padre. Usaré ropa de chica. No quiero que por mi culpa te quedes sin trabajo.

—¿Por qué esa fijación por la ropa de hombre? Te quedan muy bien las faldas. Y aquí ya no tienes que disfrazarte ni ocultarte. Entiendo que para entrenar lleves ropa cómoda, pero para estar en el pueblo...

—De verdad, padre. No pasa nada. Me gusta la ropa y me la pondré. Lo digo en serio, la falda es muy bonita.

—Bien, pues... —Se alejó un par de pasos de mí —. Me dijo el doctor que su mujer te ayudaría a vestirte. Voy a llamarla, y mientras te arregla, hablaré con él para que me diga lo que considere oportuno. Después iremos a comer los cuatro, ¿eh?

Comida. Sí. Qué hambre tenía. Asentí con ilusión.

—Has demostrado que no pierdes la calma en situaciones límite. Me has quitado un peso de

encima, hija —dijo antes de alejarse de mí.

En ese momento no reparé en que esa frase podía tener otro significado diferente al que parecía, dada la situación, y no le di mayor importancia.

Pero Vánel me estaba diciendo otra cosa, y pronto lo sabría.

## Capítulo 46

Pocos días después, llegó la celebración por el nuevo año. Había un sinfín de actividades para todo el mundo: bailes, juegos, competiciones, comidas que, por tradición, solamente se cocinaban durante esa noche, espectáculos... Yo quise participar, pero Vánel me dijo que no podía mezclarme con la marabunta y arriesgarme a que me dieran un golpe en la herida, así que, con mucho pesar, tuve que conformarme con ver la danza del fuego desde las zonas reservadas para familiares de los bailarines, separadas de la multitud. Era un espectáculo fascinante: los bailarines, con la cara cubierta por máscaras talladas y pintadas para imitar las llamas, y el cuerpo con una pintura especial para protegerlos de posibles quemaduras, hacían todo tipo de piruetas alrededor de una hoguera. Poco después cada uno cogía un poco de fuego con sus propias manos y jugaban con él, hacían malabarismos imposibles, conseguían que las propias llamas formaran parte de sí mismos. Si ya eso me pareció fascinante, lo mejor vino después: cuatro de ellos hicieron que las llamas que tenían en las manos se estiraran y tomaran forma alargada, se las arrimaron a sus caras, como si fueran flautas, y la boca se me abrió de puro asombro cuando oí que de ellas salía un sonido como de trompeta, pero muy tenue, lenta y grave. Esto fue cosa de unos segundos, porque los cuatro “instrumentos” de fuego se enredaron y retorcieron entre ellos hasta formar uno solo, entonces el sonido sonó mucho más alto, el fuego hizo como una explosión y toda la pista de baile se llenó de pequeñas fogatitas. Ahora eran los ocho bailarines, más un buen montón de pequeñitos fuegos que se unían a los humanos y juntos interpretaban una coreografía ardiente y peligrosa, pero increíblemente armónica. Ni un solo movimiento en falso, ni un solo paso fuera de su sitio, todo estaba perfectamente sincronizado. Los humanos se movían en corro y los fuegos saltaban por encima de sus cabezas, bailando, dejando al espectador con la pregunta sobre quién dominaba a quién. ¿El hombre dominaba el fuego, o era al revés? Llegó un momento en el que los bailarines levantaron los brazos, los pequeños fuegos giraron sobre sí mismos y se dirigieron a las cabezas de los humanos, cuando los tocaron, desaparecieron. Los ocho bailarines siguieron con su danza, pero uno de ellos se movía diferente, y es que, a cada paso que daba, dejaba una huella en el suelo, una huella ardiente de la que salían unas llamitas que cobraban vida propia y bailaban tras él. De inmediato supe que ese era Beltane; solamente él podía tener un dominio del fuego como para llevarlo a su interior y canalizarlo de aquella manera tan fascinante. No lo perdí de vista, me fijé en sus movimientos y me pareció que era él quien controlaba todos los fuegos para que le obedecieran a él y no hicieran daño a nadie. Cuanto más lo miraba, más convencida estaba de que lo que hacía mi hermano con las llamas era un arte y de que llegaría muy lejos.

—¿Cómo lo hace? —le pregunté a Vánel cuando acabó el espectáculo.

—Es un invocador —me respondió, con una sonrisa—. Puede hacer eso y mucho más. El fuego es su elemento. Lo controla a voluntad, lo enciende y lo apaga como quiere. Y, por supuesto,

mientras mantenga el dominio, el fuego no le puede hacer daño.

—Pero si tú fuiste quien le enseñó, tú sabrás lo mismo que él o más, ¿no?

—No, hija, te equivocas. Yo le enseñé a convocarlo, a encenderlo. El resto lo aprendió él solo. Dominó al fuego y éste le reveló sus secretos. Tu hermano tiene mucho poder. Gertie y tú podéis estar tranquilas, con él nadie se atreverá a haceros daño.

Por todos los dioses, qué triste sonaba eso. Necesitaba aprender a valerme sola, pero con urgencia. Qué vergüenza, yo, que me crié donde las mujeres son independientes y autosuficientes, y que en este mundo no pudiera dar un paso sin meterme en líos. Y se suponía que yo iba a gobernar. Vaya panorama desolador.

Las fiestas de aquel pueblo estaban llenas de puestecitos con comida diversa. Vánel nos llevaba por donde había menos gente, para que ni Gertie ni yo nos lleváramos un golpe accidental, y así probé unas tiras de carne guisada con crema agria y setas que eran típicas de aquella noche. Tenían la creencia de que era un regalo de los dioses, un regalo que se disfrutaba una vez al año, y que si se comía en otra fecha, los dioses se enfadarían y cargarían varios años de mala suerte sobre quien lo cocinara o comiera.

Tras la cena, dimos un paseo los cuatro, y Gertie pidió que la acompañaran al hostel para irse a la cama. Aunque el suyo era un esguince leve y le iban a quitar la venda al día siguiente, Vánel no quiso dejarla sola y la acompañó. Me quedé con Beltane, contemplando el ir y venir de la gente, sentados los dos en el suelo de forma que veíamos bien todo sin estar demasiado lejos. Estábamos los dos muy callados, él reservado y encerrado en su mundo, y yo sin saber qué podía decirle. No quería acabar o empezar el año peleándome con él. Pasó bastante rato hasta que me dirigió la palabra.

—¿Cómo está tu hombro?

—Ah... bien. Bueno, mejorando, quise decir.

—Padre me dijo que, cuando te recuperaras del todo, te enseñara a usar un cuchillo o un puñal.

Aquello me chirriaba y no sabía por qué. Me quedé pensando unos segundos y acabé teniendo una ligera idea de qué fallaba:

—¿Te pidió que me enseñaras? —Beltane asintió, sin dejar de mirar a la gente—. ¿Y por qué no me enseña él?

Volvió la cabeza y me miró.

—Eso fue lo que le pregunté. Y me dijo que quería que lo hiciera yo. No me dio más explicación.

Una pequeña brisa me sacudió unos cuantos mechones de pelo que se habían escapado de la pañoleta y bailaban en mi cara. También movió levemente algunos de los rizos de Beltane.

—Tú... no tienes nada que decirme, ¿verdad? —continuó Beltane—. No sabes nada que yo no sepa. ¿Me juras que padre no te ha dicho nada?

—Prefiero no tener que volver a hacer un juramento, Beltane. Pero te doy mi palabra, si eso te basta. Padre no me ha dicho nada fuera de lo normal.

Beltane volvió a mirar hacia el infinito y se colocó el puño apoyándolo parte en la barbilla, parte en la boca, parte en la nariz.

—Algo está pasando, Mel. Algo le pasa a padre y no nos lo quiere decir —Volvió a mirarme—. Lo conozco. No íbamos a irnos tan pronto de la casa, íbamos a esperar uno o dos años más. Me habla demasiado de vosotras dos, me dice que soy responsable de vuestro bienestar, que no permita que Gertie deje los estudios... y muchas más cosas, lo último ha sido lo de que te ayude



con las armas. Si a ti no te ha dicho nada raro... no sé qué se está trayendo entre manos.

No supe qué contestar a eso. No conocía tanto a Vánel como para afirmar que se estaba comportando raro. Pero lo que me decía Beltane sí que daba qué pensar.

—¿Se te ha ocurrido preguntarle al fuego?

—Lo he hecho ya varias veces. No me dice nada en claro.

—¿Y al viento?

—Lo mismo.

Vánel regresó y se sentó con nosotros. Nos había traído unas bebidas especiales de año nuevo, que tomamos muy agradecidos, no sin antes brindar.

—Por mis tres hijos, de los que me siento tan orgulloso —propuso Vánel—. *Din-ash-tanel*.

—¿Qué has dicho? —pregunté.

—Es élfico. Significa “El mañana brilla contigo”, que es lo que los elfos suelen decir cuando brindan y piensan en buenos deseos para el futuro.

—Claro —reí, pensando en lo tonta que era por no haber caído antes—, tú viviste un tiempo con los elfos. Conoces su idioma. Pues... ¡*Dinastanel*!

—Oh, dioses —se quejó Beltane con un gesto de dolor en la cara—. Con ese acento tuyo suena peor que si lo dijera un orco borracho y enfermo.

—A ti sí que te voy a dejar yo cara de orco, enano mental.

—No lo conseguirías ni con las dos manos, menos aún con una.

—Creído.

—Grosera.

—Vale, ya, los dos, por favor —interrumpió Vánel, alzando un poco la voz para que quedara por encima—. Reconozco que la conversación entre vosotros dos se estaba volviendo incluso divertida, pero no quiero discusiones en la noche de transición entre un año y otro. Hemos brindado, pues bebamos.

Bebimos y reímos. Vánel nos estuvo contando historias sobre las tradiciones de año nuevo de algunos de los muchos pueblos en donde él había estado. La noche se nos pasó rápido, y cuando empezó a titilar una estrella que se convertiría en sol del día siguiente, Vánel nos mandó a que cogiéramos una piedra de prisma cada uno. Él, como mago que había lanzado el hechizo, no podía participar, por lo que nos esperó mientras nosotros lo hacíamos. Le encargó a Beltane que no se separara de mí, por si acaso me llevaba un empujón, cosa que no sucedió. En un poste de alumbrado encontré unos pocos prismas enganchados, tiré de uno azulito y se soltó con facilidad... enganchado a uno rosita. ¿Y ahora?

—Pues te los tienes que quedar. Cuando coges uno y vienen dos, es que son prismas hermanos, y por tanto no deben separarse —me aclaró Beltane, mientras me mostraba el que había cogido él, de color verde—. Yo solo uno.

En ese momento una fuerte ráfaga de viento nos sacudió a ambos y me revolvió el pelo. Cómo odiaba cuando pasaba eso. Encima, con un brazo solo, me protegía peor la cara de lo que se me pudiera meter. Me di la vuelta para que me diera en la espalda y me encontré con Beltane, muy serio y circunspecto, nada que ver con como estaba hacía unos instantes.

—¿Qué pasa, Beltane?

Tardó unos segundos en contestar.

—Viento de cambio.

Me quedé callada, esperando que se explicara. Me sonaba que Vánel me había hablado alguna vez del viento de cambio, pero no recordaba exactamente qué me había dicho. Como seguía

mirando hacia los montes y no decía nada, le pregunté.

—¿Y qué significa eso?

—Pues que... que nuestras vidas van a cambiar, van a dar un giro. No sé si grande o pequeño, si bueno o malo, pero que van a cambiar, seguro. La última vez que cambió el viento, llegaste tú.

Vale. Ya entendía. Vientos de cambio. Algo nos iba a pasar. Un mal presentimiento me recorrió el cuerpo.

—No me gusta esto, Mel. Después de cómo se está comportando padre... No me gusta en absoluto.

## Capítulo 47

Tierras más allá de las fronteras del reino humano  
Año de gracia 29 de Basileo  
Mes primero

Hicimos las maletas y nos marchamos dos días después. Pasamos por la consulta del médico antes de irnos, que me quitó la venda, examinó la zona y decidió que podía quitarme los puntos. A cada punto que me retiraba, yo daba un respingo. No era nada agradable pero, por fortuna, no duró mucho. Me limpió la cicatriz con yodo y me la volvió a vendar para sujetarme las gasas que me había puesto.

—Lava la zona todos los días y aplícate yodo. Ya puedes ir moviendo el brazo y el hombro, pero poco a poco, y nada de esfuerzos ni de movimientos bruscos. Los músculos han estado en reposo varios días y tienen que ir acostumbrándose de nuevo a la actividad. Mantén la herida cubierta hasta que se te regenere la piel. Si vieras que se te pone colorada, se te hinchara o te diera fiebre, acude al doctor de inmediato. El pueblo al que vais tiene una consulta.

—Bien, doctor.

—Pues, joven De Fanelia, por mi parte eso es todo. Te deseo una pronta recuperación.

Al salir tuvimos que hacer un pequeño trámite: entregamos nuestras cartas de identidad y nos las devolvieron un rato después. Le habían adherido una hoja extra a cada una, en donde figuraba la fecha en la que habíamos llegado al pueblo y la que nos íbamos. En mi carta ponía: “Trabaja en la imprenta. Buenos informes” con las fechas en las que estuve allí, y más abajo “Extravío en el bosque. Localizada al tercer día”. Vaya, hasta eso iba a figurar en mi historial. Y, finalmente, junto al blasón del pueblo, la frase “Nada obsta” y varias firmas. La comparé con la de Gertie, y en la suya también figuraba nuestra excursión. Vánel me explicó que eso se hacía por simple precaución, porque si una persona acumula muchos extravíos, podría pensarse que está poniendo a prueba la seguridad del pueblo y que planea algo no muy bueno, pero que no me tenía que preocupar, porque lo importante era el “Nada obsta” del final. Gracias a eso entraríamos en el siguiente pueblo sin tener que pasar de nuevo por varias horas de interrogatorios.

En la carreta que nos llevaba al siguiente pueblo, me tumbé boca arriba, con la cabeza apoyada en el hatillo con mi ropa y, mirando la cubierta del carromato, me puse a pensar en lo del viento de cambio que me había dicho Beltane. ¿Sería que el rey iba a dar un paso más para encontrarme y ocurriría algo al respecto? Por favor, esperaba que no. Había pasado mucho tiempo, iba ya para año y medio, y por fuerza tendría que haberse rendido o cansado. Por muy obsesionado que estuviera conmigo, seguro que tendría cosas más importantes en las que pensar. Mientras trabajaba en la imprenta solía echar un vistazo a varios periódicos de la zona, y ninguno decía nada de los reinos, ni tampoco de la princesa. Pues si no era nada del rey, quizás fuera

que... ay, sí. Si Westley hubiera conseguido escaparse y fuera a buscarme... solo de pensarlo se me puso la sonrisa tonta. Eso sería increíble, lo mejor que me podría suceder. Pero, pufff, eso era una posibilidad muy remota. No quería hacerme ilusiones. Aunque, entonces, si no eran esas dos cosas, ¿qué otro cambio era el que nos estaba anunciando el viento? Gertie y Beltane no podrían decir que tenían grandes planes o cosas que dependieran de factores que pudieran variar. Y Vánel... Sí que era cierto lo que Beltane decía. Últimamente estaba callado y pensativo. Algo le preocupaba, y no nos quería contar qué era. Empezaba a darme en la nariz de que lo del viento de cambio estaba muy relacionado con ese secreto suyo. Giré un poco la cabeza y le miré. Se dio cuenta.

—¿Te duele el hombro?

—No, no. Está bien.

—Cualquier cosa, dímelo. No hagas la tontería de callarte, porque nos podría salir muy caro.

Se sentó junto a mí, y yo aproveché para sentarme también. Me ayudé de las dos manos para hacerlo, y apenas noté un ligero tironcillo en la herida. Nada de dolor.

—No fuerces. Estamos aquí para ayudarte.

—No, no, en serio, estoy bien —Me puse cómoda y me llevé la mano buena al hombro. Apreté un poquito y noté la presión, pero no me dolía. Ya no me sentía la zona palpitante, sino viva y saludable. Me froté el brazo suavemente. Me gustaba sentir que estaba entera, que no me habían tenido que cortar nada, aunque estuvo cerca. Pero, gracias a que Vánel vio nuestro fuego y llegó con los guardias y el médico, seguía siendo una chica completa. Podría volver a abrazar a Westley. Algún día.

El viaje fue tranquilo. De vez en cuando soplaba el viento con fuerza y entraba polvo por la parte trasera, pero eso, junto con varios baches que nos hacían pegar botes, fue lo máximo que hubo en cuanto a molestias. Íbamos bien provistos de agua y algunos panecillos para el camino, y galletas para el tiempo que estuviéramos en la cola de entrada. Fue un viaje aburrido, porque la capota hacía que no pudiéramos ver el exterior, pero tranquilo.

La nuestra no era la única carrera; al parecer, el año nuevo era la fecha en la que mucha gente aprovechaba para hacer un cambio en sus vidas y mudarse de lugar. No resultaba demasiado descabellado, porque muchas familias venían huyendo del rey, se alojaban en hostales, como nosotros, y buscaban trabajo para prosperar. Si lo conseguían, ahorraban y alquilaban o compraban una casa. Si no, probaban suerte en otro pueblo. Precisamente, compartíamos la carreta con una familia que constaba de matrimonio y trillizos revoltosos. Iban con cargados con muchos bártulos, entre bultos, baúles, maletas e incluso muebles, ocupaban más de la mitad de la carreta. Vánel había negociado con ellos el pagar una pequeña parte para que aprovecháramos el espacio que quedaba, así nosotros viajábamos por poco dinero y ellos ahorraban un poquito. Todos salíamos ganando.

Cuando llegamos era ya noche cerrada. Gertie se adelantó y cogió sitio en la cola antes de que el resto de gente que venía en las carretas reparara en ello. Me hizo gracia ese detalle; a la niña no le gustaba nada dormir en el suelo y, si podía evitar que más gente de la que ya había se pusiera por delante de nosotros en la cola, pues desde luego que lo hacía.

—¿Tienes prisa por entrar, Gertie? —preguntó Vánel, cuando nos unimos a ella en la cola.

—Por dormir en una cama de verdad, sí —respondió la niña, mientras se recogía las trenzas bajo su pañoleta y mullía su hatillo para usarlo de almohada—. Mel, ¿vienes?

Me había hecho un sitio junto a ella. El incidente que nos había hecho pasar casi tres días en el bosque nos había unido más de lo que ya lo estábamos, y nos había demostrado que juntas éramos

capaces de hacer cosas impensables, como sobrevivir a casi ahogarnos en los rápidos, trepar a un tronco estando al borde del agotamiento, montar guardia para que la otra pudiera descansar, vencer a un monstruo o dar ánimos a la otra en las peores horas. Solas no hubiéramos sobrevivido. Si lo hicimos fue porque estábamos juntas. Ambas éramos conscientes de ese hecho, como también lo era Vánel.

Me senté junto a mi hermana y seguí mirando la muralla de la ciudad. Era muy parecida a la que habíamos dejado, solo que las piedras utilizadas no eran grises, sino marrones. Al igual que la anterior, tenía un guardia cada pocos metros, y alambradas en lo alto, para evitar que alguien la cruzara sin pasar por la puerta principal. Al estar en una zona elevada, desde nuestra posición se veían algunas de las casas, y eran más de lo mismo, blancas y con aire viejo. Había edificios grandes; sin duda uno de ellos sería el colegio en donde Gertie estudiaría su siguiente ciclo, y varias zonas verdes que, aunque pequeñas, al menos darían sombra y frescor.

Pasamos dos noches en la cola hasta que por fin pudimos entrar al pueblo. Nos llevaron a las oficinas de entrada y salida; allí miraron nuestras cartas de identidad, nos hicieron abrir nuestros hatillos para comprobar lo que traíamos, después un ligero cacheo y, tras asegurar que no teníamos malas intenciones sino que veníamos a seguir con nuestras vidas, trabajos y estudios, nos dejaron entrar. No nos separaron para hacernos entrevistas, y no nos tuvieron ni una hora, lo que, comparado con las horas y horas que nos tuvieron en el anterior pueblo, fue casi un suspiro.

Vánel encontró un hostel con un par de habitaciones dobles libres, lo cual no resultó fácil, porque los primeros en donde preguntamos estaban llenos debido a la cantidad de gente que había venido en el año nuevo. Cuando soltamos por fin los bultos en las habitaciones, Gertie se quitó el vestido lleno de polvo y tierra y se dejó caer bocabajo en la cama.

—¿Tan cansada estás? Venga, Ricitos, que nos las hemos visto peores.

—No estoy cansada. Solo quiero una cama —me respondió con la cara pegada a la colcha—. Una cama blandita con una almohada de verdad. Y sábanas limpias. Debería estar prohibido dormir sin almohada y sábanas —Metió los brazos bajo la almohada y la abrazó, contenta de poder disfrutar de una. Qué poco se necesitaba para hacerla feliz.

—Bueno, ya sabes que una no se muere por dormir en el suelo y sin almohada —me reí—. Lo has vivido y no creo que se nos olviden esos días, ¿eh?

—Huy, no, una no se muere. O a lo mejor sí, pero yo no me podía morir. No podía permitirlo.

—¿Ah, no? ¿Por qué no? ¿Porque padre ha dejado pagado tu colegio?

Me miró con cara rara; al parecer, yo había dicho una burrada.

—¡Claro que no! ¡No es por eso!

—¡Ah! —Caí en la cuenta—. Es porque quieres ver Pueblo Palacio.

—¡No! —exclamó—. Bueno, sí, pero tampoco es por eso. No me puedo morir porque no me han dado el primer beso.

## Capítulo 48

Tierras más allá de las fronteras del reino humano  
Año de gracia 29 de Basileo  
Mes tercero

Vánel no me permitió buscar trabajo hasta que no sanó completamente mi herida. Cuando ya no había costra, sino una marca rojiza, y no sentía nada fuera de lo normal al apretar la zona o mover el brazo el círculos, le demostré que podía seguir tirando flechas sin problema y me dio su visto bueno.

—Aún no sé cómo te las arreglaste para acertar al jabalí dragón en los ojos, con esa puntería tuya —observó tras mi demostración.

—Yo estaba subida en un árbol y él estaba al pie.

Vánel sofocó una carcajada.

—Claro, eso lo explica todo. Al menos en las distancias cortas aciertas en el blanco. Algo es algo.

—Y era un blanco en movimiento, eh —puntalicé.

—Sí, sí, lo que quieras, pero tienes que practicar más.

Por las mañanas, mientras Vánel y Beltane iban a las granjas, negocios y demás lugares en donde se solicitaran los servicios de un mago, Gertie iba al colegio y yo me dedicaba a dar paseos por el pueblo. Había prometido no alejarme nunca de las calles transitadas y estar en la habitación de vuelta siempre antes de la hora del almuerzo, para que cuando volvieran Vánel y Beltane estuviéramos todos y nos fuéramos a comer los cuatro juntos sin necesidad de esperar.

En ese pueblo me costó un poco más encontrar empleo; en ninguna parte parecían necesitar personal, pero finalmente encontré trabajo por las mañanas en una pequeña tiendecita de alimentos de granja. Tenía que estar allí muy temprano para recibir la mercancía fresca del proveedor, y, mientras la encargada comprobaba que todo estuviera bien, yo colocaba los productos y, poco después, abría y dejaba entrar a los clientes, que se agolpaban en las primeras horas, ya que el género se acababa pronto y no querían quedarse sin productos. Vendíamos todo tipo de cultivos de granja: harina molida, azúcar, leche, mantequilla, huevos, verduras, hortalizas... Me costó un poco hacerme a los nombres de muchas cosas que no existían en mi mundo y por tanto no conocía, pero los clientes eran muy amables: con mi acento ya me identificaban como foránea y me ayudaban. Algunos me preguntaban de dónde era, y yo respondía que viajaba con mi padre y mis hermanos. No quería usar la palabra “inmigrante”, que de un tiempo a esta parte me empezaba a parecer despectiva, y por supuesto quería dejar bien claro que no era una chica sola, sino con familia. Que no me relacionaran con cierta princesa desaparecida.

Y precisamente de ese tema tuve noticias semanas después, cuando Vánel me dio un periódico

abierto por la página en cuestión:

### ¿Dónde está la princesa?

Apunto de cumplirse un año y medio desde su desaparición, desde Palacio evitan hacer cualquier tipo de declaraciones al respecto. La que presumiblemente será la próxima gobernante del reino humano se encuentra en paradero desconocido.

¿Qué sabemos de ella? Que llegó con diecisiete años y, según fuentes que han preferido mantenerse en el anonimato, el rey empezó a adoctrinarla desde los primeros días con el objetivo de convertirla en una versión joven y femenina de él mismo, pero la muchacha se mantuvo en desacuerdo con dicho adiestramiento y se rebelaba en continuas ocasiones, ganándose con ello el favor del pueblo. En los días previos a su desaparición, contando con veinte años de edad, se supo de la existencia de un romance entre ella y un joven plebeyo. Es entonces cuando el rey toma medidas y la pareja pasa varios días en los calabozos. Poco después la princesa es declarada traidora y se inicia una operación de búsqueda y captura, contando con un gran despliegue de ejércitos para una cacería que quemó casas, destruyó familias y tomó centenares de prisioneros, la mayoría de los cuales nunca regresaron. La recompensa por la captura de la princesa subió hasta alcanzar lo indecente. A día de hoy, las batidas para encontrarla se han reducido, por no decir eliminado, y no se ha vuelto a hablar de la mencionada recompensa, aunque el nombre de la princesa (Melania Martínez Muñoz) sigue estando entre los más buscados del reino.

Hemos preguntado a diversas personas de diferentes localizaciones, y la mayoría coinciden en que el rey ejecutó tanto a la princesa como a su joven amante mientras estuvieron en los calabozos, y que la cacería organizada no es sino un despliegue del poder del rey para mostrar lo que sucede cuando alguien se rebela contra él. Sin embargo, desde Pueblo Palacio, numerosas personas afirman haber visto o conocer a alguien que vio a la princesa en la clínica cuando se supo la noticia del romance. Hoy nadie se atreve a afirmar que ha visto o podido ver a la princesa, ya que eso significaría tener a las tropas del rey haciendo un registro del pueblo, tomando prisioneros y reduciendo a cenizas varias viviendas. Una ciudadana anónima confiesa: “Si la viera, y estuviera segura de que es ella, no la entregaría. Es la única esperanza de un futuro mejor, y no la vendería por mucho dinero que me ofrezcan. Pero, eso sí, no la quiero bajo mi techo. No quiero que torturen a mi familia ni quemem mi casa. Aunque lo más seguro a estas alturas es que ella esté muerta”.

¿Qué podemos sacar en claro de todo esto? Primero: si los dioses la trajeron con el objetivo de que llegara al trono, está claro que el rey no la ha podido matar. Segundo: al rey le encanta demostrar su poder y, en el improbable y dudoso caso de que hubiera matado a la princesa o al joven, se hubiera asegurado de que todo el mundo lo supiera. ¿Qué sentido tiene tomar una medida para mostrar poder, y después ocultar que dicha medida ha sido tomada? Tercero: evidentemente, la princesa ha demostrado ser más lista que el propio rey, y bien sabemos que un monarca, la máxima autoridad, no puede permitir que alguien inferior a él haga ese tipo de demostraciones. De ahí que siga la búsqueda, más por el orgullo de Basileo que por la posibilidad de encontrar a Melania. Abandonar la búsqueda sería como rendirse y admitir que la princesa le

ha derrotado, aunque, como dijimos arriba, el número de batidas en la actualidad es casi inexistente, hecho que es ignorado por la mayoría de los habitantes, quienes temen que cualquier día pueda llegar una patrulla con antorchas y armas. Cuarto: algo innegable es que, año y medio después, la princesa ha tenido tiempo más que de sobra para ponerse a salvo del rey, por lo tanto, sobran las cazas y las batidas. En las entradas y salidas de los pueblos neutrales no han recibido ninguna petición de asilo político de una joven con su descripción, de modo que lo más lógico y probable es que la chica haya vuelto a su mundo, donde está a salvo, y espere tiempos mejores para regresar y reclamar el trono.

Cerré el periódico y busqué la portada. Quería saber qué clase de publicación era esa; el rey nunca permitiría que se escribiera algo así tan tranquilamente. Se llamaba “Ecos neutrales”, pero no decía nada más. Era de tirada semanal y ese era el número más reciente.

—Es una publicación de las zonas neutrales —me explicó Vánel—. Ya supondrás que ese tipo de cosas son impensables en las tierras del rey. Habla de temas que incumben a estos pueblos, y como ves, también habla de asuntos del reino. Se publica a lo largo de toda la zona neutral, norte, sur, este y oeste. Al ser de tirada semanal trae cosas interesantes, pero no urgentes.

Eché una mirada por encima. Había un artículo sobre el primer tratado en el sureste con el reino faérico, en el que las hadas les suministraban el material para hacer los paneles de luz a cambio de azúcar, algo nunca visto e histórico para esas zonas. También sobre cómo era abrir un negocio según la zona, consejos para una buena mudanza, anuncios por palabras, convenios para mejorar la seguridad en los caminos, construir puentes, consejos para la recolección de no se qué... Había un poco de todo. Una mezcla entre un periódico normal y la revista Pronto. Curioso.

Tal y como predijo Ángela. Llegó el momento en el que el rey dejó de buscarme. Aunque, claro, no por eso iba a darme un indulto o algo así; por supuesto, estaba en la lista de los traidores y los más buscados.

—Melania, no se te ocurra pensar que eso es motivo para volver —dejó bien claro Vánel.

—No, no. Claro que no. El que se haya cansado de mandar tropas a cazarme no significa que ya no le intereso.

—Exacto. Si vuelves ahora, te estará esperando. Vuelve cuando tengas suficiente gente que te respalde. Te lo repetiré hasta que se te grave bien: Beltane se convertirá en tu mejor apoyo. Cuando haga su examen de mago, tendrá a toda la comunidad mágica a su disposición. A tu disposición.

Asentí con la cabeza. Cogí aire y lo solté. Sabría esperar.



## Capítulo 49

Tierras más allá de las fronteras del reino humano  
Año de gracia 29 de Basileo  
Mes quinto

Vánel nos anunció que iba a estar unos cuantos días fuera, pero que volvería pronto. Cuando lo hiciera, Gertie ya habría terminado el ciclo y nos podríamos ir al siguiente pueblo. La noche antes de irse, me explicó que una vez al año le gustaba ir a alguna comunidad élfica para encontrarse a sí mismo, estar cerca del espíritu de su mujer, meditar... La última vez que fue había sido hacía año y medio, cuando estábamos en la casa y yo me envenené con los zarzales. Estuvo una noche y regresó (Gracias a eso pudo salvarme), y poco después volvió con los elfos, cargando conmigo, la noche en que me atrapó el árbol en la tormenta, y sí que pudo pensar con tranquilidad a pesar de estar yo pululando por ahí. El caso es que, con todo el embrollo de los viajes, de ir y venir, del colegio de Gertie, de su trabajo como mago, pues no había tenido tiempo para visitar una fortaleza élfica, y ahora que se le habían acabado los encargos iba a aprovechar esos días hasta que Gertie terminara. La fortaleza más cercana estaba a un par de días de allí, por eso tardaría un poco más. Y así, los tres le deseamos buen viaje y seguimos haciendo vida normal: Beltane haciendo algún trabajillo, lo que le permitían ya que no tenía titulación de mago, Gertie con la última semana de colegio, ya habiendo acabado los exámenes y teniendo el ciclo aprobado con buena nota, y yo con mi trabajito en la tienda. Todo iba bien. Pero hacía unos meses el año nuevo nos había traído el viento de cambio, y la realidad nos iba a golpear en la cara.

Caía la noche. Volvíamos de cenar, y estábamos entrando al hostel cuando la dueña nos llamó. Nos estaba esperando un oficial de la entrada.

—¿Sois los hermanos De Fanelia? —preguntó.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal. No me gustaba eso. Beltane dio un paso adelante.

—Así es, yo soy Beltane, y ellas son mis hermanas, Mel y Gertie.

—Acompañadme a las oficinas de la entrada. Preguntan por vosotros y es urgente.

Gertie y yo nos miramos. ¿Quién nos podría estar esperando allí? Por un lado, me aliviaba que preguntaran por los hermanos De Fanelia, porque eso significaba que no tenía nada que ver con mi condición de fugitiva, pero aun así, me preocupaba...

Mientras seguíamos al guardia, Gertie me preguntó si sabía qué estaba pasando, pero yo sabía lo mismo que ella: nada.

Llegamos a las oficinas. Nos llevaron por varios pasillos, nos dijeron que entráramos a una sala, y allí estaba esperando una cara familiar, el elfo al que conocí hacía un año en la fortaleza, aquel buen amigo de Vánel, ¿cómo se llamaba?

—¿Nusinerior? —se extrañó Beltane.

—Beltane. Chicas. —saludó el elfo—. Quisiera poder decir “Grande es el cielo sobre nosotros”, pero no os traigo buenas noticias. Vuestro padre me manda a buscaros.

—¿Qué ha pasado? —exigió saber Beltane.

—Ha habido un percance en la comunidad. No sé si todos conocéis la historia que tuvo con su mujer y su suegro...

Beltane asintió y yo también. Gertie permaneció inmóvil.

—Su suegro estaba allí y el encuentro no ha sido muy afortunado. No está bien. Me ha pedido que os busque. Recoged vuestras cosas, saldremos en cuanto solucionéis los asuntos que tengáis en vuestros trabajos y estudios.

Sentí que me quedaba lívida. ¿Pero qué estaba pasando? ¿Vánel mandando a alguien a buscarnos? ¿Que estaba mal?

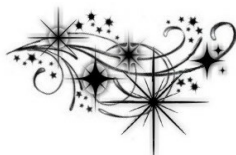
—No... no lo entiendo —interrumpí—. ¿Qué está pasando?

Beltane dio un paso atrás, se colocó a mi lado y me puso la mano suavemente entre los omoplatos, sin dejar de mirar a Nusinerior.

—Vuestro padre está mal, chicos. Su suegro no es una persona muy cabal. Ha tenido un arranque bastante desagradable con él. Desagradable y violento. Y eso, con la enfermedad que Vánel tiene...

—¿Enfermedad? —le cortó Beltane—. ¿De que enfermedad está hablando?

—¿No... no lo sabíais? —Los ojos de Nusinerior se fueron posando de uno a otro durante unos largos segundos en los que mi cuerpo estaba tan tenso que oía cada leve e insignificante sonido de mi cuerpo—. Vuestro padre lleva meses enfermo. Tiene galsiteria.



—¿Por qué? ¿Por queeeeeé? —gritaba Beltane mientras la emprendía a golpes contra una pared, de camino de vuelta hacia el hostel.

Gertie tenía la cara empapada en lágrimas, y a mí me estaba costando mucho contenerlas. Intentaba mantenerme entera por ellos dos mientras abrazaba a Gertie. Beltane tampoco lloraba, se desahogaba dando puñetazos a las paredes.

Ni Beltane ni yo sabíamos lo que era la galsiteria, pero Gertie sí. Precisamente se lo habían explicado en el ciclo que estaba cursando. Era una enfermedad de la sangre. Si se cogía a tiempo, con un buen tratamiento tenía cura, como casi todas las enfermedades de ese mundo. Pero si no se trataba, la sangre se contaminaba poco a poco. Era una enfermedad traicionera, porque el cuerpo no se iba apagando paulatinamente, sino que parecía estar bien, y el enfermo caía de repente cuando el cuerpo no pudiera alimentarse de esa sangre contaminada, o bien un hecho exterior que debilitara al cuerpo causaba esa caída. En el caso de Vánel, ese hecho había sido el encontronazo con su suegro. Al parecer, el hombre se había vuelto loco al verle y lo había atacado. Vánel no había querido devolverle los golpes ni hacerle daño al padre de su difunta mujer... y había sido él quien recibió, lo que disparó la enfermedad.

—No nos lo dijo. No nos lo quiso decir. Podríamos haberle ayudado —se lamentó Beltane—. Yo hubiera recorrido el reino entero para traerle la cura. O a la persona que supiera ayudarlo. Por qué, padre, por qué...

Intenté abrazar también a Beltane, pero me hizo un gesto firme con la mano para que lo dejara en paz.

—Y él lo sabía. Lo sabía de sobras. Por eso nos fuimos de la casa antes de tiempo. Por eso dejó todo el colegio pagado. Por eso se puso a trabajar como un loco para sacar dinero. Por eso me dijo... todo lo que me dijo —Le pegó otro puñetazo a la pared. Había dado tantos que tenía las manos ensangrentadas.

—Beltane... —supliqué, con las primeras lágrimas rodándome hacia abajo por la cara—. Por favor...

Beltane me miró y, entonces, sí que me abrazó. Nos abrazó a las dos muy fuerte. Apoyé la cara en su hombro y rompí a llorar. No podía ser cierto. Vánel no podía irse.

—No puedo aceptarlo, Mel— me susurró al oído—. No puedo. Se lo debo todo. No puede dejarnos así.

Oh, sí, sí podía.

## Capítulo 50

A la mañana siguiente, muy temprano, me disculpé con la dueña de la tienda, ya que probablemente no volvería más. Me sabía mal dejarla tirada de esa manera, sin avisar, pero no quedaba otro remedio. Beltane hizo lo mismo con los encargos que tenía para ese día, y luego fue al colegio de Gertie, como “hijo mayor” y responsable de la niña, para pedir el certificado de fin de ciclo y así poder trasladarla al centro de otro pueblo. Liquidamos la cuenta del hostel y, cada uno con su bulto, nos dirigimos hacia la salida. Entregamos nuestras cartas de identidad y nos las devolvieron con el blasón del pueblo, la fecha y la frase “Nada obsta” en las tres. Y de ese modo salimos por la puerta principal, por la que habíamos entrado con Vánel hacía solamente cuatro meses, donde Nusinerior nos esperaba con dos caballos de los entrenados para la velocidad. Beltane había tenido oportunidad de aprender a montar en una de las muchas excursiones que hizo con Vánel cuando estaba recién adoptado, y Gertie se había subido alguna vez a un caballo, pero mi única experiencia en uno había sido cuando el elfo mestizo me sacó de la cueva del terror y me llevó hasta un pueblo en el oeste, y estaba tan enferma, machacada y debilitada que ni me di cuenta apenas de la cabalgada. De modo que Gertie se subió con Nusinerior y yo con Beltane. Amarramos bien los bultos a los caballos y nos pusimos de camino.

Beltane guiaba el caballo y yo iba detrás de él, sujetándome a su cintura. Ninguno de los dos dijimos nada durante todo el trayecto. ¿Qué íbamos a decir? Estábamos conmocionados. La noche anterior no habíamos podido dormir. Beltane se había unido a nosotras en nuestra habitación y nos habíamos abrazado hasta que llegó el alba, entre lágrimas y sollozos. No entendíamos por qué Vánel había tenido que contraer esa enfermedad, y menos por qué no nos había dicho nada.

No queríamos aceptarlo. No podíamos. Vánel era nuestro ejemplo a seguir. Nos había salvado a los tres. Nos había dado su apellido y su protección. A Beltane le había inculcado el arte de la magia; había hecho de él un invocador y un guerrero, y a Gertie le había dejado el terreno allanado para que pudiera cumplir su sueño de hacerse costurera y tal vez diseñadora. Y en cuanto a mí... había hecho todo lo que humanamente pudo. Me llevó a ver a sus amigos los Grandes Magos para que solucionaran mis dudas. Me hizo perder el miedo a los elfos. Me enseñó a usar el arco y las flechas. Gracias a sus enseñanzas había sobrevivido tres días en el bosque y vencido a una criatura enorme, algo impensable para la Melania de un par de años atrás. Estuvo aconsejándome lo mejor que supo. Y el regalo que me hizo al admitirme en su familia de manera oficial y darme su apellido era impagable. Era su garantía de seguridad, mi respaldo para que jamás levantara sospechas ni pudieran ir a por mí.

Pasamos bosques, valles, descampados y montañas; cabalgamos durante casi todo el día, haciendo solamente una corta parada para comer, después de la cual Gertie y yo intercambiamos los puestos en los caballos, y llegamos cuando los soles emitían ya la luz de la tarde, más débil. Con los caballos entrenados para correr habíamos tardado mucho menos que en carreta o a pie, como seguramente fue Vánel. Desmontamos, pasamos un gran arco, vigilado por dos elfos

guardianes, y entramos en una enorme plazoleta. Nusinerior dejó los caballos a un elfo para que los llevara a los establos, y cruzamos a pie. Los suelos estaban empedrados en dos colores, siendo gris la mayoría y blanco haciendo varias líneas que se juntaban en el centro, como dividiendo el espacio en cuñas. Los edificios que rodeaban la plazoleta eran altos, con arcos apuntados y varios pisos, dando la impresión de más altura de la que en realidad tenían. De colores claros y brillantes, y multitud de ventanas, todas con arcos apuntados.

Entramos por uno de los arcos; el interior se bifurcaba en algunos pasillos anchos, que más que pasillos parecían calles cubiertas, por las que no dejaban de ir y venir multitud de elfos. Los carteles que veía estaban escritos en élfico, de modo que yo no entendía una palabra. No sabía a dónde nos estábamos dirigiendo, hasta que al fin vimos una cara conocida: Kéliyan, el Gran Mago, que, en cuanto nos vio, corrió a nuestro encuentro.

—Chicos —dijo suavemente mientras nos abrazaba, uno a uno—, por fin.

—¿Cómo está? —preguntó Beltane.

—No está bien. Pero, antes de pasar a verlo, acompañadme. Quiero hablar con los tres.

Nos despedimos de Nusinerior y Kéliyan nos llevó a una habitacioncita en donde había otra puerta, varias sillas y una mesita con un jarrón de agua y algunos vasos. Hizo una seña para que nos sentáramos. Gertie y yo estábamos como zombies, y ni nos planteamos quedarnos de pie, pero Beltane prefirió no sentarse hasta que Kéliyan le insistió para que lo hiciera.

—Vamos a ver, chicos. Nusinerior os lo habrá contado, supongo. Vánel tuvo un altercado con su suegro; el motivo es una historia muy larga, de varios años, que no viene a cuento. El caso es que vuestro padre está enfermo. ¿Sabéis lo que es la galsiteria? —Los tres movimos la cabeza afirmativamente—. Vuestro padre no supo que la tenía hasta cuando estuvisteis en mi casa hace unos meses. Tengo muchos conocimientos de sanación, le vi algo extraño en el aura y se lo dije. Me dio su permiso para indagar sobre eso, y así fue como lo supimos. Galsiteria en estado avanzado. Imposible de tratar.

—¿Ni un sanador puede curarla? —musitó Gertie.

—No. En estado inicial, sí, pero tal y como estaba vuestro padre, el haber intentado algo podría haber acelerado el proceso al punto en el que se encuentra ahora.

—¿Cuánto tiempo lleva enfermo? —quiso saber Beltane, sin levantar la vista del suelo.

—El estado inicial de la galsiteria son unos pocos meses, en los que se enrojece la piel, salen ronchas y manchas. Cuando desaparecen ya no tiene cura. Y puede durar... unos cuantos años si la persona lleva una vida tranquila. Pero Vánel sabía que no le quedaba mucho, sabía que iba a suceder este año. Nos lo preguntó, insistió hasta que hicimos el ritual y lo supimos. Por eso nos pidió que provocáramos un relente que os permitiera atravesar la llanura.

—Padre se pasaba el día entre el huerto y entrenando conmigo. Toda la vida le he visto la piel enrojecida —comentó Beltane mientras se agarraba los rizos como si quisiera arrancárselos—. Vivíamos en donde los soles calientan mucho, ¿qué íbamos a hacer?

—No te tortures, Beltane. Precisamente por eso es imposible saber cuándo empezó la enfermedad.

—¿Y por qué no nos lo dijo? —pregunté con un hilo de voz.

Kéliyan me miró con dolor en sus ojos. Aunque no tanto dolor como podía ver en Beltane o Gertie o como sentía yo en aquel momento, como si se me desgarraran las tripas.

—No es a mí a quien corresponde contestar a eso, sino a él. Pero yo también soy padre, y me resultaría muy duro decirles algo así a mis hijos. Probablemente Vánel no lo hiciera para no daros ese disgusto, para dejaros que vivierais sin esa preocupación mientras pudiera.

Gertie apoyó la cabeza en mi hombro, y le pasé el brazo por la espalda. Dioses, hacía unos días estábamos los cuatro tan contentos, y ahora la situación había dado un vuelco total. ¿Pero qué clase de gafe tenía yo encima para que, cuando todo parecía que empezaba a ir bien, algo se rompiera?

—¿Estáis listos para verlo? —preguntó finalmente.

Yo no. No lo estaba. Ni en cien años estaría lista para ver a Vánel muriéndose. No quería verlo, quería que todo fuera una pesadilla, despertarme en mi cama y desayunar entre bromas con él.

Igual que cuando murió mi abuela, y después mi abuelo. La misma sensación. Esto no podía estar sucediendo.

¿Por qué? ¿Por qué?

—Será mejor que paséis de uno en uno —continuó Kéliyan—. Si entráis a la vez, tendría que estar pendiente de los tres, y es mejor que no haga ese esfuerzo.

Beltane se levantó y nos miró.

—¿Os importa que entre primero?

Negué con la cabeza. Gertie no movió un solo músculo; la niña estaba floja como una muñeca de trapo.

—Bien, pues lo encontraréis ahí —señaló la puertecita que había en el cuarto—. Yo os dejo solos. Pero si necesitáis cualquier cosa, estaré en la sala de enfrente. No dudéis en llamarme. Y... valor, chicos.

Salió de la habitación mientras Beltane abría la otra puerta y entraba a través de ella. Gertie y yo nos quedamos solas. La chiquilla estaba destrozada; tenía ojeras de la falta de sueño y las trenzas medio deshechas. La puse recta y empecé a deshacérselas.

—Que padre no te vea con estos pelos, ¿eh?

—Sí —musitó. Ni siquiera me hizo un comentario sobre el aspecto que tendrían mis greñas, ni dijo nada más. Gertie así de callada y mustia era casi antinatural. Pero, ¿cómo iba a estar si no? Solo tenía doce años y ya iba a perder a su padre.

Doce años. La misma edad que tenía yo cuando murieron mis abuelos.

Pero yo... me quedé sola. Al no poder dejarme con ellos, empecé a ir de casa en casa. De mis tíos, de mis primos. Pasé por diversas casas como si fuera la niña a la que nadie quería, y así era como me sentía. Hasta los catorce, edad en la que los familiares debieron decirle a mis padres que estaban ya hartos de la situación, y no volví a casa de nadie. Pero encontré el infierno cada día en mi casa, con un padre borracho y maltratador, y una madre que no hacía nada por impedirlo. En el instituto no tenía amigas, nadie en quien confiar, nadie a quien contarle lo que me estaba sucediendo. Me encerré en mí misma y confié en que algún día todo acabaría y encontraría mi lugar. Y a los diecisiete, mis deseos se hicieron realidad: me convertí en princesa.

Mientras le rehacía la segunda trenza a Gertie, lo vi con claridad. No podía dejar que ella pasara por lo mismo que pasé yo. Ni permitir que, con doce años, perdiera a la persona más importante de su vida y se quedara sola, sin nadie con quien hablar, sin poder contar con una amiga. No podía dejar a mi hermanita. Ya había pasado por eso, justo con su misma edad, y sabía lo sola, triste y perdida que se encontraba. Vánel lo sabía también y me lo había pedido de manera indirecta: me había dicho que no me fuera a buscar a Westley hasta que Gertie cumpliera los dieciséis. Por supuesto, las razones que me dio eran ciertas, muy ciertas, pero a esas razones ahora había que añadirle unas más importantes que mi propia seguridad: una niña de doce años que, sin mí a su lado, probablemente quedara marcada de por vida.

—Gertie —le dije cuando le até el lazo a la trenza, haciendo que me mirara—, tú y yo, juntas. Pase lo que pase. ¿Me oyes? No voy a dejaros aunque padre no esté, Ricitos.

La mandíbula de la niña tembló durante unos segundos, mientras me miraba reteniendo las lágrimas que luchaban por salir. Me abrazó bruscamente.

—Te quiero, Mel. No te vayas, por favor. No nos dejes nunca —me suplicó con la cara pegada a mi hombro, mientras sus lágrimas me humedecían la camisa.

—No, claro que no. Pero... —La aparté un poco e hice que me mirara de nuevo. Le sequé las lágrimas—. No dejes que padre te vea así, ¿eh? Con toda la cara mojada y los ojos rojos.

Asintió, se terminó de secar los ojos, tomó aire y lo soltó lentamente. Varias veces. Volví a pasarle el brazo por los hombros y a apoyarla contra mí, mientras con la otra mano le cogía la suya y se la apretaba. Aunque por dentro estaba totalmente resquebrajada, tenía que fingir entereza para que mi hermanita no se viniera abajo.

Beltane pasó mucho tiempo en el cuarto. Gertie y yo estábamos ya adormiladas cuando la puerta se abrió y vimos salir a nuestro hermano. Tal y como estaba saliendo, lentamente, con la mirada en el suelo, y una actitud en general desolada, parecía que le hubiesen quitado media vida.

—Gertie —llamó—. Entra.

La niña se levantó lentamente, yo me levanté con ella y le arreglé un poco el flequillo. Desapareció tras la puerta y me senté junto a Beltane. Le pasé el brazo por los hombros y apreté un poco. El chico apoyó los codos en las rodillas, dejó un brazo inerte, con el antebrazo en horizontal, y apoyó la frente en el otro puño. Quería que me dijera algo, aunque la siguiente en entrar iba a ser yo, pero necesitaba que Beltane me preparara para lo que me iba a encontrar. Sin embargo, parecía no reparar en mi presencia.

—Beltane... —susurré.

Muy despacio, separó la cabeza del puño en el que se apoyaba, la levantó y giró hasta tenerme frente a frente y me miró a los ojos.

—Se muere, Mel.

## Capítulo 51

Cerré suavemente la puerta tras de mí. La habitación estaba en penumbra y en ella solamente había una cama, con su mesita de noche, una silla y una ventana. Vánel estaba acostado con varios cojines a la espalda, que le dejaban el cuerpo en un ángulo ideal para recibir visitas. Me acerqué a la cama y, con mucha suavidad, tomé la mano de mi padre adoptivo, apretando muy poquito. Él abrió los ojos y me sonrió.

Su cara estaba pálida y demacrada, con profundas ojeras, y en general se le veía debilitado. No parecía el mismo hombre que nos había dejado hacía tan solo unos pocos días. Tenía las mangas de la camisa algo arremangadas, de forma que se le veía perfectamente su tatuaje de mago en el antebrazo.

—¿Cómo estás? —Me arrepentí de preguntar esa estupidez al momento.

—Diría... que incluso mejor que tú, por lo que parece —No borró la sonrisa de su cara—. ¿Te han dicho ya que dormir es bueno y conveniente para la salud?

—¿Por qué, padre? ¿Por qué no nos lo dijiste?

—¿Y de qué habría servido? No, hija mía. Estos últimos meses han sido como yo quería que fueran. A excepción de vuestra aventura de tres días en el bosque, claro.

—Hubiéramos intentado hacer algo.

Negó con la cabeza muy levemente.

—No se podía hacer nada, hija. Decíroslo solo hubiera servido para que os preocuparais por mí y estuvierais pendientes y muy bajos de ánimos. Y yo os necesitaba fuertes. A los tres. Consideradlo la última voluntad de un enfermo.

Sollocé y me sorbí la nariz.

—Nos... nos hubiera dado tiempo para prepararnos...

—¿Y cómo preparas a un hijo para esto?

Le apreté un poco más la mano y él me devolvió el apretón. Lo miraba y quería cogerle de la camisa, zarandearle, gritarle, exigirle una explicación. Pero no podía. No podía enfadarme con él, no podía pedirle algo que desde el principio no estaba en su mano. No podía culparle porque, en el fondo, sabía que sus motivos eran lícitos y hasta razonables.

—Melania, hija mía. Estos meses he sido muy feliz viendo a Gertie tan aplicada en sus estudios y sacando unas calificaciones escolares altísimas. A Beltane acompañándome y trabajando junto a mí. Y a ti, en la imprenta y luego en la tienda. Mejorando poco a poco con el arco y las flechas, y viéndote en mejor forma física. Por no hablar de que mis dos hijas sobrevivieron sin comida ni agua en el bosque durante casi tres días, protegiéndose la una a la otra. Mi orgullo de padre se ha hinchado como un animal recién comido. Me voy muy feliz y muy orgulloso de mis hijos. De los tres. Y sabiendo que, con el tiempo, mi hija mayor se va a convertir en la mejor reina que habrá habido jamás.



Una lágrima me resbaló por la mejilla.

—¿Cómo voy a hacerlo sin ti?

—Te lo he dicho ya, hija. Beltane. Tu hermano se convertirá en tu mejor aliado. Cuenta con él. Dejad a un lado vuestras discusiones y vuestras diferencias, y prueba a confiar en tu hermano. No te traicionará. Es un De Fanelia. Además de un gran guerrero y un mago muy prometedor.

Apreté los labios e intenté contener las lágrimas. No es que no confiara en Beltane, que lo hacía, sino que, simplemente, Beltane no era Vánel. Tan sencillo como eso. Pero no podía decírselo, o al menos, no con esas palabras.

—Melania, escúchame. Quiero pedirte algunas cosas, y tiene que ser ahora... porque no sé si después podré hacerlo.

Le cogí su mano con las dos mías y le sonreí, con la cara ya llena de lágrimas.

—Lo que quieras, padre.

Me miró como me miraban mis abuelos cuando era niña. Como miraban los padres de las películas a sus hijos. Como siempre había deseado que me miraran mis padres biológicos. Y yo con la mirada traté de decirle también lo mismo.

—El que ya no me tengáis con vosotros no significa que dejéis de ser una familia. Quiero que los tres continuéis lo que yo empecé. Permaneced juntos, y proteged los unos a los otros. No lo digo solamente por Gertie. Ella es una niña y es indudable que os necesita, pero Beltane os necesita también a las dos. Aunque sea ya un hombre, os parezca tan fuerte y sepa defenderse, os necesita. Y tú también necesitas a tus hermanos. No es que no confíe en ti; sé que puedes defenderte sola perfectamente con tu arco y tus flechas, y que estás capacitada más que de sobra para trabajar y ganarte la vida. Pero no es bueno que estés sola.

—No pensaba separarme de ellos, padre.

Una mezcla de orgullo y de alivio se reflejó en su cara.

—Cuando han entrado tus hermanos les he pedido lo mismo. ¿Y sabes una cosa que me dijo Gertie? Que cuando estuvo contigo perdida en el bosque, aprendió una lección muy importante: que solas no hubieseis podido, pero lo conseguisteis porque estabais juntas.

Reí levemente y asentí.

—Es una niña muy lista.

—Cuida de ella. Haced que termine sus estudios, y, cuando lo haga, llévala a Pueblo Palacio para que cumpla su sueño y aprenda a coser allí.

—Te lo prometo, padre.

—Y... otra cosa. Esto os lo he pedido a los tres. Permaneced juntos, y si alguna vez uno de los tres debe abandonar a los otros dos... que los dos que quedan se aseguren de que el que se va queda en buenas manos.

—¿Lo dices por Westley?

Vánel rió suavemente. Oír su risa me ayudó a descargar un poco la angustia que estaba acumulando. Qué risa tan agradable y relajante tenía Vánel. Ojalá fuera capaz de retenerla para siempre en mi memoria.

—Si fuera por él, ¿crees que te lo estaría diciendo?

“Hay que ver, Mel, las tonterías que puedes decir sin proponértelo”, pensé.

—No —Sonreí, un poco avergonzada—, claro que no.

—No te creas que no me he dado cuenta de que Gertie está ya fijándose en los chicos y pensando en novios. Vigíla. Es muy inocente y tiene el amor idealizado. Que no se vaya detrás del primer aprovechado que le diga tonterías.

La angustia, que se había ausentado momentáneamente, volvió. No podía creerlo... Vánel se estaba despidiendo de nosotros para siempre. Y me estaba pidiendo sus últimas voluntades en su lecho de muerte. No podía creer que aquello estuviera pasando. Vánel tenía que haberse quedado con nosotros, y haberme ayudado a reclamar mi trono. Y, cuando cambiara la ley y pudiera casarme, él sería el que me entregara el día de mi boda con Westley. Las cosas tenían que suceder así... no de la manera en la que estaban sucediendo.

—Me hubiera gustado tanto que conocieras a Westley —sollocé.

—Me has hablado tanto y tan bien de tu Westley, que hasta yo querría casarme con él —bromeó—. Sé que es un buen hombre. Y lo más importante: que te merece.

—Es el hombre de mi vida. Solo he conocido a un hombre tan bueno y generoso como él, y ese eres tú, padre.

Me puso la mano en la mejilla y me regaló una cariñosa sonrisa mientras movía el pulgar suavemente.

—Cuando os volváis a ver, dale un buen abrazo y un cariñoso saludo de su suegro. Dile que tiene mi bendición, y que cuide de ti, como mínimo, igual de bien que lo he hecho yo. Como no te haga feliz, sabré hacerle escarmentar mandándole maldiciones.

Puse mi mano sobre la suya, la que tenía en mi mejilla, y apreté.

—Se lo diré.

—No, eso último no se lo digas. No hace falta. Sé que te hará feliz sin que nadie se lo ordene.

—¿Te lo ha dicho el fuego?

Volvió a sonreír y a acariciarme la cara.

—El fuego... y otras cosas. Llámalo intuición de mago, si quieres. Pero es algo de lo que estoy seguro al cien por cien. Y prométeme que visitarás las tierras del norte. Sé que te van a encantar. Dile a tu Westley que te lleve.

—Pero no antes de que Gertie termine sus estudios.

Sin borrar la sonrisa, asintió de nuevo. La luz de la ventana iluminaba sus ojos, grises, del color de las brumas, de las nieblas de los bosques. No quería olvidarme nunca del color exacto de sus ojos.

—Gracias por comprenderlo, hija mía.

—Te quiero, padre.

—Y yo a ti, Melania. Quién me iba a decir que esa chica que encontré desmayada en la playa iba a cambiar así mi vida. Cuando llegaste, no confiaba en ti en absoluto. Si te di cobijo en mi casa fue por lástima.

—Y yo creí que eras un loco y que te gustaban demasiado los cuchillos. Estaba deseando largarme y perderte de vista.

—Los dos aprendimos una lección sobre lo equivocadas que pueden ser las primeras impresiones.

Asentí con la cabeza. Qué equivocados estábamos cuando nos conocimos, pero supimos darnos cuenta a tiempo y todos salimos ganando. Retiré su mano de mi cara y la volví a retener entre las mías.

—No me arrepiento de nada. Si volviera atrás, no cambiaría mi decisión de quedarme con vosotros.

—Ni yo la de adoptarte.

Era yo quien movía los pulgares, acariciando su mano, en un tierno gesto que pretendía decirle lo profundamente agradecida que estaba por todo lo que había hecho por mí, y lo que le quería. Le

miraba a los ojos y trataba de decírselo, ya que las palabras me parecían típicas y tópicas, además de que sería repetirme una y otra vez, y en ese momento necesitaba mostrarle mi agradecimiento y mi cariño de otra manera que no fuera con meras palabras.

—Voy a pedirte que salgas; necesito dormir un poco.

—Claro.

Me levanté. Cómo iba a negarle cualquier cosa que me pidiera. Aunque esa era posiblemente la más dura y difícil de todas. Dejarle marchar en paz iba a ser posiblemente una de las cosas que más me costara hacer.

—Y quiero que duermas tú también. Lo necesitas. Mañana me gustaría ver mejores caras.

—Claro que sí, padre. Lo intentaré.

—Veo que llevas puesta la falda que te regalé.

Efectivamente, al levantarme, Vánel se había dado cuenta de que llevaba puesta la falda color crema que me compró cuando me cosieron el hombro y el brazo.

—Sí. Ya te dije que me gustaba mucho —Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano.

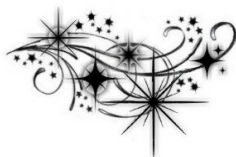
—Póntela a menudo y lúcela. Te sienta muy bien.

Le di mi mejor sonrisa mientras asentía con la cabeza. Le arrojé un poco con la sábana, le di un beso en la cabeza y salí en silencio de la habitación.

## Capítulo 52

Érase una vez una época en la que existían los niños felices que crecían en el seno de una familia y de mayores hacían grandes cosas. Érase una vez chicos y chicas que podían estar juntos sin que nadie se lo impidiera. Érase una bonita historia en la que el amor no entendía de razas, de posiciones, de fronteras, de nombres ni de nacionalidades. Érase un hombre al que le fue arrebatado todo, y, sin embargo, tuvo mucho para quienes dieron un nuevo sentido a su vida.

Érase una mano que yo sostenía y que súbitamente se volvió laxa e inerte. Érase un mar de lágrimas en tres caras pertenecientes a los hermanos que acababan de perder a su padre. Érase dos almas que pudieron volver a reencontrarse después de veinticinco años separadas. Érase un hombre que una vez creyó no tener nada, pero que abandonó el mundo llevándose más amor del que jamás pudo imaginar. Érase el que marchó a un lugar en donde no le podría alcanzar el odio y donde el amor duraría para siempre.



Se había ido.

Le habíamos perdido para siempre.

Tenía la voz ronca de todo lo que había llorado desde que su mano resbaló de entre las mías y supe que ya no estaba entre nosotros. Era incapaz de asimilarlo, aunque le viera ahí, pálido, con su cara tranquila, ya por fin reunido con su mujer. Cuando entraron a pedirnos que saliéramos de la habitación para que pudieran trasladar su cuerpo, Beltane salió y se reunió con Gertie, que estaba esperando fuera, pero yo no era capaz de separarme de él. Hacerlo significaba admitir la realidad, que ya solo era un cadáver y que debía ser preparado para lo que fuera que hicieran con él, y yo me negaba a reconocer eso. No quería irme de su lado porque irme significaría que era cierto y que debía decirle adiós. Y no podía. No quería. En un año y medio había hecho por mí mucho más que mi verdadero padre en diecisiete. No, no era justo. Cuando por fin sabía lo que era tener un padre, van y me lo arrebatan. No. No podía ser cierto. No era más que una maldita pesadilla, ¿verdad? Seguramente me despertaría cuando él me diera una torta en la cara para que volviera en mí, como era su costumbre...

—Vamos, Mel —Oí la voz llorosa de Beltane detrás de mí mientras me ponía las manos en la parte alta de los brazos.

Negué con la cabeza, sin mirarle.

—Tienen que llevárselo. Vamos —insistió.

—No puedo, Beltane. No puedo... —Rompí a llorar por enésima vez. La mano de Vánel

estaba tan fría... La sujeté entre las mías. Quizás consiguiera calentársela.

Noté que Beltane introducía sus brazos por debajo de mis axilas, me enganchaba los hombros y tiraba de mí. Intenté agarrarme a la cama, pero él era más grande y tenía mucha más fuerza. Me sujetó los brazos, me separó de él casi arrastras, porque yo no dejaba de intentar soltarme y volver junto a Vánel, y me llevó hasta la esquina de la habitación. Allí se agachó, poniéndose a mi altura, ya que yo estaba derrumbada de rodillas en el suelo, me giró cara a él y me abrazó con fuerza.

—También era mi padre —me recordó, con la voz rota por el dolor.

Aquella frase me golpeó como un mazo. Era cierto... yo no era la única hija de Vánel, ni la única que estaba destrozada con su muerte. Tenía dos más, mis hermanos, Beltane y Gertie, que no lo estaban pasando mejor que yo. Abracé a Beltane y comencé a llorar en su hombro mientras él mantenía sus brazos firmes en torno a mí y me pasaba la mano arriba y abajo suavemente por la espalda. Cuando se me pasó el llanto, me puse en pie, me separé un poco de él y me volví lentamente hacia la cama, que estaba ya vacía... tan vacía, sin sábanas y sin nada. El agujero en el estómago se me hizo más grande.

Beltane se había levantado conmigo y aún tenía uno de sus brazos por encima de mis hombros.

—Y él no querría verte así. Ahora estamos nosotros tres. Yo estoy dispuesto a cumplir con lo que padre quería. ¿Lo estás tú?

Volví la cabeza hacia él, le miré a los ojos y asentí. Por supuesto que lo estaba. No solo porque se lo había prometido o por honrar su memoria, sino porque era incapaz de abandonarlos. Como bien me recordó Vánel, seguíamos siendo una familia aunque él no estuviera.

Vi un pequeño brillo en los ojos de Beltane, acompañado de una ligera, ligerísima sonrisa, en el corto lapso de tiempo que hubo hasta que me volvió a abrazar, y esta vez fue él quien enterró la cara en mi hombro. Duró un par de minutos, en los que le sentí temblar levemente, y su respiración cálida en la curva de mi cuello. Lo abracé fuerte por si eso le ayudaba o le servía de consuelo, como él había hecho conmigo momentos antes. Después se separó y, sin rastro de lágrimas, me pasó el brazo por los hombros y me dijo:

—Bueno, habrá que ir. Somos sus hijos y tenemos que estar presentes en los Cinco Días Sin Nombre.

Asentí y dejé que me guiara a donde tuviéramos que ir.

## **Sexta parte**

### **Unos hermanos**

## Capítulo 53

Los Cinco Días Sin Nombre eran como llamaban en la tradición de los magos a los cinco días siguientes a la pérdida de uno de ellos. Vánel podía haber manifestado querer una incineración simple y que sus cenizas fueran llevadas o bien con las de su mujer, o bien cerca de su casa (Eso era lo más común entre los humanos), pero entre los magos tenían la costumbre de despedir al difunto velándolo durante tres días, el cuarto dedicado a la incineración y el quinto donde se procedía al traslado de las cenizas según los deseos del fallecido.

Vánel quería seguir la tradición del gremio de los magos, se lo había dicho a Beltane el día anterior, y Nusinerior nos lo confirmó. Al ser la magia su elemento, Vánel quería abandonar definitivamente el mundo siguiendo los rituales ancestrales y que sus cenizas fueran llevadas junto a las de su mujer, en la fortaleza élfica más cercana a donde ella había fallecido.

Los familiares más cercanos del difunto, es decir, nosotros tres, tradicionalmente debían llevar un manto hecho de lana ligera y algodón, marrón grisáceo y con líneas de diferentes grosores y colores que formaban cuadros de varios tamaños. Nos dieron un manto a cada uno, que debíamos llevar durante los tres días siguientes, para impregnarlo con nuestra esencia y recuerdos de los momentos pasados con Vánel. En el cuarto día, el cuerpo sería cubierto con dichos mantos durante unas horas, y después, con unas tijeras cortaríamos una tira en el lateral de cada uno, que nos quedaríamos, y el cuerpo sería incinerado con los tres mantos, así se suponía que el fallecido se llevaba algo de su familia terrenal, de su esencia, en su viaje. Los familiares conservaban la tira del manto como última vestimenta del difunto, y, aunque eso ya dependía de cada uno, solían llevarla atada a un brazo, cosida a la capa, o unida a alguna prenda de ropa en particular, en señal de luto.

A lo largo del día fuimos encontrándonos con gente que yo ya conocía, como Batoler, Ferpesan y Saan, además de más magos y miembros de la comunidad élfica que nos daban el pésame. Beltane me presentaba a todos ellos, pero sus nombres me entraban por un oído y me salían por el otro. Demasiada gente, demasiadas caras, demasiado trasiego. Todos llenos de buenas intenciones, pero a mí lo que en verdad me apetecía era pasar todo aquello simplemente con mis hermanos, no rodeada de desconocidos.

Nos llevaron a la parte de atrás de la fortaleza, donde había un bosque no muy espeso con un pequeño claro en donde estaba el cuerpo de Vánel, acomodado sobre varios troncos con flores y variadas hierbas a modo de sábana, bajo su cuerpo. Los tres nos quedamos mirando al que había sido nuestro padre, ahora inmóvil y apagado para siempre. Abracé a Gertie y la atraje suavemente hacia mí; la niña, entre lágrimas, apoyó su cabeza en mi pecho y me abrazó la cintura, sin dejar de mirar hacia donde descansaban los restos de su padre. Beltane nos abrazó a las dos, con la mirada también perdida, mientras la suave brisa de la tarde nos acariciaba las caras y hacía ondear los mantos y bailar los cabellos, a la vez que nos traía olores a bosque, a hojas de pino, a almizcle, y

a las pequeñas hogueras que, una a una, iban encendiéndose para despedir a Vánel.

Después nos llegaron notas musicales. Se había reunido un grupo de elfos y magos portando flautas, flautines y otros instrumentos de viento, que no pude distinguir porque ya caía la noche y la luz de los fuegos no bastaba para reconocerlos. Eran melodías muy suaves y melancólicas, melodías de despedida.

—Tocan acordes para acompañarlo en su viaje —susurró, a nuestro lado, Ferpesan—. No tenéis que estar aquí si es demasiado duro para vosotros. Tenéis habitaciones y camas a vuestra disposición estos cinco días. Es importante que descanséis.

—Vosotras es mejor que os vayáis a dormir. Llevamos unos días muy largos y apenas habéis descansado —sugirió Beltane.

—Tú tampoco lo has hecho —increpé.

—Yo voy a tocar con ellos.

Se separó de nosotras para sacar la flauta del pequeño morral en donde la llevaba, y se dirigió hacia el grupo que tocaba. Se mezcló con ellos, desapareciendo bajo la tenue luz de las llamas. Ferpesan se quedó a nuestro lado, mirando a los que tocaban los acordes de despedida. Acordes de despedida, sonaba tan definitivo... Volvieron a brotar lágrimas que me rodaron por la cara. Me las quité con el dorso de la mano.

—¿Qué vais a hacer ahora? —preguntó Ferpesan.

—Quedarnos mientras aguantemos —respondí.

—No, me refiero a qué vais a hacer ahora que Vánel no está. Cuáles son vuestros planes.

—El quería que permaneciésemos juntos y que siguiéramos siendo una familia.

Movió la cabeza afirmativamente.

—¿Tienes pensado volver a Pueblo Palacio?

—No, por el momento.

Me puso una mano en el hombro.

—Sabia decisión. Las cosas no están bien allí. No es buen momento para volver. Pero cuando lo hagas, avísame. Puedes contar conmigo para lo que haga falta.

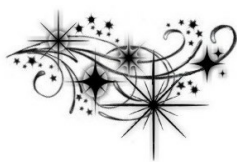
Le miré y asentí yo también.

—Gracias.

—Esa niña se te está durmiendo —señaló a Gertie con la cabeza, que seguía apoyada en mi pecho, había cerrado los ojos y la boquita se le había abierto suavemente. La pobre estaba rendida.

—Gertie, chiquitina, Ricitos de Oro. Venga, vamos a la cama.

—¿Eh? —balbuceó, desubicada y medio dormida. Se dejó guiar por mí a donde fuera. Seguí a Ferpesan de nuevo al interior de la fortaleza. Recorrimos una serie de pasillos y me abrió la puerta de una habitación donde había tres camas, y donde también estaban nuestros bultos. Abrí una de las camas, acosté a Gertie, no sin antes quitarle los zapatos y darle un besito en la frente, y me metí yo en otra, acurrucada al manto de los magos.



Desperté con la suave vocecita de Gertie. Era ya de día y tenía la sensación de haber



descansado, pero no todo lo que mi cuerpo necesitaba. Los sucesos del día anterior vinieron de repente a mi cabeza y apreté los puños y los dientes al comprobar que no había sido un sueño. Estábamos en la fortaleza élfica en el Segundo Día Sin Nombre. Vánel había muerto. Me senté en la cama, agarré un extremo del manto de los magos y, con rabia, me lo coloqué por encima de los hombros. Por qué tenía que pasarnos esto. Por qué.

Miré el resto de la habitación. La tercera cama estaba intacta, con el bulto y la espada de Beltane todavía encima de ella.

—¿No ha venido Beltane? —me extrañé.

—Yo no lo he visto —me respondió Gertie.

¿Ese imbécil se había quedado toda la noche en vela a la intemperie tocando la flauta? Pero si llevábamos dos noches en las que apenas habíamos pegado ojo. Me iba a oír. Le iba a dar un golpe tal que iba a dormir cuarenta años seguidos y otros cuarenta de propina.

—Voy a traerlo de los pelos —anuncié mientras me levantaba— y le voy a cantar “Soy Enrique VIII” hasta que su cerebro explote y se caiga dormido —Empecé a anudarme las tiras de los zapatos en torno al tobillo.

—¡Mel, espera! —suplicó Gertie—. ¿Me ayudas a peinarme antes?

Suspiré. Mal empezaba esto. No hacía ni un día y ya se me acumulaba el trabajo. Iba a tener que asumir funciones de madre, al parecer. Pues le dejaría bien clarito a Beltane que no era ni su madre ni su niñera. Huy, su niñera. Cómo le gustaba fastidiarme diciendo eso. Pues ahora era mi turno, se las iba a devolver.

—Sí, claro. Siéntate. ¿Te hago las trenzas?

—No, quiero los rizos. Aquí no hace tanto calor como en los pueblos y no hace falta que lleve trenzas. Además, a padre le gustaban mis rizos. Me decía que me quedaba muy bien el pelo suelto.

—Y tenía toda la razón del mundo.

Era cierto. El pelo de Gertie era suave y sedoso, sin encrespamientos ni nudos de ningún tipo. Sus rizos y ondas eran naturales y aparecían sin necesidad de dar forma con rulos o demás inventos, realmente era una delicia de melena. Le acaricié los mechones mientras se lo cepillaba, le coloqué el flequillo hacia un lado y le puse un pañuelo para apartar los bucles de la cara.

—Ya estás.

La niña miró a su alrededor y al no haber un espejo se acercó a la ventana para contemplar su reflejo ahí. Le gustó el resultado y se ofreció para peinarme, a lo que no me pude negar. Que esperara Beltane. Si no le importaba trasnochar varias noches, unos minutos más no serían diferencia. Aunque lo de unos minutos era un decir, porque eso fue lo que Gertie tardó solo en desenredarme la pañoleta del pelo, y tuvo que mojar el cepillo en el aguamanil varias veces para desenredarme el nido de pájaros que tenía en la cabeza. Sacó tantos pelos que se iban quedando prendidos en el cepillo, que se formó un buen montón con el que se podría haber hecho una peluca para una muñeca. Gertie tenía mucha paciencia con mi pelo y no hizo ningún comentario cuando el cepillo se quedaba atascado y no pasaba, ni cuando llevábamos ya un buen rato y no había desenredado ni la mitad. Acabó haciéndome trencitas en toda la capa superior, que era la que más se encrespaba. Era curioso: Ángela también había optado por las trenzas cuando ya desesperaba con mis greñas y quería una solución un poco más duradera. Al menos, con ellas no parecía el rey león con resaca. La melena roja ya era imposible de ocultar; me llegaba por los hombros y el pelo pintado de negro casi hasta donde acaban las costillas. Algún día me lo cortaría, pero, de momento, me quedaría con mi pelo bicolor. Gertie me puso la pañoleta, en cuyo lado derecho me había cosido las piedras de prisma, que se movían y chocaban entre ellas graciosamente, y ya

terminé de atármela yo.

Mientras me recolocaba los mitones en los brazos miré mi dedo anular izquierdo, donde estaba el símbolo de la estrella. Un pequeño detalle que me recordó lo que Vánel me había dicho acerca de Beltane. Que confiara en él. Sin duda se refería a que le contara quién era. Al haberse ido Vánel, me sentía yo de nuevo cargando con la losa completa, que pesaba tanto como cuando llegué con los De Fanelia hacía ya casi dos años. Si iba a quedarme con ellos, que era mi intención, debería decirle la verdad a Beltane. Aunque no era más que un pipiolo, era muy responsable y tenía solamente un año menos que yo. Sabría guardarme el secreto. Pero... a ver cómo se lo decía. Mientras estuviéramos en los Cinco Días Sin Nombre, desde luego, no. No era el momento.

Cuando buscábamos el camino hacia donde estaban velando a Vánel, nos cruzamos con algunos de los elfos que me presentaron el día anterior (era totalmente incapaz de recordar sus nombres), que nos sugirieron, o más bien obligaron a que tomásemos algo para desayunar. En los últimos días apenas habíamos echado nada al estómago que no fuera agua, así que aceptamos. Tomamos unos cereales y una bebida élfica, rápido porque no queríamos entretenernos mucho, y salimos.

Encontramos sin problemas el lugar donde seguían con los fuegos. Habían parado la música porque por lo visto cuando era necesario era por las noches, por la falta de luz y esas cosas, para guiar el alma del fallecido. Pregunté por Beltane y me señalaron dónde estaba: sentado al pie de un árbol, con la cabeza ladeada, la flauta en la mano, y durmiendo como un animalito. Al verlo así se me borraron todas las intenciones que tenía de darle cuatro gritos. Miré a Gertie y ella me miró con cara de pena. Negué con la cabeza y ella me imitó. Nos alejamos y dejamos a Beltane que siguiera durmiendo. Quién sabe en qué momento habría caído, bien podría llevar nada más que un par de horas. Que descansara. Aunque horas después se despertó, claro. Y al vernos ahí a Gertie y a mí, sentadas cerca del cuerpo de Vánel, se enfadó con nosotras por no haberle despertado. Yo le contesté y así acabamos en otra de nuestras famosas discusiones que nos hizo olvidar por unos minutos que nos habíamos quedado sin padre. Aún así, el siguió de morros y me replanteé lo que pensé por la mañana. ¿Contarle yo a ese cenutrio que era una fugitiva? Ni de coña. Bueno, quizás sí. Pero no ahora. Dentro de un tiempo razonable. Unas cuantas semanas. O meses. O... ¿años? Pues mira, si podía simplemente no contárselo nunca, tanto mejor.

Ya veríamos lo que nos tenían reservados los dioses en ese aspecto.

## Capítulo 54

Mis horarios de sueño se habían vuelto locos: quería irme a la cama por la tarde y me despertaba bien entrada la noche, mucho antes del amanecer. En el Cuarto Día Sin Nombre era noche cerrada cuando me levanté y me dirigí hacia donde estaba sonando la música y tenían encendidos los fuegos. Beltane también estaba allí, a él también se le había trastocado el horario y le gustaba tocar para ayudar a Vánel a encontrar el camino.

—Esta tarde lo incinerarán —me anunció—. No tienes que estar presente si no quieres. Pero cuando amanezca debemos de dejar los mantos con él y cortar una tira antes de que enciendan el fuego.

Rica esencia iba a tener mi manto. Llevaba cinco días sin bañarme, por lo que no iba a oler a rosas precisamente. Aunque no era algo que me preocupara. Desde que recibimos la visita de Nusinerior en el pueblo, me sentía a la deriva, dando vueltas y vueltas sin llegar a ningún sitio y dejándome arrastrar por otros. Tenía la sensación de que todo pasaría, de que me despertaría y todo volvería a ser como antes. La razón me decía que eso no iba a poder ser posible, pero, por más que lo intentaba, no me hacía a la idea. Me resistía a aceptarlo.

—Si... si alguna vez me sucediera algo —susurró Beltane—, quiero que también se siga este ritual conmigo. Aunque no tengo título todavía, la magia también es mi elemento.

—No digas tonterías. No te va a suceder nada.

—Ya. Y a padre tampoco le iba a suceder nada. Hace una semana estaba fuerte como un roble y ahora...

—Cállate, Beltane, por favor —le corté, airada. ¿Qué sentido tenía hablar de eso? No quería ni pensar en que alguno más pudiera morir. Por muy idiota que me pareciera Beltane, no le deseaba la muerte.

Vánel tenía razón. No podíamos estar solos. Por muy capaces que fuéramos de sobrevivir sin ayuda, nos necesitábamos. Necesitábamos saber que podíamos contar con alguien, que al final del día teníamos a dos personas esperándonos, que éramos necesarios. No pretendía ejercer funciones de madre (ni Vánel hubiera querido eso), pero desde luego que no podía dejar solo a ese inadaptado social con una niña de doce años. Además, Gertie no era una molestia ni un marrón, era una niña a la que los dos queríamos, y si uno de los dos se iba, convertiría a nuestra hermana en una carga para la otra persona. Yo sabía muy bien lo que era sentirse una carga que nadie quería y no permitiría que Gertie se sintiera igual. Westley sabría comprenderlo. No tenía ninguna duda. Además, no era el momento de volver a Pueblo Palacio, ya me lo habían dicho.

Seguimos en silencio, sentados uno junto al otro, respirando el olor a leña quemada, a hojas del bosque, al viento. Cerré los ojos y dejé que el viento me trajera olores, como Vánel me había enseñado. Era un ejercicio que me relajaba y que me gustaba hacer de vez en cuando. En ese momento cobraba más significado, porque me hacía más soportable el que Vánel no estuviera. Era

como si una parte de él todavía estuviese a mi lado, como si un poco de él viviera en mí.

Me levanté y deambulé entre las hogueras y los árboles. Aún no había ninguna estrella que titilara y anunciara el amanecer, pero el momento estaba cerca, por lo que no tenía miedo de perderme: pronto sería de día.

El viento sopló en mi dirección, noté olores agradables de hojas de pino y de otras hierbas que no reconocí, y me sentí rodeada de naturaleza, de un manto extra que me protegía. El viento dio un pequeño giro alrededor de mí y siguió entre los árboles. Vánel le daba mucha importancia al viento y a sus mensajes; le hablaba, le traía noticias que siempre habían resultado ser ciertas, por lo que decidí confiar en él y me dirigí a donde me conducía. Tras caminar un poco, me pareció ver unas luces azules en la lejanía y quise ver qué era. Según llegaba, empecé a distinguir figuras de gente. Debieron verme, porque una de ellas se separó del resto y se dirigió hacia mí. No tenía miedo; sentía la presencia de Vánel aún conmigo y sabía que no tenía de qué temer. Además, estaba todavía en los terrenos pertenecientes a la fortaleza de los elfos. Cuando tuve a la figura a escasos metros, vi que se trataba de Saan, la bruja, la mujer de Kéliyan. Encima de la ropa llevaba una túnica blanca anudada al hombro, que le daba un aspecto como salida de la antigua Roma en versión cutre.

—Has venido —dijo a modo de recibimiento. No supe a qué se refería. Llevaba cuatro días con ellos en la fortaleza; ni había venido ni me había ido. Simplemente estaba ahí — ¿Y tu hermana?

—Está durmiendo.

Ella asintió con cariño, me puso la mano en la espalda y me llevó hacia la espesura, con el resto de gente. Lo que me parecieron luces azules eran como luciérnagas que flotaban en el ambiente, cuya luz desprendía un brillo azulado y mágico. Cuando llegamos, miré un poco al grupo y no vi un solo hombre; todo eran mujeres que me miraron y me reconocieron. Eso me trajo el recuerdo de cierto día, y me envolví bien en el manto, como dando a entender que no pensaba despelotarme.

—Tú... ¿has sentido la llamada? —se extrañó una elfa que se acercó a mí.

—¿Qué llamada?

—Si está aquí, es evidente que sí —respondió Saan—. La llamada es para todas las mujeres.

—Pero ella... —continuó la elfa—. No es elfa, no es bruja, no tiene magia, es una humana corriente. Y además, inmigrante.

Me sentí insultada. Estaba hasta el carajo de que me llamaran así para definir algo que ellos consideraban del nivel más bajo.

—Soy hija de Vánel de Fanelia. El que no haya nacido aquí no me hace menos persona que cualquier otra —declaré, con la barbilla bien alta y orgullosa de mis palabras.

—Claro que sí, niña —Saan sonrió ampliamente—. Muy bien dicho. Ven conmigo, que te explico —Me pasó el brazo por los hombros y me guió a través del grupo y de las luciérnagas azules—. Si estás aquí es porque has sentido una llamada, ¿no? ¿No has notado que el bosque te decía que vinieras hasta aquí?

Me quedé pensando. Algo de eso sí que había; en cierto modo, me había dejado llevar por la naturaleza.

—He seguido al viento. Vánel siempre decía que el viento nos traería respuestas.

—Cierto es. Y te ha traído hasta aquí. Hay algo de magia en ti —Me cogió la mano izquierda, retiró un poco el mitón y frotó la marca de las estrellas de mi dedo. No se veía, estaba muy oscuro—. Aunque necesites una fuente de magia antigua cerca para funcionar, hay magia en ti. Te la

dieron los dioses cuando llegaste. No dejes que nadie te diga nunca que no hay nada mágico en ti, porque si estás aquí es precisamente gracias a la magia antigua. Un viaje como el que hiciste no lo haría alguien desprovisto de magia. El resto de gente de tu mundo pierde esa magia al llegar, pero tú tienes la posibilidad de recargarla —Me levantó un poco la mano, dio unas palmaditas cariñosas en los dedos y me colocó de nuevo el mitón para cubrir el fino tatuaje—. Mira, vamos a hacer un ritual de amanecer. Sirve para que estemos en contacto con el entorno y nos llenemos de todo lo bueno que nos da. Invocamos claridad y agradecemos el don de la vida. Todas hemos sentido la llamada de la naturaleza y por eso hemos venido. Es un ritual exclusivamente para mujeres, por eso te pregunté por tu hermana. Me alegro mucho de que estés aquí con nosotras. No tienes por qué participar si no quieres, pero al menos quédate a verlo. Solamente vamos a bailar. No vamos a quitarnos ni siquiera los zapatos —me apretó un poco el brazo cariñosamente—. Si el viento te ha conducido hasta aquí, es por algo.

Eso era cierto. Había venido siguiendo los olores y sonidos del viento y había acabado en el grupo del ritual. No era una casualidad. Vánel creía en el viento y en sus mensajes, y yo quería mantener vivo su espíritu y creer también. La de aquel día era una señal muy clara y fácil de interpretar, y Vánel me hubiera dicho que sin duda el viento me había llevado hasta allí. Por lo tanto...

—Sí. Me quedo —decidí.

—¡Muy bien! —La cara de Saan se iluminó con mis palabras. Me cogió los extremos del manto y empezó a anudármelos al hombro, como tenía ella la túnica blanca—. ¿Vas a bailar?

—Eh... yo... no sé los pasos.

—No hay pasos. Simplemente tienes que girar, jugar con el viento y dejarte llevar —. Terminó el nudo. Estaba bien sujeto—. Solo si quieres. Si prefieres simplemente mirar, no hay ningún problema —me aseguró con una sonrisa—. Me encanta que hayas venido.

Las mujeres se fueron colocando mientras yo me quedaba a un lado, observándolas. Todas llevaban su túnica anudada de la misma manera, con lo cual, en la oscuridad, era difícil distinguir las, salvo por el color de pelo. El baile empezó con una reverencia de todas hacia el centro y un saludo a las que tenían a cada lado. Se movían como a cámara lenta e interactuaban con las luciérnagas. Giraban unas con otras y se movían perfectamente armonizadas, como si lo tuvieran ensayado. Sin ser plenamente consciente de ello, di unos pocos pasos adelante y me acerqué al baile para verlo más de cerca, impulsada por una fuerza mayor. Las mujeres siguieron con sus giros, hasta que Saan pasó delante de mí, y, moviéndose despacio, me extendió el brazo. Yo puse mi mano en la suya, ella tiró suavemente de mí, y así me metió en el grupo. Hice una reverencia como las que había visto al principio; por suerte mis tres años en Palacio ayudaron a que no me saliera torpemente sino con gracia y soltura. El viento me envolvió suavemente y las luciérnagas se pasearon en torno a mí, que no perdía de vista a Saan y me movía como si ella fuera mi pareja de baile. Imitaba sus movimientos, pero al poco rato me olvidé de ella y me dejé llevar por una música que nos susurraba el propio bosque a cada una de nosotras. Me crucé con el resto de mujeres, giré una y otra vez con los brazos estirados para dejar que la esencia de la naturaleza entrara en mí. Poco a poco noté que el bosque se iba iluminando; estaba amaneciendo. Con un último movimiento, nos cogimos de las manos formando un círculo, corrimos hacia el centro, y cuando estuvimos todas tan juntas que no podíamos estrecharlo más, levantamos los brazos, nos pusimos de rodillas y los bajamos, junto con la cabeza. Permanecemos así unos segundos y luego todas aplaudimos. Las luciérnagas se habían ido, los soles de la mañana habían salido, un nuevo día había comenzado. Y yo me sentía extraña, acababa de hacer algo que no me

explicaba. Pero, al mismo tiempo, me sentía muy conforme y cómoda.

Nos levantamos y cada una ya fue a los suyos; el ritual había terminado. Me estaba sacudiendo la tierra y las hojas del manto cuando Saan llegó junto a mí.

—Muy bien, niña. Vánel estaría orgulloso.

Eso me alegró. Vánel era también así de místico, entre sus muchas habilidades estaba la vinculación con la naturaleza y seguro que estaría feliz de que yo también tuviera esa sensibilidad.

—¿Qué tal la experiencia? ¿Te ha gustado? —continuó Saan.

—Bueno, ha sido... diferente.

—Si tienes alguna pregunta que hacerme, o quieres saber algo...

—Tengo muchas preguntas, Saan. Pero no estoy segura de si quiero saber las respuestas.

—La anterior vez que nos vimos te dije que ibas a enfrentarte a la muerte tres veces.

—Y ya ha pasado una. Mi hermana y yo casi nos morimos de sed en el bosque. Me mordió un jabalí dragón y por poco me tienen que cortar el brazo.

—Entonces sabes que la próxima vas a sobrevivir para que la última llegue a darse.

—¿Por qué el Libro dice que me van a matar antes de cumplir un año en el trono?

—¿El Libro decía eso?

—¡Sí! O... ¡Bueno, eso creo! No recuerdo las palabras exactas, pero era algo de eso.

—Melania, no lo pienses más. Tus dioses son los de la vida. La llevas en ti, y me lo acabas de demostrar: has sentido la llamada del bosque y te has unido a nosotras. Llevas la propia vida dentro de ti. Le has dado tantas vueltas a lo que viste en el Libro que el recuerdo se te ha deformado y has acabado pensando que leíste algo diferente de lo que en realidad fue. Es imposible que el Libro dijera que te iban a matar cuando precisamente tus dioses son los de la vida.

## Capítulo 55

Volví donde dejé a Beltane. No estaba, pero uno de los magos me dejó un mensaje: había ido a buscar a Gertie para que los tres dejásemos nuestros mantos a la vez, y que lo esperara. Así lo hice y al poco rato regresó con la pequeña, que traía una cara de sueño impresionante. Me desaté los nudos que me había hecho Saan en el manto y, los tres juntos, nos acercamos al cuerpo. No parecía él. Estaba tan amarillento, tan... raro.

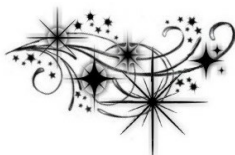
El primero en depositar su manto fue Beltane, con el borde preparado para cortar hacia arriba. Después lo hizo Gertie, que también lo dejó de la misma manera, y por último yo.

“Padre, el viento y el bosque me han llamado, y acabo de bailar con las mujeres en un ritual de amanecer”, le dije en silencio. “Me enseñaste a respetar la naturaleza como a mí misma y haré que todas tus enseñanzas no hayan sido en vano. No sé si con este manto te llevas mi esencia, pero yo sí que me llevo algo muy importante de ti”

—Te quiero, padre —musitó Gertie tras colocar el manto. La abracé por detrás y le di un beso en la cabeza.

—Vamos a continuar según sus enseñanzas, como él lo hubiera hecho. Un poco de él vive en cada uno de nosotros tres, y por mi parte yo pienso mantenerlo vivo —declaré.

Beltane, que me había escuchado, se acercó a nosotras y nos abrazó.



A la mañana siguiente lo incineraron.

Yo no quise quedarme. Corté la tira de mi manto y me alejé. Debía estar presente cuando encendieran la pira, y lo estaba, pero de lejos. No quería ver cómo se quemaba. Me llevé a Gertie para que no se le quedara en la retina la imagen del cuerpo de su padre quemándose, y a paso ligero volvimos a la fortaleza. No quería respirar el olor a carne quemada, ni oír el fuego tampoco. Con saberlo ya era suficiente, no quería que se me quedase en los sentidos.

La dejé en el comedor, porque quería desayunar, y mientras lo hacía, yo salí a dar un paseo. Levanté la vista y vi la columna de humo que ascendía hasta el infinito. Una suave brisa me acarició la cara y arrastró mi lágrima, que rodaba mejilla abajo, hacia un lado.

—Padre, ¿te acuerdas cuando me dijiste, el día que nos conocimos, que escuchabas al viento y dejabas que te revelara sus mensajes? ¿Recuerdas el día que me pusiste por primera vez en las manos un arco y una flecha? Ese día me hiciste cerrar los ojos, concentrarme y dejar que mis sentidos me guiaran y que intentara yo también escuchar al viento. Ahora eres uno con él. Ve siempre con el viento, padre. Ve con el viento y acompáñanos junto a él. Nunca morirás, porque

siempre te llevaremos en nuestros corazones. Una parte de ti vivirá en cada uno de tus tres hijos. Vuela con el viento, vuela junto a tu mujer, y espero que, donde quiera que te encuentres, siempre puedas sentir la enorme gratitud de estos tres hijos tuyos, por haberles dado lo que la vida les negó. Hasta siempre, Vánel de Fanelia.

La brisa siguió empujando mi lágrima, y casi oí la voz de Vánel diciéndome que no llorara: “La vida te ha dado y te dará muchos motivos para llorar, y yo no quiero ser uno de ellos. Recuérdame siempre con una sonrisa, hija mía”. Me enjuagué la lágrima y volví con Gertie. Necesitaba estar acompañada, y algo me decía que debía llenar mi estómago mientras pudiera.

Nusinerior se ofreció para llevar las cenizas de Vánel junto a las de su mujer. Estaban en una fortaleza bastante alejada de donde nos hallábamos.

—No —, respondió Beltane—. Es mi padre y yo quiero llevarlas. Debo llevarlas.

—Beltane, estás muy lejos. Tardarías varios días en llegar y no estoy seguro de que te dejen entrar. Al haber muerto Vánel, ya nada os une con el pueblo élfico. Tendréis mi amistad de manera indefinida, pero sabes bien que los elfos no quieren a los humanos invadiéndolos.

—Mi padre estaba casado con una elfa y yo soy su hijo.

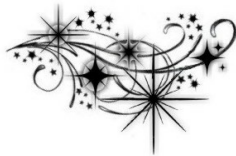
—Exactamente. Eres hijo de él, no de ella. Mírate. Eres totalmente humano, no tienes rasgos de mestizo. El matrimonio de tu padre fue un cúmulo de problemas y dificultades desde mucho antes de que comenzara. Beltane, hazme caso y deja que las lleve yo. Confía en mí. Vánel era uno de mis mejores amigos, sabré custodiarlas bien y hacer lo que él quería. Además, ¿qué vas a hacer con tus hermanas? ¿Os vais a separar ya, cuando vuestro padre insistió para que permanecierais juntos? ¿O vas a condenarlas a un viaje de varias semanas por tierras agrestes, cuando la pequeña debe seguir sus estudios y la mayor buscar un trabajo? Beltane, tu padre no querría que hicieras eso.

Beltane pareció pensar bien lo que le estaba diciendo Nusinerior. Se tomó un minuto largo en responderle.

—¿Me juras que llevarás las cenizas y las pondrás con las de su mujer, cumpliendo sus deseos tal y como él quería?

—Por mi honor.

—Está bien. Te confío las cenizas de mi padre, Nusinerior.



Era nuestro último día en la fortaleza élfica. Beltane sacó un mapa de la zona, lo extendió y me lo mostró.

—Venimos de aquí— Señaló un punto en la parte de abajo, en el sur—. Ahora estamos aquí — Se movió un poco hacia la derecha, al este—. De haber seguido los planes que padre tenía inicialmente, el siguiente pueblo rondaría más al sur —Movié el dedo en círculos por alrededor del punto desde donde habíamos partido—. En el pueblo de donde vinimos ya no tenemos nada, y volver sobre nuestros pasos supondría un viaje bastante largo. Aquí se han portado muy bien con nosotros, y no quiero tener que pedir más favores. Eso incluye los caballos. Nos iremos a pie, y en lugar de ir hacia el sur, iremos hacia el este. ¿Estás de acuerdo?

—¿Dices de emprender el viaje al pueblo más cercano andando? Beltane, eso supondría



dormir a la intemperie... ¿no?

—Sería una noche. O dos, como mucho. Y no os preocupéis, podréis dormir tranquilas, que yo haré guardia. Iremos bien provistos de agua, y recuerda que yo sí sé encender fuego —Me sonrió—. No nos pasará nada. Antes de que llegaraís Gertie y tú, pasé varias noches durmiendo al aire libre junto a padre. Sé lo que hay que hacer.

No me gustaba tener que pasar otra noche en plena naturaleza. Era una experiencia que no iba a olvidar, pero por lo desagradable. No quería repetir, y estaba segura de que Gertie tampoco.

—¿No hay más opción que esa?

Beltane suspiró.

—La otra opción es pedir unos caballos y un elfo que nos acompañe para luego llevárselos de vuelta. El único al que se lo pediría es a Nusinerior, pero sabes que marchó con las cenizas. Y, de todas formas, preferiría no tener que pedir nada más.

Se me ocurrió algo de pronto.

—¿Y si intentáramos comprar unos caballos? Si vamos a estar viajando constantemente pueden venirnos bien... ¿no?

—¿Tú sabes lo que vale eso?

—Supongo que valdrá una pasta, pero si una vez que estemos en el pueblo, los alquilamos, recuperaremos el dinero. A la larga puede ser una inversión.

—No tenemos, Mel. Tenemos muy poco.

—Padre tenía dinero ahorrado.

Beltane me miró con ojos tristes.

—Sí, tenía un buen dinero destinado al colegio de Gertie, que costó más de lo que él había previsto. Lo poco que quedó lo fue gastando en el alojamiento, y aunque se puso a trabajar mucho y sacó más para tener esa pequeña reserva, no fue posible. Hubo un imprevisto y nos ha dejado muy poco. De hecho... cuando lleguemos al pueblo posiblemente tengamos que compartir una habitación los tres y comer más barato. Mientras no tenga mi título, a mí no me van a pagar tanto como le pagaban a él.

—Yo tengo algo de dinero de mi trabajo en la tienda...

—Que probablemente necesitemos para comer. No lo gastes si no es absolutamente necesario.

Me estaba quedando de piedra. ¿Tan mal estábamos? Vánel no me había dicho nada... ¿Qué había pasado para pasar de estar medianamente bien a tener que apretarnos el cinturón así?

—No lo entiendo, Beltane. Vale que Padre ganaba un dinero y ahora no podemos contar con él, pero... que tengamos que recortar en alojamiento y en comida me parece un poco excesivo. ¿Qué pasa con lo que él tenía?

—Hubo un imprevisto y tuvimos que gastarlo.

—¿Qué imprevisto?

—Nada, Mel. No te preocupes.

—¿Qué imprevisto?

—Ya está gastado, Mel. En serio, no importa.

Me acerqué a él y me coloqué frente a frente. Le miré muy seria y se lo pregunté una vez más:

—Beltane, soy tu hermana, y esto me afecta así que merezco saberlo. ¿Qué imprevisto?

Me sostuvo su mirada de ojos grises durante unos segundos. Abrió un poquito la boca, la mantuvo entreabierta unos segundos y finalmente lo dijo:

—Vuestro médico.

La boca que se quedó entreabierta entonces fue la mía. No podía moverme, estaba totalmente

rígida de la sorpresa. Beltane dio un par de pasos y volvió a sus papeles mientras yo permanecía inmóvil mirando al vacío. No podía ser. Vánel se había gastado todos sus ahorros en mí. En un profesional que me cosiera el mordisco del jabalí dragón y me salvara tras haber pasado tres días sin beber. Las piernas se me pusieron flojas, flexioné las rodillas y me dejé caer al suelo lentamente.

—Ya tienes otro motivo por el que no me gustan esos malditos sierrahuesos —murmuró Beltane—. Se aprovechan de la mala fortuna de la gente para cobrar por un día lo que los pobres han ganado duramente en cuatro meses.

Se acercó a mí y se agachó. Me puso una mano en el hombro y me miró a los ojos, de una manera muy natural.

—Padre nos quería a los tres por igual. No te sientas mal por eso. Si me hubiera sucedido a mí, también lo hubiera hecho. Cuando alertamos de vuestra desaparición, la guardia del pueblo nos propuso la patrulla para ayudar a buscaros, sin ningún cargo. Padre accedió y nos ofrecieron ir a avisar al doctor por si fuera necesario, aunque ya nos avisaron que llevaba un cargo extra si fueran necesarios sus servicios, y padre no vaciló, desde el primer minuto dijo que sí porque vuestra vida es más valiosa que todo el dinero del mundo. Le pregunté si con lo que él sabía de sanación no bastaría, y me dijo que no quería arriesgarse. Si no hubiera venido el sierrahuesos... pues padre hubiera hecho lo que hubiera estado en su mano por cerrarte la herida, pero él mismo me dijo que tenías fiebre, que estaba infectada, que habías perdido sangre... que era un caso complicado y que no sabía si con su magia hubiera podido salvarte.

—Y se gastó todo lo que tenía...

—Es dinero, Mel. Se gasta y se repone. Pero si tú te mueres, no podemos reponerte.

Le miré a los ojos, me sonrió y nos abrazamos.

—Cuando haga mi juramento y obtenga mi título, puedo intentar aprender algo de sanación para que estéis más tranquilas.

—Apréndelo ahora —propuse.

—No —rió—, padre podía porque sabía un poco de todo. Yo soy un invocador. Tengo que centrarme en eso para cuando haga la evaluación. Pero te prometo que aprenderé sanación para que no necesites nunca un sierrahuesos.

—No los lames así...

Nos separamos y me tocó la punta de la nariz con el dedo, divertido.

—Preséntame a uno, solamente a uno, que no trabaje por el maldito dinero, sino por ayudar a los que lo necesiten, y cambiaré mi opinión.

—Mí chico.

—Ah, sí, el señor perfecto. Preséntame a uno que exista.

—Él existe y vendrá a buscarme.

—Ya hablaremos cuando llegue ese día. Si llega.

Se levantó y me tendió la mano para ayudarme a ponerme en pie. No dijo nada más y volvió a sus papeles.

## Capítulo 56

Tierras más allá de las fronteras del reino humano  
Año de gracia 29 de Basileo  
Mes sexto

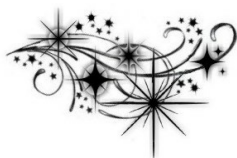
Como era de esperar, a Gertie no le hizo la más mínima gracia que nos fuéramos a pie, ni tener que dormir al aire libre otra vez. En principio no quería contarle en qué había volado el dinero de Vánel, pero como no dejaba de protestar, tuve que decírselo. Entendió la situación, pero no la aceptó; me preguntó si no había otra alternativa, como que trabajásemos en la fortaleza élfica para sacar un dinero... pero no era posible. Los elfos no querían a los humanos entre ellos si podían evitarlo. Vánel, como viudo de una elfa, gozaba de cierto respeto y consideración, pero en cuanto murió, eso se acabó. Nosotros no éramos más que los hijos de un humano; no teníamos nada que ver con los elfos. Nusinerior había prometido echarnos un ojo de vez en cuando, como tributo a la gran amistad que tuvo con Vánel, pero, salvo él, los elfos me parecían unos estirados y unos elitistas de mierda. Los mestizos torturadores, el caballero ese que se presentó en Palacio para que le solucionáramos la vida, el maldito suegro de Vánel que había provocado que su enfermedad pasara a la fase final, y en general las colonias y fortalezas que había visitado. O ibas con un buen enchufe, o no querían saber nada. Tomaba nota mental para cuando fuera reina, porque no pensaba hacerles ni una sola concesión. Si ellos no querían tener nada que ver con el pueblo humano, que no esperaran algo de su reina.

Los cálculos de Beltane estuvieron bastante ajustados. Pasamos solamente una noche en el camino. Beltane decidió montar guardia, siempre con una hoguera encendida y las dos espadas (La suya y la de Vánel) a mano. Me pidió que tuviera cerca el arco y las flechas, por si en algún momento dado mi intervención fuera necesaria, pero no lo fue. Aunque a esas alturas mi cuerpo debía de haberse ya acostumbrado a dormir en el suelo, no era así. Me despertaba antes de la hora prevista porque ya no podía con el dolor de huesos. Daba igual la postura que adoptara, me sentía machacada y de mal humor. Beltane se ofreció para darme un masaje, y se lo permití en los hombros y la espalda, pero bajo ningún concepto iba a dejarle que me pusiera las manos en la cintura o en el culo, y tuve que llamarle la atención cuando sus manos se fueron hacia abajo. Confiaba mucho en Beltane; pondría mi vida en sus manos, pero ni miraditas ni tocamientos. No se me había olvidado cómo me miraba hacía un año. El contacto con la gente de los pueblos le había hecho bien en ese sentido, pero, como bien dijo Vánel una vez, estaba en la edad de que se le fueran los ojos tras las chicas. No pensaba permitirle cruzar ciertos límites. No solo estaba el hecho de que yo amaba a Westley, es que, además, qué narices, Beltane era mi hermano. Adoptivo, sí, pero mi hermano a fin de cuentas. Que me mirara en ese plan me parecía aberrante y una falta de respeto a la memoria de Vánel, que nunca hubiera querido eso de nosotros.

Al anochecer del segundo día llegamos a la entrada del pueblo y nos pusimos en la cola para acceder. Era la primera vez que lo hacíamos siendo tres. Notaba la ausencia de Vánel, el gran vacío que había dejado. Y me preguntaba qué íbamos a hacer sin él. No es que pensara que no supiéramos valernos por nosotros mismos, porque sabía bien que estábamos perfectamente capacitados y lo conseguiríamos; era más bien que su figura siempre había representado para mí una garantía, un seguro de que con él todo iría bien. Y ahora ya no estaba con nosotros. No solo tendría que soportar el dolor de la ausencia de Westley, ahora también tenía la ausencia de Vánel.

“Lo superarás, Mel”, me dije. “Igual que aprendiste a vivir con el vacío que dejaron los abuelos, aprenderás a vivir con el agujero que ha dejado Vánel. Es cuestión de tiempo. Y ahora no estás sola”

Tal vez no estaba sola, pero me sentía vacía y a la deriva, sin rumbo.



Nos fuimos al albergue más barato que encontramos y allí pedimos una habitación para los tres. En una esquina, con la lona que teníamos para protegernos del sol en las colas, y a modo de cortina, hicimos un pequeño rinconcito para cambiarnos de ropa y tener un poco de intimidad. El baño era común para todos los alojados en el albergue, haciendo solo distinción entre hombres y mujeres.

Inscribimos a Gertie en el colegio sin ningún problema. Empezó a finales del mes sexto, y su ciclo duraría cuatro meses, como el resto, pasados los cuales nos iríamos a otro pueblo, a no ser que en este nos fuera tan bien que nos sobrara el trabajo, pero eso no sucedió.

Beltane empezó a ofrecer sus servicios como aprendiz de mago en granjas, casas particulares, negocios... y fue bien recibido, aunque ganaba aproximadamente la mitad que Vánel, al no tener el título de mago. En cuanto a mí, encontré trabajo en un pequeño restaurante. Era un trabajo muy poco agradecido; constantemente me estaban gritando y me daban más trabajo del que me daba tiempo a realizar, por lo que siempre me quedaba un par de horas extras sin cobrar hasta que terminaba. Sabía que me estaban explotando, que se aprovechaban de mí y que Vánel me hubiera dicho que me largara de ahí, pero no encontré otra cosa y necesitábamos el dinero. Aunque yo podía comer algo cuando no me veían y así era algo que ahorraba, Beltane y Gertie necesitaban comer también. Además, Gertie estaba en la edad del estirón y casi toda la ropa se le quedó pequeña. Apañosamos lo que pudimos con sus conocimientos de costura, pero era difícil agrandar la ropa cuando no se disponía de tela, de modo que acabamos pasando por la tienda a comprarle ropa de tallas ya de mujer... porque cada vez tenía más curvas, y finalmente le vino la primera regla. Algo normal, ya que pronto cumpliría los trece años. Yo tenía que estar rondando ya los veintidós. En mi caso no me importaba, pero me dolió en el alma por mi hermanita. No íbamos a poder celebrar su cumpleaños, el primero sin nuestro padre. Vánel siempre tenía algo especial para su pequeña. Nosotros estábamos tan mal que ni eso nos podíamos permitir.

Mi sueldo iba íntegro a la comida. Se acabaron los lugares de mesa y mantel; compraba algo barato en una tienda y nos lo comíamos en la habitación. Y aún así, nos quedábamos con hambre. Beltane nunca se quejó al respecto, pero alguna vez Gertie me preguntó si había quedado algo, a lo que yo le respondía, con el alma partida en mil pedazos, que no. Pasadas las primeras semanas,

cuando estábamos acabando de comer, miraba de reojo a mi hermana y la veía comer con tanta avidez, que aunque yo también estaba hambrienta, se me cerraba el estómago y acababa dándole gran parte de mi comida. No soportaba saber que estaba pasando hambre. Antes prefería pasarla yo.

Tuve que echar mano del dinero que me había dado Ángela dos años atrás. Aún me quedaba una buena parte, y la guardaba para emergencias. Si comer y vestir a mi hermana no era una emergencia, no sabía entonces qué podría serlo. El alojamiento lo pagaba Beltane con lo poco que ganaba, e intentaba ahorrar un poco para algún futuro imprevisto (cada vez que Beltane decía esa palabra hacía que yo me sintiera culpable). Acabé pidiendo permiso en el trabajo para llevarme algo del pan que sobraba del día, que se tiraba a la basura, y me lo dieron. A la hora a la que yo llegaba al albergue, los panes ya hacían casi un día que se habían hecho y estaban algo duros, pero Beltane y Gertie me lo agradecían y no dejaban ni las migas. Literalmente, porque cuando nos acabábamos el pan, atrapábamos con el dedo las migas que habían caído. Hasta ese punto habíamos llegado.

Aunque siempre nos quedábamos con hambre, con lo poco que comíamos, por el momento, nuestros cuerpos iban tirando. En ese último año y medio había perdido peso, pero aún tenía grasilla en mi cuerpo. La que me preocupaba era Gertie; estaba ya en la adolescencia y no quería que la falta de comida le impidiera desarrollarse como debiera.

Por las mañanas practicaba el tiro con arco, porque no quería perder la destreza, y mi puntería iba poco a poco mejorando. Para mí no era suficiente: quería dar siempre en el punto exacto. Después intentaría lo mismo, pero en movimiento. Era un gran reto y estaba dispuesta a practicar lo que fuera necesario para conseguirlo. De vez en cuando se me unía Beltane e intentaba ayudarme colocándome bien los brazos o dándome algunos consejos. Consejos que ya me había dado Vánel en su momento, pero que estaba bien no olvidar.

Cuando ya llevábamos tres meses en ese pueblo, mis tripas rugían y estaba hasta las narices de comer pan duro y legumbres baratas, se me ocurrió una idea y se la propuse a Beltane una mañana.

—Vámonos de caza. Creo que nos merecemos comer algo de carne, por no decir que nos pagarían una buena cantidad por un ciervo o un venado.

Beltane se sentó a mi lado mientras se bebía el agua de la cantimplora a sorbos, intentando así engañar al estómago.

—No te diré que no lo he pensado. Pero... no sé, hasta ahora estamos manteniéndonos con el pan que traes, los arroces, las quenbeonas...

—Las quenbeonas están asquerosas, no alimentan nada, casi no llenan y no quiero pensar a qué animal han dejado sin comida para que los humanos puedan comérselas, Beltane. Admítelo.

Se rió suavemente.

—Sí. Es cierto. Pero no sé si padre aprobaría que saliéramos a cazar, teniendo cosas en la naturaleza con las que nos apañamos.

—No, Beltane. Gertie está creciendo. Necesita alimentarse bien o... no sé qué puede pasarle. Quizás le queden secuelas.

Beltane se quedó mirando la cantimplora, con gesto dubitativo. Me levanté y comencé a caminar por la habitación.

—Beltane, vale que padre nos inculcó lo del respeto a la naturaleza y todo eso de nunca cazar si no era por necesidad, pero siempre antepuso nuestra salud y nuestro bienestar a todo lo demás. Y créeme que no aprobaría que tuviéramos esta alimentación tan mala. No sé qué decidirás tú, pero yo mañana por la mañana me voy al bosque.

—Y yo te acompañaré —declaró en un hondo suspiro.

Volví junto a él, contenta por lo que me había dicho.

—Juntos sí que lo conseguiremos.

—No te creas que me has convencido. Si voy es sobre todo para evitar que te metas en un lío, que te pierdas o... yo qué sé. No voy a quedarme aquí sabiendo que tú andas por ahí sola. Y... bueno, sí, supongo que en el fondo me has convencido. Te ayudaré a cazar algo.

Le puse la mano en la cabeza y le revolví los rizos de manera cariñosa.

—¡No hagas eso! —protestó—. Me cuesta mucho peinarme.

—Bobadas —me burlé—. A mí me cuesta peinarme —puse énfasis en la palabra “mí” mientras me señalaba.

—Ah, ¿pero tú te peinas? —Me miró con un gesto de malicia guasona.

Abrí la boca, asombrada por lo que acababa de decir.

—¡Eres un capullo imbécil! —Le quise dar una torta, pero tenía buenos reflejos y paró mi mano.

—Veo que a la pelirroja le duele que le digan algo que sabe de sobra que es verdad, ¿eh? — Se había levantado y me sujetaba los dos brazos con sus manazas. Intenté darle un rodillazo, pero hizo un movimiento rápido que impidió que mi golpe llegara a su destino. Me dio la vuelta y me inmovilizó sin que me diera tiempo casi a darme cuenta..

—Suéltame, pedazo de bobo. Klingon estúpido.

—Si prometes estarte quietecita.

—Lo único que te prometo es que, como no me sueltes, te la guardo y te la pienso devolver. Cenutrio. Orco de Mordor. Jar Jar Binks.

Estuvo unos segundos en silencio, luego resopló con evidente jocosidad y me soltó con un pequeño empujón hacia delante mientras salía de la habitación riéndose.

## Capítulo 57

—Bien, pelirroja. Le has dado de lleno. A la primera. Tu puntería mejora.

Me sentí satisfecha por lo que me acababa de decir Beltane, pero el haber disparado una flecha al animal que habíamos visto de lejos no era motivo de orgullo ni de felicidad. No me gustaba matar animales. Para intentar consolarme me dije que a Gertie se le abrirían los ojos como platos y que comería como no lo había hecho desde que llegamos a ese pueblo.

Nos dirigimos a donde había caído el animal. Era algo así como un ciervo corpulento y con pelo largo. Me sonaba de haber visto un dibujo en los libros de Palacio, pero no conseguía recordar el nombre. ¿Era un... Gastrama? ¿Gostama?

—Mel, pon las manos sobre su piel.

Ah, sí, claro, la declaración para los dioses. Cerré los ojos e intenté no pensar en que había sido gran parte responsable de la muerte del pobre bicho (no solo por haberle disparado, sino porque también la idea había sido mía) y puse las manos sobre él. Al instante las retiré, asqueada.

—¿Pero pero pero pero en qué se ha revolcado? ¿En su propia mierda?

Beltane bajó la cabeza y empezó a reírse disimuladamente.

—Mel, luego te lavas las manos si quieres. Pero cuanto antes hagamos esto, mejor —Sus palabras no me ayudaron; aún sentía el tacto asqueroso en los dedos—. Tendrías que verte la cara que tienes. Vamos, Mel, te estoy pidiendo que lo toques un momento, no que te restriegues la cara en él. Venga, no seas remilgada. Que el animal está sufriendo. Vamos a hacerlo rápido para que lo remate y no prolongar su agonía.

Eso me dio un poco de fuerza para volver a poner las manos suavemente sobre él. Qué asco, por favor. Cerré los ojos, sólo sería un momento...

—Siento haberte matado, pero lo necesitamos para sobrevivir. Muchas gracias, dioses —dije rápidamente—, con la vida de este animal se salvarán tres vidas humanas —Retiré las manos.

Beltane me miró, haciendo un esfuerzo por aguantarse la risa.

—Así no es.

—Da igual. Servirá. El mensaje es ese y la intención es lo que cuenta.

Bajó la vista hacia el animal y recitó:

—Pedimos perdón al bosque por llevarnos una de sus vidas, y agradecemos que nos haya dado alimento para seguir viviendo —retiró las manos, se levantó, desenvainó la espada y la apoyó en el cuello del animal—. Gírate si no quieres verlo, Mel.

Volví la cabeza, cerré los ojos y me tapé los oídos, pero aun así escuché cómo se hundía la hoja en la carne y la cercenaba. “No, no, no”, pensé, “Piensa en una canción absurda ahora mismo para que no se te quede ese sonidito grabado... *Dale a tu cuerpo alegría, Macarena...*”

Durante los siguientes minutos me repetí la cancioncita varias veces en la cabeza, mientras Beltane encontraba un palo largo, grueso y resistente y ataba al animal a él por las patas.

Emprendimos el camino de vuelta, y cuando entramos en el pueblo, la gente se quedaba mirándonos y nos seguía hasta la tienda en donde íbamos a vender el animal. Beltane había estado preguntando en varias y esa era la que le había ofrecido el mejor trato: era quien más le pagaba, y quien, además, le dejaría quedarse con tres raciones generosas del lomo del animal sin apenas descontarle dinero.

En la tienda pesaron al animal y hablaron largo y tendido con Beltane acerca de lo que iban a darle, a pesar de, supuestamente, tenerlo ya apalabrado. Yo permanecía al margen de la conversación, pero era testigo de cómo la gente se metía en la tienda y pedía la vez para comprar un pedazo de carne. Recordé que Vánel me dijo una vez que en los pueblos neutrales apenas hay cazadores, y de ahí que el tener carne es casi un motivo de fiesta.

—¡Chica! —me increpó un hombre, agarrándome por el brazo—. ¿Cuánto os paga? ¿Si os pido un barione me lo cazáis? ¿Cuánto me cobraríais?

El barione era un ave muy abundante por las tierras del sur, recordé. Sí, hombre, si ya los animales sobre tierra firme me costaba cazarlos, acertarle a un ave en pleno vuelo no lo conseguiría ni de casualidad.

—No cazamos aves, lo siento —me disculpé.

—¿Cuánto os paga por ese? Yo os pago más. Todos salimos ganando, porque yo lo consigo a menos precio del que lo vende él y vosotros sacáis más —me propuso otro.

—Es que ya se lo prometimos a él —me excusé.

—Pues el siguiente para mí —se adelantó una mujer—. Te lo encargo ya y así me lo aseguro. Lo quiero para mañana.

—Lo siento, no aceptamos encargos de ese tipo. Tendrá que hablarlo con mi hermano —Y, dicho esto, me metí en la trastienda buscando a Beltane, porque ya me había cansado de las “ofertas” de la gente. Siguieron llamándome, pero los ignoré.

En la trastienda estaba el dueño pagándole a Beltane el precio que habían convenido, mientras un ayudante colocaba al animal en una mesa inclinada, con surcos al final de los cuales había colocado sendos cubos destinados a recoger la sangre. Lo sujetó bien y le cortó en algunos sitios para que empezara a chorrear. A continuación se hizo con un enorme cuchillo de carnicero y comenzó a sacar trozos del lomo. Los envolvió en un gran trozo de tela y se los dio al dueño, quien nos lo entregó.

—Tres raciones bien generosas del lomo y el dinero que acordamos, con mi gratitud. Muchas gracias, Beltane y Mel de Fanelia. Ya sabéis que, si cazáis más, aquí me tenéis para compraros las piezas. Y ahora, si me permitís un consejo, salid por detrás porque en la tienda os están esperando para haceros encargos.

Esa tarde en el trabajo me tocó limpiar muy a fondo los excusados del restaurante donde trabajaba y aguantar a mi jefa diciéndome que era una lenta y que me estaba pagando por hacer nada, mientras me observaba, supongo que para asegurarse que hacía todo como ella quería, y recalcar me que casi fallaba en cada uno de mis movimientos. Estaba hasta las narices de esa mujer, de su hermana y de ese trabajo, y por el animal que habíamos cazado habían pagado más que por una semana de comer mierda ahí. Cuando la jefa dio una patada al cubo de agua y derramó todo por el suelo, empapándome la falda, fue el no va más. La miré con ojos furibundos.

—¡Huy, perdona, Mel! Ha sido sin querer.

—Sin querer. Ya —escupí.

—De aquí no te vas hasta que no esté todo brillante y el suelo seco. Y de verdad que te digo que lo siento mucho. Fue sin querer.



—Sin quererlo evitar, querrás decir —la desafié mientras me ponía en pie.

—¿Qué? ¿Qué has dicho, refugiada holgazana?

—Pues que lo vas a limpiar tú —Tiré el trapo al suelo con fuerza y salí del excusado llena de coraje y de vergüenza por haber permitido que abusara de mí durante tantas semanas. Vánel jamás lo hubiera aceptado. A medida que atravesaba la tienda hacia la salida, oí gritar a ella y a su hermana:

—¡Mel, no puedes irte así! ¡No has terminado!

—Sí he terminado. Buscaos a otra a la que explotar —anuncié.

—¿Así nos agradeces los panes que te hemos dado para ti y para tu familia?

—No me jodáis. Esos panes los ibais a tirar. No os ha supuesto ninguna diferencia.

—¡Vaya con la niña! Todos los refugiados sois iguales. Os venís aquí pensando que el dinero crece de los árboles y cuando veis que no es así, no tenéis reparo en hacer cualquier cosa para beneficiaros a costa de los que llevamos desde hace generaciones ganándonos la vida de forma honrada. ¡Sinvergüenzas!

Quise gritarle en respuesta que era una negrera, pero preferí callarme antes que hacer traducciones raras, y me largué del establecimiento.

Mientras me encaminaba al albergue la noche estaba terminando de caer. Mejor, porque de la falda me goteaba agua sucia y así menos gente lo notaría. Al llegar, la dueña estaba en la puerta y se me quedó mirando con muchas preguntas en su cara, pero no dijo nada. Subí a la habitación y abrí. Dentro estaban Beltane y Gertie, que me miraron con extrañeza.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —Beltane bajó la vista hacia mi falda chorreando—. ¿Qué te ha pasado?

Apoyé la espalda en la puerta cerrada tras de mí y suspiré. Ahora que tenía a mis hermanos enfrente, ya no estaba segura de que irme así hubiera sido tan buena idea. Cerré los ojos, me llevé los dedos al puente de la nariz y una palabra apareció en mi cabeza, como susurrada por alguien.

Dignidad.

Sí. Por eso me había ido. Por dignidad. Una de las pocas cosas que aún me quedaban. Bajé la mano, abrí los ojos y miré a Beltane, que estaba ya a mi lado.

—He dejado el trabajo —respondí con un hilo de voz.

—¿Te han hecho algo? —exigió saber Beltane.

Bajé la cabeza y me agarré la falda empapada y sucia con las manos temblorosas. Apreté tanto los puños que los nudillos se me pusieron blancos.

—Me pagan una miseria y me hacen trabajar casi gratis hasta las y tantas. Estoy harta de ser una esclava, Beltane. Y esto lo han hecho adrede para insultarme y reírse de mí otro rato.

—¿Te han tirado agua sucia? —se asombró Gertie. Asentí.

—Apártate de la puerta y déjame salir, Mel —exigió Beltane—. Esas dos van a lamentarlo.

Le miré a los ojos. Estaba realmente furioso. Su mirada echaba chispas.

—Déjalo, Beltane. No merece la pena.

—Nadie ataca a mi familia sin consecuencias. Déjame salir.

Le coloqué una mano en el pecho cariñosamente.

—¿Has cocinado la carne de hoy?

—Sí —respondió Gertie—. Ha vuelto hace un ratito. Íbamos a cenar él y yo. La tuya está aquí guardada para cuando volvieras.

—Pues ya he vuelto —Intenté sonreír—, y me haría ilusión cenar esa carne tan buena con mis hermanos antes de que se enfríe. Por favor, Beltane. Ha sido una tarde horrible, no me lo hagas

más difícil.

—No voy a consentir que nadie te humille.

—Ve mañana si quieres y ya les pides el dinero que me deben por este mes. Pero ahora... vamos a celebrar que tenemos carne. ¡Carne, después de tantos meses! ¿Eh, Beltane? ¿Me haces ese favor?

Beltane me mantuvo la mirada apretando los labios.

—Iré mañana a primera hora. Y no intentes detenerme.

—No lo haré.

## Capítulo 58

A la mañana siguiente Beltane fue el primero en levantarse, vestirse e irse. Gertie lo hizo después, no sin antes acercarse a mi cama.

—¿Estás bien, Mel? ¿No te levantas?

—Estoy bien, Ricitos de Oro. Anda, vete a clase. Yo me quedaré un ratito más en la cama; no he dormido bien —Me incorporé sobre los codos y la miré, sonriendo—. No llegues tarde.

La niña me dio un besito en la cabeza y se fue al colegio. Volví a dejarme caer bocabajo en la cama y a pensar en la situación.

Me había despedido del trabajo. Y no veía posible encontrar otro, puesto que, cuando llegamos, ese fue el único sitio que había donde necesitaban personal. Dudaba mucho que las cosas hubieran cambiado, y no me parecía bien quedarme como un parásito, como una boca más a la que alimentar, sin aportar yo nada a la familia. Sabía bien que no estábamos muy boyantes y que tenía que traer dinero a casa. Decirlo era muy fácil, pero si en ninguna parte me querían contratar, la única salida viable era la caza. A Vánel no le habría hecho mucha gracia, y a Beltane tampoco se la haría. Desde luego, no iba a hacer la tontería de salir a cazar sin decírselo a Beltane; no iba a ser tan imprudente. Era el típico error de prota de novela o de película, y siempre salía mal, así que yo no iba a cometerlo. Cuando llegara Beltane, se lo propondría.

Me vestí con la ropa que Vánel me regaló, para animarme un poco. Lo que le había dicho a Gertie no era mentira: no había pasado muy buena noche. Me remordía la conciencia por haber dejado el trabajo; a pesar de que Beltane me dijo que había actuado bien porque en su familia no se dejan humillar y que sabía que Vánel me hubiera hecho dejarlo también, era un dinero con el que ya no podríamos contar. Dormíamos en un cuchitril los tres juntos y comíamos poco y mal debido a que no teníamos para pagar otra cosa... ¿Podía yo permitirme el lujo de abandonar un trabajo?

Salí del albergue y caminé un rato para que me diera el aire, a ver si me ayudaba a aclarar un poco las ideas. Llevaba algunas monedas encima, de lo poco que me quedaba ya del dinero de Ángela. Nos quedaba más de un mes hasta que Gertie acabara el curso y pudiéramos irnos a otro pueblo, pero entretanto, teníamos que seguir comiendo. Pensé que quizás encontrara alguna tienda con buenos precios y comida que no estuviera ya pasada de fecha.

Al pasar por un puesto de frutas, se me hizo la boca agua. Olían tan bien, y tenían una pinta tan apetitosa... El estómago me rugió, y casi se me saltan las lágrimas cuando vi los precios. La fruta era un bien muy escaso; costaba mucho conseguirla, las tiendas la compraban a precios muy altos y la vendían a precios más altos aún. Una pieza de fruta valía tanto como una buena comida de tres platos de calidad superior. No, no podíamos permitirnoslo.

Pensar aquello me hizo un nudo en el corazón. Jamás en mi vida había pasado hambre; ni mis abuelos lo permitieron, ni mis padres estuvieron nunca tan mal, ni en Palacio me faltó jamás un

buen plato de comida. Y precisamente Westley no había huido conmigo antes porque estaba ahorrando para evitar esta situación. ¿Y al final? A eso habíamos llegado. Comíamos pan medio duro y después las migajas que caían, hortalizas baratas que no alimentaban, comida pasada de fecha o en no muy buen estado... Llevábamos así tres meses, desde que murió Vánel. ¿Cuánto más podríamos aguantar antes de caer enfermos?

Sin darme cuenta, mis pies se habían dirigido al restaurante del que me había despedido la tarde anterior. ¿Debía entrar, pedirle perdón a la dueña y continuar? A lo mejor mis pies me habían llevado allí por eso. Pero, si lo hacía, la situación no iba a ser ni igual ni mejor, la dueña sabría que estaba desesperada y abusaría aún más...

Había algo que me llamaba la atención. Algo raro, inusual. Me fijé un poco y enseguida caí en la cuenta: ¡claro! El restaurante estaba cerrado. Tenía las ventanas cerradas y los toldos echados. ¿No habían abierto? Era muy raro; abrían todos los días y siempre tenían el local lleno...

Di la vuelta hacia la puerta trasera y encontré allí a varios guardias hablando con diversas personas. Uno de ellos me vio y se dirigió hacia mí.

—Tú trabajas aquí, ¿verdad?

—Trabajaba. Anoche lo dejé.

—Lo dejaste... De acuerdo. Ven un momento, por favor.

Lo seguí hasta el restaurante. Entramos por la puerta trasera y antes de hacerlo me sobrevino un fuerte olor a quemado. Me tapé la nariz con la mano. Eché una mirada y vi volutas de humo saliendo de la cocina.

—¿Qué ha pasado? —quise saber.

—Al parecer, esta mañana se declaró un incendio que arrasó toda la cocina.

Oh, dioses. Esa mañana. Un incendio. Beltane iba a ir esa mañana. Anoche estaba muy enfadado. Beltane, fuego... No. No podía ser. Seguro que él no había tenido nada que ver. Pero recordé al tipo que me atacó en el callejón y al que dejó bien churruscado... Si había hecho eso con un hombre, ¿por qué no con una cocina?

—¡Ahí está! —La dueña del restaurante salió señalándome furiosa—. ¡Ella es! ¡Puso algo en la cocina para que ardiera!

—¿Pero qué dices? —me defendí.

—¿Anoche viste algo raro en la cocina? —me preguntó el guardia.

—En realidad me fui por la tarde —respondí—. A la hora de la cena yo ya no estaba.

—¡Está mintiendo! —gritó la dueña—. ¡La despedí al final del día por vaga! ¡Es una refugiada que no tiene ni para comprar pan! Una holgazana que no hacía nada. Probablemente metía la mano en la caja. ¿Te crees que no me iba a dar cuenta?

Calma. Ante todo, mucha calma. La mujer estaba escupiendo una mentira tras otra, pero yo no iba a caer en su juego.

—Eso es mentira y lo sabes bien. Jamás he estado en la caja porque nunca me dejaste...

—¡Y muy bien que hacía, visto lo visto!

—¡Y jamás he robado ni una mísera moneda! Todo lo que tengo lo he ganado honradamente.

—¿Sí? ¿También los panes del final de la noche?

—Esos los pedí a sabiendas de que acababan en la basura, y me dejaste llevármelos. Pan seco, casi duro y de mala calidad, por cierto.

—Pero bien que te los comías.

—Señoras —interrumpió el policía—, un poco de orden, por favor. Si le desaparecía dinero de la caja, debió haberlo denunciado el día que notó la primera falta. ¿Desea que se abra una

investigación en contra de esta chica?

La dueña me miró desafiante y soltó un pequeño “Ja”.

—No creo que encuentren nada. A estas alturas, ya se lo habrá gastado. Después de todo, que no se diga que no tengo compasión con los pobres que no tienen nada para vivir. Que le aproveche lo que robó.

Qué hija de puta. Sabía que, si me denunciaba, no encontrarían nada porque no teníamos casi ni para comer. Ella lo sabía bien, como también sabía que yo podía presentar cargos contra ella por difamación y, al no haber robado nada, yo tenía todas las de ganar.

—Bien, —continuó el guardia—, pues volviendo al asunto, ¿viste algo anoche en la cocina?

—No, señor. Me despedí antes del anochecer. La hora de la cena la hicieron sin mí.

—Eso no es cierto, Mel —apuntó la dueña—. Di la verdad. Di que anoche, al cerrar, pusiste alguna piedra de horno para que al calentarse hoy ardiera todo.

—Señor guardia —Miré al hombre, ignorando las palabras de mi ex-jefa—, tengo pruebas de que anoche no estaba aquí. Por la tarde estuve limpiando los excusados, la señora aquí presente me empapó la falda con el cubo de agua sucia y en ese momento me despedí. La dueña del albergue en donde me alojo me vio entrar con la falda chorreando cuando anocheaba. Puede preguntarle a ella si no me cree. Si hubiera puesto algo en la cocina, hubiera ardido todo por la noche. No por la mañana.

El guardia miró a la mujer, que se había quedado sin habla. Por un microsegundo vi que me lanzaba puñales asesinos con los ojos.

—Bueno... quizás me falle la memoria. Anoche hubo mucho trasiego de gente. Cierto, siendo así, está claro que ella no fue.

Ni me pidió disculpas siquiera. Qué cabrona. En ese momento se me encendió una pequeña bombillita que me ayudaría a saber si Beltane había estado allí:

—Yo venía a recoger mi paga por los últimos días.

—¿No te basta con lo que has robado, sinvergüenza?

—Yo no he robado nada. Y agradecería que no me insultaras y me pagaras lo que me debes, o —Miré al guardia— me veré obligada a presentar cargos.

—¿Te crees muy valiente porque está el guardia aquí, eh, Mel?

¡Qué jodida! ¡Pero si era lo mismo que acababa de hacer ella para amedrentarme!

—Mi dinero —exigí—. ¡¡¡Ya!!!

La mujer me miró con rabia y se dirigió al despacho. Me quedé a solas con el guardia.

—Siento las molestias que le haya podido causar con este lío —me disculpé.

—No te preocupes. Trato con casos así frecuentemente. Y, si te sirve de consuelo, no eres la primera que se queja del mal trato que dan a los trabajadores en este restaurante. Ya me conozco las mañas de la dueña —Se volvió y me miró a los ojos—. ¿Es cierto que le pedías los panes que sobraban al final del día?

Suspiré. Qué vergüenza que un guardia me preguntara eso...

—Sí —afirmé con la cabeza gacha—. Mis hermanos y yo estamos pasando por ciertas dificultades.

—Eres la hermana del aprendiz de hechicero, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Idos cuanto antes a otro pueblo. Intentad alejaros. Los de alrededor no están mejor. Si seguís hacia el este, probad en SE 120972. Memoriza bien las coordenadas. Son unos tres o cuatro pueblos más allá de aquí, dirección este. Ahí la comida sigue siendo cara, pero al menos hay

trabajo.

—Gracias, señor.

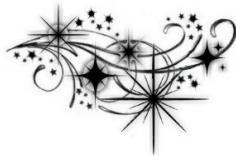
La dueña regresó y me dio unos billetes y monedas.

—Mira si soy generosa, que te estoy pagando incluso el último día a pesar de que te dejaste el excusado sin terminar de limpiar. Firma el recibí —Lo hice y me guardé el dinero—. Bien. Y espero no tener que verte nunca más.

—Lo mismo digo —le respondí, sin ocultar lo mal que me caía esa mujer.

Me despedí del guardia y salí del restaurante bastante enfadada. Oh, sí, qué generosa, que me pagaba el último día. Después de que yo le había regalado horas por un tubo, había aguantado burlas y desprecios, y precisamente el último día ella me había volcado encima un cubo de agua sucia. Había intentado acusarme de robo y de haber quemado la cocina cuando sabía que no era cierto, todo para que me metieran en chirona o me marcaran en la carta de identidad. Generosísima, vamos. Y encima pretendería que le diera las gracias.

Aunque había otra cosa que me preocupaba más, y era que Beltane no se había pasado para pedirle mi sueldo. Prometió hacerlo a primera hora, y, de hecho, había salido un poco antes por eso. Que en la misma mañana hubiera ardido la cocina y Beltane tuviera intención de hablar con mi ex-jefa eran dos hechos que, cuanto más lo pensaba, más me convencía de que estaban relacionados.



Cuando llegó, no sabía cómo abordarlo. No quería tenderle una emboscada; prefería que me lo dijera él mismo.

—¿Has comprado pan? —preguntó, al ver el bulto envuelto en papel junto a mí.

—Pan de cereales. La diferencia de precio no era mucha y creo que nos alimentará un poco más que el pan normal. Al menos, parece más consistente y no tan lleno de aire.

—Bien. Me parece bien. Si realmente alimenta y llena más, la diferencia de precio estará bien invertida.

Se sentó en la cama y se aflojó los cordones de las botas y el cinturón. Me miró, ya que yo estaba sentada en mi cama y lo tenía enfrente.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué te pasa?

—Lo he comprado con mi sueldo del restaurante, el de los últimos días, que he recogido hace un rato —No sabía cómo decírselo de manera que no pareciera que le estuviera acusando o recriminando. Pero él pareció entender, porque su gesto cambió—. Pasé por delante, había unos cuantos guardias que me reconocieron y me hicieron unas preguntas. Beltane, dime que tú no tuviste que ver en lo que pasó esta mañana en el restaurante.

—¿Con qué? ¿Qué ha pasado?

—Beltane. Mírame a los ojos y dime que no lo sabes.

Me miró a los ojos, como le pedí, y me sostuvo la mirada unos segundos, al cabo de los cuales, los retiró. Dioses. No podía creerlo.

—¡Fuiste tú! —Me levanté de la cama y me acerqué a él, quedándome a dos palmos de su cara—. ¡Has prendido fuego a su cocina! ¿Cómo has podido?

—Y me costó mucho contenerme y no prender fuego al local entero. Ni hacerlo cuando esas dos estuvieran dentro.

—¿Pero tú te oyes? ¡Beltane! —No podía creer lo que estaba oyendo. Hablaba de quemar vivas a la dueña y su hermana como si se tratara de algo muy normal, muy natural, muy de cada día.

—Te lo dije ayer, Mel. Nadie se mete con mi familia y queda sin consecuencias. Ni contigo, ni con Gertie.

—Pero lo que has hecho es excesivo. Con haber ido, reclamar mi sueldo y haberles dicho cuatro cosas, no sé, ponerlas en su sitio, hubiera bastado.

—Eso es lo que he hecho. Ponerlas en su sitio. Les he dado en donde más les duele. Han racaneado contigo, te han hecho trabajar sin pagarte. Pues ya que tanto les importa el dinero, ahora van a tener en qué gastarlo. O aprender lo que cuesta ganarlo. Y una cosa es que sean unas mezquinas, que se busquen argucias para pagar lo menos posible, pero que encima disfruten humillándote como lo hicieron ayer, eso no lo consiento. Ellas no ganan nada haciéndote repetir tu trabajo. ¿Divertirse a tu costa? No, Mel. Padre no nos adoptó ni nos crió para que fuéramos pisoteados.

No, claro, Vánel no hubiera querido eso, pero de ahí a lo que había hecho Beltane iba un trecho. Lo que más me sorprendía era la naturalidad con la que Beltane me lo contaba, como si fuera algo sencillo, como ir a por el pan.

—Pero no tenías que haberte tomado la justicia por tu mano. Yo ya les dije lo que consideré necesario.

—Si los dioses no hacen justicia, alguien la tendrá que hacer. Mel, el que dejemos pasar las cosas así, sin tomar medidas, para que sigan repitiéndose, solo contribuye a que el mundo se llene de más hijos de puta. ¿Por qué te crees que pasan estas cosas? Porque nadie hace nada. ¿Cómo te crees que se siente una persona que ve que los que abusan y pisotean a los débiles no tienen consecuencias y se van volviendo más y más poderosos? Así es como la gente aprende que para prosperar hay que maltratar y utilizar a los demás. Pero si los que hacen eso reciben su merecido, si se sabe que hay consecuencias, es cuando se demuestra que estamos para ayudarnos y prosperar juntos, no a costa de otros. Los dioses no siempre mandan esas consecuencias, pero hicieron la magia para que aprendiéramos a dominarla y les ayudáramos a hacer de este mundo un lugar mejor.

—¿Y si alguna persona que supiera dominar la magia la usara para hacer el mal?

Beltane se separó un poco de mí y se desató los cordones de la parte de arriba de la camisa. Seguía hablando como quien contara una película o algo sin importancia.

—El gremio está muy controlado, Mel. Eso no sucede. Están los Grandes Magos, los cónclaves... Viajamos constantemente y por eso siempre estamos enterados de todo lo que pasa. Si hay algún indicio de magos que hicieran el mal, los encontrarían y probablemente los matarían.

—Aún así, Beltane. Esto... esto no es justo. Tú te has tomado la justicia por tu mano, pero, ¿qué hay de los lugares en donde no haya ningún mago que haga algo? Deja a los pueblos en desigualdad. Convierte en más peligrosos aquellos en donde no haya un hechicero que vigile. Además... sois magos, hechiceros, no jueces. Dar lecciones y escarmientos no es asunto vuestro, sino de las autoridades.

—Dime una cosa, Mel. Si, en lugar de haber provocado yo el incendio, hubiera caído un rayo sobre el edificio y lo hubiera quemado, ¿qué diferencia habría?

—Que el rayo es algo que ha hecho la naturaleza —Moví los brazos a los lados, haciendo ver

lo obvio—. No una persona.

—Te equivocas. El rayo lo han mandado los dioses. Los mismos dioses que han permitido que los magos tengamos poder y podamos desarrollarlo. Para eso estamos los magos.

—Tú no eres un dios —Estiré el dedo índice y empecé a agitarlo, como hacían los profes cuando explicaban algo—. Ni pretendas serlo.

—No pretendo serlo, Mel. Soy un hechicero, ni más ni menos, y los dioses son los dioses. Mira, por poner un ejemplo que conoces bien: ¿Los médicos serían más culpables que yo? Los dioses envidan enfermedades y accidentes, como el que te sucedió a ti con el árbol en el bosque. Los sierrahuesos tienen conocimientos para curar y devolver la salud. Si los dioses no hacen que esa persona se recupere por sí sola, entonces viene un médico o un sanador y lo hace. En cierto modo, ellos también desafían a los dioses al eliminar el mal que los dioses enviaron al cuerpo de las personas. Y ellos también podrían hacer el mal si quisieran. Dime, ¿qué diferencia hay?

—No, Beltane, no es lo mismo —Moví la cabeza de un lado a otro.

—¿Entonces cuál es la diferencia? —Calló un momento y me miró fijamente—. No la hay, Mel. Las personas trabajamos por un mundo mejor. Cada uno en su oficio, todos contribuimos de alguna manera.

—Los médicos salvan vidas. No puedes compararlo.

—¿Y quién te dice que, al quemar la cocina, no he salvado la vida de alguna pobre desgraciada al impedir que trabajara para esas dos? Si los dioses mandan una enfermedad a un hombre, y un médico lo salva, sabiendo que ese hombre es un carcelero sádico al que le gusta matar inocentes... ¿ha hecho bien el médico?

—Te han otorgado el don de la magia y dudo mucho que sea para que te tomes la justicia por tu mano. Beltane... un gran poder conlleva una gran responsabilidad.

En ese momento entró Gertie en la habitación, interrumpiéndonos. Con la conversación todavía flotando entre nosotros, hicimos como si no pasara nada y recibimos a nuestra hermanita con las típicas preguntas de qué tal el cole. El torbellino habitual de andanzas escolares de la niña hizo que dejáramos el tema aparcado, pero en algún momento debíamos retomarlo. Beltane no podía... no debía ser juez, jurado y verdugo cuando le viniera en gana, por muy noble que fuera la causa.



## Capítulo 59

Beltane y yo salimos a cazar de nuevo.

Seis veces.

No encontramos nada.

La panadería donde compraba el pan de cereales fue clausurada ante la denuncia de varios vecinos que los acusaban de usar polvo de tiza en la mezcla de ingredientes. Con razón Gertie y yo vomitábamos algunas noches.

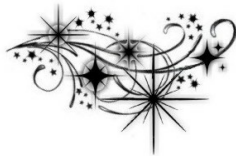
Beltane buscó en el prado de fuera algunas hierbas para calmar nuestros estómagos y nos hizo unas infusiones. Después se gastó el sueldo de un día entero en un trozo de mantequilla y un poco de azúcar, que untó en pan del día y nos hizo comer.

—Estáis pálidas, débiles y ojerosas. Comeos esto. Necesitáis algo que os dé energía.

Teníamos tanta hambre que nos lo comimos casi en un par de bocados, devorándolo, y luego nos lamimos los dedos varias veces, aun cuando sabíamos que ya no quedaba nada. No lo vomitamos, pero el comer algo de verdad, después de varias semanas comiendo casi de la basura, hizo que nos doliera el estómago durante varias horas.

Gertie faltó al colegio algunos días, pero pudo volver a tiempo para hacer los exámenes finales. Yo me sentía muy débil a causa de la falta de comida. ¿Para eso había escapado de Palacio? ¿Esa era la clase de vida que me esperaba hasta que me decidiera a reclamar mi trono? Quedaban todavía tres años para que Gertie terminara el colegio. ¿Iba a ser así siempre?

Vánel, ¿por qué nos habías dejado tan pronto?



Gertie terminó el curso, con no tan altas calificaciones como nos tenía acostumbrados, ya que la enfermedad se había hecho notar también en eso, pero sacó buenas notas pese a todo.

Por fin nos podíamos ir de ese maldito pueblo. No veía la hora.

Beltane consultó el mapa y buscó las coordenadas que me había dicho el guardia. Efectivamente, ese pueblo estaba algo lejos. Si entre un pueblo y otro había más o menos unas diez horas en carreta, andando vendría a ser como el doble o más.

—Habrá que dormir en el bosque, chicas. No hay más remedio. Ya sé que no os gusta, pero...

—¿La carreta no nos deja en un pueblo? —quiso saber Gertie.

Beltane la miró para decirle algo que le costaba. Yo me lo estaba temiendo y, por desgracia, estaba en lo cierto.

—No vamos en carreta. Iremos andando. Entre seis y ocho días, descansando para dormir.

—¿¿¿Qué??? —se espantó Gertie—. ¿Te has vuelto loco?

—No tenemos dinero —se excusó Beltane.

—No me lo creo. ¿Y qué vamos a comer?

—Gertie, tenemos algo ahorrado, pero si lo gastamos en una carreta, nos quedaremos sin nada. Necesitamos tener reservas por si ocurriera algo grave. Como comprar mantequilla y azúcar para que no os muráis, por ejemplo.

—¡Pero yo no quiero tener que pasar seis días en el bosque! —sollozó, con la voz ahogada—. ¿Y si nos pasara algo?

—No nos va a pasar nada porque haré guardia por las noches, Mel me ayudará y tenemos espadas, arco, flechas y cuchillos. Y mis poderes.

—¿Y la comida, qué? —exigió saber Gertie.

—He pensado en comprar algunas cosas baratas para el primer día, y unas cuantas galletas que nos aguanten para el resto. Son algo costosas, pero es lo único que nos duraría lo suficiente sin echarse a perder.

—Mel —Gertie me miró esperanzada—, dime que no estás de acuerdo con lo que quiere hacer.

—Ay, Gertie... —musité—. ¿Crees que a mí me gusta ese plan? Tanto como a ti... pero es que de verdad no tenemos otro remedio. No podemos hacer otra cosa, Ricitos. A mí tampoco me gusta dormir en el bosque, siempre acabo con dolor por la mala postura, pero es que... ¿qué vamos a hacer si no? Entiéndelo, por favor.

—Vale, ya entiendo que os da igual cómo me sienta yo. Muy bien. Padre jamás habría permitido esto.

—Oye, pequeña —Beltane se dirigió y se puso delante de ella, enojado—. ¿Te crees que puedes hablarnos así? Tu hermana y yo nos estamos matando para poder dormir en una cama mientras estamos en los pueblos. Ella ha tenido que aguantar desprecios y humillaciones para que tengas algo que llevarte a la boca y ropa para vestirte. Padre pagó un auténtico dineral para que pudieras estudiar y tener un futuro. ¿Piensas que eres la única que lo echa de menos? Si no te doy un bofetón por lo que has dicho es por consideración hacia él. Niña mimada. Desagradecida.

—¡Eres odioso, Beltane!

—¡Ya, ya, ya, los dos! —Me puse en medio y los separé—. Padre nos quería unidos. No peleados. Por favor.

Gertie se tumbó en la cama, de espaldas a nosotros, y se hizo un ovillo. Beltane salió de la habitación dando un portazo.

¿Y yo, a quién debía consolar? Quería estar con los dos, pero eso era imposible. Me decanté por Gertie por ser la pequeña.

—Gertie, chiquitina...

—Déjame, Mel.

Ni siquiera se había dado la vuelta para mirarme. Eso me dolió. Fue como una puñalada. Ya no me abrazaba, ya no me contaba sus cosas.

¿Ya no confiaba en mí?

—Gertie, anda, vamos a hablar...

—No quiero hablar. Quiero estar sola. Déjame, Mel, por favor.

Con un nudo en la garganta, hice lo que me pedía. Salí del cuarto y me fui tras Beltane. No lo vi por los pasillos, así que salí al recibidor del albergue y pregunté a la dueña si lo había visto. Me dijo que acababa de salir, por lo que aligeré el paso y no me hizo falta buscar mucho: estaba

en un banco de piedra muy cerca de la entrada. Según me acerqué, vi un hilillo de humo y cuando lo tuve al lado, no podía creer lo que veía:

—¡¡¡¿Estás fumando?!!!

—Si has venido a juzgarme o a recriminarme, puedes volverte con esa. Así sois dos.

—¡No... no he venido a eso! ¿Pero qué os pasa esta noche?

Me quedé de pie frente a él, mirándolo fijamente, esperando que me dijera algo, que se desahogara... que no se quedara en silencio. Pero él siguió callado y aspirando el humo del cigarro, por lo que tomé yo la iniciativa. Me agaché y me puse a su altura, con mis manos en sus rodillas.

—Yo sí entiendo que es nuestro único remedio, Beltane. Sé que haces todo lo que puedes para que salgamos adelante.

—¿Y por qué esa niña no lo entiende? ¿Se cree que vamos a poder seguir manteniendo la vida que teníamos con padre? He intentado que todo sea fácil. O lo menos doloroso posible. Me paso todo el maldito día aguantando a los granjeros que quieren que haga así —Chasqueó los dedos— y les libre de pestes, plagas, malas hierbas y mágicamente les dé una cosecha que los haga ricos. Conmigo también ha habido gente que no me ha querido pagar lo convenido y me he tenido que hacer valer. Llego a casa cansado y hambriento, y para cenar tengo comida casi en mal estado. Intento daros una vida mejor, y esa niña... ¡Dioses! ¿Se cree que es la única que echa de menos a padre? ¡Ojalá él estuviera aquí! ¡Padre sí sabría qué hacer!

—Está en una edad difícil, Beltane. Tiene solo trece años. Es una adolescente y a esa edad una cree que nadie la entiende y que todos están contra ella. Tanto tú como yo hemos pasado por esa fase. Ninguno hemos asimilado bien la muerte de padre, está todavía muy reciente, pero ella en particular lo lleva así porque con esa edad no tiene otra manera. Aún tiene que madurar. Beltane, no la culpes, por favor.

Dio una calada al cigarro, echó el humo, me miró y sonrió. Después levantó la vista hacia las estrellas y suspiró.

—Quisiera tener el temple y la paciencia que tenía él.

—Nadie nace sabiendo. Probablemente padre lo cultivara con los años.

Hizo repetidamente un movimiento de cabeza, inclinándola hacia un lado, para indicarme que me sentara junto a él. Agachada estaba bastante incómoda y agradecí que tuviera ese gesto. Cuando me senté, me alisé la falda y le pregunté:

—Bueno, ¿desde cuándo fumas?

—Desde los Cinco Días Sin Nombre.

—Fumar no es bueno para los pulmones.

—Pero me ayuda. Y no te creas que fumo tanto. Tres o cuatro al día. Ah, y no vayas a pensar que me gasto el dinero en esto. Los hago yo. Me enseñaron Batoler y Kéliyan.

—De todas formas, preferiría que no lo hicieras.

—Y yo preferiría que muchas cosas no fueran como son. Pero esto me ayuda a sobrellevarlo.

Cogí su mano y se la apreté ligeramente. Él la retiró, me la pasó por detrás de los hombros y me atrajo hacia sí. Apoyé la cabeza en su hombro y él apoyó su cabeza en la mía. Nos quedamos en silencio hasta que terminó su cigarro, se aseguró de que la colilla estuviera bien apagada, y volvimos al hostal.

## Capítulo 60

Tierras más allá de las fronteras del reino humano  
Año de gracia 30 de Basileo  
Mes primero

Las primeras jornadas tras abandonar el pueblo no fueron muy agradables. Gertie estaba mohína, no quería casi hablarnos y se pasaba la caminata encerrada en sí misma. Yo intentaba no darle importancia; sería una fase, como tantas que pasan los adolescentes, sin importancia, que pronto quedaría en el olvido. Además, aunque me hubiese gustado abrazarla y darle la razón, en esta ocasión no la tenía. Se estaba mostrando muy cabezota; si íbamos andando no era por capricho sino porque no nos quedaba más remedio. No me gustaba admitirlo, pero empezaba a pensar que sí que era cierto que Vánel la tenía un poco mimada. Era su niñita y... en fin.

Ni siquiera habíamos celebrado el año nuevo con el resto de la gente del pueblo. Era la primera vez que Vánel no estaba con nosotros, y no teníamos ganas de celebraciones. Nos sentíamos tristes en esa fecha y con ganas de irnos, cosa que hicimos en cuanto pasó la fiesta.

El cuarto día pasamos por delante de una gran casa protegida por un grueso muro. En el interior de este se podían ver varios árboles con sus frutos en su punto justo para cogerlos y comerlos. Incluso había algún fruto que ya empezaba a reblandecerse y arrugarse, señal de que se estaba pasando de fecha. Mi estómago empezó a tocar una sinfonía en señal de que le vendría muy bien alguno de esos. Si hasta me llegaba el olorcito rico.

—Beltane, ¿te importa si llamo a esa casa y les pido unos frutos? —sugerí cuando paramos a comer, muy cerca de la finca.

—No te los van a dar. Sabes bien que la mendicidad está prohibida.

—Pero es que mira... Los tienen en el árbol y no los recogen. Se están echando a perder. Para eso, mejor que los aproveche alguien, ¿no?

Me miró con cara de pena. Yo tenía razón, Beltane lo sabía, pero también él la tenía.

—Inténtalo, pero... no te extrañes si no te los dan. Lo más probable es que no lo hagan.

—¡Genial!

—Bueno, mientras vuelves, vamos a ir sacando la comida. Menú de hoy... ¡Galletas con galletas! ¿No os morís de ganas?

Mientras Beltane y Gertie se sentaban un rato y él sacaba las galletas para echarle algo a nuestros estómagos, yo me dirigí hacia la entrada del muro. Ojalá consiguiera que me dieran algo... Las galletas, después de cuatro días, me sabían a corcho requemado, y mi cuerpo pedía otra cosa con más nutrientes. Me notaba falta de fuerzas, floja, y el pelo se me caía a mechones. Necesitábamos comer algo de verdad.

Llegué a la verja y encontré una cuerda para llamar, como ya había visto en otros tantos

edificios dentro y fuera del reino. Tiré, sonó una campanilla, y enseguida tuve a un hombre de unos cincuenta años al otro lado de la verja.

—¿Qué quieres? —me preguntó con cara avinagrada.

—Buenas tardes, señor. Verá... pasaba por aquí y he visto que tiene unos árboles con muchos frutos que se le están pudriendo.

—¿Y qué? —ladró. Empecé a intuir el final de la conversación.

—Me preguntaba, ya que parece que tiene muchos frutos y bastante cantidad de ellos probablemente se le eche a perder, si pudiera ser tan amable de... de dejar que me lleve algunos. No muchos, solo los que pue...

—¡¡No!! —me cortó.

—Verá, es que llevo varios días sin apenas comer y...

—¿No me has oído? Te he dicho que no.

Me quedé cortada y con la boca entreabierta por la respuesta tan seca y borde de aquel hombre. Noté que las lágrimas me sobrevenían, pero antes muerta que ponerme a llorar delante de ese cara de vinagre. Realmente no me esperaba una contestación así... Ya me lo advirtió Beltane, pero una cosa era un "No" con alguna excusa, y otra un "No, porque no" con el asco con el que me miraba aquel tipo. Inspiré aire y lo eché lentamente. Tenía mi orgullo y no iba a montar una escena.

—Si quieres comer, búscate un trabajo y gánate la vida como hemos hecho todos. Pero no vengas aprovechándote del trabajo de los demás —Se dio la vuelta y emprendió el camino de regreso hacia la casa—. Malditos refugiados, solo saben pedir. Se creen que aquí todo es gratis.

Me quedé unos segundos con la cabeza gacha, digiriendo lo que acababa de mascullar aquel hombre. Se suponía que los terrenos neutrales eran el refugio para los que querían huir del rey, pero la gente tenía un egoísmo que no había visto en nadie del reino. Tal vez allí la vida fuera más cara, pero desde luego la gente era mucho más amable, abierta y generosa. Era todo más difícil, pero en general se solidarizaban unos con otros, no como en los terrenos neutrales.

Arrastrando los pies y alicaída, me alejé de la verja y, siguiendo el muro, emprendí el camino de vuelta a donde estaban mis hermanos. Pues nada, hoy comería esas galletas asquerosas otra vez. Pero ya faltaba poco. En dos o tres días llegaríamos al pueblo que me había dicho el guardia, donde tendría trabajo y podríamos comer algo mejor.

O eso esperaba.

Llegué al punto en el muro en donde estaba el árbol que vi hacía un rato. Tenía frutos alargados, del tamaño de un calabacín, solo que más gruesos, mitad rojos y mitad blancos. Los había comido una vez en Pueblo Palacio y todavía recordaba lo ricos que sabían. Paré y me quedé mirándolos con nostalgia. Y con hambre. Sobre todo, con hambre. ¿Cómo se llamaban? ¿Dugales? Sí, dugales.

Apreté los labios, y achiné un poco los ojos. Joder, que estábamos hambrientos los tres. Gertie y yo habíamos enfermado por la mala calidad de lo que comíamos. Pues no me conformaba. No me iba a dejar vencer. Me llevé la mano al carcaj y saqué un par de flechas. Me quité los mitones y me envolví con ellos las palmas de las manos, dando varias vueltas. Me acerqué al muro, justo al lado del árbol, y clavé una flecha entre dos piedras. Con la otra mano, clavé la otra un poco más arriba. Puse un pie en un pequeño asidero y me aupé. Quité la primera flecha y la clavé más arriba. Seguí subiendo. Más arriba, un poco, otro poco. Retira la flecha, clávala más arriba, sube. El sudor me caía por la frente y por la espalda mientras cada vez estaba más arriba. Tenía el corazón a mil; no estaba bien eso que estaba haciendo y si me cogían me podría meter en un buen

lío. Pero tenía hambre. Y mis hermanos también. Un poco más. Ya casi estaba. Las flechas se me clavaban ligeramente en las manos, a pesar de llevar los mitones a modo de amortiguación. Pero eso no iba a ser un obstáculo. Sigue subiendo. Apreté los dientes, un último esfuerzo... Llegué a lo alto del muro.

Volví a colocarme los mitones en los antebrazos y las flechas de vuelta al carcaj. Estiré la mano, cogí un dugale y lo eché abajo, en la parte de fuera del muro. Otro más. Y otro. Los frutos salían con mucha facilidad de las ramas puesto que estaban en su punto. ¿Cómo podía ese tipejo preferir que se le pudrieran antes que se los comiera alguien? Si no quería regalarlos, podría venderlos a un precio más razonable y seguro que no le faltarían clientes. Podría hacer muchas cosas con ellos, pero dejar que se echaran a perder, habiendo gente pasando hambre, era un crimen. Y a mí no me gustaba lo que yo misma estaba haciendo; mis abuelos siempre me inculcaron que robar estaba muy mal... pero peor era enfermar de nuevo o que Gertie acabara con malformaciones. O desnutrición. O incluso morir de hambre. Es cierto que robar me parecía algo deleznable, pero la alternativa era todavía peor. Y, qué carajo, al dueño cara de vinagre no le hacíamos ningún mal. Estaba pensando que, con un poco de suerte, no se daría cuenta, cuando oí una voz abajo, al otro lado del muro:

—¡Maldita zorra! ¡Deja ahora mismo mis dugales, ladrona! ¡Y como te coja te vas a enterar!

Oh, dioses. No me daba tiempo a bajar con cuidado porque, cuando miré, el hombre estaba corriendo hacia la verja, que no quedaba muy lejos, de modo que cerré los ojos y di un salto hacia abajo. Caí todo lo larga que era y me hice daño, pero apreté los dientes, hice de tripas corazón y me levanté. Cogí los dugales del suelo, rápido, me los eché a la falda y comencé a correr hacia donde estaban mis hermanos. No tardé apenas en llegar, los vi de lejos sentados con las galletas.

—¡¡¡Levantaos y correeeeeed!!! —grité cuando los tuve ya cerca. Ambos giraron la cabeza, me miraron, y Beltane rápido metió las galletas en las alforjas mientras se levantaban y cogían los bultos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó. Vio mi nerviosismo, miró los frutos que sujetaba en mi falda y comprendió—. ¿Has robado los malditos dugales??

—¡Me está persiguiendo el dueño!

Beltane apretó los labios y me miró con ojos furibundos. Me quería decir... pues mil cosas y ninguna buena, pero no había tiempo. Me empujó tras unos matorrales y los tapó con ramas.

—No te muevas. No hagas ruido. Y no salgas hasta que yo te diga. Gertie, ni una palabra, ¿entendido? Y quítate la cinta de padre del brazo, que no nos relacione.

El lugar donde me había metido era espeso y tupido. Tuve que taparme los ojos para no pincharme con las ramitas, pero me quedé quieta como si me fuera la vida en ello. No se veía nada de lo que pasaba fuera, pero en menos de un minuto oí al avinagrado llegar:

—Buenas tardes, amigo —saludó Beltane—. ¿Podemos ayudarle en algo?

—¿Han visto pasar a una inmigrante pelirroja? Llevaba una falda azul y una cinta de luto atada al brazo. Me ha robado.

—Pues... ahora que lo dice, me pareció ver a una persona con el pelo así como rojo brillante, ¿verdad? —El otro dijo que sí—. Debió oírnos hablar a mi hermana y a mí y cambiar el rumbo para que no la viésemos. Se habrá ido por allí, probablemente, porque de haber tomado esta dirección, la hubiésemos visto.

—Se lo agradezco, amigo. A ver si la atrapo y consigo que la deporten. Se va a enterar.

Escuché las pisadas, señal de que se iba, y, al cabo de unos segundos, las palabras de Beltane:

—Mel, no te muevas. Todavía puede volver.

Esperé un poco más, unos minutos que se hicieron eternos. Metida en esos setos estaba incómoda. Ni siquiera me había podido sentar o tumbar, estaba en cuclillas y me dolían las piernas de la postura. Además, el golpe que me di al caer desde el muro me había provocado heridas en las palmas de las manos y raspones en los brazos y en los codos; notaba la piel dañada y consecuentemente dolorida a cada latido.

—Vamos. El viento me acaba de decir que está lejos. Es el momento. Tenemos que alejarnos todo lo que podamos.

Me dio la tela que usábamos para protegernos del sol en las colas para que metiera los dugales en ella y los llevara como un fardo. Se fijó en las palmas de mis manos y se tomó un minuto para echar en ellas agua, que arrastró la tierra incrustada, cosa que me alivió un poco el dolor. Me dolía al sujetar mi hatillo por el nudo y tuve que llevarlo abrazado a mí, al igual que el fardo con los dugales.

Beltane miraba hacia atrás cada poco rato, y paraba cuando soplabla el viento. Estaba muy serio y no decía nada. Llevábamos bastante rato caminando a paso ligero cuando empezó a anochecer, momento en el que solíamos acampar.

—¿No paramos, Beltane? —quiso saber Gertie.

—Hay que poner un poco más de distancia entre nosotros y la casa de ese hombre. Pararemos cuando haya anochecido del todo.

—Beltane... yo... —empecé a excusarme.

—Ya hablaremos de esto más tarde, Mel.

Era ya noche cerrada cuando Beltane dijo que acampábamos. Encendió una llama en la palma de su mano, buscó unos cuantos troncos e hizo una hoguera, que rodeó con algunas piedras. Extendió el mapa y buscó el lugar en donde nos encontrábamos.

—Muy cerca está la entrada de este pueblo —Señaló un punto en el mapa—. Iré mañana para que nos rellenen las cantimploras, y seguiremos. No es al que nos dirigimos, pero estamos cerca. Vamos bien, en un par de días habremos llegado —Plegó el mapa y me miró—. Lo que has hecho no ha estado bien.

—No, ya lo sé. Pero...

—Pero sé por qué lo hiciste —me interrumpió—. No creo que sea yo el más indicado para decirte lo que es lícito y lo que no, después de lo que estuvimos hablando el mes pasado. Solamente te diré una cosa, Mel, y es que padre nos adoptó y nos educó para que no tuviéramos que mendigar ni que robar.

—¿Entonces, padre hubiera preferido que pasáramos el hambre que estamos pasando? —inquirí. Conocía la respuesta. Pero necesitaba que Beltane viera las cosas como las estaba viendo yo. Su respuesta tardó unos segundos en llegar, segundos en los que mantuvo la vista fija en la hoguera.

—No. Por eso digo que sé por qué lo hiciste. Probablemente yo hubiera hecho lo mismo.

Cogí el fardo que contenía los dugales y lo abrí. El olorcito de las frutas recién recogidas inundó nuestras fosas nasales e hizo que nos quedáramos admirando ese maravilloso botín durante unos minutos. La forma de conseguirlo había sido intolerable... pero los tres sabíamos el hambre que, desde hacía meses, nos atacaba, y lo mucho que nuestros organismos necesitaban vitaminas y nutrientes. Di un fruto a Beltane, que, con su cuchillo, lo partió en cuatro y se lo dio a Gertie, y luego hizo lo mismo con el suyo y con el mío. El dugale nos duró nada y menos, lo devoramos vorazmente, y qué bueno estaba. Qué falta nos hacía algo así. Mientras llenaba mi boca con aquella pasta azucarada y mi nariz respiraba el penetrante y dulzón perfume, notaba que se me

saltaban las lágrimas de alegría. Por fin comida de verdad... después de tanto tiempo... Mi estómago me lo estaba agradeciendo infinitamente e imaginé que los de mis hermanos también. Así que, en cuanto me acabé el dugale, cogí otro y lo corté con el cuchillo de Beltane. Miré a Gertie, que había terminado y se estaba chupando los dedos, y se lo di. Cogí otro para mí y me lo zampé con la misma avidez del primero, y Beltane también lo hizo. Cuando acabamos, quedaban todavía seis más. Propuse reservarlos para el día siguiente y ambos estuvieron de acuerdo.

Tras la cena, con el estómago lleno y feliz, me tumbé junto a Gertie y ambas contemplamos las estrellas.

—Gracias, Mel —me susurró—. Tenía mucha hambre.

—Si hubiéramos ido en carreta, no nos hubiéramos pegado este festín, ¿eh? —reí.

—No, eso es cierto —contestó con una sonrisa—. Al menos ha tenido algo bueno.

—Gertie, esto nunca lo hagas tú. Quitarle a otro lo que le pertenece es algo que nunca se debe hacer. Yo lo he hecho por necesidad, porque con lo que comemos, nuestros cuerpos no aguantarían mucho más; sabes bien que ya hemos enfermado por la mala comida. Además, el que a mí me haya salido bien y haya conseguido escapar no significa que, si tú lo haces, escapes también. Es muy arriesgado.

—Lo entiendo, Mel. Padre nos enseñó que nunca se debe robar. Y también entiendo por qué lo has hecho —Me dio un beso en la mejilla—. Gracias.



# Capítulo 61

Tierras más allá de las fronteras del reino humano  
Año de gracia 30 de Basileo  
Mes segundo

—En el colegio nos han propuesto tema artístico para tener mención especial en el ciclo. Me subiría la nota final —anunció Gertie cierto día, al llegar al albergue—. Beltane, ¿me ayudarías? Una de las cosas que nos han dado para elegir ha sido música. Podemos traernos hasta un par de familiares. Tú puedes tocar la flauta y yo canto. ¿Te parece bien?

—¿Y qué vas a cantar? —pregunté, llena de curiosidad. Apenas conocía canciones típicas de aquel mundo.

—No sé. Tiene que ser un tema nuevo, no valen los que ya se conocen. Beltane, eh, venga, ¿me ayudarías?

—Tengo trabajo para bastantes semanas —Suspiró—. A ver, ¿qué tipo de canción necesitas? No sé si voy a poder componerte algo. Pero... Mel, ¿tú no me dijiste que tocabas el piano?

Gertie se volvió hacia mí con los ojos muy abiertos y un gesto extremo de admiración y sorpresa a partes iguales.

—¿¿Tocas el piano?? ¿De verdad? ¡Hay un piano en el colegio, podemos usarlo!

La propuesta me pilló por sorpresa. ¿Cuánto hacía que no me ponía delante de una partitura? Mucho. Dudaba que todavía supiera hacer algo.

—Hace muchos años que no toco, chicos. Desde antes de conoceros. No creo que me acuerde bien de las teclas y los acordes.

—Mel, por favor, inténtalo. Me subirán la nota si lo hacemos bien; cuanto mejor lo hagamos, pues más me subirán, pero el ganador además tendrá una comida completa en el restaurante. Para él y para todos los que hagan el número que gane.

Uh, oh, eso eran palabras mayores. A pesar de que en ese pueblo había encontrado trabajo cepillando madera en el aserradero y no me pagaban del todo mal, todavía no nos podíamos permitir una comida de mesa y mantel. Seguíamos comiendo pan (pan del día, eso sí) con algunas verduras bastante insípidas, y de vez en cuando nos dábamos el capricho de poner un poquito de miel en él. Todavía acabábamos con hambre, pero al menos subsistíamos. De modo que una comida buena en el restaurante era algo impensable, pero si conseguíamos ganar...

—A ver qué podemos hacer —Beltane cogió unos papeles y un pequeño carboncillo con el que escribía, y se quedó mirando las hojas en blanco unos segundos—. Exactamente, ¿qué tipo de canción necesitas?

—No sé. Algo que no sea típico y que guste a todos.

—Mel —Beltane me miró con una sonrisilla maliciosa—, ¿alguna canción de tu mundo?

Venga, así no perdemos el tiempo en componer y empezamos a practicar el numerito ya.

Por un momento mi cabeza visualizó a Freddie Mercury vestido de mujer y pasando la aspiradora mientras cantaba *I want to break free*. No, no, eso no. Demasiado rompedor para esas personas. Empecé a repasar los temas más famosos de Queen, mi grupo favorito, a ver si alguno pudiera gustar. Pero el rock de Queen era demasiado... demasiado moderno. Dudaba mucho que pudiera calar. Tendría que pensar en otra cosa. ¿Madonna? Uff, quita, echarían a mi hermana del colegio. ¿Michael Jackson? Ni de coña me monto una coreografía como las suyas. Pero, entonces, ¿qué? Algo que pudiera ser apto para niños y que gustara a los mayores... y de repente se me iluminó la bombilla. Ya lo tenía. Michael Jackson era un genio, eso sin duda. Pero antes de empezar su carrera como solista, había cantado con sus hermanos. Para entonces él era solamente un crío, y la música de los Jackson Five gustaba a niños y mayores... Bueno, o eso me habían dicho. Yo para entonces no había nacido. Pero de vez en cuando había oído alguna cancioncilla suya en la tele o en la radio, y me pareció que eran pegadizas y podrían servir para un festival escolar.

—Lo tengo —anuncié—. *Oh, baby, nananainona...Na, na, ni, na, naaa nanana...*

—Sin conocer tu idioma puedo saber que eso no es la letra —se burló Beltane.

—Tú compondrás la letra —declaré, señalándole—, basándote en las indicaciones que te voy a dar. Gertie se la aprenderá y quedará genial. La canción tiene unos coros que hará Beltane...

—Eh, eh, para, ¿por qué los coros yo?

—Porque si los hago yo, quedaríamos los últimos. Yo me pondré al piano y Beltane hará flauta y coros. Gertie cantará y puede hacer algo de percusión.

Nos quedamos callados unos instantes. Yo lo visualizaba, lo veía, podríamos hacer el numerito. Incluso el baile sería sencillo.

—Intuyo que de esto no va a salir nada bueno —vaticinó Beltane.

--¡Oh, venga ya, no seas aguafiestas!

—¿Qué agua? ¿Qué fiesta? ¡Habla con propiedad, pelirroja, que ya llevas unos años aquí como para seguir inventándote cosas!

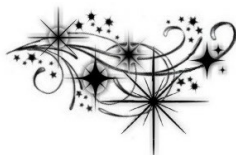
—¿Podría ir a ensayar con el piano por las tardes, Ricitos? —Ignoré el comentario de Beltane.

—Sí, precisamente dijeron que tendría que ser solamente por las tardes. A partir de mañana.

—Dile a tu profe que nos reserve el piano. Beltane, si pudieras venir aunque fuera un ratito, podremos empezar los tres.

Beltane sacó una libreta de su alforja y miró algunas anotaciones.

—Creo que podré estar un rato con vosotras. Todo sea por comer bien una sola vez. Más vale que esto merezca la pena.



Gertie nos había presentado a su profesora, la encargada de todo este proyecto de arte. La mujer nos explicó que había muchos niños que necesitaban un pequeño empujoncito y darse cuenta de para qué valían, y precisamente todo lo artístico estaba muy mal valorado, así que cada año hacían esa actividad. Me pareció una buena iniciativa por parte del centro y me sentí contenta de

participar.

Me senté en la banqueta delante del piano. Las teclas delante de mí me provocaban bastante respeto. Era como reencontrarme con un viejo amigo al que hacía años que no veía, y ese amigo me estuviera pidiendo explicaciones y dándome una última oportunidad.

Coloqué los dedos sobre ellas. ¿Qué debía tocar? No me venía nada a la cabeza. Me encontraba bloqueada. Ni el *Cumpleaños feliz* me hubiera salido.

—¿Tiene una partitura, por favor? La que sea —pedí a la profesora.

—Por supuesto —La mujer cogió una carpeta de la estantería y me dio unas cuantas hojas, que colocó en el soporte. Eché una rápida mirada: la melodía que tenía delante de mí era sencilla, para que la practicasen los niños. Pasé unas cuantas hojas y di con una que tenía un ritmo más rápido, pero bastante inferior al nivel que me exigían los profesores de Palacio. Me pareció una buena para congraciarme de nuevo con las teclas, y me puse a ello.

Apenas empecé a tocar, noté que las teclas seguían siendo mis cómplices. No me trababa, ni me notaba los años que había pasado sin tocar. En mi cabeza empecé a visualizar aquellas tardes en Palacio, cuando iba hasta la sala del piano y me ponía a practicar, sola, sin partitura. Cerré los ojos y dejé que mis dedos se movieran solos, como entonces. No toqué Queen como aquella vez, sino que toqué una melodía melancólica, como las que solían salirme tras el secuestro. Todo salía de mí de manera natural, fluía sin esfuerzo. Me gustaba el piano, me gustaba tocarlo, y era como si esos años sin él nunca hubieran existido, como si nunca lo hubiera interrumpido. No quería alargarlo mucho, porque solamente era una prueba para ver si seguía siendo capaz, y la respuesta era un sí rotundo. Finalicé la tonada y abrí los ojos. Respiré hondo.

—Jo-der, Mel... —Oí a Beltane tras de mí—. Conque no sabías si podrías...

Me di la vuelta. Gertie aplaudía con ilusión, y la profesora movía la cabeza con vigor arriba y abajo.

—Muy bien, chica. Muy, muy bien. ¿Dónde aprendiste a tocar?

—Eh... en Pueblo Palacio.

—Pues si después de estar dos años y medio sin tocar no se te ha olvidado, deberías dedicarte a ello. Los dioses te han dado un buen don. Has tenido algunos fallos, pero vamos, yo los he notado porque soy profesora. Gertie, tienes mucha suerte. Bien, pues ahora que ya has calentado, hazme una muestra de lo que vais a hacer en el festival.

El principio fue un poco desastroso. Beltane había “compuesto” una letra a partir de lo que le tarareé, y la profesora me aclaró que nada de tocar de cabeza, que me hiciera una partitura desde la que trabajar y la fuera corrigiendo en donde fuera necesario (eso podía hacerlo en el albergue, además, sin el piano). Beltane tuvo que dejarnos pronto porque solo tenía un rato libre, pero Gertie, la profesora y yo seguimos practicando. Era una profesora acostumbrada a los niños, a cogerles enseguida la idea de lo que querían, y conmigo en ese sentido no fue una excepción. Le gustó la cancioncilla y le hizo algunos arreglos para que no fuera necesario más instrumento que el piano, y con la voz de Gertie, que aún sonaba infantil e inocente, quedaría algo muy divertido. Sugirió dos voces (la de Beltane y la mía) en los coros, y aunque le expliqué que el canto no era lo mío, me hizo una pequeña prueba de voz junto a la de Gertie, y concluyó que los dos, Beltane y yo, haríamos los coros. Lo importante era que sonaran dos voces apoyando a Gertie, y como la de Beltane era más grave, taparía las carencias de la mía. Salí bastante satisfecha esa primera tarde y fijamos un día para la siguiente sesión, ya que había otros niños también que necesitaban su tarde de prácticas con la profesora; Gertie no era la única que concursaba.

Cuando regresamos al albergue, había un hombre esperándonos en el recibidor. La dueña nos

indicó que llevaba bastante tiempo esperándonos.

—¿Sois hermanas de Beltane de Fanelia?

—Sí —respondí—. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—Eso espero que me lo digáis vosotras. ¿Os resulta familiar el pueblo con las coordenadas SE 120960?

Me liaba con las coordenadas. No consideraba necesario aprendérmelas, puesto que nunca estábamos más de cuatro meses en el mismo pueblo. Beltane y Gertie opinaban igual.

—Pues... no sé, no suelo aprenderme las coordenadas de los pueblos. Me resulta bastante difícil e innecesario; siempre estamos de paso.

—Vengo de ese pueblo buscando a vuestro hermano. Hace algo más de tres meses se provocó un incendio en un restaurante, un incendio por causas desconocidas. Si no me han informado mal, tú trabajaste en ese local, ¿verdad?

Un escalofrío me recorrió la espalda. Ay, dioses, no. Beltane, Beltane... qué habías hecho...

—Sí, señor, trabajaba en ese restaurante, pero me despedí la tarde anterior a la mañana del incendio.

—Lo sé. Un guardia habló contigo cuando fuiste a recoger tu sueldo y me dijo que os había recomendado este pueblo. He venido buscando a vuestro hermano. Si no me equivoco, es hechicero...

—Aprendiz de hechicero —corregí. Tenía que quitar leña al asunto como fuera.

—Sí, bueno, lo que sea. Su especialidad es la invocación del fuego, ¿cierto?

—Eh... sí... —Ay madre, Beltane, ¿en qué lío te habías metido?

—Esta es vuestra residencia, ¿verdad? ¿Tenéis planes de abandonar este pueblo a corto plazo?

—Nos iremos en el mes quinto o sexto, cuando mi hermana haya terminado el ciclo escolar, probablemente.

—Decidle a vuestro hermano que tiene prohibido salir del pueblo hasta nueva orden. Hay una investigación abierta por el incendio del restaurante y vuestro hermano es uno de los principales sospechosos.

Me quedé lívida. ¿Qué? ¿¿¿Qué???

—Mi hermano no ha hecho nada —Me apresuré a defenderle.

—Eso lo decidiremos cuando hayamos investigado.

—Él nunca sería capaz de hacer algo como lo que está sugiriendo. ¿Qué ganaría él con eso? ¡Es absurdo!

—Mel, te llamas, ¿verdad? —asentí—. Bien, Mel. Tu hermano es sospechoso, lo queráis o no, y no he sido yo quien ha decidido eso. Se le está investigando, se le va a interrogar, y si realmente es inocente, no tenéis nada que temer. Me entrevistaré con él próximamente. Mientras tanto, decidle lo que os he dicho. Buenas tardes.

Saludó a la dueña con un movimiento de cabeza y salió del albergue. Dios mío, Beltane, a dónde te iba a llevar tu genio y tu sentido de la justicia. ¿Y ahora, qué? No sabía cómo iba a inventarse algo Beltane, si tendría una coartada o una buena prueba de que él no había sido...

Subimos a la habitación. Me dejé caer en la cama. No se me ocurría nada; intentaba pensar alguna salida, pero mi cabeza estaba embotada con la magnitud de la situación. Era demasiado horrible. No podíamos separarnos; se lo habíamos prometido a Vánel, íbamos a permanecer como la familia que se suponía que éramos, hasta el final. Y el final no podía llegar tan pronto. No, de ninguna manera, teníamos que seguir juntos.

—Mel —dijo Gertie—, Beltane no ha sido, ¿verdad?

No quería decirle la verdad a la niña. Quería que siguiera manteniendo su inocencia y que Beltane continuara siendo su héroe. Pero tampoco quería mentirle.

—No se trata de si lo ha hecho o no, Gertie —sentencié—, sino de que no tiene manera de demostrar que él es inocente. Si estos del CSI están aquí, si han encontrado pruebas que han llevado hasta él... El restaurante donde yo trabajaba, donde me trataban bastante mal, un día me despidió, y a la mañana siguiente arde la cocina. Da la casualidad de que mi hermano es invocador del fuego. ¿No te parece demasiado sospechoso? Y espérate que no les dé por pensar que fui yo quien le dijo que lo hiciera...

—Pero si tú no les dijiste nada. Yo estaba ahí y precisamente tú no querías que fuera.

—Exacto. Pero no tengo pruebas de eso. Y, al ser mi hermana, tu declaración no cuenta. ¿Lo entiendes ahora?

La niña dijo que sí con la cabeza y se sentó a mi lado. Al instante noté sus brazos en torno a mí.

—No va a pasar nada, Mel. Ya verás como no. El espíritu de padre nos protegerá. A veces, noto su presencia a mi lado. Sé que él sigue cuidándonos.

Sonreí. Era lo mismo que tenía yo con mis abuelos. Desde que murieron, siempre tuve la sensación de que seguían conmigo, animándome y reconfortándome. Y seguro que Vánel también lo hacía.

No dudaba de que él estuviera junto a nosotros y nos vigilara, pero una cosa era darnos consuelo y amor, y otra evitar que Beltane acabara en chirona. Si difícilmente podría hacerlo una persona viva, no te digo una muerta.

## Capítulo 62

Tierras más allá de las fronteras del reino humano  
Año de gracia 30 de Basileo  
Mes tercero

Recibimos la visita de Nusinerior. Nos había encontrado, cómo no, consultando al viento (Y con las indicaciones de Beltane también, claro).

—Os hacía más al sur y menos al este —explicó—. Por eso he tardado tanto en encontraros. ¿No se suponía que ibais a seguir siempre hacia abajo? ¿Beltane? ¿No fue eso lo que me dijiste?

—Así lo hicimos los primeros meses, hasta que llegamos a un pueblo en donde pasamos muchísima hambre. Las dos chicas enfermaron por la mala calidad de lo único que podíamos permitirnos comer. Nos aconsejaron este pueblo y aquí estamos. Nos va un poco mejor.

—¿Tenéis problemas de dinero? No tengo mucho, pero os puedo ayudar un poco...

—Ni hablar —le cortó Beltane—. Nos arreglamos con lo que ganamos —Nusinerior sujetó su chaleco con una mano mientras con la otra accedía al bolsillo interior. Sacó un fajo de billetes y se puso a contarlos—. Nusinerior, ni se te ocurra. Guarda eso.

El elfo miró a Beltane con cariño. Volvió la cabeza hacia mí, me cogió la mano y puso los billetes en ella, para a continuación cerrármela.

—¡Nusinerior! —protestó Beltane—. Mel, devuélveselo.

—No —me advirtió Nusinerior, señalándome con el dedo y casi tocándome la cara con él—. Tú pareces menos orgullosa y más razonable. Adminístralo tú.

—Mel, si tienes un poco de decencia se lo devolverás —exigió Beltane con el ceño fruncido.

—Vuestro padre me pidió que os echara un ojo de vez en cuando y que intentara ayudaros si no os veía bien, ¿se os ha olvidado? —Se dirigió hacia Beltane y se puso cara a cara con él—. Pues déjame que cumpla la promesa que le hice.

—Nos vendrá muy bien, Nusinerior, muchas gracias —agregué yo—. Gertie está creciendo por días. Si sigue así pronto será tan alta como yo. La ropa se le ha quedado pequeña. Hemos intentado agrandarla, pero seguía creciendo. Con esto podré comprarle algo de su talla.

—Y cómprate algo tú también. Esa falda que llevas ya está algo ajada.

—Aún me aguantará un tiempo —Moví la mano en un gesto para quitarle importancia. Era cierto, la falda azul, de las primeras que me compré, estaba ya bastante vieja del trote que le había dado, pero con ella y con la que me compró Vánel, me apañaba. Prefería guardar el dinero para comprarle algo a Gertie o para comer.

—Beltane, en las colonias de los elfos sabes bien que ese dinero no sirve para nada. Al menos vosotros le daréis un buen uso. Por cierto, se rumorea que los pueblos neutrales van a tener su

propio dinero para diferenciarlo del dinero del rey.

—¿En serio? —Levanté la cabeza, como movida por un resorte—. ¿Y eso?

—Al parecer, demasiada gente cruza las fronteras y se lleva su dinero. El rey está harto de esa evasión y quiere frenarla. Súmale el hecho de que en los neutrales se están ya hartando de los refugiados... y tendrás la respuesta.

Vaya, al parecer, el hijoputa tenía ya algo en qué pensar que no fuera yo. Claro, habían pasado ya cerca de dos años y medio. Tiempo suficiente como para ocuparse de otros asuntos. ¿Por fin habría claudicado? Me aventuré a dejarlo caer, así, como quien no quiere la cosa...

—¿Ya no busca a la princesa?

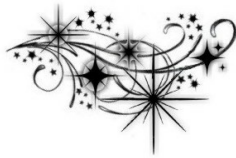
—Creo que ya no. Ha perdido muchos hombres en el intento y se ha gastado una fortuna. Sigue la recompensa, pero ya no la busca pueblo por pueblo.

Qué alegría. Por fin una buena noticia. Lo había conseguido. Westley, Ángela, Leo, había sido duro pero por fin había llegado el día en el que esconderme no sería tan necesario. Dos años y medio, casi. No podía creerme que hubiera aguantado tanto.

Se lo debía a Vánel. Gracias a él no había desfallecido. Cuánto, pero cuánto había hecho por mí...

—¿Por qué sonríes así? —Me hizo volver bruscamente Beltane.

—¿Quién? ¿Yo? Por nada. Cosas mías.



Cuando Beltane se fue a trabajar y me dejó sola con Nusinerior, la tarde siguiente, se lo conté todo. Beltane no me lo perdonaría, pero a la porra su estúpido orgullo. Necesitábamos ayuda.

—Y aún no han averiguado si fue él o no.

—Pero lo harán. No nos han dicho nada y ya ha pasado un mes. Y ya no es porque nos podamos ir o no de este pueblo, Nusinerior... es que Beltane...

Intenté expresarme ayudándome con las manos, haciendo algún movimiento que me apoyara, pero no me salió nada salvo un temblor en ellas.

—Entiendo. Reservado, pero orgulloso y terco, ya lo conozco. Desde niño era así.

—¿Qué nos aconsejas? ¿Qué haría Vánel?

—Vánel hubiera intentado arreglar el desastre de alguna manera. Hubiera ayudado a reconstruir de nuevo la cocina quemada, incluso hubiera dado algo de dinero a las dueñas. Habría obligado a Beltane a que trabajara también en ello, para que de esa manera las sospechas no fueran hacia él. Y te aseguro que le habría echado una buena charla y, de alguna manera, le habría hecho escarmentar.

Negué con la cabeza. Eso, para Vánel, estaba muy bien, pero no para mí. Beltane pasaba de mis consejos como de comer flores.

—Yo no puedo hacer eso.

—No te hace mucho caso, ¿verdad?

—Tiene demasiado asumido el papel de hermano mayor y protector. En todos los sentidos. Y, por favor, no le digas que te he contado todo esto...

Cruzó los brazos, se apoyó en la pared y negó con la cabeza en un par de movimientos

rápidos, dando a entender que no debía preocuparme por eso.

—En cuanto la pequeña acabe el ciclo, idos. No esperéis más.

—Beltane tiene prohibido salir. Está bajo vigilancia.

—Debe escaparse. Y cuando lo haga, vosotras debéis estar ya fuera, porque de lo contrario cerrarán el cerco en torno a las dos. Pero, ¿cómo podrá salir de un sitio con tanta vigilancia como este?

Oh, bueno, yo había escapado también de un lugar muy vigilado. Delante de las mismísimas narices del rey. ¡Eh, claro! Beltane podría hacer lo que yo hice...

—Nusinerior, ¿y si se disfraza y sale bajo otra identidad? ¿Se podría conseguir una carta falsa y que saliera así del pueblo?

Nusinerior abrió mucho los ojos. No se esperaba esa propuesta de mi parte. Rió brevemente y miró al suelo.

—Me gusta tu manera de pensar, lo admito. Tienes ingenio. Esa sería una opción, otra es provocar algo que distraiga a los guardias. El fuego estaría bien pero entonces, suponiendo que consiguiera escapar, atarían cabos y no cabría duda de que habría sido él, de modo que estaría acusado y posiblemente con recompensa sobre su cabeza. No lo veo viable. De hacerlo como tú dices, se convertiría en fugitivo, pero sin, por ahora, acusación formal, por lo que no tendría recompensa. Eso sí... os tocaría esconderos. No solo lo buscarían a él, sino también a vosotras. Necesitaríais identidad falsa los tres. A no ser que optarais por separaros y dejar que él siga su camino y prospere como mago.

—No. Vánel quería que permaneciéramos juntos. Nos lo dijo a cada uno por separado, y después a los tres poco antes de... cerrar los ojos.

—Es algo que nunca he entendido. Mientras él estaba vivo, podía enseñarle el oficio y llevarle a muchos sitios que le harían bien para cuando tuviera que hacer la prueba delante del cónclave. Pero si tiene que cuidar y ocuparse de vosotras... no puede prosperar. Necesita hacer su camino, sin tener a nadie más que a él. Comprendo que Vánel quería que os apoyarais, pero para la carrera de Beltane, el tener a dos hermanas que dependen de él es un escollo.

—Es solamente hasta que mi hermana cumpla los dieciséis y acabe el colegio. Entonces yo me la llevaré a Pueblo Palacio para que trabaje en la sastrería.

—Siendo así... él podría seguir su camino en solitario. Pero, volviendo a lo que nos ocupa. Me iré mañana temprano e intentaré conseguirle una identidad falsa. Estaré de vuelta para el mes cinco, y en cuanto vuestra hermana acabe el curso, salís las dos. Esa noche, lo hará vuestro hermano con una identidad falsa. Una vez fuera... ya pensaremos algo. No podréis volver a entrar a un pueblo neutral. Quizás sería mejor que volviérais al reino. Allí no se os vigilará tanto.

Claro. Qué otro remedio quedaba. Todo el esfuerzo que había hecho Vánel para que estuviéramos protegidos y a salvo, echado a perder por un arranque de rabia y orgullo del cenutrio este. ¿Cómo pudo ponernos en peligro de esa manera? ¿En qué estaba pensando? Resulta que veía muy mal que yo robara comida para sobrevivir, pero no que él quemara una cocina, y encima de manera anónima, para hacer escarmentar a las dueñas. ¿No se daba cuenta de que ambas cosas no tenían que ver la una con la otra y que lo suyo, además, no tenía sentido?



## Capítulo 63

Tierras más allá de las fronteras del reino humano

Año de gracia 30 de Basileo

Mes cuarto

Esa tarde teníamos, por fin, la actuación para el festival de Gertie. Habíamos ensayado bastante, por lo que íbamos seguros de nosotros mismos. Queríamos ganar, pero sabíamos que lo más probable era que no lo consiguiéramos. Aún así, yo me sentía ilusionada de haber participado con una canción de mi mundo y mis habilidades al piano.

—Eh, venga, Mel, deja de quejarte. Así no solucionas nada.

Nusinerior se había ido hacía casi un mes. No había querido decirle nada del plan a Beltane, hasta que, por fin, con el paso de los días, se me calmó un poco la rabia que sentía y se lo dije. Pero en cuanto comencé con el tema, volví a encenderme.

—¿Que no soluciono nada? Bueno, pues tal vez no lo haga, pero al menos no meto en un lío a nadie. Cosa que no se puede decir de ti. ¿O acaso solucionabas algo quemando la cocina de esas dos?

—¿Vas a recriminármelo el resto de mi vida? ¡Cometí un error, te lo dije entonces y te lo repito ahora! ¡Hice mal, lo admito! ¿Qué más quieres que haga?

—Beltane, creo que no eres consciente de las consecuencias de lo que has hecho. Acabarán sabiendo que fuiste tú y te meterán en la cárcel.

—No. Antes de eso, me fugaré.

—¿Y Gertie y yo, qué? ¿Vas a condenarnos a una vida de fugitivas? ¿Qué va a pasar con su colegio? ¿Con todos los planes que padre tenía para su futuro?

Beltane fue a su rincón y se colocó el chaleco sobre la camisa.

—Tenemos que ir al ensayo final. Vamos, o no llegaremos.

—¿Así es como solucionas los problemas? ¿Fingiendo que no existen? Muy maduro por tu parte, “hermano mayor”.

—Cállate.

—Claro, si me callo, nada de esto existirá. Todo será una pesadilla. Puedes hacer lo que te dé la gana, y luego borrarlo de un plumazo. Seguiremos siendo los tres hermanos felices. Así es como piensas, ¿no?

—Cállate, Mel.

—¿Por qué no maduras, piensas un poco en los demás, para variar, e intentas ver la magnitud de lo que has hecho? ¡No solo te afecta a ti! ¿Es que no eres capaz de darte cuenta de eso?

—¡¡¡He dicho que te calles!!! —Se volvió con brusquedad, y solamente pude ver su rostro rojo de ira, con los ojos destilando rabia, antes de sentir el puñetazo en mi nariz, caer hacia atrás y golpearme la cabeza violentamente contra la pared, para después dar con todo mi cuerpo en el

suelo.

Había caído casi boca abajo. Con cuidado, moví un poco el brazo para apoyar la palma de la mano contra el suelo y levantarme. Apenas hice fuerza, se me escapó un gemido de dolor.

—Mel. Mel, lo siento. De verdad. Estaba fuera de mí —Beltane había acudido al segundo, e intentaba ayudarme a que me levantara.

Me pasé el dorso de la mano por la nariz, que me dolía mucho, quizás para comprobar que seguía en su sitio, y al mirar la mano vi sangre. Aquel cenutrio me había hecho sangrar de un golpe en la nariz. Además, me dolía el punto en donde mi cabeza había chocado con la pared. Me costaba respirar, así que me desaté el lazo del corpiño y procedí a quitar las cuerdas. Beltane quiso ayudarme, pero le di un manotazo, apartando su mano, y seguí sola.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

Terminé de quitar las cuerdas, y, al abrirse el corpiño, pude tomar más aire y me sentí mejor. Miré a Beltane a la cara.

—¿Que si me he hecho daño? ¿Que si me he hecho daño? —Lo miré con odio y con rabia. Ojalá pudiera hacer que se sintiera como me estaba sintiendo yo en ese momento—. ¡Yo no me he hecho daño! ¡¡Tú me has hecho daño, hijo de puta!!

—Está bien. Sí. Culpa mía. Perdóname.

Intenté incorporarme, pero me dio una punzada en el hombro, lo que me hizo dar un grito de dolor. Me llevé la mano a la zona dolorida y apreté.

—Espera, Mel, déjame que te ayude...

—¡¡No me toques, cabrón!!

Me puse de rodillas, lentamente, y me fui incorporando. Beltane quiso ayudarme, pero no se lo permití; cada vez que intentaba sujetarme, le daba un manotazo. Cuando por fin conseguí ponerme en pie, me pasé el dorso de la mano de nuevo por la nariz, de donde seguía manando sangre, y le encaré:

—¿Cómo te atreves a ponerme la mano encima? ¡Maldito cabrón, hijo de puta, qué te has creído! Todo lo que te dijo padre te da igual, ¿eh? Te lo pasas por el forro de los cojones porque aquí solo se hace tu voluntad. ¿Que el niño quiere quemar una cocina porque le mola ver las cosas arder? Venga, no pasa nada. ¿Que quiere pegarle una buena hostia a su hermana? Pues qué divertido, si la mata del golpe, una boca menos que alimentar...

—No, no es así, Mel...

—¿Y tienes la caradura de decirle a Gertie que es una niña mimada? ¿Qué te crees que eres tú, pirómano de mierda?

—Mel, no lo he hecho a propósito...

—¡No, qué va, ha sido tu puño, que se ha cerrado solo y me ha dado! Ah, no, qué va, ¡han sido los dioses! Ellos te dicen cuándo y cómo impartir justicia divina, si hay que quemar una cocina, si hay que romperle la nariz a tu hermana...

Le eché una mirada furibunda. Era tal la rabia que sentía en ese momento contra él, que me hubiera gustado lanzar unas miradas de esas que hieren, que te golpean en lo más profundo del alma. Porque así me sentía yo. No era el puñetazo en la nariz ni el golpe contra la pared lo que más me dolía, sino saber que mi hermano no sabía controlarse. Por culpa de esos arrebatos suyos, estaba siendo vigilado por las autoridades, y sin padre para vigilarle, empeoraría con el tiempo.

Me dirigí hacia la puerta de la habitación, con la mano tapándome la nariz y la boca.

—Mel —Se puso delante de la puerta, impidiéndome el paso—. Tenemos que hablar. No quiero que esto quede así. Por favor.

—Tenemos un festival del colegio al que asistir, y, si no te importa, me gustaría ir sin la cara ensangrentada. ¿O también vas a quemar el colegio para que no haya festival?

—Vas... al lavabo, ¿no?

—Sí. Voy al lavabo a lavarme mientras me cago en tus putos muertos y en la madre que te parió. Desgraciado.

Se retiró, salió de la habitación y me dirigí a los cuartos de baño de las mujeres. Allí, mientras me lavaba la nariz y las manos, maldije mil veces a Beltane. Esto ya pasaba de castaño a oscuro. Me importaba un pito él, me importaba un pito todo. No estaba dispuesta a que Gertie y yo lleváramos una vida de fugitivas por que el niño no supiera controlar sus impulsos. Vánel había luchado mucho para que ella tuviera un futuro, y Beltane no se lo iba a estropear.

“Lo siento, padre”, pensé, apoyada en el lavabo mientras miraba mi nariz en el espejo, esperando alguna señal de que se me hubiera cortado la hemorragia, o de que esta seguía. “O estamos juntos, o Gertie sigue estudiando. Pero las dos cosas no van a poder ser”. Gertie y yo nos llevábamos bien. Podríamos vivir las dos juntas. Sería duro, porque solamente contaríamos con mi sueldo para vivir, pero juntas lo conseguiríamos. De la otra manera, como fugitivas, también pasaríamos hambre y probablemente tendríamos que dormir en el suelo todas las noches, escondidos. No, no podía darle ese futuro a Gertie. Tendría que ser madre, hermana y amiga, todo en uno, pero sabría hacerlo. Tendría que saber. No podía condenar a Gertie a ir de un lado para otro, sin residencia fija, como... como me pasó a mí a su edad.

La sangre había dejado de brotar de la nariz definitivamente. Por suerte, solo me habría roto algún vaso sanguíneo, no me había roto la nariz. Suspiré agradecida; podría haber sido peor. Pero la zona se me estaba poniendo amarillenta... Qué alegría, un moratón en mitad de la cara. Beltane, cómo te odiaba en aquel momento. Malhumorada, me re Coloqué el pelo y la pañoleta, y volví a la habitación. Beltane me estaba esperando en la puerta como si pensara que me fuera a ir sin él.

—Mel, vamos a hablar del tema. Necesitamos hablar.

Inspira, espira. Tranquilidad. Ante todo, tranquilidad. Me senté en la cama y él hizo lo mismo en la suya, quedando frente a mí.

—Beltane, voy a serte clara y directa. Tengo varias cosas que decirte, y ninguna es fácil. Así que, por favor, no me interrumpas y no me lo hagas más difícil.

Asintió firmemente y me miró, esperando que empezara.

—Esto —Señalé mi nariz— me ha abierto los ojos. Era lo que necesitaba para tomar esta decisión. Y créeme que no quisiera hacer esto que voy a hacer, Beltane, pero nuestros caminos se separan aquí.

Pareció tomarse unos segundos en asimilar mis palabras.

—No entiendo lo que quieres decir.

Tragué saliva y continué.

—Beltane, seamos realistas. No te van a exculpar. Probablemente lleguen a la conclusión de que eres culpable y te llevarán a la cárcel.

—No —me interrumpió, a pesar de que le había dicho que no lo hiciera—. No voy a ir a la cárcel. Encontraría alguna manera de escapar antes de llegar. Pero no pienso ir a la cárcel. Padre preferiría verme de fugitivo antes que entre esas paredes.

—A eso voy, Beltane. Si tú eres un fugitivo y estás escondiéndote de la ley, ¿qué va a pasar con Gertie y conmigo? ¿Vas a condenarnos a esa vida?

Dejé que Beltane se tomara su tiempo para responder a mi pregunta. Pude ver cómo su mirada iba de decidida a tomar un tono casi asustado. Apoyó los codos en las rodillas y se agarró los

cabellos con fuerza. Los antebrazos, tensos por el esfuerzo, temblaban ligeramente. Había comprendido lo que quería decir.

—¿Y qué vais a hacer vosotras? —Su voz sonaba ahogada, casi torturada—. Si con dos sueldos apenas nos llega, ¿cómo vais a sobrevivir con uno?

—Tendremos que hacerlo, Beltane. Pero no voy a traicionar a padre ni a lo que proyectó para Gertie, ni a condenarla con solo trece años a una vida de miseria. Padre la sacó precisamente de ese tipo de vida y ahorró durante años para que jamás volviera a vivir así.

—Pues lo que tienes intención de hacer no os va a conducir a una vida mejor.

—¿Te crees que para mí esto es fácil? —Mi voz también empezaba a sonar ahogada—. ¿Qué haría padre en esta situación?

—Mel, yo... —empezó a gesticular, haciendo que quería decir algo y que no encontraba las palabras—. Iré a ver al agente ese que os visitó. Le diré que quiero poder moverme con libertad y que mis hermanas me necesitan. Quizás si digo la verdad y me declaro culpable, con unos servicios a la comunidad, o pagando el coste de la reparación de la cocina, consiga que no me metan en la cárcel. Es... es lo que probablemente me aconsejaría padre. O lo que haría él, de estar en mi lugar. Estoy dispuesto a confesar.

—Beltane... no. Es decir, hazlo si quieres, puede que logres algo. Pero después de esto —Volví a señalarme la nariz—, ya no será lo mismo. Hay líneas que jamás se deben cruzar, y tú lo has hecho.

Se levantó de la cama, posicionándose rápidamente ante mí, se puso de rodillas en el suelo, bajó la cabeza e inclinó el cuerpo hacia delante.

—Mel, hermana. Me muestro ante ti con mi lado más vulnerable para implorar tu perdón. Te lo suplico humildemente y para ello yo, Beltane de Fanelia, aprendiz de hechicero, juro ante todos los dioses que jamás volveré a levantar mi mano, magia o espada contra cualquiera de mis hermanas, no importa cual fuere el agravio. Si alguna vez lo incumpliese, que los dioses decidan llevarse mi vida.

Cerré los ojos y visualicé aquella tarde en la que yo misma hice el juramento que comprometía mi libertad y mi dignidad a cambio de la vida del hombre que amaba. Tan lejano me parecía ese día... y, sin embargo, aquí tenía a mi hermano comprometiéndose de por vida, con un juramento similar. Los juramentos eran algo muy típico en estos mundos, y también muy peligroso porque nunca eran en vano sino que tenían un efecto vinculante. Se me saltaron las lágrimas. Bajé al suelo, me puse de rodillas junto a él y lo abracé.

—Nunca hagas juramentos, Beltane, nunca. Ni siquiera por mí —sollocé en su hombro.

—Mis hermanas son lo único que tengo en esta vida. No existe algo más noble por lo que jurar —Me abrazó también y sentí su calidez, contrastando contra el frío suelo—. Estoy dispuesto a convertirme en un hombre mejor por vosotras.

Sentía la fuerza de sus brazos rodeándome y su respiración en la curva de mi cuello. Un abrazo protector. Mi hermano... Él haría lo que fuera por mí, como lo había hecho su padre.

Su padre, mi padre, nuestro padre.

Vánel, Vánel, Vánel...

Beltane, Beltane, Beltane...

—Beltane, yo... tengo algo que decirte.

—Mmh-ha —murmuró cariñosamente contra mi pelo.

Despacito, me separé de su abrazo. Lo miré y vi restos de lágrimas en su cara, que él se apresuró a secar con las manos. Me sequé yo también las mías.

—Verás, yo... A ver cómo te explico esto... Hay algo que no sabes de mí.

—Viniste de los Continentes, viviste en Pueblo Palacio, tocas el piano y tienes novio. Aunque eso último no está contrastado —Sonrió—. No hay nada más que necesite saber.

—Sí, Beltane, créeme que sí.

—Dime... —Me acarició la cara, secándose una lágrima solitaria que había salido y rodaba por mi mejilla— que nunca nos separaremos. Que lucharemos por estar siempre juntos los tres. Como padre quería.

Cielos, Beltane estaba empezando a cruzar ciertos límites. Que me acariciaran la cara así solo se lo permitía a una persona: a Westley. Le cogí la mano y la aparté de mi cara. Necesitaba decirle quién era. Era el momento, ambos nos habíamos abierto el uno al otro. Si lo dejaba pasar, no encontraría otro momento así.

—No... no puedo prometerte eso, Beltane. Cuando llegué con diecisiete años, lo hice bajo una serie de condiciones.

En ese momento Beltane se acordó de algo. Abrió los ojos del todo al darse cuenta y miró el reloj de pared.

—Dioses, ¡es tardísimo! No llegamos al ensayo. Vamos —Se levantó y me tendió la mano para ayudarme—. ¿Me lo cuentas cuando volvamos, eh, pelirroja? Prometo escucharte con atención y no interrumpirte —Pasó delicadamente un dedo por mi nariz. Tenía la piel dolorida y el contacto me hizo dar un pequeño respingo hacia atrás, acompañado de un ligero sonidito de dolor. Su voz, en susurros, se tornó más grave de lo habitual—. Siento haberte hecho esto. Lo siento mucho, Mel. De verdad. Bueno... espero que estés lista para la bronca que nos va a echar Gertie.

## Capítulo 64

Efectivamente, Gertie nos echó la bronca del siglo. Habíamos faltado al ensayo previo al festival y la niña se subía por las paredes. Estaba muy nerviosa y vaticinaba una y otra vez que se le iba a olvidar la letra. En cierto momento se fijó en mi nariz, ya medio amarillenta, medio amoratada, y preguntó qué había pasado. De ese modo excusé nuestro retraso, diciendo que me había dado con la puerta.

De vez en cuando me tocaba la nariz y me la notaba ardiendo. Me dolía, sí, mucho, y me obligaba a respirar por la boca. Por suerte, no era yo la que tenía que cantar.

El salón de actos del colegio estaba lleno a rebosar. En el festival había diferentes categorías: música, baile, actuación, pintura, escultura... muchas cosas. Cada una sería premiada en su clase, de modo que nuestra categoría sería la de música y, como todas, independiente del resto. Todos los premiados tendrían una comida en el restaurante principal del pueblo, y dado el número de categorías que concursaban, serían unos cuantos.

Los de la categoría musical actuaban justo antes del primer descanso. Concurrían tres grupos más, y, bueno, no es por echarme flores, pero lo pensé entonces y lo pensaré siempre: nuestra actuación era la mejor de todas. Combinaba una pieza al piano con la voz de Gertie, nuestros coros y los bailecitos de mis hermanos. La canción daba un buen rollo como ninguna otra, y la vocecita inocente de Gertie cantando sobre un supuesto chico que le gustaba, con el que se solía tropezar, pero que se había ido a otro sitio, mientras ella contaba los días para que volviera, era muy simpática.

—Mi pequeña Ricitos de Oro es toda una mujercita. Si sigues creciendo, pronto serás tan alta como yo —susurré, mientras le colocaba los rizos, a la espera de que nos tocara cantar—. Trece años ya...

—Y tú, diez más, ¿no? Veintitrés.

Efectivamente. Llegué con diecisiete y medio, y ya habían pasado más de cinco años. Probablemente acabara de cumplir los veintitrés, con las cuentas del tiempo de mi mundo.

Pronto, Westley. Pronto estaríamos juntos. Sería yo quien fuese a buscarte y te sacaría de donde sea que te tuvieran. Ya quedaba menos.

—Vamos, Mel —me acució Beltane—. Nos toca ya.

Respiré hondo, me coloqué con mis hermanos a la entrada al escenario, y mientras tapaban con unas sábanas el xilófono que había aporreado el crío que salió justo antes de nosotros, y destapaban el piano, el presentador nos anunció como los hermanos De Fanelia. Yo había sugerido llamarnos “Fanelia 3”, pero me dijeron que no.

Me senté en el taburete y coloqué la partitura. En realidad no me hacía falta, porque la había ensayado tanto que me la sabía de memoria, y tampoco es que fuera una pieza muy complicada; de hecho, la profesora la adaptó para que fuera bastante simple. Beltane se colocó junto a Gertie. Los

miré, ellos me devolvieron la mirada, que era nuestra señal de que estaban listos, y empecé a tocar. Gertie enseguida entonó su “Uh-oh, oooh, ooooh” con el que empezaba la canción, y, a pesar de que estaba nerviosa, no se le notó nada, e intenté concentrarme más para no equivocarme. Precisamente, ese fue uno de los motivos por los que la profesora simplificó la canción, para que no me equivocara (tendía mucho a equivocarme tocando, como bien ella había podido comprobar).

—*Aquel día dormí mal/ y a clase no llegué/ corría por el pasillo y/ contigo tropecé...*

Bien, hermanita. Había arrancado los primeros versos. La letra era algo cutrecilla, no sería recordada como de una gran calidad poética, pero era simple y, con la música, muy pegadiza, por lo que cumplía su cometido. Y era de Beltane en colaboración con la profesora. La canción tenía un poquito de cada uno de nosotros, lo que la convertía en algo de lo que nos debíamos sentir orgullosos.

—*Oh, dame una oportunidad/ de de-cir-te que aquí estarás/ Sé que hice muchas cosas mal/ Pero sé que tú volverás...*

Con el estribillo el público empezó a acompañarnos con palmadas. Eso me animó, me soltó del todo, y me hizo hacer los coros con alegría. Mi voz no era nada del otro jueves y lo cierto es que no estaba muy afinada, pero al no subir mucho el tono, la de Beltane me la cubría y solamente se oían unos coros a dos voces, no se notaba que una de ellas era escasita y malilla.

Con el bailecito final de mis hermanos, nuestro número acabó y el público estalló en aplausos. Mi corazón estaba a mil, ¡lo habíamos logrado! Había salido bien y ninguno de los tres había fallado. Me levanté de la banqueta, me puse cara al público y cogí la mano de Gertie, que, como protagonista del número y alumna del centro, era quien estaba en medio de los tres, para que se la viera bien. Hicimos el saludo al público y nos retiramos.

Una vez ya no nos veía nadie, nos abrazamos los tres. La profesora apareció a los pocos segundos y nos felicitó.

—Chicos, el premio, si hay justicia, os lo darán a vosotros. Sois los mejores, con diferencia. Al público, ya lo habéis visto, le ha encantado. Enhorabuena.

Quizás no esté bien que yo lo diga, pero la profesora tenía y tuvo razón.

Tenía razón porque éramos los mejores, con diferencia.

Tuvo razón porque nos dieron el premio.

Todo fueron risas y alegría mientras volvíamos al albergue. La comida iba a ser en el restaurante, al día siguiente. Cuando subimos a la habitación, cenamos como siempre, un poco de pan de aquel día y, al acabar, Beltane se puso junto a mí y me miró con esperanza y decisión.

—Mel, voy a salir un rato. No creo que tarde mucho. Te prometí que te iba a escuchar eso que me ibas a decir cuando volviéramos del colegio, pero déjame antes que haga una cosa. Luego, si te parece, buscamos un lugar tranquilo, y hablamos.

—¿A dónde vas?

—A dar el primer paso para ser un hombre mejor. Por vosotras. Por ti, sobre todo, que me has impulsado a hacer esto.

—Beltane —reí—, no te andes con misterios.

—Espérame. No tardaré.

Salió de la habitación y me dejó haciéndome preguntas sobre qué rayos querría hacer. Quizás invocar al fuego, para preguntarle algo, y me daría alguna noticia buena a su vuelta. Sí, probablemente fuera eso.

Gertie estaba que parecía que se había tomado diez litros de café cargado. Tal era la emoción

por haber ganado, que tenía una energía inagotable. La obligué a meterse en la cama, aun a sabiendas de que no se iba a dormir tan fácilmente. Pensé que, si apagara la luz, quizás se tranquilizara y se durmiera, así que lo hice y me quedé sentada bajo la ventana.

Me fijé en las estrellas y en su brillo. ¿Estaría Westley también mirándolas? Hacía bastantes noches que no contemplaba las estrellas, a pesar de que era algo que me relajaba y me hacía pensar en otros tiempos. Tiempos de noches bajo las estrellas, junto a un montículo de piedras, con el hombre más maravilloso que había conocido.

Ya quedaba menos. Pronto. Cerré los ojos, respiré hondo y me lo repetí mentalmente. Sí, pronto.

Noté la respiración tranquila y sosegada de Gertie, y supe que ya se había dormido. Tan hiperactiva que estaba esa noche, y sin embargo había caído rendida. Había sido un día de muchas emociones.

Aún me dolía la nariz. Quizás debiera ir al baño y contemplarme la cara, que seguro que la tenía como para hacerme una foto. Probablemente tuviera la nariz hinchada y morada como una berenjena. Sí, me acercaría al baño mientras esperaba a Beltane.

En cuanto me levanté de la silla me noté algo mareada. En principio pensé que sería debido al golpe, pero en realidad eso no tenía sentido, después de varias horas. Di unos pasos atrás para apoyarme en la pared, y la sensación aumentó. Las paredes se torcían y el suelo se inclinaba. Cerré los ojos un momento, los volví a abrir y por un segundo vi la habitación en su sitio, pero al instante todo volvió a girar. Levanté la mano para tocarme un poco la cabeza, en un movimiento instintivo, pero, en cuanto la moví, lo que vieron mis ojos me dejó estupefacta.

El símbolo de mi dedo estaba brillando.

—*Pero qué co...* —murmuré. Me puse nerviosa y el corazón empezó a desbocarse. Se suponía que solo brillaba cuando se activaba, y para eso necesitaba una fuente de magia antigua cercana.

Oh, no, ¿una nueva treta del rey? Miré hacia la pared de la cabecera de mi cama y me cercioré: el atrapasueños seguía colgado. Me asomé por la ventana y busqué algo. Algo fuera de lo común, algo, lo que quiera que hubiese sido que estuviera haciendo brillar mi dedo como un árbol de Navidad. Si el rey me había encontrado, necesitaba huir. Y, cuanto antes, mejor.

Me despegué de la ventana, di un par de pasos hacia la puerta y el mareo me hizo caer.

Cuando caes, esperas darte de morros contra el suelo. Es algo que esperas y para lo que te preparas.

Pero, en mi caso, no hubo suelo.



## Epílogo

Caí.

Giré lentamente, una y otra vez.

Abajo.

Más abajo.

¿Qué estaba pasando?

¿Qué?

Tenía un ligero deja-vu. Esto no me era desconocido.

O, al menos, no totalmente.

¿Alguna película? ¿La madriguera del conejo de Alicia, quizás?

Pero en la madriguera se veían cosas flotando hacia arriba, y yo no veía nada.

Solamente oscuridad.

Más oscuridad.

Y

Más

Oscuridad.

Seguí cayendo.

Y seguí girando.

Despacito. Casi acunada.

Vislumbré una ranurita de luz. Una pequeña raya vertical.

Según me acercaba, se iba haciendo más grande. Pero seguía siendo fina y alargada.

Cuando la tuve delante, noté algo debajo de mí.

Algo suave, blandito, esponjoso, cálido.

Telas.

Lo estaba tocando. Eran telas.

Me incliné un poco hacia delante, y la fuerza de la inercia me hizo perder el equilibrio y caer en esa dirección. Topé con algo duro delante de mí, junto a la ranura de luz. Ese algo duro cedió ante mi peso y caí hacia delante, con las telas, primero hacia delante y luego hacia abajo. Fue cosa de un segundo, e hice bastante ruido.

Esta vez sí hubo suelo. Me dio en la nariz dolorida y me hizo ahogar un gritito de dolor.

Un suelo de terrazo.

Yo tenía algo abrazado contra mi pecho. Algo rígido, grande y duro. Me puse a cuatro patas, bajé la vista y...

No podía ser.

Era el libro.

¿O debería decir el Libro?

En el lomo tenía la etiqueta de la biblioteca. No había duda. Era el libro que había sacado aquella tarde, que me había quedado leyendo por la noche, y que me había hecho viajar para convertirme en princesa.

Pero era muy, muy parecido al Libro de la torre de Palacio. Mismo tamaño, misma encuadernación. Aunque este tenía las letras en español. Sin duda, era el libro con el que mi aventura comenzó.

Levanté la cabeza.

Oh, dioses.

Mi cama.

Mis pósteres de Star Wars en las paredes.

Mi ropa del día a día, hecha un guiñapo en una esquina.

Mis libros en la estantería.

Mi mochila del instituto.

No me hizo falta darme la vuelta para saber que lo que tenía detrás era mi armario, y que la raya de luz que había visto era la ranura entre las puertas.

Dios mío, ¿qué había pasado? ¿Qué había hecho?

Me puse de rodillas y cogí un mechón de mi pelo. Volvía a ser castaño. Largo, y con una buena parte pintada de negro. Un negro que, con la luz actual, parecía más bien que me hubiera pringado con petróleo en lugar de pintado con tinte.

Sin embargo, todavía llevaba puestos los mitones. No llevaba el chándal con el que viajé.

Dioses, gracias. No podría soportar que todo hubiera sido un sueño. No. Cualquier cosa menos eso. Llevaba la ropa de allí. Y el pelo pintado. Había sido real. Todo.

A mi izquierda se oyó un ruido.

Permanecí quieta, de rodillas en el suelo, entre las sábanas y demás ropa guardada en el armario, que se había salido y había aterrizado en el suelo conmigo.

—*Melania... Virgen Santa...*

Giré la cabeza lentamente. Cinco años. Habían pasado más de cinco años desde la última vez que oí esa voz.

Rebusqué en mi cerebro. Demasiado tiempo sin hablar español... pero esa palabra no hacía falta rebuscarla. La conocía.

—*Mamá...*

## **FIN DEL LIBRO SEGUNDO**

# PLAYLIST

01. A Kind of Magic (Queen)
02. Moonlight shadow (Mike Oldfield)
03. Tarzan Boy (Baltimora)
04. Eye of the tiger (Survivor)
05. Hungry Eyes (Eric Carmen)
06. Son of man (Phil Collins, Tarzan Soundtrack)
07. Somewhere out there (Linda Rondstadt and James Ingram)
08. Kings of the past (The Lion King Soundtrack)
09. Part of me, part of you (Glenn Frey)
10. Stars (Musical Les Miserables)
11. Journey to Fort Sedgewick (Dancing with Wolves Soundtrack)
12. Wind of change (Scorpions)
13. No-one but you (Queen)
14. I was born under a wandering star (Lee Marvin)
15. One more try (George Michael)
16. Heaven for everyone (Queen)
17. You're my best friend (Queen)
18. I want you back (Jacksons Five)
19. Nothing's gonna stop us now (Starship)
20. It is you I have loved (Shrek Soundtrack)